EL CLÁSICO BEST SELLER

RIVALS



Disney+

Ahora una serie original de Disney+

JILLY COOPER

MONTENA

RIVALS

JILLY COOPER

MONTENA

A Annalise Kay,
que es tan sabia
como buena y bella

AGRADECIMIENTOS

Ha habido mucha gente que me ha ayudado con este libro. La mayoría trabajan en la televisión y están muy ocupados, pero aun así sacaron un hueco para charlar conmigo y, sobre todo en el caso de los de HTV, para entretenerme de forma espléndida y generosa. Todos son expertos en sus propios campos, aunque, como iba a escribir ficción, solo me quedé con los consejos que me cuadraban con la trama. La fidelidad del libro no refleja su experiencia en absoluto. Además, todos fueron tan amables conmigo que me fue imposible inspirarme en ellos para crear algunos de los personajes desagradables de la obra.

Entre ellos, se encuentran Georgina Abrahams, Rita Angel, William Beloe, Michael Blakstad, Roy Bottomley, James Bredin, Adrian Brenard, Doug Carnegie, Stephen Cole, John Corbett, Jenny Crick, Mike Davey, Geoff Druett, Ron Evans, Su Evans, James Gatward, David Glencross, Stuart Hall, Nick Handel, Tom Hartman, Barbara Hazell, Stan Hazell, Paul Heiney, Bruce Hockin, Alison Holloway, Patricia Houlihan, Bryan Izzard, Philip Jones, Barbara Kelly, Susan Kyle, Maurice Leonard, Barrie MacDonald, Billy Macqueen, George McWatters, Steve Matthews, Lesley Morgan, Malcolm Morris, Jack

Patterson, Bob Simmons, Tom Walsh, Ann de Winton, Richard Whitely, Ron Wordley y Richard Wyatt.

Por desgracia, mi querido Eamonn Andrews, con quien tuve el placer de trabajar durante cuatro temporadas en el concurso *What's My Line?*, falleció en noviembre del año en el que terminé este libro. Su integridad absoluta, su profesionalidad y su buen humor fueron una fuente de inspiración constante mientras lo escribía.

También me gustaría dar las gracias a los equipos, los chóferes, las maquilladoras y el personal de vestuario con los que he trabajado a lo largo de los años y que me han hecho muchísimas sugerencias.

Asimismo, les doy las gracias a las personas que escribieron los tres libros que me han resultado de gran ayuda para entender el proceso tan complicado por el que se adjudican las franquicias televisivas. Estas son Walter Butler, autor de *How to Win the Franchise and Influence People*, Michael Leapman, autor de *Treachery? The Power Struggle at TV-am*, y Asa Briggs y Joanna Spicer, coautoras de *The Franchise Affair-Creating Fortunes and Failures in Independent Television*.

También le estaré eternamente agradecida a Peter Cadbury, expresidente de Westward Television, por darme acceso a su autobiografía, que aún no me explico por qué nunca se ha publicado; a Robin Currie, del Fire and Rescue Service HQ de Cheltenham; a Toni Westall, secretario del director general del Concorde, el capitán Brian Walpole, y a Tim y Primrose Unwin por invitarme a unos bailes tras las temporadas de caza excelentes.

Además, quiero darles las gracias al director de mi banco, Keith Henderson; a mis publicistas, Paul Scherer, Mark Barty-King, Alan

Earney y a todo el equipo de Bantam Press y Corgi, y a mi agente Desmond Elliott, por su fe y sus continuos ánimos.

Tres mujeres valientes, Beryl Hill, Sue Moore y Geraldine Kilgannon, se merecen un agradecimiento y un premio por descifrar mi caligrafía tan horrorosa y mecanografiar varios capítulos del manuscrito, al igual que mi asistenta, Ann Mills, por limpiarme el estudio cada quince días.

Por último, una vez más, no existen palabras suficientes para darles las gracias a Leo, mi marido; a mis hijos, Felix y Emily, y a mi secretaria, Annalise Kay, a quien considero de la familia y que ha mecanografiado el noventa por ciento del manuscrito. Los ánimos, el altruismo y el consuelo de todos ellos durante los últimos dieciocho meses no han tenido igual.

Bisley, Gloucestershire, 1987.

Last Christmas, de George Michael, reproducida con la amable autorización de Morrison and Leahy Music.

The Lady in Red, de Chris de Burgh, reproducida con la amable autorización de Rondor Music (London) Limited.

I Get a Kick Out of You, letra y música de Cole Porter © 1934 Harms Incorporated. Reproducida con la autorización de Chappell Music Limited, © 1934 Warner Bros. Incorporada. (Renovada). Todos los derechos reservados. Usada con autorización.

We Don't Have to Take Our Clothes Off, de Narada Michael Walden y Preston Glass © 1986. Reproducida con la amable autorización de Carlin Music Corporation y Island Music, RU; Mighty Three Music Group y Gratitude Sky Music, EE. UU.; MCA/Gilbey y Rondor Music, Australia.

PERSONAJES EN ORDEN ALFABÉTICO (APELLIDOS)

JOHNNY ABRAHAMS	Jefe de Noticias y Actualidad de la BBC.
GEORGIE BAINES	Director de Ventas de Corinium Television.
LADY BARNSLEY	Miembro de la Independent Broadcasting Authority (IBA), antigua White Fish Authority.
BIRGITTA	Niñera atractiva pero tacaña que trabaja para los Vereker.
HARDY BISSETT	Experto en franquicias. Antiguo miembro de la IBA.
SEÑOR Y SEÑORA BODKIN	Matrimonio, empleados domésticos de Rupert Campbell-Black.
SIR CEDRIC BONNINGTON	Presidente de Mid-West Television.
HUBERT BRENTON	Obispo de Cotchester.
ANTHONY, SEGUNDO BARÓN DE BADDINGHAM	Presidente y director general de Corinium Television.
MONICA BADDINGHAM	Su mujer.
ARCHIE BADDINGHAM	Su hijo mayor.
BASIL BADDINGHAM	Hermano ilegítimo de Tony, jugador de polo famoso y propietario del Bar Sinister en la calle principal de Cotchester.

SEBASTIAN BURROWS	Periodista de noticias de Corinium Television.
DAYSEE BUTLER	Asistente de producción muy guapa y estúpida de Corinium Television.
RUPERT CAMPBELL-BLACK	Ministro de Deportes. Diputado conservador por Chalford y Bisley. Exmiembro del equipo británico de salto de obstáculos.
MARCUS CAMPBELL-BLACK	Su hijo.
TABITHA CAMPBELL-BLACK	Su hija.
CAMERON COOK	Productora/directora de la NBS, Nueva York. Luego, jefa de Ficción de Corinium Television.
CHARLES CRAWFORD	Presidente jubilado de la IBA.
JUEZ DAVEY	Miembro de la IBA.
OWEN DAVIES	Líder de la oposición.
WESLEY EMERSON	Lanzador de críquet de Gloucester e Inglaterra.
SUZY ERIKSON	Exnovia estadounidense de Rupert Campbell-Black.
LADY EVESHAM	Una de las primeras feministas y directora no ejecutiva de Corinium Television.
CHARLES FAIRBURN	Jefe de Difusión Religiosa de Corinium Television.
JOHNNY FRIEDLANDER	Actor y superestrella estadounidense.
MARTI GLUCKSTEIN	Contable brillante de East End.

MALISE GORDON	Antiguo líder del equipo británico de salto de obstáculos.
HELEN GORDON	Su esposa. Exmujer de Rupert Campbell-Black y madre de Marcus y Tabitha.
LADY GOSLING	Presidenta de la IBA.
GRACE	Ama de llaves de Declan O'Hara.
CRISPIN GRAYSTOCK	Profesor de Inglés de la Universidad de Cotchester y un libertino asqueroso.
HENRY HAMPSHIRE	Lord teniente de Gloucestershire, un libertino mucho menos asqueroso.
SIMON HARRIS	Controlador de Programas de Corinium Television.
GEORGINA HARRISON	Estudiante universitaria.
RONNIE HAVEGAL	Jefe de Coproducción de la NBS, Nueva York.
HAZEL	Maquilladora de la BBC.
RALPHIE HENRIQUES	Estudiante universitario del Trinity de Dublín.
IVOR HICKS	Controlador de Desarrollo Corporativo de Corinium Television.
JILLY	Otra niñera de los Vereker, pero esta vez fiable.
BEATTIE JOHNSON	Columnista del *Fleet Street*, escritora fantasma de las memorias de Rupert Campbell-Black.

GINGER JOHNSON	Director financiero de Corinium Television. No tiene relación con Beattie.
FREDDIE JONES	Multimillonario de la electrónica.
VALERIE JONES	Su mujer, una pesadilla.
SHARON JONES	Su hija con sobrepeso.
DEIRDRE KILPATRICK	Investigadora de Corinium Television.
LAVINIA	Novia de Patrick O'Hara.
BILLY LLOYD-FOXE	Presentador de Deportes de la BBC.
JANEY LLOYD-FOXE	Escritora y columnista en periódicos nacionales.
DERMOT MACBRIDE	Dramaturgo y un no tan joven radical.
JOYCE MADDEN	Secretaria de lord Baddingham en Corinium Television.
SEÑORA MAKEPIECE	Un «tesoro» que trabaja como limpiadora para Valerie Jones y Lizzie Vereker.
KEVIN MAKEPIECE	Su hijo.
TRACEY MAKEPIECE	Su hija.
SALLY MAPLES	Jefa de Programas Infantiles de Yorkshire Television.
MIKE MEADOWS	Jefe de Deportes de Corinium Television.
SEÑORA MENZIES-SCOTT	Exdirectora del Instituto de la Mujer, miembro de la IBA.

GERALD MIDDLETON	Secretario parlamentario privado de Rupert Campbell-Black.
DECLAN O'HARA	Superestrella de la televisión.
MAUD O'HARA	Su esposa, exactriz.
PATRICK O'HARA	Su hijo, estudiante universitario del Trinity de Dublín.
AGATHA (TAGGIE) O'HARA	Su hija mayor.
CAITLIN O'HARA	Su hija pequeña.
ORTRUD	Otra de las atractivas niñeras de los Vereker.
CYRIL PEACOCK	Asistente personal de lord Baddingham y a veces jefe de Prensa de Corinium Television.
EL REVERENDÍSIMO FERGUS PENNEY	Exprebendado de la Iglesia de Inglaterra y miembro de la IBA.
PERCY	Chófer de lord Baddingham.
P**ASCOE RAWLINGS**	El agente teatral más poderoso de Londres.
BARTON SINCLAIR	Director de *La viuda alegre*.
SKIP	Preciosa abogada estadounidense.
LORD SMITH	Exsecretario del TGWU.
DAMA ENID SPINK	Distinguida compositora y profesora de Música en la Universidad de Cotchester.
PAUL STRATTON	Diputado conservador por Cotchester. Exministro del Gabinete.
SARAH STRATTON	Su deslumbrante segunda esposa y exsecretaria.

SYDNEY	Chófer de Rupert.
URSULA	Secretaria de Declan O'Hara.
JAMES VEREKER	Presentador de *Resumen de Cotswold* en Corinium Television.
LIZZIE VEREKER	Su esposa, novelista.
ELEANOR VEREKER	Su hija.
SEBASTIAN VEREKER	Su hijo.
HAROLD WHITE	Director de Programas de London Weekend Television.
MAURICE WOOTON	Millonario corrupto de Gloucestershire.

1

Sentado en la sala de embarque del Concorde en Heathrow una estupenda mañana soleada de junio, Anthony, el segundo barón de Baddingham, presidente y director ejecutivo de Corinium Television, debería haber estado feliz como una perdiz. Tenía la dicha de contar con buena salud, un título, una carrera profesional brillante, un piso precioso en Kensington, casas en Gloucestershire y la Toscana, una mujer leal y de lo más admirable, tres hijos encantadores y una amante algo exigente, de quien se había despedido con tranquilidad en el teléfono libre que tenía a su lado.

Estaba a punto de viajar en su avión favorito, el Concorde, a su ciudad favorita, Nueva York, para darse el gusto de disfrutar de su pasatiempo favorito: vender programas de Corinium a la televisión estadounidense y ganar dinero estadounidense para hacer más programas. Tony Baddingham era un firme creyente de la filosofía OPM, que consistía en utilizar el dinero de los demás: si un proyecto fracasaba, otra persona corría con los gastos.

Para coronar la experiencia, tenía junto a él los periódicos matutinos doblados a la perfección, que ya había leído en el hotel Post House y que contenían artículos entusiastas sobre los

resultados de los últimos seis meses de Corinium, que se habían anunciado el día anterior.

Sin embargo, justo cuando se estaba marchando del Post House hacía una hora, la dicha perfecta de Tony se había visto arruinada al encontrarse con su vecino cercano y rival de hacía mucho tiempo, Rupert Campbell-Black, que llegaba. Este garabateaba su firma con una mano mientras agarraba con firmeza a una chica algo desaliñada, pero no por ello menos deslumbrante, con la otra.

Era evidente que a la chica, que tenía el esmalte de uñas estropeado, el pelo rubio despeinado, la máscara de los ojos corrida y un intenso bronceado, la habían sacado de alguna cama ajena, y se reía con una risita histérica.

—Ru-pert —gimió—, no nos da tiempo; vas a perder el avión.

—Esperará —aseguró Rupert mientras se guardaba las llaves y la llevaba al ascensor. Cuando se cerraron las puertas, al igual que cae el telón tras el primer acto de una obra, Tony pudo ver cómo los dos se pegaban como lapas para darse un abrazo apasionado.

Como era un hombre muy competitivo, a Tony le hirvió la sangre de celos. Nunca había tenido problemas para atraer a las mujeres, sobre todo desde que heredó el título y se convirtió en el director ejecutivo de Corinium, pero nunca había atraído a una chica tan pecaminosamente deseable y apetecible como aquella rubia desaliñada que le sonaba de algo.

—¿Más café, lord Baddingham? —Una de las bellas empleadas de la sala de embarque del Concorde interrumpió los pensamientos de Tony, que sacudió la cabeza, consolado por la evidente admiración en el tono de la chica.

—¿No deberíamos estar embarcando? —preguntó.

—Saldremos con unos minutos de retraso. Había un pequeño problema técnico y están haciendo unas comprobaciones de última hora.

Tony paseó la vista por la sala de embarque, que estaba llena de empresarios y turistas estadounidenses, y se fijó en un joven pálido pelirrojo con un traje gris de raya diplomática que había dejado de escribir notas en una libreta y ahora observaba con preocupación su reloj.

Tras embarcar veinte minutos más tarde, Tony se encontró sentado en la parte delantera en un asiento interior con un japonés a su derecha absorto en su ordenador portátil. Al otro lado del pasillo, estaba sentado en la ventanilla el joven del traje de rayas. Ahora se le veía incluso más pálido que antes y parecía claramente indignado.

—Buenos días, lord Baddingham —dijo una auxiliar de vuelo, entregándole a Tony una copia recién salida del *Wall Street Journal* del día.

—¿Ya se ha solucionado el fallo técnico? —preguntó Tony cuando los motores aceleraron.

Evitando su mirada, la chica asintió con entusiasmo; entonces, al mirar por la ventanilla, pareció relajarse cuando un coche negro cruzó el asfalto a toda velocidad. A continuación, se produjo un alboroto y se oyó un ligero murmullo neutro y familiar por el pasillo:

—Mil perdones por el retraso; había un tráfico espantoso.

Todos los auxiliares de vuelo parecieron reunirse en torno al recién llegado, peleándose por llevarle el periódico y guardar su equipaje en la cabina.

—¿Necesitará su maletín, señor ministro? —le preguntó un auxiliar mientras iba contoneándose por el pasillo.

Rupert Campbell-Black sacudió la cabeza.

—No. Gracias, querido.

—Que tenga una buena siesta entonces —respondió el auxiliar de vuelo, enrojeciendo del gusto ante el apelativo cariñoso.

Cuando las puertas se cerraron de golpe, Rupert se dejó caer en su asiento en la misma fila de Tony, pero al otro lado del pasillo. Con aquel traje de color crema arrugado, la camisa de rayas azul, las gafas oscuras y la barba incipiente, parecía más una estrella de *rock* que uno de los ministros de Su Majestad.

—Lo siento mucho, Gerald —le susurró al joven pálido del traje de rayas—. Ha habido un choque espantoso en la M4.

Con una sonrisa brevísima, Gerald le quitó un cabello rubio a Rupert de la solapa.

—Tengo que regalarle un despertador para Navidad, señor ministro. Si se hubiese perdido el discurso del almuerzo, habríamos estado en serios problemas. Menos mal que han retenido el avión.

—Sí, menos mal. —Rupert miró a su alrededor, vio a Tony Baddingham y sonrió—. ¿Y esto? Si es el gran lobo de Baddingham.

—Vives al límite, ¿eh? —dijo Tony con desaprobación.

Los dos hombres se necesitaban mutuamente. Rupert, como diputado en el territorio de la compañía de televisión de Tony, necesitaba la cobertura, mientras que Tony necesitaba que Rupert le dijese al Gobierno que dirigía una empresa respetable. Aun así, eso no hacía que ninguno de los dos le cayera bien al otro.

—Menudos resultados has tenido esta mañana —comentó Rupert, abrochándose el cinturón de seguridad—. Debería comprar acciones

en Corinium.

Un poco más apaciguado, Tony felicitó a Rupert por su reciente nombramiento como ministro de Deportes de los *tories*.

Rupert se encogió de hombros.

—La primera ministra está cagada por los *hooligans* del fútbol. Se cree que yo voy a venir con una fórmula mágica.

—Quizá haya pensado en usar a un gamberro para atrapar a los gamberros —replicó Tony con maldad, pero luego se arrepintió.

—Estuve en Thames Television ayer —dijo Rupert con un tono glacial mientras el avión rodaba hacia la pista—. Después del programa, me tomé una copa con el ministro del Interior y la presidenta de la IBA. Los dos me dijeron que te anduvieses con ojo. Si no gastas un poco más de la fortuna que estás ganando con la publicidad y la usas para hacer algún programa decente, vas a perder tu franquicia.

Cuando Rupert se inclinó hacia delante para que Tony pudiera escucharlo con el ruido de los motores, este percibió el perfume que la chica había llevado en el vestíbulo del Post House antes.

—Y deberías pasar tiempo en la zona. ¿Cómo cojones esperas dirigir una empresa de televisión en los Cotswolds si te pasas el día en Londres meneando el culo detrás de las empresas de publicidad?

—Los accionistas no estarían contentos si no lo hiciera —repuso Tony muy alterado—. Fíjate en los resultados.

Rupert se encogió de hombros otra vez.

—También se supone que debes hacer programas buenos. Como tu diputado local, solo te digo lo que oigo.

—Como uno de tus electores más influyentes —contestó Tony furioso—, no creo que debas ir al Post House con *barbies* que no

llegan ni a la mitad de tu edad.

Rupert soltó una carcajada.

—No era una *barbie*, era Beattie Johnson.

¡Pues claro! Tony se acordó de la chica al instante. Beattie Johnson era una de las columnistas más difamadoras y exitosas, apodada por *Private Eye* como «la primera no tan dama de Fleet Street».

—Está escribiendo mis memorias —añadió Rupert—. Estábamos documentándonos. Me gusta trabajar con escritores fantasma.

Bajo la mirada inexpresiva de las gafas oscuras, su boca sonriente parecía incluso más insolente. Cuando el avión aceleró, los dos hombres se giraron para mirar por la ventana, y Tony se dio cuenta de que estaba temblando de rabia. Pero ni siquiera el espléndido pecho con una camisa de seda a rayas de la auxiliar de vuelo, que subía y bajaba mientras enseñaba a los pasajeros cómo inflar sus chalecos salvavidas, pudo mantener los ojos de Rupert abiertos. Para cuando despegaron, ya se había quedado dormido.

Tony aceptó una copa de champán e intentó concentrarse en el *Wall Street Journal*. No sabía qué era lo que le daba más coraje, si el desdén de Rupert de siempre, su habilidad para dormirse en cualquier sitio, su escaso esfuerzo para conseguir mujeres o la admiración manifiesta del eficiente y pálido Gerald, que estaba bebiendo a sorbos una Perrier y puliendo el discurso que Rupert iba a dar a la hora del almuerzo en el Comité Olímpico Internacional.

Tony pensó que era muy raro que no hubiese un marido en Gloucestershire, incluso en el mundo entero, que no se hubiese alegrado hacía cuatro años cuando la preciosa mujer de Rupert,

Helen, lo dejó en mitad de los Juegos Olímpicos de Los Ángeles, se largó con otro jinete y le causó una gran humillación.

Pero, para su desgracia, Rupert no se había visto afectado y había estado a la altura de las circunstancias, ganó una medalla de oro en salto de obstáculos a pesar de tener un pinzamiento en el hombro y, dos años después, ganó el Campeonato del Mundo, el único premio que se le había resistido hasta entonces. Luego, tras dejar el salto de obstáculos en la cima de su carrera, no le costó meterse en política y ganar el escaño de los *tories* de Chalford y Bisley. Y lo que era incluso peor, se había convertido en un diputado sorprendentemente bueno, muy ágil, que no se dejaba avasallar por la oposición ni por la primera ministra, y que estaba dispuesto a luchar con todas sus fuerzas por su circunscripción.

Aunque el escándalo lo había salpicado dieciocho meses atrás cuando la entonces amante de Rupert, Amanda Hamilton, mujer del ministro de Asuntos Exteriores, le había retirado su patrocinio al enterarse de que se estaba acostando también con su hija adolescente, en este momento, a los ojos de una primera ministra cariñosa, Rupert no podía hacer nada malo. Ahora, como ministro de Deportes y con Gerald Middleton, un secretario personal fantástico que le hacía el trabajo aburrido, Rupert era libre de vagar por ahí exudando glamour, recaudando dinero para el equipo olímpico o incluso sofocando un motín contra un atleta sudafricano. Aun así, esto no había lavado su imagen en absoluto. Como se había divorciado de Helen, podía comportarse como quisiera, de ahí su aventura con Beattie Johnson en el Post House esa mañana.

Tony miró a Rupert, que estaba despatarrado en el asiento de cuero gris claro, ocupaba la mayor parte del espacio para las piernas

de Gerard y se veía guapísimo a pesar de la barba incipiente, y sintió una nueva punzada de celos. En sus cuarenta y cuatro años, no recordaba ni un solo momento en el que no hubiera sentido envidia de los Campbell-Black. Con comportamiento extravagante y todo, siempre los habían admirado en Gloucestershire. Habían vivido en la misma preciosa casa en Penscombe desde hacía generaciones, mientras que Tony se había criado tras los estores de un adosado aburrido en los suburbios de Cheltenham. Tony también tenía una espinita porque solo había ido al instituto, donde se burlaban de él por ser gordo y bajito y porque su tradicional y soso padre (aunque luego se ennobleció por su trabajo en la guerra) había sido considerado demasiado valioso como fabricante de municiones para ir al frente, a diferencia del padre de Rupert, Eddie, que había tenido una trayectoria deslumbrante en los Blues.

Hasta cuando al padre de Tony le dieron su título nobiliario, Eddie Campbell-Black y sus amigotes se habían reído, refiriéndose siempre a él con desprecio como lord Pium-Pium mientras se dedicaban a ir por ahí cargándose la fauna salvaje con uno de sus productos en sus grandes fincas.

Como creció cerca de los Campbell-Black, Tony había ansiado que lo invitasen a Penscombe y formar parte de aquel grupo tan escandaloso y emocionante. No obstante, el privilegio le había sido concedido a su hermano Basil, que era diez años menor que él y, como el padre de Tony ya había hecho fortuna entonces, le habían dado un poni para que lo montara y lo habían enviado a Harrow en lugar de al instituto, y allí se hizo amigo de Rupert.

Como resultado de esa imaginaria privación temprana, Tony había crecido siendo constantemente competitivo, no solo en lo que

concernía al trabajo, sino también en lo social y en lo sexual, y en todos los juegos. Renegó de la empresa familiar cuando acabó el instituto y se fue derecho al sector de la publicidad, donde se especializó en la compra de espacios televisivos. Aprendió los entresijos y entonces pasó a la parte publicitaria de la televisión. Era un empresario brillante, que no se sentía realizado si no recibía una decena de llamadas de Tokio y Nueva York durante la cena de Navidad y que, al cambiar de trabajo de forma constante, había conseguido el suculento puesto de director ejecutivo de Corinium Television hacía ocho años.

Tony, que casi había llegado al metro ochenta y había perdido esos kilos de más a los veinte, se había vuelto muy atractivo en la madurez; aunque con su nariz aguileña, los ojos grises como el carbón, los párpados caídos, los labios con forma tosca y el pelo oscuro corto y mullido, parecía más bien un estafador siciliano que un ciudadano inglés. No obstante, había decidido ir pregonando esto último llevando coronas en absolutamente todo. Además, en el dedo meñique de la mano izquierda relucía un anillo de oro descomunal con el escudo de los Baddingham, carneros luchando, sobre el lema de lord Pium-Pium: «Pacífico es el país que tiene muchas armas».

Al atractivo de Tony contribuía un cuerpo fornido y robusto como un toro, que mantenía en forma a base de autocontrol y una rutina implacable de ejercicio, así como una voz a conciencia profunda y apacible para eliminar cualquier rastro del acento de Gloucestershire. Solo lo dejaba entrever cuando se dejaba llevar por uno de sus horribles arrebatos de ira, que hacían que los trabajadores de Corinium Television se encogiesen contra las paredes de su enorme

despacho cubiertas con un papel que simulaba una arpillera color crema.

De hecho, lo que le molestaba muchísimo a Tony, aparte del éxito, la fortuna y el poder inmenso que tenía Rupert, era que no se lo tomase en serio. No se habría disgustado tanto por el ataque de Rupert si no se hubiese hecho eco de la advertencia de la noche anterior de Charles Crawford, el presidente jubilado rechoncho de la Independent Broadcasting Authority (o IBA, como se la conocía). El trabajo de la IBA consistía en conceder franquicias a las quince compañías de televisión independientes cada ocho años más o menos, controlar sus programas y, básicamente, meterlas en vereda si se alejaban de lo estipulado.

Después del programa con Rupert y el ministro del Interior en Thames Television el día anterior, Charles Crawford se había ido al Garrick a cenar con Tony.

—Como viejo amigo —dijo Charles, echando con avidez la nata que Tony había rechazado sobre su alijo de fresas—, no veo qué más podemos hacer aparte de darte un informe mierdoso a mitad de trimestre. Nos prometiste que Corinium nos proporcionaría como mínimo diez horas de ficción al año para la cadena, y lo único que has producido es una serie de dos capítulos malísima de policías y ladrones dirigida en exclusiva al mercado estadounidense. ¿Por qué no me das programas decentes como hace Patrick Dromgoole en la HTV?

Por un momento, Tony rechinó los dientes. Estaba harto de que Patrick Dromgoole y la HTV fueran siempre modelos de perfección. Luego, se tranquilizó y llenó la copa de Charles Crawford con un Barsac de valor incalculable.

—Las cosas van a cambiar —dijo con suavidad—. Acabo de contratar a Simon Harris de la BBC como controlador de programas. Le encanta la ficción y ha tenido una idea fantástica para una serie de trece capítulos, algo entre James Herriot y *Desmadre a la americana*.

—Bueno, algo es algo —refunfuñó Charles—, pero tus programas locales también son una mierda. Tu territorio, ese que se te olvida de manera muy conveniente, va desde Oxford hasta Gales, y desde Southampton hasta Stratford, y se supone que tienes que cubrir toda la zona. Por ese motivo te dimos la franquicia. También sabemos que has estado gastando los beneficios de la publicidad de Corinium, que deberían haberse invertido en mejorar los programas, y has comprado… —Charles fue enumerando con sus dedos fofos— una productora cinematográfica, una editorial, una agencia de viajes, una cadena de cines, una filmoteca, un parque safari… ¿Y qué es eso que he oído de que planeas comprar una distribuidora estadounidense? ¡Estadounidense, por el amor de Dios!

—Eso se ha descartado —mintió Tony—. Solo era una idea.

—Pues que siga siendo así. Al fin puedes estar más tiempo en tu zona. Muchos de tus trabajadores ni siquiera te han visto la cara. Podría entenderlo si tuvieras que vivir en mitad de Birmingham o incluso Manchester, pero Cotchester debe de ser la ciudad más refinada del país. Te concedimos la franquicia para que reflejaras con responsabilidad la región, y hasta ahora hemos dejado que hagas lo que te dé la gana.

«Y yo os he dado unas cenas de puta madre», pensó Tony con amargura mientras Charles olfateaba de manera apreciativa un plato

de *rarebit*, una tostada con salsa de queso al estilo galés, que pasaba.

—Pero cuando lady Gosling me sustituya en otoño —prosiguió Charles, rebañando la última cucharada de nata rosada—, todos vais a sentir la fría nube de educación superior en la industria. Lady G. cree en los programas de calidad y en tener muchas mujeres al timón. Sigue produciendo la basura de siempre y te irás de patitas a la calle.

Después de estar dándoles vueltas a la conversación y al desprecio de Rupert Campbell-Black durante todo el vuelo, lo único que consiguió levantarle el ánimo a Tony fue que la limusina que lo esperaba en Kennedy resultó al menos un metro más larga que la de Rupert y el doble de lujosa.

2

Una vez en Estados Unidos, la regla de Tony fue no comprobar qué hora era en Inglaterra. Para compensar el comienzo de día tan insatisfactorio que había tenido, se pasó las siguientes horas en una embriagadora avalancha de tejemanejes, vendiendo el formato de dos comedias y un concurso por una gran suma de dinero que no le iba a suponer mucho. Solo cuando volvió al Waldorf y se encontró tres mensajes para que llamara a su muy exigente amante, Alicia, miró qué hora era y se dio cuenta de que no podía hacerlo porque era bien entrada la madrugada y ella estaría en la cama con su marido, se sintió de pronto cansado.

Se reprendió a sí mismo por haber aceptado cenar con Ronnie Havegal, jefe de Coproducción de la NBS, sobre todo porque le había preguntado si podía llevar a un productor llamado Cameron Cook.

—Me llevo muy bien con Cameron —le había comentado Ronnie con su acento de Harvard—. Es brillante, acaba de hacer un documental sobre debutantes y puede que gane un premio Peabody. Tiene mucha clase. En Inglaterra os gusta ese tipo de cosas.

Con sus chaquetas de color azul real, su bronceado color caramelo y su pelo con mechas, Tony se solía preguntar por las preferencias sexuales de Ronnie. No quería malgastar una noche evitando

comprar algún programa pésimo de uno de sus amigos maricas. Los yanquis nunca saben lo que es la clase de verdad.

Dios, estaba agotado. Se disparó lava hirviendo en los ojos por no poder manejar los grifos de la ducha. Luego, como se había olvidado de meter la cortina por dentro de la bañera, empapó el suelo y su único par de zapatos negros.

Tony se gastaba muchísimo dinero en ropa y, desde que había visto a Marlon Brando en *Ellos y ellas* de adolescente, tendía a llevar camisas oscuras con corbatas claras. Iba a ser un desperdicio ponerse para ir a cenar con dos gais la camisa nueva de seda azul oscuro que Alicia le había regalado por su cumpleaños. Se la pondría en el almuerzo del día siguiente con Ali MacGraw. Ya vestido, se tomó una gran copa de whisky para reponer fuerzas y puso el folleto de presentación de la nueva idea de Simon Harris, *Cuatro hombres al grano*, una serie de trece capítulos, en la mesa de cristal junto a un vídeo de los posibles exteriores e interiores para enseñarles a los estadounidenses una muestra de la cautivadora campiña de Cotswold.

Se despertó cuando Ronnie lo llamó desde abajo, pero en cuanto Ronnie entró por la puerta, Tony dejó de sentirse cansado, pues lo acompañaba la chica más sensual y borde que él hubiera visto nunca. Tenía unos veintiséis años y llevaba un vestido liso de lino del color de los taxis de Nueva York y unos pendientes de miniantenas parabólicas. Tenía un cuerpo esbelto y de lo más apetecible, piernas largas, pelo moreno muy corto peinado hacia atrás que mostraba su cara delgada y una piel aceitunada. Con las cejas negras rectas, los ojos de color ámbar algo saltones y enojados, la nariz aguileña y la boca de depredadora, le recordaba a un ave rapaz, hermosa, muy

feroz y solo domesticable por unos pocos. Derrochaba una energía sexual atroz.

También era tan grosera con Ronnie, que era mucho mayor que ella, que al principio Tony supuso que se estaban acostando, pero pronto se dio cuenta de que era así con todo el mundo.

—Esta es Cameron Cook —dijo Ronnie.

Asintiendo con furia en dirección a Tony, Cameron se puso a merodear por la enorme habitación mientras echaba un vistazo a la gran urna azul que se encontraba en el centro del salón y sostenía unos agapantos tan grandes como balones de fútbol, los sofás de cuero y los sillones, la enorme cama doble de al lado y los seis teléfonos (uno de ellos incluso en la ducha).

—¡Joder! —dijo en voz baja y ronca—. Este sitio es más grande que el palacio de Buckingham. No me extraña que los ingleses necesitéis el dinero de los estadounidenses para coproducir.

Tony, que estaba abriendo una botella de Dom Pérignon, hizo caso omiso de la burla y le preguntó a Cameron de dónde era.

—De Cincinnati.

—La ciudad de las siete colinas —susurró Tony—. Pero esas piernas te las tienes que haber comprado en Nueva York.

Cameron no sonrió.

—Más que un lord, pareces un matón de la mafia. ¿Cómo te llamo? ¿Su Gracia, señor, milord, barón, lord Ant?

—Puedes llamarme Tony —dijo mientras le tendía una copa.

Cameron agarró el folleto de presentación de *Cuatro hombres al grano*. Se quitó los zapatos planos negros y se acurrucó en el enorme sofá de cuero rojo lleno de marcas.

—¿Qué coño es esto?

—¡Cameron! —la amonestó Ronnie.

—La nueva serie de trece capítulos que va a sacar Corinium —le explicó Tony—. Tenemos en mente empezar a grabar en octubre.

—Si consigues fondos estadounidenses —contestó Cameron en un tono cortante.

Tony asintió.

—La pondremos a primera hora de la noche, para que atraiga a adultos y a niños.

—Vaya título más estúpido. ¿Qué coño significa?

—Es la letra de una canción inglesa —respondió él sin alterarse.

—Creía que era una serie sobre patios traseros.

—Trata de cuatro aprendices de agricultor que viven en una casa.

—Ya sé leer, gracias —espetó Cameron mientras le echaba un vistazo a la hoja de arriba abajo—. Y alguien encuentra a alguien en la cama con alguien en el primer capítulo. Joder, ¿de verdad esperas que esta mierda sea un entretenimiento para toda la familia en el Medio Oeste, donde no han visto un pezón en la televisión desde hace años?

—No le hagas caso a Cameron —comentó Ronnie—. En la oficina, tiene que llevar un bozal para dejar de ensañarse con sus compañeros.

—Cierra la boca y déjame leer.

Acto seguido, Ronnie procedió a poner a Tony al día de los recientes cambios en la NBS.

—La semana pasada, se cargaron a veinte personas, todas buena gente que llevaba quince años trabajando allí. Los nuevos directivos están llevando la empresa como si fuera un supermercado.

Pero Tony no le prestaba atención. Estaba mirando a esa muchacha tan salvaje con la falda enrollada alrededor de los muslos. Joder, cómo le gustaría quitarle todo ese mal genio que desprendía.

Ella alzó la vista, como si supiera que él la estaba observando.

—Hay demasiado aire en esta copa —comentó mientras la levantaba para que se la rellenara.

—Hoy en día, con veinticinco años, ya eres demasiado mayor para salir en la televisión —parloteaba Ronnie sin parar—. Yo trabajo con uno de cincuenta. Vive todo el tiempo con tanto miedo a que se sepa su edad que no deja de hacerse *liftings* en la cara.

Ronnie parecía cansado hasta la extenuación. Bajo su bronceado color caramelo, tenía unas nuevas arrugas alrededor de los ojos. Cameron tiró el folleto de presentación sobre la mesa de cristal de nuevo.

—¿Y bien? —Tony alzó las cejas.

—¿Qué quieres que diga? ¿Que es una porquería, una basura, una mierda? Sí, es muy provinciano, pero el diálogo es demasiado sofisticado. Si quieres atraer a los negros de Alabama, los campesinos mexicanos y los judíos rusos con el mismo programa, no puedes usar más de trescientas palabras del vocabulario, y no conozco a ninguno de los actores.

—Nadie había oído hablar de Tim Piggott-Smith, Charles Dance ni Geraldine James antes de *La joya de la corona*.

—Pero sí de Peggy Ashcroft. Tus personajes son muy estereotipados y te has equivocado de héroe, los estadounidenses se identificarán con Johnny. Tiene empuje, viene de un hogar pobre y lo va a conseguir. El honorable Will ya lo ha conseguido. Por cierto, ¿por qué tiene el título de honorable?

—Porque es hijo de un noble —respondió Tony.

—Bueno, pues entonces hazlo lord, que eso sí lo conocen los estadounidenses. Y todos son muy debiluchos. A los estadounidenses les molestan los debiluchos. Hemos visto a demasiados muchachos llorando con una camiseta de tirantes puesta. Ya no puedes expresar tu sensibilidad con tu camisa de seda con mangas.

Tony, que nunca había hecho nada de eso, se calentó con la chica.

—Prosigue —soltó.

—Como nación, volvemos a apoyar a la familia y al patriarca fuerte. Una gran parte de la población quiere que los hombres se reafirmen, sean más agresivos, más responsables, más heterosexuales. Y tú tienes una oportunidad maravillosa con cuatro muchachos en una casa juntos para explorar la amistad entre hombres, y no hablo de mariconería, sino de camaradería. Era una gran virtud victoriana, pero nadie la relacionaba con ser gay. El hombre de hoy en día actúa de forma impulsiva y siente después.

—¿Así es como te gustan los hombres? —preguntó Tony mientras se levantaba para meter la cinta en el reproductor de vídeo.

—No, joder. Solo estoy hablando de los espectadores. Has puesto a uno de los muchachos a plancharle el vestido del baile a la chica, ¡puaj!

Tony le llenó la copa otra vez.

—Échale un ojo a esto.

En la pantalla, salió un pueblo de Cotswold de tonos miel, una iglesia antigua, campos de maíz dorados y, luego, una casa de estilo reina Ana bastante deslumbrante.

—Tenemos en mente usarla como la casa del padre de Will —comentó Tony.

—Es un poco pretenciosa —soltó Cameron mientras la cámara vagaba por una avenida de tilos, cascadas de rosas antiguas y un lago rodeado de lirios amarillos.

—Qué sitio tan bonito —dijo Ronnie asombrado.

—Es mío —contestó Tony con suficiencia.

—¿Y no tienes una mujer a la que también le pertenezca? —le preguntó Cameron, sacando a relucir su vena feminista.

—Pues claro, y es muy buena jardinera.

—Parece el puto Disneyland —soltó Cameron.

Tras apagar el reproductor de vídeo, Tony vació la botella en la copa de Cameron y dijo:

—Corinium generó más de doce millones de libras el año pasado vendiendo programas a Estados Unidos, así que no somos unos principiantes. Algunas de las cosas que has comentado son interesantes, pero tenemos que atraer a un público más sofisticado en mi país.

—Deberíamos comer pronto —dijo Ronnie—. Estarás agotado.

—En absoluto —respondió Tony mientras miraba a Cameron—. Solo tengo que orinar.

Una vez a solas en el baño, sacó su pluma estilográfica roja y, en la página de notas de su diario, hizo una lista de todas las críticas que le había hecho Cameron. Entonces, se peinó el pelo y, sonriéndole a su reflejo, se quitó corriendo un trozo de cacahuete con miel que tenía entre los dientes. Por suerte, no le había sonreído mucho a esa arpía.

Incluso en un restaurante lleno de famosos, Cameron atraía las miradas. Había algo en su belleza seria y combativa, en su negativa a mirar a derecha o izquierda, que hacía que incluso los comensales más vanidosos se pusieran las gafas para observarla mejor.

En cuanto pidieron, Ronnie fue de mesa en mesa.

—Es un buen tío —dijo Tony, intentando sacarle conversación a Cameron.

—Es muy sociable —respondió ella con desdén—. Mira cómo se desenvuelve por la estancia y hace que todos sientan que han tenido una conversación íntima y significativa en diez segundos.

—Parece que el baño de sangre de la NBS lo pone un poco nervioso.

Cameron le dio un sorbo a su Dom Pérignon.

—Necesita un gran éxito. Las dos series que hizo el año pasado han sido un fracaso.

—Y le han provocado una úlcera también.

Cameron observó a Tony, reflexiva.

—Supongo que tú nunca has tenido una úlcera, lord Ant.

—No —respondió Tony con amabilidad—. Yo se la provoco a otra gente. ¿Y cómo te están afectando a ti los despidos de la NBS?

Ella se encogió de hombros.

—Me dan igual los despidos y las peleas, pero ahora que los directivos están aquí, supongo que tengo menos libertad para hacer los programas que me gustarían.

—¿Cómo comenzaste a trabajar en la televisión?

—Mi madre dejó a mi padre en plena revolución feminista y nos vinimos a Nueva York por su afán de prosperar. La única cosa que prosperó fueron sus deudas. Era demasiado orgullosa para pedirle

dinero a mi padre, así que fui a Barnard con una beca y conseguí trabajo como reportera en Vac para llegar a fin de mes. Después de graduarme, me uní a *The New York Times* y luego me trasladé a la redacción de la NBS. El año pasado, me pasé a los documentales como guionista y productora. Ahora mismo estoy dirigiendo ficción.

—Tu madre debe de estar muy orgullosa de ti.

—Cree que estoy demasiado centrada en conseguir mis metas —respondió ella con amargura—. Nunca me ha perdonado que votara a Reagan. No entiendo a la generación de mi madre. Toda esa mierda de volver a la naturaleza, a los matrimonios abiertos y a las comunas y las marchas por la paz… Jesús.

Tony soltó una carcajada.

—No te imagino en una marcha por la paz. ¿Qué quiere tu generación?

—Belleza física, dinero, poder, fama.

—Bueno, lo primero lo has conseguido.

—Pues sí. —Cameron no hizo ningún intento por negarlo.

—¿Y cómo piensas lograr el resto?

—Quiero ser la primera mujer en dirigir una cadena.

—¿Y qué me dices de casarte y tener hijos?

Ella negó con la cabeza con tanta vehemencia que casi se metió uno de los pendientes de antena parabólica en el ojo.

—Es un obstáculo en una carrera profesional. He visto a demasiadas mujeres de la NBS a punto de cerrar un trato a las que ha interrumpido una llamada telefónica y han tenido que volver a casa corriendo porque sus hijos tenían cuarenta de fiebre.

El camarero llegó con los primeros platos. Caracoles para Cameron y huevos de gaviota para Tony. Ronnie, que no había pedido nada,

volvió a la mesa y untó un panecillo con mantequilla, pero no se lo comió.

—Bueno —prosiguió Cameron molesta—, ¿para qué sirve casarse? Mira los tíos. Nueva York está a rebosar de tipos emocionalmente inmaduros que no son capaces de comprometerse.

—Son todos gais —espetó Tony, que peló uno de los huevos de gaviota, lo mojó en sal de apio y se lo tendió a Cameron.

—Tonterías —respondió ella mientras lo aceptaba sin ni siquiera darle las gracias—. Hay muchísimos heterosexuales en Nueva York. Yo por lo menos conozco a tres. Y lo que es peor, con hombres tan nefastos, Nueva York está plagado de mujeres prósperas, talentosas y guapas desesperadas por echar un polvo.

—Dame sus teléfonos —comentó Tony a modo de broma.

—No seas estúpido —gruñó ella—. A los tíos no les gustan las mujeres triunfadoras, les hacen sentirse inferiores. Lo que me enerva es que las tías sean tan dependientes de los hombres. Están en todas partes, con sus maletines de cuero y sus trajes de negocios que se ponen para parecer exitosas, hablando de independencia, pero aferrándose a una relación completamente destructiva antes que estar solas sin ningún hombre.

Furiosa, sacó lo que quedaba de la mantequilla de ajo y perejil de los caparazones de sus caracoles. Tony pensó que la mujer estaba protestando demasiado.

Ronnie volvió a irse de nuevo de mesa en mesa. El jefe de camareros estaba ahora formando un gran alboroto cocinando el chuletón Diane de Cameron en la mesa, echando setas y cebolletas en la mantequilla chisporroteante. Cuando el champán llegaba al

paladar de Cameron, ella también chisporroteaba como la grasa caliente.

—La gente de la televisión no tiene ni idea de qué es lo importante. Pregúntales por sus hijos y solo te dirán a qué colegios privados van. Es una forma muy sutil de decirte lo bien que lo están haciendo. ¿Para qué se tienen hijos? No son más que un símbolo de estatus.

—En el fondo eres un poco puritana. —Tony volvió a llenarle la copa—. Tus antepasados no vinieron en el Mayflower por casualidad, ¿no?

—No, pero mi padre es inglés. Tengo pasaporte británico.

«Mejor que mejor», pensó Tony.

En ese momento, el jefe de camareros estaba echándole brandi Napoleón al chuletón y le había prendido fuego. Las llamas de color violeta anaranjado ardieron hacia arriba, carbonizando el techo y alumbrando el rostro hostil y depredador de Cameron. Otro camarero le sirvió a Tony un pargo rojo rodeado de pequeños calabacines, mazorcas y zanahorias.

—Han contratado a un tipo para que les saque punta a los nabos —comentó Cameron mientras pinchaba un calabacín del plato de Tony. Por un segundo, lo observó—. Enano —añadió con desdén—. Como la polla media de Nueva York. —Y lo devoró de un bocado.

Tony se rio, alentándola en su desprecio.

—Que disfruten de la comida —dijo el camarero mientras le ponía el chuletón delante a Cameron con una floritura.

«Me pregunto si la estoy interpretando bien», pensó Tony. «Alguien así de agresivo debe de estar muy inseguro o muy

mimado. Tal vez su madre se haya sentido culpable por separarse de su padre y ha dejado que Cameron se saliera con la suya».

Cuando Ronnie volvió a la mesa moviendo la cabeza de un lado a otro, su lenguado ya estaba frío.

—He oído que has discutido con Bella Wakefield esta tarde.

Cameron alzó la vista hacia el techo carbonizado.

—Es una puñetera inútil.

—Es la hija del vicepresidente.

—Me pone de los nervios. Cada vez que tiene una línea, que es una vez al año o así, se tambalea sobre sus tacones de aguja y me dice: «Cameron, ¿cuál es mi motivación en esta escena?». Así que al final me volví y le solté: «Que te paguen el viernes». Se puso histérica.

—No me extraña —respondió Ronnie con desaprobación.

El jefe de camareros pasó por allí.

—¿Todo bien, señor?

—Estupendo —contestó Ronnie, que no había tocado su lenguado.

—¿Está el chuletón al gusto de la señora?

Cameron inclinó la silla hacia atrás.

—Si quiere que le sea sincera, sabe un poco a calcetín algo aromatizado.

Al camarero se le borró la sonrisa de la cara.

—¿Disculpe?

—Cameron —siseó Ronnie.

—Es como masticar mi propia colada. No sé por qué malgastáis unos ingredientes tan caros en producir algo tan asqueroso. Prefiero beberme el brandi directamente.

El jefe de camareros parecía que iba a romper a llorar de un momento a otro.

—¿Desea algo más la señora?

—Voy a pasar —contestó Cameron mientras ponía ostentosamente el cuchillo y el tenedor juntos—. No merece la pena llevarse las sobras siquiera.

3

En cuanto salieron del restaurante, llegaron las limusinas para Ronnie y Tony. Cameron se detuvo entre los dos.

—Todavía no he visto tu programa para debutantes —dijo Tony—. ¿Por qué no volvemos al Waldorf y le echamos un vistazo?

Ronnie negó con la cabeza.

—Id vosotros. Yo estoy hecho polvo.

De vuelta en la suite de Tony, surgió una tensión casi insoportable entre ellos. Después de servir dos buenos copazos de brandi, Tony se quitó el abrigo. A pesar del aire acondicionado, pudo notar cómo el sudor le formaba manchas bajo los brazos y le resbalaba por la espalda. Vieron la cinta de Cameron en silencio, y Tony no tardó ni cinco minutos en darse cuenta de la gran calidad que tenía.

Los comentarios se redujeron al mínimo; Cameron dejó que las debutantes y sus madres hablaran por ellas mismas. No obstante, se podía sentir su desprecio feroz por el modo en el que había destacado su estupidez y sus pretensiones, en la compasión que mostraba por los nuevos ricos que intentaban encajar y en la chica fea que se quedaba sentada baile tras baile sin que nadie la agasajara.

Aunque Cameron se había ensañado con *Cuatro hombres al grano*, Tony sabía cuándo tenía que ser generoso.

—En Inglaterra les encantará —dijo al final—. Mañana llamaré al Comité de Compras de Metrajes e insistiré en que lo vean.

—Gracias. —Cameron se levantó para rebobinar la cinta—. Será mejor que me vaya. Me levanté a las seis esta mañana y tú debes de tener mucho *jet lag* por el viaje en el Concorde.

«Con ese corte elegante a lo Eton, sería como hacer el amor con un chico», pensó Tony. Al extender la mano para detenerla, notó que llevaba una enorme hombrera.

—Siéntate, que quiero hablar contigo. ¿Tienes novio?

—Tenía hace tres meses. —Se sentó en el extremo más alejado del sofá de cuero.

—¿Qué hizo?

—Era analista de amenazas. Se pasaba el día vigilando a los soviéticos y diciendo: «Son una amenaza».

Tony se echó a reír, deslizándose hasta el borde del sofá.

—No necesito que un hombre cuide de mí —soltó Cameron a la defensiva—. Solo alguien con quien salten chispas. Si no me lo estoy pasando bien, lo dejo. ¿Y tú? ¿Estás felizmente casado?

—Tampoco te creas.

—¿Es que es un callo malayo?

—En absoluto. Es un matrimonio de extrema conveniencia pública. Nos llevamos muy bien cuando no nos vemos mucho.

«Esta chica es justo lo que necesito para que todo el mundo en Corinium espabile», pensó. «Es superbrillante, ambiciosa, agresiva. A la IBA le encantará el programa de debutantes, tiene calidad y es para todos los públicos. Además, siendo mujer, le gustará a la nueva

presidenta, lady Gosling. Es más, por la forma en la que ha criticado el guion preliminar de Simon Harris, es capaz de ver los errores en un programa y orientarlo un poco hacia el mercado estadounidense sin convertirlo en algo demasiado aburrido. Encima, como tiene pasaporte británico, no habrá los problemas horribles que suele haber con los permisos de trabajo».

—¿Te gustaría trabajar en Inglaterra?

—¿Por cuánto?

—Treinta mil.

—Tienes que estar de broma. Aquí gano cien mil dólares.

—En Inglaterra es más barato vivir y podríamos cubrirte algunas facturas.

—Tendría que tener un sitio donde vivir —respondió Cameron, pensando en las casas color miel que había visto en el vídeo.

—Eso lo podemos solucionar.

—Y si me voy a quedar atrapada en el país, necesitaré un coche.

—Por supuesto.

Durante un instante, ella se quedó mirándolo.

—¿Y cuándo entraré en la junta?

—Cameron —respondió Tony con amabilidad—, yo soy el jefe de Corinium. Yo soy el que lo decide.

—Me lo pensaré —contestó ella con indiferencia—. Pero será mejor que te acuestes conmigo primero.

Tony ni siquiera parpadeó ante la sorpresa.

—¿Y eso? ¿Crees que después no voy a querer ofrecerte el trabajo?

Cameron sonrió por primera vez esa noche.

—No, pero puede que yo no quiera aceptarlo.

Ella no dejó de pelear ni en la habitación, donde encendió rápidamente la televisión.

—Dios es amor —dijo una señora con camisa y unas pestañas larguísimas de color azul real—, no un tío con una porra. Quiere que todos nos divirtamos.

—Y nosotros también —comentó Cameron.

Tony apagó la televisión y, con las manos bastante firmes, le quitó los enormes pendientes que llevaba y le masajeó los lóbulos enrojecidos.

—¿Tomas buenas fotos satelitales con ellos?

No había mucho más que quitar. Solo el vestido y las bragas amarillas. Tony nunca se imaginó que alguien con un cuerpo tan fuerte y tonificado pudiera tener una piel tan suave.

—Esos eslips son más viejos que Matusalén —dijo Cameron, tirándolos a la papelera—. Voy a comprarte unos bóxeres.

Teniendo en mente que eran las ocho de la mañana en Inglaterra, Tony pensó que lo había hecho especialmente bien.

—*Mis ojos han visto la gloria de la venida del Señor* —cantó Cameron mientras finalmente se bajaba de encima de él.

—¿Ahora te pones a cantar el himno de la guerra civil de Estados Unidos? —murmuró Tony en su hombro.

Pero justo cuando se estaba quedando dormido, se dio cuenta de lo rígida y temblorosa que estaba a su lado. Deslizó una mano hacia abajo y se encontró la de ella en su monte de Venus.

—Creía que tú también te habías corrido —dijo, indignado.

—Si has creído eso, tienes mucho que aprender, machote.

—Ven aquí, pedazo de guarra.

Apartándole la mano, se arrodilló encima de ella, dándole besos en el ombligo y bajando poco a poco. Tumbados en el suelo, enredados entre los brazos del otro, pasó un tiempo antes de que el teléfono los interrumpiera.

Era el director de Ventas de Corinium, Georgie Baines.

—Creía que te gustaría saber las cifras de los ingresos del mes, Tony. No te he despertado, ¿no?

—Llevo horas despierto.

—¡Y tanto que sí! —soltó Cameron, escabulléndose de debajo de él.

—Son cuatro millones más que el año pasado —dijo Georgie pletórico. Durante cinco minutos, hablaron de negocios, y entonces Georgie le contó que Percy, el chófer de Tony, quería decirle algo.

—Buenos días, milord —lo saludó Percy—. Hemos ganado el partido internacional de críquet por cuatro *wickets*.

Tony estaba casi más exultante por eso que por las cifras de publicidad. Al oír el agua de la ducha correr, se dispuso a saltar sobre Cameron una vez más, cuando el teléfono volvió a sonar. Después de eso, siguió sonando y acabó con una llamada de Alicia, la guapa y exigente amante de Tony.

—¿Te pasas la vida al teléfono? —le gritó.

Llamaron a la puerta. Tony colgó y, envolviéndose una toalla alrededor de la cintura, fue a abrir. Era el desayuno que había pedido antes de salir la noche anterior.

Tras firmar la cuenta, se encontró a Cameron en el baño, secando sus bragas con el secador. Llevaba la camisa de seda azul oscuro que le habían regalado a Tony por su cumpleaños con una de sus

corbatas de cachemira roja anudada a la cintura. Tenía el pelo húmedo por la ducha; estaba sensacional.

—Vuelve a la cama.

—No puedo. He quedado para desayunar. Tengo que llegar antes para asegurarme de que la sala no tiene micrófonos.

El teléfono volvió a sonar.

—Contesta tú —le dijo Tony con malicia.

Cameron lo cogió.

—Es una tal Alicia —le contó.

—Dile que estoy en la ducha.

—No parecía muy contenta —le respondió ella mientras colgaba el teléfono.

Cameron agarró todos los frasquitos de champú, acondicionador, gel de baño y colonia y se los metió en el bolso. Luego, le quitó las hombreras a su vestido amarillo y las colocó en los hombros de la camisa azul oscuro de Tony. Cuando entró en el dormitorio, cogió una fresa enorme de la bandeja de desayuno de Tony.

—¿Qué vas a hacer hoy? —le preguntó él.

—Estaré en los estudios desde las diez. Acabaré sobre las ocho. ¿Y tú?

—Tengo que ver a gente. Voy a comer con Ali MacGraw, que es más de mi quinta, querida. —Le dio un beso a Cameron en la frente —. Y quiero esa camisa de vuelta.

—Puedes ponerte mi vestido amarillo. Si lo llevo yo, Ronnie sabrá que no he pasado por casa. —Sacó un espejo del bolso y se estremeció al ver su reflejo bajo la brillante luz del sol—. Aunque lo sabrá de todas formas.

—Te llamaré luego —dijo Tony.

En cuanto ella se fue, se duchó, se vistió y, tras haber convocado a uno de los secretarios de la oficina estadounidense de Corinium en la Quinta Avenida, dictó un guion preliminar para *Cuatro hombres al grano* totalmente nuevo.

Entretanto, Alicia lo llamó y le preguntó quién había contestado al teléfono.

—Tu sucesora —le respondió Tony sin un ápice de compasión, y entonces colgó.

Al mediodía, tenía un folleto de presentación nuevo y perfectamente encuadernado de *Cuatro hombres al grano* que contenía el análisis de personaje de un nuevo héroe, que ahora era un muchacho de clase trabajadora y no el hijo de un noble (que se había convertido en lord), además de una lista de posibles actores, sugerencias de localizaciones, tramas y un par de páginas de diálogo simplificado, todo basado en las recomendaciones de Cameron.

Ronnie lo llamó mientras Tony lo estaba leyendo.

—¿Te gusta Cameron?

—«Gustar» no es la palabra más adecuada. ¿Qué pasa con ella?

—Parece más una cría que una arpía —contestó Ronnie, que deseaba con todas sus fuerzas hacer negocios con Tony—, pero es demasiado ambiciosa para su propio bien y demasiado directa. Tiene una vena idealista que la hace chillar y gritar hasta que consigue lo que quiere, y si eres una persona tan sexy como ella, compites no solo con otras mujeres, sino también con los hombres que no consiguen ligar contigo. No le digas a nadie que te lo he contado, pero la controladora de Programas va a cancelar su último documental, ya que ha sido tan desagradable con Bella Wakefield que la van a echar de la serie. Aunque es brillante. —Ronnie suspiró

—. Por desgracia, aquí ya no les importa el talento, pero que quede entre tú y yo.

—A mí no me has dicho nada —respondió Tony.

—Como compensación, ¿podemos ser los primeros en ver *Cuatro hombres al grano*? —le preguntó Ronnie—. Sé que Cameron la criticó, pero a mí me pareció maravillosa.

—Por supuesto —replicó Tony con soltura.

Tras un almuerzo muy afable con Ali MacGraw, una vieja amiga, para charlar de un proyecto a largo plazo, Tony paseó hasta llegar a la USBC, el rival supremo de la NBS.

En la plaza del edificio de Seagram, turistas y oficinistas se sentaban en sus muros, comiendo sándwiches y pizzas e intentando atraer el sol abrasador que se colaba entre los bloques de oficinas a sus brazos y piernas al descubierto. Las flores en la franja central de Park Avenue se marchitaban por el calor mientras Tony paseaba por delante de General Motors y del edificio de Pan Am con sus miles de ventanas relucientes, admirando los toldos de colores fuera de las casas y a las jóvenes neoyorquinas que andaban a zancadas con sus maletines y que le devolvían la mirada con un interés halagador. Quizá Cameron estaba en lo cierto y en Nueva York escaseaban los hombres de verdad.

Al jefe de Coproducción de la USBC y al controlador de Programas Diurnos les encantó el vídeo de las casas color miel y el campo de Cotswold.

—Esta serie —empezó a decirles Tony con una voz profunda y hermosa que fluía como un oporto añejo que salía de un decantador de un valor incalculable— será una mezcla entre James Herriot y *Desmadre a la americana*, pero mucho mucho mejor. Queremos

explorar la amistad verdadera entre hombres reales, no la homosexualidad, sino la virtud victoriana, la camaradería. El héroe, un muchacho pobre de origen desfavorecido, no se adueña del mundo ni consigue a una chica, sino que encuentra su integridad. La historia, a pesar de tener profundidad, es lo bastante simple como para que le guste a un campesino mexicano o a un negro de Alabama.

Por el rabillo del ojo, vio que el muy influyente vicepresidente a cargo de la programación diurna acababa de entrar en la sala. Tony comenzó a hablar con más amabilidad.

—En Inglaterra —prosiguió—, estamos hartos de los debiluchos que expresan su sensibilidad con sus camisas con mangas de seda. Los hombres de nuestra historia tratan bien a los animales y a las mujeres, pero son de los que primero actúan de forma impulsiva y sienten después. No se les vería con un delantal ni muertos. Volvamos a tener hombres de verdad, devolvámosle la dignidad y la caballerosidad a nuestro género.

Como pensó que se había pasado un poco, Tony se apresuró a hablar del tema monetario.

—Podemos hacerlo por setecientos cincuenta mil la hora —dijo—. Será un treinta por ciento más barato si lo hacemos en Inglaterra, más el veinte por ciento de las tarifas a Europa y el Reino Unido.

Admirando la discreta corona azul que llevaba Tony en la camisa verde oscuro, el vicepresidente a cargo de la programación diurna, al que su mujer acababa de echar la bronca por teléfono porque se había olvidado de recoger el traje que había mandado arreglar a Ralph Lauren, pensó que lord B. tenía bastante clase. Y además razón: ya era hora de que los hombres volvieran a ser hombres.

—Qué interesante, Tony —comentó—. Nos gustaría hablar de la idea. ¿Te quedarás en Nueva York unos días más?

—Sí —respondió Tony.

—¿Para enseñársela a más gente?

—Por supuesto.

—Te contestaremos lo antes posible.

Fuera había llovido. Los árboles habían adquirido un verdor más oscuro. La ciudad tenía el olor cálido y húmedo de un invernadero. Park Avenue era una masa amarilla sólida de taxis ruidosos. Temblando por la emoción de los tejemanejes, Tony sabía que debía llamar a Ronnie de inmediato para mostrarle el trato. «Déjalo sufrir», pensó Tony. «Deja a Cameron sufrir». Volvió al Waldorf, se marchó del hotel y, sin dejar ninguna dirección de contacto, voló a Los Ángeles.

Cameron vivía en un apartamento en la decimoprimera planta de un edificio de Riverside Drive con unas vistas maravillosas al río Hudson. Llegó a casa sobre las nueve tras un día infernal, plagado de gritos que al final terminaron con Bella Wakefield apareciendo en plató con unas pestañas postizas de cinco centímetros y media tonelada de sombra de ojos morada para interpretar el papel de una institutriz victoriana. Cuando Cameron le ordenó que se quitara el maquillaje, Bella se marchó furiosa, seguro que para llorar en el hombro ya empapado del vicepresidente.

En cuanto entró, Cameron puso en marcha su contestador, pero no había ningún mensaje de Tony, ni siquiera un clic que indicara que la había llamado y había colgado porque ella no se encontraba allí. Tampoco le había dejado ningún mensaje en la NBS.

No obstante, Cameron había hecho sus deberes. Como Tony se había enterado por Ronnie de que ella era brillante, pero una trastornada, ella, a su vez, había descubierto que Tony era un capullo sin principios al que le interesaba más generar dinero que hacer programas buenos, que se le daba muy bien mantener la intriga en la sala de juntas y que tenía tanto don de palabra que podría persuadirte y lograr lo que quisiera. Convencida de que podría manejarlo, Cameron no se desanimó en absoluto al saber tal información y decidió aceptar la oferta.

Siempre había querido trabajar en Inglaterra y buscar a sus parientes ingleses. Le encantaba la televisión británica, y le habían dado muchísima envidia todas esas chicas de Barnard que habían viajado a Europa sin ningún esfuerzo con el dinero de sus padres. También le daría la oportunidad de alejarse de su madre y su horrible amante, Mike. Le dio un escalofrío; solía tener pesadillas con Mike.

Encendió la luz. Le daría pena dejar el apartamento, que estaba pintado entero de blanco y tenía cortinas amarillas y esterillas de mimbre en el suelo pulido. Los muebles del salón consistían en un gran piano; un sillón de dentista tapizado en cachemira roja, como la corbata de Tony; una diana y un dedo de oro de unos treinta centímetros de alto que había sido substraído en secreto del pie de un querubín del Museo Metropolitano. Los libros cubrían casi toda una pared, pero la mitad de una estantería estaba ocupada por los vídeos de los programas que había hecho. Eran su seña de identidad. Cameron solo sentía que existía de verdad cuando veía su nombre en los créditos que salían en la pantalla.

Y ahora ese lord inglés había llegado y la había dejado muy confusa porque no la había llamado. Al no tener padre en su adolescencia, Cameron siempre se había sentido atraída por hombres mayores que ella. De Tony le gustó su gran crueldad y, a pesar de las críticas de ella, al final había terminado siendo una gran noche de sexo.

¿Cuándo iba a llamarla ese cabrón? El cartero siempre llamaba dos veces, pero este lord no lo hacía ni una. Se tiró en el sofá y miró por la ventana. En la otra orilla, las luces de las fábricas y las centrales eléctricas emitían unas serpientes amarillentas y relucientes por el agua negra y, mientras contemplaba los coches minúsculos de colores circular a toda velocidad por la autopista, se quedó dormida.

Cuando se levantó a la mañana siguiente, con mucho frío y adolorida, el Hudson se había convertido en una lámina de metal blanco y de las centrales eléctricas salía un humo que se entremezclaba ligeramente con la bruma matinal. Tal vez Tony solo le hubiese ofrecido el trabajo como una artimaña para llevársela a la cama, pero ella no creía que él fuese así. Si solo hubiera querido tirársela, no se habría andado con rodeos. Pero cuando llamó al Waldorf para aceptar el trabajo, se indignó al enterarse de que Tony se había marchado y no había dejado ninguna dirección en la que poder ponerse en contacto con él.

—Ese hombre es muy popular —le dijo el recepcionista—. No paran de llamarlo por teléfono.

Ni siquiera en la oficina de Corinium en Nueva York pudieron decirle a dónde se había ido Tony, y lo que era peor, el periódico de

la mañana tenía una maravillosa foto de él saliendo del Four Seasons con Ali MacGraw.

En Los Ángeles, cuando no estaba hablando sobre *Cuatro hombres al grano* o cerrando un acuerdo para comprar los distribuidores estadounidenses, que había tenido que adquirir por medio de una empresa tenedora para no disgustar a la IBA, Tony pensaba en Cameron.

Una vez de vuelta en Nueva York dos días más tarde, ignorando los mensajes cada vez más desesperados de la NBS, fue a la USBC y, tras sacarles doscientos cincuenta mil dólares por programa con el argumento de que Disney estaba muy interesado, cerró el trato.

Regresó al Waldorf sudando como un cerdo, se dio una ducha, se sirvió un copazo de whisky y llamó a Cameron. Tuvo que mantener el teléfono a un brazo de distancia cuando ella descolgó y le gritó:

—¿Dónde coño te habías metido, pedazo de cabrón?

—He estado ocupado —respondió Tony y, cuando ella empezó a echarle la bronca, le soltó con brusquedad que se callara y se tranquilizara.

—He conseguido el dinero para *Cuatro hombres al grano*.

—¿Quién lo ha puesto? —le preguntó ella.

—La USBC. Los abogados están ahora mismo ultimando los detalles.

—Pobre Ronnie. A la NBS le va a sentar mal, ni siquiera pudimos echarle un vistazo.

—Bueno, ¿qué le hacemos?

—Seguro que se enfadará, saldrá por la puerta y no volverá nunca después de esto. Ronnie tiene razón, eres un capullo.

—Esa no es forma de dirigirte a tu nuevo jefe.

A Cameron le comenzó a latir tan fuerte el corazón, a sudarle tanto las manos, que casi se le escurrió el teléfono.

—¿Hola? ¿Hola? —dijo Tony—. ¿Has pensado en el trabajo que te ofrecí?

—Vete a la mierda. ¿Cómo sé que puedo fiarme de ti?

—Dame tu dirección. Estaré dentro de media hora allí y hablaremos de las condiciones.

Cuando llegó al piso de Cameron con una botella de champán, se indignó al ver a un joven guapísimo sentado en el sillón de dentista con una copa que seguro que no contenía enjuague bucal.

—¿Quién coño es ese? —masculló Tony.

—Skip, mi abogado. Ha venido para redactar mi contrato de trabajo —contestó Cameron.

—¿Y por qué coño lleva mi camisa y mi corbata?

Cameron se echó a reír.

—Como voy a irme a Inglaterra, he creído que se merecía un regalo de despedida.

4

Un frío día de febrero, justo veinte meses después de que firmara el contrato con Cameron Cook en Nueva York, Tony Baddingham hizo una incorporación mucho más dramática y controvertida a su personal. Tras haber intercambiado contratos con la más absoluta discreción por la mañana, apareció en la sede de la IBA en Brompton Road para tomar una copa de jerez al mediodía con su nueva presidenta, lady Gosling, para impresionarla con la noticia secreta de su última adquisición antes de emprender su viaje de dos horas hacia Cotchester.

Incluso en una tarde de mucho viento de febrero, las calles amplias y las casas antiguas de color oro claro de Cotchester derrochaban un aire de serenidad y prosperidad. Al norte del pueblo, en la plaza del mercado, una estatua de Carlos I montado a caballo indicaba que Cotchester había sido una fortaleza monárquica en el pasado. Alrededor del pedestal, las palomas picoteaban la paja dejada por las ovejas y las vacas que se habían vendido en el mercado más temprano ese mismo día. Al sur se alzaba la catedral, con su enorme campana que solo se silenciaba en la hora punta y con la sombra de su chapitel, que, en los días soleados, se extendía como una bendición por la ciudad.

Dominando High Street, había un precioso edificio de estilo reina Ana que antes había sido la alhóndiga y ahora era la sede de Corinium Television. No obstante, durante los últimos veinte años, se había ampliado bastante la parte trasera del edificio para incluir los estudios, los vestuarios, una nueva e imponente sala de juntas y una serie de oficinas espléndidas para los directores; solo las rosas trepadoras amarillas habían podido alterar aquella fachada tan imponente. En el tejado, las enormes letras «CTV», en color rojo oscuro, podían verse a kilómetros de distancia, y encima de ellas había un fabuloso carnero con cuatro patas cuadradas, nariz aguileña y cuernos enroscados. Originalmente, se había elegido como símbolo del comercio de lana propio de la zona en el pasado, aunque según algunos de los empleados más despiadados de Corinium, el carnero ahora podría simbolizar los excesos sexuales de Tony Baddingham.

Detrás del edificio, una de las paredes de la sala de juntas era un ventanal enorme que daba a la catedral, que estaba cerca, la vega y los sauces que arrastraban sus ramas amarillentas por el río Fleet, un paisaje muy pacífico, todo lo contrario a las tensiones y rencillas que había en Corinium Television.

Estas tensiones se habían incrementado ese mismo viernes porque Tony había vuelto de Londres de buenas a primeras y había convocado una reunión para planificar los programas a las tres en punto, cuando él sabía que la mayoría del personal tenía la esperanza de poder escaquearse y salir temprano.

Tony había regresado de un humor excelente. Su reunión con lady Gosling había sido muy satisfactoria. Simon Harris, el antiguo chico de oro de la BBC, y Cameron Cook habían mejorado tanto los

programas de Corinium en los últimos veinte meses que ya no se preocupaba para nada de que le arrebataran la franquicia a medio plazo. Aunque, por si hubiese grupos rivales que quisieran hacerse con la franquicia de Corinium cuando saliera la renovación al año siguiente, había tomado la decisión de que Corinium se pusiera las pilas con mucha antelación.

Por eso, hasta ese momento, hasta que volvieran a elegir a Corinium de manera oficial, estaba empeñado no solo en sacar a relucir algunos de los nombres más brillantes de la televisión y las artes delante de la IBA, sino también en poner en marcha algunos programas regionales que merecieran la pena.

Por esa razón, había convocado aquella reunión improvisada, para planificar las ideas de estos programas. Por desgracia, la mitad del personal no se encontraba allí. El jefe de Noticias estaba en Múnich porque lo habían invitado, el jefe de Documentales estaba en Roma para recibir un premio, el jefe de Entretenimiento Ligero y la atractiva jefa de Programas Infantiles estaban con un virus gástrico, lo que provocó que varias cejas se alzasen, ya que el día anterior parecían estar perfectos.

Tony ocupó la silla de la presidencia, pero al instante lo avisaron de que debía atender una llamada urgente desde Los Ángeles. Las únicas personas de la sala que no parecían asustadas o, al menos, muy recelosas de él eran Charles Fairburn, jefe de Difusión Religiosa, que se había emborrachado a la hora de comer, y Cameron Cook, la nueva jefa de Ficción.

El jefe de Deportes, Mike Meadows, un antiguo jugador de fútbol famoso con patillas pelirrojas y cuyos músculos habían aumentado

demasiado para su reluciente americana azul, estaba fumándose un cigarrillo detrás de otro.

Simon Harris, el controlador de Programas, que tenía principios, era inteligente y siempre contemplaba los dos lados de un problema y por ello lo tachaban de indeciso, estaba temblando a la derecha de Tony. Escondía las manos debajo de la mesa para ocultar un brote nervioso que había hecho que se rascara hasta tener la piel en carne viva. Tenía el delgado rostro desencajado. En un intento por ganar algo de autoridad, se había dejado crecer una barba desaliñada. Cuando se quitó el abrigo, pues Tony siempre mantenía la calefacción central con temperatura tropical, se pudo oír el tintineo del frasco de diazepam y ver las grandes manchas de sudor debajo de sus brazos.

Al otro lado de Simon, estaba el asistente personal de Tony, Cyril Peacock, ayudante de cámara y antiguo jefe de Ventas de Corinium, un tipo fornido, jovial, asertivo y sensacional en su trabajo. No obstante, el punto de un ayudante personal es que debe ser extremadamente leal. Algunos jefes ejecutivos de la televisión compraban esa lealtad con dinero. Tony la compró con el miedo. Tras nombrar a Cyril su ayudante personal y responsable de publicidad ocasional, lo había animado a invertir sus ahorros en una empresa que pronto quebró. Ahora, el que antaño fuera el terror de la Luftwaffe era alguien a quien Tony le daba su abrigo, un pobre viejo fracasado de unos sesenta años que había perdido su trabajo y que tenía su pensión pendiendo sobre su cabeza como la espada de Damocles. Tony disfrutaba obligando a Cyril a hacerle el trabajo sucio: el lunes despediría a cuatro personas en su nombre.

A la izquierda de Tony, estaba la señora Madden, su secretaria, que también rondaba los sesenta; era una mujer sencilla y totalmente dedicada, a la que le picaban los sabañones a causa de la calefacción central y que nunca dejaba entrar a nadie en el despacho de Tony sin cita excepto a Cameron Cook, con quien tenía una relación de amor-odio.

Por último, al otro lado de la mesa, enfrente de Cameron, estaba sentado James Vereker, el guapísimo, atractivísimo y bien peinadísimo presentador del programa de noticias regionales de las seis, *Resumen de Cotswold*.

James debería estar en la sala de prensa preparándose para el programa de la tarde, pero, como odiaba perderse algo, se había colado en la reunión y estaba aprovechando la ausencia de Tony para reescribir las relaciones que tendría que decir más tarde en antena para acordarse y adaptarlas a sus patrones de discurso.

Mirando a Cameron de reojo, James se preguntó si Tony y ella habrían ensayado la reunión en la cama a principios de esa semana, calentándose el uno al otro viendo quién podría ser más desagradable con los demás. Miró el jersey de cachemira marrón oscuro de Cameron que se le ceñía a su cuerpo delgado, la falda de ante marrón claro, las botas Charles Jourdan y su lascivo rostro sin maquillaje, y sintió una ola de repugnancia. Ese día se había engominado el pelo corto hacia arriba en forma de pinchos, como si un erizo se hubiese rebozado en grasa de pollo.

James movió un par de centímetros el arreglo de flores primaverales que se habían dejado tras la reunión de la junta directiva del miércoles para quitarla de su vista y, después de sacar

un paquete de caramelos Polo, le ofreció uno a la señora Madden, que se puso un poco colorada cuando lo aceptó.

James no le ofreció caramelos a nadie más. Sabía a quién tenía que hacerle la pelota. Si la cortejaba como era debido, la señora Madden lo alabaría delante de Tony y lo dejaría pasar al santuario interior cuando fuera necesario.

Cuando Tony entró de nuevo en la sala, todo el mundo se levantó de la silla, excepto Cameron, que lo ignoró de forma deliberada. «Quizá hayan tenido una pelea», pensó James Vereker esperanzado.

«Lo bueno de Tony es que va directo al tema», pensó Charles Fairburn. Puede que hubiera una gran probabilidad de que Charles, que iba a ir al ballet de Covent Garden esa tarde, saliera del edificio sobre las cinco.

—Me gustaría empezar —dijo Tony con energía— felicitando a Cameron por estar nominada a un premio BAFTA. Como todos sabéis, *Cuatro hombres al grano* no solo ha sido un gran éxito en la cadena que se ha vendido en todo el mundo, sino que, además, el excepcional trabajo de cámara ha atraído a muchísimos turistas a la zona y el mes pasado batió a *Howard's Way* en los índices de audiencia. Queremos buscar más programas como este que muestren la zona en la cadena.

—¡Exacto! —soltó Cyril Peacock, con su dentadura postiza temblando de los nervios.

«Tony se ha olvidado a propósito de que *Cuatro hombres al grano* se me ocurrió a mí primero», pensó Simon Harris con amargura. Cameron, que aún estaba ignorando a Tony, miró con desagrado la fotografía, enmarcada en la pared, de él muy sonriente ayudando a

la princesa Margarita a plantar un cerezo en el jardín delantero de Corinium.

«Joder, sí que se han peleado», pensó James.

—Me gustaría dar luz verde a una segunda temporada —continuó Tony—. Volvemos a tener el dinero de la coproducción de la USBC, pero creo que sería mejor, Cameron, que introduzcas por ejemplo a una madre soltera negra en la casa de campo de los aprendices de agricultor para agradar a la IBA.

Charles Fairburn contuvo una sonrisa. La IBA estaba obsesionada con las minorías. Cameron parecía indignada.

—Las mujeres solteras negras no se convierten en aprendices de agricultor —masculló.

—Siempre hay una primera vez —contestó Tony con mucha labia —. Podría ser la novia de uno de los cuatro muchachos.

—Por Dios, ¿y por no qué no una pastora lesbiana con una sola pierna? —sugirió Cameron.

—¿Por qué no una campesina alegre, sola y desempleada? —añadió Charles con un ataque de hipo—. O una cosechadora discapacitada.

—Ya basta —lo cortó Tony.

A continuación, dio el visto bueno a los planes para una ópera oscura de Michael Tippet, ante lo que Cameron también frunció el ceño, pues suponía que había sido cosa de lady Baddingham (a la mujer de Tony le encantaba la ópera), y a una producción de *El sueño de una noche de verano* con el objetivo de compensar a Stratford-on-Avon, que estaba dentro de los dominios de Corinium.

Ahora era el turno de James Vereker, que, tras haber terminado de escribir sus relaciones, se sirvió un vaso de Perrier y sugirió que

tenían que demostrar que «Corinium se preocupa, Tony» y hacer una serie sobre pobreza y tercera edad.

—Joder, qué rimbombante —soltó Cameron mientras lo miraba a través de los narcisos marchitos—. De todo lo aburrido…

Tony alzó la mano para que se callaran, y el enorme sello que llevaba como anillo reflejó la luz.

—No es mala idea. Podemos grabar un capítulo piloto muy barato para impresionar a la IBA. No tenemos que hacer la serie. Tal vez Cyril —sonrió con malicia a su asistente personal— podría hacerlo. Últimamente, parece más viejo y pobre.

A Cyril Peacock se le crispó la cara e intentó sonreírle de vuelta. Envalentonado por eso, James sugirió que hicieran algo «muy potente, Tony» sobre los disturbios y el consumo de drogas en la Universidad de Cotchester. Cameron saltó de repente, como el halcón al que Tony había entrenado, y arremetió contra James:

—Vaya idea más horrible —gritó—. ¿Quieres enemistarte con toda la Oficina de Turismo porque la gente tendrá miedo de venir a Cotchester? Nadie querrá invertir dinero aquí. Joder, estamos intentando potenciar la zona.

—¿Y un programa sobre el papel de las mujeres en el Ayuntamiento de Cotchester? —balbuceó Simon Harris, estirando su desaliñada barba amarilla.

—Entonces, los ayuntamientos de Bath, Southampton, Oxford, Winchester, Stratford, etc., etc., montarán un escándalo porque no les hemos hecho programas a ellos —contestó Cameron con rotundidad.

—Creo que tu idea, Tony, de entrevistar a las mujeres de los famosos que viven por la zona es lo mejor —comentó Cyril Peacock,

desesperado por recuperar su favor.

—*¿Detrás de cada hombre famoso?* —Cameron se giró hacia Cyril, furiosa—. Esa idea fue mía.

—Podríamos comenzar con la mujer de uno de nuestros directores o incluso quizá —Cyril se lanzó— lady Baddingham.

A Tony pareció no agradarle.

—Creo que eso sería tirar por lo fácil.

—¿Y si hacemos una serie de los más ricos? —dijo Charles Fairburn, que aún no estaba lo bastante sobrio—. Son un grupo mucho menos minoritario que cualquier otro. Podríamos empezar contigo, Tony.

Charles fue acallado por una mirada gélida de Tony, que, consciente de que a la reunión le faltaba un poco de chicha, se dio cuenta de repente de que su jefe de Opciones, cuyo papel era decirle a la gente creativa lo que no podía hacer, no se encontraba allí.

—¿Dónde está Victor Page? —preguntó en un tono amenazador.

—En el funeral de su abuela —contestó la señora Madden, frunciendo los labios.

—Pero si ya se le murieron dos abuelas durante la temporada de Wimbledon el año pasado.

—Esta era su abuelastra —respondió la señora Madden—. Su madre se casó dos veces.

—Seguro que su otra abuelastra la palmará durante el próximo Wimbledon —soltó Tony mientras anotaba algo en su libreta. Ya tendría Cyril que despedir a cinco personas el lunes. Entonces, volvió a los puntos que se habían tratado durante su charla con lady Gosling aquella mañana. No había necesidad de que su personal de

producción se confiara—. Muchos espectadores —prosiguió— se han quejado de que los ratones de campo salieron copulando demasiado tiempo en nuestro programa *Naturaleza nocturna*.

Charles Fairburn, que tenía la cara redondeada y roja como un queso holandés, contuvo otra sonrisa. Sería mejor que hiciera cuentas. No había ido a ningún lado esa semana, pero necesitaba algo de dinero para invitar a su amigo azafato a una copa en el ballet de esa noche.

«Guardarropa y propinas 5 £», escribió. «Bebidas con el archidiácono 15 £». El archidiácono era abstemio, pero el Departamento de Contabilidad no lo sabía, aunque estaría cerrado si Tony no terminaba la reunión pronto.

—En cuanto a los programas infantiles —prosiguió Tony—, también hemos recibido quejas porque hay demasiada violencia en *La paloma Pamela*.

—¿Qué tipo de violencia? —preguntó Simon Harris.

—Picotear a la paloma Priscilla y arrancarle todas las plumas.

James tuvo la tentación de comentar que a sus hijos les había encantado ese capítulo en concreto, pero decidió no hacerlo. La jefa de Programas Infantiles había rechazado sus insinuaciones en la fiesta de Navidad, así que no le debía ningún favor.

—Se supone que la paloma Pamela es un símbolo de paz —dijo Tony.

—Pacífica es la paloma que tiene muchas armas, o pico, en el caso de Pamela —murmuró Charles Fairburn y, al instante, se arrepintió.

—Ha habido quejas —continuó Tony con repugnancia— sobre el poco contenido religioso que hay en nuestros programas religiosos.

Hablaré contigo tras la reunión, Charles, y la IBA está muy descontenta con *De pobres a ricos*.

Simon Harris se puso colorado. Había sido él quien había comprado el formato de *De pobres a ricos* en Estados Unidos y lo había adaptado para la cadena inglesa.

—Pero si los índices de audiencia son maravillosos —protestó.

—Lo sé, pero la IBA ha comentado que los concursantes son demasiado glamurosos y sofisticados. Necesitamos unos cuantos desempleados para darle un toque de realidad y, por favor, acuérdate de las minorías étnicas.

—Puedes usar a mi madre negra soltera —dijo Cameron, lanzándole una mirada mordaz a Tony.

—La IBA —siguió Tony, observando con los ojos entrecerrados la mesa pulida como si fuera una asistenta buscando manchas— también cree que deberíamos tener más mujeres en la Junta de Corinium. Al fin y al cabo, lady Evesham tiene casi sesenta y cinco años, así que tenemos todos que rompernos la cabeza para buscar a mujeres poderosas.

Los hombres de la sala intercambiaron unas miradas de pavor. ¿Usaría Tony aquello como una excusa para meter a la terrible Cameron Cook en la junta?

—Además —prosiguió Tony al instante—, creen que todavía no tenemos suficientes directores que vivan en la zona.

«Eso también incluye a Cameron y su refinada casa de estilo Regencia a las afueras de Cotchester», pensó James con crueldad.

Entonces, Tony dijo, satisfecho, que Freddie Jones, el multimillonario de la electrónica, y Rupert Campbell-Black, el ministro de Deportes, que vivían en la zona, iban a ir esa noche al

baile de caza de West Cotchester que él mismo había organizado y que los tantearía como posibles directores.

Durante un instante, la indignación se impuso al terror del jefe de Deportes de Tony:

—Pero si Rupert Campbell-Black siempre se ha quejado mucho de nuestra cobertura —soltó—. Cualquiera diría que es culpa nuestra que el Cotchester esté de los últimos en tercera división.

—Pero su nombre queda bien en el papel. Tenemos que mantener a nuestros diputados locales contentos ahora que queda poco para que se reelija la franquicia —dijo Tony—. De todas formas, está demasiado liado con los *hooligans* del fútbol para venir a más de dos reuniones al año, así que no tendrá la oportunidad de ser un estorbo.

—Yo no estaría tan segura —masculló Cameron—. Es un cerdo machista.

Deleitándose por saber que era el único miembro del personal al que Tony había invitado al baile de caza de esa tarde, James Vereker no se pudo resistir a decir en cuanto terminó la reunión lo mucho que Lizzie, su mujer, y él estaban deseando ir, y le preguntó a Tony a qué hora quería que llegaran para tomarse algo.

—Sobre las ocho —contestó Tony mientras recogía sus papeles.

James pudo sentir los rayos láser de odio y celos que le estaba dirigiendo toda la mesa, sobre todo Cameron. «Así a esa zorra se le bajarán los humos», pensó. Desde que la habían nominado a un BAFTA, sus botas Charles Jourdan se le habían quedado pequeñas.

Mientras Tony salía de la habitación enderezando la foto de la princesa Margarita y él al pasar, James consultó su reloj. Las cuatro y media. Iba a estar en directo durante una hora y media y

terminarían el programa sobre las siete. Si tenía que conducir dieciocho kilómetros hasta su casa, ducharse y cambiarse, se le haría tarde. Sería mejor que se diera una ducha rápida y se secara el pelo antes, así podría seguir maquillado (solo un poco de gel bronceador, maquillaje en polvo y máscara de pestañas marrón oscuro) en el evento. En febrero se quedaba uno pálido.

Pensó en si llevar su camisa de noche turquesa, que resaltaba el azul verdoso de sus ojos, o una blanca con una pajarita turquesa, y se decidió por la primera opción. La camisa blanca se podría manchar de gel.

Entró en la redacción, seleccionó a la secretaria más enamorada de él y le dio veinte páginas escritas a mano, tituladas: *Guion preliminar de Pobreza y tercera edad*, por James Vereker.

—Creo que con este te lo pasarás bien —le dijo—. ¿Puedes centrar los títulos en mayúscula? No lo necesito hasta el lunes a primera hora.

Ya del todo sobrio, Charles Fairburn siguió a Tony hacia su despacho. No le iba a dar tiempo a llegar a su encuentro en Covent Garden con su azafato de avión. No obstante, para su sorpresa, Tony lo felicitó:

—Los índices de audiencia no están mal, Charles. Para la semana que viene, trae al obispo de Cotchester, algunos sijs y una mujer sacerdote para hablar sobre el significado de la abnegación y la Cuaresma, así mantendremos contenta a lady Gosling. Por cierto, el domingo voy a hacer la lectura en la iglesia. Es un texto bastante complicado y quiero entenderlo bien. ¿Puedes repasarlo conmigo?

5

James Vereker se fue a casa en su Porsche, muy consciente de que *su* programa, como a él le gustaba referirse, había salido bien. Las cualidades excepcionales de James Vereker, aparte de su increíble atractivo, eran un egocentrismo total y una inseguridad crónica. Se sabía que hasta se había llevado una televisión portátil a un restaurante para no perderse su programa. Como era una gran celebridad local, cuyo tiempo empleaba principalmente inaugurando fiestas y abriendo las piernas de las asistentas, no le gustaba ir a Londres, y mucho menos al extranjero, porque nadie lo reconocía. Cuando trabajaba en la radio, temía que estallara alguna crisis en el sur de Europa o en Oriente Próximo por si no era capaz de pronunciarla.

Consciente de que los redactores, los periodistas y los investigadores que emitían *Resumen de Cotswold* lo tachaban de presumido y de que estaban celosos de su generoso salario y su estatus como celebridad, solía tener pequeños berrinches, pues no podía resistirse a la búsqueda constante de validación. Cameron Cook había llegado a sugerir incluso que el loro que usaban en la producción navideña de *La isla del tesoro* de Corinium debería graznar de forma permanente y decirle a James tras cada programa

que lo había hecho genial. Conservaba su trabajo porque se le daba muy bien y porque siempre le ganaba a la BBC en audiencia.

En casa de los Vereker, Birgitta, la voluptuosa niñera de los niños, acababa de planchar las camisas de noche blanca y turquesa de James, y se estaba poniendo perfume y arreglándose el maquillaje para cuando regresara él.

«Ojalá Birgitta hubiera dedicado más tiempo a acostar a los niños», pensó la mujer de James, Lizzie, cuando irrumpieron en su estudio reclamando atención. Lizzie había publicado dos novelas con muy buenas críticas. Una tercera estaba en camino, pero le estaba provocando una buena cantidad de náuseas matutinas.

James y Lizzie llevaban casados ocho años, y ella lo había apoyado al principio a él con lo que había ganado publicando cuando él estaba intentando hacerse un hueco en la televisión. Aunque antaño había sido muy guapa (tenía los ojos brillantes, la nariz larga y prominente de un ratón de campo y la melena castaña clara de una clemátide blanca trepando por un manzano viejo en invierno), últimamente había ganado mucho peso.

Los Vereker vivían en una casa grande y desordenada con un jardín grande y desordenado a unos tres kilómetros de la casa de Rupert Campbell-Black valle abajo, donde el arroyo Frogsmore desembocaba en un enorme lago rodeado de juncos. Habían comprado Lake House, ese era su nombre, hacía cinco años, justo después de que James consiguiera el trabajo en Corinium, cuando les pareció tirada de precio. Como la vieron en pleno verano, solo se fijaron en su aspecto romántico, pero no se dieron cuenta de que estaba situada tan abajo en el valle que, como mínimo durante cinco

meses al año, no verían la luz del sol y no sería muy accesible que digamos cuando llegasen las nevadas del invierno.

Eso a James le daba lo mismo porque pasaba mucho tiempo en Corinium. Cuando la casa estaba hasta arriba de nieve, se limitaba a no aparecer por allí en varios días. Pero sí que les importaba a Lizzie, pues se tiraba el día escribiendo allí y comiendo demasiadas galletas para mantener a raya el frío; a los niños, que encadenaban un resfriado tras otro, y a las niñeras, que la encontraban fría, húmeda y deprimente, excepto cuando James estaba en casa.

Para Lizzie, la vida consistía en que los niños no se pusieran enfermos y en que las niñeras no dimitieran, para tener tiempo para escribir. Por desgracia, James no podía resistirse a ligar con aquellas niñeras tan guapas, que acababan dejándolo cuando él centraba su atención en otra. Lizzie siempre descubría el pastel al leer los diarios de las niñeras cuando estas se iban de compras a Cotchester o cerca de Stroud. Birgitta, la niñera que tenían ahora, escribía su diario en sueco, así que Lizzie no se enteraba de nada, pero, con la ayuda de un diccionario de sueco, estaba empezando a descifrarlo, y el nombre de James aparecía con demasiada frecuencia. En realidad, no había más que ver la forma en la que Birgitta reaccionaba cuando James entraba por la puerta. Lizzie estaba acostumbrada a sus infidelidades. Sabía que su marido necesitaba algunas aventuritas que le subieran el ego, pero, aun así, le molestaban. A ella le habría gustado tener también a alguien que la admirase, pero se sentía demasiado gorda para atraer a nadie.

A Lizzie casi le estaba dando un ataque cuando escuchó el portazo de James al entrar por la puerta principal. Había dejado de escribir bastante tarde, pues se había esforzado por tener al menos un

borrador del primer capítulo sobre el papel. Como todavía le estaba dando vueltas a la trama, se había pasado mucho rato lavándose el pelo y en remojo en la bañera. Después se dio cuenta de que el vestido largo de seda negro con escote bajo que había decidido llevar le quedaba muy apretado. Ni siquiera el calzador de los zapatos ni los tirones que Birgitta le daba a mala leche consiguieron que le entrara, así que tendría que llevar otro vestido; el rojo oscuro aterciopelado iría a juego con la consternación de su cara, y como era a media pierna, no escondería sus tobillos, que se le habían hinchado con el baño.

Para terminar, como no podía ver bien, se cortó el flequillo con las tijeras de la cocina sin darse cuenta de que Birgitta acababa de usarlas para cortarles a los niños el beicon en tiras, y ahora llevaba el flequillo pegado y apestando a beicon. Estaba a punto de lavarse el pelo otra vez cuando James llegó. Llevaba meses sin volver tan temprano a casa; solía quedarse en el bar de Corinium para que le doraran la píldora.

—Date un baño, cariño —gritó Lizzie, intentando a la desesperada suavizarse el tono de la cara con una base verde.

—Ya me he duchado en los estudios —contestó James—, así que solo me queda cambiarme. Deberíamos salir dentro de cinco minutos. ¿Cómo crees que ha salido mi programa?

—Espléndido —mintió Lizzie, que no lo había visto, y comenzó a entrar en pánico. Como era de noche, no podría maquillarse en el coche—. Mañana os leeré un cuento más, tesoros —les dijo a los niños cuando se le aferraron llorando en el rellano—. O puede que Birgitta —alzó la voz, esperanzada— os lea uno antes de que os acostéis.

Sin embargo, Birgitta estaba observando a James, que había decidido ponerse la camisa blanca después de todo y llevaba un clavel rojo en el ojal. «Qué lástima del señor Vereker, tan guapo con su esmoquin y yendo con semejante esperpento», pensó la chica. Ella pegaría mucho más que Lizzie con él. No obstante, James ni se había fijado en el aspecto de su mujer. El único que importaba era él.

—Vas hecho un pincel, James —dijo Lizzie, tal y como le correspondía.

Unas nubes bajas de color sepia ocultaban la luna. Cuando los faros iluminaron los muros grises de piedra, los troncos de los árboles verdes brillantes y los pastos altos amarillentos, Lizzie trató en vano de aplicarse el delineador de ojos mientras James hablaba con detalle de cada pequeño triunfo de la reunión de planificación y de su programa posterior.

—¿Viene alguien interesante a la fiesta de esta noche? —preguntó Lizzie cuando hizo una pausa para recuperar el aliento.

—Rupert Campbell-Black, su amante Beattie Johnson, Freddie Jones.

—¿Quién es ese?

—¿Acaso no lees los periódicos? —cuestionó James, conmocionado—. El genio de la electrónica.

«Madre mía», suspiró Lizzie para sí misma. «Ni me atrevo a preguntar qué es eso, y seguro que me toca sentarme junto a él en la cena».

—Y Paul Stratton y su nueva mujer.

—Oooh —soltó Lizzie con un chillido—. Interesante.

Hacía tres años, justo después de que los conservadores ganasen las últimas elecciones, Paul Stratton, diputado de los *tories* por Cotchester y rectísimo ministro del Interior, con un informe especial para investigar la educación sexual en los colegios, había dejado a su circunscripción y a toda la nación estupefactas cuando se separó de Winifred, su leal y confiable esposa para largarse con su secretaria, a la que doblaba la edad.

No es que sus votantes fueran unos mojigatos (teniendo a Rupert Campbell-Black en la circunscripción vecina, estaban acostumbrados a los escándalos sexuales de los diputados), pero como Paul Stratton no solo había utilizado su carrera política para engrosar su colchón económico, sino también para erigirse como un pilar de respetabilidad y devoción pues denunciaba siempre que podía la pornografía, la homosexualidad, el divorcio como salida fácil y la laxitud general de la moral de la nación, les había costado digerir su hipocresía.

—Por supuesto, han comprado una vivienda en Chalford —prosiguió James—, y Paul y Sarah, que creo que se llama así, están planeando pasar los fines de semana allí y volver a congraciarse con la comunidad local.

—Imagino que el hecho de que Tony los haya invitado esta noche es como pregonar el regreso del hijo pródigo —comentó Lizzie—. Me pregunto si ella es tan guapa como en las fotos. Seguro que Rupert le tira los tejos, le encanta chinchar a Paul.

—No seas necia, acaban de volver de su luna de miel —espetó James, tomando una curva cerrada y redirigiendo la conversación de nuevo a sí mismo con habilidad—. El instinto me dice que esta noche va a marcar un antes y un después en mi carrera —dijo, dándose

aires de importancia—. Tony ha estado siendo muy agradable conmigo últimamente. Y cuando he irrumpido en el despacho de Madden más tarde para averiguar con detalle quién venía a la fiesta, había una nota confidencial en la mesa de Tony sobre la programación de otoño y la he podido leer del revés. Parece que Corinium se va a encargar de un programa de entrevistas en horario de máxima audiencia para la cadena. No me he atrevido a leer más, por si acaso Madden sospechaba de mí, pero supongo que Tony me tiene en mente y que por eso nos ha pedido que vayamos esta noche.

Tony Baddingham estaba en remojo en una bañera de agua hirviendo y perfumada con Floris, admirando su vientre plano. Por una vez, el teléfono inalámbrico estaba silenciado, y aquello le permitía saborear la perspectiva de la noche que le esperaba. Una de las ventajas de haber logrado tantísimo éxito era que tenía la oportunidad de patrocinar a quien en el pasado le había patrocinado a él. Como, por ejemplo, ocurría con Paul Stratton. Iba a ser muy divertido extenderle la mano de la amistad a Paul y a la *barbie* de su mujer. Qué agradecidos iban a estar y qué serviles iban a ser.

Y luego estaba Rupert. Tony no era dado a las fantasías, pero lo que deseaba más que nada en el mundo era que un Rupert abyecto, arrepentido y arruinado, que de alguna manera hubiera dejado de ser guapo, acudiera a él en busca de su favor y amistad. El único motivo por el que quería que Rupert estuviera en la junta era para deslumbrarlo con su estupenda visión para los negocios.

En sus fantasías más profundas, Tony soñaba con presumir de una amante de lo más atractiva y que fuera inmune a los encantos de

Rupert.

—¿Es que acaso no entiendes que Tony es el hombre de mi vida y no habrá nadie más, gilipollas? —Imaginaba que Cameron le gritaba a Rupert.

Tony añadió más agua hirviendo a su baño para prepararse contra el clima ártico del resto de la casa. Había una lucha constante entre Tony, a quien le gustaba el calor y cuyo despacho, según Charles Fairburn, constituía un excelente ensayo general físico y mental para los fuegos del infierno, y Monica, su mujer, que consideraba la calefacción central una extravagancia sin sentido que mermaba el capital de uno.

—Tengo muchos remordimientos de conciencia por no contarle a Winifred que Paul y Sarah vienen esta noche —dijo Monica cuando más tarde, ya vestido del todo, Tony fue a la habitación de su mujer y la encontró sentada frente al tocador, cepillándose con fuerza su cabello corto rubio. Llevaba el mismo tafetán verde esmeralda que se había puesto para los últimos cuatro bailes de caza, que iban genial con los diamantes de Tony, pero no hacían nada por esconder las venas rojas que se dibujaban en sus mejillas, resultado de trabajar en el jardín y de salir a pasear con sus enormes labradores por los valles de Gloucestershire en cualquier época del año. Aun así, en cierta forma, su inaudita belleza masculina, espléndida en la proa de un barco o como modelo para un busto victoriano de Duty, no necesitaba ser realzada.

Monica había sido una vez líder en su internado y lo había seguido siendo toda su vida. Winifred Stratton, la exmujer de Paul, había sido su prefecta superior. Juntas, habían dirigido el internado con mano dura y sabiduría, desviando la atención de la directora de una

columna de humo de cigarrillos que salía de los arbustos, pero echándole una ligera bronca a la fumadora descarriada luego. Todo el alumnado del octavo año estaba colado por Monica. Sin que Tony la oyera, pues dormía en otra habitación, a veces incluso gritaba en sueños: «No habléis en el pasillo».

Conocida en la zona como Monica la estrecha por su aspecto de noble y su total falta de humor, era la única mujer con la que Tony se mostraba educado e incluso un poco asustado. En la gélida habitación de techo alto, los libros de ópera y jardinería se apilaban en las mesitas a los lados de la antigua cama de dosel de color carmesí que Tony visitaba quizá una vez a la semana. Pero incluso después de dieciocho años de matrimonio, estas visitas le producían un increíble escalofrío sexual.

En la cómoda, que no contenía ropa nueva, había fotografías de sus tres hijos en marcos de plata. El sentido de la imparcialidad de Monica no le permitía dejar que sus otros dos hijos se enterasen de que quería más a Archie, el mayor, que había cumplido dieciséis años la semana anterior. Ni tampoco que se supiera que quería más a sus dos labradores rubios y que disfrutaba más de sus grandes pasiones, la ópera y el jardín, antes que de una buena comida con su marido.

Al dirigir la vida de Tony con una eficacia nata, nunca había tenido tiempo suficiente para sus dos pasiones, pero si estaba decepcionada por las cartas que le había dado la vida, nunca lo había demostrado. No le apetecía especialmente la fiesta de aquella noche, ya que seguro que tendría que estar de cháchara hasta las tres de la madrugada con gente que Tony consideraba importante, pero a ella le daba lo mismo que fueran lores tenientes o millonarios

de la electrónica, los iba a tratar con la misma amabilidad impersonal. Siempre ansiosa por ayudar a las personas como colectivo (donaba mucho dinero a la caridad), a Monica no le interesaban las personas individualmente, y mucho menos lo que las hacía vibrar o saltar de una cama a otra, pero sí que estaba preocupada por Winifred. Incluso después de haberse casado con Tony, y de que Winifred se casase con el mucho más brillante, guapo y ambicioso Paul Stratton, habían seguido siendo amigas e iban a la ópera y a las reuniones de antiguas alumnas del internado juntas.

Cuando Paul se largó con su secretaria y se formó tal escándalo que dejó a Gloucestershire casi tan conmocionada como cuando Helen Campbell-Black abandonó a Rupert, Winifred estuvo profundamente devastada, pero, al igual que un edificio que se pudre por hongos, no podía apreciarse el daño desde el exterior. Desde que Winifred se había mudado a España con sus dos hijas en un intento desesperado de comenzar su vida de nuevo, Monica echaba de menos a su amiga muchísimo, y ahora, para más inri, Tony había invitado a Paul y a Sarah a la fiesta de aquella noche y se esperaba que ella, Monica, le allanara el camino a Sarah en su primer acontecimiento público en Gloucestershire.

—Siento que le estoy clavando un puñal en la espalda a Winifred —repitió Monica.

Se había aplicado crema facial hidratante y polvos para la cara de Pond, y una pizca de pintalabios rojo brillante, que era a lo que llegaba su maquillaje de día, y ahora estaba añadiendo el de noche: máscara de pestañas marrón en bloque aplicada con un cepillito.

—Le prometí a Winifred que no dejaría que ese pendón entrase aquí —espetó Monica mientras se aplicaba la máscara de pestañas.

Las cejas de Tony se juntaron como dos orugas negras.

—Paul sigue siendo nuestro diputado local aunque lo hayan echado del Gabinete —explicó con paciencia—. Como la franquicia se licita el año que viene, tengo que entretener a la mujer con la que decida casarse. Por lo menos, me he esperado hasta que se han casado.

Como Tony se acercó para abrocharle el collar de diamantes, Monica captó el reflejo de su marido. El frac rojo con entretela gris paloma lo hacía parecer más alto y más delgado y le daba un aire distinguido a su apariencia buena pero recargada, aunque Monica apenas se dio cuenta.

—Aun así, debo llamar a Winifred y contárselo.

—Está en España. Deja que descanse. Será mejor que vaya bajando, llegarán enseguida.

Monica echó un vistazo a su reloj de diamantes. Estaba a punto de empezar *Lohengrin* en Radio 3 y pensó con tristeza que ojalá pudiera quedarse en casa escuchándola. Mientras introducía una cinta nueva de tres horas en su radiocasete y presionaba el botón de grabar, llamó a Tony:

—¿Puedes decirle a Victor que les eche más zumo de naranja a los Buck's Fizz? No queremos que todo el mundo llegue borracho al ayuntamiento como el año pasado.

6

Una hora más tarde, abajo, en el enorme salón principal con paneles oscuros y tapices, la gente de la fiesta comenzaba a descongelarse y retirarse del feroz resplandor rojizo de los troncos de haya que humeaban y crepitaban en la enorme chimenea. Lizzie Vereker, que llevaba por lo menos seis copas de Buck's Fizz, se había animado y se había olvidado de sus kilos de más y del vestido rojo que llevaba embutido.

Ni Rupert ni Beattie Johnson habían llegado aún, pero había mucho que observar. La nueva mujer de Paul Stratton, por ejemplo, era preciosa. Había entrado en la sala pareciendo un poco infantil y aprensiva, con la mirada baja, agarrada del brazo de Paul y sin apenas hablar. Llevaba un vestido de seda amarillo a juego con su denso cabello dorado y un chal de seda precioso color marrón tabaco con flecos cubriéndole los hombros y enrollado alrededor del cuello.

Tras responder con tímidos monosílabos a las preguntas de Tony y Monica, permitió que la presentaran a James y al hermano menor de Tony, Bas, que era un libertino horrible con el pelo negro engominado, un suave cutis aceitunado y un dedo meñique muy desarrollado de tanto hacer que las mujeres se retorcieran a su

alrededor. En ese momento, en los labios corales de Sarah empezaba a formarse una pequeña sonrisa por los cumplidos extravagantes de Bas, y el chal comenzó a deslizarse para revelar unos dorados y voluptuosos hombros y pechos. «Seguro que Paul y ella han ido a algún sitio caluroso en su luna de miel», pensó Lizzie.

Aunque Paul no parecía haberse beneficiado de ello. Antes llevaba el pelo oscuro hacia atrás, pero ahora se le había vuelto canoso y se lo peinaba hacia delante, hasta casi las cejas, con unas patillas que le rodeaban las orejas, muy rosadas. Como Sarah era más joven, estaba claro que le había animado a que se pusiera una pajarita de cachemira y un cuello de ala para que así las puntas se mantuvieran dobladas sobre su nueva papada. En el pasado, había tenido un rostro severo y angular, pero ahora parecía haberse suavizado y vuelto más afable. Sin embargo, seguía conservando la misma sonrisa que deslumbraba como el haz de un faro, y le seguía gustando el sonido de su propia voz. En ese instante estaba hablando con Freddie Jones, el multimillonario de la electrónica.

—Tres millones de desempleados —vociferó— es una cifra sin importancia. ¿No viste el artículo sobre el director de la fábrica que estaba ofreciendo a la gente doscientas veinte libras a la semana solo por rellenar colchones y no era capaz de conseguir personal? Las clases trabajadoras no quieren trabajar. Apoyan el pluriempleo y el gran colchón de plumas que les proporciona el estado de bienestar.

Paul cometió el error de creer que alguien con esos pensamientos capitalistas votaría de forma automática a los *tories*. Freddie Jones lo escuchó con atención, pero no dijo nada. Era un hombre rellenito y jovial, con unos bucles despeinados de un color dorado rojizo, unos

ojos azules grisáceos redondos y alegres, una nariz respingona y un aire de que para él la vida era una gran aventura. Lizzie pensó que parecía mucho más divertido que los demás.

Se dio cuenta de que, al otro lado de la habitación, James se había separado rápidamente de Sarah Stratton y estaba ahora hablando con una mujer muy delgada con hoyuelos y unos rizos cortos castaños que tenía recogidos con una cinta azul. Llevaba un vestido midi azul claro que constaba de una falda larga y un top; en el forro de satén tenía un corpiño sin tirantes y la gasa de encima le cubría los brazos hasta las muñecas y los hombros y se ataba con un lazo en el cuello. Era el vestido más espantoso que Lizzie hubiera visto. Aunque la mujer, que supuso que era la esposa de Freddie Jones, parecía muy satisfecha de sí misma y se estaba riendo a carcajadas mientras ponía los ojos en blanco y miraba el bello rostro bronceado de James con una admiración descomunal.

Además de Sarah Stratton, Lizzie decidió que los hombres parecían mucho más elegantes que las mujeres esa noche, como pavos reales llamativos con diferentes fracs: rojo con revestimientos azul grisáceo en el caso de los grupos de caza de West Cotchester, rojo escarlata para los vecinos de Gatherham, azul oscuro y beis para los de Beaufort. Si James no fuera tan guapo, lo habrían superado a él y a su esmoquin.

Lizzie se sirvió otro Buck's Fizz y deambuló tambaleándose un poco hasta el plano de la disposición de los asientos de la cena en el ayuntamiento. Estaba sentada al lado de Freddie Jones. James, a la derecha de Monica Baddingham. Quizá sus pronósticos sobre su brillante futuro estuvieran a punto de hacerse realidad.

Riéndose a carcajadas, dos jóvenes guapos con abrigos rojos corrieron y comenzaron a marcar la disposición de los asientos con asteriscos rojos.

—¿Qué estáis haciendo? —les preguntó Lizzie.

—Señalar a los más sobones —contestó uno—. Empezando por Bas Baddingham y Rupert Campbell-Black.

—Pues será mejor que pongáis uno al lado de mi marido —soltó Lizzie.

—¿Quién es?

—James Vereker.

—Íbamos a hacerlo ahora mismo. —Y ambos se troncharon de risa.

—Toma un poco más de Buck's Fizz —gritó Monica Baddingham con una voz estridente, acercándose con una jarra que apenas tenía zumo de naranja en ese momento—. No sé qué le habrá pasado a Rupert. Tendremos que irnos ya mismo o llegaremos tarde a la cena —dijo cambiando de tema.

—¿Nos atrevemos a ponerle un asterisco al nombre de Tony? —soltó uno de los muchachos.

—Pues claro —contestó el otro agarrando el rotulador.

Con una risita, Lizzie miró hacia el otro lado de la sala y vio a James hacerle señas imperiosamente.

«Ya se ha cansado de la señora Jones, así que ahora quiere endiñármela y seguir saludando a la gente», pensó Lizzie.

Ignoró a James y se volvió a girar hacia la disposición de los asientos. James cruzó la habitación enseguida y la agarró de la muñeca.

—¿Os la puedo robar? —preguntó con frialdad.

—Por supuesto —contestaron los chicos—, siempre y cuando la traigas de vuelta.

James alejó a Lizzie.

—Presta atención a las señas que te haga.

—Me lo estaba pasando bien.

—Esto es trabajo —siseó James—. Quiero que conozcas a Valerie Jones. Va a abrir una *boutique* en Cotchester el mes que viene. Deberías ir a comprar algo.

«Si vende vestidos como el que lleva puesto, ni muerta», pensó Lizzie enfurruñada.

—Lizzie escribe novelas —le dijo James a Valerie Jones, como si eso explicara el aspecto tan desaliñado de su mujer.

—A mí también me encantaría escribir novelas si tuviera tiempo —replicó Valerie Jones con una voz increíblemente elocuente—, pero estoy muy ocupada con la *boutique*, los niños y la mudanza, además de que nos entretenemos mucho. La gente siempre me dice: «Debería escribir un libro, señora Jones, tiene una vida fascinante».

Torció el rostro en lo que obviamente pensó que era una sonrisa fascinante.

De cerca, Lizzie se percató de que las uñas de Valerie Jones estaban muy cuidadas, tenía las axilas afeitadas a la perfección y los glóbulos oculares de un color muy blanco propio de los que no leen ni beben. Era bajita y muy guapa, como una muñequita, pero Lizzie pronto entendió su expresión: un témpano de hielo. Los ojos azules como la porcelana de Valerie eran los más fríos que había visto nunca. La piel rosada y blanca también ocultaba la de una trepadora social implacable.

—Os dejaré para que os conozcáis, chicas —dijo James—. Será mejor que hable con Paul Stratton, o pensará que lo estoy evitando. Tenemos que bailar más tarde —añadió admirando a Valerie—. Apuesto a que eres tan ligera como una pluma.

—Cuarenta y cinco kilos esta mañana —dijo Valerie con una sonrisa afectada.

«Y cuarenta de ellos son de ego», pensó Lizzie.

—¿Dónde vives? —le preguntó.

—En Whychey —respondió ella.

—Cerca de nosotros —dijo Lizzie—. Vivimos en Penscombe.

Pero a Valerie no le interesaba nada dónde vivía Lizzie.

—Y a solo quince minutos de la *boutique*, por si tengo que ir corriendo si ocurre algo o viene algún cliente especial. Siempre preguntan por mí. —Valerie inclinó la cabeza hacia un lado—. No sé por qué, imagino que porque siempre les digo la verdad. A ver, ¿qué sentido tiene venderle a alguien un vestido que no le queda bien? Es mala publicidad para la *boutique*.

—¿En qué casa de Whychey? —preguntó Lizzie.

—Ah, es preciosa. De estilo isabelino —contestó ella—. Aunque arrancar todos esos paneles oscuros nos ha dado mucho trabajo. —Lizzie hizo una mueca de dolor—. Y hemos tenido que renovar todo el jardín, por supuesto, pero de aquí a un par de años Green Lawns será el paraíso que deseamos.

Lizzie se quedó perpleja.

—La única casa de estilo isabelino que conozco en Whychey es Botton Hollow Court.

—Le hemos cambiado el nombre —comentó Valerie—. Pensamos que Green Lawns era más bonito.

—¿Y dónde vivíais antes?

—En Cheam —respondió Valerie con tanta ostentosidad que parecía que había dicho el castillo de Windsor—. Nunca creímos que encontraríamos un lugar tan perfecto como Cheam. Todos nuestros sirvientes se apenaron y lloraron cuando nos marchamos, pero Gloucestershire tiene mucho que ofrecer.

En ese momento, apareció Monica.

—Monica, justo estaba diciendo que Gloucestershire tiene mucho que ofrecer. —Valerie alzó su copa, que no había catado—. Por una noche tan refinada como esta.

—No lo será si no conseguimos comer nada —dijo Monica tajante —. Hemos decidido no esperar a Rupert. ¿Alguna necesita ir al baño?

Fuera había comenzado a hacer bastante frío. Valerie salió de la casa envuelta en un visón que llegaba casi hasta el suelo. «Espero que la atrapen los perros», pensó Lizzie con maldad mientras veía cómo Freddie abría la puerta y dejaba pasar a Valerie antes de rodear el coche y sentarse en el asiento del conductor.

—¿No es un cielo? —soltó James—. Sabía mucho de mi programa.

—¿Sarah Stratton? —preguntó Lizzie.

—No, Valerie Jones. Espero que Freddie se una a la junta. Nos vendría genial tener unas cuantas esposas que se preocupen como Valerie por Corinium.

Lizzie se quedó estupefacta. ¿De verdad James juzgaba tan mal a las personas?

—¿Y qué piensas de Sarah Stratton? —preguntó ella.

—No mucho. Ni siquiera sabía quién era yo. Imaginaba que Paul la habría informado.

Y salieron en convoy: coches con hombres maduros al volante derrapando por toda la carretera, haciendo sonar las vallas del ganado, iluminando las partes doradas de las clemátides y las últimas hojas rojas de las hayas. Estaban cayendo copos de nieve cuando llegaron al Ayuntamiento de Cotchester.

—En Stow ya les llega a los caballos por los espolones —bramó una mujer que acababa de llegar en un coche con el parabrisas blanco—. Pero por aquí ya estáis acostumbrados, claro.

El Ayuntamiento de Cotchester, un maravilloso edificio barroco situado en High Street doscientos metros más abajo y en la acera de enfrente de Corinium Television, se había construido en 1902 para sustituir a los antiguos salones de reuniones. Los inmensos comedores a los dos lados del salón de baile estaban llenos de mesas a rebosar de gente riéndose y charlando. No obstante, en una reunión ruidosa y glamurosa, la mesa más glamurosa y que todos observaban era la de Corinium Television. El Krug no paraba de circular (Tony siempre era muy generoso cuando podía desgravarse la noche) y la cena ya estaba en marcha, pero Rupert y Beattie Johnson aún no habían aparecido y Sarah Stratton, que debería haber estado a la derecha de Rupert, y Tony, que debería tener a Beattie a su izquierda, estaban intentando ocultar su irritación y decepción.

En cambio, Lizzie Vereker se lo estaba pasando en grande sentada al lado de Freddie Jones. Nada pretencioso, cortés por instinto, sorbiendo de forma ruidosa su sopa *borsch*, soltando comentarios con un marcado acento *cockney* a una velocidad que pondría a prueba a los taquimecanógrafos más experimentados, también era,

a pesar de la faja escarlata que le daba dos vueltas a su amplio contorno, curiosamente atractivo.

—No sé nada de electrónica —le confesó Lizzie, agarrando la cápsula de una botella de Krug—, pero sé que eres muy bueno en eso. James dice que eres uno de los hombres más poderosos de Inglaterra.

—Mi mujer no opina lo mismo —contestó Freddie—. Es una falacia que a las mujeres les atraiga el poder. Nadie se ha enamorado de mí en años. Me encantaría ser alto como tu marido, pero tengo la altura de mi madre y los hombros de mi padre, y el resto tenía que ir a algún sitio. —Estalló en carcajadas.

En un extremo de la mesa, Monica escuchaba con educación a James Vereker hablar de su programa y sus ideas para otros programas, y le lanzó una mirada furtiva a Sarah Stratton. Ahora el chal marrón tabaco se le había bajado de los hombros dorados. Su pelo rubio recogido le resaltaba el cuello largo y esbelto. El asiento a su lado, que debería haber sido el de Rupert, había sido ocupado por Bas, el hermano perverso de Tony, que ahora estaba charlando con ella como loco.

«Qué guapa es», pensó Monica. «¿Qué posibilidades podría haber tenido la pobre Winifred?».

Se sintió afectada e inquieta. Deseó encontrarse en casa leyendo libros sobre jardinería y escuchando *Lohengrin*.

Valerie Jones tenía un objetivo en la vida: ascender en la escala social. Por ello, había hecho sus deberes. Como sabía que James iba a asistir esa noche, había estado viendo su programa toda la semana para poderle comentar todo. Ahora estaba sentada al lado de Paul Stratton, que había dado un discurso hacía poco en la

Cámara sobre el proyecto de circunvalación de Cotchester que ella se había aprendido casi de memoria. No obstante, Paul no se sintió tan halagado como James por los evidentes deberes que había hecho. Él, al igual que Monica, estaba observando de reojo cómo su mujer coqueteaba con Bas, y estaba experimentando cómo se le encogía el corazón, pues nunca había sentido celos cuando estuvo casado con Winifred.

La conversación de Lizzie y Freddie había progresado hasta llegar a hablar de caza a voces.

—Fue Rupert el que me introdujo —contó Freddie—. Me subió a un caballo muy tranquilo en marzo. En agosto, ya casi lo dominaba y, en noviembre, ya estaba cazando.

—¿No te dio miedo? —preguntó Lizzie asombrada.

—Bueno, puedo contarte que necesité tres oportos con limón para subirme al caballo para la ceremonia de inauguración. De todas formas, creí que si me caía, rebotaría. —Volvió a estallar en carcajadas—. Lo siguiente que voy a hacer es disparar.

En ese momento, entraron unos platos enormes ovalados con rosbif.

—¿Cómo le va a Rupert con Beattie Johnson? —preguntó Lizzie, sirviéndose.

Freddie se encogió de hombros.

—No muy bien que digamos. Ella sigue oyendo campanas de boda, y todos sabemos que Rupert se hace el sordo. El otro día dijo que haría que la relación durase hasta Cheltenham.

Lizzie se rio.

—Qué comentario tan típico de Rupert. ¿Ha terminado ella de escribir sus memorias?

—Seguro que ahora mismo la está proveyendo con más material para el último capítulo —respondió Freddie. Metió una cuchara de servir en un puré cremoso de patatas gratinadas y le sirvió una gran ración a Lizzie, y estaba a punto de servirse él también una cuando Valerie le gritó de repente desde el otro lado de la mesa.

—Patatas no, Fred-Fred.

—Es viernes —se quejó Freddie.

—He dicho que patatas no —dijo Valerie con una voz férrea.

Freddie volvió a poner en su sitio las patatas.

Intercambiando una mirada con Lizzie, Sarah Stratton le guiñó un ojo.

—Te puedes comer mi porción, Fred-Fred —dijo, pasándole el plato por encima de la mesa.

Valerie abrió su boca de labios carnosos y la volvió a cerrar. Sabía que debía comportarse como una dama en todo momento y no discutir con su marido en público. Entonces, notó enseguida que James, que había interrumpido la conversación con Monica, parecía muy disgustado.

—¿De qué irá tu programa del lunes? —le preguntó Valerie desde el otro lado de la mesa.

Paul Stratton, que estaba a la izquierda de Monica, vio su oportunidad. Se volvió hacia ella y dijo en voz baja:

—Es muy amable por tu parte acoger bajo tu ala a Sarah esta noche. Sé lo unida que estabas a Winifred.

Monica casi se atragantó con el rosbif. No quería hablar de Winifred.

—Significa mucho para Sarah —prosiguió Paul—. Le preocupaba mucho venir esta noche.

«Pues ahora no lo parece», pensó Monica, viendo cómo Sarah se reía con Bas.

—En su momento, me sentí culpable —comentó Paul algo compungido—. Pero todos somos pecadores, ¿no? Lo que nos pasó a Sarah y a mí fue consecuencia de una relación de amor. Todas las partes se comportaron con dignidad. Ahora siento que puedo andar por la High Street de Cotchester con la cabeza bien alta.

«¿De verdad?», pensó Monica, furiosa.

—Pero uno no puede destrozar algo que ha durado veinticinco años de la noche a la mañana —dijo Paul, sirviéndose un trozo de pudin de Yorkshire—. Todavía echo de menos a Win y a las niñas, sobre todo cuando veo a antiguos amigos como Tony y tú.

«Quiere mi simpatía», pensó Monica incrédula. «Ha destruido a mi mejor amiga y ahora quiere que sienta pena por él».

—¿Win y tú os escribís? —preguntó Paul.

Por suerte, Monica se libró de responder gracias a uno de los empleados del ayuntamiento, que le susurró un mensaje al oído.

—Muchas gracias —dijo, y dando un golpe en la mesa con la cuchara, le gritó a Tony, que estaba en el otro extremo—: Era un mensaje de Rupert. Al final no puede venir, le ha surgido algo urgente.

—Seguro que la urgencia la tiene su polla —dijo Lizzie de manera distraída, ganándose una mirada intensa de desaprobación de James.

—Qué pena —soltó Sarah con ligereza—. Tenía muchas ganas de conocerlo.

—Ya habrá otra ocasión —respondió Bas, echándose hacia atrás cuando una camarera le retiró el plato.

Durante un segundo, Tony fue incapaz de disimular su ira.

—Vaya modales de mierda —explotó.

Que Rupert no hubiera aparecido hizo que la noche decayera de forma considerable. Hasta que no se sirvió el *syllabub* en vasos altos, Bas Baddingham, que entre otras cosas era socio de la inmobiliaria local, no intentó animar el ambiente.

—¿Alguien más ha oído el rumor de que Declan O'Hara ha comprado Priory en Penscombe? —preguntó.

Durante un segundo, se hizo un silencio ensordecedor. Entonces, todas las mujeres actuaron con tanto frenesí como los perros cuando se les sacude la correa.

—Mañana me pongo a dieta estricta —chilló Lizzie, soltando la cuchara con un estruendo.

—¿Por qué no hemos comprado una casa en Penscombe en vez de en Chalford? —se lamentó Sarah Stratton.

—¿Cuánto le ha costado? —preguntó Valerie Jones.

—Medio millón —respondió Bas.

Hubo una larga pausa, ya que todos se apresuraron a calcular el valor de sus casas.

—Eso es muchísimo dinero —gruñó Valerie.

—Pero es una casa muy romántica —suspiró Lizzie— y tiene un jardín silvestre precioso.

—Es muy fría —añadió James encogiéndose de hombros.

—Y está orientada al norte —dijo Valerie.

—Igual que Declan O'Hara —soltó Sarah ensimismada, ganándose una mirada fulminante de Paul.

—Pues se ha gastado un buen pico en un lugar de retiro para los fines de semana —soltó James, apagado.

«Se ha ido al cuerno el secreto que me estaba guardando para impresionar a Rupert hoy», pensó Tony. Ya tenía el público suficiente, y era muy tarde para que alguien filtrara la historia a la prensa esa noche.

—Declan va a vivir aquí —dijo Tony, paseando despacio la vista por la mesa—. Se va a unir a Corinium en septiembre.

Hubo un grito ahogado de emoción seguido de otro silencio ensordecedor.

Problemático, irascible, pero con un talento descomunal, Declan O'Hara era la persona más sexy que tenía la BBC. Sus entrevistas semanales con las personas más importantes y famosas se televisaban en el horario de máxima audiencia y toda la nación las veía y hablaba de ellas con avidez. No tenía nada que ver con un presentador de tertulia común, él se vanagloriaba de no dar palmaditas en la espalda, no beber en la sala verde, ni intercambiar nombres cristianos antes de un programa. Tampoco intercambiaba confidencias acomodado en largos sofás de colores pastel.

Sus víctimas se sentaban frente a él y, una vez que estaban en directo, como un sacerdote jesuita, las escuchaba de verdad y las sondeaba sin cesar con las preguntas más devastadoras y aguardaba las respuestas durante un tiempo tan insoportable que no tenían más remedio que confesar. Para la gran decepción de sus hordas de fans femeninas, la cámara siempre se centraba en la persona que estaba entrevistando en lugar de en él.

«Pobre James», pensó Lizzie. «Pobrecito. Ese debe de ser el programa de entrevistas en la cadena que está previsto para otoño».

—¿Cómo coño has convencido a Declan? —preguntó Bas.

—Está hartísimo de la BBC —contestó Tony—. La gota que colmó el vaso fue que cancelaron su entrevista con Paisley. La gente que vio el vídeo dijo que había sido una absoluta carnicería. No creían que Paisley aguantaría los quince asaltos. Luego, cortaron partes extensas polémicas de su entrevista con Reagan. Quiere hacerlas en directo para que no pasen este tipo de situaciones, así que se hará de esa manera cuando se una a nosotros.

—Nunca conseguirás que gente como Reagan venga a Cotchester —comentó Paul Stratton.

—Por Declan, sí —soltó Freddie—. La BBC debe de estar que echa humo.

—No están contentos —Tony ahora ronroneaba como un leopardo —, pero no es que sea nuestro trabajo satisfacer a la BBC.

Chasqueando las lenguas, las camareras retiraron los *syllabubs* que no se habían tocado.

—Declan es un poco rojo —dijo Paul con desaprobación.

—Eso es quedarse corto —respondió Tony—, pero como parece que los socialistas se harán con el poder los próximos años a menos que os pongáis las pilas, ya no nos podemos permitir ser demasiado de derechas.

Lizzie, intentando por el bien de James sofocar su emoción, se volvió hacia Monica.

—¿Lo has conocido ya?

—Vinieron a almorzar —le contestó Monica—. Declan parece un gran tipo.

Sarah y Lizzie volvieron a mirarse y soltaron una risita por semejante descripción tan poco acertada.

—Su mujer, que es un poco más distante —continuó Monica— y quizá algo tímida, es un encanto.

—¿Es guapa? —preguntó Lizzie.

—Ah, sí, es preciosa.

—Qué pena —dijo Sarah con un suspiro, ganándose otro ceño fruncido de Paul.

—Y tienen tres hijos deslumbrantes —prosiguió Monica—. Un chico de veinte años que estudia en el Trinity de Dublín y dos chicas adolescentes de diecisiete y catorce años.

—Con Rupert viviendo justo al otro lado del valle —dijo Lizzie, sacudiendo su cabeza despeinada—, Declan debe de estar que arde. Tendrá que ponerles cinturones de castidad a su mujer y a sus dos hijas.

—La pequeña se hará amiga de Sharon, aunque Sharon ya ha hecho muchos amigos en el campamento del Club de Poni. Tengo que presentarlas cuando los O'Hara se muden —comentó Valerie.

Intercambiando otra mirada con Sarah, Lizzie decidió que esta, sin lugar a dudas, iba a convertirse en su amiga.

Un grupo de camareras jovencitas de otras mesas estaban ahora rondando por allí, preguntándose cuándo sería el momento idóneo de pedirle un autógrafo a James Vereker. Tony también estaba observando a James y experimentando un resplandor de puro placer. El presentador más popular de Corinium estaba sintiendo toda la ira y la inquietud de un pez gordo que ha estado durante años tomando el sol en un estanque, pero que de repente ve una aleta de tiburón acercándose por el horizonte. La nariz exquisitamente recta de James se vería muy dislocada por la llegada de Declan. Tony decidió

que James estaba muy subidito últimamente, y no había nada que a él le gustase más que bajarle los humos a la gente.

Mientras se repartían los licores y los puros, Tony se cambió de sitio en la mesa y se sentó al lado de Freddie Jones. Rupert lo había dejado plantado de una manera tan directa que deseaba todavía más lograr que Freddie se uniera a la junta. Con la televisión por satélite a la vuelta de la esquina, los millones y la experiencia en electrónica de Freddie tendrían un valor incalculable.

—Cuando llegue Declan, haremos que te entreviste —le dijo Tony.

Valerie también se cambió de sitio y se sentó al lado de Monica.

—Qué comida tan deliciosa, lady Anthony —declaró.

—Por favor, llámame Monica.

—Bueno, gracias, Monica —contestó Valerie complacida—. Si quieres, me puedes llamar a mí Mousie. Es como me llama Fred-Fred de forma cariñosa. Solo dejo que los amigos especiales se conviertan en miembros del club Mousie.

Ajena a la mirada de asombro de Monica y al ataque de risa de Sarah y Lizzie, Valerie continuó:

—Monica, quiero preguntarte por internados. Wayne tiene once años, pero es muy inteligente, así que estamos pensando en mandarlo a Winchester o incluso a Eton, pero quería preguntarte si Tony y tú estáis satisfechos con Rugborough.

—Bueno, Archie está muy contento allí —contestó Monica suavizando su voz estridente—. El único problema, si se tiene un piso en Londres, es que Rugborough está en la línea Central y, cada vez que se aburre, Archie se vuelve a casa en metro. Eso vuelve loco a Tony. Se supone que Archie está estudiando para los exámenes de secundaria.

—Nuestro problema —respondió Valerie con petulancia— es que Wayne acabe esforzándose menos. No es que sea un blandengue, Monica, es un deportista intrépido, pero ya sabes lo importantes que son las notas.

El grupo de música tocaba *Red Red Wine*. El salón de baile estaba iluminado de forma brillante. El inmenso suelo mullido empezaba a llenarse de parejas. Como un caleidoscopio agitado, los abrigos rojos de los hombres con sus colas al viento contrastaban de manera espléndida con los rosas fucsias y los azules eléctricos de los vestidos de las mujeres.

—No me habría importado que Tony me hubiera dado una pista de antemano —dijo James Vereker enfadado y, ajeno por una vez a las miradas de admiración de la mayoría de las chicas jóvenes del salón, arrastró a Lizzie a la pista de baile—, porque me he sentido como un idiota al no saber nada sobre ello, y encima Monica ha confesado que nunca ve mi programa. Prefiere ver la BBC. ¿Qué clase de mujer del presidente es esa?

Lizzie lo dejó hablar sin parar. Le daba mucha pena, pero la noticia de que Declan iba a trasladarse a Corinium era muy emocionante, y estaba fascinada con lo que ocurría en la pista.

Ahora Monica estaba bailando con el lord teniente. Para ser alguien a quien la ópera volvía loca, no tenía sentido del ritmo. Girando a un metro de distancia, parecían dos avestruces sobre unos ladrillos ardiendo.

—*Red red wine* —cantaba el lord teniente sin parar, pues eran las únicas palabras que conocía.

A medida que el ritmo de la canción se aceleraba, Valerie salió a la pista con Freddie, mostrando sus dotes de *Come Dancing*, moviendo las caderas, los brazos, dando marcha atrás y corrigiendo a Freddie con brusquedad cuando se equivocaba. Freddie, con sus zapatitos negros moviéndose a paso ligero, se reía y se lo tomaba a bien.

—¿Qué demonios le has dicho a la mujer de James Vereker? —preguntó Valerie cuando el grupo de música hizo una pausa momentánea—. Vaya desastre, lleva semanas sin peinarse y su vestido es espantoso.

—Es una mujer amable —contestó Freddie con firmeza—. Me cae muy bien.

Valerie miró a Freddie con la misma incomprensión con la que Lizzie había mirado a James cuando había llamado antes a Valerie *cielo*.

—Y la nueva mujer de Paul Stratton parece un hueso duro de roer —continuó.

Freddie se contuvo de decir que le encantaría roer él mismo los huesos de Sarah Stratton.

Paul y Sarah estaban ahora bailando juntos. Él la mantenía cerca, moviendo las manos por su espalda dorada perfecta, como si estuviera comprobando si era real. «Tal vez ella se ha esforzado de más por verse espectacular esta noche», pensó Lizzie, sabiendo que Winifred era muy amiga de Monica.

Tony se dedicó el resto de la noche a rondar a Freddie, pero se permitió un baile con Sarah. Decidió que era preciosa. Podía entender por qué Paul se había dejado llevar por el corazón y no por la cabeza y había dejado a Winifred, pero ¿podría retener a Sarah? Estaba claro que ella se había enamorado de él porque era poderoso

e inalcanzable. Ahora que su carrera profesional había caído en picado en el partido y el Gabinete lo había despedido, no era ninguna de las dos cosas. Nervioso por perder su puesto en las próximas elecciones, seguía detrás de Tony para que le ofreciera un puesto de director ejecutivo en la Junta de Corinium.

No obstante, Paul no debía de haber patrocinado a Tony en el pasado. «Sería más divertido contratar a la nueva mujer de Paul en vez de a él», pensó. Agarrando su cuerpo deslumbrante, voluminoso y excitante, respirando el perfume de su pelo espeso y rubio recogido, intentando no mirar demasiado sus preciosos pechos dorados, Tony sintió el despertar de la lujuria. Sería perfecta para presentar el nuevo programa nocturno. Eso haría que Paul se pusiera de los nervios.

—Qué emocionante lo de Declan —comentó Sarah—. Soy una gran admiradora. Esos programas son obras de arte. ¿Has visto el de Plácido Domingo?

—Deberías venir y conocerlo en cuanto se mude —contestó Tony —. Vas a ser un activo muy valioso para Gloucestershire.

De pronto, Sarah pareció terriblemente joven. Incluso en la penumbra, Tony pudo percatarse de que estaba sonrojada.

—Ha sido un detalle por tu parte invitarnos esta noche, sabiendo lo amigos que erais, sobre todo tu mujer, de Winifred. Los amigos de Paul no han sido muy amables que digamos. Creen que he echado a perder la carrera de Paul.

Tony esbozó una sonrisa pirata. «Lo único que le hace falta ya es un alfanje», pensó Sarah.

—Le has dado a Paul un motivo de peso para no ser primer ministro —comentó—. Nunca lo hubiera conseguido. Carece tanto de

valentía como de convicción.

—Estás hablando del hombre al que amo —soltó Sarah.

—Lo siento. —No lo parecía en absoluto—. Voy a decirle a James Vereker que te entreviste para nuestro nuevo programa *Detrás de cada hombre famoso*.

Sarah sonrió, mostrando sus dientes diminutos, blancos y uniformes.

—Será mejor que entrevistes a Valerie. Maneja a Fred-Fred con una horca.

—Seguro que se pasa la mitad del día leyendo libros de etiqueta sobre la forma correcta de sujetarla —respondió Tony.

De vuelta en la mesa, el camarero le sirvió más Krug, pero Tony puso una mano encima de la copa.

—Después de esto, me voy a Londres en coche —comentó—. Mañana vamos a anunciar la incorporación de Declan, así que se va a armar una buena.

—El cazador furtivo de Gloucestershire ataca de nuevo —soltó Lizzie, recibiendo una fuerte patada de James en el tobillo.

Cuando todos salieron a High Street tras escuchar *Post Horn Gallop* y *Auld Lang Syne*, encontraron una capa gruesa de nieve en las aceras. Al otro lado de la calle, por encima de ellos, el carnero rojo de Corinium ya llevaba una peluca blanca de abogado hecha de nieve encima de su testuz rizada.

—Conduce con cuidado, Tony —gritó Monica mientras Percy, el chófer, mantenía la puerta del Rolls abierta para que ella se subiera —. Te veo mañana por la noche. —Contenta, se sentó en el asiento gris trasero. Pronto estaría en casa para oír al menos una hora de *Lohengrin* antes de dormirse.

—Apuesto a que el viejo carnero va a desviarse para ver a Cook en Hamilton Terrace —dijo James Vereker con malicia mientras Tony partía hacia Londres en el BMW despidiéndose con la mano de sus últimos invitados.

Tony condujo hacia la autopista, pero, por supuesto, en cuanto se hubo librado de todo el mundo, hizo un cambio de sentido y, justo cuando la nieve empezaba a caer de nuevo, volvió a Cotchester.

7

Eran las tres de la madrugada, pero Cameron Cook todavía estaba trabajando en el primer borrador de la nueva temporada de *Cuatro hombres al grano*. El lunes iba a comenzar a contratar guionistas. No era fácil encontrar gente con talento a la que se pudiera acosar.

Más allá de ducharse y lavarse los dientes, no preparó nada más para Tony, ni sábanas de raso, ni lencería de seda negra, y tampoco roció la habitación con Fracas (el perfume intenso y seco que le encantaba y que le compraba en cantidades industriales). Llevaba puesto el mismo jersey de cachemira marrón que cuando había estado antes en la oficina, pantalones pitillo negros y nada de maquillaje. Después de veinte meses, lo único que había enganchado a Tony era su indiferencia, su negativa a seguirle la corriente como si fuera su amo.

A lo mejor no iba a castigarla por ser tan cabrona en la reunión, pero estaba tan cabreada por que hubiera ido sin ella al baile de caza, y peor aún, por haber invitado al imbécil de James Vereker, que se había negado a dirigirle la palabra al acabar la reunión y se había ido hecha una furia a su casa. No debería bajar la guardia de

esa manera. En cuanto Tony detectaba una debilidad, se lanzaba a por ella.

De todos modos, su estancia en Inglaterra había sido de lo más emocionante. Recordaba a la perfección el día de julio que había llegado. Había quedado con Tony en Heathrow y la había llevado derecha a Cotchester, a la casita dorada como la miel de la tranquila hilera de casas adosadas de estilo Regencia que le había comprado. Era la única ocasión en la que lo había visto nervioso.

Dentro, mientras iban de habitación en habitación, de proporciones grandes y colores delicados como los huevos de un pájaro, azul prímula y Wedgwood, amarillo limón y crema, verde claro y blanco, con enormes ventanas de guillotina y preciosos rincones con estantes para la vajilla en las paredes, Cameron no dijo ni una sola palabra. Aparte de una cocina completamente equipada y una televisión en el salón, no había más muebles, a excepción de una enorme cama con dosel de latón arriba en la buhardilla, que se extendía por toda la planta superior.

Cameron había abierto la ventana y estaba mirando hacia su nuevo patio trasero con sus rosas de color rosa claro y los tres manzanos antiguos que había al fondo. Alguien había cortado el césped, y, mientras aspiraba el aroma de la hierba cortada y admiraba el chapitel dorado grisáceo de la catedral de Cotchester que se alzaba sobre su vega verde intenso, rompió a llorar.

Tony, que no la había tocado hasta entonces, pensando que no le gustaba nada la casa o que se sentía mal, se acercó como un rayo y la estrechó entre sus brazos.

—Cielo, ¿qué te pasa? Buscaremos otra cosa si no te gusta.

Entonces, Cameron dijo entre sollozos en su camisa de seda azul de Prusia que era la casa más bonita que había visto nunca y que por qué no bautizaban la cama, y cuando hicieron el amor resultó aún más apasionado de lo que había sido en Nueva York.

Pero aquella había sido la última vez que había mostrado debilidad en su presencia. Desde que había llegado, no había tenido tiempo de pensar si sentía nostalgia o no. Cuando no estaba produciendo o pensando en cada detalle de los trece capítulos de *Cuatro hombres al grano*, peleándose con los directores, diseñadores, actores y técnicos, que no estaban para nada contentos con tener a una advenediza estadounidense de veintisiete años que les diera órdenes, se dedicaba a amueblar la casa y a conducir desde Southampton hasta Stratford, desde Bath hasta Oxford, y mientras se familiarizaba a fondo con la zona de Cotswold, buscaba antigüedades y nuevas ideas para sus programas.

Por lo demás, su vida giraba en torno a Tony. Este se las había ingeniado para pasar varias noches a la semana con ella; la gente no se daba cuenta de que empezaba a irse de las cenas oficiales y de los cócteles antes que de costumbre. También la llevaba a los grandes eventos de la agenda televisiva: Edimburgo, Montecarlo, Cannes, Nueva York, Nueva Orleans, etcétera, donde Cameron podía justificar su presencia cientos de veces con la excusa de que estaba allí para vender programas de Corinium y comprar nuevos.

Sin embargo, todavía estaba el asunto de que Tony llevaba una vida de casado, de la que ella estaba rotundamente excluida. Solo había ido en una ocasión a su preciosa casa, Falconry, cuando Monica y los niños estaban fuera, y Cameron estaba segura de que fue porque Tony quería presumir del lugar.

En el salón, había exclamado de regocijo ante el Renoir que había sobre la repisa de la chimenea.

—No lo toques —le chilló Tony—, o tendrás a toda la policía de Gloucestershire en tu puerta.

Cameron solo había coincidido con Monica una o dos veces en las fiestas de la oficina o en alguna que otra recepción de negocios. Y, en ocasiones, Monica había irrumpido en Corinium para recoger a Tony. Lo que la mortificaba era que nunca reconocía a Cameron. En cierto sentido, el desinterés de Monica por el trabajo de Tony le facilitaba que pudiera engañarla. Pero, por otro lado, en opinión de Cameron, si tenías una rival, querías que al menos fuera consciente de que existías.

—Lady Baddingham es una señora de los pies a la cabeza —le gustaba decir a la señora Madden cuando quería cabrear a Cameron.

A Cameron le gustaba pensar que Tony solo seguía con Monica porque la vieja arpía estúpida le daba respetabilidad y porque no quería ningún escándalo antes de que le renovasen la franquicia.

Cameron se levantó del escritorio y se puso a deambular por el salón. Era la única estancia de la casa que había redecorado, pues había empapelado las paredes de escarlata con un pequeño estampado de flores azul grisáceo y había añadido cortinas escarlatas y una alfombra, unos sofás y unas sillas azul grisáceo. Había comprado un piano nuevo en Inglaterra, lacado en rojo, pero se había llevado consigo desde Estados Unidos el sillón de dentista tapizado con cachemira roja, la diana, el dedo de oro del Museo Metropolitano y todas las cintas de vídeo de sus programas de la NBS. En la estantería, junto a esto, estaban ahora apilados los trece capítulos galardonados de *Cuatro hombres al grano* y los dos

documentales que Cameron había hecho también de All Soul's College, en Oxford, y de Anthony Trollope, que había rodado en Barchester, Salisbury, que, después de todo, estaba dentro de los límites de Corinium.

Sobre la repisa de la chimenea, había una fotografía firmada de los cuatro actores jóvenes que habían protagonizado *Cuatro hombres al grano* y un cactus enorme con forma fálica, que el reparto entero le había dado como regalo de fin de grabación. La tarjeta, que todavía estaba apoyada contra él, decía lo siguiente: «Querida Cameron, pinchas, pero eres estupenda».

Después de todos los gritos compartidos, era un detalle bonito.

Estaba claro que Tony no iba a ir, o eso pensaba Cameron; lo había estropeado para siempre. Con el fin de semana por delante, no tenía más que trabajo hasta el lunes, que también tendría trabajo.

Para consolarse, cogió el número de la semana de *Broadcast*, que se cayó y dejó a la vista una fotografía suya abrazando a una vaca Jersey de aspecto bobalicón. «La productora Cameron Cook en el rodaje de su serie nominada a los BAFTA *Cuatro hombres al grano*», rezaba el pie de foto. «La vaca de la suerte es la de la izquierda».

Al acercarse a la ventana, se dio cuenta de que estaba nevando. Ya había casi ocho centímetros encima de su coche, y un manto blanco y suave yacía sobre las casas de enfrente. La nieve también cubría las copas del jazmín de invierno que se abría paso a la fuerza con la enredadera de Virginia que trepaba por la fachada de su casa. «Si quieres llegar a la cima, tienes que trepar», pensó Cameron. Tony había insinuado que podría incluirla en la junta, pero ella sabía que James Vereker, Simon Harris y todos los jefazos de

departamento estarían en contra hasta el último momento. Cameron había interferido en todos los sentidos, había criticado cada programa y guion que había caído en sus manos. Sabía que no era nada popular entre la gente del edificio, aunque ella no quería popularidad, quería poder y la libertad de hacer los programas que quisiera sin tener que acudir a Tony para que la protegiera.

Estaba tan sumida en sus pensamientos que no se percató de que un BMW se acercaba ni de que Tony estaba fuera hasta que le lanzó una bola de nieve contra la ventana. Cameron deseó que aquel asqueroso abrigo rojo no le sentara tan bien. Aborrecía la caza, no porque le diesen lástima los zorros, sino por la arrogancia altanera que destilaba la gente que cazaba, como Tony y Rupert Campbell-Black.

—¿Qué tal ha ido? —preguntó ella, sacando una botella de champán del frigorífico.

—Genial.

De inmediato, su hostilidad volvió a salir a la superficie.

—¿Qué tal Rupert? —añadió para molestar a Tony.

—El muy cabrón no ha venido, pero Bas ha oído rumores de que Declan ha comprado Priory, así que le he dicho a todo el mundo que se ha incorporado a Corinium. No pasa nada —añadió, dándose cuenta de la mirada de espanto de Cameron—. Ya era muy tarde para ir a contárselo a la prensa. Deberías haber visto la cara de James.

Cameron sonrió.

—Eso es un avance —comentó Tony—. ¿Por qué tenías esa cara de culo en la reunión?

—Tenía migraña.

Los dos sabían que estaba mintiendo, pero como estaba excitado por haber bailado con Sarah y haber disgustado a James, y aún más por la perspectiva de llevar a Cameron a una sumisión estremecedora y jadeante, Tony no quiso entrar en discusiones. No tardó nada en desvestirla y llevarla a la enorme cama de latón, decorada con un dosel de seda gris claro que él, o más bien Corinium, había pagado, al igual que el resto de la casa. La excusa era que alojar a los visitantes importantes en la habitación libre de Cameron sería más barato que en el Cotchester Arms, que servía una comida asquerosa y no tenía aire acondicionado.

—¿Haces esto para distraerte del trabajo? —le preguntó Tony más tarde, cuando una Cameron desnuda lo montó a horcajadas en toda su belleza rabiosa y voraz.

Cameron se inclinó y bebió un sorbo de champán.

—¿Quién dice que me distrae del trabajo? Tengo una idea.

—¿Qué? —Sintiendo cómo esos músculos se aferraban a su polla, Tony se preguntó si alguna vez le negaría algo.

—Quiero producir a Declan cuando llegue en septiembre.

Tony dejó a Cameron a las seis y se marchó a Londres. Se había puesto un jersey sobre la camisa que llevaba la noche anterior y tenía la intención de darse un baño, afeitarse y desayunar en su piso de Rutland Gate. Mientras subía por la desierta High Street de Kensington, un coche salpicó el suyo; seguro que era alguna celebridad a la que estaban llevando en sentido contrario hacia Breakfast Television en Limo Grove, con las luces encendidas mientras estudiaba sus notas.

Con el abrigo rojo en el brazo, Tony entró en su piso. Por un instante, creyó que habían entrado a robarle. Había ropa tirada por el pasillo, y botellas, vasos y platos sucios desperdigados por la mesa de la cocina. Acto seguido, fue al dormitorio de Monica y descubrió la figura desnuda de su hijo Archie, que había llegado desde Rugborough en metro y se había quedado dormido en brazos de una jovencita rubia guapísima.

El estallido de rabia casi los hace atravesar el doble cristal. La chica se parapetó bajo las sábanas floridas y Archie murmuró que lo sentía mucho, pero que creía que sus padres estaban en el baile de caza.

—Y lo estábamos —espetó Tony—. Ahora voy a darme un baño, y quiero que cuando salga ella ya no esté aquí.

«Por lo menos Archie ha tenido la decencia de llevar a la chica a su casa», pensó Tony mientras se metía por segunda vez en doce horas en un baño de agua hirviendo. Menudo bomboncito. Siempre le había preocupado que Archie fuera un poco AC/DC. Tener a una madre estricta pero cariñosa no ayudaba, aunque le complacía ver que Archie estaba siguiendo los pasos de su padre. Tony quería mucho a su hijo mayor. Estaba friendo huevos y beicon cuando Archie regresó muy avergonzado.

Después de haberle reprendido por su comportamiento indecoroso, Tony le dijo:

—¿Dónde se cree el director del internado que estás?

—Supongo que en la cama.

—Pero a saber de quién. ¿Qué edad tiene?

—Dieciséis.

—Es lo bastante mayor, menos mal. Si se te ocurre utilizar la cama de tu madre otra vez, te desheredo. Espero que tomarais precauciones.

—Claro que sí —susurró Archie—. Lo siento mucho. Íbamos a cambiar las sábanas.

—Piensa en el disgusto que se habría llevado tu madre.

—No tenemos por qué contárselo, ¿verdad que no? —A Archie se le había puesto la cara pálida.

A Tony se le ocurrió que él también tendría que darle explicaciones a Monica si se enteraba de que no había llegado al piso hasta las ocho, así que estuvo de acuerdo en no decírselo.

—Pero que no vuelva a pasar. Más te vale aprobar los exámenes de secundaria. Ya sabes lo importantes que son las notas. Ahora supongo que esperas que te dé el desayuno también, ¿no?

8

Seis meses más tarde, el día más húmedo de agosto desde hacía quince años, Declan O'Hara se mudó a Priory en Penscombe para gran emoción de todo el condado. Llovía tanto que James Vereker advirtió preocupado en *Resumen de Cotswold* a sus telespectadores de las inundaciones en la carretera Cotchester-Penscombe. No obstante, Lizzie Vereker consideró que, al ser irlandés, su familia y él quizá se sentirían más como en casa.

Los hijos de Lizzie se habían ido con unos amigos aquel día; su asistenta, la señora Makepiece, llegaba tarde; Ortrud, la niñera que sustituyó a Birgitta en abril, estaba en la planta de arriba, sin lugar a dudas escribiendo sobre James en su diario. Lizzie tenía un día libre para trabajar, lo que era extraño, pero llevaba la mitad de la novela y estaba aburrida. Fuera, el chaparrón había dado paso a un sol brillante y a un cielo azul delfinio. Desde su estudio, Lizzie podía ver las semillas del sicomoro volverse de color coral y las hojas amarillas motear el enorme sauce llorón que le tapaba la vista del lago. «No habrá muchos más días así de bonitos este año», pensó Lizzie. Invadida por la inquietud y la curiosidad, decidió dar un paseo por el valle y aparecer en casa de los O'Hara. Como regalo de bienvenida, les llevaría algunos huevos de gallina Bantam y una botella de

champán que una gran admiradora le había regalado el día anterior a James.

Los árboles del bosque que delimitaban el principio de las tierras de Rupert estaban tan ennegrecidos por la lluvia que era como pasar por un túnel con goteras. Al salir de ellos, Lizzie paseó por los prados que los caballos de Rupert recortaban al mínimo. En la dirección opuesta, resonaba el arroyo Frogsmore, que pasaba por la parte baja del valle, a la vez que se precipitaba sobre piedras cubiertas de musgo, rodeaba troncos caídos, se encogía ante la caricia de nomeolvides colgantes y silenes rosas y desaparecía en ocasiones por completo en una caverna de zarzas y escaramujos.

Desde la otra dirección venía la señora Makepiece, que trabajaba por las mañanas para la atroz Valerie Jones y se enteraba de todos los chismes.

—Las cuatro furgonetas Pickford que llevaban las pertenencias de los O'Hara casi se quedan atascadas en Chalford Hill —le contó a Lizzie—, y se ha visto al hijo de Declan, que se parece muchísimo a su padre, en la tienda del pueblo comprando whisky, galletas de chocolate, papel higiénico y bombillas, y es el chico más guapo que nadie ha visto en Penscombe desde que Rupert Campbell-Black era un muchacho. ¿Se traerán a su personal de Londres? —preguntó la señora Makepiece con melancolía, pensando que sería mucho más divertido trabajar para la señora O'Hara, que seguro que pagaría los precios de Londres y no la trataría como a una esclava, como hacía Valerie Jones.

Lizzie contestó que no lo sabía. La señora Makepiece era muy buena asistenta, un tesoro. Incluso la exigente Valerie Jones lo admitía. Quedarse con tesoros era un pecado mucho mayor en

Gloucestershire que robarle el marido a alguien. Lizzie siguió paseando. Como no había comido porque estaba a dieta, se paraba para comer moras, que no contaban. Arriba a la izquierda, dominando el valle, la preciosa casa marrón anaranjado de Rupert dormitaba bajo la luz del sol. El jardín no estaba tan bien cuidado como cuando la exmujer de Rupert, Helen, vivía allí. Las hayas que había plantado alrededor de la pista de tenis ya medían más de dos metros. «Rupert debería enarbolar una bandera cuando estuviera en casa», pensó Lizzie. La gente no podía evitar la emoción de saber que estaba allí.

Casi un kilómetro arroyo arriba, el pueblo de Penscombe, con el chapitel de su iglesia y sus casas antiguas de color amarillo grisáceo, se encontraba enclavado entre montañas verdes como un cartel de jubilación que prometía un futuro feliz. Pero Lizzie giró hacia la derecha y saltó una verja llena de moho hacia un bosque de hayas que tenían unos troncos grises y lisos que se alzaban como los tubos de un órgano gigante. Siguió el camino ascendente en zigzag, que cruzaba tres veces una cascada que caía a toda velocidad para unirse al Frogsmore, y al final llegó a la cima a trompicones y jadeando.

Tras unos cien metros de césped, que en ese momento parecía más bien un campo de heno, se alzaba la maraña de chimeneas medievales, tejados puntiagudos, torreones góticos y almenas que componían Priory en Penscombe. A ambos lados, con el sol a sus espaldas como un cortejo fúnebre, se alzaban los enormes tejos negros, los cedros y las secuoyas. A la izquierda del jardín, donde en el pasado, antes de que se disolvieran los monasterios, las monjas

debieron de haber paseado y rezado, había un camino de rosas trepadoras.

«Pobres O'Hara», pensó Lizzie mientras se apresuraba a recorrerlo. Después del divorcio y la muerte, mudarse de casa se suponía que era la experiencia más traumatizante. Pero, cuando bordeaba un enorme estanque lleno de nenúfares y rodeaba la parte delantera de la casa que daba a la ladera a modo de defensa, de pronto la ensordeció la música pop que salía de dos de los torreones de la planta de arriba y la ópera, que creyó que era *El oro del Rin*, que salía de las otras dos.

La desvencijada puerta de roble, adornada con clavos, estaba abierta. En la extensión de grava que había fuera, una furgoneta seguía descargando cosas. Al asomarse, Lizzie vio algunos muebles muy sucios (así que los O'Hara necesitarían un tesoro después de todo), un piano de cola cuyas teclas amarillentas parecían mirarla con lascivia y muchas cajas de madera cuadradas llenas de libros.

Una clemátide milenaria se extendía por el porche delantero, que servía de cortina para la ventana del baño superior y cubría el timbre de la puerta, que no funcionaba de todas formas. Ya dentro, Lizzie gritó: «Hola, hola».

Al minuto siguiente, apareció un chucho común blanco y negro que parecía muy engreído, ladraba con furia y movía una cola muy enroscada.

Al girar por el pasillo a la derecha hacia la cocina, que estaba en la parte más antigua de la casa, del siglo XIII, encontró a una mujer que, supuso, era la esposa de Declan, Maud. Era guapísima, pero iba vestida de forma muy inapropiada con una camiseta rosa de lentejuelas y un pantalón de chándal verde lima, con una peineta

enjoyada en su largo cabello pelirrojo. Estaba desempaquetando despacio la vajilla de una caja de madera cuadrada, mientras se paraba para alisar y leer cada trozo de papel en el que estaba envuelta y bebía whisky de una taza.

En el asiento junto a la ventana, con unos prismáticos en dirección a la casa de Rupert Campbell-Black, había una adolescente de rodillas con el pelo corto y rosa de punta, un aparato en los dientes y un rostro pálido, listo y encantador. Con unos zapatos negros con plataforma, calcetines arrugados y una rebeca negra de lana, parecía una vagabunda que acababa de ponerse la ropa vieja de Declan. Ninguna pareció darse cuenta de que Lizzie había entrado, pero una chica muy alta con vaqueros y un jersey verde oscuro, con una mata de pelo negro espeso, unos inusuales ojos grisáceos y una mancha en la mejilla, que estaba sacando con rapidez la vajilla, alzó la vista y le sonrió.

—Vivo valle abajo —proclamó Lizzie—. Os he traído unos cuantos huevos y una botella. No la abráis ahora, que viene un poco revuelta, mejor ponedla en el frigorífico.

—Ah, qué amable por tu parte —dijo la chica morena. Tenía una voz algo profunda y ronca, como el gruñido de un osito de peluche. Parecía agotada.

Maud, que había terminado de leer el trozo de periódico, alzó la vista y le otorgó a Lizzie el beneficio de admirar sus sorprendentes ojos almendrados, somnolientos, bordeados por unas pestañas espesas de un rojo oscuro y de un color verde tan brillante como un vidrio de Bristol. Cuando decidió que Lizzie era interesante, le presentó a sus hijas Taggie, apodo de Agatha, la morena, y Caitlin, la pequeña pelirroja.

El fregadero estaba plagado de flores aún envueltas en celofán. Al acercarse, Lizzie se percató de que un ramo era de Tony y Monica Baddingham, que les deseaban a los O'Hara buena suerte en su nueva casa y una larga y próspera relación con Corinium.

—Toda la prensa nacional pasó por aquí ayer para intentar entrevistar a Declan —se quejó Maud—. La *TV Times* ha estado toda la mañana haciendo fotos de cómo nos mudábamos. Dos periódicos locales estarán al caer esta tarde, y un hombre de la compañía eléctrica ha estado hablando como el señor Darcy sobre lo deficientes que son nuestras conexiones y dice que se tiene que volver a hacer toda la instalación eléctrica de la casa. Tómate una copa.

Sacó una taza envuelta en una página de *The New Statesman*, le sirvió a Lizzie un poco de whisky y luego se llenó la suya.

—Es una casa maravillosa —comentó Lizzie, alzando la taza en su dirección—. Os doy la bienvenida. Todos estamos muy contentos de que os hayáis venido aquí a vivir.

—Después del diluvio de ayer, hemos descubierto que hay goteras en muchísimos sitios —continuó Maud—, así que lo más seguro es que tengamos que poner un tejado nuevo también.

—Estamos pensando en dejarles nuestros terrenos a las vacas —dijo Caitlin, bajando los prismáticos y agarrando una galleta de chocolate que procedió a compartir con el chucho blanco y negro que estaba babeando en el asiento junto a la ventana a su lado—. Mudarse es un jaleo —prosiguió—. Mi padre está intentando trabajar arriba, pero está desesperado porque no encuentra su guía telefónica. Y Taggie ha perdido el sujetador.

—¡Caitlin! —gritó la chica alta, ruborizada.

—Y a mí me han robado el corazón —siguió diciendo Caitlin, volviendo a apuntar con los prismáticos hacia la casa de Rupert Campbell-Black—. ¿Me lo presentarás?

—No suele estar por aquí —contestó Lizzie—. Pero, cuando esté, estoy segura de que se presentará él mismo.

—No es justo —se quejó Caitlin—. La semana que viene me iré al puñetero internado y no podré ser la primera en ligar con él. Se enamorará de Taggie, o incluso de mi madre —dijo con desdén.

Llamaron a la puerta y apareció un mozo de la mudanza con un vestido amarillento dentro de una bolsa de polietileno:

—¿Dónde desea que ponga esto, señora O'Hara?

—Mi vestido de novia —dijo Maud de manera melodramática, poniéndose de pie y pegándoselo al cuerpo—. Ya hace veintiún años, quién lo diría.

—Uf —respondió Caitlin—. Qué horror. ¿Cómo conseguiste engatusar a papá con eso puesto? Supongo que no te vio hasta que estuvo plantado en el altar y entonces ya era muy tarde.

—Caitlin, cállate —la regañó Taggie, ya que el rostro de Maud se había contraído por la ira—. Mamá estaba guapísima, ya has visto las fotos.

—Bueno, ponlo en mi habitación —soltó Maud mientras volvía a *The New Statesman*.

—No estoy segura de si me va a gustar vivir en el campo —comentó Caitlin, jugueteando con la radio—. No hay Capital Radio, ni *Standard*, ni correo.

—¡¿Que no hay correo?! —El jadeo de consternación de Taggie se vio interrumpido por una nueva llamada a la puerta. Otro mozo de la mudanza quiso saber dónde iba el piano.

—A la derecha de la puerta principal —contestó Maud.

—Ahí no —gritó Caitlin—. Aengus el errante está encerrado ahí y el cabrón estúpido de papá ya lo ha dejado salir dos veces.

«Su padre, la superestrella más famosa del país», pensó Lizzie.

—Aengus es nuestro gato. Está un poco inquieto —explicó Taggie, dedicándole una sonrisa de disculpa a Lizzie.

—Ay, mirad —suspiró Maud, desenvolviendo un biberón—. Esto es de cuando Patrick era un bebé.

Caitlin le dio golpecitos con el dedo a la botella de whisky, que se estaba acabando con rapidez.

—Y este es de papá cuando cumplió los cuarenta y dos —dijo en tono acusador.

—Vete por ahí —soltó Maud mirándola con odio.

Lizzie observó con detenimiento una pila de libros que había en una esquina y se sintió complacida al ver una copia de su primera novela.

—Yo he escrito esa —soltó.

—¿En serio? —preguntó Maud sorprendida, agarrando el libro y examinando la fotografía que había en la solapa interior.

—Cuando estaba más delgada —contestó Lizzie con modestia.

—Es muy bueno —comentó Maud—. Lo disfruté mucho.

En ese instante, un lord Byron punki entró en la sala. Tenía unos pómulos prominentes; el pelo corto, oscuro, brillante y peinado hacia atrás y unas ojeras violetas de un par de centímetros bajo los ojos, que eran iguales que las que tenía Maud, pero más oscuras y mucho más notables; estaba claro que era el hijo, Patrick, el que había deslumbrado tanto en la tienda del pueblo.

—Cariño —dijo Maud emocionada—, esta es Lizzie Vereker. Ha escrito esta maravillosa novela y vive valle abajo, así que quizá Penscombe no sea un desierto cultural después de todo.

Patrick dijo:

—Hola, Lizzie.

Entonces, anunció que a él también le había gustado el libro y le preguntó a su madre dónde quería el piano.

—En el salón grande.

—Demasiado frío, allí nunca lo tocarás —comentó Caitlin.

—Entonces, ponlo en la sala de estar pequeña —dijo Maud.

—No habrá espacio para nada más allí, ni siquiera para el banco del piano —protestó Patrick.

—Ah, pues soluciónalo tú, cariño, que se te da muy bien solucionar las cosas —respondió Maud.

—Y no dejes que Aengus se escape —gritó Caitlin.

La respuesta de Patrick se vio ahogada por un bramido de rabia que provenía de fuera, y Declan entró hecho una furia con un papel en una mano y un teléfono sin cable en la otra. Lizzie contuvo el aliento. No se esperaba que fuera tan alto y tan ancho de hombros, ni que tuviera un aspecto tan heroico. Tenía el pelo muy espeso y negro salpicado de canas, y la preocupación y el trabajo duro le habían cavado unas líneas profundas a ambos lados de la boca y alrededor de los ojos, que eran tan sombríos y oscuros como los tejos empapados por la lluvia que había fuera. Sin embargo, incluso con las gafas de media luna caídas sobre la nariz fracturada, una barba incipiente de medio centímetro y unos calcetines desparejados, tuvo que admitir que tenía garra.

—Esta es Lizzie Vereker —anunció Maud—. Nos ha traído huevos y una botella de champán y escribe unos libros preciosos.

Declan se quedó mirando fijamente a Lizzie como si ella no existiera.

—No encuentro el puñetero directorio de la A a la D. —Tenía el acento irlandés más marcado que el resto de la familia—. Y no encuentro mi puta guía telefónica. No puedo comunicarme con el hotel Claridge's. No consigo que me respondan del directorio de Londres. Llevo media hora intentándolo.

Volvió a marcar el número, y entonces extendió el auricular para que todos pudieran oír el chillido de loro de número fuera del área de servicio.

—¿Puedo intentarlo yo? —se ofreció Lizzie—. Tienes que marcar el 192 para los directorios de Londres en el condado y luego 01 antes del número.

Dos minutos más tarde, logró contactar con el Claridge's y le dio el teléfono al sorprendido y agradecido Declan, que pidió que le pusieran con Johnny Friedlander.

Lizzie casi se desmayó. Johnny Friedlander era un actor estadounidense brillante y atractivo a rabiar, que tenía una adicción a la cocaína que todo el mundo sabía y una predilección por las colegialas menores de edad.

—¿Johnny Friedlander? —murmuró en voz baja a Taggie.

Taggie asintió y sonrió.

Declan fue directo al grano e invitó a Johnny a su primer programa para Corinium el mes siguiente.

—Te pediría que te quedaras con nosotros —continuó diciéndole Declan con su mundialmente conocida y sexy voz ronca de fumador

—, pero ahora mismo tenemos mucho lío, así que será mejor que vayas a un hotel. Podemos cenar cuando se acabe el programa. Mandaré a la gente que hace nuestros contratos para que hable con la tuya. Gracias, Johnny, no podría imaginarme una persona mejor para arrancar el programa.

—Pero si nunca ha dado una entrevista —dijo Lizzie estupefacta mientras Declan colgaba el teléfono.

—Lo sé. ¿No es genial? —De pronto, Declan esbozó una amplia sonrisa con los dientes algo separados, lo que hizo que se pareciera mucho más a Taggie y que a Lizzie le temblaran las rodillas—. Y todo porque tú sabes cómo usar un teléfono —continuó—. Si lo hubiera dejado para más tarde, le habrían echado el guante o se habría negado en rotundo. Ten por seguro que me leeré tu libro. —Se volvió hacia Maud—. ¿Has oído, cariño? Johnny va a venir al programa.

—Qué bien —respondió Maud sin ningún atisbo de interés—. Joder —prosiguió, llegando al final de otro trozo de papel rasgado—, este trozo de la princesa Michael continúa en la página ocho. Mira a ver si lo puedes encontrar, Taggie.

Comenzó a hurgar frenética en la caja de madera cuadrada, tirando trozos de papel de periódico por el suelo. Taggie puso los ojos en blanco.

Lizzie se volvió hacia Declan.

—¿Qué estás escribiendo ahora mismo?

—Cheques sobre todo —contestó él.

Mirando hacia el exterior por la ventana, hacia el estanque, de repente se acercó y le quitó los prismáticos a Caitlin, casi estrangulándola con las correas.

—Una buscarla pintoja —dijo un segundo después—. Bastante inusual en esta parte del mundo. Por aquí hay unos pájaros maravillosos.

—También podría haber unos tíos maravillosos —soltó Caitlin, masajeándose el cuello y volviendo a agarrar los prismáticos para observar otra vez la casa de Rupert— si estuvieran alguna vez en casa.

—Me voy a la biblioteca pública, cariño —dijo Declan, intentando darle un beso en la mejilla a Maud, que aún seguía escarbando.

—Pero si no has desayunado ni has comido —dijo Taggie disgustada.

—Estaba segura de que te irías y nos dejarías a nosotros todo el trabajo —gruñó Maud.

—Más bien le dejaría a Taggie todo el trabajo —dijo Declan con un ligero malestar en su voz.

Una vez que se marchó y Maud y Lizzie se tomaron algún whisky más, sonó el timbre de la puerta.

—Seguro que es el periódico local, y vuestro padre no está aquí —dijo Maud, que ahora estaba leyendo sobre Boy George.

Pero era otro ramo de flores, y Caitlin entró con él.

—¿Para quién son? —preguntó Taggie, con la esperanza brotando y apagándose en sus ojos cuando Caitlin abrió el sobre y leyó:

—Para Declan y Maura. Ese nombre es nuevo, mamá.

Al ver el destello de irritación en el rostro de Maud, Lizzie se preguntó lo divertido que sería estar casada con un hombre tan famoso. Ella había experimentado lo mismo a menor escala al estar casada con James, pero no dejaba a la gente sin habla por lo guapa que era, como Maud. Debe de ser horrible ser así y que la gente se

confunda con tu nombre y se quede embobada mirando todo el tiempo a tu marido.

—¿Dónde está Grace? —preguntó Maud con frialdad.

—Aún no se ha levantado —respondió Caitlin—. Ha dicho que no ha podido dormir por el silencio. Le he sugerido que los de la mudanza den vueltas con las furgonetas debajo de su ventana como si fueran los camiones grandes de Fulham. Grace es nuestra ama de llaves —le explicó a Lizzie—. Patrick dice que debería unirse a la RSPCA, le encantan las arañas.

—Bueno, me tengo que ir —dijo Lizzie con pesar.

—Tómate otra copa —la animó Maud sin levantar la vista.

—Quédate a comer —añadió Taggie—. Iba a hacer unas tortillas.

—Tengo que trabajar —contestó Lizzie—, pero gracias de todos modos. Los niños volverán a casa pronto, tienen que ser las cuatro más o menos.

—Te acompañaré parte del camino —exclamó Caitlin—. Gertrude necesita un paseo. ¿Quieres venir con nosotras, mamá? —De pronto, su voz se volvió conciliadora, como si se hubiera arrepentido de haberle hablado mal a su madre.

—No, gracias —respondió Maud con ligereza—. Tengo que medir algunas ventanas para las cortinas.

—Claro, las cortinas —susurró Caitlin mientras Lizzie y ella salían de la estancia—. La única cosa que mi madre mide con cierta eficiencia es lo que duran sus fiestas. —Luego, viendo que Lizzie había alzado las cejas, soltó—: Me temo que estoy en la edad en la que una tiende a criticar mucho a sus padres. Por desgracia, no se puede cortar el cordón umbilical con delicadeza. Tiene que hacerse con una navaja de afeitar y sin anestesia.

En un pasillo sinuoso, Caitlin abrió una puerta que daba a una sala octogonal, la base de uno de los torreones medievales. Las ventanas altas, estrechas y eclesiásticas con vidrieras en los cristales superiores eran lo único que interrumpía las estanterías y estanterías de libros.

—La biblioteca de mi padre —dijo Caitlin—. He pensado que, al ser escritora, te gustaría.

—Qué bonita —respondió Lizzie boquiabierta.

—Creo que mi padre compró la casa porque ya tenía estanterías.

Salieron por la puerta oeste al otro lado de la casa y pasaron por los establos y por una torre del reloj con un tejado cubierto de helechos y musgo oscuro, a través de un huerto lleno de ortigas y un vergel con árboles raquíticos cubiertos de liquen que no parecían tener más de dos metros debido a las constantes ráfagas de viento.

—Patrick dice que hará falta una flota de jardineros para mantener este lugar en condiciones —comentó Caitlin—. Y que con los gastos escolares, la instalación eléctrica nueva, el tejado y las fantasías que mi madre saca del *House and Garden*, mi padre va a necesitar bastante su nuevo salario.

Ya fuera, bajo los rayos del sol, Lizzie se percató de lo pálida y delgada que estaba Caitlin y pensó que unos cuantos años jugando y comiendo en un animado internado para chicas no le vendrían nada mal. Gertrude se adelantó dando brincos y se metió en el bosque de hayas para perseguir a los conejos. Sin lugar a dudas, atravesar el bosque era más fácil que subir la cuesta.

—¿Es Rupert Campbell-Black tan atractivo como se dice? —le preguntó Caitlin.

—Sí —suspiró Lizzie—. Y parece ser que cada vez más.

—Dicen que era muy alocado en su juventud.

—Bueno, ha tenido una juventud bastante larga.

—E inteligente.

—Bueno, es brillante y se le dan bien las finanzas.

—Mi hermano Patrick también. Yo soy lista, Taggie es guapa y Patrick las dos cosas.

—Tú vas a ser muy guapa —le dijo Lizzie con sinceridad.

—Puede que florezca —contestó con los ojos brillantes—, pero ahora mismo soy enclenque y mis dientes dejan mucho que desear. Tuve que obligar al dentista a que me pusiera este aparato espantoso. Mi madre cree que solo se va al dentista cuando te duele un diente.

—Y Taggie parece muy buena en la cocina —comentó Lizzie—. ¿Ella no es lista?

—En absoluto. Es disléxica, la pobre, apenas lee los libros de Mills and Boon, y tiene serios problemas con los de recetas, lo que es una pena, porque quiere ser cocinera. Patrick dice que cuando era pequeña era espantoso, todo el mundo creía que tenía una discapacidad porque no podía leer. Mi madre le gritaba todo el tiempo, nunca pensó en llevarla a un psicopedagogo.

El muro al final del bosque de hayas delimitaba la linde de las tierras de Declan. Caitlin lo saltó y le tendió una mano a Lizzie para ayudarla.

—Qué bonito —dijo, contemplando la vega tranquila y el pequeño arroyo impetuoso—. Me imagino a los caballeros medievales combatiendo en las justas aquí en el pasado.

Con un silbido, llamó a Gertrude, que se había ido por otro lado y que ahora volvía corriendo, chapoteando y bebiendo en el arroyo.

—Lo peor de tener padres muy famosos —continuó Caitlin— es que nunca te sientes el centro del universo porque están obsesionadísimos con sus propias vidas. Si te va genial en el colegio, todo el mundo asiente y dice que eres la hija de Declan, que lo llevas en los genes, y si te va fatal como a la pobre Tag, simplemente asumen que eres una vaga o una terca. Tag tenía la autoestima por los suelos cuando acabó el colegio.

—Pero si es muy guapa —protestó Lizzie.

—Lo sé, pero ella no se da cuenta. Está enamorada hasta las trancas de Ralphie Henriques, uno de los amigos de Patrick que es incluso más brillante que él. Después de meses chinchándola, la sedujo en el baile de mayo del Trinity este año. ¡Ostras, mira esas moras! —Caitlin comenzó a arrancarlas de los arbustos con las dos manos y a metérselas en la boca—. Esperaba que Tag me contase con detalle cómo había ido. Una no puede obtener toda su educación sexual de las páginas de Jackie Collins, pero ella no dijo ni mu y él no volvió a llamarla. Solo le mandó una postal desde Cork, y desde entonces nada. ¿Te puedes creer que alguien le haya hecho eso a Tag? Esa es la razón por la que está atenta a la correspondencia y salta cada vez que suena el teléfono. Patrick dice que Ralphie está con otra, una rubita que lee a Sófocles en el idioma de origen. Pobre Tag, que ni siquiera puede leer en su propia lengua.

—¿Y Patrick? —preguntó Lizzie—. ¿Le gusta el Trinity?

—Le va bien allí. Cree que mi padre ha traicionado sus raíces trabajando en Inglaterra y también lo desprecia bastante por

dedicarse a la televisión. Joder, qué buenas están estas moras. Puede que Rupert les haya sonreído.

—Pero si tu padre es un genio —respondió Lizzie, sorprendida—. Esas entrevistas son obras de arte.

—Lo sé, pero Patrick cree que mi padre debe escribir libros. Lleva años trabajando en la biografía de Yeats, y antes escribía obras de teatro maravillosas.

—¿Qué va a hacer Patrick cuando acabe sus estudios en el Trinity?

—Escribir. Es mejor que mi padre. Ya sé que mi padre gana muchísimo dinero, pero se lo gasta todo, y siempre tiene unas broncas tremendas en el trabajo. Patrick es más tranquilo. En serio, es una versión de mi padre en prosa. Y, como es alguien con tantos principios, no tiene en mente acumular grandes deudas, algo que mi madre hace con los despreciables ingresos de mi padre de la televisión.

—Es muy fácil tener principios si alguien más paga las facturas —replicó Lizzie.

—Es cierto —contestó Caitlin—. También es un poco engreído, porque atrae a todo el género opuesto sin esfuerzo. ¿Crees que Gertrude se sentirá sola en el campo? ¿Deberíamos buscarle un amigo perruno?

Ahora estaban cruzando el arroyo hacia el lado donde se encontraba la casa de Rupert. A pesar de que no hacía viento, los vilanos se esparcían por todas partes como si se acabara de reventar una almohada. Tras resollar al subir la pendiente y girarse sobre sus pasos, pudieron ver las almenas cubiertas de enredaderas y los torreones de Priory por encima de las hayas, que ahora estaban calientes por el sol de las últimas horas de la tarde. El ascenso

también le había otorgado al rostro pálido y pecoso de Caitlin un toque de color.

—Piensa en todas las monjas que vivirían aquí en la Edad Media —suspiró extasiada—, mirando al otro lado del valle, deseando a los ancestros de Rupert Campbell-Black.

Lizzie decidió no estropear una idea tan romántica señalando que la casa de Rupert no había sido construida hasta el siglo XVII.

—Es una casa romántica, ¿verdad? —preguntó Caitlin, aún admirando Priory—. Seguro que a todos nos van a pasar cosas emocionantes en un lugar así, incluso a Tag.

—Seguro que sí —dijo Lizzie.

—Será mejor que me vaya —comentó Caitlin—. ¿Puedo ir a verte el próximo fin de semana que venga?

Lizzie volvió a casa como en una nube. Qué riqueza, qué tarde más fascinante. La perspectiva de tener nuevos amigos la emocionaba aquellos días casi más que tener nuevos novios cuando era joven. Todavía estaba rebosante de felicidad cuando James llegó a casa más tarde que de costumbre.

—¿Qué te ha parecido mi programa? —le preguntó.

Lizzie tuvo que confesar que se había olvidado de verlo porque había ido a casa de los O'Hara y se había estado tomando una copa.

—¿Ha dicho Declan algo sobre mí o el programa? —la interrogó James.

—No —respondió Lizzie.

—¿No les has contado que estás casada conmigo? —preguntó James, completamente escandalizado.

—Se me ha olvidado —replicó ella—. Lo siento mucho, de verdad, pero han ocurrido muchas cosas y los O'Hara son muy glamurosos.

9

Declan O'Hara tenía dos obsesiones en la vida: su trabajo y, por extraño que pareciera, en una profesión que tendía a considerar un matrimonio roto como la única cualificación esencial, su mujer.

Había crecido en una casita con techo de paja en una ladera verde de las montañas Wicklow, donde su padre se ganaba la vida con la tierra. Cuando Declan tenía diez años, su padre se rompió la espalda al caerse borracho de un tractor, por lo que ya no pudo hacer más trabajo pesado y la familia se mudó a Cork, la ciudad natal protestante de su madre. Allí, esta continuó criando a Declan y a sus tres hermanos mientras cogía trabajos interminables de limpiadora y de secretaria, aunque sus padres les echaban una mano de vez en cuando. La única alegría de su madre era Declan, que cumplió su promesa en el instituto y ganó una beca de Historia para estudiar en el Trinity de Dublín. Enseguida empezó a escribir poesía y obras de teatro, a trabajar como autónomo para *The Irish Times* y a enviar dinero a casa.

Una noche de su segundo año en el Trinity, acabó en el teatro viendo *El playboy del mundo occidental*. Maud, con su cabello rojo y sus increíbles ojos verdes, era la estrella de Dublín como Pegeen

Mike. Declan estuvo aturdido durante tres días seguidos, luego se sentó, escribió una obra de teatro en un mes para ella y la publicó. Impresionada por la obra, Maud le preguntó entre bastidores y se quedó todavía más impresionada por aquel chico de feroces ojos negros con un humor explosivo y talento para las palabras. El teatro representó la obra durante tres meses. Fue un éxito instantáneo y las críticas dijeron que Maud había estado más deslumbrante de lo habitual. A la sexta semana, se había quedado embarazada y se casó con Declan en cuanto se acabó la representación. Aunque él estaba atónito y lleno de dicha por que aquella criatura extraordinaria fuera suya, Declan pronto se dio cuenta de que no podría mantener a su mujer y a su hijo escribiendo obras de teatro, así que dejó su carrera académica y se buscó un trabajo a tiempo completo escribiendo perfiles para *The Irish Times*.

Hubo rumores de que Maud iba a volver a los escenarios cuando Patrick se hizo un poco mayor, pero entonces llegó Taggie y, más tarde, Caitlin. Siempre falto de liquidez, Declan se pasó a la televisión, donde pronto se convirtió en una estrella aunque su familia en Cork creyese que se estaba uniendo al circo. Contratado por la BBC de Londres, esa máquina de exprimir talento irlandés, al cabo de un año estaba escribiendo y presentando sus propios programas, y acabó con uno de entrevistas que no tardó en llegar a lo más alto de los índices de audiencias y se mantuvo allí durante dos años.

Porque Declan no era solo lo más natural que se había visto en televisión, sino que, al contrario que otros presentadores y tertulianos, nunca alardeaba ni hablaba de sí mismo, y siempre hacía los deberes. Conseguir figuras públicas, como resultado de su

interrogatorio tranquilo, comprensivo y tremendamente implacable, y revelar facetas de sus invitados que hasta entonces no se habían visto nunca dieron lugar a un espectáculo televisivo de lo más fascinante.

No obstante, estas revelaciones no siempre agradaban a la BBC, que se ponía nerviosa si un líder del Sinn Féin parecía demasiado atractivo o un político, demasiado disgustado. Conocido como el terror de Lime Grove por sus depresiones profundas y sus borracheras esporádicas, a Declan le sentaba fatal que sus superiores interfirieran. Al final, se acabó marchando porque los jefes, con una presión increíble por parte del ministro del Interior, le retiraron la entrevista con Ian Paisley, y porque Tony Baddingham le ofreció el triple de su salario y Declan no pudo ver otra forma de pagar sus impuestos ni de saldar su descubierto.

Tras pasar los primeros años de su infancia en Wicklow, Declan siempre había querido vivir en el campo. Creía firmemente que sería más barato que Londres, que tendría más tiempo para estar con su familia, sobre todo con Maud, y para terminar su biografía de Yeats.

Por su parte, Maud era vaga, ególatra y egoísta. Mataba el tiempo leyendo novelas y guiones, gastando dinero y charlando. Desempeñar un papel secundario, por otro lado, no era una tarea fácil. Cuando se casó con Declan, ella era la estrella, deseada por la mitad de la población masculina de Dublín y amante del director. Entonces, tuvo que ver cómo Declan ganaba fama internacional mientras su carrera se consumía poco a poco por el letargo y el terror al fracaso, con la excusa de que siempre estaba ocupada con los niños. En el fondo, Maud se moría de envidia del éxito de Declan, y la única razón por la que a él no se le había subido a la cabeza era

porque Maud no tenía interés en su carrera y siempre se estaba metiendo con él.

Había una atracción erótica muy fuerte entre los dos, pero incluso después de veintiún años, Declan seguía teniendo la impresión de que no se la había ganado. También se encontraba entre la espada y la pared. Con el objetivo de darle el gusto a Maud con sus excentricidades sin sentido, se veía obligado a trabajar a todas horas, lo que se traducía en que ella se aburría y gastaba más, y, para provocarlo, tonteaba con otros hombres. Otro motivo por el que Declan se había mudado al campo era porque uno de esos tonteos se le había ido de las manos el año anterior.

Una semana después de que los O'Hara se trasladasen a Priory, Declan comenzó a trabajar en Corinium. La noche previa no pegó ojo. Había pasado mucho tiempo desde febrero, cuando había aceptado el puesto, pero Maud se había puesto a gastar de inmediato, con la expectativa de las riquezas que estaban por venir, y acabó dando una fiesta de despedida descomunal en Fulham. A saber cómo iba a pagar eso o todos los planes que Maud tenía para redecorar la casa.

Sus amigos de la BBC no habían tardado en decirle que Tony Baddingham era un mierda y que sería mucho más difícil trabajar con la ITV, pues era mucho más reaccionaria y restrictiva que la BBC. Al final, le había dado pena marcharse de Irlanda y dejar la BBC, sobre todo porque los empleados se habían puesto en huelga cuando le cancelaron el programa con Paisley. Después le habían hecho una serie de fiestas de despedida desenfrenadas y lacrimógenas y le habían regalado entre todos el *Complete Oxford*

Dictionary of National Biography. Pero Declan se había alejado durante toda su vida de lo seguro, ese era su instinto.

Mientras estaba tumbado en la enorme cama doble, fumando un cigarrillo tras otro y viendo cómo se colaba el amanecer por las ventanas sin cortinas, Maud dormía a su lado a pierna suelta. Su cabello pelirrojo se extendía sobre la funda de almohada rosa, el edredón azul oscuro en su totalidad le envolvía las caderas y sus pechos caían de lado sobre una sábana bajera de color verde claro. Declan pensó que en su casa nunca había habido nada a juego.

Le apetecía hacer el amor con ella para mantener a raya el pánico y la tensión, pero era imposible que se despertase antes de las diez. Estaba tan obsesionada con dormir como lo estaba él con el trabajo. Tony le había dicho que se pasase a las once, pero como Declan sabía que la única forma de controlar el pánico era trabajar, decidió marcharse antes. Esperaba encontrarse una pila de recortes de Johnny Friedlander de Estados Unidos.

«Bendita sea Taggie», pensó cuando se puso la camisa de cuadros negra y verde perfectamente planchada. Grace, el ama de llaves que tampoco se levantaba antes de las diez, tenía la habilidad de quemar o arrancarle los botones a todo lo que tocaba.

Cuando entró en la cocina para coger las llaves del coche, Taggie bajaba las escaleras de atrás descalza, con ojeras y en camisón.

—Papá, no deberías estar levantado todavía.

—No podía dormir. He pensado que sería mejor irme.

—Pues desayuna algo o, por lo menos, tómate un café.

Cuando él negó con la cabeza, ella le dio un abrazo.

—Todo irá bien, ya verás. Recuerda que eres el mejor del mundo mundial.

Declan llegó al edificio de Corinium Television a las ocho menos cuarto, justo cuando el vigilante de seguridad nocturno estaba en el aparcamiento a punto de irse. Este, al ver un par de ojos que le resultaban algo conocidos mirándolo por la ventanilla entreabierta de un Mini lleno de porquería, alzó la barrera y, tras hacerle señas a Declan para que pasara, se centró de nuevo en la chica que aparecía en la página tres de *The Sun*.

Cuando Declan atravesó la puerta giratoria de la entrada a punto de vomitar de los nervios, se encontró el lugar casi desierto a excepción de una persona de la limpieza que estaba pasando la fregona con aire taciturno y de un joven con pantalones rosas que estaba arreglando unas rosas en el mostrador de mármol de la recepción.

Consciente de que todas las demás mujeres que trabajaban en el edificio estarían en sus casas lavándose el pelo, poniéndose su mejor traje y rociándose con perfume para la llegada de Declan, la recepcionista acababa de bajar a maquillaje para retocarse los ojos antes de que comenzara a llegar la horda a las nueve.

Por tanto, Declan aguardó unos minutos, admiró los premios enmarcados que había en la pared, que parecían pertenecer todos a Cameron Cook, y, acto seguido, como seguía sin haber nadie en recepción, cogió el ascensor hasta la quinta planta, donde acabó encontrando una máquina de café y un despacho con su nombre al final del pasillo. Era fantástico y tenía una moqueta azul gruesa, un escritorio inmenso con los cajones vacíos, dos archivadores también vacíos, un radiocasete, dos televisiones, un reproductor de vídeo y un ramo de rosas rojas enorme, que seguro que había llevado el chico de los pantalones rosas. La ventana tenía una vista espléndida

de los alrededores y de la vega, todavía blanca por el rocío. Pero aún más espléndido era que sobre la hoja de papel secante rosa había un montón de correspondencia, incluidos dos sobres gordos de correo aéreo. Se encendió un cigarrillo, se sentó ante el escritorio y se sumió de lleno enseguida en los recortes de Johnny Friedlander, que en su mayoría consistían en especulaciones y habladurías, pues Johnny no concedía entrevistas nunca.

La campana grande de la catedral de Cotchester había repicado tres veces para dar la hora cuando, de repente, una señora de mediana edad con la cara roja, que apestaba a Devon Violets y llevaba el pelo recogido con la permanente hecha, entró sin más en su despacho, dio un chillido de sorpresa inaudita y gritó de nuevo hacia el pasillo:

—Está aquí, lord B., está aquí.

Al instante, Tony Baddingham irrumpió en la habitación con la cara roja de ira.

—¿Dónde coño te habías metido?

Declan se reclinó en la silla.

—Llevo aquí sentado desde las ocho de la mañana.

—¿Y por qué cojones no se lo has dicho a nadie?

—Porque no había nadie a quien se lo pudiera decir.

Con un esfuerzo inmenso, Tony recobró la compostura y estrechó la mano de Declan.

—Bueno, pues bienvenido. Mira, tengo a la mayoría de la prensa nacional esperando fuera a que llegaras. Casi llamamos a la policía.

—Nos dijeron que habías salido de casa a las siete y media —dijo la señora que apestaba a Devon Violets, que resultó ser la secretaria

de Tony, la señora Madden—. Creíamos que a lo mejor habías tenido un accidente de coche.

—O que te lo habías pensado mejor —comentó Charles Fairburn, el jefe de Difusión Religiosa, contoneando los hombros y dándole un señor beso a Declan en las mejillas—. No seas malo con él el primer día, Tony. Los primeros días en la oficina son como los cumpleaños. Nadie puede ser malo contigo.

—Vete a la mierda, Charles —masculló Tony.

—Adiós, querido —dijo Charles, contoneándose de nuevo y casi chocándose con un lívido Cyril Peacock.

—Se están hartando, Tony. ¿Dónde coño se ha metido el muy estúpido?

—Ha estado aquí todo el tiempo —dijo Tony en tono borde—. Es que no habías mirado bien, Cyril. Típico de ti.

—Ah, hola, Declan. Bienvenido a Corinium —lo saludó Cyril, con la dentadura postiza castañeteándole por los nervios—. Qué bien que te hayamos encontrado. Todos te están esperando en el aparcamiento, asándose.

—Ajá. —Declan sacudió la cabeza, parecía dispuesto a rebelarse—. No tengo nada que decirles.

—Bueno, para empezar, a lo mejor quieres desmentir ese artículo de *The Guardian* que afirma que te has unido a Corinium para saldar tu descubierto y no por gusto —dijo Tony con una sonrisa gélida.

—Yo entrevisto a la gente, no soy el que concede las entrevistas —respondió Declan sin dar su brazo a torcer ni un ápice—. La prensa ya armó un gran revuelo cuando llegamos a Penscombe, hasta se pasó la noche entera vigilándonos y todo, joder.

Tony cambió de táctica.

—Será un subidón para todo el equipo —dijo con calma—. Lo único que queremos es que te hagas fotos llegando al aparcamiento en coche por primera vez y tomándote una copa de champán en la sala de juntas luego, y después todos podremos ponernos a trabajar.

Declan decidió de pronto que necesitaba una copa.

—De acuerdo, iré y cogeré mi coche.

—No puedes hacer eso. Te verán —repuso Tony—. Dale a Cyril tus llaves. Te lo traerá a la entrada y entonces podrás volver a llegar conduciendo.

—Es un Mini, está aparcado en la esquina del fondo —dijo Declan.

Cuando Declan condujo su Mini lleno de porquería hasta la plaza de aparcamiento que tenía su nombre, entre el Rolls Royce granate de Tony con el carnero plateado de Corinium en el capó y el Lotus verde de Cameron, no obtuvo ni una reacción por parte de la multitud de reporteros y cámaras. No obstante, al momento escuchó un golpe tremendo en el techo y bajó la ventanilla unos centímetros. Pudo ver una nariz puntiaguda y una boca depredadora.

—¿Sí? —preguntó.

—No puedes aparcar aquí, idiota —respondió una voz de mujer enfadada.

—¿Y por qué no?

—¿Acaso no sabes leer, estúpido? Esta plaza está reservada para Declan O'Hara.

—Ah, ¿sí? —dijo Declan en voz baja—. Pues entonces parece que estoy en el lugar correcto.

Cerró la ventanilla y se bajó del coche, cerniéndose sobre Cameron Cook, que emitió un jadeo y dio un paso atrás al reconocer al instante los rizos negros alborotados, los ojos oscuros taciturnos y

la cara familiar tan dañada como la costa irlandesa. La sorpresa hizo que se pusiera aún más borde.

—¿Dónde coño te habías metido? Deberías haber llegado a las once. Son casi y veinte.

—Estaba en mi despacho, gruñona. A nadie se le ha ocurrido mirar allí.

Se oyó un grito cuando la prensa reconoció a Declan y se abalanzó sobre él con las cámaras haciendo clic como posesos, disfrutando claramente del contraste entre la chatarra oxidada de Declan y el reluciente Rolls Royce de Tony. Desde todas las ventanas, las trabajadoras gritaban y vitoreaban de emoción con el cabello limpio suelto. Declan les sonrió y las saludó con la mano.

En el baño de caballeros, James bajó la persiana veneciana un poco y se alegró de ver lo viejo que parecía Declan y de que ni siquiera llevara traje ni corbata. Seguro que a Tony no le gustaba nada.

En el exterior, casi se produjo un altercado, ya que el equipo de cámaras de Corinium intentaba apartar a la prensa para poder entrar con sus propias cámaras y grabar la llegada de Declan para el boletín de noticias del mediodía.

Dentro del edificio, todo el mundo se abalanzaba para saludar a Declan. El pasillo estaba lleno de hadas de *El sueño de una noche de verano*, que regresaban de su pausa para el café de media mañana. Mientras Declan se abría paso entre ellas y les daba la mano, Bottom dejó de mirarse su propio ombligo para ver mejor. Al instante, Titania llegó como pudo al lado de Declan, con la corona torcida, y le dio dos besos en las mejillas.

—Qué bien que hayas llegado, cariño. Tenemos que comer un día esta semana. Dale un beso a Maud.

—Ojalá no hubiéramos empezado nunca esta puñetera producción —dijo Tony, apartando a más hadas del camino.

Por fortuna, no alargó mucho la conferencia de prensa.

—Estamos encantados de que Declan se haya unido a Corinium —declaró cuando a todo el mundo le habían dado una copa de champán—. Estamos seguros de que tiene mucho que aportar y también el tipo de talento brillante necesario para darle una nueva imagen a nuestra programación de actualidad.

Declan contuvo un bostezo.

—¿Por qué te has mudado, Declan? —preguntó una reportera muy joven de *The Cotchester Times*.

—Bueno, citando al doctor Johnson, aunque con inexactitud —dijo Declan—, no estábamos hartos de la vida, pero sí un poquito de Londres.

—Ese doctor Johnson —continuó la reportera muy seria— ¿es un médico privado?

«Se la va a cargar», pensó Cameron, aguardando el linchamiento, pero Declan soltó una carcajada sin más.

—No, se dedica a la sanidad pública, por supuesto —contestó.

En realidad, la conferencia de prensa fue agradable en sí misma en comparación con la reunión que tuvo lugar después en el despacho de Tony.

Cuando él, Declan y Cameron pasaron en tropel de largo por el diminuto antedespacho en el que Cyril Peacock esperaba, lívido y sudoroso, las represalias de Tony tras el desastre de la llegada de

Declan, encontraron a Simon Harris, el controlador de Programas, acechando con aprensión en el despacho de la señora Madden.

—Siento muchísimo no haber estado aquí cuando Declan ha llegado —dijo Simon, siguiendo a Tony a su despacho—. Fiona ha tenido que ir al hospital, así que me ha tocado a mí llevar a los niños al colegio.

—¿Y por qué no lo ha hecho la niñera? —espetó Tony.

—Se ha tenido que llevar a la bebé al centro de salud. —Simon se rascó el eccema sin pensar.

—Lo siento mucho. —Declan se volvió hacia Simon—. ¿Se encuentra bien tu mujer?

—Tiene esclerosis múltiple —respondió Simon con un gesto de impotencia—. Le van a hacer más pruebas.

—Lo siento mucho —volvió a decir Declan—. Coincidimos en la BBC. —Y le estrechó la mano.

La mano que agarraba sin fuerza la suya estaba húmeda y temblaba. «Madre mía, cómo ha envejecido», pensó Declan con consternación. Simon tenía un aspecto horroroso, una mirada de susto impropia en los ojos y los hombros de su traje gris cubiertos de caspa.

—Bueno, sentaos —soltó Tony irritado e hizo un gesto deliberado a Cameron y a Declan para que se acercasen al mullido sofá de cuero verde oscuro que abarcaba dos paredes de su inmenso despacho.

Simon Harris tuvo que conformarse con una silla dura de respaldo recto enfrente de Tony. A pesar del tamaño de la habitación, la plétora de televisiones, los reproductores de vídeo y las enormes plantas tropicales de color verde brillante, además del escritorio

descomunal de Tony y la gigantesca silla tallada, hacían que pareciera abarrotada. Un cuenco con orquídeas de color melocotón en la mesa de Tony y, pese al calor del día, una calefacción central puesta como si se tratara de una casa tropical del zoo, aumentaban la sensación de estar en una jungla. Declan esperaba que, de un momento a otro, saltase un leopardo desde el archivador. Como ya se había bebido un par de copas de champán, le apetecía seguir bebiendo, aunque quedaba al menos media hora para el almuerzo.

—Declan, después de comer —dijo Tony—, te dejaré con Cameron, pero quería estar al principio de la reunión.

Declan contempló a Cameron, que llevaba una camiseta sin mangas de color naranja y una falda de cuero negra corta. Tenía el pelo engominado hacia atrás y los ojos con una mirada feroz. Declan pensó que parecía un buitre que se hubiera pasado la mañana en el salón de peluquería de Vidal Sasson. Aborrecía las reuniones; quería volver a sus recortes de Johnny Friedlander.

Cabreada porque la había hecho parecer una estúpida en el aparcamiento, Cameron estaba decidida a recuperar la batuta y fue directa al grano:

—Mi objetivo es que tu programa tenga más chispa —explicó—. Hemos escogido varias posibles sintonías de apertura. Una vez que hayamos elegido la buena, podremos grabar un disco, que debería ir directo a lo más alto de las listas y conseguir un buen margen de beneficios para Corinium. Pero debemos grabarlo de inmediato. ¿Quieres escucharlas esta tarde?

Los ojos de Declan, quien tenía la costumbre de observar siempre la cara de la persona con la que hablaba, parecieron oscurecerse.

—Ya sé la canción que quiero —dijo con rotundidad—. La apertura del primer movimiento de la *Quinta Sinfonía* de Schubert.

—Demasiado sofisticado.

—El programa es sofisticado. Es una buena canción y es de dominio público, por lo que no tendremos que pagar por los derechos. Bastará con grabar una versión al estilo *jazz* y pagar al arreglista.

—¿Me lo estás diciendo en serio? —explotó Cameron—. Esto no es la puñetera Radio 3.

—No —coincidió Declan—, pero es lo que quiero, así que eso es lo que vamos a hacer.

Cameron estaba que echaba humo, pero, como no quería quedar mal delante de Tony y de Simon, cambió a una táctica que, sin duda, le habría funcionado con James Vereker.

—La queja sobre tus programas es siempre la misma.

—¿A qué te refieres? —preguntó Declan en voz baja.

—Los telespectadores no ven mucho de ti. Queremos mostrarte más en las entrevistas, por eso hemos diseñado un plató estupendo con estanterías de libros y algunos cuadros bonitos de arte abstracto, además de un sofá verde jade.

—No —la interrumpió Declan con voz cortante—. Solo entrevisto a la gente cara a cara.

—La televisión de confrontación está un poco pasada de moda —se burló Cameron.

Simon Harris abrió la boca para protestar, pero la volvió a cerrar.

—No pienso utilizar un sofá —declaró Declan con firmeza.

—Bueno, ya discutiremos eso más tarde —respondió Cameron.

—No. Lo decidiremos ahora. Quiero dos sillas Charles Rennie Mackintosh, una frente a la otra y separadas unos dos metros sobre tarimas circulares de color azul grisáceo claro.

—¿Azul grisáceo? —chilló Cameron.

—Así es —contestó Declan con rotundidad—. De este modo, se elevan como islas sobre un suelo brillante azul oscuro. Luego, el azul oscuro sube por el fondo del ciclorama hasta un horizonte blanco sin límites.

—¡Menuda locura! —Indignada, Cameron se giró hacia Tony en busca de ayuda—. ¿Y a ti qué te parece?

Pero Tony estaba haciendo números tranquilamente.

—Es el programa de Declan —respondió con tacto—. A estas alturas, ya sabe cómo sacar lo mejor de las personas.

—¿Y cómo lo va a saber si no prueba con un sofá?

—El sofá hace que parezca un programa de tertulia cualquiera —murmuró Simon.

—Nadie ha pedido tu opinión, imbécil —siseó Cameron.

«No es un buitre, es un halcón», decidió Declan. Prefiere que sus víctimas estén vivas. Se la podía imaginar de caza por la ladera, escudriñando el terreno en busca de presas o lanzándose a toda velocidad hacia un claro en el bosque y dispersando a los aterrorizados pajaritos.

Cameron cuadró los hombros y se volvió hacia Declan.

—Y vamos a suprimir la introducción —continuó—. Queremos que hables a cámara durante dos o tres minutos sobre el invitado para sustituir esas tristes imágenes y vídeos con voz en *off*.

—El objetivo de esas tristes imágenes y vídeos con voz en *off* —replicó Declan con un tono tranquilo que rayaba lo peligroso— es

que los telespectadores se centren en el invitado y pillen el tono de la entrevista. Ya me siento bastante tenso sin tener que ir de aquí para allá siguiendo el discurso del *teleprompter*. De esta forma, me puedo concentrar en las primeras preguntas.

—En eso discrepo —apuntó Tony, dejando a un lado su estilográfica roja—. El caso es, Declan, que tienes una presencia increíble. Los telespectadores quieren verte a ti. Deberías abrir el programa hablando a cámara con un traje acorde para la ocasión —añadió, alzando una ceja a modo de desaprobación ante la cazadora de cuero raída de Declan, su camisa a cuadros y los vaqueros viejos —. Ya se encargará Cameron de que te relajes y estés menos tenso.

Declan miró con los ojos entrecerrados a Cameron, que estaba paseándose alrededor de los ficus para quemar calorías. No era de extrañar que estuviera tan delgada.

—¿Cameron? —preguntó Declan con un tono incrédulo—. ¿Ella va a hacer que me relaje?

—Debemos diferenciarnos de la BBC —espetó Cameron—. De lo contrario, estaremos sirviendo la misma mierda de siempre.

—De todos modos, tenemos tres semanas para darle vueltas a la idea —dijo Tony— y para que te animes, Declan. Me consta que Cameron se lo ha pasado en grande pensando en gente para que la entrevistes.

—Hemos comprobado que todos estén disponibles —añadió Cameron.

—Pues ya puedes descomprobarlo —dijo Declan con tono cortante —. Yo decidiré a quién voy a entrevistar.

Cameron se detuvo de pronto y lo miró.

—No serán lo bastante interesantes.

Declan los dejó a los tres pasmados. Según anunció, pensaba empezar el 21 de septiembre con Johnny Friedlander y seguir con Jackie Kennedy la siguiente semana.

Frenética ahora por mantener su postura, Cameron masculló que Jackie Kennedy se limitaría a parlotear sobre su aburrido trabajo de editora.

—Seguro —coincidió Declan—, pero también hablará de sus matrimonios y de su vida como mujer soltera en Nueva York.

—Seguro que las dos tenéis mucho en común, Cameron —comentó Tony con maldad.

Cameron lo ignoró, pero un músculo comenzó a latirle en la mejilla.

—¿No va a salirse del presupuesto traerla en avión? —preguntó.

Declan se relajó de pronto y le dedicó a Cameron su malvada sonrisa de colegial de dientes separados.

—Viene de visita a mi casa y lo más probable es que se quede con nosotros —explicó.

«Quince a cero para Declan», pensó Simon Harris complacido. Después, se llevó el juego y el primer set cuando Declan anunció que durante las semanas siguientes entrevistaría al ministro de Asuntos Exteriores francés, que estaba en mitad de un escándalo sexual de lo más sórdido, a Mick Jagger y a la más polémica de las princesas reales.

Esforzándose por lanzar una ofensiva, Cameron dijo que había dado con un par de investigadores muy buenos y que les ordenaría que se pusieran de inmediato con Johnny Friedlander y con Jackie Kennedy.

Hubo una pausa larga. Muy despacio, Declan sacó un cigarrillo, lo encendió, le dio una buena calada y evitó por muy poco echarle el humo a Cameron en la cara.

—Yo mismo me encargo de las investigaciones —dijo con tranquilidad.

—¡Por el amor de Dios! —gritó Cameron—. ¡No puedes encargarte de este tipo de cosas tú solo!

—Lo llevo haciendo diez años. Para bien o para mal, no habéis comprado mi cara, sino mi visión, lo que puedo sacar de las personas.

—Se trata de trabajar en equipo —siseó Cameron.

—Vale —respondió Declan con tono amable—. Pues entonces sugiero que pongas a tus investigadores a buscar imágenes y vídeos buenos.

—Ya tenemos un repositorio fantástico —comentó Simon, acariciándose la barba.

—¡Cállate! —chilló Cameron.

Tony estaba introduciendo de forma lasciva un dedo en las orquídeas de color melocotón. Declan le echó un vistazo y trató de evaluar la expresión que tenía en el rostro. Pensó con un escalofrío que estaba disfrutando, que le excitaba ver a esa mujer machacar a la gente.

Al darse cuenta de la expresión de desaprobación de Declan, Tony miró su reloj.

—Ha sido un intercambio de opiniones muy estimulante —dijo, poniéndose de pie—, pero yo, por mi parte, necesito comer. —Entonces, ignorando a propósito a Simon, añadió—: Cameron y yo tenemos una reserva en un pequeño restaurante francés a un par de

kilómetros de Cotchester. Nos gustaría que te unieras a nosotros, Declan, y así podremos continuar con…, eh…, el debate. —Y le dedicó una amplia sonrisa.

Declan no se la devolvió.

—Gracias, pero voy a almorzar con Charles Fairburn. Trabajábamos juntos en la BBC —añadió, como para amortiguar el rechazo.

Tony estuvo a punto de ordenarle a Declan que lo cancelase, pero luego decidió que tendría un montón de ocasiones para mostrar su mano más dura. Además, el choque de voluntades le había puesto tan cachondo que se moría de ganas de llevarse a Cameron a Hamilton Terrace para echar un polvo rápido.

—¿Qué planes tienes para esta tarde? —le preguntó Cameron a Declan de mal humor.

—Irme a casa —contestó Declan—. Tengo los recortes de Johnny Friedlander y todos mis libros de consulta allí.

—Confío en que hagas la mayor parte de la investigación en el edificio y que nos informes con regularidad a Tony y a mí —dijo—. Trabajaremos en equipo, ¿vale? Queremos estar bien informados en todo momento. Siempre hay meteduras de pata en Corinium cuando nadie sabe lo que están haciendo los demás.

Cuando Cameron se dejó caer de nuevo en el sofá de cuero verde, Declan se levantó de pronto, como si no aguantara estar en el mismo asiento que ella. Desde las profundidades del sofá, a Cameron le pareció que casi tocaba el techo, sus enormes hombros de jugador de rugby tapaban la luz y tenía la cara sombría e inflexible. Nunca se habría imaginado que tendría tanta confianza en sí mismo.

—Necesito hacerlo solo —dijo, dirigiéndose únicamente a ella—. Es la única manera en la que trabajo.

—Yo soy la que va a producir el programa —repuso ella furiosa.

—Sí, pero es mi programa el que vas a producir.

Por un momento, se miraron el uno al otro y, entonces, un golpe en la puerta los hizo sobresaltarse. La cara roja y radiante de Charles Fairburn apareció por ella, como el sol naciente.

—¿Habéis acabado, caris? —dijo con alegría—. Porque he venido para llevarme a Declan a comer.

Almorzaron en un restaurante muy rosa y blanco de High Street. Unos camareros muy guapos con jerséis rosas y pajaritas a rayas rosas y blancas se acercaron a Charles.

—Tenemos la mesa de siempre —dijeron, conduciéndolos a los dos a un rincón oscuro.

—Buenos chicos —replicó Charles—. Sabéis lo que detesto las ventanas, resaltan mis venas rojas. Ahora, poned vuestros culitos en marcha y traedme un martini seco de escándalo, y a mi amigo aquí presente le gustaría… ¿Sigues bebiendo whisky, Declan?

—¿Así de mal está la cosa? —preguntó Declan tres minutos después, cuando Charles se bebió de un trago su martini seco y le pidió al camarero otro.

—A ver, no quiero criticar a la empresa en tu primer día, querido, pero las cosas están un poco tensas.

—Por Cameron Cook —dijo Declan, partiendo su panecillo con saña.

—La has calado bien.

—¿Cuál es su posición en la empresa?

—Normalmente, en horizontal. Es el bomboncito de Tony. Oficialmente, es la jefa de Ficción, lo cual es muy apropiado teniendo en cuenta las escenitas que monta, pero también está metida de lleno en todos los fregados. Así es como convenció a Tony para que la dejase producir tu programa.

—Simon Harris ha envejecido veinte años. Antes era un niño prodigio.

—Pues de niño no tiene un pelo y lo tienen cogido por los huevos. Lleva desde que llegó Cameron a punto de tener un ataque de nervios. Por desgracia, no puede irse, porque tiene una segunda hipoteca que pagar, una mujer enferma, tres niños pequeños y dos a los que mantener de su primer matrimonio.

—Menuda carga.

—Hace que uno se sienta como Midas en comparación, ¿eh?

—No especialmente —respondió Declan acordándose de sus impuestos.

—Bueno, como seguro que habrás podido comprobar, Cameron tiene a Simon más tieso que un palo, y cada vez que él u otra persona se queja de su conducta, va corriendo a decírselo a Tony. La comida aquí está deliciosa —continuó Charles, sonriendo hacia el camarero guapo—. Tomaré hígado con mermelada y ensalada de achicoria roja. Gracias, lindo.

Declan, a quien le gustaba la comida simple, pidió filete, patatas y judías verdes.

—Y queremos una botella del número 32, y tráenos otro whisky y otro martini seco, ya que estás —dijo Charles—. ¿Verdad que tiene una carita adorable? —añadió bajando la voz.

Sin embargo, en cuanto el camarero desapareció hacia la barra, Charles volvió al tema de Corinium:

—Toda la plantilla está en estado de rebelión. Les han negado un aumento de sueldo y se ven obligados a hacer programas superaburridos para mantener la franquicia. El inaguantable *Resumen de Cotswold* de James Vereker no es más que una mamada para los concejales locales y los amiguetes empresarios de Tony; y el único motivo por el que *El sueño de una noche de verano* se está retrasando tanto es porque no se puede conseguir un carpintero para construir el decorado; cuando no están todos en Falconry haciendo una piscina cubierta y un invernadero para Tony, están instalando una estación de musculación y un *jacuzzi* para Cameron.

Declan esbozó una sonrisa. Recordaba de su época en la BBC que Charles siempre había tenido la habilidad de hacer que las cosas parecieran menos terribles de lo que eran.

—Además —añadió Charles mientras se bebía su tercer martini seco y le hacía una seña al camarero guapo para que le sirviera el vino de Burdeos—, no es que la plantilla esté muy contenta tampoco con el sueldo que te están pagando, porque sí, todos se leyeron el artículo de *The Guardian* de ayer para sorprender a la IBA. El increíble Georgie Baines, el director de Ventas, cuyo trabajo se le da de fábula, por cierto, y cuyos gastos son aún mayores que los míos, ha ido directamente a Tony a pedirle un aumento. Tony se ha negado, claro está. Le ha dicho que te pagaban el precio de mercado, pero Georgie le ha gritado que según el mercado del que hablasen y se ha largado hecho una furia. Gracias, lindo —añadió

cuando el camarero colocó con reverencia un plato de hígado ante él.

Declan apagó el cigarrillo. De pronto, se le había quitado el apetito que tenía.

—El caso —prosiguió Charles, poniéndose contento a medida que los martinis comenzaban a hacer efecto— es que al personal le gustas como concepto, Declan. Madre mía, este hígado es pura ambrosía. Les he dicho que eres un cacho de pan.

—Gracias —contestó Declan inexpresivo.

—Admiran tu trabajo, y están deseando ver explotar de rabia a la señorita Cook cuando te pelees con ella.

—Ya lo he hecho —respondió Declan, viendo cómo le salía la sangre al filete cuando le clavó el cuchillo—. Háblame de Tony.

—Es un cabroncete, pero es complicado. Uno nunca sabe por dónde va a salir. Su filosofía es ridiculizar y controlar a la gente; tiene espías por todas partes, así que nos espiamos los unos a los otros. Pero también puede ser inquietantemente encantador cuando le conviene, porque, claro, como se comporta como un hijo de puta la mayor parte del tiempo, cuando es simpático es como un dentista que para de perforar un nervio sin anestesia.

—¿Cuál es la mejor manera de manejarlo?

—Pues dice que le gusta la gente que no se calla, como hace Cameron; pero, por desgracia, tras una bronca, ni tú ni yo podemos hacer las paces con él en la cama, que es donde apostaría que están él y Cameron ahora mismo. Las cosas eran mucho más tranquilas cuando estaba todo el rato en Londres, pero la llamada de atención de la IBA para que pasara más tiempo en la zona prácticamente coincidió con su enamoramiento con la señorita Cook, si es que se le

puede llamar así, de modo que ahora se pasa mucho por aquí a dar por saco la mayor parte del tiempo.

De repente, Charles tenía un aspecto contrito.

—No estás comiendo nada, querido. ¿Te he disgustado?

—Sí, pero prefiero hacerme una idea general.

—Me han recortado tanto el presupuesto —dijo Charles, pinchando una patata de Declan— que pienso entrevistar en el epílogo de esta noche a dos maniquíes con collares de perro. Seguro que nadie se da cuenta.

—¿Tony va a dejar a Monica?

—Lo dudo. Cualquier escándalo, incluso un artículo en *Private Eye*, es lo último que quiere con la franquicia a la vuelta de la esquina. La lástima es, Yago, que la señorita Cook es muy buena en lo suyo, una vez que asumes que siempre tienes que estar disponible. He sido su acompañante en alguna cena, cuando tenía que llevar a un hombre y no quería despertar la ira de Tony. Y puede ser muy divertida cuando se olvida de sus inseguridades. Si tuviera a alguien que le bajara los humos de verdad, no habría quien la parara.

—No me parece que haya muchas cosas que la paren ahora —replicó Declan con aire sombrío.

—Si consigue un puesto en la junta, estaremos en un buen lío —comentó Charles, pinchando otra patata—. Pero tenemos grandes esperanzas de que tú le bajes los humos, Declan. Ahora, vamos a pedir otra botella para que me cuentes cómo lleva la pobre de Maud el aburrimiento y qué tal está el encantador de tu hijo.

En Corinium, James Vereker le hacía un dedo con una mano a la secretaria más guapa de la redacción mientras que con la otra releía

el correo del día de sus fans para consolarse.

—La verdad es que Tony podría haber tenido la decencia de presentarme a Declan —dijo con petulancia.

10

Quince días después de que Declan comenzara en Corinium, su hija pequeña, Caitlin, se marchó a su nuevo internado en Oxfordshire, y su hija mayor, Taggie, se puso en ridículo al ser el único miembro de la familia que lloró.

La última semana de Caitlin en casa coincidió con que su madre descubrió las novelas de P. D. James. Por ello, Maud se pasaba los días acurrucada en el sofá del salón con un libro suyo encima de un montón de camisetas de deporte, pantalones cortos y ropa interior azul marino. Cuando alguien entraba en la habitación, tapaba corriendo el libro con la ropa y fingía que le estaba cosiendo las cintas con los nombres. Esa misma semana, Grace, el ama de llaves, descubrió el pub local.

Además de ordenar la casa y darles de comer a todos, aparte de lidiar con Grace y sus quejas por el silencio incesante y los fantasmas imaginarios y tener que arrastrar los cubos de basura hasta el final de un largo camino, la tarea de hacer que Caitlin lo tuviera todo dispuesto para el internado recayó en Taggie.

No fue solo prepararle comida, comprarle palos de *lacrosse*, bolsas para la lavandería y la *Nueva Biblia Inglesa* (que Declan tiró por la ventana porque era una abominación literaria y tuvo que recoger de

un rosal) y guardarle las cosas en baúles lo que agotó a Taggie. Lo peor de todo fue correr de tienda en tienda en Gloucester, Cheltenham, Cotchester, Stroud y, por último, Bath intentando encontrar zapatos informales y un vestido de lana para la capilla que Caitlin no pensara que era horrendo y el colegio, muy inapropiado.

Caitlin se pasó la mañana de su partida despegando estrellas brillantes del techo de su dormitorio y pegando fotos enormes de la perra Gertrude, del gato Aengus el errante y de Rupert Campbell-Black y otras más pequeñas de la familia en un álbum de fotos, además de vestirse para el colegio. El primer día de regreso, se les permitía a las chicas llevar la ropa de casa. Estuvo lista alrededor de las dos.

—¿Vas a hacer una audición para *Esperando a Godot*? —le preguntó Declan mientras ella entraba con unos vaqueros rotos y un jersey de punto azul oscuro y viejo que había sacado de la cesta de Gertrude.

A las dos y media ya habían cargado el coche. Solo entonces, Maud decidió lavarse el pelo y arreglarse para impresionar a los demás padres. Salieron al fin a las cuatro, hora en la que Caitlin se puso de los nervios porque iban a llegar tarde.

—Adiós, mi amante demoniaco —gritó, tirándole un beso a la casa de Rupert Campbell-Black mientras el Mini oxidado descendía tambaleante hasta la carretera—. Mantente en hielo hasta que vuelva a casa.

Nadie habló durante el viaje. Declan, que tendría su primera entrevista al cabo de una semana, no podía pensar en nada más que en Johnny Friedlander. Maud estaba sumida en los libros de P. D. James. Taggie y Caitlin iban en los asientos traseros bajo un montón

de palos de *lacrosse*, radios, documentos, osos de peluche y con el baúl como un ataúd detrás de ellas.

Después de tres cuartos de hora, llegaron a los túneles sinuosos y frondosos de Oxfordshire, y allí, arriba de la colina rodeada de un batallón de pinos, se encontraban los muros de ladrillo rojo de Upland House, el nuevo colegio de Caitlin.

—Mi cabeza tiene que llenarse de los pensamientos de la noble Enid Blyton sobre camaradería —refunfuñó Caitlin para sí misma mientras los adelantaban BMW y Volvos relucientes que llevaban a otras chicas y sus pertenencias, pero en lo único en lo que ella podía pensar era en la vergüenza que le daría aparecer con unos padres tan famosos en un coche tan destartalado.

Como llegaron muy tarde, ya se habían ocupado todas las camas cercanas a la ventana en el dormitorio de Caitlin, y tuvo que contentarse con una al lado de la puerta, lo que significaba que sería la primera en ser pillada leyendo con la linterna enorme que su madre le había dado como regalo de vuelta al cole.

Mientras Taggie, con los dedos aún doloridos de coser las cintas con los nombres, deshacía el baúl, Maud se paseaba esparciendo su aroma y siendo admirada por los padres con los que se cruzaba. Declan se sentó en la cama de Caitlin mirando sombrío todos esos cubos de cristal llenos de fotos de labradores negros, ponis y madres de apellidos compuestos que parecían veinte años más jóvenes que las chicas que había en la residencia. Se preguntó si se habría equivocado al dejar que Maud lo convenciera de mandar a Caitlin fuera.

También pensó en lo increíblemente elegantes que parecían las otras muchachas de catorce años, paseándose con sus bronceados y

sus cabellos rubios enmarañados, y en lo cachondo que se habría puesto Johnny Friedlander con ellas debido a su afición por las chicas menores de edad.

Cuando se marcharon, con todas las jóvenes mirando a escondidas por la ventana para poder ver a Declan, Maud perdió la simpatía de la directora del internado al gritar:

—No te preocupes, Caitlin, cariño, siempre puedes volver a casa si no te gusta.

—Adiós, Tag —se despidió Caitlin alegre—. No llores, cielo. Estaré bien. Estate atenta a Rupert. No miraré cómo os marcháis. Da mala suerte.

—Estará bien, cariño —dijo Declan volviéndose hacia atrás y dándole unas palmaditas en los hombros agitados a Taggie, hasta que tuvo que poner las dos manos en el volante para pasar otra vez por los túneles frondosos y se volvió a perder en sus pensamientos.

—No seas tonta, Taggie —soltó Maud enfadada—. Yo soy la madre de Caitlin. Soy yo a la que más le importa dejar a mi querida niña, pero soy capaz de controlarme. —Y volvió a ponerse a leer a P. D. James.

Esa noche, al irse a la cama, Taggie se sintió aún peor. En el dormitorio de Caitlin, se encontró una polilla golpeándose contra el cristal de una de las ventanas y la aguja del tocadiscos clavada en medio de un disco de Wham, y se dio cuenta de que ya no habría nadie para quien dejar la luz encendida del pasillo para ahuyentar a los fantasmas y a los trasgos.

Arriba, en su dormitorio, que se encontraba en uno de los torreones y era como dormir en la copa de un árbol y que además crujía, tenía filtraciones y cedía por los fuertes vientos como un

barco viejo, miró al otro lado del valle y vio al fin una luz en la casa de Rupert. Caitlin se habría emocionado muchísimo.

—Dios, por favor —rezó—, cuídala y no dejes que el internado acabe con su naturaleza alegre y encantadora.

Los hijos de los O'Hara, como se habían criado con muchas empleadas domésticas y sus padres solían desatenderlos, estaban muy unidos.

Taggie, en concreto, nunca había gozado de una buena relación con su madre, a quien adoraba, pero que la intimidaba. Como nació diez días después de la fecha prevista, Taggie fue una bebé muy grande. El parto duró tanto y fue tan agonizante que Maud casi se muere. Declan, loco de preocupación, le agradeció a Dios ser protestante y no tener que enfrentarse a la dolorosa preferencia católica de salvar al bebé antes que a la madre. Ambas sobrevivieron, pero los médicos llegaron luego a la conclusión de que la dislexia de Taggie podría deberse a un ligero daño cerebral que habría sufrido al nacer.

Maud, destrozada y debilitada, nunca trató a Taggie de la misma forma que a Patrick, que había sido un parto muy fácil. De pequeña, Taggie se desarrolló con normalidad, excepto por el hecho de que comenzó a andar y a hablar muy tarde, e incluso a los cuatro años solo era capaz de pronunciar monosílabos y parecía que hablaba japonés.

En el colegio de Dublín, el personal, que aguardaba con ansia otra alumna tan deslumbrante como Patrick, se decepcionó al ver que Taggie no podía leer ni escribir. También era muy torpe y no sabía vestirse sola, se ponía los zapatos en el pie contrario, la ropa al revés, se abrochaba mal los botones y no podía atarse los cordones.

Como no sabía la hora y no tenía sentido de la orientación, siempre acababa confundiéndose de clase y llevando los libros equivocados, y como era tan alta, la gente asumía automáticamente que era mayor de lo que era y la rechazaban por ser aún más vaga y estúpida.

Patrick, que era dos años y medio mayor, siempre la estaba defendiendo, pero no podía ayudarla en clase, donde los otros niños se metían con ella y los profesores le gritaban, ni durante esas agonizantes sesiones en casa en las que Maud perdía los nervios y gritaba, pero al final se aburría tanto que terminaba ella misma haciéndole los deberes a Taggie.

Patrick nunca olvidaría esos deberes, manchados de lágrimas de frustración, sudor por el esfuerzo y, más tarde, llenos de palabras y tachones en rojo de los profesores.

La detección temprana de la dislexia y la educación especial pueden servir de ayuda para que un niño mejore rápidamente o alcance el nivel de la clase. Taggie fue abandonada a su suerte, lo que hizo que perdiera confianza, hasta que a los once años fue a Inglaterra con la familia y casi la metieron en un colegio para niños con dificultades de aprendizaje.

Al final, Patrick consiguió una beca en Westminster sin problema y, al conocer a un amigo allí con una hermana mayor con dislexia, convenció a sus padres para que un psicólogo le hiciera las pruebas a Taggie. Este le diagnosticó dislexia severa y les aconsejó que la metieran de inmediato en un colegio especial.

Maud ahora tenía incluso más sentimientos encontrados con respecto a Taggie. Nunca le había contado a nadie lo que el psicólogo le había dicho en aquella breve y amarga conversación

tras haber visto a Taggie, ni nunca admitiría que se sintió tremendamente culpable por no haber buscado ayuda antes para los problemas de la niña.

Y tampoco habría forma, una vez que le diagnosticaron la enfermedad, de que Maud tuviera paciencia y mantuviera la rutina de pasar todas las tardes ayudando a Taggie a leer y a aprender el abecedario. Declan siempre estaba demasiado ocupado, al igual que Patrick y luego Caitlin, que acudió en su ayuda.

Tras cinco años de enseñanza especializada, hubo mejoras sustanciales. A los dieciséis, Taggie escribió su primera redacción. Todavía no se sentía segura con el orden de las letras, pero, aun así, leía despacio y con vacilación, siguiendo el texto con el dedo. Nunca había llegado a dominar el escribir letras juntas, y mucho menos la puntuación, que para ella era como un libro cerrado. Su ortografía era atroz y todavía no distinguía la izquierda de la derecha de forma automática, sino que tenía que recordarse en la cocina de Fulham con Patrick diciendo: «La ventana está a la derecha, Tag, y los fogones, a la izquierda».

Y seguía tardando muchísimo en escribir cartas o recetas, y cuando se mudaron a Priory, tardó mucho tiempo más que los otros en orientarse por todas las habitaciones. También comprobaba siempre dos veces los números de teléfono y le pedía a la gente que los repitiera desde aquel día de pesadilla en el que uno de los amantes de Maud la llamó desde Estados Unidos y pidió que Maud le devolviera la llamada. Taggie anotó el número mal y él nunca volvió a llamar. Algunas veces, cuando se emborrachaba, Maud sacaba a colación el tema de cómo Taggie había hecho que perdiera al gran amor de su vida.

No obstante, en sus últimos años en el colegio, aunque solo aprobó los exámenes de cocina y costura, se marchó con un informe final excelente: «Taggie es una chica encantadora. Amable, trabajadora y responsable. Se merece que todo le vaya genial en la vida», escribió su directora.

Le ofrecieron entrar en una escuela de catering, pero ella prefirió aprender de la manera difícil y se metió a trabajar en un restaurante que pertenecía a un amigo de su padre. Después de dos años, coincidiendo con la mudanza de la familia a Penscombe, él le dijo con pesar que, aunque haría lo que fuera para que se quedara, ya no había nada más que pudiera enseñarle.

Él decía que Taggie cocinaba por instinto, por pizcas: una pizca de esto por aquí, una pizca de esto por allá. Le contó a Declan que, con una buena dosis de autoconfianza, Taggie podría llegar a ser otra Escoffier.

Estaba inspirada y anhelaba emprender su propio negocio de cocina. Debía de haber cientos de personas en Gloucestershire que necesitaran a alguien para sus cenas o para que les llenara los congeladores en Navidad o al principio de las vacaciones escolares. Sin embargo, había pasado muchísimo tiempo cuidando de la familia últimamente o llorando hasta quedarse dormida por las noches por Ralphie Henriques. Quizá ahora que Caitlin se había marchado y que Patrick estaba de camino al Trinity, aunque antes iba a pasar tres semanas en Francia, podría ponerse manos a la obra.

A la mañana siguiente, Taggie seguía bastante desanimada. Echaba de menos a Caitlin y sus mordaces ocurrencias, el correo de la mañana no había llevado ninguna carta de Ralphie y, cuando Patrick

llamó desde Francia, donde se estaba quedando con la familia de Ralphie, para avisar de que había llegado bien, ni lo mencionó. Cuando Taggie al fin reunió las fuerzas para preguntarle cómo estaba, Patrick le contestó que bien.

—Haciendo mucho esquí acuático y bebiendo, pero, de verdad, cielo, creo que es mejor que dejes de hacerte ilusiones y busques a algún granjero de Gloucestershire que sea buena gente y tenga las mejillas sonrosadas.

Taggie estaba quejándose de que no quería un granjero de Gloucestershire cuando Maud entró, cabreada por que no la hubiera avisado de que su querido Patrick estuviera al teléfono, y se apoderó del aparato.

Como las alternativas de esa tarde eran recoger manzanas, hacer *chutney* de tomate verde o cabrear a Maud, Taggie decidió sacar a Gertrude de paseo y explorar el pueblo. En un intento de combatir su dislexia, trataba de aprender una palabra nueva todos los días y usarla. La de ese día era abominable. De seguro, no había nada abominable en Penscombe esa tarde: el viento que la noche anterior sacudía el torreón en el que se encontraba su dormitorio se había calmado, y las casas de campo estilo Beatrix Potter, cubiertas de clemátides moradas con un tacto aterciopelado, se veían blancas a la luz de la tarde. Una pandilla de malotes en moto al lado del monumento a los caídos en la guerra se quedaron mirando a Taggie con gran interés. Un granjero amable que vivía valle abajo le preguntó cómo le iba todo y le dijo que su familia y ella deberían ir a cenar cuando las noches empezaran a ser más largas. En la tienda del pueblo, la señora Banks le dio un hueso de cordero para Gertrude y el nuevo número de la *TV Times* con una foto de Declan

en la portada, y una anciana con un galgo azul se detuvo fuera y le recomendó encarecidamente que cuidara de los tejones que vivían en madrigueras en la parte alta del bosque de Priory.

Más animada por la amabilidad de todo el mundo, Taggie volvió a casa. Pudo sentir el calor de la carretera en sus alpargatas, los vilanos flotando a la deriva y el cielo de un azul brillante, excepto por un par de nubes violetas que se atisbaban en el horizonte. Ojalá Ralphie estuviera allí tomándola de la mano. Bajando por el camino de tejos, acebos y laureles, que casi ocultaban Priory del camino principal, recordó su promesa de mantener vigilado a Rupert. Echó un vistazo al otro lado del valle y entonces soltó un grito ahogado horrorizada cuando vio la gran nube de humo marrón que se alzaba hacia el cielo y se dio cuenta de que dos de los campos de Rupert en el lado opuesto de la casa estaban en llamas.

Echó a correr por el camino hasta Priory, se precipitó hasta la cocina y desenterró la guía telefónica de Gloucestershire. Madre mía, tenía que tranquilizarse. Cuando entraba en pánico, no podía leer bien y hasta tenía más dificultad con las letras.

Callan, Calvay, Cam Auto Repairs, Camamile…, con una lentitud agonizante, deslizó el dedo por la columna. Había dos Campbell, uno en Gloucester y otro en Nailsworth, y luego la lista se fue a Cambridge y Campden. No había ningún Campbell-Black. Rupert no debía de aparecer en la guía, como su padre.

Fuera de la ventana, se veían grandes nubes de humo saliendo de los campos al rojo vivo de Rupert, con las llamas acercándose cada vez más a la casa. Taggie marcó el 999. El hombre que le contestó al teléfono le dijo que todos los camiones de bomberos estaban fuera, pero que llamarían a los de Cotchester.

—No te preocupes, cariño, conseguiremos uno lo antes posible.

De todas formas, Taggie pensó que sería mejor ir corriendo a avisar a Rupert. Puede que no fuera capaz de ver el fuego desde la casa, aunque seguro que podía olerlo. Si uno de los caballos se quedara atrapado en los establos, sería horrible…

Corrió por el pasto con Gertrude, se metió en el bosque de hayas, dándose patadas en el culo casi todo el camino, y cruzó la vega; después atravesó el impetuoso Frogsmore antes de comenzar a subir la cuesta empinada del otro lado. Rasgándose la ropa con el alambre de espino, sin tener en cuenta las ortigas y las zarzas que le desgarraban los brazos y las piernas, que tenía descubiertos, y perdiendo una alpargata en el camino, llegó jadeando, pasó entre los sorprendidos caballos que se encontraban en un pasto que les llegaba a la altura de las rodillas, entre robles y hayas centenarios, bordeó el lago, llegó al jardín de Rupert, atravesó los ventanales hasta un precioso salón de color amarillo claro, y para entonces jadeaba tanto que ni siquiera podía gritar: «Fuego».

Aunque la puerta delantera estaba abierta, no había nadie. Volvió al jardín por los ventanales, con la respiración tan entrecortada que le dolía, y estaba a punto de correr hacia los establos cuando oyó unas risas escandalosas que provenían de la pista de tenis que se encontraba a la izquierda de la casa y que estaba totalmente oculta por un frondoso seto de hayas. Mientras corría por un camino de grava que hizo que emprendieran el vuelo unas mariposas atalantas, que se estaban atiborrando de las buddlejas blancas que había a ambos lados, oyó otra risa escandalosa.

—No puedo darle a nada, joder. No debería haber bebido tanto en el almuerzo —dijo una voz de chica.

—Es culpa de tus tetas. Tus tetas se pasaban por lo menos quince centímetros de la raya —contestó una voz de hombre con un acento llano y ligero muy distintivo.

—Pues entonces es culpa de tu polla —respondió la muchacha con una risita histérica—. Tú debes de pasarte al menos veinticinco centímetros de la raya.

—Qué cumplido —dijo el hombre—. No me pasaría si no me pusieras tanto.

—Fuego —gritó Taggie hacia el seto de hayas, pero no le salió sonido alguno.

Ahora el hombre estaba riéndose a carcajadas.

—Vamos a terminar este set y luego haré que termines tú arriba.

Taggie rodeó el seto de hayas corriendo hasta que encontró un hueco.

—Fuego —dijo con voz ronca.

Entonces, para su horror absoluto, tardó mucho en darse cuenta de que un hombre alto, rubio, esbelto y muy bronceado y una preciosa muchacha con el pelo rubio del color del amento atado con una cinta rosa y un cuerpo dorado como los girasoles destilados estaban jugando al tenis sin nada de ropa.

El hombre estaba sacando. Se le marcaron los músculos del cuerpo cuando la pelota atravesó la red. La chica tiró su raqueta, dio un grito, corrió hacia un lado de la pista, con los pechos rebotando hacia todos lados, y se cubrió con una camiseta rosa claro. El hombre procedió a sacar la segunda pelota con mucha fuerza hacia la red lejana, y entonces se acercó de forma casi insolente hasta la red cerca de Taggie, en la que había colgada una toalla azul oscuro.

—Fuego —murmuró Taggie tapándose los ojos con las manos.

—¿Qué has dicho? —gritó el hombre—. No pasa nada. Ya puedes mirar.

Con mucha cautela, Taggie bajó las manos. Él se había envuelto las caderas con la toalla. Con el pelo rubio liso, los hombros anchos y bronceados y los ojos alargados y maliciosos, de un azul tan aciano como la gran extensión del cielo detrás de él, no cabía duda de que era el de las fotografías de Caitlin, era Rupert Campbell-Black.

Muy consciente de que tenía el pecho agitado y la cara roja llena de sudor, Taggie murmuró:

—Tus campos se están quemando.

—Es a cosa hecha —dijo Rupert.

—¿Y eso por qué?

—Porque es la forma más rápida de deshacerse de los rastrojos tras la cosecha.

—Eso es lo más a-a-abominable que he oído nunca —susurró Taggie, completamente consternada—. ¿Qué pasa con los co-conejos, los campañoles, los ratones de campo, los topos y todos los pobres pájaros?

Rupert se encogió de hombros.

—Tienen patas, pueden salir corriendo.

—Pero no lo bastante rápido —contestó Taggie furiosa—. Eres un asesino.

—Supongo —respondió Rupert con desconcierto— que quieres que pare de arar mis campos porque es cruel para los gusanos, las tijeretas, los escarabajos, las cochinillas y todos los pobres bichos, ¿no? —Estaba imitando a Taggie en ese instante—. ¿Quieres que les haga un funeral de Estado?

La chica rubia soltó una risita. Era muy joven, solo unos años mayor que Taggie.

—¡Cállate! —gritó Taggie, perdiendo los nervios—. ¿Te gustaría que alguien te prendiera fuego mientras estás en la cama?

Rupert asintió en dirección a la rubia.

—Ella lo hace con frecuencia.

—No seas asqueroso. Eres abominable, la clase de persona que siempre tiene que estar matando algo, cazando, pescando, disparando.

En ese momento, un montón de perros, que volvían de su paseo con uno de los mozos de cuadra de Rupert, irrumpieron ladrando en la pista. Había jack russells, spaniels, un labrador negro y un precioso y peludo lurcher azul que se acercó alegre a Gertrude, que se encogió y curvó aún más la cola.

Taggie señaló el lurcher.

—Seguro que lo usas para perseguir a los animales de caza —exclamó furiosa.

—¿Por qué no te llevas a esa bestia fea de vuelta a su pocilga? —dijo Rupert mientras agarraba una pelota de tenis verde y se la lanzaba a Gertrude—. Y deja de interrumpir los placeres inocentes vespertinos de otras personas.

—Ni se te o-ocurra tratar mal a Gertrude.

Agarrando la raqueta, Rupert dejó que se le cayera la toalla:

—Cuarenta a cero íbamos, ¿no, cielo?

La chica rubia soltó otra risita. No obstante, un segundo después, la sonrisita se le borró de la cara al oír las sirenas frenéticas de tres coches de bomberos que rugían por el camino.

—¡Me cago en la puta! —gritó Rupert.

Taggie soltó un sollozo y echó a correr a través del valle, con la cara ardiéndole tanto como sus pobres piernas desgarradas. Qué hombre tan bestia, horrible y abominable. Al alzar la vista, pudo ver Priory delante de ella. Salvo por las cinco hectáreas de Declan, toda la tierra del valle pertenecía a Rupert. Taggie pensó con un estremecimiento que ahora parecía rodear Priory como si fuera un hombre que atrapaba a una mujer en una fiesta, apoyando las manos en la pared a ambos lados de ella para que no pudiera escapar.

Ya en casa, se encontró a Maud sentada fuera con un enorme sombrero negro para protegerse la piel blanca del sol de última hora de la tarde, que acababa de arrastrarse por la ladera del valle para admirarla. Se estaba bebiendo un vodka con tónica, inmersa en un libro de P. D. James.

—Acabo de conocer a Rupert Campbell-Black —comentó Taggie.

Maud alzó la vista y vio que Taggie tenía la cara pálida y el voluminoso pelo negro muy enredado en las puntas, el vestido rojo desgarrado y los largos brazos y piernas arañados, sangrando y cubiertos de picaduras de ortiga.

—Por Dios —dijo Maud, que se había despertado de su languidez habitual—, ya sé que tiene una reputación terrible, pero ¿de verdad lo has dejado ir tan lejos?

11

Al domingo siguiente, Monica Baddingham celebró un almuerzo en Falconry para darles la bienvenida a Maud y Declan a Gloucestershire e inaugurar el nuevo invernadero construido por los carpinteros del estudio de Corinium. Acostumbrados a almorzar en Londres, donde la gente rara vez salía a comer antes de las dos o incluso las dos y media, Maud y Declan no se marcharon de casa hasta pasadas la una y media. Declan intentó convencer a Taggie de que los acompañara también, pero se puso colorada cuando rechazó la propuesta al enterarse de que Rupert también podría estar allí.

—Estoy segura de que Monica dijo a la izquierda de The Dog and Trumpet —dijo Maud, aplicándose una segunda capa del brillo labial coral en el labio inferior mientras ponía morritos.

Declan estaba de mal humor, no solo porque Maud le hubiera hecho salir más tarde otra vez por lavarse el pelo en el último momento, sino porque se había tirado toda la mañana intentando cortar el césped de su campo de heno con un cortacésped que no paraba de atascarse con los huesos de cordero de Gertrude. Ahora parecía que estaban conduciendo por medio Gloucestershire.

—¿Por qué no puedes apuntar bien las direcciones? —espetó.

—Es tu jefe. Eres tú el que debería haber apuntado la dirección. Además, eras tú el que quería mudarse al puñetero campo. Volvamos a casa.

—La fiesta es en nuestro honor. ¿Por qué coño no ponen los nombres de las casas en el campo?

—Tú no lo haces.

—Eso es porque no quiero que venga nadie de visita.

Declan también era consciente de que, aunque su mujer tenía pinta de llevar un atuendo carísimo con un vestido de seda negro muy escotado, un chal verde que iba a juego con sus ojos, medias negras, zapatos de tacón negro y la melena pelirroja brillante recogida bajo un gran sombrero negro, iba bastante mal vestida para un almuerzo de domingo.

—Ahí está —dijo Declan por fin mientras atravesaba una verja con dos postes cubiertos de líquenes y rematados con carneros de piedra nuevos—. Por Dios, la gente ya se está marchando.

Cuando un BMW verde oscuro pasó en la dirección contraria, la mujer que lo conducía bajó la ventanilla:

—Nos encanta tu programa. Lo sentimos mucho, pero tenemos que ir a un bautizo. Bienvenidos a Gloucestershire; venid a cenar un día. Y daos prisa, u os quedaréis sin bebida.

—Jesús —murmuró Declan.

La espléndida casa estilo reina Ana de los Baddingham se erigía sobre una hondonada con una exuberante zona verde a su alrededor. El reloj del establo siempre estaba adelantado veinte minutos para que la gente se preocupara por llegar tarde y después se animara a marcharse antes.

En letras enormes doradas sobre un fondo negro encima de la segunda puerta del porche estaba escrito: «Pacífico es el país que tiene muchas armas». En la sala, había cabezas disecadas de ciervo, tigre y búfalo que miraban con los ojos vidriosos hacia abajo.

—La próxima cabeza ahí colgada será la mía —musitó Declan cuando Tony salió del salón con pinta de que le iba a echar la bronca.

—¿Es que no puedes llegar nunca a tiempo, Declan? Intentamos almorzar desde hace tres cuartos de hora.

—Lo siento muchísimo —dijo Maud con su tono más cariñoso—. Declan y yo estamos acostumbrados al horario de Londres.

—Pues más os vale que vayáis pillando unos cuantos hábitos del campo. El Pimm's se ha acabado, ¿qué queréis beber?

—Ay, aquí estáis. —Monica entró con una blusa abotonada azul de algodón y unas sandalias que dejaban sus grandes pies al aire—. Taggie nos ha avisado de que veníais de camino. Qué pena que no la hayáis traído, tengo muchos hombres solteros. Tomaos algo rápido y luego almorzaremos. Puede que sea la última vez que podamos comer fuera este año —añadió con nostalgia, pensando en lo mucho que preferiría estar clasificando lirios reales.

Después de darle a Maud una copa, la llevó a través del amplio salón tapizado hacia el invernadero nuevo, que se extendía por toda la parte trasera de la casa a ras del suelo y estaba lleno de estatuas de diosas, asientos de hierro pintados de blanco, lirios, palmeras, aspidistras y plantas aún envueltas que había llevado la gente como regalo para el invernadero.

—Qué bonito —susurró Maud, dándole un buen trago a su whisky.

Todo el mundo, que estaba reunido en el césped, se dio la vuelta y los miró.

—Ven al jardín, Maud —bramó Charles Fairburn, que ya estaba piripi. Calculó mal el beso, y su cara colorada y brillante chocó contra la de Maud como una bola de billar—. Estás tan guapa como siempre —dijo, llevándola a un lado.

—Ni se te ocurra monopolizarla, Charles —replicó Monica con tono mandón.

—Te prometo que se la presentaré a todo el mundo —repuso Charles—. Tu marido ha estado causando revuelo en Corinium —añadió bajando la voz.

—Ah, ¿sí? —contestó Maud, interesada, pero no mucho.

Charles nunca le había caído demasiado en gracia. Sabía mucho de ella, y con los hombres tan tremendos que había allí, no quería desaprovechar su primera fiesta con alguien que estaba borracho y encima era gay.

—¿Ese hombre tan guapo de allí es Rupert Campbell-Black? —preguntó.

—Pobre Rupert —respondió Charles—. No, es James Vereker, el presentador más popular de Corinium, que bebe Perrier y se dedica a revolotear alrededor de todo el mundo. Está cagado porque tu marido se ha unido a Corinium.

De hecho, James estaba que trinaba. Había llegado tarde a propósito para que la gente se fijase en él, pero Declan había llegado todavía más tarde. Ahora estaba retenido por tres amigas de Monica que «hacían una gran labor benéfica», unas arpías pánfilas que lo único que querían era que él inaugurara sus mercadillos solidarios de otoño y sus fiestas de Navidad a cambio de nada.

«Todo para verle a Monica las uñas de los pies. Parece que deshierba el jardín con los pies», pensó James con disgusto; y después estaba Paul Stratton, que había engordado muchísimo y tenía un aspecto ridículo con aquellos vaqueros nuevos tan ajustados y una camisa vaquera desabrochada hasta la cintura que dejaba ver el vello cano de su pecho. James, que había estado a punto de ponerse también unos vaqueros y una camisa azul desabrochada, se alegró mucho de haberse puesto en su lugar un jersey nuevo gris con dos elefantes rosas en la parte de delante, tejido por una de sus fans.

—Ven a conocer a Maud O'Hara, James —gritó Charles Fairburn.

James se alejó de las arpías pánfilas y caminó hacia ellos. Desde luego, Maud O'Hara poseía una belleza extraordinaria.

—¿Lo de llevar dos elefantes rosas en el pecho es para que los demás nos creamos que estamos viendo doble y así nos pasemos a la Perrier? —preguntó Charles.

—Si tú lo dices, Charles… —Sonrió James con suficiencia—. ¿No crees que es un suéter estupendo, Maud? Me lo ha enviado una fan. —Sonrió con encanto.

Charles miró con detalle el jersey.

—El cuello no sé yo.

—Te quedaría mejor con un broche —dijo Maud.

De pronto, James decidió que Maud no le parecía tan guapa.

—Hola —saludó Lizzie Vereker, acercándose y abrazando a Maud —. Me alegro de verte. Qué bien que hayas conocido a James. Gracias por el whisky del otro día. ¿Todavía seguís andando recto?

—Habla por ti, yo soy un desviado —respondió Charles con un escalofrío—. Por cierto, ¿qué es eso de que se han presentado cinco

camiones de bomberos en casa de Rupert y lo han pillado jugando al tenis desnudo con una rubia?

Lizzie soltó una risita.

—Rupert está convencido de que alguna animalista friki llamó a los bomberos porque pensaba que estaba haciendo mal al quemar sus rastrojos.

—¿Quién era la rubia? —preguntó Charles—. ¿Beattie Johnson?

—No, con esa acabó hace meses, aunque Rupert no lo dirá. Se dice que es la chica que hace de Grano de Mostaza en *El sueño de una noche de verano*.

—¿Os habéis enterado de que a Titania le da tanto pavor pillar el sida que se niega a besar a Bottom hasta que se haga un análisis de sangre? —comentó Charles.

—¿Está Rupert por aquí? —preguntó Maud, a quien no le importaban lo más mínimo los cotilleos de Corinium.

—Por ahí andará. Seguro que está por alguno de esos claros del jardín en los que todos, menos Monica, han hecho alguna travesura —contestó Lizzie.

—Habla por ti —replicó James con desaprobación.

En efecto, era un jardín precioso. En medio de un mar de lavandas, las rosas, que estaban cerca de su segunda floración, brotaban de un color rosa claro y trepaban por los muros de la casa. Los setos de tejo, de dos metros de altura, protegían del viento amargo los ramilletes de espuelas de caballero, anémonas japonesas y margaritas estrelladas. Dos labradores rollizos jadeaban sobre un césped tan liso como el patio interior de la Universidad de Oxford. Más allá, había un estanque con peces y un jardín acuático, al que llegaba el mismo río Fleet que atravesaba Cotchester.

—¿Qué tenéis pensado hacer con el jardín de Priory? —preguntó Lizzie.

—Conseguir un burro que se encargue del césped —contestó Maud.

—Por Dios, a ver si comemos pronto —comentó un hombre de aspecto estresado con una barba rubia descuidada y una bebé dormida envuelta en un pañuelo portabebés. También estaba sujetando por el pescuezo a dos críos que no hacían más que pelearse—. Uno solo puede entretener a sus hijos dándoles de comer a los peces de Tony unos pocos minutos —añadió con un gesto de impotencia.

Lizzie presentó a Simon Harris. Maud pensó que parecía que la piel se le estaba descamando al aire libre.

—¿Qué tal está Fiona? —preguntó Lizzie.

—Todavía tiene que quedarse en el hospital tres semanas más. Hoy es el día libre de la niñera, si no, no habría traído a estos —explicó Simon mientras los dos terremotos hiperactivos tiraban de sus cuellos como bull terriers a la caza de un gato—. Si encuentran la porcelana de Meissen de Monica, estoy jodido, pero es que no he podido resistirme a una buena comida —añadió de forma patética.

Lizzie abrió la boca para invitarlo a cenar, aunque la volvió a cerrar. Él era un muermo en ese momento, y ella sabía que James, que estaba convencido de que iban a darle la patada a Simon, pensaba que era una pérdida de tiempo.

Los labradores jadeantes se levantaron con dificultad y menearon la cola cuando Monica apareció en la puerta del invernadero.

—A comer —dijo—. Tú te quedas aquí fuera con los niños —añadió con firmeza hacia Simon—. Haré que alguien te traiga algo.

Normalmente, me gustan los niños, pero los dos de Simon no paran de darles tirones a los perros de las orejas y de tirar mis plantas nuevas —le dijo a Maud en voz baja.

Cuando Maud entró en el comedor, Declan se le acercó con cara de felicidad por primera vez en esa semana.

—Cariño, tienes que conocer a Rupert. Es muy amigo de Johnny. Me ha contado cosas estupendas sobre él y ahora lo veo con otra perspectiva.

Maud se quedó sin aliento. Se preguntó cómo lo había podido confundir con James Vereker.

Rupert y Declan eran los dos altos y de hombros anchos, pero ahí terminaba el parecido. Declan, con sus líneas marcadas, la nariz rota y el pelo revuelto, era como un corcel con cicatrices de batalla que vuelve de la guerra. Rupert, en cambio, era como un elegante y caprichoso purasangre, rebosante de músculos y ganas de procrear, a punto de ganar el derbi sin mucho esfuerzo. Aun así, en su gran fama y creencia intrínseca (a pesar de las inseguridades que tenía Declan en ese momento) de que seguían siendo los mejores en lo que hacían, eran iguales, y, por ese mismo motivo, estaban separados del resto del grupo. En ese instante, tanto James como Maud sintieron una punzada de envidia por que hubieran admitido a Declan sin más en el mismo club al que pertenecían Johnny Friedlander y Rupert.

—Bienvenidos a Penscombe. —Rupert le dio un beso a Maud en la mejilla—. Disculpadme, pero no estaba en casa cuando os mudasteis, he estado muy ocupado.

—Algo hemos oído, Rupert —dijo Charles con picardía—. ¿Qué es eso de los bomberos y una zarza ardiente?

—Qué cabrón eres, Fairburn —espetó Rupert con una sonrisa.

—Vamos, no retraséis la cola —dijo Monica, haciendo señas desde detrás de una mesa larga blanca—. Me temo que os va a tocar otra vez comer pollo de la coronación.

Maud se quedó frente a Declan y Rupert, dando buena cuenta de su tercera copa de vino y sintiéndose de lo más enervada.

—Conozco vuestra casa muy bien —le comentó Rupert a ella—. Recuerdo perseguir algo que no era un zorro por vuestro salto de lobo en una fiesta. Acabé rasgándome la parte delantera de los pantalones con el alambre de púas. ¿Qué tal el jardín?

—Lleno de hierbas canas, y las ortigas se han puesto en pie de guerra —contestó Declan.

—Pues será mejor que se ocupe un profesional —aconsejó Rupert —, si no, nunca te librarás de ellas. Yo conozco a alguien que podría hacerlo.

—¿Y el bosque? —preguntó Declan.

—La Comisión Forestal os dará una subvención. Quitarán todo lo muerto y plantarán árboles jóvenes nuevos a cambio de la leña.

—Qué positivo eres —musitó Maud—. A lo mejor puedes darme algún consejo para redecorar el dormitorio.

—La redecoración nunca ha sido una prioridad para mí. Y menos en los dormitorios —respondió Rupert.

—Avanza, Maud —dijo Monica con impaciencia—. No has conocido a mi cuñado Bas. Está deseando conocerte.

Bas era casi trece centímetros más alto que Tony y mucho más atractivo de un modo elegante, perverso y latino. Besó la mano de Maud y luego la giró y enterró los labios en su muñeca.

—Calèche —susurró—. Me encanta. ¿Lo llevas en todo el cuerpo?

Maud soltó una carcajada.

—¿Eres de aquí?

—Tan de aquí como el helicóptero que vuela. Puedo aterrizar en la palma de tu mano. Tengo un bar de vinos en la High Street de Cotchester —añadió—. La mayoría del personal de mi malvado hermano va allí para conspirar en su contra. Sin duda, tu famoso marido no tardará en unírseles. Tienes que hacer que te lleve un día.

—No seas tonto, Bas —dijo Monica de forma abrupta—. No has conocido a Paul Stratton, Maud, nuestro diputado por Cotchester, ni a su mujer, Sarah.

Maud pensó que parecía más bien su hija. Con el rostro ansioso, lleno de arrugas y algo petulante y su pelo azul grisáceo peinado hacia delante, Paul parecía uno de esos antiguos famosos personajes de televisión que se ganan la vida a duras penas en la mediana edad aconsejando a amas de casa que compren jabón en polvo en anuncios de la tele.

Hasta Maud, que tenía una actitud despectiva ante los encantos de las de su propio género, tuvo que admitir que la mujer era deslumbrante.

—Ay, los recién casados —dijo Bas, dándole un beso a Sarah en la boca—. ¿Cuándo vas a empezar a serle infiel a Paul? Esto es el país de Beaufort, ya sabes, vallas altas y moral baja.

—Basil —espetó Monica—, deja de retrasar la cola. No has conocido todavía a Freddie Jones, nuestro niño prodigio de la electrónica, ¿verdad, Maud?

—Madre mía, eres despampanante —dijo Freddie asombrado—. He oído que Rupert iba a darle a tu marido un caballo.

Maud estaba encantada. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que unos hombres tan guapos la habían admirado, y eran mucho más machos que todos esos peleles de Londres; además, por una vez, la gente le prestaba más atención a ella que a Declan. Ese vestido siempre le funcionaba.

—Vamos, señora O'Hara —dijo Rupert, que, mientras Maud se dedicaba a fantasear, había llenado dos platos, había cogido una botella de vino blanco y dos copas y lo había puesto todo en una bandeja—. ¿Quieres estar dentro o fuera?

—Dentro —dijo Maud contenta—. Me salen pecas con mucha facilidad.

Rupert encontró un asiento junto a la ventana en el invernadero.

—Monica lo ha hecho bastante bien —comentó él mirando a su alrededor—. Supongo que le ha costado a Corinium incluso más que el sueldo de la primera semana de tu marido. Es mejor evitar esta casa en invierno; es el tipo de lugar al que los esquimales mandan a sus hijos como castigo.

Justo en ese momento, los dos monstruitos hiperactivos de Simon Harris pasaron rugiendo y tiraron una aspidistra. Diez segundos más tarde, Simon Harris los perseguía con la barba cubierta de pollo de la coronación. La bebé berreaba como una posesa en el portabebés.

—¿Se han ido por ahí? —preguntó Simon histérico.

Se escuchó un estruendo procedente del salón.

—Eso me temo —respondió Rupert.

Maud arrugó la nariz cuando salió corriendo.

—Tiene que cambiar a esa bebé.

Rupert se echó a reír.

—A todos sus hijos más bien. Yo los dejaría en Harrods si fuera él.

Corriendo casi igual de rápido en dirección contraria, llegó Paul Stratton en busca de Sarah, que estaba sentada en un muro riéndose a carcajadas con Bas.

—Parece que los vaqueros de Paul lo tienen cogido por los huevos aún más que su nueva mujer —comentó Rupert, pinchando pollo a gran velocidad—. Si se agacha, se le van a salir los ojos de las cuencas.

Maud admiró la amplitud de los muslos de Rupert con aquellos pantalones de pana marrón claro. Después de cuatro copas de vino grandes, sintió de pronto una urgencia irresistible de tocarle uno.

—Su mujer es muy guapa —comentó Maud.

—Es una zorra —contestó Rupert—, y Paul vive con sus cuernos en la inopia.

—¿Y qué hay de Bas? —preguntó Maud, dejando su pollo sin tocar en el suelo.

—Es estupendo —respondió Rupert—. Es uno de mis mejores amigos. Dirige con éxito un bar de vinos fantástico, invierte en propiedades, caza cuatro días a la semana en invierno, juega al polo en verano y se folla a las chicas más guapas de los cuatro condados. No puede ser malo.

—No se parece mucho a Tony —repuso Maud.

—Tienen padres distintos. Después de veintitrés años de fidelidad máxima a lord Pium-Pium, la madre de Tony se enamoró de un jugador de polo argentino. El resultado, para asombro de todo el mundo, fue Bas. De ahí que el nombre del bar sea el Bar Sinister.

Maud soltó una carcajada. Muchos hombres le habían dicho que su risa era preciosa, baja, musical, alegre.

—Háblame de tus hijos —dijo Rupert, que se había acabado el pollo.

—Tengo un hijo, Patrick.

—No me interesa.

—Y una hija de apenas dieciocho años. —Al ver cómo le brillaron los ojos a Rupert, Maud se apresuró a añadir—: Pero es muy tímida y callada, no sale mucho. También tengo otra de catorce, que está loca por ti; no para de mirar tu casa con los prismáticos desde que llegamos.

—Qué mona. A esa edad son adorables.

—Lleva aparato en los dientes y todavía está en su época de patito feo —dijo Maud aún más deprisa—. Háblame de Freddie Jones.

—Es un santo.

—¿Lo dices porque te compra los caballos?

—No del todo. Le he ofrecido a Declan un caballo por si alguna vez quiere cazar.

—A Declan se le da muy bien montar —comentó Maud—. Se crio en una granja. ¿Quién es esa mujer bajita que le está comiendo la oreja ahora mismo? La que no para de poner caras tontas. Él parece que necesita que lo rescaten.

Rupert echó un vistazo.

—A mí no me lo parece. Es la mujer de Freddie, Valerie, la dama del protocolo. No descansará hasta ser la reina de Inglaterra. Por desgracia, Freddie piensa que ya lo es. Estar a la altura de los Jones es un problema por aquí que no se acaba nunca.

—Eres muy extremista, ¿sabes? —dijo Maud, fijándose en sus dedos largos y deseando que le desabrochara con ellos su vestido de

seda.

—O me cae bien la gente o no.

Maud alzó la vista y le dedicó su sonrisa más encantadora. La gran extensión de glóbulos oculares blancos y hermosos dientes, injustamente uniformes y blancos después de tan solo unas pocas visitas al dentista, iluminaban su rostro de verdad. Al mismo tiempo, se le soltó el cabello de su peineta enjoyada y le cayó en cascada por la espalda.

—Espero que yo te caiga bien —susurró.

—Aún no lo sé —dijo Rupert despacio, contemplando su boca y, a continuación, sus pechos—. Tu marido me cae muy bien, pero la verdad es que me perturbas demasiado para vivir al otro lado del valle.

Mirando a través de la ventana del invernadero el rostro pálido y embelesado de Maud, Declan pensó que parecía mucho más exótica que cualquiera de las orquídeas de Monica y sintió unos celos enfermizos. Rupert estaba de espaldas. Maud ya estaba hechizando a alguien de nuevo.

«No tienes más que levantar esa mano perlada y recogerte el cabello largo y suspirar, y los corazones de todos los hombres arderán y latirán», se dijo Declan desesperado.

Ay, señor, ojalá pudiera escapar de aquella fiesta y pasarse unas horas con su libro de Yeats. Encima, tenía que entrevistar a Johnny dentro de tres días. Había cumplido ya con su deber en la fiesta. Había hablado con Paul Stratton, que era tan pomposo que resultaba un espanto; le había preguntado a Simon Harris por su mujer; había respondido a preguntas de los horribles cabezas huecas de la zona sobre los famosos a los que iba a entrevistar; había escuchado como

mínimo a tres mujeres que tenían hijas que estudiaban Inglés en la universidad y que querían dedicarse a la televisión, y ahora estaba atrapado con esa enana del demonio.

—Qué fantasía estar al final del camino —dijo Valerie Jones— y no poder ver tu casa.

Llevaba puesto un jersey de críquet y unos guantes blancos, y hablaba sin parar como un jugador odioso que no dejaba de lanzar a pesar de que el árbitro había dado por finalizado el partido.

—No podríamos estar más contentos con Green Lawns —continuó con satisfacción—. Tanteamos Priory, ¿sabes? Llevaba años en el mercado, pero es muy fría y lo cierto es que no puedo vivir en una propiedad en la que no da el sol hasta por la tarde. Necesito el sol.

Puso su cara de tonta mirando al sol. Declan deseó arrearle un tortazo en toda la jeta. Vio que Maud se estaba pasando la mano por el pelo en ese instante, sacudiéndoselo. Tenía el cuerpo arqueado hacia Rupert. Sin que ninguno de los dos se percatase, el más rollizo de los labradores de Monica se estaba dando un festín con el pollo de Maud.

—Hasta Freddie estaba nervioso por conocerte —decía Valerie—. Yo le dije: «No seas bobo, Fred-Fred. Los famosos son como la gente corriente. La mayoría se drogan y se sienten muy solos porque sus amigos los han dejado de lado».

—Ojalá algunos de los nuestros lo hubieran hecho —repuso Declan con aire sombrío—. Por ese motivo nos vinimos al campo.

En el vestíbulo, Tony estaba echando a Simon Harris. El monstruito mayor acababa de destrozar un cuenco de la dinastía Ming.

—¿Era muy antiguo? —tartamudeó Simon con los labios lívidos.

—Solo tenía más de seiscientos años —siseó Tony—. Fuera. YA.

—Te lo pagaré.

—Tardarías dos años con tu sueldo, ese al que le tienes tan poco aprecio porque siempre te estás quejando. Ahora, lárgate antes de que esos cabroncetes destrocen todo el lugar.

—Me tengo que ir —dijo Rupert.

—Oh —replicó Maud, desanimada. Quería que la tarde no acabara nunca. Era como si el sol se hubiera ocultado.

—Tengo que ir a recoger a mis hijos a casa de mi ex.

—¿Cuántos años tienen?

—Ocho y diez.

—Tienes que venir con ellos de visita. A mi hija Taggie le encantan los niños. Ella se encargaría de entretenerlos. ¿Se ha vuelto a casar tu exmujer?

—Sí —contestó Rupert poniéndose de pie—, con mi antiguo jefe de equipo, Malise Gordon. Antes lideraba el equipo británico, cuando yo practicaba el salto de obstáculos. Es un poco bárbaro, así que noto su mirada de desaprobación como si me atravesara un rayo si me presento tarde.

En ese momento, apareció Freddie Jones con dos platos llenos de pavlova.

—Hola, queridos. Os traigo un poco de dulce.

—Para mí no, me marcho —respondió Rupert.

—¿Cómo va mi caballo? —le preguntó Freddie.

—Muy bien. Creo que participaremos en la carrera de tres kilómetros de Cheltenham. Ya está preparado.

Unos golpecitos frenéticos en el cristal de la ventana los interrumpieron. Valerie Jones los estaba mirando fijamente.

—Nada de postre, Fred-Fred —gesticuló con los labios.

Lizzie Vereker ocupó el lugar de Valerie junto a Declan.

—¿Necesitabas ayuda?

—Antes sí —contestó Declan—. Ya no. Esa mujer te coge y no te suelta, pero yo estoy entrenado en cortar por lo sano. —Sacudió la cabeza—. ¿Cómo va el libro?

—Con retraso —respondió Lizzie—. ¿Y tú? ¿Estás nervioso por tu primer programa?

—Sí. No debería salir antes de un estreno. Me estreso mucho y no puedo hablar con nadie.

—Buena suerte con Johnny —dijo Rupert, deteniéndose de camino.

—Ven y cena con nosotros después del programa —le propuso Declan.

—No puedo. Me voy a Irlanda. Sé que los dos estamos muy ocupados, pero quedemos pronto. Me pasaré a ver lo del tema del bosque. Adiós, cielo. —Le dio un beso a Lizzie.

Mientras atravesaba el vestíbulo desierto, Sarah Stratton salió del baño de abajo apestando a Anaïs Anaïs. Rupert echó un vistazo hacia el jardín y vio a James y Paul Stratton encarados el uno con el otro, cada uno de ellos pensando de forma equivocada que estaba impulsando su carrera.

—Ven a darles de comer a los peces —dijo Rupert cogiendo a Sarah de la mano.

La condujo por un camino cubierto de hierba, flanqueado a ambos lados por setos de tejo, hasta el estanque de los peces. Como los

monstruitos de Simon Harris las habían atiborrado de comida, las carpas apenas se molestaban siquiera en agitar la superficie de los nenúfares.

—¿Ha habido consecuencias? —preguntó Rupert.

Sarah sacudió la cabeza.

—Tiene su gracia escabullirme de tu pista de tenis con un vestido rosa sobre la cabeza. Todo el cuerpo de bomberos de Gloucestershire reconocerá mi arbusto, pero no mi cara.

Rupert sonrió y tiró de ella hacia el interior del espeso manto de un fresno llorón. Después de besarla, le preguntó:

—¿Cuándo vamos a terminar el partido?

—Pronto, por favor.

Su rostro dorado y delicado era verde en la penumbra; parecía una ninfa acuática.

—¿Qué tal Maud O'Hara? —le preguntó.

—A mí me ha parecido bastante desatada —dijo Rupert.

—Eso es porque quería echarte el lazo a ti.

—¿Estabas celosa?

Sarah asintió.

—Qué pena que las vacaciones de verano de tu marido coincidan con las mías.

—Nunca se va —gimió Sarah mientras los dedos de Rupert se movían entre sus piernas—. ¿Por qué no vamos al cenador?

—Tengo que ir a recoger a los niños. Y ya voy tarde.

—¿Cuándo te veré? —preguntó Sarah con la respiración entrecortada cuando Rupert le metió la otra mano por la parte trasera de las bragas.

—Ven a Irlanda conmigo. Me voy el miércoles por la tarde.

—No puedo. Los insoportables de mis hijastros van a venir un par de semanas de visita como prueba. Sé para quién va a ser una prueba también. Paul se va a Gatwick el martes a recogerlos.

—Eso nos da cinco horas de margen como mínimo. Llámame a casa en cuanto se vaya.

—Hola —saludó una voz masculina.

Bajándose el vestido a toda prisa, Sarah salió corriendo del manto de fresno y se inclinó de nuevo sobre el estanque de peces para esconder su rostro arrebolado.

Quitándose los restos del pintalabios rosa claro, Rupert la siguió de una manera más pausada.

—Sarah y yo estábamos hablando de caballos —le explicó a un Paul furibundo—. Si vas a apoquinar por un mozo de cuadra, pienso y pasto para dos caballos de caza, nos vamos a por lo menos quince mil al año. Menos si Sarah utiliza mi patio.

—Ya lo hablaremos en otro momento, gracias —farfulló Paul—. Sarah, tenemos que irnos.

En el invernadero, Bas estaba seduciendo a Maud de forma descarada.

—Lárgate, Bas —le dijo Monica—. Declan quiere irse y yo quiero unos minutos con Maud.

—Me pasaré a verte —replicó Bas, lanzándole un beso a Maud.

«Está como un tren», pensó ella cautivada, «pero no tiene la clase de Rupert».

—Estoy segura de que eres muy sociable —dijo Monica, que ahora estaba ocupada en podar un plumbago azul claro que crecía en un enrejado encalado.

—No —replicó Maud—, solo soy actriz.

Con mano dura, pero con encanto, se las ingenió para resistirse a todas las insinuaciones de Monica para que participara en cualquier tipo de obra benéfica.

—Mis hijos son mi prioridad —se limitó a decir Maud.

—Pero dos de ellos no están en casa —protestó Monica—, y Taggie tiene dieciocho años.

—Aun así, sigue siendo disléxica —suspiró Maud—. Necesita a su madre, y, por supuesto, Declan necesita a su mujer.

—Pero tienes que hacer algo de caridad —insistió Monica—. Es una forma estupenda de conocer gente nueva, y en el campo es increíblemente fácil aburrirse.

—Yo nunca me aburro —mintió Maud—. Hay mucho que hacer en la casa. Ahora mismo no puedo pasar por un semáforo sin preguntarme si el amarillo combinaría con el rojo en una de las habitaciones de los niños.

Mientras conducían de vuelta a casa, Maud colocó la mano en el muslo de Declan y la deslizó hacia arriba de forma provocativa. Motivada por el interés de Rupert y los extravagantes cumplidos de Bas y embriagada por la bebida, volvió a sentirse salvajemente deseable y viva.

—Vamos derechos a la cama.

—¿Y Taggie? —dijo Declan.

—Le decimos que estamos cansados.

Declan coló una mano por la parte delantera de su vestido negro.

—Todos te deseaban.

—¿Y eso te ha gustado? —susurró Maud.

—Sé lo mucho que tengo que pelear por conservarte —contestó él con tono hosco, y notó cómo se le endurecían los pezones a Maud.

Una vez en su habitación en Priory, le quitó la ropa poco a poco hasta dejarla con el liguero y las medias, muy negras en contraste con la palidez de su suave piel blanca.

—¿Cuándo te has hecho esos moretones? —le preguntó ella de pronto cuando se quitó la camisa.

—Esta mañana. El puñetero cortacésped no hacía más que pararse y yo no.

12

Gertrude, la perra, estuvo muy activa los tres días siguientes. Cuando Maud no estaba subiendo y bajando por el valle con una nueva camiseta lila a juego con una falda vaporosa esperando encontrarse con Rupert, Declan se paseaba a grandes zancadas por el bosque, intentando determinar qué preguntas le haría a Johnny Friedlander y volviendo loca a Cameron Cook porque nunca estaba cuando quería hablar con él.

La paciencia de Cameron se vio aún más comprometida porque su asistente personal contrajo la varicela y tuvo que reemplazarla por Daysee Butler, que con facilidad podía ser la chica más guapa que trabajaba en Corinium, pero también la más estúpida.

—¿Por qué escribes Daisy de esa forma tan absurda? —masculló Cameron.

—Porque así se ve más en los créditos —respondió Daysee sin más.

Como todos los asistentes personales ese otoño, Daysee se paseaba de un lado a otro con un portapapeles y un cronómetro, llevando pantalones anchos metidos por dentro de unas botas de ante con acabado serraje y jerséis con dibujos bordados en la parte delantera.

—Con todos esos dibujos flotando de aquí para allá, esto parece una galería de tetas —dijo Charles Fairburn entre dientes.

El día del programa comenzó en Priory con Declan rugiendo por toda la casa.

—¿Qué pasa? —preguntó Taggie alarmada.

—No tengo ni un par de calcetines. No, no me lo digas. Ya he mirado detrás del termo de agua caliente, en todos mis cajones y en el cesto de la ropa sucia. El muy puñetero de Patrick y la muy puñetera de Caitlin me robaron todos los calcetines cuando se volvieron a clase, así que no tengo ninguno que ponerme.

—Iré en coche a Cotchester a comprarte algunos —contestó Taggie en un tono tranquilizador.

—De eso nada —respondió Declan—. Iré yo a Cotchester en coche y me compraré treinta pares de calcetines de un color tan feo que ninguno de vosotros querrá mangármelos de nuevo.

Estaba muy cansado. No había dormido temiendo que Johnny pudiera llegar drogado o no aparecer siquiera. Y el día anterior, Cameron y él estuvieron juntos doce horas en la sala de edición, preparando la introducción, discutiendo todo el rato sobre los vídeos y las imágenes fijas que deberían usar. Las tonterías de Daysee Butler tampoco habían ayudado. Ni que Declan tachara de basura pretenciosa un guion alternativo que Cameron fingió que había escrito uno de los investigadores, pero que en realidad había sido ella la que había trabajado en él todo el fin de semana. No podía ir corriendo a Tony, que iba a estar en una reunión durante todo el día en Londres, pero se vengó mientras Declan estaba grabando su propio guion preciosamente lírico, haciéndole repetir partes una y

otra vez debido a errores de pronunciación imaginarios, fallos técnicos o golpes fuera. Al final del día, se marcharon sin haberse hecho amigos.

Tras haberse comprado los calcetines, Declan llegó a los estudios sobre las cinco. Había un concurso en el estudio dos, y el regidor estaba agitando las manos por encima de la cabeza como una foca demente como señal para que el público aplaudiera. Habían detenido la grabación de *El sueño de una noche de verano* en el estudio uno porque Cameron, insatisfecha con los brutos, había intentado imponer un camarógrafo de iluminación externo al equipo, que dejó de trabajar de inmediato. Los maleducados mecánicos, que no tenían pinta de trabajar en todo el día, se estaban emborrachando en el bar.

Deirdre Kilpatrick, la investigadora de *Resumen de Cotswold*, siempre deferente y encantada de ser de ayuda, tan sombría que era lo opuesto a la radiante Daysee Butler, estaba llevando a una famosa escritora de novelas románticas a tomar el té antes de que James Vereker la entrevistase.

—James te preguntará por tu visión del héroe romántico perfecto, Ashley —le estaba comentando Deirdre con seriedad—. Y sería genial que pudieras contestar: «Tú, James», para así ganártelo.

—Solo vengo a la televisión porque mi agente dice que eso vende libros —contestó la escritora de novelas románticas—. ¡Ay! Ese es Declan O'Hara, ¿no? Él sí que es el héroe romántico perfecto.

Declan se metió en su camerino y le echó el pestillo a la puerta. Tenía un montón de tarjetas de buena suerte y télex aguardándolo. Le llegó especialmente uno de su antiguo departamento de la BBC:

«¡Demuéstrales que eres el mejor metiéndote en los calcetines del entrevistado!».

—Soy el mejor metiéndome en calcetines amarillo fosforito —dijo Declan, tirando en la cama treinta pares de calcetines de color amarillo vómito de gato.

Llamaron a la puerta. Era una de vestuario.

—¿Quieres que te planchen algo?

Declan se miró en el espejo con pesar:

—Solo la cara.

Le dio su chaqueta, de un gris claro y muy ligera, ya que iba a estar bajo los focos durante una hora. Ella le colgó la camisa y la corbata y luego chilló horrorizada al ver los calcetines amarillos.

—No puedes llevar eso.

—No se van a ver —contestó Declan.

En el estudio tres, dos técnicos estaban sentados en las sillas de Declan y de Johnny mientras el equipo preparaba las luces y los ángulos de cámara. Crispin, el diseñador del plató, se movía con un traje de vuelo lavanda. El plató estaba dispuesto justo como Declan deseaba, excepto por las sillas Charles Rennie Mackintosh, que habían sustituido por sillas celtas de madera con el respaldo cónico de la de Declan una cuarta por encima de su cabeza como si fuera la silla de un mago, un símbolo de magia y autoridad.

Como gesto de rebeldía, en las mesas gris azuladas que estaban colocadas como setas a los lados de cada tarima, Crispin había puesto unos vasos y unas jarras de rayas azules y rojas.

—Quería vasos lisos —soltó Declan.

—Ay, pero es que son muy aburridos —soltó Crispin con un puchero.

—Los quiero, y deshazte de esas puñeteras flores.

—Cameron las ha pedido expresamente.

Declan agarró el ramo de forma amenazante.

—¿Intentas enterrarme?

—Vale, nada de flores —respondió Crispin de mal humor.

A las seis y media, hubo una prueba muy tensa.

—¿No puedes adelantarnos la serie de preguntas que se te van a ocurrir? —preguntó Cameron.

—No.

—Pero seguro que sabes tu primera pregunta.

—Depende de su humor.

—Quieres decir que depende de si viene puesto o no. Y va a ser tu puta culpa interrogar a un drogadicto en el primer programa.

Declan se marchó y se quedó temblando en el baño de hombres durante media hora. Cuando volvió al estudio, el equipo estaba alineando las cuatro cámaras antes del descanso para comer.

—¿Has oído la última historia ridícula de Irlanda? —estaba diciendo el camarógrafo principal—. Un tal Paddy ha ido a la farmacia a buscar su dosis de heroína.

El equipo se reunió alrededor de él, sonriendo por la perspectiva de oír alguna idiotez irlandesa más. Cuando ya había contado la mitad de la historia, el camarógrafo principal se dio cuenta de que había perdido a su público. Al instante siguiente, alguien lo agarró por el pescuezo.

—Puede que seas el mejor camarógrafo de mierda de la ITV —gritó Declan—, pero no vas a trabajar en mi programa si vas a contar tonterías de irlandeses. La gente ya no se atreve a hacer

bromas con los judíos, los negros ni las personas con discapacidad, así que ¿por qué seguís metiéndoos con los puñeteros irlandeses?

Con un último empujón que mandó al camarógrafo principal a mitad de camino de la otra punta del estudio, se marchó.

—Te denunciaré a mi delegado sindical —gritó el camarógrafo principal mientras se frotaba el cuello.

Había gente reunida en el bar para poder ver a Johnny Friedlander y apoyar a Declan viendo su programa. Aún había un sentido de equipo latente en Corinium. Alguien había cambiado a cosa hecha el color de la televisión del bar para que la cara de James Vereker fuera del tono de una naranja de Jaffa.

—¿Cuál es tu visión del héroe romántico perfecto, Ashley? —estaba preguntando.

—Tú, James.

—Qué amable por tu parte, Ashley. —James se alisó las mechas—. ¿Y qué tengo yo de romántico?

—Bueno, James, se ve que te preocupas mucho y que tienes fuerza interior, como Leslie Howard.

—Baja el volumen —gritó uno de los mecánicos maleducados tirando un puñado de cacahuetes a la pantalla.

—¿Alguien ha visto a Declan? —preguntó Daysee Butler, metiendo la mitad superior de su cuerpo, que tenía un Goofy tejido en el pecho, por la puerta y provocando un coro de piropos. Ya se estaba acercando peligrosamente la hora de retransmitir.

—En el baño —contestó Charles Fairburn—. Me sorprende que no haya trasladado su camerino allí. Ni siquiera puede retener un brandi.

—Declan —gritó el camarógrafo principal—, deja de preocuparte. A Daysee le da mucha vergüenza entrar, pero la gente de Johnny Friedlander acaba de llamar para avisar de que han salido de la M4 y de que llegarán dentro de veinte minutos.

—Gracias a Dios —suspiró Declan.

—Y aquí tienes una carta. —Un trozo de papel apareció por debajo de la puerta.

«Estimado Declan: Sentimos haber hecho chistes de Paddy. No lo haremos más; tenías razón», decía.

Y todo el equipo lo había firmado.

«P. D.: ¿Te sabes el del inglés, el galés y el escocés?».

Declan sonrió, después echó un vistazo a su reloj y casi volvió a vomitar. En menos de una hora iba a estar en directo.

Johnny Friedlander llegó en una limusina negra que hacía que la High Street de Cotchester pareciera más larga. Iba acompañado de una chica de publicidad y cuatro guardaespaldas. En una segunda limusina iban cuatro abogados. Al ver los bultos en los trajes de los guardaespaldas, la prensa permitió a Johnny entrar en el edificio sin demasiadas complicaciones.

Desde el principio, la visita de Johnny a Corinium fue todo un éxito. Con solo haberle echado un vistazo a la deslumbrante Daysee, la metió en su camerino y cerró la puerta. Los cuatro guardaespaldas se quedaron fuera con los brazos cruzados.

—¿Quién es? —preguntó la chica de publicidad de Johnny horrorizada.

—Un bombón —dijo uno de los de seguridad.

—¿Estáis seguros de que no es una reportera?

—No podría reportar ni un robo —contestó Charles Fairburn pasando a toda velocidad y encantadísimo con los músculos de los guardaespaldas.

En el vestuario de Declan, una preciosa maquilladora con unas ovejas en un campo tejidas en el pecho se afanaba por prepararlo. Él deseó poderse tumbar en ese campo y echarse a dormir.

—Déjame al menos taparte las ojeras oscuras y darte un poco de base, que estás muy pálido —murmuró—. Y tendremos que hacer algo con la barba. Te deberías afeitar.

—Estoy temblando tanto que podría cortarme.

—Pues te afeitaré yo.

En ese momento, Cameron irrumpió en la habitación.

—Johnny Friedlander se ha encerrado en su camerino con Daysee.

—Es lo mejor para él —dijo Declan—. Al menos está echando un polvo y no esnifando coca.

En su despacho de la quinta planta, Tony Baddingham, mucho más nervioso aún que Declan, estaba sirviéndoles Krug a sus invitados especiales, entre los que había varios clientes publicitarios importantes, el alcalde de Cotchester y su mujer y Freddie y Valerie Jones. Debido a un terrible infortunio, también se les había unido el reverendo Fergus Penney, el exprebendado de la Iglesia de Inglaterra. Como era un viejo mojigato temeroso que no paraba de denunciar el sexo en televisión, se había convertido hacía poco en miembro de la junta de la IBA y estaba visitando a todas las televisiones independientes. Ahora, mientras se tomaba con primorosidad una Perrier, no dejaba de mirar a través del pasillo hacia la sala de juntas, donde la prensa estaba reunida para ver el primer programa de Declan en una gran pantalla puesta en la pared

más lejana y se estaba emborrachando y atiborrando de quiche y muslos de pollo.

En una esquina de la sala de juntas, con un aire tan desaprobatorio como el exprebendado, estaban sentados los cuatro abogados de Johnny también tomando Perrier y haciendo cálculos con los dedos ante la perspectiva de un litigio.

—¿Por qué coño has invitado a tanta prensa? —susurró Tony a Cyril Peacock, que sabía que lo habría increpado igual si solo hubieran aparecido unos cuantos periodistas.

Tampoco el hecho de que Tony fuera el único responsable de contratar a Declan lo detuvo de echarle la culpa de todo a Simon Harris.

—Debes ser capaz de controlar a Declan, Simon. Para eso estás aquí. Ni siquiera le ha dado a Cameron una escaleta.

—Lo único que ella necesita ahora es una hoja con plegarias —respondió Charles.

—Declan es mi estrella de la tele favorita —estaba contándole emocionada la señora del alcalde a Valerie—. Tengo muchas ganas de conocerlo después.

—Ah, nosotros lo conocemos bastante bien —comentó Valerie Jones pensando en la comida del domingo anterior—. Él siempre se fija en mí porque le digo la verdad. Creo que tanto halago aburre mucho a los famosos.

En el edificio se estaba creando una curiosa atmósfera de tensión.

—Declan acaba de ignorarme —se quejó James Vereker yendo hacia el bar—. No está bien ponerse tan tenso.

Daysee salió del camerino de Johnny con pinta de haber encontrado el santo grial.

—Se está dando una ducha rápida —comentó—. Y luego quiere a maquillaje.

—Pues mandadle una caja —dijo Cameron—. No queremos que se la tire a ella también.

Faltaban cinco minutos para arrancar. Los cuatro guardaespaldas habían tomado sus posiciones en el estudio. En la sala de control, el equipo de producción estaba sentado ante un escritorio que parecía un enorme tablero de mandos, mirando dos filas de pantallas. En cuatro de los monitores que venían directamente del estudio, Cameron pudo ver el porte de Johnny Friedlander, guapo, con un rostro degenerado con unos pómulos hundidos y un bronceado californiano. Su pelo claro era del color dorado rojizo de los sauces en invierno; los iris de sus ojos, de un profundo azul Oxford, eran casi tan oscuros como las pupilas. Delgado hasta el punto de estar casi demacrado, se arrellanaba en su traje de tres mil dólares con las mangas remangadas hasta el codo. Pero ese aire relajado que tenía era falso.

—¿Por qué coño he aceptado hacer esta mierda? —dijo arrastrando las palabras.

—Lo siento —contestó Declan con sinceridad.

—En fin, no pasa nada. Simplemente, no creo que diga las frases adecuadas cuando son mías. Por cierto, Rupert me ha llamado y me ha dicho que podía confiar en ti, que eres uno de los nuestros.

En su pinganillo, Declan pudo oír a Daysee decir:

—El rosa sin tirantes es más arreglado, pero ya casi no me queda nada del bronceado de las vacaciones.

—¿Podemos subir el nivel? —preguntó el regidor—. ¿Qué has desayunado, Johnny?

Johnny se echó a reír.

—¿Quieres que me arresten?

A la izquierda de Cameron, Daysee estaba comprobando los diferentes cronómetros. En el momento en el que estuvieran en directo, se olvidaría de vestidos rosas palabra de honor y se volvería tan fría como una máquina para cronometrar el programa al segundo.

A la derecha, se encontraba la mezcladora, con una camiseta roja y las manos listas sobre el batallón de botones cuadrados, encendidos como lentejuelas, preparada para pinchar la imagen correcta cuando Cameron lo pidiera.

—Suerte a todos —dijo Cameron cruzando los dedos—. Preparado estudio, preparados los créditos de apertura, preparada la música.

—Un minuto para la emisión —comunicó Daysee, agarrando fuerte el cronómetro y mirando el número rojo que aparecía en el reloj—. Veinte segundos, diez, cinco, cuatro, tres, dos, uno y dentro.

La *Quinta Sinfonía* de Schubert comenzó a sonar en una versión de *jazz* alegre. En la pantalla, un cohete explotó en estrellas de colores sobre un Cotchester iluminado por la noche y, a continuación, bajaron en cascada hasta formar la palabra *Declan*. Desde el bar, se oyó una gran ovación. Tony apagó su puro.

—Quiero otro gin-tonic —dijo una reportera del *Mail on Sunday* que ya iba borracha.

—Cállate —espetaron los cuatro abogados de Johnny al unísono, que estaban escuchando la introducción del programa como halcones a la espera de encontrar algo difamatorio.

Mientras Daysee le daba la entrada a Declan, como concesión a Cameron, él se giró para hablarle directamente a la cámara. Durante un instante, se le secó la garganta. Cameron pensó angustiada que se había olvidado de su primera pregunta. Entonces, Declan habló:

—Le doy la bienvenida a mi primer invitado en este nuevo programa con la más absoluta humildad. Sin lugar a dudas, es el mejor actor que ha salido de Estados Unidos en los últimos quince años, pero esta es la primera entrevista que concedes. —Se volvió hacia Johnny—. ¿Por qué?

—Odio la publicidad —respondió arrastrando las palabras—. Si se exterminara a todos los periodistas, la vida sería mucho mejor.

Arriba, en la sala de juntas, se produjeron gritos de protesta por parte de la prensa, que dejó de llenarse las copas y empezó a escuchar.

—La prensa detesta el éxito —continuó Johnny—, y echa a perder tu vida sexual. No importa cuánto intentes no hartarte, al final te mosqueas cuando lees mentiras como que tu última novia te ha estado engañando con un masajista griego. A mis ex les ofrecen millones todos los días para contarlo todo.

—¿Y cómo lo sobrellevas? —le preguntó Declan.

—Ya no leo los recortes de prensa. Solo los peso. Si pesan poco, comienzo a preocuparme.

—¿No estás en realidad buscando la publicidad si intentas evitarla de manera deliberada?

—No me digas esas mierdas —respondió Johnny con ligereza.

Y entonces empezaron, se pelearon, rieron, bromearon casi como dos viejos amigos hablando de alguien que conocían y les caía bien, pero que a menudo no aprobaban. Johnny estaba siendo muy

escandaloso contando sus hazañas con sus actrices principales, pero contestó de manera tan sincera y encantadora que la prensa le perdonó al instante los comentarios que había hecho con anterioridad. Los abogados se estaban echando las manos a la cabeza, pero se reían, e incluso el exprebendado parecía un poco más benévolo.

«Va a ir todo genial», pensó Cameron.

—Faltan diez minutos para la pausa publicitaria, Declan —le dijo por el pinganillo.

Y, siguiendo un soplo que le había dado Rupert, Declan declaró:

—Y ahora estás a punto de enfrentarte a tu mayor reto interpretativo…

Johnny alzó una ceja.

—… al representar el papel de Hamlet en Stratford el año que viene —terminó Declan.

Johnny se quedó atónito. Arriba, en la sala de juntas, se produjo un alboroto.

—Nadie sabe eso —gritaron los abogados—. Ni siquiera se han firmado los puñeteros contratos aún.

—Creí que debía intentarlo —explicó Johnny—. Hoy en día, a las mujeres no se las toma en serio como actrices hasta que permiten dejarse ver feas y sudorosas y violar en la pantalla. Los hombres tienen que interpretar a Hamlet. Y me gusta el personaje. Tiene un problema con su padrastro. Yo no creo que Claudio se haya cargado al padre de Hamlet. Eso fue una invención de Hamlet porque odiaba a su padrastro. Y yo odio al mío.

—¿Por qué?

—Se casó con mi madre. Estaba celoso. Era un caa-brón.

—¿Por qué?

Tony le daba caladas a su puro, los abogados jugueteaban con sus calculadoras y la prensa estaba atenta.

Declan hizo una pausa, aguardando un tiempo insoportable. En su isla azul claro en un mar de azul oscuro, Johnny pareció de pronto muy vulnerable.

—Le metía mano a mi niñera todo el tiempo —explicó—. Así que me largué. Mi padrastro me llamó para contarme que mi madre se estaba muriendo de cáncer. Yo no lo creí, de modo que no volví a casa. —Johnny puso la cabeza entre sus manos—. Pero sí que se murió al día siguiente. Se suicidó. Nunca le he contado esto a nadie.

—¿Y por qué se suicidó? —preguntó Declan en voz baja.

Johnny alzó la vista, tenía los ojos hundidos.

—Estaba celosa porque mi padrastro prefería a mi hermana. Joder, qué desastre…

—Esto es inadmisible —gritaron los abogados, furiosos. El exprebendado parecía igual de disgustado.

—¿Te preocupa que no te tomen en serio como Hamlet por ser estadounidense? —preguntó Declan.

Aliviado por el cambio de tema, Johnny se recompuso con rapidez.

—Por favor, era danés. No hablaba como Leslie Howard.

En el bar, James y la señora que escribía novelas intercambiaron unas sonrisas de afecto.

—Lo que importa es la actuación —continuó Johnny—. Podría interpretarlo como J. R.

Comenzó a recitar *Ser o no ser* en un acento marcado de Texas. Fue tan divertido que los camarógrafos apenas podían mantener las cámaras quietas. A mitad, Johnny cambió al acento del príncipe

Carlos, lo que fue aún más divertido; entonces, las últimas diez líneas las hizo tan bien y fue tan bueno que Declan sintió que se le ponían los pelos de punta. Al final, Johnny dijo con un acento de *cockney* exagerado:

—Me debes quinientas libras, por favor.

—Sí que te tomarán en serio —afirmó Declan.

—Puedo cambiar de registro, por eso soy un buen actor de películas —comentó Johnny—. Pero estar encima del escenario durante cuatro horas son palabras mayores. De todas formas, siempre he vivido rodeado de peligro…

Declan respiró hondo.

—¿Por eso volviste a Estados Unidos para un juicio?

—Esto sí que es inadmisible —gritaron los abogados, sumamente complacidos ahora por la perspectiva de un litigio lucrativo—. Acordamos no hablar de eso.

—Volví porque echaba de menos Estados Unidos —respondió Johnny. Aún parecía relajado, pero tenía los nudillos blancos de apretar los reposabrazos de la silla.

—¿Te han atraído siempre las chicas jovencísimas?

—Pues claro. Son preciosas. A la mayoría de los hombres les atraen. Esta era muy guapa.

—¿Sabías que solo tenía catorce años?

Al exprebendado estaba a punto de darle un infarto.

—Creo que tienes que hablar con la sala de control —le farfulló a Tony.

—Sí, imagino que estuvo mal, pero era muy buena y de verdad me preocupaba por ella. Sé que jodimos, pero no creo que la haya jodido a ella. Ahora está felizmente casada y tiene un bebé.

—¿Cómo te fue en la cárcel?

Los ojos de Johnny volvieron a hundirse.

—No es un lugar muy agradable en el que estar. Pero, si eres un actor famoso, estás atrapado de todas formas. Ir a la cárcel solo es cambiar una clase de cautiverio por otro. Y aprendí mucho. Podría ir a robar esta noche a tu casa estando tú dentro. Y soy cojonudo con el tráfico de información privilegiada.

Declan estiró las piernas.

—Qué calcetines más coloridos —comentó la chica del *Mail on Sunday* mientras se servía otro gin-tonic.

—¿Lo pasaste mal dentro? —le preguntó Declan.

—La verdad es que no. Hubo un tío que no sabía contar y se pensó que la chica tenía cuatro en vez de catorce. Me dio una paliza, pero hice buenos amigos.

—¿Alguna vez te han atraído las mujeres más mayores?

Johnny se lo pensó por un instante y luego sonrió con malicia.

—No, tienen el culo caído, y eso me corta el rollo en la cama.

El teléfono sonó en la sala de control.

—Por Dios santo, que deje de hablar de sexo —gritó Tony—. Los abogados nos van a llevar a los tribunales, y a Fergus Penney le está dando un infarto. Perderemos la franquicia si no hacéis que se calle.

—Es un programa buenísimo, joder —dijo Cameron, y acto seguido colgó.

A continuación, descolgó el teléfono.

—Faltan cinco segundos para la marca de señal —entonó Daysee—. Cinco, cuatro, tres, dos, uno. —Pulsó el interruptor para avisar a toda la cadena de que estuvieran listos en sesenta segundos para

pasar a los anuncios, que eran, al fin y al cabo, lo que mantenía a flote el estudio.

En cuanto apareció el subtítulo de que se acababa la primera parte, Johnny salió disparado del estudio diciendo que tenía que ir a mear.

—Quédate aquí —le gritó Cameron a Daysee—. Bien hecho, Declan.

Puede que Johnny no pudiera tener a Daysee en el descanso, pero desde luego sí que se tomó algo. En la segunda parte, estuvo mucho más gracioso, pero también mucho más relajado. Declan, en su silla de mago, solo tenía que darle una entrada, refrescarle la memoria y refrenar su increíble sinceridad cuando parecía que se iba a pasar de la raya.

El regidor alzó la mano mostrando el dorso con los dedos estirados hacia Declan para indicarle que quedaban cinco minutos más.

—Me encontraba en Texas —estaba contando Johnny mientras agitaba su cigarrillo—. Estaba en mi hotel con una alemana magnífica. Me dio su número de habitación y me dijo que subiera a la media hora. Debía de estar colocado. Cuando subí a toda prisa la escalera más tarde y llamé a la puerta, alguien me dejó entrar, pero la habitación estaba a oscuras.

«Oh, Dios», pensó Cameron. «¿Qué va a decir?».

—Bueno, pues me quité la ropa, me metí en la cama y, cuando estiré una mano, sentí una teta como un higo arrugado. Me pareció extraño. Después, bajando, noté que podía tocar el *Concierto para piano* de Grieg en sus costillas, así que busqué la luz a tientas y allí estaban sus dientes sonriéndome desde un vaso al lado de la cama.

No sé quién gritó más alto. En serio, debía de tener noventa por lo menos. Una cosa son las niñas menores de edad y otra la gerontofilia. —Johnny no pudo contener la sonrisa.

—Qué desagradable —espetaron el exprebendado y Valerie Jones al unísono.

—De todos modos, salí escopeteado de la cama mientras los de seguridad entraban, y le dije a la viejecita que no me delatara. Le llené la habitación de flores a la mañana siguiente y… —Johnny hizo una pausa malintencionada.

«Madre mía», pensó Tony mientras el exprebendado se ponía aún más rojo.

—… todavía me manda postales por Navidad.

El regidor estaba agitando dos dedos en dirección a Declan para indicarle que le quedaban dos minutos más.

—Ahora que vas a interpretar a Hamlet, ¿te queda algún objetivo por cumplir?

—Supongo que me encantaría estar felizmente casado —contestó Johnny con seriedad—. El otro día fui a ver a mi abuela, que lleva sesenta años casada. Eso sí que es un logro, como construir una catedral ladrillo a ladrillo, el trabajo de toda una vida. Supongo que no lo conseguiré, pero me gustaría.

—Oooh —dijo Daysee Butler, a la que conmovió tanto que pulsó el interruptor de marca demasiado pronto.

Ahora Declan estaba sonriendo y agradeciendo a Johnny su asistencia al programa.

Sonó Schubert, más alegre que nunca, y comenzaron a aparecer los créditos, pero como Daysee le había dado antes a la marca, solo se pudo entrever el nombre de Cameron Cook. La pantalla se puso

en azul real y salió el logo de Corinium Television con un pequeño carnero rojo que parecía mantener su cabeza con cuernos más alta de lo normal. Un segundo después, empezaron los anuncios.

Se volvió a oír otro clamor en el bar y la sala de juntas. Hasta el equipo irrumpió en un poco frecuente aplauso espontáneo y rodeó a Declan y a Johnny. En la planta de arriba, la prensa se peleaba por usar los teléfonos.

—Debo hablar con Declan sobre esos calcetines amarillos. Voy a hacer un artículo de moda sí o sí —dijo la chica del *Mail on Sunday* sirviéndose otro gin-tonic.

—Espléndido —comentó Freddie Jones—. Ha sido realmente espléndido. Enhorabuena.

Los abogados salieron y le dieron la mano a Tony.

—Estábamos cagados al final, pero Johnny ha quedado muy bien, como un hombre muy simpático y atractivo.

Valerie Jones estaba pegada al exprebendado.

—Qué escándalo —estaba diciendo—. Mi hija Sharon solo tiene catorce años, y cuando pienso…

—Que le den al exprebendado —dijo Tony cinco minutos después mientras salía de atender el teléfono de su despacho—. A lady Gosling le ha parecido excelente.

—Lo ha sido —respondió la señora Madden—. Declan quiere hablar contigo.

—Ha sido un programa magnífico. Bien hecho —exclamó Tony agarrando otro teléfono.

—Gracias —contestó Declan—. Por cierto, ¿te importa que no salgamos? Johnny no quiere ver a nadie. Ha llegado a una etapa en

la que podría pasarse de la raya. Me lo voy a llevar a casa para cenar con tranquilidad.

Al otro lado de la puerta, Tony podía ver a la prensa e incluso a los abogados emborracharse. El exprebendado seguía pegado a Valerie. Corinium había caminado por la cuerda floja esa noche y había salido muy airosa.

—Lo entiendo —replicó Tony—. Hablaremos mañana, pero enhorabuena de todas formas.

Cuando Cameron entró en la sala de juntas, todo el mundo la vitoreó. Hasta Tony se olvidó de sí mismo lo suficiente como para ir hacia ella y darle un abrazo. Sus ojos ardían por el triunfo.

—Lady Gosling ha llamado para decir lo mucho que le ha gustado. Me ha dicho que te felicitara expresamente a ti.

Pero Cameron parecía exhausta y desesperada. No solo porque no había salido en los créditos, sino porque había producido y dirigido un programa en el que no había participado. Había estado todo en manos de Declan y, por suerte, no se lo había cargado.

13

Los primeros programas de Declan para Corinium fueron un éxito descomunal. La prensa coincidió en que la entrevista a Johnny Friedlander era la mejor que había hecho en su vida, que la de Jackie Kennedy y la de la princesa fueron aún mejores y que las de Mick Jagger y Harold Pinter las superaron. Los programas se vendieron en el extranjero, e incluso se habló en las reuniones de la cadena de trasladar el programa a los jueves a las siete y media con el objetivo de desbancar a *EastEnders*. Las sudaderas, las tazas y los pósteres de Declan se vendieron aún más rápido que los biquinis en junio, y Schubert debió de bajar la vista desde el cielo, sorprendido pero encantado de ver su *Quinta Sinfonía* subiendo sin parar en las listas de éxitos.

Cuando se acabó el primer programa, Declan se mostró mucho menos agresivo y tenso, e incluso se tomó algo en el bar con el equipo, pero no por ello fue menos intransigente a la hora de salirse con la suya. Cameron echaba chispas, pero esperaba su momento. Tony estaba encantado con Declan en ese entonces, pero, conociendo la naturaleza de los dos hombres, Cameron sabía que no duraría mucho. Mientras tanto, aunque la avalancha de dimisiones en Corinium se había detenido con la llegada de Declan, Simon

Harris estaba cada vez más cerca de explotar y el personal se reunía en el Bar Sinister con sus copas de Sancerre para cuchichear cada vez más en desacuerdo sobre que Cameron estaba a punto de entrar en la junta.

Pero Tony, al que siempre le gustaba mucho pinchar, acabó invitando a comer a la deslumbrante Sarah Stratton para evitar que a Cameron se le subieran los humos y dispuso que James Vereker la entrevistara en su programa *Detrás de cada hombre famoso* a principios de noviembre. Cameron se cabreó mucho y descargó su ira contra el resto del personal.

La misma semana que se suponía que iban a entrevistar a Sarah, Tony llamó a Declan a su despacho.

—¿Cómo va tu resfriado? —le preguntó Declan a la señora Madden cuando entró al antedespacho.

—Mucho mejor —respondió ella, ruborizándose—. Gracias por acordarte. Ahora date prisa. Cameron ya ha llegado.

Cameron estaba recostada de forma amenazadora junto a la ventana, con un jersey negro de cuello alto, pantalones de cuero negros y tacones de aguja. Declan se preguntó si se habría paseado por encima de Tony con ellos en la cama. La habitación estaba llena de humo de puro. Tony se estaba bebiendo un brandi, pero no le ofreció a Declan ninguno.

—Siéntate. Enhorabuena a los dos —dijo con energía—. Acabo de enterarme de manera extraoficial de que hemos tenido el mayor índice de audiencia local de la historia con tu entrevista a la princesa.

Declan se dejó caer en uno de esos sofás bajos y mullidos, que, con sus piernas tan largas, le resultaba superincómodo a menos que

estuviera tumbado.

Tony se reclinó en su silla.

—Cameron y yo hemos decidido que es hora de que abras miras.

Declan desconfió.

—Queremos que entrevistes a Maurice Wooton esta semana.

—No es lo bastante gordo —respondió Declan con rotundidad. Lord Wooton era un promotor inmobiliario de Cotchester de perfil alto, pero de escaso interés a nivel nacional—. Y esta semana ya se la voy a hacer a Graham Greene.

—No pasa nada —replicó Cameron—. Haz la de lord Wooton como una entrevista especial después de las noticias de las diez el viernes.

—¿Y por qué no lo entrevista James?

—James ya está ocupado con la de Sarah Stratton en la sección de hombres famosos en *Resumen de Cotswold*. Además, queremos que la hagas tú.

—Mi contrato estipula que haré solo una entrevista a la semana.

—No te preocupes —dijo Tony—. Te pagaremos un extra. Solo queremos que te involucres de verdad en el estudio.

—No tengo tiempo. —Hacía tanto calor en el despacho de Tony que Declan podía sentir cómo se le llenaba de sudor la camisa.

—Para eso están los investigadores —comentó Cameron como si se lo estuviera explicando a un niño de dos años—. Deirdre Kilpatrick lleva trabajando en lo de Maurice Wooton toda la semana. El material que ha encontrado es la leche. Además —añadió con tono burlón—, a un tío tan bueno como Henry Moore no se le caían los anillos por utilizar ayudantes de estudio.

Como un perro luchando por salir de un estanque lleno de maleza, Declan consiguió levantarse del mullido sofá.

—Yo me encargo de la investigación —dijo con frialdad, y se marchó.

«Maravilloso», pensó Cameron. «Ya empieza a funcionar».

El jueves por la mañana, Cameron llamó a Declan a su casa. Era su día libre oficial. Se había quedado despierto hasta las cuatro leyendo a Graham Greene. Inspirado, tenía la intención de dedicar los próximos dos días a su biografía de Yeats, y ahí estaba la espantosa voz ronca de Cameron diciéndole que fuera a una reunión al día siguiente a las once.

—Así podremos perfilar algunas ideas sobre la línea que seguir con Maurice Wooton.

Declan le colgó el teléfono. Cuando llegaron las once y media del día siguiente y no se presentó, Cameron llamó a Priory hecha una furia. Habló con Maud, que le dijo que lo sentía, pero que Declan estaba en la cama.

—¿A estas horas? ¿Acaso está enfermo?

—Qué va —contestó Maud—. Está leyendo.

—Dile que se ponga.

Declan le contestó a Cameron que se tirase al río Fleet, que no tenía intención de ir a ninguna reunión. Acto seguido, Tony llamó a Declan y le ordenó que fuera aquella noche y entrevistara a Maurice Wooton. Declan, que acababa de recibir un recibo de impuestos de ochenta mil libras que no tenía forma de pagar a menos que siguiera trabajando en Corinium, respondió que iría más tarde, pero que no llevaría preguntas preparadas de antemano.

Llegó a Corinium alrededor de las dos, cuando sabía que Cameron y Tony estarían almorzando, y bajó a la redacción para hablar con

Sebastian Burrows, el más joven, brillante y, por tanto, frustrado de los reporteros.

—Deirdre Kilpatrick ha estado trabajando a destajo en tu entrevista con Maurice Wooton —dijo Seb.

—¿Deirdre Mataprogramas? —comentó Declan.

Seb sonrió.

—Y que lo digas. Maurice últimamente está en boca de todos por ser un encanto.

—¿Tienes algún trapo sucio? —preguntó Declan.

—Es uno de los mejores amigos de Tony, ¿no te parece suficiente?

—No mucho. ¿Tienes algo concreto?

A Sebastian se le iluminó la cara.

—Tengo bastante para hundirlo en la miseria diez años, pero no me atrevo a usarlo.

—Dámelo a mí —dijo Declan—. Me voy.

El mismo viernes, después de haber pasado toda la semana de reuniones con la Asociación de Fútbol y los directivos de los clubes para intentar llegar a un acuerdo sobre el vandalismo en el fútbol, Rupert Campbell-Black decidió que estaba tan agotado que necesitaba un día libre, así que se fue de caza con Basil Baddingham.

Pero seguir un rastro había sido imposible. Había estado lloviendo todo el día y los zorros habían decidido quedarse en sus madrigueras. Tras volver a guardar los caballos, Rupert y Bas regresaron al Aston Martin azul oscuro de Rupert y encontraron el parabrisas cubierto de hojas como si fueran multas de aparcamiento. Se quitaron los abrigos rojos empapados y las corbatas de caza, se pusieron los jerséis y luego se fueron a casa en la penumbra dorada.

—¿A por quién iremos esta noche? —preguntó Bas, que estaba cachondo.

—A por nadie —suspiró Rupert—. Tengo que meterle mano a mi caja roja y asistir a una fiesta de recaudación de fondos.

—Qué pena —le contestó Bas con picardía—. Iba a presentarte a la chica más increíble que he conocido en mi vida.

—Eso cambia las cosas —repuso Rupert—. ¿Dónde vive?

—En Priory, en Penscombe.

Creyendo que Bas se refería a Maud, Rupert le dijo:

—¿No es demasiado mayor para ti?

—No, te estaba hablando de la hija —respondió Bas—. Es una belleza deslumbrante.

En Priory, Grace, el ama de llaves, que avanzaba tan despacio ordenando el desván que resultaba ridículo, tropezó con un baúl de ropa vieja de Maud. Esta, que acababa de terminar lo último de P. D. James y sufría síndrome de abstinencia, subió las escaleras y comenzó a probársela. Ahora desfilaba con una minifalda de rayas blancas y rojas que le caía justo por debajo de la ingle y dejaba ver sus todavía hermosas piernas.

—Recuerdo pasear por Grafton Street en 1968 con esto —dijo—, y un estadounidense se llevó las manos a la cabeza y me gritó «¡Madre mía! ¡Menudas piernas!». Llevaba el pelo suelto así. —Maud se quitó las peinetas para que el pelo le cayera en cascada por la espalda—. Solo tenía veinticuatro años.

—Ahora no es que parezcas mucho mayor. Increíble —contestó Grace.

—Ay, también me encantaba este vestido. —Maud sacó del baúl un minivestido de color azul zafiro con cuello redondo—. Me lo puse para el bautizo de Patrick. Me pregunto si todavía me entrará.

—Te queda como un guante —comentó Grace, que se estaba probando un abrigo enorme—. Increíble.

Mientras Maud se admiraba en un espejo viejo de cuerpo entero apoyado contra las vigas, escuchó a Gertrude ladrar. Como su aspecto no la disgustaba, bajó las escaleras y se detuvo a mitad de camino. Por debajo de ella, en el vestíbulo, pudo ver dos cabezas: una muy oscura y la otra de un rubio reluciente. Se le aceleró el corazón.

—Maud —gritó Bas—, ¿estás en casa?

—Justo arriba —contestó ella con la luz a sus espaldas.

Bas alzó la vista.

—Caitlin —dijo—, creía que te habías ido.

—Soy yo. —Maud bajó despacio las escaleras—. Grace y yo estábamos haciendo el tonto probándonos mi ropa vieja.

—¿Cuántos años tenías cuando te pusiste eso por primera vez?

—Unos veintiuno.

—Pues hoy parece que tengas dieciséis —replicó Bas, dándole un beso.

—Por adularme tanto, te has ganado un copazo. Supongo que has venido a eso. ¡Grace! —gritó Maud escaleras arriba—. ¿Puedes bajar y preparar unas copas? Iré a cambiarme.

—No, no lo hagas —dijo Rupert—. Seguro que Declan cae rendido a tus pies con ese vestido. Estoy convencidísimo —añadió, dándole también un beso a Maud—. Parece que algún puñetero saboteador en contra de la caza me ha rociado con un repelente esta tarde.

—¿Dónde está Declan? —preguntó Bas cuando entraron en la cocina.

—Lo han obligado a hacer un programa más —contestó Maud, sacando una botella de whisky de la despensa.

—¿El cabrón de mi hermano ya lo está puteando? —preguntó Bas —. ¿Tienes algo de comer? Me muero de hambre.

—Queda algo de tarta de chocolate y una quiche en la despensa —respondió Maud, sirviendo tres copas de whisky—. Echad un vistazo a ver qué encontráis.

Rupert se puso a merodear por la estancia. Había una mesa envejecida gigantesca en el centro con sillas a los lados. Los estantes estaban atestados de libros de poesía y de cocina. Había un caballo de balancín en la esquina que era más grande que la cesta de Gertrude. Aengus, el gato, roncaba sobre unas camisas recién planchadas junto al fuego. En las paredes había cuadros de Maud en *Juno y el pavo real* y una pizarra de corcho repleta de recetas y fotografías de animales que Taggie había recortado de los periódicos. Aparte de una televisión sobre una cómoda, toda la demás superficie disponible parecía estar llena de cartas, facturas, muestrarios de colores, fotografías a la espera de ser pegadas, pastillas para desparasitar perros y gatos, bolígrafos que no escribían, periódicos y revistas.

—Bonita cocina —dijo Rupert.

—Es como la habitación que describieron Somerville y Ross cuando estaban haciendo las maletas para mudarse —comentó Maud—. Debajo de todo, hay algo.

A Valerie Jones, que se dejó caer media hora más tarde, no le pareció una cocina bonita en absoluto. Se sorprendió al ver que

Maud tenía como mínimo quince centímetros de muslo al aire y que Rupert y Basil estaban con los pies sobre la mesa sin haberse quitado las botas y emborrachándose con el whisky de Declan. Rupert estaba comiendo pan con mermelada de moras y leyendo la sección de la revista *Jackie* en la que la gente contaba sus problemas. Bas se estaba terminando lo que quedaba de una *mousse* de caballa con una cuchara. Gertrude, que miraba con ojitos los restos de la quiche y la gran tarta de chocolate, estaba ahora sentada babeando en la mesa sobre un montón de sábanas sin planchar que a Valerie no le quedó ninguna duda de que las pondrían directamente en las camas, y pensar aquello le dio un escalofrío.

Valerie, muy elegante con un traje de *tweed* de color jengibre y un gorro de cazador, mencionó que venía de una reunión del Comité de Ayuda a los Desamparados con lady Baddingham y, aprovechando la ocasión, se había pasado a ver si Maud tenía cosas de segunda mano para el mercadillo solidario de Navidad que se celebraría el próximo mes.

—Como os acabáis de mudar, seguro que tenéis un montón de trastos viejos que tirar.

—Solo su marido —dijo Bas, empezando con la quiche.

—Sssh —lo reprendió Maud en voz baja—. Pues es curioso, porque estaba probándome ropa vieja. Este era el vestido que llevaba cuando bautizamos a Patrick. El cura me enganchó la falda con el traje de bautismo sin querer y me la subió, así que todos los asistentes me vieron las bragas rojas.

A Valerie no le apetecía escuchar nada de las bragas de Maud.

—Entonces, debes de tener un montón de cosas de segunda mano —dijo.

—Yo nunca tiro la ropa —replicó Maud.

—Bueno, te he traído un folleto de nuestra colección de otoño —comentó Valerie, decidida a sacar provecho de la visita.

—Qué bien —respondió Maud, tirando el folleto encima de la cómoda galesa con el resto de las cosas—. Tómate algo.

—He venido en coche. ¿Tienes algo para todos los públicos? —preguntó Valerie.

—Con Maud llevando ese vestido, seguro que no —contestó Rupert, cortándose un trozo de tarta de chocolate.

—Me tomaré un té entonces —repuso Valerie—. Me encantaría probar un trozo de ese pastel, y esas conservas de mora tienen una pinta deliciosa.

—Taggie ha recogido las moras de tu valle; deberíamos darte un tarro —le dijo Maud a Rupert mientras encendía el hervidor de agua. Estaba exultante de alegría.

En ese momento, entró Grace con el minivestido rojo y negro de Maud puesto.

—Esta es la increíble Grace —dijo Maud.

—Increíble —respondió Grace, mirando a Rupert encandilada—. Me voy a esa charla sobre soplado de vidrio en el Instituto de la Mujer, Maud —añadió—. Hasta luego.

—No sabía que hubiera una reunión en el Instituto de la Mujer esta noche —comentó Valerie perpleja.

—Quiere decir que se va al pub —explicó Maud en cuanto la puerta se cerró de un portazo.

—No me parece muy bien que te llame por el nombre de pila —dijo Valerie con desaprobación—. No solemos hacer eso en Gloucestershire, ¿sabes?

—¡Adiós, Grace! ¡Que te lo pases bien! —gritó Rupert.

Valerie frunció los labios. Cuando vio que Maud echaba el agua hirviendo sobre una bolsita de té, esperó que la taza estuviera limpia.

—La quiche está buenísima —comentó Bas—. Y, por el amor de Dios, deja un poco de esa tarta de chocolate, Rupert.

—¿La ha hecho Grace? —quiso saber Valerie. Tal vez se había equivocado al juzgar a Grace al principio y sí que era un tesoro.

—A Grace se le da fatal cocinar —respondió Maud—. Es Taggie la que la ha hecho. Quiere dedicarse al catering y a preparar la comida de las fiestas de la gente.

—Pues debería venir a trabajar al Bar Sinister —dijo Bas—. Cielo, me preguntaba dónde te habías metido. —Bajó los pies de la mesa y se levantó cuando Taggie entró en la cocina.

Su piel pálida contrastaba con su pelo negro, que llevaba recogido en una gruesa trenza que le caía por la espalda. Llevaba puesta una de las camisas rojas de Declan encima de sus larguísimas piernas desnudas.

—Hola —saludó para el deleite de Bas. Después, cohibida porque parecía que le iba a dar un beso directamente en la boca, giró un poco la cabeza y se lo acabó dando en el pelo. En ese instante, vio a Rupert por encima de su hombro. Soltó un grito horrorizada y se puso tan roja como la camisa.

Valerie se quedó igual de horrorizada cuando Maud le quitó la bolsita de té de la taza con los dedos. Acto seguido, presentó a

Taggie a todo el mundo.

Sonriendo a Valerie, pero ignorando a Rupert a propósito, Taggie sacó una lata de alubias en salsa de tomate del frigorífico y comenzó a comérselas con una cuchara.

—Estoy seguro de que ya nos conocemos —dijo Rupert, desconcertado—. No perteneces a los Jóvenes Conservadores, ¿no? —Entonces, de pronto, cayó en la cuenta y se echó a reír—. Ya me acuerdo. Fue en el partido de tenis.

Taggie se puso aún más colorada.

—La quiche está estupenda; la *mousse*, increíble, y la tarta de chocolate, fantástica —comentó Bas con la boca llena.

—Ay, era la cena de mi padre —comenzó a decir Taggie, angustiada, pero después se calló. A veces, le daban ganas de matar a su madre. Estaba a punto de irse escaleras arriba cuando Bas la agarró de la mano, la sentó a su lado e intentó convencerla de que trabajara para él en el Bar Sinister—. Eres muy amable —murmuró Taggie—, pero estuve trabajando dos años en un restaurante y quiero establecerme por mi cuenta.

—Puedes venir y prepararme el desayuno cuando quieras —dijo Rupert. Parecía muy distinta a la chiquilla enfadada que le había gritado por los rastrojos—. Tenías mucha razón —añadió en dirección a Basil.

Taggie volvió a ignorarlo.

—Qué bueno eres, Bas —comentó Maud con cierto retintín en la voz—. La mayoría de las chicas no dudarían en aceptar un trabajo así. Yo siempre he tenido que relegar mi carrera a un segundo plano por Declan —añadió irritada.

No obstante, Taggie estaba de lo más desconcertada. No podía asimilar lo que Bas le decía. Tan solo podía pensar en aquel monstruo espantoso que la había perseguido en sus pesadillas durante semanas, al que había visto embadurnado en aceite, moreno, erecto en todos los sentidos de la palabra y tan inconsciente de su desnudez como un jefe zulú, y ahora ahí estaba, bebiéndose el whisky de su padre y riéndose de ella al otro lado de la mesa. Por puro nerviosismo, se levantó de un salto y encendió la televisión.

—Imbécil —gritó Rupert cuando James Vereker apareció en pantalla.

En Corinium Television, Sarah Stratton estaba sentada en la zona para invitados tan nerviosa que iba a echar la bilis por la boca (quizá por eso se le llamaba habitación verde, porque acababas vomitando) pensando que ojalá no hubiera accedido nunca a haber ido al programa de James.

La atroz Deirdre Mataprogramas, como todo el mundo la llamaba ahora, había ido a verla a su casa a principios de semana y había elaborado un montón de preguntas que James podría hacerle para promover el debate y sacar a relucir la tendencia natural de James a preocuparse por los demás.

Paul, furioso porque habían invitado a Sarah y no a él, no paraba de hablar de cómo el alto perfil de su mujer le iba a perjudicar en su carrera en ese momento. También estaba que echaba humo porque, para la ocasión, ella se había gastado una fortuna en un vestido negro de angora con margaritas bordadas en la parte delantera y hombreras enormes, que no estaba convencida de que le sentaran

bien. Menos mal que Rupert iba a estar en alguna fiesta de recaudación de fondos de los *tories* y no iba a ver el programa. Hacía un rato, James se había pasado por la zona para invitados fugazmente a saludarla, como un cirujano famoso en un hospital caro antes de extirparte medio intestino.

Tras llevarla al estudio durante la pausa publicitaria, Sarah estaba ahora sentada junto a él en el famoso sofá rosa claro. Se vio de reojo en el monitor y deseó no haberse puesto el angora; hacía mucho calor y las hombreras la hacían parecer un jugador de fútbol americano. La maquilladora se apresuró a bajar el tono de su rostro sonrojado.

—Sube el cuello, James —dijo la de vestuario.

—Lo había hecho a propósito, Tessa —replicó James—. Creía que me daba un aire más informal. Recuerda mirarme a mí, no a la cámara, Sarah. —La mujer estaba de los nervios, lo que no ayudaba. Él echó un vistazo a la estúpida pizarra para ver qué pregunta se suponía que tenía que hacerle primero y vio escrito con letras grandes: «James Vereker no puede hacer su programa sin echar un polvo antes»—. Dadle la vuelta —siseó James mientras un estallido del tema musical de *Resumen de Cotswold* indicaba el fin de la pausa publicitaria.

Sarah, que también había visto la estúpida pizarra, se echó a reír, y así fue como los telespectadores la vieron por primera vez.

—Sarah Stratton —dijo James, leyendo la pizarra, que ya habían puesto por el lado correcto—, llevas casi nueve meses casada con Paul Stratton, nuestro diputado por Cotchester. ¿Cuál crees que es tu papel como mujer de un diputado?

Sarah se puso seria.

—Apoyar a mi marido en todo lo posible —contestó mirando directamente a la cámara.

En la cocina de los O'Hara, Rupert subió el volumen.

—¿Ese no es el marido de Lizzie Vereker? —preguntó Maud—. Lizzie me cae bien.

—Es encantadora —contestó Rupert—. Si perdiese unos cuantos kilos, me casaría con ella.

—James es un idiota —comentó Basil—. Ponlo delante de la cámara y no se quitará ni aunque lo apuntes con un arma.

—Puede que algunos telespectadores encuentren las siguientes escenas perturbadoras —dijo Rupert—. Sarah está nerviosa. Fijaos en cómo se le van los ojos y se lame los labios. Aunque está increíble.

Daba igual lo que pensara ella, Sarah estaba estupenda ante la cámara. Ahora hablaba de lo difícil que había sido enamorarse de un hombre casado.

—No presioné a Paul para que dejara a su primera mujer —contó con modestia.

—Mentira —gritó Bas—. Llevaba un cincel en el bolso desde hacía años, para robarle a Paul como si fuera un percebe.

—Pero como al final la dejó por mí —continuó Sarah— y él tomó la decisión, me tachan de casquivana.

—Y con razón —comentó Rupert—. Y su marido es de la hermandad del puño cerrado. Es tan difícil beber en su casa que la primera ministra debería nombrarlo ministro de Sequía. Eso es algo de lo que nadie puede tacharte a ti, querida Maud —añadió cuando esta le echó lo que quedaba de whisky en su vaso.

Taggie, que estaba planchando las sábanas, estaba tan desconcertada como lo había estado Rupert hacía un rato.

—Estoy segura de haberla visto antes en alguna parte —susurró, y luego se ruborizó de nuevo al darse cuenta de que Sarah era la rubia despampanante que había estado jugando al tenis desnuda con Rupert.

—Se le dan muy bien los juegos de pelotas —comentó Rupert, leyéndole la mente a Taggie—. Por cierto, se te va a quemar la sábana.

Cabreada, Taggie siguió planchando. Por suerte, Valerie desvió la atención cuando preguntó cómo le iba a Caitlin en Upland House.

—Se parece más al St. Trinian's que a Enid Blyton —respondió Maud—. Caitlin dice que todas fuman como un carretero y que tienen botellas de Malibú escondidas bajo las tarimas del suelo. Pero me ha llegado un bonito informe de su directora en el que me cuenta que Caitlin es una chica encantadora que se ha adaptado bien, pero que se conforma con nada.

—No es algo de lo que su futuro marido vaya a quejarse —repuso Rupert, que estaba observando a Taggie. Le gustaba hacerla sonrojar.

—Caitlin es como Taggie —contestó Maud—. Ve demasiada televisión.

—A Sharon solo la dejamos ver la tele los fines de semana de vez en cuando —comentó Valerie con orgullo—. Cuando yo era pequeña, mi hermana y yo nos divertíamos de otra manera.

—Y yo también —coincidió Rupert—, hasta que la niñera me dijo que me quedaría ciego.

Valerie lo ignoró y pensó que James, con su encantadora sonrisa juvenil, era muchísimo más atractivo que Rupert, que siempre llevaba a Freddie por el mal camino y hacía comentarios subidos de tono.

James, dando por concluida la entrevista de Sarah, le preguntó si tenía pensamientos de dedicarse a algo.

—Debes de saber, como hombre famosísimo que eres —contestó Sarah con admiración—, que las mujeres de los hombres famosos tienen que quedarse en un segundo plano.

—Es posible ser famoso y preocuparte por tu mujer, Sarah —dijo James con la voz ronca.

—Claro que sí —replicó Sarah—. Lo que quiero decir es que si te casas con alguien que ya ha estado casado antes, te preocupas más por hacer que el matrimonio funcione, por no anteponer tu carrera… y por demostrarle a todo el mundo que decía que no iba a durar que se equivocaba. Así que te esfuerzas más.

Taggie estaba perpleja. ¿Cómo podía decir aquello Sarah cuando estaba teniendo una aventura con Rupert? La chica tardó unos minutos en darse cuenta de que Valerie le estaba hablando de su *boutique*.

—¿Por qué no vienes un día? —le propuso Valerie—. Sé que es complicado vestirte siendo tan alta, pero estoy convencida de que puedo encontrarte algo estupendo.

—Muchas gracias —dijo Taggie, agradecida.

Rupert, que estaba observando a Taggie, determinó que era muy guapa. Era como si alguien hubiera cogido un delicado bolígrafo negro y le hubiera trazado las líneas alrededor de las pestañas y de los iris de aquellos increíbles ojos plateados. Tenía la nariz

demasiado grande, pero la curva de su boca rosa claro, acentuada por un labio superior muy fino, era adorable, y a él le encantaría ver toda esa melena negra lustrosa desparramada sobre una almohada. Calculó que debía de medir casi un metro setenta y ocho, aunque en su mayoría era todo piernas, y tenía la ligera torpeza de un lobero irlandés arrepentido porque no puede evitar derribar tazas de té con la cola.

Percatándose de que Rupert estaba mirando a Taggie con semejante afecto impulsivo, que rayaba la lujuria, Maud sintió un arrebato de celos.

—Ve a por otra botella de whisky de la despensa, Tag —dijo con la voz cortante—. Y recoge todos estos platos.

—Pero es la última botella de papá —protestó Taggie.

Enfadada, Maud se volvió hacia ella.

—Sabes que tu padre no le negaría una copa a un invitado en su propia casa.

Temblando, Taggie apagó la plancha, sacó la botella de la despensa y la puso sobre la mesa con un golpe. Gertrude estaba gimoteando al lado de la puerta de atrás.

—Ya te saco, preciosa —dijo Taggie, agarrando un par de botas de goma negras.

—Abrígate bien —le aconsejó Valerie—. Y si quieres adaptarte a la vida en el campo, deberías llevar botas de agua verdes —añadió con dulzura.

—Si de verdad quieres adaptarte a la vida en el campo —dijo Rupert arrastrando las palabras—, deberías alisarle la cola a la perra.

Aquello fue la gota que colmó el vaso. Taggie le lanzó una mirada furibunda y se fue dando un portazo a sus espaldas.

—¿Qué mosca le ha picado? —preguntó Bas.

—El amor —contestó Maud, abriendo la botella de whisky—. Está colada por un amigo de Patrick que ni siquiera sabe que ella existe. Ya sabes cómo son los adolescentes.

Fuera hacía un tiempo agradable. El viento arrastraba montones de hojas anaranjadas por el césped y suspiraba en el bosque. Tras la reciente lluvia, el arroyo corría jardín abajo. Arriba, las nubes rojizas, que parecían algodón estirado, no cubrían el cielo del todo. De vez en cuando, a través de un resquicio, brillaba una estrella. Taggie estaba todavía temblorosa, pero caminó por el paseo de rosas que tantas veces en el pasado debieron de haber recorrido las monjas que, como ella, rezaban por su liberación.

—Por favor, Señor, que ese hombre horrible se vaya de la casa.

No podía parar de pensar en el cuerpo delgado y embadurnado de aceite de Rupert bajo el jersey azul oscuro y su pantalón de montar blanco salpicado de barro. Era evidente que su madre se sentía muy atraída por él; había presenciado ya muchas veces antes aquella expresión embelesada, aquellas mejillas arreboladas y aquella forma de beber tan desenfrenada. Y Rupert estaba incitando a su madre haciendo aquellos comentarios salaces (bueno, al menos había usado la palabra del día), acabando con toda la bebida de su padre y dejándolo sin cena.

A pesar de la temperatura agradable de la noche, se estremeció al considerar lo que podría ocurrir si Maud empezaba a hacer una de las suyas. Taggie se vería obligada a servirle de coartada, y, en aquella ocasión, se negaba a encubrir a su madre. No, no lo haría.

Su padre no quería líos en ese momento; necesitaba estar tranquilo. De camino de vuelta hacia la casa, con sus grandes almenas y torreones, que se alzaba frente al sombrío jardín con una fuerza intemporal, se sintió un poco más reconfortada. Seguro que la casa cuidaría de ellos.

Después de *Resumen de Cotswold*, James y Sarah, que se sentían bastante eufóricos, se llevaron un buen corte.

—¿Qué opinas de la entrevista, Cameron? —le preguntó James.

—Que preferiría ver a las babosas copular —espetó ella.

Sarah, a su vez, llamó a Paul.

—¿He estado bien? —preguntó ansiosa.

—Has sido muy clara —respondió Paul—. ¿Has visto a Tony?

—Sí —contestó Sarah de mal humor.

—¿Te ha dicho algo de que me una a la junta?

—No —respondió Sarah.

—Vamos a tomarnos una copa —le propuso James cuando ella colgó el teléfono.

—Sí, por favor —dijo Sarah.

Valerie no tardó mucho en irse a su casa cuando Taggie sacó a pasear a Gertrude. Maud, Basil y Rupert continuaron con la juerga. Cuando Taggie entró más tarde en la cocina, se sintió aliviada de ver que solo estaban su madre y Bas.

—La entrevista de papá a lord Wooton va a empezar ahora mismo —dijo.

—Mi marido —le contó Maud a Basil— siempre se convierte en la persona a la que entrevista. Cuando hizo la de Margaret Thatcher, se

pasó la semana vistiendo trajes elegantes, hablando con su acento y llamándome Denis en la cama.

Al notar la mirada de desaprobación de Taggie, Basil le dio una palmada a la silla que había a su lado y comentó que la entrevista sería interesante, ya que Tony estaba haciendo lo posible para que Maurice Wooton se uniera a la Junta de Corinium.

Rupert volvió del baño de abajo agitando el ejemplar de *The New Statesman*.

—No me digas que Declan lee esto —dijo indignado.

Maud asintió.

—Y hasta se lo cree.

—Pero no puede ser socialista con el pedazo de salario que gana.

—Lo sé —suspiró Maud—. No tiene nada de coherente.

—Supongo que le gustaría donar una parte —protestó Taggie enfadada— si alguien no se lo gastara todo.

—Si no puedes mantener la boca cerrada —espetó Maud—, será mejor que te vayas a la cama. —Jamás había visto a Taggie contestar de esa manera.

En el estudio tres, Declan siempre se metía en sí mismo antes de un programa, pero asintió cuando Tony apareció en la sala apestando a brandi y agitando un enorme puro. Estaba de muy buen humor: la ITN había utilizado dos de las noticias de Corinium con créditos incluidos, acababa de tener una cena fabulosa con Maurice Wooton y que hubiera conseguido que Declan hiciera la entrevista era la guinda del pastel. Declan no podría negarse ya a hacer otros especiales. Tal vez la semana siguiente se lo hiciera a Freddie Jones.

—Maurice está meando. Ya lo han maquillado —le dijo a Declan—. Pónselo fácil. Puede que tenga una reputación de sicario, pero posee un imperio enorme, adora a sus nietos y dona un pastizal a la caridad. También estará encantado si le hablas de ópera o de sus gatos.

—Enseña su lado bondadoso, Declan —dijo Cameron desde la sala de control—. Y, cámara dos, no enfoques el parche para la calvicie de lord Wooton.

La mezcladora de esa noche, sentada frente a su hilera de botones iluminados, se masajeó el cuello y abrió un KitKat. Qué día más largo había tenido. Daysee Butler jugueteaba con su cronómetro. En su pinganillo, Declan podía oírla hablar de su novio:

—Esta noche me va a hacer de cenar bacalao con salsa de queso de paquete. Es encantador.

El regidor estaba recibiendo a lord Wooton. Era obvio que se había pasado bebiendo con Tony, pero la de maquillaje lo había disimulado con una base verde y había oscurecido sus patillas canosas. Mientras se levantaba para darle la bienvenida, Declan pensó que aquel rostro asquerosamente sensual con aquel gran labio inferior rojo era como una de las orquídeas de Tony.

—Qué noche más agradable —dijo lord Wooton.

—Mucho —respondió Declan.

La introducción, que había escrito Cameron, estaba llena de fotos y vídeos bonitos de lord Wooton retozando con gatos, visitando a niños en el hospital, jugando al críquet con sus nietos, viendo cómo se ponían los primeros ladrillos de varios edificios y siendo condecorado con la Orden del Imperio Británico en el palacio. Estaba pletórico.

—No sé de dónde han sacado todas esas fotos viejas —mintió.

—Diez segundos para que se acabe la introducción, Declan —dijo Daysee desde la sala de control.

De sopetón, Declan se quitó el pinganillo y se lo guardó en el bolsillo. Su primera pregunta era pura zalamería.

—Como principal promotor inmobiliario de Gloucestershire, y seguramente de todo West Country, debes estar orgulloso de lo que has logrado.

Maurice Wooton juntó las manos complacido.

—Uno es tan bueno como las personas que trabajan a su cargo, Declan —respondió con tacto—. Seguro que ya lo sabes. Tengo gente de primera a la que yo mismo he elegido, claro.

—Pues qué pena que no los cuides mejor —repuso Declan con tono amable.

A continuación, procedió a sacarle los trapos sucios a Maurice Wooton empezando por uno de sus directivos, al que había despedido mientras estaba en el hospital recuperándose de una operación a corazón abierto, y después siguió por otro al que no había indemnizado cuando se rompió la espalda al caerse de un andamio.

Tony llamó a Cameron a la sala de control.

—¿Qué coño es esto? —bramó—. Dile que le pregunte a Maurice por sus puñeteros nietos.

—No puedo contactar con él —gritó Cameron—. Se ha quitado el pinganillo.

—Pues dile al regidor que le diga que se lo ponga otra vez, joder.

Ignorando a Maurice Wooton farfullar mientras lo desmentía todo, Declan pasó a hablar de adquisiciones ilegales y negocios turbios, y

luego presentó un informe secreto del ayuntamiento, que se acababa de publicar, en el que se declaraba que su empresa había construido un bloque de pisos baratos con especificaciones defectuosas a pesar de haber recibido una cuantiosa subvención del ayuntamiento.

Habiéndose quedado sin habla por un momento, Maurice Wooton comenzó a gesticular con los labios como una enorme rana toro morada.

—Otro aspecto de lo más desagradable de tu carrera —prosiguió Declan implacable— fue cómo sobornaste a tres concejales laboristas del Departamento de la Vivienda del Ayuntamiento de Cotchester para que te concedieran el contrato para la construcción de bloques de pisos en Bankside.

—Eso es absurdo —estalló Maurice Wooton.

—¿Lo niegas?

—Pues claro que sí.

Por el rabillo del ojo, Declan pudo ver al regidor haciéndole gestos de forma frenética para que se volviera a poner el pinganillo.

Ignorándolo, dijo:

—Entonces ¿por qué el concejal Bridie, el concejal Yallop y el concejal Rogers tienen un pago de cinco mil libras en sus extractos bancarios procedente de una cuenta suiza tuya? Aquí están las copias de los extractos del banco, los cheques y las cartas que les has enviado. —Declan lo blandió todo ante un Maurice Wooton con las fosas nasales rojas y peludas dilatadas y lo lanzó a la mesa—. Menos mal que quedan funcionarios del ayuntamiento con integridad.

Cameron estaba que trinaba, así que apagó por error el cigarrillo en la mano de la mezcladora, que, gritando, le dio a otro botón y pasó del telecine a un montón de estudiantes gordas que estaban haciendo un baile escocés.

—Vuelve a la uno, joder, a la uno —chilló Cameron.

Las estudiantes desaparecieron en mitad del baile para ser sustituidas por Maurice Wooton, que se había puesto de pie y le estaba gritando a Declan que todo aquello no era más que una sarta de mentiras y que se iba a casa a llamar a sus abogados. Al instante, se marchó hecho una furia y dejó el estudio sin parar de dar voces. Declan se quedó sentado impasible en su silla.

Para su gran decepción, los telespectadores de Corinium fueron obsequiados con música relajante y un vídeo con primeros planos de las flores silvestres de Cotchester, por lo que se perdieron el rugido de Tony, tan enfadado que apenas podía hablar, cuando entró en el estudio.

—Me he pasado cinco años haciéndole la pelota a ese tío —espetó —. Estaba a punto de unirse a la junta y apoquinar quince millones para nuestro proyecto de televisión por satélite.

Declan se levantó, cerniéndose sobre Tony.

—Pues haberme dado tiempo para investigar bien —replicó con frialdad—. A lo mejor habría encontrado algo bueno por lo que preguntarle, pero lo dudo. —Y dicho aquello, se marchó del estudio.

En Priory, Rupert se secó los ojos y se giró hacia Maud.

—Es el mejor programa de televisión que he visto en años, y encima con estudiantes de paso. Después de Tony Baddingham, Maurice Wooton es, sin duda, de lo peorcito que te puedas echar a

la cara en Inglaterra, y tu marido es el primer socialista al que admiro de verdad. La centralita de Corinium debe de estar que echa humo, desbordada, como diría Valerie, con llamadas de felicitación.

En ese momento, sonó el teléfono y Rupert lo cogió.

—Qué programa más bueno —dijo una voz—. Soy del *Western Daily Press*. ¿Está Declan?

—¿Qué te he dicho? —dijo Rupert pasándole el teléfono a Maud—. No pongas esa cara —añadió en dirección a Taggie—. Ahora mismo me voy a casa y le traigo otra botella a tu padre.

Después de que Rupert regresara con el whisky y de que Bas y él se marcharan, Taggie vio cómo su madre iba al espejo del recibidor, se arreglaba el pelo con las manos y se ponía bien el vestido sobre las caderas antes de sentarse al piano que había en el salón, y pensó que Maud debía de estar muy borracha por la cantidad de notas que había tocado mal.

Mientras cargaba la lavadora, se preguntó qué demonios le iba a dar de comer a su padre. Tal vez debería aceptar la oferta de trabajo de Bas y salir a conocer gente. No podía estar llorando por Ralphie para siempre. Oyó que la puerta principal se cerraba. De camino al vestíbulo, vio que Declan estaba ensimismado mirando cómo Maud tocaba a Schumann en el salón con el vestido que llevaba cuando se casaron y vivían felices sin blanca en Irlanda. La melena casi le llegaba hasta el taburete del piano.

Poniéndole las manos sobre los hombros, le dijo:

—¿Por qué llevas eso puesto?

—Grace y yo estábamos ordenando mi ropa vieja.

—Estás preciosa.

Schumann se detuvo de golpe cuando Declan coló las manos bajo el cuello redondo.

—Vamos a la cama.

Cuando Maud subió las escaleras delante de él, Declan deslizó las manos entre sus muslos desnudos.

—Dios, estás empapada.

Maud le dedicó una sonrisa somnolienta.

—Llevo toda la tarde deseando que llegaras a casa.

14

Tony habría despedido a cualquier otro miembro del equipo por tratar así a Maurice Wooton. Por ello, se pasó el fin de semana estudiando con detenimiento el contrato de Declan con los abogados. Por desgracia, no había ninguna cláusula sobre no presentar a sus invitados verdades incómodas. Así que, al final, Tony tan solo le escribió a Declan una nota cortante acusándolo de mala conducta y advirtiéndole que si se pasaba de la raya una segunda y una tercera vez, lo echaría a patadas.

A Tony se le aguó más la fiesta aún cuando el Gobierno ordenó de inmediato una investigación de la política de vivienda del Ayuntamiento de Cotchester y cuando vio la cobertura tan favorable del programa por parte de la prensa y de Corinium en concreto.

«Corinium al fin enseña los dientes», escribió el *Western Daily Press*.

«Corinium ha demostrado que ya no es el perrito faldero de los *tories*», escribió *The Guardian*.

Lo que más le costó a Tony fue atender una llamada entusiasta de la IBA:

—Maravilloso, Tony. Ahora nadie podrá acusarte de parcialidad política.

El miércoles siguiente, hubo una reunión de la Junta de Corinium. El temperamento de Tony no mejoró cuando una de los directores no ejecutivos, la anciana lady Evesham, vicerrectora de la universidad local, llegó en bicicleta bajo la lluvia torrencial justo cuando Tony apareció en su Rolls. ¿Por qué la puñetera vieja siempre llegaba una hora antes y se ponía a husmear por la oficina, hablando con el equipo y creando problemas? Esperando que se marchase, Tony se ocultó detrás del *Financial Times*. Al minuto siguiente, le estaba dando golpecitos en la ventanilla. De mala gana, Tony la bajó unos centímetros.

—Enhorabuena —lo felicitó lady Evesham, haciendo un gesto con su hocico arrugado y bigotudo en su dirección—. Deberíamos estar haciendo entrevistas como la de Maurice Wooton todo el tiempo. Sacar a la luz las injusticias. Ese hombre es un canalla. Debería buscar a Declan y decírselo en persona.

No obstante, Tony tenía otras cosas en mente. En la misma llamada telefónica en la que alabaron la entrevista de Declan, la IBA se había quejado de que Corinium aún no le estaba prestando suficiente atención a la zona más alejada de Southampton.

—Charles Fairburn acaba de terminar un programa sobre Isaac Watts —había replicado al instante Tony.

—¿Y quién es ese? —le preguntó el jefe de Televisión de la IBA.

—El famoso filósofo, poeta y profesor. —Tony consultó a toda prisa las notas de avance del programa—. Le pusieron Watts Square a una plaza en Southampton en su honor. Escribió *Oh God, our help in ages past*.

—Eso no nos sirve mucho de ayuda en el presente —contestó la IBA—. La gente de Southampton difícilmente considerará que una

hora en la sección religiosa de los domingos sea suficiente. Nos referimos a cubrir las noticias. Por ejemplo, no se mencionó nada sobre el incendio del buque de su majestad la princesa Michael de Kent en el muelle el viernes. La BBC le dedicó siete minutos a la historia.

—Lo miraré —respondió Tony.

Como consecuencia de esa conversación, Tony reunió en su oficina a sus dos directores ejecutivos más valiosos, que solían trabajar en Londres, antes de la reunión de la junta para la que habían acudido. Conocidos como el Bello y la Bestia, Georgie Baines y Ginger Johnson se hacían cargo de las ventas y las finanzas, respectivamente.

El increíble Georgie, que tenía unos ojos enormes marrones y unos gastos aún mayores, estaba al tanto de cada trapicheo y vivía gracias a las grandes agencias de publicidad, que se forraban tanto como él. También hacía que Corinium ganara importantes sumas de dinero. Ginger Johnson, la Bestia, era un rufián con pelo de zanahoria y rostro de remolacha, igual que una ensalada de invierno poco apetecible. Como director financiero, controlaba que las grandes cantidades de dinero que obtenía Georgie se administraran de la forma más lucrativa posible. Los tres hombres siempre se encargaban de los asuntos más importantes de la agenda antes de la reunión de la junta.

Al llegar al despacho de Tony aquel miércoles, Georgie y Ginger lo encontraron mirando un mapa de la zona.

—Si queremos mantener la franquicia —dijo Tony—, tenemos que mejorar la cobertura que hacemos.

—¿Y? —preguntó Georgie, que ya había oído eso antes.

—Vamos a construir un estudio aquí. —Tony señaló el punto rojo de Southampton con el dedo.

—Eso cuesta una fortuna —respondió Ginger, horrorizado—. Incluso un estudio pequeño nos haría perder cinco millones. No necesitamos un estudio allí.

—Y tampoco queremos hacer más programas —añadió Georgie—. Los programas cuestan mucho dinero.

—A la IBA le encantará la idea —comentó Tony con alegría—. Más programas, más empleo, mejor cobertura. No tenemos que construirlo de verdad, joder, solo tenemos que ponerles en la cara a la IBA la autorización de la junta y algunos planos provisionales de un arquitecto. Eso los callará hasta que tengamos la franquicia en el bolsillo.

—Estoy seguro de que la junta no lo va a aceptar, teniendo en cuenta que estamos recortando los presupuestos de todo lo demás —respondió Ginger.

—Dejádmelo a mí —dijo Tony.

Tony se encontraba en su mejor momento y se mostraba más sofisticado en las juntas. A su derecha se sentaba Georgie, que era guapo, y a su izquierda, Ginger, que era feo. Al lado de ellos, se encontraban Simon Harris, que nunca hablaba, y la señora Madden levantando las actas.

Y más allá de estos dos, a la larga mesa de olmo, se sentaban los miembros de la flor y nata, incluidos un diputado por Stroud, un medallista de Badminton, un compositor famoso que vivía en Oxford, un pedagogo de Stratford, un obispo, un futbolista famoso, varios

empresarios industriales que vivían por la zona y, por supuesto, lady Evesham.

Mientras se desarrollaba la reunión, todos expresaron su gran satisfacción por el prestigio que los programas de Declan le habían otorgado a Corinium. A continuación, se aprobaron las resoluciones y se acordaron recortes presupuestarios. Luego, lady Evesham atrasó la reunión durante al menos veinte minutos. Primero, repartió sándwiches de Marmite. Estaba hambrienta porque se había levantado a las seis de la mañana para escribir su biografía de Emily Pankhurst. Después, compartió una queja de una «investigadora joven anónima», que no era otra que Deirdre Kilpatrick, a la que le habían denegado el derecho de amamantar en la redacción.

«Madre mía», pensó Tony, observando a Simon Harris.

Como de costumbre, era Simon el que le había dado el visto bueno a Deirdre para llevarse al bebé a la oficina, ya que pensaba que la vinculación afectiva era lo más importante. Por ese motivo, Deirdre comenzó a sacarse sus enormes tetas por todo el edificio. Para rematar, el bebé Kilpatrick había regurgitado leche en uno de los procesadores de texto de la redacción justo cuando Charles Fairburn le estaba enseñando al obispo de Salisbury el edificio. Charles se desmayó de pronto y Tony prohibió que volviera a traer otra vez al bebé.

En ese momento, Tony se aclaró la garganta:

—Le dije a la chica que no volviera a traer al bebé más —le comentó a lady Evesham—. Ya es lo bastante mayor para tomar el biberón y tiene una buena niñera en casa. Distraía a mis reporteros de la redacción.

—Deberían estar por encima de este tipo de distracciones, ¿no? —contestó lady Evesham con frialdad—. Estamos en el siglo xx.

—Si se le permite a una chica traer a su bebé, el resto también lo hará.

El famoso jugador de fútbol, que era muy dado a decir obscenidades, dijo que siempre eran las feministas viejas y feas las que querían dar el pecho en público. Si las guapas quisieran hacerlo, a ningún tipo le molestaría. Recibió una mirada gélida de lady Evesham.

Tony, que estaba totalmente de acuerdo con el futbolista famoso, pero que tenía que fingir que no, pensó que ya era hora de que lady Evesham dimitiera y de que Cameron, que no soportaba ver a las mujeres dar el pecho, ocupara su puesto en la junta.

Tras decir que lo investigaría, Tony pasó a toda prisa al tema de la reducción de costes. Entonces, comenzó a taladrar a las personas más inflexibles de la reunión con detalles sobre los gastos en material de papelería y calculadoras, y sobre si de verdad era necesario proporcionarle ordenadores portátiles al personal de Ventas. Todo el mundo prestó atención mientras comparaba las ventajas de una infinidad de modelos distintos.

Quedaban dos minutos para la una. Al oír el tintineo de las botellas en el comedor del director en la sala de al lado, todo el mundo se espabiló. Un olor delicioso a solomillo Wellington se coló bajo la puerta.

—Bueno, eso es todo por hoy —concluyó Tony. A continuación, mientras todos agarraban sus bolsos y maletines, añadió—: Excepto por un punto que puede no estar en las agendas de todo el mundo: la propuesta del nuevo estudio en Southampton. Ya se ha hablado

antes de la cuestión de que no le prestamos la suficiente atención a la parte más alejada de Southampton.

—Sí, sí —contestó el futbolista, que una vez jugó para los Saints.

—En principio, ya habéis dado vuestro beneplácito a la idea de un nuevo estudio —continuó Tony.

Los directores se rascaron la cabeza… ¿De verdad? En ese instante, les distrajo otra ráfaga de solomillo Wellington.

—El edificio de los estudios creará mucho empleo en la zona —prosiguió diciendo Tony con energía—. Tenemos una estimación de los costes que puede ajustarse con facilidad al presupuesto. ¿Ginger? —Alzó una ceja hacia Ginger Johnson.

—En efecto —contestó.

—¿Y tú estás a favor, Georgie?

—Bastante —respondió, aunque estaba muy impresionado.

—¿Simon?

Simon Harris estaba tan perturbado por el incidente del amamantamiento que asintió con la cabeza antes de que Tony pronunciara su nombre.

—Oh, mirad, está nevando —comentó el futbolista, distrayendo aún más a la gente.

—¿Todos los demás estáis a favor? —Tony sonrió al resto de la mesa.

La única mano disidente era la de lady Evesham.

—Genial —soltó Tony mientras apilaba sus papeles—. Venid todos a tomar algo y a conocer a Declan O'Hara.

Cualquier otro pensamiento sobre los estudios se disipó en cuanto entraron en la sala de al lado.

El miércoles siguiente, hubo un gran alboroto en Corinium cuando la dama del Imperio británico Nellie Finegold, amiga de lady Evesham y una de las últimas sufragistas vivas, que había accedido a ir al programa de Declan esa noche, murió de un infarto.

Pero aún hubo más alboroto cuando la primera ministra, que estaba en Gloucestershire inaugurando un nuevo hospital y más tarde iría a cenar con el regimiento de Cotchester, accedió con amabilidad a sustituir a la dama del Imperio británico Nellie Finegold para contrarrestar la muy favorable entrevista que había tenido Declan con el líder de la oposición la semana anterior. La primera ministra, apreciando el valor de predicar ante dieciocho millones de espectadores, creyó que podría manejar a Declan. La única condición, que Tony aceptó al instante, fue que Declan le presentara primero las preguntas y se comprometiera a ceñirse a ellas.

—Esta es nuestra oportunidad de controlarlo —le dijo Tony a Cameron con regocijo—. Si manda hoy las preguntas, podemos insistirle para que haga lo mismo con todas las entrevistas futuras. Luego, podremos manipularlo en nuestro propio beneficio. Ya has visto lo letal que puede ser con Maurice, piensa en el caos que podría provocar en un año electoral.

Declan parecía cansado y tenso cuando entró en el despacho de Tony con un manojo de recortes de la primera ministra. Inclinando la silla hacia atrás, Tony estiró las piernas y se quedó mirándolo fijamente durante unos segundos.

—Hoy es un día importante para ti, Declan.

Este soltó un gruñido.

—Tengo muchas ganas de agarrarla del… —hizo una pausa— pescuezo.

—A ver, a ver —saltó Tony—, vamos a mantener la amabilidad y la calma.

—La primera ministra solo va a venir al programa si sabe con exactitud lo que le vas a preguntar, así que nada de cosas raras —comentó Cameron.

—No digas tonterías —espetó Declan—. ¿Por qué la iba a tratar diferente al resto?

—Porque es la primera ministra, estúpido, y la IBA responde ante ella en última instancia, así que se la tiene que tratar con amabilidad.

—Por mi parte, no.

—No seas tan cabezón, joder —chilló Cameron.

Siguió una discusión tremenda que acabó con Declan negándose en rotundo a hacer la entrevista y marchándose del despacho.

Cameron y Tony intercambiaron miradas de júbilo y horror. ¿Qué coño iban a hacer? La primera ministra ya estaba por la zona. Iba a llegar a los estudios a las ocho menos veinte para salir en directo a las ocho. La cadena había estado siguiendo el cambio drástico de invitado de Declan desde la hora del almuerzo.

—Lo tendrá que hacer James —declaró Tony—. Pero no anunciaremos el cambio de planes hasta justo antes de la retransmisión, de lo contrario, perderemos audiencia.

En su despacho, justo cuando había terminado de reescribir sus relaciones para *Resumen de Cotswold*, James apagó la radio porque estaba harto de oír la sintonía característica de Declan. Se volvió hacia el correo de sus fans y se encontró una carta de Sarah Stratton agradeciéndole la carta estándar que le había mandado a ella para darle las gracias por ir al programa. «Qué letra más bonita

y enérgica», pensó James. Estaba convencido de que las enormes florituras que tenían las eles significaban algo. Cuando tomaron una copa en el bar, decidió que era muy atractiva y pensó qué artimaña podría usar para volver a verla. No obstante, un segundo después, cuando Cameron irrumpió en su despacho, sus pensamientos quedaron relegados a una sola mujer: la primera ministra.

—Deirdre está trabajando en tus preguntas ahora mismo —le contó Cameron—. Tenemos que darnos prisa y entregárselas a la primera ministra en Gloucester para que pueda echarles un vistazo mientras se está cambiando. Deberíamos poder dártelas sobre las cinco. Si tienes alguna pregunta que añadir, házselo saber a Deirdre. Aquí tienes un informe de lo que la primera ministra ha estado haciendo en estos dos últimos meses, pero tú vas bien informado, ¿verdad?

James se sonrojó. Era el primer cumplido que Cameron le hacía.

—Creía que Declan iba a hacer la entrevista.

—Está enfermo —contestó Cameron.

—¿De verdad? —preguntó James, intentando parecer que se preocupaba en serio.

—No tanto como me gustaría —respondió Cameron con saña.

En cuanto ella se marchó, James, agradeciéndole a Dios haberse hecho las mechas la semana anterior, llamó a Lizzie.

—He conseguido la entrevista con la primera ministra.

—¡Madre mía! Pregúntale cuándo fue la última vez que se acostó con alguien.

—No seas tonta, esto es serio. Voy a enviar a un chófer a por mi traje azul. ¿Puedes prepararme la camisa de seda verde jade y la corbata azul zafiro? ¿Y puedes llamar por teléfono a los Stratton

para pedirles que graben el programa? —Quería que Sarah fuera testigo de su hora gloriosa—. No me fío ni un pelo de nuestro aparato.

«Querrás decir que no te fías de que yo me acuerde», pensó Lizzie.

Más tarde, Cameron estuvo a punto de caerse de espaldas por el tufo a Aramis que había en el estudio cuando entró para ir a la sala de control.

—Ya ha llegado. Tony la va a traer dentro de un minuto. ¿Estás nervioso?

—Todavía no —contestó James, ahuecando los cojines del sofá rosa pastel.

—Eres un buen sustituto de Declan —dijo Cameron—. Buena suerte.

«Puede que Declan haya difamado a Cameron», pensó James mientras se peinaba por enésima vez y se quitaba el brillo de la nariz con los polvos cremosos del tono Nuevo beis. Antes usaba el Pluma ligera, pero decidió que el nombre tenía unas connotaciones desafortunadas.

La primera ministra, como la mayoría de las mujeres, tenía debilidad por los hombres guapos y encantadores. Al verla aparecer por la cortina negra, radiante en tafetán azul oscuro y guiada por encima de los cables y las superficies irregulares por Tony, James se puso de pie. Durante un segundo, hubo una batalla de perfumes entre Diorella y Aramis, pero este último ganó con facilidad.

—Bienvenida a Cotchester, primera ministra. No puedo decirle lo muy privilegiado que me siento de conocerla —dijo James, otorgándole a ella el privilegio de ver sus preciosos ojos aguamarina,

que ahora resaltaban un poco más por la camisa verde jade y la corbata azul zafiro. Entonces, ella le ofreció la mano, él inclinó su cabeza llena de mechas y la besó con reverencia.

—Qué imbécil —susurró el camarógrafo principal.

—Venga a sentarse —dijo James.

Llegaron al famoso fondo con el sofá rosa pastel.

—La dejo en buenas manos, primera ministra —anunció Tony.

—Pues sí, lord Baddingham —contestó la primera ministra con su voz grave.

La entrevista fue muy de color de rosa, a lo Barbara Cartland. Como sabía que no le harían ninguna pregunta complicada, la primera ministra estaba de lo más tranquila y encantadora, y tan relajada con James como nunca lo había estado en televisión antes.

—La gente solo tiende a ver el lado de su carácter duro como el hierro, primera ministra, y cometen el tremendo error de pensar que no se preocupa por los desempleados, las personas mayores o los pobres.

—Señor Vereker… —la voz de la primera ministra bajó una octava —, ojalá pudiera hacerse usted una idea de las noches que me he pasado en vela preocupándome por la hipotermia, sobre todo cuando ya vuelve a llegar el invierno…

—¿Cuántas veces más va a usar esa idiota la palabra «preocupar»? —le espetó Cameron a Tony, que se había quedado con ella en la sala de control.

—Calla, se está abriendo de verdad —susurró Tony.

Durante la pausa publicitaria, se pudo ver a la primera ministra muy receptiva.

—Dentro de un minuto, empezarán a meterse mano —dijo Cameron mientras James se inclinaba hacia delante en un éxtasis de adulación.

Al final de la segunda parte, la primera ministra incluso derramó algunas lágrimas al hablar de sus preocupaciones como madre.

—Pero es la madre de todos nosotros —dijo James, tendiéndole su pañuelo perfumado con Aramis.

—Pásame una bolsa para vomitar —dijo Cameron con un gruñido.

—Eso es algo positivo —contestó Tony—. Le va a dar muchos votos.

—Diez segundos para terminar, James —lo avisó Cameron, pulsando el interruptor—. Cierra el programa.

—Gracias, primera ministra, por mostrarnos esa faceta suya de preocuparse por la gente —declaró James—, y vuelva pronto a Cotchester, por favor.

Mientras salían los créditos, se los pudo ver riendo y bromeando juntos.

—Voy a vomitar —afirmó el camarógrafo principal.

—Vuelve, Declan —musitó el regidor—, no hay nada que perdonarte.

—Me encantaría tener una cinta del programa, señor Vereker —dijo la primera ministra.

Fuera, un segundo equipo de cámaras de Corinium grabó su marcha, muy aclamada por una multitud formada por personal de Corinium elegido a dedo.

—Espero que nos paguen horas extras por esto —soltó Charles Fairburn, agitando una bandera del Reino Unido mientras unos exultantes James, Cameron y Tony acompañaban a la primera

ministra por las escaleras. Ya metida en el coche, lista para ir a una cena tardía con el regimiento de Cotchester, la primera ministra bajó la ventanilla.

—Espero que el señor O'Hara se recupere pronto —dijo con total sinceridad—. Este virus de la gripe puede ser demoledor.

—Ya era hora de que alguien destronara al señor O'Hara —declaró Cameron en cuanto se hubo marchado.

—Cuánto se preocupa esa señora —dijo James con un suspiro.

A la mañana siguiente, se levantó siendo temporalmente famoso. Tanto la BBC como la ITN comentaron la entrevista, que fue muy elogiada al día siguiente por la prensa conservadora. Solo el *Mirror* y *The Guardian* criticaron que James hubiese permitido que la primera ministra saliera airosa.

El viernes, se supo que Declan no estaba enfermo, sino que tan solo se había negado a hacer la entrevista con la primera ministra.

«Vuelven las discusiones», decía un enorme titular en *The Sun*.

En la BBC y en el resto de las cadenas, la gente sonrió con complicidad. Sabían que la luna de miel no iba a durar mucho.

15

Declan estaba teniendo una discusión por el dinero con Maud en la cocina cuando sonó el teléfono.

—¿Dígame? —espetó él.

—Soy Valerie Jones —contestó una voz de lo más refinada y algo familiar.

—Sí —replicó Declan, pero no caía.

—Nos conocimos en el almuerzo estilo bufé de lady Monica. Yo llevaba un jersey de críquet.

—Ah, sí. —Declan cayó en la cuenta: la tonta que se creía una medio interior de un equipo de críquet.

—Fred-Fred y yo nos preguntábamos si querríais pasaros a cenar el 7 de diciembre, la semana que viene, con unos amigos cercanos. Tony y Monica Baddingham…

Declan había escuchado suficiente. Se disculpó y le dijo que ya tenían un compromiso.

Maud estaba muy cabreada.

—Nunca salimos —estalló—. ¿Por qué rechazas la invitación por mí? A lo mejor yo sí que quería ir.

—Era esa enana del demonio que conocimos en casa de los Baddingham; seguro que habría acabado siendo una pesadilla.

—Pero quizá habrá más personas interesantes allí. ¿Cómo vamos a conocer a nadie si dices a todo que no?

Maud estuvo de morros todo el día. Declan intentaba entender la personalidad volátil y volcánica de John McEnroe, que iba al programa del miércoles, pero el mal humor de Maud no le dejaba concentrarse. Al anochecer, incapaz de aguantarlo más, bajó las escaleras y se disculpó.

—Lo siento, he sido un egoísta. Tengo que trabajar, pero tú puedes ir. Lo detesto, pero tengo que acostumbrarme. ¿Te sientes sola? —siguió diciendo cuando Maud se abrazó a él—. ¿Quieres que volvamos a Londres?

Ella sacudió la cabeza con fuerza.

—Es que echo de menos a mis amigos. Me preguntaba si podríamos dar una fiestecita por el cumpleaños de Patrick en Nochevieja.

A Declan le dio un vuelco el corazón.

—No, estas navidades no. No nos lo podemos permitir.

—Pero cumple veintiún años —rogó Maud—. Siempre tiene cumpleaños muy cutres porque está cerca de las navidades. Solo una fiesta pequeña, unas cuantas parejas. Taggie se puede encargar de la comida, le vendrá bien para practicar. No está obteniendo resultados con las tarjetas.

Declan estaba a punto de replicar que todavía no habían pagado la fiesta de despedida de Fulham cuando volvió a sonar el teléfono. Taggie lo cogió en la cocina. Cinco minutos después, entró corriendo en el salón con la cara sonrojada de la emoción.

—Ha pasado algo fa-fa-fabuloso. —La palabra del día—. Valerie Jones ha recibido una de mis tarjetas y me ha pedido que me

encargue de la cena de la fiesta que va a hacer el próximo viernes. ¿No es fabuloso?

—Sí que lo es —dijo Declan, separándose de Maud y abrazando a su hija.

—Nos ha invitado —comentó Maud con fastidio—. ¿Qué vas a cocinar para ella? Para saber lo que nos vamos a perder.

—Tengo que pasarme mañana para que hablemos del menú —respondió Taggie.

Maud aprovechó la oportunidad.

—Tu padre está de acuerdo en dar una fiestecita para el cumpleaños de Patrick en Nochevieja —dijo Maud ignorando la mirada de horror de Declan—, así que puedes ir pensando en la comida rica que vas a preparar.

A Taggie se le iluminó la cara de euforia aún más.

—Qué idea más fabulosa.

Arriba, en su dormitorio del torreón, se abrazó a sí misma, apretando su rostro sonrojado contra una de las finas y frescas ventanas eclesiásticas. ¿Cómo no iba a estar allí el mejor amigo de Patrick si este daba una fiesta? Iba a volver a ver Ralphie de nuevo.

Cocinar para la cena de Valerie era el primer encargo grande de Taggie, pero sus nervios no eran nada en comparación con los de Valerie. La mujer estaba hecha una furia con Freddie porque había invitado a Rupert, que venía a Gloucestershire para una reunión electoral y para presentar la copa en el derbi de fútbol Cotchester-Bristol. En un principio, se suponía que iba a llevar a una actriz francesa, pero esta acabó atrapada en una localización de Escocia. Por este motivo, Valerie tuvo que buscar a una mujer soltera en el

último momento. No tuvo más remedio que conformarse con Cameron Cook, que acababa de ganar un premio estadounidense por un documental sobre matrimonios concertados que había producido la primavera anterior. Como había hablado con ella lo justo en el primer programa de Declan, Valerie no tenía ni idea de que era la amante de Tony.

Y, ahora, Valerie no paraba de revolotear por la cocina probando y criticando todo lo que Taggie estaba preparando («Ponle más cayena a la salsa de pepino, Agatha») o preocupándose por si debían tomar queso antes del pudin o por quién debía sentarse al lado de quién.

—Aquí dice —anunció hojeando el libro de etiqueta— que el hombre más importante debe sentarse a mi derecha.

—Ese soy yo —contestó Freddie, riéndose a mandíbula batiente.

—No seas tonto, Fred-Fred —espetó Valerie—, y no picotees.

—Ese paté de pescado es fantástico —dijo Freddie, al que solo le habían dejado comerse una triste ensalada a la hora del almuerzo.

—¿Vas a estar todo el día con el postre, Agatha? —preguntó Valerie, observando de cerca el enorme castillo de helado y merengue en cuyo alrededor Taggie estaba poniendo nata montada para simular unas olas—. Esto está hecho un asco.

—Te prometo que todo estará limpio para entonces. Solo me queda esto por hacer.

La gente iba a llegar de ocho a ocho y media para cenar a las nueve. Debía meter los faisanes, cocinados a fuego lento con arándanos y jengibre, en el horno a las siete menos cuarto.

—También tienes que redactar los menús para ponerlos en cada extremo de la mesa —dijo Valerie—. Sería estupendo tenerlos en francés.

Taggie se puso pálida. Ya de por sí le costaba deletrear bien en su idioma; siempre le había dado problemas la palabra *faisán*. Se echó a temblar.

—Voy a comprobar cómo está el resto de la casa —comentó Valerie.

La salita estaba preciosa. Había encargado a los floristas dos hermosos arreglos rosas. El comedor también era una sinfonía de color rosa con un centro de rosas. A Valerie le encantaba el rosa; era muy femenino y combinaba a la perfección con su vestido de noche de terciopelo malva con la falda vaporosa y las mangas trompeta. Estaba contenta porque no se iba a servir sopa; Freddie era muy ruidoso cuando se la tomaba. Ya había pensado en dónde se iba a sentar cada uno. Ahora, de pie al final de la mesa, Valerie practicaba sus órdenes:

—Agatha, trae los aperitivos, por favor. Retira los entrantes, Agatha. Trae el postre.

Y luego estaba lo complicado: captar la atención de todas las mujeres. Echó un vistazo a las sillas alternas.

—¿Por qué no vamos arriba?

¿Qué ocurriría si el horroroso de Rupert la malentendía y la acompañaba también arriba? Era muy capaz. Para asegurarse, sería mejor decir: «Señoras, ¿por qué no vamos arriba?».

—Menuda la que tenemos liada —comentó Reg, el mayordomo contratado, que ya estaba empinando a base de bien el Mouton Cadet—. Con esa hablando sola en el salón.

—¿Qué voy a hacer con el menú? —dijo Taggie con impotencia.

—Yo te ayudaré. Estoy estudiando francés para los exámenes de secundaria —contestó Sharon, la hija de la casa, que había heredado

la corpulencia y el carácter dulce de su padre—. Estoy segura de que faisán se dice *payson* en francés.

La señora Makepiece, la asistenta de Valerie que había ido a ayudarla con la colada, estaba barriendo la alfombra del salón, sacudiendo un polvo inexistente, cuando Valerie entró corriendo, cambió de sitio la montaña de revistas *Tatler* y *Harper* y abrió la *Gloucester and Avon Life* para dejar bien a la vista una foto suya del desfile de moda de la NSPCC en Cheltenham. Eran las siete de la tarde. Debería darse un baño y cambiarse.

En la cocina, Taggie estaba terminando el pudin y metiendo los faisanes en el horno. Tenía que acordarse más tarde de añadir eneldo a la salsa de gambas. Ojalá Valerie no hubiera querido cosas tan elaboradas. Todo estaba yendo a las mil maravillas hasta que Valerie bajó vestida e insistió en que Taggie se pusiera un vestido negro de sirvienta y un delantal blanco, que le quedaba demasiado por encima de las rodillas, con medias negras y la obligó a recogerse el pelo. Taggie se negó a ponerse la cofia blanca de sirvienta.

—Espero que abras la puerta —dijo Valerie—, supervises todo en la cocina y esperes en la mesa.

—Ahora estás en el ejército —canturreó Reg, el mayordomo contratado, que ya iba por su tercera botella.

—¿Te vienes a ver *Dinastía* conmigo? —le preguntó Sharon a Taggie.

—No vas a ver ese tipo de basura, Sharon. Tienes que repartir aperitivos y ser agradable —espetó Valerie, a punto de saltar del susto cuando la música retumbó por los altavoces de toda la casa.

—Esa es la sintonía de apertura de mi padre —dijo Taggie encantada.

—Baja ese escándalo, Fred-Fred —chilló Valerie.

—Pero a Monica le encanta la música clásica —contestó Freddie.

—Bueno, pues déjala.

Llamaron al timbre.

—Ve a abrir, Agatha. Pon los abrigos de los hombres en el baño de abajo y los de las mujeres en el que hay arriba en el dormitorio principal, y luego lleva a los invitados a la salita, donde los recibiremos el señor Jones y yo.

Eran Paul y Sarah Stratton. Por un instante, Taggie y Sarah se quedaron mirándose la una a la otra, recordando su anterior encuentro en el partido de tenis de Rupert. Entonces, con una sonrisita malvada, Sarah le tendió el abrigo rojo de terciopelo. Se le había ido ya el bronceado, pero un vestido negro de tafetán palabra de honor con un polisón debajo realzaba su figura esbelta y opulenta. Como no había visto nunca a Paul, Taggie pensó que parecía tremendamente mayor y cansado para estar casado con una joven tan radiante y vivaz.

La siguiente en llegar fue Cameron Cook, a quien Taggie reconoció por la descripción de Declan e intentó no odiarla. A Declan se le había pasado decirle que era preciosa, y esa noche iba hecha un pincel con un batín rojo oscuro y una pajarita negra, el pelo peinado hacia atrás para mostrar su frente clara sin arrugas y sus espesas cejas negras. Miró fijamente a Taggie, y esta, como no tenía abrigo alguno que recoger, pasó junto a ella hacia el salón.

Tony y Monica llegaron poco después. Tony había estado fuera en una conferencia y, como estaba lavando la imagen de Corinium, por

una vez no se había llevado a Cameron, así que no estuvo para nada contento de verla en ese momento. Su gran sonrisa radiante como una bombilla se apagó como si hubiera habido un corte de luz bestial. Siempre se ponía nervioso cuando Cameron y Monica estaban en la misma habitación, además, lo que era aún peor, parecía que había sido Rupert, su viejo rival, quien había invitado a Cameron. Y encima también estaba la puñetera sintonía de apertura de Declan a todo volumen. Seguía cabreadísimo con él, pero sus esperanzas de criticarlo a base de bien esa noche se habían visto frustradas porque la estúpida hija de Declan estaba allí.

—Qué música más estupenda —exclamó Monica.

—Ven a verla en acción —le propuso Freddie, llevándosela para que presenciara la magia electrónica que tenía lugar en su despacho.

—¿Tienes alguna de Wagner? —le preguntó Monica.

Al segundo, para horror de Valerie, la *Marcha fúnebre de Sigfrido* retumbó de forma ensordecedora por toda la casa.

—¿Qué coño estás haciendo aquí? —le siseó Tony a Cameron.

—Me han invitado —respondió ella con frialdad.

—Debemos tener mucho cuidado.

—Por supuesto —repuso Cameron alargando la copa para que Reg se la rellenara al instante—. No debemos poner en peligro la franquicia.

Valerie le estaba hablando a Paul de la casa.

—Hemos sustituido las viejas ventanas con parteluz que había por ventanales.

—¿Cómo es posible que hayas conseguido el permiso de obras? —preguntó Paul espantado—. Creía que esto era un edificio protegido.

—De nivel uno —respondió Valerie pagada de sí misma—. Fred-Fred tiene amigos en las altas esferas.

—Por favor, que no se corte la salsa —rezaba Taggie en la cocina mientras le echaba yemas de huevo y vinagre.

—La puerta, cielo —la avisó Reg dándole un pellizco en el culo—. Eres la más atractiva de todas.

Eran Lizzie y James, que tenían pinta de haber discutido por la nefasta orientación de su mujer. A él le encantaba hacerse notar al llegar, pero no hacerlo media hora después de su jefe, que tenía cara de haberse comido un limón y estaba lo más lejos posible de Cameron hablando con Paul Stratton. James se sintió atraído de inmediato hacia Sarah y pensó en cuánto le gustaba ver a Cameron fuera de su salsa socialmente y, por una vez, bastante insegura.

Lizzie, que tenía un aspecto horrible (había estado trabajando hasta tarde de nuevo en su novela y no le había dado tiempo a lavarse el pelo), había llevado unos huevos de gallina Bantam para Freddie y Valerie y se alegró mucho de ver a Taggie.

—Estoy convencida de que todo estará buenísimo. No te preocupes.

Valerie volvió a comprobar su reloj: eran las nueve y cuarto y ni rastro de Rupert.

—Da igual —dijo Freddie mientras le rellenaba a todo el mundo las copas—. ¡Vamos a relajarnos, que es viernes!

—El aparato de Freddie es bastante asombroso —comentó Monica cuando regresó del despacho.

Sarah hizo contacto visual con Lizzie y soltó una risita.

En la cocina, Taggie estaba desquiciada mientras machacaba las patatas. Todo se echaría a perder si no comían pronto.

—Tira —le dijo Reg cuando sonó el timbre.

Ruborizada de ira y vergüenza y doblando las piernas para que pareciera que el vestido de sirvienta era más largo, Taggie fue a abrir la puerta. Radiante, Rupert pasó al vestíbulo.

—¿Has llamado a algún buen camión de bomberos últimamente?

—¿Quieres quitarte el abrigo? —preguntó Taggie con rigidez.

—Preferiría quitarte a ti el vestido —respondió Rupert—. Pareces el objeto de todos los sueños húmedos de los tíos. Llego tarde. Debería ir a disculparme.

Valerie ocultó peor que Taggie lo enfadada que estaba.

—Rupert, ¿dónde te habías metido?

Cameron se atragantó con el champán. Como en realidad no había coincidido nunca antes con Rupert y Tony la había envenenado con sus celos casi patológicos, se esperaba que el hombre fuera solo otro inglés bocazas de clase alta de mierda. En persona, era glorioso y parecía mucho más estadounidense que inglés.

Tras disculparse con Valerie, Rupert fue a darle un beso a Monica.

—No conoces a Cavendish Cook, ¿verdad, Rupert? —le preguntó Monica.

—¿Qué tal, sir Cook? —dijo Rupert admirando el batín de Cameron.

—Cavendish trabaja para Tony —prosiguió Monica—. Tengo entendido que ganaste otro premio la semana pasada, Cavendish. ¡Bien hecho! Quería ver el programa el verano pasado, pero, por desgracia, estaban echando *Los maestros cantores de Núremberg* en la BBC 2 la misma noche y lo estaba grabando mientras lo veía.

James estaba en éxtasis: ¡Cavendish Cook! Tenía su lado bueno que Monica fuera una adicta a la BBC 2 después de todo.

Como vio que Sharon se estaba escabullendo en dirección a la cocina, Valerie dio un chillido sobrecogedor.

—Sharon, Sharon, ven y tráele a la tía Monica unos aperitivos. No hace más que escaquearse para ver *Dinastía* —añadió en dirección a Monica—. No pienso permitir que mis hijos vean telenovelas.

—Oh, a mí me encanta *Dinastía* —repuso Monica dedicándole una sonrisa a Sharon—. Dime si Blake y Crystal se han reconciliado.

Rupert se acercó a James, que estaba hablando todavía con Sarah.

—Has hecho una entrevista buenísima con la primera ministra —comentó—. Y ella pensó que estuviste genial. Hasta me pidió tu dirección para poder escribirte.

James, que aborrecía a Rupert desde tiempos inmemoriales, se derritió más rápido que una bola de nieve en un microondas. Entonces, Rupert se giró hacia Sarah y le dio un beso en el pálido hombro.

—Buenas noches, querida. Qué vestido más sexy. Aunque no sé para qué te molestas en ponerte ropa de todas formas. Hace un frío que pela fuera. Creo que va a nevar.

—No podré volver a casa si nieva —refunfuñó James—. Estoy pensando en instalar un sofá para dormir en mi despacho.

Como vio que Tony estaba hablando con Paul, Rupert dijo:

—Tony Baddingham tiene uno para «no dormir» en el suyo.

Cameron soltó una carcajada.

James, quien no se iba a dejar provocar para hablar mal de Tony delante de Cameron, contestó:

—Tengo la sensación de que siempre difaman mucho a Tony.

—Estoy totalmente de acuerdo —dijo Rupert, acabándose el whisky—, pero no lo bastante.

Sentada al lado de Rupert en la cena, Sarah se encontró hablando de tonterías. La mujer pensó que lo peor del adulterio era que una tenía que recordar en público que no había escuchado cosas que su amante le había contado en privado.

—Vi tu entrevista en *Detrás de cada hombre famoso* con James —comentó Rupert mientras desdoblaba su servilleta—. Muy buena. ¿Estabas nerviosa?

—Muchísimo —contestó Sarah con las mejillas coloradas.

Como ya habían hablado el día anterior por la tarde de ese tema y de lo poco que había durado James en la cama, y como Rupert ya estaba colando la mano por debajo de la mesa en dirección a la raja de su falda, a Sarah le resultó imposible no reírse.

—Creo que te he encontrado un caballo —continuó Rupert mirándola de forma inexpresiva con los ojos azules. Después, procedió a describir hasta el más mínimo espolón. Como el día anterior también le había dado los mismos detalles, le resultó aún más difícil mantener la cara seria, sobre todo porque Paul, que simulaba prestar atención a Valerie, no hacía más que intentar poner la oreja para escuchar lo que decían.

Por suerte, Taggie los distrajo cuando llegó para repartir la *mousse* de pescado. Como no se acordaba de cuál era su izquierda ni su derecha, tras servir a Monica, se echó hacia atrás para servir a James.

—En el sentido de las agujas del reloj —chilló Valerie.

Taggie también lo pasó fatal cuando se dio cuenta de que Rupert y Lizzie estaban teniendo un ataque de risa por el menú.

—Campesino francés pelirrojo, salsa al pañuelo y desierto de castillo —tradujo Rupert.

—El francés de nuestra anfitriona parece un poco de Stratford atte Bowe, como el de la priora en *Los cuentos de Canterbury* —susurró Lizzie.

—¿Qué es esto? —dijo Valerie con voz cortante desde el otro extremo de la mesa.

Por un momento, Lizzie vio la cara de angustia de Taggie, así que se dio cuenta al instante de quién era la autora del menú.

—Solo comentamos lo bueno que es tu francés —le respondió a Valerie.

Esta asintió de forma engreída.

—¿Unos picatostes? —gritó agitando la cesta—. En esta casa no se come pan blanco.

—A mí me encanta —contestó Freddie con aire melancólico.

—A mí también —añadió Rupert—. Te mandaré una hogaza en Navidad.

Sentada enfrente de Tony e intentando desesperadamente no llamar su atención, Cameron anhelaba poder brillar y resplandecer, pero ¿cómo iba a hacerlo con Paul Stratton a un lado, que no hacía más que mirar a su mujer como un perro guardián, y con James al otro, que no hacía más que hablar de sí mismo?

—¿Cómo va tu programa *Cuida de tus mayores*? —le preguntó ella.

A James se le iluminó la cara.

—Creo que por fin hemos encontrado una presentadora, la señora Didbody. Una viuda de color de setenta y cinco años que tiene una hija de cincuenta; o sea, que es madre soltera —añadió James triunfante.

—Un auténtico gancho para la franquicia —dijo Cameron, que estaba observando a Rupert. Sin duda, era el hombre más atractivo que había visto desde que había llegado a Inglaterra, probablemente en toda su vida. Tenía una mezcla de elegancia, arrogancia socarrona e incapacidad de resistirse a provocar. Era obvio que se tiraba a Sarah Stratton.

—¿En qué consiste exactamente la electrónica? —le estaba preguntando Monica a Freddie con su voz aguda—. ¿A qué te dedicas exactamente?

Cameron vio la furia en la cara de Tony, pero Freddie parecía encantado por el interés de Monica.

—Pues en realidad hago de todo: vídeos, televisiones, sintetizadores, discos compactos, disquetes y microchips.

—Ojalá existiera un microchip que te quitara la celulitis —dijo Monica.

—Con mis ordenadores —siguió Freddie orgulloso—, científicos sobre el terreno pueden colocar satélites en órbita. Ahora todos los satélites pueden llevar a bordo mis ordenadores.

—Madre mía —comentó Monica. Ahora entendía por qué Freddie podía serle tan útil a su marido.

Tony no se lo estaba pasando bien. Pensaba que era una ironía de la vida, pues creía que en cenas de ese tipo, Monica se quedaría sentada al lado de hombres brillantes que no le interesarían lo más mínimo (aunque tampoco es que la hubiera visto divirtiéndose con

Freddie), y era él el que se había quedado relegado a un segundo plano con las mujeres segundonas. A su izquierda, Lizzie Vereker parecía estar hecha un cuadro.

—Estaba delicioso —comentó ella cogiendo otro pedazo de pan para mojarlo en los últimos restos de la salsa de gambas—. ¿La has hecho tú? —le preguntó a Valerie como quien no quería la cosa.

—Sí —contestó Valerie cuando Taggie salió de la habitación.

—¿Cómo está Archie? —le preguntó Lizzie a Tony.

—Estudiando Empresariales para los exámenes de bachillerato —explicó Tony con una sonrisa—, porque se piensa que así podrá decirme con todo lujo de detalle todo lo que estoy haciendo mal en Corinium.

«Solo es simpático cuando habla de sus hijos», pensó Lizzie.

—Sharon está estudiando *El sueño de una noche de verano* para sus exámenes de secundaria —dijo Valerie, haciendo sonar una campanita.

Taggie, que estaba cortando perejil para los calabacines, arrojó el cuchillo y salió corriendo hacia el salón mientras se tiraba del espantoso vestido corto hacia abajo.

—Ya puedes retirar los aperitivos, Agatha —dijo Valerie.

Cuando regresó a la cocina con los platos, Taggie vio que Reg estaba ahora borrachísimo y troceando los faisanes. Habría preferido que no hubiera cortado los trozos tan grandes, pues no habría suficiente para todos.

—Tan tierno como el beso de una mujer —dijo Reg, sirviéndose un trozo para él mismo—. Eres otra señora Beeton, Agatha.

—Oh, qué buena pinta. ¿Puedo probarlo? —preguntó la gorda de Sharon.

—Mejor después —respondió Taggie, mientras echaba la salsa por encima y les añadía el perejil a los calabacines—. Tengo que llevármelo.

—Yo me encargo de los calabacines —dijo Sharon, que quería ir a ver a Rupert.

Esta vez, Taggie sirvió bien el faisán. Se dio cuenta de que Rupert seguía con la mano bajo la raja de la falda de Sarah, el muy marrano, pero no le quedó más remedio que retirarla para coger el faisán. ¿Eran imaginaciones suyas o estaba rozando a propósito su codo moreno contra el pecho de ella mientras lo hacía? Cuando sirvió las patatas, permaneció lo más alejada posible, arqueándose sobre él como una farola. Al moverse hacia el otro lado de la mesa, aquellos ojos azules disolutos y perversos parecieron seguirla, haciendo que se sintiera más acalorada y molesta. Reg estaba sirviendo el Mouton Cadet ahora y había llegado hasta Valerie.

—Tuvimos a Sharon en 1972 —le estaba contando a Paul—, y nos casamos en…, eh…

—Cuidado —dijo Reg, dándole un buen codazo.

Rupert esbozó una enorme sonrisa y Sarah y Lizzie soltaron unas risitas.

Valerie, sabiendo que una debía comportarse con dignidad en cualquier circunstancia, ignoró el percance.

—Eso es todo, Reginald y Agatha. Os avisaré si alguien quiere repetir.

—Este año vamos a televisar la misa del gallo desde la catedral de Cotchester —dijo Tony mientras bajaba el cuchillo junto al tenedor—.

Yo haré la primera lectura. ¿Vas a hacer tú la segunda? —le preguntó a Paul, aunque sabía que no.

—No —respondió él con aspecto incómodo—. Estaremos fuera.

—Me pregunto entonces quién la va a hacer —dijo Tony.

—Yo —contestó Rupert.

—Pero si dijiste que te ibas a esquiar —replicó Sarah sin darse cuenta—. Quiero decir… —añadió bastante nerviosa—, dijiste que estarías fuera en Navidad.

Se produjo un incómodo silencio.

—Este faisán está estupendo —comentó Lizzie.

—Te daré la receta si quieres —dijo Valerie—. No chupes los huesos, Fred-Fred —espetó, pero entonces se calló de pronto al ver que Rupert estaba chupando los suyos.

Valerie reflexionó más tarde, cuando Taggie estaba retirando la tabla de quesos, que todo estaba saliendo a pedir de boca. Todos hablaban como cotorras y parecían disfrutar de la novedad de que los hombres se fueran cambiando cada dos sitios. Era algo positivo que Rupert estuviera sentado ahora al lado de Cameron, que antes había parecido que estaba un poco fuera de lugar. Taggie serviría el castillo con foso en apenas cinco minutos.

Girándose hacia Cameron, Rupert pensó en lo distinta que era a Sarah, pues era delgada y parecía tener hambre, mientras que Sarah era voluptuosa y parecía estar llena.

—Estoy deseando ir a mear —murmuró—, aunque solo sea por tener una excusa para salir a cotillear y ver cómo nuestra anfitriona se ha cargado el encanto de esta casa. Yo antes venía a fiestas infantiles.

—No puedo imaginarte de niño.

—Siempre engañaba a los médicos y a las enfermeras.

Al otro lado de la mesa, se fijó en que Sarah estaba coqueteando a propósito con James, quizá para darle celos o para despistar a Paul.

Para desaprobación de Valerie, Cameron sacó un cigarrillo. Rupert cogió una vela rosa y se lo encendió.

—¿Cazas con la misma jauría que Tony? —le preguntó.

—A veces —dijo Rupert bajando la voz—. A veces, vamos detrás de la misma presa.

Observando su rostro repentinamente depredador y serio, ella sintió un estremecimiento entre las piernas. Dios, lo deseaba.

—¿Quieres que te lleve a casa? —le preguntó él.

—No. —Tenía ganas de llorar—. He traído mi coche.

—¿El Lotus? —dijo Rupert.

La mujer asintió.

—Menudas ventajas tiene Corinium —comentó Rupert, volviendo al instante al humor displicente de antes—. Veo que James por fin se ha comprado un Porsche. Tendré que deshacerme del mío.

—No sé mucho de caballos —susurró Cameron, ansiosa por mantener su atención—, pero sí sé que la mujer de mi jefe parece uno.

—No te vas a deshacer de ella criticándola —dijo Rupert. Entonces, consciente de que Tony había dejado de hablar con Sarah de pronto y de que los dos los estaban escuchando, añadió—: Necesitas tres cosas en un caballo: equilibrio, calidad y coraje. En realidad, lo mismo que necesitas en una mujer.

—Yo añadiría inteligencia —contestó Cameron.

—No.

—¿No te gustan las mujeres de éxito?

—No me gustan las manipuladoras.

Hubo un coro de exclamaciones cuando Taggie apareció con el castillo con foso de helado. Aquello era lo último. Una vez que lo hubiera servido y retirado, se podría relajar.

—¿Qué haces en Corinium? —le preguntó Rupert a Cameron mientras observaba cómo Taggie se movía alrededor de la mesa. Tenía la cara de un rosa brillante y se mordía la lengua mientras se esforzaba por sujetar bien el pudin. El maquillaje se le había corrido por el sudor. El cabello oscuro se le estaba rebelando contra las horquillas que lo sujetaban. Pero nada podía disimular la longitud de sus piernas ni de sus pestañas oscuras ni la voluptuosa turgencia de sus pechos. Volvía a ir en sentido contrario a las agujas del reloj, pero la mayoría de los invitados estaban demasiado borrachos para darse cuenta.

—Soy la productora de Declan —respondió Cameron—. ¿Por qué no vienes a su programa?

—¿Qué? —dijo Rupert, alejando sus pensamientos de Taggie y volviendo a centrarse.

—Ven al programa. Seguro que entre los dos dais un buen espectáculo.

—No quiero —se negó Rupert en redondo—. No me va ese rollo, y hay tantos secretos enterrados que nos costaría mantener una conversación.

Tras haber servido a Valerie, Taggie avanzó despacio hacia él.

—¿Cómo te llevas con Declan? —le preguntó a Cameron con maldad.

—Fatal —contestó ella—. Me saca de mis casillas.

Rupert miró a Taggie para ver si lo había oído.

—Qué bonito —comentó él mientras analizaba el pudin—. Parece que necesito un permiso de obras antes de meterle mano a esto. Gracias, ángel —añadió, sirviéndose un trozo de almena y una cucharada de nata.

Ignorándolo, Taggie se dio la vuelta para servir a Cameron.

—¿Cómo es posible que la mujer de Declan lo aguante? —preguntó ella.

—Pregúntaselo a Taggie —respondió Rupert—. Maud es su madre.

A Cameron se le fue el color de la cara. Fijándose en Taggie por primera vez, intentó acordarse de las cosas malas que había dicho de Declan.

—Perdona. No me había dado cuenta.

Avergonzada, se sirvió demasiado pudin y todo empezó a tambalearse. Rupert podía oler el aroma del cuerpo de Taggie, podía sentir su calidez y lo nerviosa y temblorosa que estaba. La falda era demasiado corta. Sin apenas pensárselo, coló despacio una mano entre sus muslos.

Al instante, Taggie pegó un grito y dejó caer lo que quedaba del pudin, una cantidad considerable, encima del batín y los pantalones negros de satén de setecientas libras de Cameron.

—Zorra estúpida —gritó Cameron, perdiendo los papeles—. ¿Qué coño te crees que estás haciendo?

Taggie echó a correr hacia la cocina hecha un mar de lágrimas.

Recordándose que una debía comportarse con dignidad en cualquier circunstancia, Valerie llevó a una Cameron prácticamente histérica escaleras arriba.

Lizzie se volvió hacia Rupert.

—¡Serás cabrón! —chilló—. ¿No te das cuenta de que era su primer trabajo? Lleva meses intentando meterse en lo del catering. Ha cocinado como los ángeles y has tenido que venir a joderla.

—Con esa pinta —dijo Rupert, recogiendo los trozos del plato roto del suelo—, no se me habría ocurrido pensar que su carrera era tan importante.

—No seas tan insensible, coño. ¿No sabías tampoco que la pobre de Taggie es disléxica? ¿Te puedes imaginar acaso lo jodido que debe de ser que tu familia sea brillante y tú seas la única que no destaque?

—Madre mía —contestó Rupert, consternado de verdad—. No lo sabía, en serio. Ha sido todo culpa mía, Freddie. No he podido resistirme a tocarle el culo, pero la verdad es que no deberíais haberla vestido con ese atuendo tan sexy. Será mejor que vaya a disculparme.

—Más te vale dejarla en paz —replicó Lizzie mientras salía apresurada hacia la cocina para consolar a una Taggie llorosa, a la que un tambaleante Reg daba palmaditas inútilmente.

—Ve a buscar un trapo, un recogedor y un cepillo y limpia ese desorden —le dijo Lizzie al mayordomo— y ponles a todos otra copa. Ya está, no pasa nada, cielo. —Abrazó a Taggie.

—Lo siento mucho. Quería que todo saliera perfecto para la señora Jones —dijo Taggie entre sollozos.

—No debes preocuparte. Ha sido la mejor comida que hemos tenido en años. —Lizzie cogió una servilleta del rollo de cocina para secarle los ojos a Taggie—. Rupert es un gilipollas. Es incapaz de resistirse a una chica bonita.

—Cameron se está poniendo uno de mis vestidos —comentó Valerie cuando entró en la cocina.

—Lo siento muchísimo, señora Jones —dijo Taggie con voz entrecortada.

—Le estaba diciendo lo buenísima que estaba la comida —apuntó Lizzie.

Valerie estaba lívida. Había quedado clarísimo que ella no había cocinado nada.

—Recomponte, Agatha —dijo con la voz cortante—. Ve y recoge los demás platos y pregunta si lord Baddingham y la señorita Cook van a querer fruta, ya que se han quedado sin postre.

—Bueno, Cameron sí que ha tenido el suyo —se rio Lizzie.

—No puedo volver allí —repuso Taggie horrorizada.

—Lo harás —dijo Valerie— si quieres volver a trabajar para mí.

En el salón, James estaba cabreado con Lizzie por haber armado tanto escándalo por la estúpida hija de Declan, y Sarah estaba cabreada con Rupert por haberle metido mano a Taggie con tanto descaro. Había intentado relajarse en lo que a su aventura con él respectaba, pero ahora lo único que sentía era como si un mar de lava de celos al rojo vivo se derramase sobre ella.

Por su parte, Tony estaba encantado con el giro de los acontecimientos.

—Es evidente que la chiquilla es tan intensa y desequilibrada como su padre —no paraba de decir.

—Pues cocina de puta madre —comentó Freddie.

Y cuando Taggie, muy llorosa y cabizbaja, llevó un cuenco con melocotones y uvas, Monica se inclinó y le dio un apretón en la

mano.

—La cena estaba deliciosa, querida. Tengo un almuerzo de chicas la semana que viene. ¿Me quieres ayudar con eso? No hace falta que sea nada elaborado, algo sencillo. Mañana te llamaré.

Tragando saliva, agradecida, Taggie le contestó que le encantaría.

La atención cambió de rumbo cuando regresó Cameron con un vestido negro de Valerie. Tenía un lazo en el culo de lo más espantoso y le quedaba muy ajustado.

—Me gustas más de tío —le dijo Rupert, limpiando una mancha de nata de la silla de ella.

—Lo siento mucho —musitó Taggie cuando Cameron pasó junto a ella—. Te lo pagaré.

—No tendrías ni para empezar —siseó Cameron.

—No seas tan cabrona —le dijo Rupert con un tono borde. Agarrando a Taggie del brazo, añadió—: Lo siento mucho, ángel. Ha sido todo culpa mía.

Taggie no dijo nada, pero pareció encogerse.

James se acercó a Valerie.

—Uno de mis programas va a comenzar ya mismo. ¿Te importaría si voy arriba a verlo?

—Claro que no —contestó Valerie—. De hecho, señoras, creo que nosotras subiremos también.

Cameron se desquitó negándose rotundamente a subir y quedándose a beber oporto con los hombres, pero no le sirvió de mucho. Tony arrinconó a Freddie y lo convenció para almorzar justo después de Navidad y hablar de su incorporación a la Junta de Corinium, y Cameron se quedó sola con el muermo de Paul porque

Rupert se había marchado a la cocina, donde encontró a Taggie poniendo el lavavajillas y haciendo café.

—¡Vete! —dijo ella entre sollozos—. Eres el hombre más ma-ma-ma-maléfico que he conocido nunca.

—Ea, ea —gimió Reg desde debajo de la mesa de la cocina.

16

El lunes siguiente, Declan irrumpió en el despacho de Cameron sin llamar.

—Fuiste a la cena de Valerie Jones.

—Sí —contestó ella con frialdad. Por dentro, estaba temblando, preguntándose si Taggie le habría contado a Declan que le había gritado e insultado y cómo antes lo había estado criticando con Rupert.

—Tengo entendido que Taggie te tiró el pudin encima. Lo siento —se disculpó Declan—. Si no puedes quitar las manchas, te pagaré lo que te haya costado la ropa.

—No pasa nada —respondió Cameron, que se había relajado muchísimo por el alivio—. La llevé a la tintorería el sábado, quedará bien.

—Entonces, te pagaremos los gastos de la tintorería.

—Eso ya podría hacerlo Rupert.

Declan endureció el rostro.

—Ese cabrón… Pobre Tag. Estaba consternada.

—Lo hizo muy bien —comentó Cameron, creyendo que por un poco de generosidad no se iba a morir—. La comida estaba buenísima, y Monica le pidió que le preparara un almuerzo.

—Lo sé. Monica la llamó el sábado. Eso le levantó mucho el ánimo a Taggie.

—Fue culpa de Rupert —declaró Cameron, decidida a echar más leña al fuego.

—Espera a que le ponga las manos encima a ese cabrón.

—¿Y si le pido que venga a tu programa? —preguntó Cameron distraída—. Esa sería una forma mucho más sutil de acabar con él.

Declan dejó de andar de aquí para allá y lo meditó durante un instante. Iba contra todos sus principios entrevistar a propósito a alguien en el programa para dejarlo por los suelos.

—La fastidió de verdad —insistió Cameron, que quería tener una excusa para llamar a Rupert.

—Está bien —contestó Declan.

Incluso Tony se olvidó durante un tiempo de su aversión hacia Declan.

—Qué idea tan buena. Si Declan hace con Rupert lo mismo que con Maurice Wooton, le duplicaré el sueldo.

Cameron llamó a Rupert.

—Quiero preguntarte qué disponibilidad tienes los próximos meses.

—Deberías haberte venido conmigo a casa el viernes —replicó Rupert.

Como estaba sumamente ocupado, no era muy dado a la introspección y prefería pasar cada segundo de su tiempo libre en Gloucestershire con su trabajo electoral, con sus hijos, con sus caballos o en la cama con Sarah Stratton, Rupert le dijo a Cameron que no tenía intención alguna de ir al programa de Declan.

Cameron jugó su mejor baza.

—Entonces, le diré a Declan que eres un gallina.

Eso lo molestó:

—No digas tonterías. Vale, me lo pensaré.

Y Cameron tuvo que conformarse con eso.

Cuanto más se acercaba la Navidad, más se deprimía Declan. Estaba muy desilusionado con Tony. Se sentía una damisela en apuros que, al haber sido rescatada de la BBC por san Jorge, había vuelto pronto a la acción. No pasaba ni un solo día sin alguna petición capciosa para inaugurar el mercadillo solidario de Navidad de Monica para el Comité de Ayuda a los Desamparados, hacer un sorteo en el baile de NSPCC (con papeletas a setenta y cinco libras cada una), participar en la pantomima de Corinium para ayudar a las personas de la tercera edad o encender las luces de Cotchester. Declan se negó a todo, lo que aumentó la animadversión de Tony y le permitió a James Vereker tener la oportunidad de preocuparse de sustituirlo. Era algo que estaba implícito: si te preocupabas de hacer uso del excelente equipo de investigación, tenías que cumplir con tu deber como miembro del equipo de Corinium.

Declan estaba agotado por las disputas interminables. Era consciente de que su programa estaba decayendo. Aún estaba de los primeros en los índices de audiencia, pero sabía que la gente estaba comenzando a poner el programa con la esperanza de que mejorara esa semana.

Ávido por un poco de satisfacción intelectual, se estaba levantando a las cinco todos los días para pasar tres o cuatro horas escribiendo su biografía de Yeats, pero estaba demasiado agotado para hacer algún progreso real. También era muy consciente de que

no le estaba prestando la suficiente atención a Maud. Tras un largo periodo de letargo, emocionada por que Caitlin y Patrick volvieran a casa por Navidad, estaba teniendo uno de sus arranques de energía frenética, que consistían siempre en gastar dinero. Fue a la fiesta de Navidad de la oficina y cautivó absolutamente a todo el mundo.

Patrick llegó al día siguiente, entrando por la puerta un poco borracho y con cuatro maletas de ropa para lavar.

—¿Es esta la lavandería de Priory?

—¿Por qué has venido en taxi? —le preguntó Maud mientras le echaba los brazos al cuello.

—Porque ayer estampé el Golf.

En ese momento, Caitlin llamó desde el internado.

—Patrick está en casa —dijo Maud eufórica.

—Entonces, puede venir a recogerme en el Golf, que el Mini me da mucha vergüenza.

En Nochebuena, se vieron escenas dignas de una buena juerga en Corinium. Todo el edificio vibraba de lujuria. Seb Burrows, desde la redacción, escaló la fachada del edificio estando borracho y puso el gorro ruso de Charles Fairburn en uno de los cuernos rojos del carnero de Corinium. Otro bromista le colocó condones de los colores del arcoíris en los cuernos y la cola al carnero de bronce de Corinium que se encontraba en la sala de juntas justo antes de que Tony hiciera entrar al representante local de la IBA a tomar una bebida navideña. Las secretarias, con espumillones en el pelo, corrían chillando por el pasillo soplando unos matasuegras. Cuando James Vereker pasó por la sala de juntas con una pila de regalos de Navidad de sus fans, que se preocupaban mucho por él, hacia su

coche, cuatro de las secretarias chillonas se abalanzaron sobre él y le desabrocharon la bragueta. Se le cayeron los pantalones y se le vio un bóxer festivo cubierto con Papás Noel justo cuando Tony estaba haciendo que el hombre de la IBA saliera. Tony se puso muy furioso, pero no tanto como Cameron, que había preferido trabajar en Navidad por no tener nada mejor que hacer, cuando descubrió que Tony había mandado a la señora Madden para que les comprara los regalos de Navidad a Monica y a ella.

—He comprado dos pulseras de diamantes —susurró la señora Madden con complicidad—. He pensado que te gustaría elegir primero.

—Me quedaré con la más grande —contestó Cameron seria.

James estaba aún más enfadado porque había descubierto que Declan tenía diez veces más postales de Navidad que él y que el árbol de Navidad de la recepción tapaba por completo su foto enmarcada. La de Declan la habían dejado a la vista a cosa hecha para que todos la admiraran.

A pesar de estar totalmente arruinado, Declan vendió una primera edición de Trollope y le dio a todo el mundo que trabajaba en su programa, incluida Cameron, un pudin de Navidad y una pastilla estimulante para Navidad. También los llevó a una maravillosa comida a las afueras de Cotchester, en The Dog and Trumpet, cuyo gerente prohibió luego que nadie de Corinium Television volviera a poner un pie en la puerta.

Como señaló el camarógrafo principal:

—No se necesita ninguna dirección para ir a una de las fiestas de Navidad de Corinium, solo se tienen que seguir las luces azules intermitentes.

Después, todos recorrieron la High Street de Cotchester haciendo la conga para volver a la oficina, donde Declan se encontró a Charles Fairburn, que debería haber estado organizando la retransmisión en directo de la misa del gallo desde la catedral de Cotchester aquella noche, bebiendo Cointreau y haciendo sus cuentas.

«Gorro ruso: 100 £», escribió Charles. «Cena con Dean y Chapter: 80 £. Cena con Chapter: 100 £».

—El problema contigo, Declan —dijo, sacudiendo la cabeza—, es que no eres lo suficiente creativo con tus gastos.

En la redacción, el hombre del tiempo de Corinium se asomó a la ventana al atardecer para comprobar que el pronóstico que estaba a punto de dar en directo de una buena noche era correcto. Un momento después, recibió un cubo de agua fría por encima de su pelo recién lavado.

—Está lloviendo, imbécil —gritó una voz desde arriba.

Declan le entregó una caja de bombones a la señora Madden, que siempre había sido muy amable con él. Una vez que ella se lo agradeció profusamente, le contó que a su sobrino, que era corista, lo habían elegido para cantar un solo en la misa del gallo.

—El corazón me va a explotar de orgullo y, al mismo tiempo, me dan ganas de llorar —soltó.

Cotchester a medianoche, con las casas doradas y la enorme catedral iluminada, estaba más bonito que nunca. El inmenso abeto azul que había justo dentro de las verjas de la catedral, que por lo general se veía precioso engalanado con guirnaldas de luces en Navidad, por desgracia ese año no tenía nada, pues los conservacionistas, encabezados por Simon Harris, habían asegurado que las luces eran dañinas para el árbol.

La iglesia estaba iluminada con velas, guirnaldas de luces blancas en el árbol de Navidad y las luces de la televisión, y estaba abarrotada, llena de gente que esperaba tanto aparecer en televisión como poder ver a Declan O'Hara.

Tony hizo la primera lectura y se trabó dos veces, para regocijo de todo su personal. Rupert hizo la segunda con su voz baja, y casi todas las chicas de la congregación, excepto Taggie, desearon al instante tenerlo en su calcetín de Navidad a la mañana siguiente.

—Por favor, Señor, si lo ves conveniente, dame a Ralphie —rezó Taggie.

Caitlin no podía dejar de pensar en el sida mientras tomaba la comunión, aunque sabía que para contagiarse tenía que tragar litro y medio de saliva. Cuando avanzó por el pasillo con sus nuevos zapatos *creepers* negros de ante y sus calcetines de color amarillo vómito de gato fosforito a la moda, podría haber jurado que Rupert la estaba mirando. En la larga espera mientras todos los demás tomaban la comunión, Patrick, que también llevaba calcetines de color amarillo vómito de gato fosforito a la moda, le ofreció una galleta y ella la agarró con un fuerte tirón.

—Me pregunto si Aengus y Gertrude se habrán arrodillado a medianoche para honrar el nacimiento de Cristo —comentó Patrick mientras iban en el coche de camino a casa. Más que honrar el nacimiento de alguien, enfadados por haberlos dejado solos, Aengus había tirado y aplastado varias bolas del árbol de Navidad y Gertrude había abierto tres regalos que había debajo y casi se había comido la etiqueta de un pequeño paquete para Taggie. Dentro, se encontraba el colgante de plata más bonito del mundo engastado con amatistas

en una cadena de plata. Soltó un grito ahogado mientras leía despacio la nota:

«Querida Taggie: Siento haber sido tan cabrón. Que tengas unas navidades estupendas. Te veo en Nochevieja. Con amor, R.».

—Vaya, qué bonito —dijo con un sollozo, y echó a correr escaleras arriba abrazándose en éxtasis.

Fuera, las estrellas y la luna nueva parecían brillar solo para Taggie. Al final, Ralphie se había acordado de ella, y al cabo de siete días lo volvería a ver.

17

Para Nochevieja, las decoraciones navideñas de Priory habían acabado por los suelos, las siemprevivas parecían estar inclinadas como un borracho y Aengus el errante, que había destrozado todas las bolas de colores del árbol de Navidad, había aterrizado de mala manera sobre las postales de Navidad.

En el exterior, un vendaval de fuerza cinco, el huracán Fiona según Patrick, estaba asolando el valle, haciendo que las ventanas repiquetearan y que las chimeneas aullaran. En el jardín, una gigantesca carpa de rayas rosas y blancas, caldeada por estufas de gas, luchaba contra sus amarras.

—A lo mejor podemos usarla para la Copa América de Vela —propuso Caitlin.

—Podemos poner a todos los borrachos en la parte de abajo para que se mantenga en pie —dijo Patrick dándole otro sorbo al Moët.

—Tú serás uno de ellos si no dejas de beber como un cosaco —advirtió Caitlin con desaprobación.

—Es mi cumpleaños. Se supone que todo el mundo tiene permitido portarse fatal en su cumpleaños. Eh, estoy a punto de convertirme en adulto, nunca he tenido veintiuno. —Estaba de lo

más eufórico, porque, sin que su padre lo supiera, su madre le había regalado un Golf nuevo para su cumpleaños.

Cuando Maud se marchó a la peluquería y a recoger su nuevo vestido hecho a medida, Patrick y Caitlin continuaron con la distribución de los asientos que ella había comenzado. Taggie había intentado escribir los nombres en algunas de las tarjetas, pero estaba tan emocionada por la llegada de Ralphie que su ortografía se había ido totalmente al traste. Preocupada por si la carpa se venía abajo, fue a llamar a la empresa que la había colocado. Le dolían muchísimo los brazos de tanto machacar patatas para una decena de pasteles de pastor. Le parecía haber hecho cortes en forma de cruz en un millón de coles de Bruselas y pelado mil millones de uvas para la macedonia. El pan de ajo yacía como un montón de babosas plateadas sobre el papel de aluminio. La sopa de pavo estaba casi lista, solo hacía falta calentarla. El *kedgeree* para el desayuno estaba en cuatro platos grandes encima del congelador con pepino, langostinos y huevos duros ya troceados para añadirlos en el último minuto. La tarta de cumpleaños de Patrick, con forma de trébol, reposaba en el frigorífico.

Aún tenían que encontrar un alargador para la música de la discoteca y una bombilla para alumbrar el exterior, y Caitlin todavía no había escrito los carteles para indicarle a la gente dónde estaban los baños y dónde colgar los abrigos.

No obstante, poco a poco fueron teniendo las cosas bajo control. Taggie nunca había estado tan cansada en su vida. Había trabajado hasta la extenuación, pero no hacía más que repetirse que si conseguía llevarlo todo a cabo sin quejarse, Dios la recompensaría con Ralphie.

En la carpa, Caitlin estaba reescribiendo a toda velocidad las nuevas tarjetas con los nombres de la gente que Taggie había escrito mal.

—Monknicker Baddingham —se rio—. Vamos a dejar esta. Pon a Monknicker a la derecha de papá.

—Voy a poner a Joanna Lumley a su izquierda. Papá necesita divertirse un poco —comentó Patrick—. Bueno, aunque es mi cumpleaños, deberíamos ponerla a ella a mi lado.

—Mira —chilló Caitlin—. La muy penca de mamá ha puesto a Rupert Campbell-Black a su lado. Ni de coña, lo pondré al mío.

Quitó la tarjeta de la derecha de Maud, se la llevó y la colocó con reverencia a su lado, tres mesas más allá y detrás de un arreglo floral enorme para que su madre no pudiera espiar.

—¿Sabes qué? —Garabateó el nombre de Rupert en una segunda tarjeta—. Voy a ponerlo a mi otro lado también por si acaso.

Patrick miró su sitio y se fijó en que estaba sentado junto a Lavinia, su novia actual, y una mujer llamada Sarah Stratton.

—Ay, la voy a cambiar —comentó Caitlin, agarrando la tarjeta de Sarah—. Es una vieja. Tiene por lo menos veintiséis años.

—Pues me puso bastante oírla —repuso Patrick—. Mamá dijo que era muy guapa y voluptuosa y que tenía un marido rico con un pie en la tumba. Lo único que quiero es casarme con una mujer rica. Ojalá papá me quite del testamento. Si heredo todas sus deudas, estoy acabado.

—Vale, pues entonces te dejo a Sarah —comentó Caitlin—. He puesto a Tag al lado de Ralphie.

Patrick sacudió la cabeza.

—Yo que tú no lo haría. No se ha separado de Georgina Harrison en todo el trimestre. La va a traer esta noche.

—¿Y entonces por qué le mandó a Tag ese colgante de amatistas y se disculpó por ser un cabrón?

—Eso me parece rarísimo. La semana pasada no podía permitirse comprarle a su madre una caja de pañuelos para Navidad y todavía me debe cincuenta libras. ¿Estás segura de que fue Ralphie?

—Segurísima, será infiel.

—Calla, que viene Taggie.

—He conseguido hablar con el de la carpa, va a venir. Dice que se están pasando por todo Gloucester para comprobar bien sus erecciones —dijo Taggie con una risita, pero sonó el timbre y se puso pálida.

Sin embargo, no se trataba más que de dos chavales de rosa y blanco de los Old Etonians que se encargaban de la música de la discoteca, y de Maud, que había vuelto de la peluquería con su melena recogida en una masa de rizos serpenteantes.

—Qué guapa, mamá —comentó Taggie.

—Qué esperpento —musitó Caitlin.

El teléfono sonó. Era Bas Baddingham.

—Maud, querida, ¿puedo llevar a mi ultimísimo ligue?

—Claro —contestó Maud—. Cuantos más, mejor. ¡Vaya! —añadió cuando colgó el teléfono—. Otro hombre soltero atractivo pillado. ¿Quién narices va a bailar con Cameron Cook?

—¿La has invitado? —preguntó Taggie con una mueca de horror acordándose del incidente del batín—. Papá no la soporta.

—¿Cuántos crees que vendrán? —dijo Patrick dándole una copa de Moët a cada uno de los Etonians de rosa y blanco que estaban

comiéndose con los ojos a Taggie.

—Entre doscientos y trescientos —respondió Maud a la ligera.

—Pero si no hemos alquilado suficientes platos, cuchillos, tenedores ni nada —repuso Taggie con espanto—. Y tampoco tenemos dónde sentarlos.

Maud se volvió hacia Patrick.

—Cruza el valle y ve a casa de Rupert a pedirle que nos preste unos cuantos —le dijo.

—No sabía que él también venía —susurró Taggie incluso más horrorizada—. Pensaba que se había ido a esquiar.

—Ha vuelto para venir a la fiesta —contestó Maud con ojos soñadores—. Hacía mucho viento para aterrizar con el helicóptero, pero lo he visto pasar por Penscombe con el coche. Bueno, si no hay nada más que tenga que hacer, me voy arriba a pintarme las uñas. —Mientras se marchaba, paseó la mirada por la mesa para ver la distribución y se fijó en que había dos tarjetas con el nombre de Rupert a cada lado de Caitlin. —Rompió una con furia y la otra la puso de nuevo a su derecha—. Caitlin, no te vas a sentar al lado de Rupert. Te vas a sentar al lado de Archie Baddingham y le vas a poner buena cara. —Se giró hacia Taggie—. ¿Ha hecho Grace las camas para los amigos de Patrick?

—Alguien la ha insultado a la hora de comer en el pub —respondió Taggie—. Le ha dicho que era la chacha de Declan O'Hara, así que se ha ido a la cama indignada.

—Pues levántala —espetó Maud—. Al menos tienes a la criada de Valerie Jones, a sus dos hijos, a Reg el mayordomo y a sus amigos para que te ayuden, pero será mejor que prepares más camas.

—Pueden dormir en los sillones —repuso Patrick con suavidad mientras cogía las llaves de su coche nuevo—. Voy a ir a pedirle prestados los platos a Rupert.

—Le he preparado la cama a Ralphie en la habitación de invitados —dijo Taggie poniéndose colorada.

A las seis y media, Declan volvió a casa después de grabar una entrevista con el obispo de Cotchester, que, era consciente, no tenía nada de chicha. Durante todo el día, había estado atormentado por crecientes presentimientos, ya que una persona tras otra (Charles Fairburn, James Vereker, Simon Harris, Daysee Butler y, para su horror, Cameron Cook y Tony Baddingham) le habían dicho que lo verían esa noche. Era obvio que Maud había estado más tensa de lo que él esperaba en la fiesta de Navidad de Corinium, pero jamás se había esperado la carpa rosa y blanca que no paraba de ondear en el césped, las mesas extendidas para doscientos invitados, los chicos de la discoteca que comprobaban la acústica ni las trescientas botellas de Moët en hielo que había repartidas por varios baños de la casa.

Subió las escaleras hecho una furia y vio que Maud estaba tumbada en la cama sin nada más encima que una mascarilla y unos parches para los ojos de Optrex.

—¿Qué cojones es esto? ¿Es que acaso me quieres llevar a la ruina? —Pegó un portazo a sus espaldas.

En el salón de abajo, un grupo de amigos glamurosos de Patrick, que acababan de llegar y se estaban tomando una copa, pudieron ver cómo el muérdago que colgaba de la lámpara de araña se

sacudía bajo el arrebato de furia de Declan. Luego, oyeron a Maud gritar.

—Ay, madre —suspiró Caitlin—. Se ve que papá no está para fiestas.

Arriba, Taggie estaba preparando camas como una posesa para los amigos de Patrick. En el Trinity de Dublín no tenían reparos a la hora de dormir juntos en las camas más estrechas, pero ahora iban a dormir en la casa de los padres de uno de sus amigos, por lo que las chicas, en un arranque de moralidad, dijeron que querían dormitorios separados.

El escándalo en la habitación de sus padres iba en aumento.

Maud tuvo cuidado de no provocarlo demasiado. No quería que le pusiera un ojo morado. La sombra de ojos y la máscara de pestañas le sentaban mejor.

—«Paz en la tierra y bendita misericordia. Dios y los pecadores se han reconciliado» —canturreó Caitlin al otro lado de la puerta—. Callaos los dos, que habéis disgustado a Gertrude.

Taggie oyó desde arriba que llegaba otro grupo de amigos de Patrick al grito de «¡Feliz cumpleaños!». Fue corriendo a la barandilla y vio cómo la guapísima novia de Patrick, Lavinia, le daba un regalo. La acompañaba una chica negra preciosa y, tras ella —a Taggie se le cortó la respiración—, justo debajo del muérdago del vestíbulo, estaba Ralphie. Parecía que se había vuelto incluso más guapo con aquellos grandes ojos azules y rizos dorados.

Presa del pánico, se fue corriendo de vuelta a la habitación de invitados, puso otro tronco de leña en el fuego y arregló otra vez los eléboros que había en el jarrón azul al lado de la cama. Al menos tenían cortinas en esa habitación, y una cama comodísima para

Ralphie y tal vez para ella. Taggie se encogió sobre sí misma; no debía ser presuntuosa. Alguien llamó a la puerta.

—Adelante —graznó, sujetándose a la repisa de la chimenea para apoyarse.

La preciosa chica negra que había visto en el vestíbulo entró. Era muy delgada y menuda, no mediría más de uno cincuenta y cinco.

—Qué habitación más acogedora —dijo, tirando un bolso y un vestido negro con pliegues en la cama—. Y con fuego y todo. Eres un cielo. ¿Me puedo dar un baño?

—Claro —tartamudeó Taggie—, pero igual no sale el agua muy caliente.

—Tú debes de ser Taggie —dijo la chica—. Te pareces mucho a Patrick. Ay, mira, ¡qué eléboros más bonitos! No tenías que haberte molestado.

Taggie, que se había ruborizado tantísimo que podría freírse un huevo en la cara, repuso:

—En realidad, esta es la habitación de Ralphie.

—Y la mía —comentó la chica con una sonrisa—. Soy Georgina Harrison, la novia de Ralphie.

Patrick no había visto tanta pena en su vida. Parecía que Taggie había enloquecido casi, no paraba de temblar y temblar mientras sollozaba.

—No puedo soportarlo, no puedo soportarlo, lo quiero mucho.

—Ya lo sé, mi vida. Pero no funcionaría. Él es tremendamente frívolo, y tú no eres su tipo, aunque no es que sea culpa tuya, y además eres muy alta para él. Es como si esperaras que un chihuahua se emparejara con un lobero irlandés. Bueno, no del todo,

pero, al ser bajito, las chicas altas le intimidan. El verano pasado me dijo: «Tu hermana sería fantástica si fuera más baja».

—No puedo encogerme.

—Pues ve y cómete una seta.

—No te rías —lloriqueó Taggie.

—Cariño, tienes que calmarte y vestirte. Mamá y papá han dejado de pelearse, pero ni de coña se van a encargar de la comida. La señora Makepiece ha llegado con dos adolescentes horrorosos y Grace, Reg y sus amigos se han puesto a trincarse el Moët. Tienes que bajar y vigilarlos. Así que sé una buena chica y sécate los ojos. No cumplo veintiuno todos los días.

Maud tenía la habilidad de hacer que las casas parecieran bonitas. Las ventanas estaban sin cortinas, pero había enormes fuegos encendidos en todas las habitaciones de abajo, que además estaban alumbradas por cientos de velas rojas y decoradas por grandes jardineras de acebo, tejo y laurel. También estaba impertérrita para ser la anfitriona o para haber tenido una pedazo de discusión con Declan hacía nada. Lo cierto era que nunca había estado tan guapa. Los bucles de Medusa se le habían caído un poco tras el baño y le enmarcaban el rostro pálido al que el calor del fuego había dado un toque de color. Llevaba puesto un vestido muy escotado de tafetán verde marfil con un polisón debajo, que se le ceñía a la figura y que le resaltaba el verde brujeril de sus ojos. Había perdido casi tres kilos, pues apenas había comido nada en Navidad. Las perlas le relucían en las muñecas, las orejas y la garganta. Si no era capaz de atrapar a Rupert esa noche, nunca lo haría.

—Un vestido nuevo —masculló Declan intentando anudarse su corbata negra en el espejo del salón.

—Oh, no es más que un trapito viejo —replicó Maud con sorna.

—La vieja es la que lleva el trapito —contestó Caitlin con voz cortante.

Al ir a robarle un poco de perfume a su madre, había visto la factura del vestido y creía de verdad que se había pasado esa vez. ¿Para qué necesitaba su madre gastarse tanto dinero en ropa cuando ya tenía un hombre? A Caitlin le preocupaba que su padre hubiera decidido emborracharse a propósito, pero la pobre Taggie le preocupaba aún más. Eso sí, al menos en un baile con cientos de personas, su hermana podría conocer a alguien nuevo.

—Finge que es un trabajo, finge que es un trabajo —se decía Taggie entre dientes apretados mientras removía las grandes ollas de la sopa de pavo.

—¿Podrías preguntarle a Caitlin si se ha asegurado de encerrar a Aengus en uno de los dormitorios? Me da miedo que se meta debajo de un coche —le pidió a la hija de la señora Makepiece, Tracey, quien, vestida con la más ceñida de las faldas negras y una camisa blanca de triacetato y perlas, se estaba atusando el pelo de punta en el espejo de la cocina. Estaba claro que Tracey estaba deseando tener una oportunidad con alguno de los amigos de Patrick.

Fuera, Kevin, el hijo punki de la señora Makepiece estaba dirigiendo los coches hacia un llano cercano y entraba de vez en cuando para calentarse y combatir el frío a base de sorbos de vino. Reg y sus dos amigos estaban haciendo una labor admirable bebiendo y haciendo circular la bebida. Grace estaba muy molesta.

—Por dios, qué cansada te ves —le dijo a Taggie—. ¿Qué has estado haciendo?

Gertrude se desgañitó ladrando conforme iba llegando más y más gente. Estaba claro que la fiesta era un éxito rotundo. Maud había hecho una mezcla estupenda: un montón de amigos de Londres, que se quedaron prendados de la belleza de la casa y de lo guapa que iba Maud. Muchos de ellos habían llevado hijos adolescentes que se escabulleron escaleras arriba a la habitación de Caitlin en busca de Malibú y Coca-Cola. Y por otro lado estaban los glamurosos amigos de Patrick del Trinity, un buen contingente de Corinium Television y todos los amigos nuevos de Maud y Declan de Gloucestershire, de lo más emocionados de ver a tantas celebridades londinenses. Con dos horas bebiendo como cosacos antes de la cena, la mayoría acabaron borrachos como cubas.

Bas Baddingham los sorprendió a todos apareciendo con la mujer preciosísima de alguien.

—Dejó a Alistair el 12 de diciembre y al día siguiente ya estaba de caza —comentó Valerie Jones con estupefacción.

Valerie no paraba de decir también que acababa de lo más exhausta después de tantas fiestas.

—Fred-Fred y yo teníamos muchas ganas de tomarnos un huevo escalfado delante de la tele esta noche, pero no podíamos dejar tirados a los O'Hara —le dijo a Lizzie Vereker—. Cuánta gente, espero que cenemos pronto.

—¿Has tenido unas buenas navidades? —le preguntó Lizzie a Freddie.

—Fantásticas —contestó Freddie—. He tenido unos regalos buenísimos. El personal me ha regalado un casco de bombero, porque siempre ando que echo humo, y Rupert me ha enviado una hogaza del Día de la Madre.

Lizzie se echó a reír.

—Típico de él —comentó Valerie frunciendo los labios.

—Y los huevos de gallina Bantam que nos diste estaban de fábula también. Se nota mucho la diferencia. Hoy me he comido uno para desayunar —le dijo Freddie a Lizzie con una sonrisa.

—Te equivocas, Fred-Fred —replicó Valerie con una risita—, ese huevo era de un Tesco.

James, que se había saltado el almuerzo porque le estaban retocando las raíces, estaba bebiendo más que de costumbre y pensando en la cantidad de mujeres despampanantes que había a su alrededor: Joanna Lumley estaba por allí, pero también Patricia Hodge, Pamela Armstrong, Selina Scott y Ann Diamond.

Maud tenía un aspecto igual de sensacional, pero Sarah Stratton, que estaba presente, no iba tan deslumbrante como de costumbre. Tenía ojeras debajo de los ojos, aunque seguía exudando promiscuidad.

Es más, Sarah estaba de mal humor. Tampoco había almorzado, porque había estado buscando un vestido para llevar esa noche. Había extrañado horrores a Rupert en Navidad. Por supuesto, no la había llamado, ya que Paul había estado en casa todo el tiempo, pero tampoco había recibido siquiera una postal y, encima, en la columna de la mañana de Nigel Dempster, había aparecido una fotografía de Rupert esquiando con el brazo alrededor de una actriz

francesa increíblemente glamurosa llamada Nathalie Perrault. Iba a matarlo en cuanto lo viera.

Aunque, de todas formas, ¿dónde coño se había metido? ¿Con quién podía coquetear para ponerlo celoso? Sarah determinó que los hombres más atractivos de la fiesta eran Declan, que ya estaba bastante piripi, y el hijo de Declan, un bomboncito que sería espectacular dentro de unos años cuando se desarrollara. Sarah se acercó a la carpa y, cuando encontró la tarjeta de Rupert, la puso al lado de la suya. ¿Cómo se atrevía el muy cabrón a tontear con Nathalie Perrault? El puñetero de Paul también había leído a Dempster y se había tirado todo el día lanzándole pullitas.

Tony, para su asombro, estaba disfrutando de la fiesta muchísimo. Maud era lo bastante astuta como para apreciar lo vanidoso que era, así que lo trataba como si fuera su invitado de honor y no paraba de llevarle celebridades, en su mayoría mujeres hermosas, a las que se lo presentaba como «El magnífico jefe de Declan. Tienes que conseguir que te invite a Corinium, cariño». Tony no tardó en ponerse a ronronear como un enorme leopardo suelto en una granja de cabras.

Archie, el querido hijo de Tony, se estaba entonando arriba con los amigos de Caitlin. La pobre y gorda Sharon Jones se había vuelto supertímida. Caitlin le había presentado un chico detrás de otro, ordenándoles a ellos que la cuidaran, pero, en cuestión de segundos, Sharon volvió a las faldas de su cada vez más disgustada madre.

—Ya te lo he dicho. Ve a hacer amigos de tu edad —siseó Valerie enfadada.

La señora Makepiece se acercó a Maud.

—La señorita Taggie dice que vayamos comiendo; todo está listo.

—Tenemos que esperar a que llegue Rupert —se negó Maud con firmeza—. Dile que espere diez minutos.

En ese momento, sonó el timbre. Tal vez era él. Fue al vestíbulo, pero Declan llegó primero, y no se trataba más que de Simon Harris, que irrumpió con sus dos monstruitos hiperactivos y la bebé en un capazo.

—Hola, Declan —saludó Simon entre resuellos—. Perdona, llegamos tarde. Gracias por invitarnos a toda la *troupe*. —Entonces, viendo la mirada de horror de Declan, explicó—: Hablé con una tal Grace y me dijo que no pasaba nada.

Echó un vistazo a su alrededor y, tras decidir que aquella era el tipo de casa desordenada donde no desentonaban sus hijos, Simon soltó a los dos monstruitos.

—¿Dónde puedo dejar a la bebé?

En ese instante, Rupert cruzó la puerta tranquilamente con nieve en el esmoquin y en el pelo, y la palidez cenicienta de Simon Harris hizo que su bronceado de Gstaad resaltara todavía más.

—Rupert —comentó Maud con alegría—, has podido venir.

Se veía tan guapa, resplandeciendo bajo el muérdago del vestíbulo, que Rupert le dio un beso en la boca.

—Estás sensacional —dijo él.

—No tanto como tú —susurró Maud—. Debe de haberte hecho un tiempo espléndido.

—Noto que aquí hace mucho más frío —replicó Rupert mientras Declan se daba la vuelta y se marchaba a la cocina—. ¿Y a este qué mosca le ha picado?

—No es más que un berrinche. —Maud se giró hacia Reg, que pasaba por allí—. Tráele al señor Campbell-Black un cubo de whisky.

Cuando Caitlin regresó a la cocina a través de la carpa, volvió a situar su tarjeta a la derecha de Rupert y cogió a Aengus el errante, que estaba en el plato de Valerie.

—Una fiesta increíble —le dijo a Taggie, que estaba sirviendo con aire sombrío la sopa de pavo en los cuencos que había en unas bandejas—. Rupert ha llegado como si fuera un piel roja, así que mamá dice que ya podemos comer. Ah, y papá está como una cuba.

—Papá no es el único —replicó Taggie—. Deberías ver a Reg y a sus amigos. Tanto Tracey como Kev se han largado arriba, y la buena de Grace se ha puesto ya a cantar villancicos.

18

Tony Baddingham estaba aún más feliz en la cena sentado entre Joanna Lumley y Sarah Stratton.

—Sé que por protocolo deberías estar a mi derecha —le susurró Maud en el oído—, pero he creído que te merecías un premio.

—Freddie y yo nos marcharemos temprano —dijo Valerie cuando entró en el comedor—. Mañana hay reunión de West Cotchester en Green Lawns.

—No van a reunirse en ningún lado —comentó Rupert—. Fuera hace muchísimo frío, así que todos podemos ponernos hasta arriba. —Se preguntó qué le habría pasado a Taggie, pues no pudo encontrar su nombre en la disposición de los asientos.

—Tú vas aquí, a mi lado —le gritó Maud a Rupert, dándole palmaditas al asiento junto a ella.

—Y a mi lado —dijo Caitlin con una sonrisa, que cambió corriendo la tarjeta de sitio de Cameron Cook, que estaba al otro lado de Rupert.

Maud podría haber matado a Caitlin, pero no quería montar una escena en público.

—Deberías llamar a Grace. —Sonrió Caitlin, que había estado tomando Malibú—. Ya verás como viene corriendo cantando villancicos.

Tony pensó que era obvio que Maud y Declan habían tenido una bronca tremenda, seguro que por dinero. Ese mismo día, más temprano, Declan había hecho bastante hincapié en que sería una pequeña fiesta, para algunos amigos solo, pero debía de haber por lo menos trescientas personas y, por la forma en la que estaba corriendo el Moët, no habían escatimado en nada, lo que era estupendo, porque cuanto más arruinado estuviera Declan, más dependiente sería de Corinium y más podría atormentarlo y manipularlo Tony.

Entonces, dirigió la vista al otro lado de la habitación, donde Maud miraba embelesada a Rupert, con los codos juntos para que se le viera el escote más profundo y la sopa de pavo intacta, y decidió que lo más seguro era que Declan estuviera cabreado porque su mujer estaba locamente enamorada Rupert. Eso a Tony le venía de perlas, ya que significaba que Declan se ensañaría aún más con Rupert cuando lo entrevistara en Año Nuevo.

Sarah Stratton, que se había detenido a saludar a Rupert cuando entró, parecía bastante decaída cuando se sentó al lado de Tony.

—Me alegro de que estemos sentados juntos —le comentó él—. Quería hablar contigo.

—¿Tienes propósitos de Año Nuevo? —preguntó Sarah, agarrando la cuchara de su sopa.

—Sí —respondió Tony con su cara de pirata bronceada por el sol que de pronto parecía a punto de luchar contra una flota de barcos clíper rivales—, mantener la franquicia.

—Brindo por eso —contestó ella.

—No me importaría —dijo Simon Harris al otro lado de la sala, sirviéndose por séptima vez pan de ajo—, pero Tony ha llegado hoy bramando que no iba a tolerar un puto lenguaje como ese en ningún puto programa de su puto estudio.

—Siento molestarlo, señor Harris —lo interrumpió la señora Makepiece—, pero su bebé está llorando.

No era de extrañar que la bebé estuviera alterada, pues la había dejado en la planta de arriba rodeada de escenas de desenfreno petroniano, ya que los adolescentes estaban fumando y bebiendo desnudos y riéndose a gritos mientras abrían otro paquete de tampones y lanzaban las madejas de algodón como cañones.

Archie estaba compartiendo una botella de Moët con Caitlin, que había abandonado por un rato a Rupert en la cena para fumarse un cigarrillo clandestino.

—¿Qué tienen en común una chica de Upland House con un tampón? —le preguntó Archie.

—Ni idea —contestó ella.

—Que los dos son unos putos estirados.

Caitlin se murió de risa.

—¿Tienes novia?

—Tenía —respondió Archie—, pero me ha dejado porque tengo granos.

—No te preocupes por los granos —le dijo Caitlin con amabilidad —. Significa que estás produciendo mucha testosterona y que serás un gran amante vigoroso en el futuro. Iros a la mierda, pequeños mocosos arrogantes —gritó mientras los monstruitos de Simon Harris corrían de un lado a otro riéndose de los adolescentes que se

estaban besuqueando y amenazándose el uno al otro con uno de los cuchillos que les había prestado Rupert.

—Mi padre dice que todos en vuestra familia sois unos raritos —comentó Archie—, pero yo creo que sois geniales.

Declan, a quien Maud había puesto a conciencia entre Monica y Valerie para que no montara una escena, estaba tan borracho que corría el riesgo de poner su carrera en serio peligro. Ni siquiera se percató de que Monica estaba hablando de *Otelo* hasta que habló de Yago.

—Es un personaje más malvado que Scarpia —estaba diciendo ella.

—Mucho más —coincidió Declan—. Como tu marido, de hecho.

—¿Alguien quiere pan de ajo? —preguntó Valerie, que no se podía creer lo que estaba oyendo.

—Tu marido es un mierda —continuó Declan.

—Lo sé —respondió Monica con tranquilidad mientras partía un trozo de pan de ajo—. Pero tengo tres hijos y no creo en el divorcio.

—Yo tampoco —contestó Declan, llenando sus copas.

Valerie se puso muy furiosa cuando el granjero que tenía al lado le preguntó:

—Vives en Long Bottom Court, ¿no? —No quería hablar con él. Quería escuchar lo que Monica le estaba diciendo a Declan.

—No intentarás sacar mucho de quicio a Tony en el trabajo, ¿no? —prosiguió Monica—. Eres muy valioso en Corinium. Necesitan gente con integridad, y a mí me gustaría que te quedaras.

—No estoy seguro de que tu marido desee lo mismo.

—Creo que es mejor que dejemos de hablar de Tony —dijo Monica con amabilidad—, o comenzaremos a volvernos muy indiscretos. La fiesta es estupenda, y Maud está guapísima.

—¿Alguien te ha dicho a ti alguna vez que eres una mujer guapa? —le preguntó él.

Monica se sonrojó.

—Eso sería una exageración. Deberías tomar un poco de pastel de pastor, está para morirse.

No obstante, Declan estaba observando a Maud, que a su vez estaba mirando a Rupert.

—¡Corazón! ¡Oh, corazón! —murmuró—. Si ella tan solo la cabeza volteara.

—Comprenderías la locura de ser consolada —soltó Monica, terminando la cita por él—. No te preocupes por Rupert —continuó diciendo con rapidez—. Bertie Berkshire una vez lo describió como «un virus bastante desagradable que todas las esposas contraen tarde o temprano», pero todas lo superamos.

Declan se volvió hacia ella, sorprendido.

—¿Y tú también?

Ella suspiró.

—Sí, yo también, pero Rupert no tiene ni idea. Don Giovanni debe de haber sido igual que él. No se puede resistir a conquistar, y creo, aunque él no lo admitiría, que todavía echa de menos muchísimo el salto de obstáculos e intenta llenar de forma constante el doloroso vacío.

—Suele llenar los dolorosos vacíos de las mujeres de otra gente —respondió Declan con dureza.

Al final, Maud dejó de monopolizar a Rupert y se volvió hacia el antiguo jefe de Declan en la BBC, Johnny Abrahams, que estaba sentado a su izquierda.

—Qué fiesta tan maravillosa, querida —le dijo él—. Espero que podáis pagarla. ¿Qué tal le va a Declan? ¿Ya no trabaja para Tony Baddingham? Mira que se lo avisé.

—No digas tonterías —respondió Maud—. Ya sabes que Declan siempre discute allá donde va. Pero mira lo bien que se lleva con la mujer de Tony.

—Ahora puedes hablar conmigo —le sugirió Caitlin a Rupert.

—¿Cómo estás? Te vi en la misa del gallo —le dijo Rupert.

Le gustaba su cara alegre y sus ojos pequeños y brillantes.

—Dime —continuó bajando la voz—, ¿me va a perdonar tu hermana?

—Ah —dijo Caitlin—, bueno…, no te has portado muy bien con ella. Me he enterado de que le metiste mano en la cena, lo que fue bastante grosero, y de lo de la discusión sobre los rastrojos en llamas. Puede que Taggie reaccionara de forma exagerada, pero es muy sensible con los animales, se pasa los días sacando gusanos congelados de los caminos con este tiempo. Lo que de verdad le sentó mal fue que te portaras mal con Gertrude.

—¿Gertrude? —preguntó Rupert, desconcertado.

—Nuestra perra. Puedes pensar que Gertrude es muy sosa, pero todos la amamos. Taggie ha estado muy protegida toda su vida, nunca se ha ido de casa como Patrick y yo, y Gertrude y ella nunca se han separado.

Rupert sonrió.

—Igual debería haberle mandado a Gertrude el colgante en vez de a ella.

—Madre mía —exclamó Caitlin horrorizada—. ¡Fuiste tú! Como firmaste con una erre, todos supusimos que era de Ralphie. Taggie está loca por él, ¿sabes?

—Me alegro de haberla hecho feliz en Navidad —dijo con sarcasmo.

—Pero ahora no está muy contenta, porque Ralphie ha aparecido con otra mujer.

—¿Quién es?

—Ese rubio de ahí. A Taggie le gustan los rubios, así que si le das tiempo…

—Caitlin —soltó Maud con brusquedad—, ve a decirle a Taggie que quite los platos de la macedonia. Tenemos que comernos la tarta de Patrick, o a medianoche estaremos aquí sentados todavía. —Se volvió hacia Rupert—. Hemos conseguido entradas para *Starlight Express* dentro de dos semanas. ¿Quieres venir?

—No habléis de las cosas que pasan cuando yo me voy —refunfuñó Caitlin poniéndose de pie—. Taggie, Taggie —gritó, corriendo hacia la cocina—. Mamá quiere que se recojan los platos y que después nos comamos la tarta de Patrick.

—No hay nadie para recogerlos —dijo Taggie desesperada—. Los dos hijos de la señora Makepiece se han ido y no encuentro a su madre, ni a Grace, ni a Reg, ni a ninguno de sus amigos.

—No te preocupes por eso ahora —contestó Caitlin—. Esto es más emocionante. Fue Rupert el que te mandó el colgante para pedirte perdón por meterte mano en casa de Valerie Jones.

—No hay forma de que salgan trescientos trozos de esto. —A Taggie casi se le cae la tarta de Patrick—. ¿Qué acabas de decir?

—Que Rupert fue el que te mandó el colgante.

—Imposible que fuera él —susurró—. Lo odio.

—Mentira. Es muy simpático. Ve a sentarse con él. Intentaré buscar a Reg y a sus amigos para llevar la tarta, y que la gente se la coma en los platos de la macedonia. Venga, Tag.

—Ni de broma —jadeó Taggie. Ahora estaba sumamente pálida—. Voy a devolvérselo.

Los planes de Maud se habían torcido bastante. Habría querido que todos estuvieran bailando y que Rupert y ella estuvieran debajo de uno de los muchos manojos de muérdago de Caitlin a medianoche, pero aún estaban sentados a las mesas aguardando a que Patrick cortara su tarta. ¿Por qué diantres no podía ser Taggie más competente?

Cuando faltaban cinco minutos para la medianoche, Declan se puso de pie algo tambaleante y dio golpecitos en la mesa con su cuchillo.

—Estoy encantado de veros a todos aquí esta noche —declaró—, y me gustaría brindar por la salud de mi hijo, Patrick. Es un buen chico y nos ha dado muchas alegrías estos años.

—Y a mí también —saltó la novia de Patrick, Lavinia, y todos se rieron y cantaron el *Cumpleaños feliz* y gritaron «¡Que hable! ¡Que hable!».

Cuando Reg y sus amigos llevaron el pastel tambaleándose, Patrick se puso de pie. Hablar en público no lo ponía nada nervioso. Tenía toda la confianza de Declan:

—Me gustaría darles las gracias a mi padre y a mi madre por tenerme —comenzó— y montarme una fiesta tan estupenda, y a mi hermana Taggie por ocuparse de todo y hacer esta tarta tan increíble. —Durante un instante, Maud pareció furiosa por los fuertes vítores—. Gracias a todos por venir y por todos vuestros regalos, que abriré más tarde cuando tenga ocasión.

Hubo más vítores fuertes. Luego, en cuanto Caitlin terminó de encender las velas, apareció Cameron Cook, como esa tradición escocesa en la que el primero que cruza la puerta condiciona la suerte de esa familia. Llevaba un vestido de ante negro muy ajustado y palabra de honor que le llegaba veinte centímetros por encima de las rodillas. Las aberturas con lazos cruzados de ocho centímetros a cada lado desde la axila hasta la parte inferior del vestido dejaban entrever que no llevaba nada puesto debajo salvo Fracas y Mantan. Alrededor del cuello, le colgaba una cadena pesada de metal, y entre las gruesas pulseras de plata que tenía sobre los guantes largos de ante negro, brillaba la pulsera de diamantes de Tony.

Cualquier otra persona habría parecido una fulana con ese vestido, pero Cameron, con su belleza esbelta, sinuosa y feroz, consiguió parecer amenazadora e increíblemente deslumbrante al mismo tiempo.

—Joder —soltó Patrick por el micrófono.

Todo el mundo estalló en carcajadas.

—Sopla las velas —dijo Caitlin.

Todavía mirando a Cameron, Patrick las sopló de una vez y luego se volvió hacia Declan.

—¿Quién coño es esa?

—La más cabrona de la televisión —contestó Declan con aire sombrío.

—Pues puede que sea también tu futura nuera —declaró Patrick.

—Madre mía, solo puedo imaginármela con un látigo —le susurró Bas a Rupert.

—Puede que ese sea el rollo que tiene con tu hermano.

Basil se giró hacia Daysee Butler:

—¿Sabías que a tu jefe le gusta el BDSM?

—¿Quién es ese? —preguntó Daysee.

—Siento llegar tarde —anunció Cameron, abriéndose paso hasta llegar al lado de Maud—. Hemos tenido muchos problemas en el trabajo.

—Es un placer verte en cualquier momento —contestó Maud—. Caitlin —dijo en un tono cortante, temerosa de que su hija pudiera volver a monopolizar a Rupert— te traerá algo de comer.

—Lo que necesita es una copa —dijo Patrick.

«Madre mía, qué guapo», pensó Cameron. «Es como Declan, pero algo más puro».

—¿No vas a cortar tu tarta? —le preguntó.

—Antes tengo que pedir un deseo —dijo Patrick. Sin apartar la vista de ella, hundió el cuchillo despacio en la tarta hasta el fondo.

—No me ha dado tiempo de comprarte un regalo —comentó Cameron.

—Te has traído a ti misma —dijo Patrick en un tono algo burlón—. Justo lo que quería.

Sirvió champán en su copa y se la tendió a ella.

—Gracias. —Cameron la agarró y se la bebió del tirón.

Justo en ese momento, por los altavoces repartidos por toda la carpa, sonaron las doce campanadas de medianoche del Big Ben. Como todo el mundo comenzó a besarse y a felicitarse, Patrick atrajo a Cameron hacia sus brazos y la besó durante un largo instante.

Al final, se separaron.

—Amor a primera vista —murmuró Patrick—. Llevo veintiún años esperando a que pase.

—Mira la cara de Tony —le susurró Lizzie Vereker a Charles Fairburn con un estremecimiento.

Mientras sonaban las últimas notas de *Auld Lang Syne*, se pudo oír a Declan decir:

—Ya ha llegado el puñetero enero otra vez.

Se retiraron los platos, se apartaron las mesas y se despejó la carpa para bailar mientras las mujeres subían a retocarse el maquillaje. Patrick, tras decirle a Cameron que no tardaría más de un segundo, se fue a la cocina para darle las gracias a Taggie. Tony, sin ser consciente de que Monica podría estar observándolo, se abrió paso hasta Cameron y la agarró del brazo:

—¿A qué coño estás jugando?

Cameron hizo una mueca de dolor.

—Estoy celebrando la Navidad, que hasta ahora no ha sido muy buena.

—No he podido escaparme.

—Imagino.

—Ese vestido es bastante provocativo —masculló Tony.

—Bueno, si te provoca bastante a ti, está realizando una gran labor.

—¿Y por qué coño has llegado tan tarde?

—Titania está embarazada de cuatro meses.

—Mierda. ¿Cómo te has enterado?

—Me lo ha dicho la de vestuario —contestó Cameron.

—¿Y ella lo ha admitido?

—Sí.

—¿Quién es el padre?

—No está segura. Podría ser Bottom, Teseo o incluso Peter Quince.

—Joder…, tendremos que grabar ocultándolo.

Patrick nunca consiguió llegar a la cocina. Declan lo arrastró a la biblioteca.

—Por el amor de Dios, ni te acerques a Cameron.

—¿Por qué?

—Porque es la amante de Tony Baddingham.

—¿Y? ¿Temes perder tu trabajo?

Durante un segundo, Patrick pensó que Declan iba a darle un puñetazo.

—No es eso. No tienes ni idea de lo malvados que son.

—Él puede, pero ella no. Solo necesita a alguien de su edad con quien acostarse para cambiar.

—Él le ha enseñado a ella algunas costumbres muy desagradables —dijo Declan con firmeza.

—Como discutir contigo, supongo —respondió Patrick.

—Está fuera de tu alcance.

—Me importa una mierda —replicó Patrick saliendo de allí.

Jermaine Stewart cantaba desde la discoteca: «You don’t have to take your clothes off to have a good time, oh no, you can dance and party all night».

Todavía discutiendo con Tony y percatándose de que Monica y Patrick la estaban observando, Cameron se escapó para retocarse. Tras el beso de Patrick, seguro que se le había ido todo el pintalabios. Arriba, en la única habitación que no parecía estar habitada por adolescentes dándose el lote, se encontró a Sarah Stratton peinándose.

—Menuda fiesta —dijo Sarah.

—Pues sí.

—Me alegro de haberme topado contigo —comentó Sarah—. Tony me ha ofrecido trabajo en Corinium. ¿Debería aceptarlo?

—Por supuesto —contestó Cameron con frialdad.

—¿No crees que solo quiere acostarse conmigo?

—De ninguna manera —respondió Cameron, a la que le estaba costando ponerse el pintalabios porque le temblaban muchísimo las manos.

—Solo tenía la duda. —Sarah dejó caer la cabeza, peinándose todo el pelo hacia abajo—. Tony y Monica son una pareja de lo más extraña, ya sabes. La exmujer de Paul, Winifred, era la mejor amiga de Monica. En ocasiones, me preguntaba si no serían un poco lesbianas. —Sarah echó la cabeza hacia atrás para que el pelo tuviera más volumen y le cayera en una salvaje cascada por los hombros—. Por lo visto, Monica le contó a Winifred —prosiguió— que Tony le pedía en la cama unas cosas tan inverosímiles que tuvo que trasladarse a otra habitación. Quería hacerlo dos o tres veces

todas las noches. Ahora ella lo ha limitado a una vez a la semana, como ir a la iglesia. Quizá por eso es tan lascivo.

Sin podérselo creer, Cameron observó cómo Sarah se echaba Anaïs Anaïs entre los pechos, detrás de las corvas y, por último, estirándose las bragas, en su monte de Venus rubio.

—¿Se te ha insinuado Tony? —preguntó Cameron con una voz gélida.

—No exactamente, pero me ha colmado de halagos —contestó Sarah—. Y he de decir que, para ser un hombre mayor, es bastante atractivo.

Cuando bajaron las escaleras, James Vereker merodeaba por allí. Ignorando a Cameron a propósito, le preguntó a Sarah si quería bailar. «Ah, bueno», pensó ella, «cualquier cosa para poner a Rupert celoso».

—¿Cómo te llevas con la amante de Tony? —le preguntó James.

—Madre mía, ¿de verdad es su amante? —jadeó Sarah, horrorizada, y le contó a James lo que había sucedido—. Será mejor que no acepte ese trabajo en Corinium después de todo —dijo al final.

—Seguro que la tomaría contigo —afirmó James—. La toma con cualquier mujer guapa —«Y con cualquier hombre», casi añade—. Si vienes a Corinium —apretó más el brazo alrededor de ella—, yo te cuidaré y te enseñaré cómo funciona.

—La televisión es muy complicada, ¿no?

—No si tienes a un profesor muy bondadoso —contestó James.

«Voy a matar a Tony, de verdad que sí», pensó Cameron mientras entraba en la carpa hecha un basilisco. Tanto Tony como Patrick la

estaban esperando. Patrick fue más rápido.

—Ven a bailar —dijo agarrándola de la mano—. No voy a dejar que te marches durante el resto de la noche, y puede que durante el resto de mi vida.

—¿Siempre te lanzas tan rápido? —le preguntó Cameron riéndose.

—No, pero te he pedido como deseo cuando he cortado la tarta.

—No deberías contar los deseos, pueden no convertirse en realidad.

—Los míos siempre lo hacen —dijo él con tranquilidad.

Taggie estaba abstraída fregando los platos en la cocina cuando los pequeños monstruitos de Simon Harris volvieron y, anunciando que tenían hambre, rompieron el papel film transparente que cubría el plato de *kedgeree* y comenzaron a comérselo con las manos. Al final, algo se rompió dentro de Taggie.

—Largaos, pequeños monstruitos —gritó.

—¿Me lo estás diciendo a mí? —dijo una voz.

Rupert se encontraba en la puerta. Estaba tan moreno como lo había estado el verano anterior cuando lo vio desnudo. Taggie se puso colorada.

Él sonrió.

—Tu madre me estuvo contando el otro día lo mucho que te encantan los niños. —Entonces, girándose hacia los monstruitos, gritó—: ¡Vamos, iros por ahí, pequeños cabroncetes! ¡Fuera! ¡FUERA!

Murmurando insultos, los monstruitos desaparecieron al tiempo que se llenaban la boca de tarta de cumpleaños.

—Ha sido la cena más maravillosa de mi vida —dijo Rupert cortés, percatándose de que Taggie tenía los ojos rojos—. ¿Puedes dejar de

hacer de Cenicienta y venir a bailar?

—Tengo mucho que hacer, gracias, y gracias también por el colgante. No me di cuenta… —Se le trabaron las palabras.

En ese instante, Simon Harris entró con el esmoquin lleno de vómito y una bebé berreando.

—¿Puedes cogerla en brazos mientras le caliento el biberón? —le preguntó a Taggie.

De los dos males, Taggie eligió el menos malo.

—Hay una cacerola por ahí —dijo. Sintió que Rupert la agarraba de la mano, y lo siguió hacia la carpa.

—Bailo muy muy mal —susurró.

—Da igual —contestó Rupert—. Podemos balancearnos en algún rincón oscuro.

Chris de Burgh cantaba: «Never seen you look so lovely as you do tonight. Never seen you shine so bright».

A Taggie le olía el pelo a pastel de pastor. Cuando Rupert la acercó a él, pudo sentir la suavidad considerable de sus pechos comparada con la increíble estrechez de su cintura. Ella tenía el cuerpo rígido por la tensión y la vergüenza, y ningún sentido del ritmo. Era como un elefante muy delgado bailando en el circo.

—¿Has pasado unas buenas navidades? —le preguntó Rupert.

—Sí.

—¿Te han regalado cosas bonitas?

—Sí.

—Venga, angelito mío, relájate. —Movió las manos por su espalda, reconfortándola como si fuera uno de sus caballos más jóvenes—. ¡Mira! Gertrude nos ha seguido. Sabe que soy un canalla y no quiere quitarte el ojo de encima.

Viendo la mirada de desaprobación de Gertrude, Taggie medio se rio y medio sollozó a la vez.

Rupert se agachó y acarició a Gertrude.

—Buena chica, Gertrude, qué bonita eres. ¿Ves? Lo estoy intentando.

—*Lady in red, Lady in red* —cantó todo el mundo mientras se movían por la pista de baile, pues eran las únicas palabras que se sabían.

Rupert tomó la cara de Taggie entre sus manos. Era tan alta que sus ojos casi estaban a la altura de los suyos.

—No estés tan triste —murmuró—. Te acabarás olvidando de él.

Taggie se sobresaltó.

—¿Cómo te has enterado?

—Caitlin me lo ha contado. Creías que el colgante era de él. Lo siento mucho.

—Ha sido un detalle —contestó Taggie con rigidez—, pero no acepto regalos de hombres.

—Ya veo. Solo de chicos.

Mientras Chris de Burgh finalizaba y Wham empezaba, la agarró por la cintura, sabiendo que estaba a punto de huir.

«Last Christmas, I gave you my heart», cantó George Michael. «But the very next day you gave it away».

Al otro lado de la habitación, Taggie pudo ver a Ralphie y Georgina bailando juntos. Él le estaba acariciando la mejilla a ella con la mano. Con un gemido bajo, Taggie se apartó de Rupert. Sorteando con rapidez a las perplejas parejas, se marchó de la carpa hacia el baño de la planta de arriba para volver a echarse a llorar.

Patrick bailó y bailó con Cameron. No hablaron mucho, pues eran fácilmente los mejores bailarines de la sala. Tony, rechinando los dientes hasta las encías, no se atrevió a hacer ningún movimiento con Monica delante.

—Es lo mejor que he visto en años —comentó James Vereker, que tampoco paraba de bailar con Sarah.

—¿El qué? —preguntó Sarah.

—Cameron liándose con el hijo de Declan. En el mejor de los casos, fastidiará lo de Tony y Cameron. En el peor, hará que Tony le coja más manía todavía a Declan.

Aunque Paul estaba por allí, con aire atormentado, Sarah siguió bailando con James hasta que vio a Rupert pasar, así que se apartó y lo llamó a voces.

Para mantenerla callada, Rupert la sacó a bailar. Paul pudo verlos deslizarse todo el camino hacia la pista de baile con una rigidez en los rostros como si un dentista les hubiera puesto demasiadas inyecciones.

—¿Por qué me estás ignorando a propósito?

—No lo estoy haciendo. Es que Paul nos ha estado observando como un juez de línea de Wimbledon.

—Eso no te había echado para atrás antes.

—¿Has pasado unas buenas navidades?

—Por supuesto que no. Tú está claro que sí, si le hacemos caso al *Daily Mail*. No le pido fidelidad a mi marido —dijo Sarah, histérica—, pero sí a mi amante.

—Entonces, has escogido al tipo equivocado, cielo. Que te lo pases bien.

Sarah alzó la vista, pasmada.

—¿Se ha acabado entonces?

—No tiene por qué. Pero yo no estoy listo para ofrecerte exclusividad.

—Cabrón —siseó ella—. Creía que ibas en serio.

—Pues te equivocabas y, a decir verdad, cariño, no creo que seas una buena mujer para un diputado. Paul tiene una pinta horrible.

En la cocina, rodeado de universitarios y platos y vasos sucios, Declan estaba recitando a Yeats:

> *Y la flama de la estrella azul del crepúsculo, colgada del borde del cielo,*
> *despierta en nuestros corazones, amor mío, una tristeza que quizá no tenga final.*

Cameron estaba allí escuchándolo de la mano de Patrick.

—Recita mejor cuando está borracho —susurró Patrick—. Pierde toda conciencia de sí mismo.

—Debería hacer un programa sobre Yeats —apuntó Cameron maravillada.

—Es difícil que eso sea de interés local.

—Podría hacerlo para Channel 4.

Arriba, Maud estaba colocándose los pechos en el vestido verde y poniéndose perfume en el pelo y colorete de un tono coral en las pálidas mejillas. Esa noche, sus pecas parecían nuez moscada espolvoreada.

—No soy de mediana edad —se susurró a sí misma—. Todavía soy joven y guapa.

«I get no kick from champagne», sonaba en la disco. «Pure alcohol doesn't thrill me at all».

«El mensaje estaba en la música», pensó Maud. «Salid, reproducíos y buscad el amor».

Al bajar, pudo oír a su marido declamar en la cocina, así que dispondría como mínimo de media hora. Se oían gritos y chillidos procedentes de la habitación de Caitlin.

Las bayas del muérdago brillaban más que sus perlas bajo la luz del vestíbulo. Eran las tres de la madrugada, Taggie pronto serviría el *kedgeree*. Como respuesta a sus plegarias, Maud oyó la voz de Rupert:

—Te estaba buscando, querida.

Tomándola de la mano, la guio hacia el despacho, donde Caitlin, pasándose de precavida, había colgado más muérdago. Maud se percató de que la mano de Rupert se sentía muy cálida y seca y que tenía la base del pulgar muy regordeta. Una adivina diría que eso era señal de una naturaleza apasionada y muy sexual. Sin lugar a dudas, era la única carne sobrante de su cuerpo. A Maud le iba el corazón a mil. Debía intentar ser distante y un poco misteriosa. Cuando él se giró hacia ella, los ojos de Maud estaban al nivel de su corbata negra. Deseó acariciarle la preciosa línea de la mandíbula. «Va a pasar», pensó extasiada mientras Rupert cerraba la puerta para ahogar los gritos y las risas estridentes y se acercaba a ella, mirándola profundamente a los ojos.

—Cielo, he querido preguntarte algo desde el momento en el que nos conocimos, o por lo menos desde el momento en el que vine

aquí con Bas tras la caza. No te enfadarás conmigo, ¿no?

—No, no —susurró Maud, a la que le estaba costando respirar.

—Seguro que crees que soy el más cabrón del mundo.

—No, en absoluto. Solo creo que la gente no te entiende.

A medida que se acercaba, pudo oler el ligero toque a limón de su loción para después del afeitado.

—Me estoy volviendo loco —comenzó Rupert.

—Continúa —dijo Maud tartamudeando.

—Por la pequeña Taggie, y ella no me soporta. ¿Podrías hablarle tú bien de mí?

—Taggie —soltó Maud indignada—. ¡TAGGIE!

Bien podría haber sido lady Bracknell con el famoso bolso.

—Por el amor de Dios —gritó—. Taggie tiene dieciocho años y tú, treinta y siete. Es disléxica, lo que la hace parecer aún más pequeña. ¿Cómo te atreves, pedazo de baboso repugnante? ¿Cómo te atreves? ¿CÓMO TE ATREVES? —Entonces, rompiendo a llorar, huyó escaleras arriba y se encerró en su dormitorio.

No podía soportarlo. Ella, que siempre conseguía lo que quería, había sido despreciada bajo el muérdago por el mayor libertino de Gloucestershire, lo que lo hacía mucho peor. Sintió unos celos casi patológicos por Taggie; era la última persona en el mundo ante la que le gustaría perder a un hombre. ¿Ese iba a ser su destino? ¿Hacerse mayor y volverse menos atractiva hasta que nadie la quisiera?

Una hora más tarde, Declan seguía en la cocina recitando para un grupo embelesado.

—Joder, ojalá no estuviera tan borracho para tomar nota —soltó Ralphie.

—Ya ves por qué no le puede hacer entrevistas de mierda al obispo de Cotchester —le dijo Patrick a Cameron.

Ella asintió mientras Declan proseguía:

Una mujer de tan resplandeciente belleza
que los hombres trillaban el grano a medianoche,
por un mechón de sus cabellos.

Alzó la vista y vio a Maud.

—Por un mechón de sus cabellos —repitió despacio.

Durante un segundo, se miraron el uno al otro y Declan comenzó a decir con una voz muy suave:

Hay gris en tus cabellos,
a tu paso,
los jóvenes ya no se quedan sin aliento.

Maud se giró con el rostro afligido.

Declan tiró el cigarrillo en el fregadero y, pasando por encima de los embelesados estudiantes sentados, alcanzó a Maud en las escaleras. Como llevaba dos horas sin tomar nada, estaba más sobrio.

—¿Qué te pasa? ¿Te ha rechazado?

Maud asintió, y las lágrimas se derramaron por entre sus pestañas.

—Yo lo he estado viendo venir desde septiembre. Quería haberte advertido.

—¿Y por qué no lo hiciste entonces?

Declan suspiró.

—¿Habría servido de algo? No te conviene. Viaja mucho. Podría haber durado una semana, un mes, pero luego te habría dejado.

Le rodeó el cuello con sus enormes manos justo por encima del collar de perlas.

—Lo siento mucho —masculló ella—. Es que es tan atractivo.

—Lo sé. Sssh, sssh. —Alzó los pulgares para acariciarle la boca temblorosa—. Vamos a la cama.

—No podemos en medio de una fiesta.

—¿Y qué mejor momento?

—Me he gastado mucho dinero.

—No importa —contestó Declan mientras subían los escalones restantes—. Te quiero —le dijo con voz suave—, y yo soy el único de todos ellos que te entiende.

—Lo sé —susurró Maud.

Declan cerró la puerta del dormitorio tras ellos.

Caitlin, que pasaba por allí, oyó cómo echaban el pestillo. Quitó el cartel del baño en el que antes había escrito «Señoras», le dio la vuelta y escribió: «No molestar. Sexo en progreso», y lo colgó en la puerta de sus padres.

Abajo, no parecía que hubiera señales de que la fiesta hubiese decaído.

—Te quiero —le dijo Lizzie, mirando una mata oscura de follaje en una esquina mientras bailaba con Freddie.

—Yo también te quiero —le respondió Freddie dándole un apretón —. Te lo juro por mi vida y por una botella y media de Moët como mínimo.

Era obvio que Tony no iba a ser capaz de despegar a Cameron de Patrick ni un solo segundo.

—Deberíamos irnos —le dijo a Monica con un aire desolador.

—Está bien —contestó ella a regañadientes—. Llevo horas sin ver a Archie. ¿Dónde está?

—Creo que arriba —respondió Caitlin.

Monica subió las escaleras tambaleándose mientras se agarraba de la barandilla. No había bebido tanto desde que era debutante, y se lo había pasado bastante bien.

Se encontró con que muchas de las habitaciones estaban ocupadas por parejas, pero al fin localizó a su querido hijo mayor en una *chaise longue* de la planta más alta totalmente pegado a Tracey Makepiece, escarbando con la mano como si fuera un hurón dentro de la camisa blanca de triacetato de ella.

—Archie —gritó Monica—. ¡Suéltala!

Y Archie la soltó.

—Nos vamos —dijo ella—. Ahora.

Abajo, le contó a Tony lo que había estado haciendo Archie.

—Joder —explotó Tony—, podría haberla preñado. Sácalo de esta puñetera casa lo más rápido que puedas.

—No sé dónde están Declan y Maud, pero tenemos que darles las gracias —contestó Monica mientras Archie bajaba las escaleras arrastrando los pies con timidez.

Como había presenciado el incidente, Valerie le dedicó una pequeña sonrisa a Monica.

—Me temo que hoy en día hay que aprender a ser democrático, Monica. Sharon se lleva bien con todas las clases, claro.

—Por supuesto —afirmó Caitlin, deslizándose por la barandilla y sonriendo a Valerie—. Ella lleva las últimas dos horas liándose con Kevin Makepiece.

Soltando un chillido que parecía que se iba a morir, Valerie subió las escaleras corriendo.

Caitlin se volvió hacia Monica, Tony y Archie sonriendo con cara de niña buena.

—He apostado con Kev una libra a que no se liaba con Sharon, así que ahora supongo que tengo que pagarle.

—¿Dónde están tus padres? —preguntó Monica.

—Me temo que se han ido a la cama —respondió Caitlin.

—Bueno, pues diles lo bien que nos lo hemos pasado todos —dijo Monica.

—Habla por ti —siseó Tony mientras iba resbalándose por el camino helado con prisa por llegar a donde se encontraban el Rolls y el chófer muerto de frío—. A decir verdad, ha sido la fiesta más horrible en la que he estado, y esa chica, Caitlin, es una descarada.

—Pero si es adorable —protestó Archie con hipo.

—Si vuelves a juntarte con alguno de los hijos de los O'Hara, te desheredaré.

Sobre las cinco de la madrugada, y habiéndose comportado tan mal como todos los demás, Rupert volvió al salón en busca de un decantador de whisky y vio una cola blanca y negra que sobresalía del piano.

—Gertrude —la llamó.

La cola se estremeció. Al ponerse en cuclillas, Rupert se encontró con Gertrude y Taggie.

—¿Qué estás haciendo?

—Un borracho se ha quedado inconsciente en mi cama —le respondió Taggie con un sollozo—. Todas las demás habitaciones de la casa están ocupadas; hay una gran fiesta en la cocina, e incluso Ralphie y su rubia están allí, así que no puedo lavar los platos; no se le ha pagado a la gente a cargo de la música de la discoteca; mi padre y mi madre se han ido a la cama y yo no quiero ser la fea del baile y cortarles el rollo a los demás.

—A mí no me lo cortarás. Venga. —Rupert la sacó de allí.

En ese mismo momento, una botella de champán vacía salió rodando.

—¿Te has bebido todo eso?

—Casi.

Rupert echó unos cuantos trozos de leña en el fuego, que se estaba apagando, y sentó a Taggie en el sofá a su lado. Gertrude se colocó entre ellos dos.

—Ha sido una fiesta maravillosa —dijo él.

—De eso nada —contestó Taggie desconsolada—. Ha sido un desastre. Patrick se ha enrollado con la amante de lord Baddingham, lo que ha hecho que se enfadara más con mi padre. Mi madre ha tenido un flechazo tremendo con alguien. —Se sonrojó, recordando que era Rupert, y se apresuró a añadir—: No sé quién, y el pobre de mi padre ha tenido que pagar por todo. Yo intenté con todas mis fuerzas minimizar los gastos, pero entonces mi madre explotó y pidió todo ese champán e invitó a cientos y cientos de personas.

—Tu padre debe de ganar una buena pasta en Corinium —comentó Rupert pensativo.

—Sí. —Taggie acunó a Gertrude como si fuera una niña asustada abrazada a un osito de peluche—, pero no lo suficiente. Tiene un descubierto enorme y todavía no hemos pagado nuestra fiesta de despedida de Londres, y encima ayer le llegó otro recibo de impuestos colosal y todavía no ha pagado el anterior, y mi madre, Caitlin y Patrick no se toman nada en serio. Creen que mi padre es un pozo sin fondo que siempre nos proveerá. Para hacer su trabajo de la mejor manera posible —prosiguió— tiene que estar tranquilo. Por esa razón, nos hemos mudado al campo, para tener tranquilidad y que él pueda terminar su libro. Y odia a lord Baddingham, piensa que es muy co-co… —se bloqueó con la palabra.

—Corrupto —terminó Rupert.

—Exacto, y que no debería estar dirigiendo Corinium. Además, mi padre es tan cabezota que estoy segura de que dejará el trabajo si se producen más discusiones, y dice que la BBC no lo volverá a contratar.

A pesar de estar borracho, Rupert agradeció que no se diera una situación propicia.

—Por supuesto que la BBC lo hará —contestó—. Tu padre es un genio. Lo tiene todo a su favor.

—Excepto nosotros —respondió Taggie con un sollozo—. Nosotros lo agotamos.

—Tú no —soltó Rupert.

—Sí. Ralphie no me quiere y nadie me va a querer nunca.

Rupert la dejó llorar durante unos minutos, y luego la hizo reír poniéndole su corbata negra a Gertrude.

—Lo siento mucho —tartamudeó Taggie, limpiándose los ojos en el chal de seda que alguien se había dejado por allí—. Estoy siendo muy e-e-egoísta.

—No lo eres. —De pronto, Rupert se sintió muy paternalista y protector, como cuando uno de sus perros se cortó una pata. Deseó poder solucionar los problemas de Taggie con una visita al veterinario y unos cuantos puntos—. Voy a sacar a ese borracho de tu cama para que puedas irte a dormir.

—Tengo que pagar la disco, pero nadie parece querer que paren, y a los Makepiece. Tengo el dinero. —Sacó un gran fajo de billetes de diez libras de la lata de la coronación de Jorge V que había en el escritorio.

—Yo les pagaré —dijo Rupert, agarrando el dinero—. Tú vete a la cama.

Arriba, en el torreón en el que se encontraba el dormitorio de Taggie, con algo de esfuerzo, Rupert sacó a Charles Fairburn de la cama en brazos, lo cargó por las escaleras de caracol y lo colocó en la *chaise longue* que habían dejado libre hacía poco Archie y Tracey Makepiece. Como la habitación de Taggie parecía el Polo Norte, volvió con un edredón que le había quitado a una pareja que estaba follando en la habitación de invitados. Taggie se había puesto un camisón de franela rojo y se había lavado los dientes. «Lady in Red», pensó Rupert. Ella tenía unas ojeras enormes bajo los ojos. Parecía tener unos doce años.

—Todo saldrá bien —le dijo mientras la arropaba.

—Estás siendo muy amable —balbuceó Taggie—. Siento haber sido tan grosera contigo antes, y gracias por el colgante.

No obstante, en cuanto Rupert le puso una mano en la mejilla, Gertrude, que aún llevaba la corbata negra, gruñó con fiereza.

—Puede que tú me hayas perdonado —contestó él—, pero Gertrude no.

19

A las siete y media, la discoteca seguía en pleno apogeo. Los amigos de Patrick se habían desplomado en los sillones y sofás por toda la casa con sus calcetines amarillo vómito de gato a la última moda sobre los ojos como un antifaz. Charles roncaba a sus anchas en la *chaise longue*. En la salita de estar, con Gertrude vigilándolos con aire amenazante todavía con la corbata de Rupert, Cameron y Patrick abrían los regalos de él y arrojaban el papel de regalo al fuego para prender los restos que se estaban apagando. Cameron nunca había visto tanta pasta: gemelos de oro, relojes Rolex, broches de diamantes, una cámara Leica, una pintura de Picasso, otra de Matthew Smith, una bata de seda a rayas rojas y plateadas de Turnbull & Asser.

Cameron pensó que Patrick era como el príncipe de un cuento de hadas, de quien los reyes cercanos intentaban ganarse su favor con regalos cada vez más y más extravagantes. Se acordó con amargura del veintiún cumpleaños que había tenido ella. Ninguno de sus progenitores se había molestado siquiera en enviarle una tarjeta de felicitación.

—No te vas a acordar de quién te ha regalado qué. Uy, eso está genial —añadió cuando Patrick sacó una copia de *The Shropshire*

Lad de un papel rojo intenso.

—Mucho —contestó Patrick—. Es una primera edición. ¿Qué tienes tú ahí?

—Una petaca plateada de alguien que ha escrito: «Con todo mi amor, Lavinia». Ha grabado la dedicatoria. ¿Quién es?

—Mi ex —contestó Patrick, tirándose en el sofá a leer *The Shropshire Lad*.

—¿Cómo que ex?

—Desde unos dos minutos antes de la medianoche de ayer. Atenta. «Cuando tenía veintiún años, escuché a un sabio decir: "Da coronas, libras o guineas, pero no entregues tu corazón"». Espero que no sea profético. Ojalá Housman no hubiera utilizado tanto la palabra chaval; se pasa de cercano. ¿De quién es eso?

Cameron sacó una enorme bufanda de cachemira marrón oscuro de un envoltorio dorado.

—De Georgie y Ralphie.

—Seguro que ha sido Georgie quien la ha pagado, pero qué detalle.

Se levantó y le puso la bufanda a Cameron alrededor del cuello, sujetando los dos extremos y acercándola poco a poco hacia él.

—Para ti. Todo lo que tengo es tuyo —dijo dándole un beso y apartándose de ella solo porque sonó el teléfono.

Sonrió mientras colgaba el auricular. Se trataba del vicario de Penscombe, que había llamado para preguntar si podían bajar la música durante una hora para dar el servicio matutino.

—Tengo que irme —comentó Cameron.

—Claro que no. Les diré a los de la música que se vayan a desayunar y entonces tú y yo podremos ver el amanecer.

Con tres jerséis de Patrick, unos vaqueros de Taggie remangados cuatro veces a la altura del tobillo, las botas de goma de Caitlin y un abrigo azul oscuro muy elegante con un cuello de terciopelo que Bas Baddingham había dejado sobre una de las barandillas, Cameron se marchó con Patrick.

—Me he afeitado para no cortarte la piel a tiras —dijo.

—Ya se encargará el viento de hacer eso —se quejó Cameron.

De hecho, el viento había amainado, pero una helada atroz había cubierto las vallas, endurecido la superficie de la nieve y convertido la cascada del bosque en carámbanos de medio metro de largo. Gertrude fue delante dando saltitos entre los montones de nieve y haciendo hoyos con el hocico.

—¡Vaya, qué bonito! —exclamó Cameron cuando vio el valle que se extendía por debajo de ellos—. ¿Cuánto de esto es vuestro?

—Hasta lo que llega al fondo del bosque. El resto del valle pertenece a Rupert Campbell-Black.

«Madre mía, menudo reino», pensó entonces Cameron, mirando hacia los campos blancos, la pista de tenis cubierta de un manto de nieve, la casa dorada de Rupert con su techo nevado y el enorme bosque de hayas que se alzaba detrás como un gigantesco erizo blanco con pinchos.

—Estamos intentando que vaya al programa de tu padre.

—¿Para qué molestarse? Mi padre podría entrevistarlo con código morse a través del valle. Es el peor de los casanovas. Y es evidente que los maridos resentidos de todo Gloucestershire tienen cicatrices en los nudillos por intentar derribar las puertas de los dormitorios.

—Estaba en tu fiesta anoche —dijo Cameron.

—Ah, ¿sí? —preguntó Patrick—. Solo tenía ojos para ti.

Habían llegado a la vega que había al fondo del bosque. Allí, la nieve se había asentado en las raíces de los árboles y en las grietas de los muros, también se había acumulado en montones de dos metros resguardados de la ventisca del día anterior. Además, la ventisca había hecho que la nieve se extendiera como gruesos mantos blancos con carámbanos a ambos lados del arroyo que corría valle abajo como si le castañetearan los dientes. El silencio era sepulcral, a excepción de los relinchos ocasionales de los caballos de Rupert. Pero ya comenzaba a clarear.

—Qué bien hueles —comentó Patrick, enterrando la cara en su cuello—. ¿Qué es?

—Fracas.

—Muy adecuado. ¿Quién te lo ha regalado?

—Tony.

—¿Porque él no tiene cuello para echárselo? —Patrick lanzó una bola de nieve al bosque. Gertrude fue tras ella—. Con todo el dinero que tiene ya podía haberse comprado uno.

—Cállate —repuso Cameron—. Dime, ¿tu madre y tu padre siempre se van a la cama en mitad de sus propias fiestas?

—Tienen un matrimonio muy raro —contestó Patrick apuntando con su nueva Leica a Cameron—. Mira hacia el arroyo, cariño. Mi padre siempre ha visto a mi madre como Maud Gonne.

—¿La mujer con la que Yeats estaba obsesionado?

—Exacto. Yeats se enamoró de ella justo a la misma edad que mi padre se enamoró de mi madre. Mira, huellas de tejones. —Patrick se agachó para examinarlas—. Maud Gonne era una revolucionaria feroz. Yeats sabía que no la impresionaría con su poesía, así que se metió en un movimiento político para unificar Irlanda. Después, ella

se casó con John MacBride, otro revolucionario. Yeats acabó con el corazón roto, pero gracias a eso escribió su mejor poesía. Clamaba que Maud Gonne estaba más allá de toda culpa, como Helena de Troya.

—Por Dios, pero tu madre no es una revolucionaria y tampoco se ha casado con otro.

—No, pero tiene la belleza extraordinaria de Maud Gonne, y mi padre acepta con resignación que ella está por encima de todo y que es inevitable que tenga aventuras con otros hombres.

—¿Tu madre se preocupa por él?

—A su manera. Una vez le pregunté por qué lo provocaba tanto. Me respondió que, con todas las mujeres que iban tras él, ella solo podía retenerlo a base de incertidumbre.

Cameron digirió sus palabras.

—Pero si él la ama a ella y no quiere a ninguna otra mujer, ¿por qué no se deja ella de jueguecitos y corresponde su amor?

—Eso sería muy sencillo. Ella está convencida de que una vez que él esté seguro de ella, acabaría su obsesión. Así que los jueguecitos siguen.

—Ojalá no fuera así —comentó Cameron—. Estoy segura de que eso hace que sea más difícil trabajar con él.

Ella se sentó en un tronco y vio cómo Patrick escribía «Patrick quiere a Cameron» con letras grandes en la nieve. Acto seguido, sacó su petaca, que había llenado con brandi, y se la ofreció a ella.

—¿Estás bien abrigada?

Cameron asintió, dándole un sorbo.

—¿Tienes un problema con la bebida? —le preguntó cuando Patrick le dio un buen trago.

Patrick soltó una carcajada.

—Solo si no puedo permitírmela. La botella de whisky cuesta doce libras en Dublín. ¿Vendrás y te quedarás conmigo en el Trinity el próximo trimestre?

«Menuda locura», pensó Cameron. «No me conviene en absoluto y es ocho años menor que yo», pero la nieve la estaba haciendo dejarse llevar por cierta irresponsabilidad, hacía muchos años que no se sentía tan feliz. Lo único que la perturbaba era que le recordaba mucho a Declan. Tenían el mismo aire arrogante y los dos esperaban que todo el mundo les bailase el agua. Patrick pareció leer sus pensamientos.

—No te preocupes, no soy como mi padre. Como soy capricornio, tengo una mente muy astuta para los negocios. Puede que sea demasiado exigente, pero también soy frío, calculador y tranquilo, a diferencia de mi padre, que es más bien muy nervioso y superemocional. Los capricornio también tenemos un sentido del humor excelente y somos maridos protectores y cariñosos —le dijo con una sonrisa. Las sombras moradas que tenía bajo los ojos oscuros resplandecientes se habían marcado aún más aquella mañana, pero nada podía disminuir la belleza de sus pómulos pronunciados, la curva llena y algo malhumorada de su boca ni el grosor de sus pestañas oscuras y largas.

—Los capricornio no son un signo muy artístico —repuso Cameron con rotundidad.

—¿Qué me dices de Mallarmé? —preguntó Patrick—. Era uno de los poetas más audaces y dedicados. Era capricornio y sabía lo necesarios que eran el trabajo duro y la autonegación para hacer

poesía. Comprendía la soledad del escritor. Mira, ya está saliendo el sol.

Tomados de la mano, vieron cómo el gigantesco sol rojo iba ascendiendo detrás de los barrotes negros del bosque de hayas que había en la carretera de arriba, ruborizado ante su incapacidad de calentar el día.

—Parece Charles Fairburn pasando la noche en el calabozo por prostitución —comentó Patrick.

—Dios, ojalá tuviera un equipo —dijo Cameron—. ¿Te das cuenta de que solo puedes grabar amaneceres en invierno en este país? En verano, el sol sale a las cuatro de la madrugada. Es la hora dorada, cuando tienes que pagar más del sueldo medio a un equipo por trabajar de noche. Joder, odio los sindicatos británicos.

Patrick se giró hacia ella.

—A mí solo me gustan los sindicatos estadounidense-irlandeses. Deja que te mire.

Su cabello oscuro había dejado de estar liso hacia atrás con efecto mojado y ahora lo tenía revuelto hacia delante con los rizos negros enmarcando sus mejillas, junto a un grueso flequillo que suavizaba sus rasgados ojos dorados y su nariz puntiaguda. Su piel y sus labios pálidos y carnosos se habían vuelto de un tono ámbar con el amanecer.

Patrick suspiró e hizo otra fotografía.

—Eclipsas hasta al mismísimo sol. Eres tan deslumbrante que tiene que llevar gafas oscuras para contemplarte.

Cameron se echó a reír y se dio cuenta, con cierta sorpresa, de que era muy fácil enamorarse de él.

—¿Cuántos trimestres te quedan? —le preguntó cuando iban caminando de vuelta.

—Dos.

—¿Cuáles son tus planes de futuro?

—Llevarte a la cama cuando lleguemos a casa.

—¡No seas imbécil! Aparte de eso.

—Conseguir trabajo y, luego, escribir obras de teatro.

—¿Así sin más?

—Así sin más. Ya he empezado una.

—¿De qué va?

—De la intimidación de los soldados británicos en Ulster.

—Estás loco. Ni la BBC ni la ITV le meterían mano a eso, y menos un año de elecciones. Por no hablar del West End.

—Broadway sí, y sería un éxito rotundo.

—Tienes mucha confianza en ti mismo, ¿no?

—No tanta. Es que estoy convencido de lo que quiero en la vida.

Se acercó y le metió las manos bajo las tres capas de jerséis para calentárselas con sus pequeños pechos.

—Y a ti te quiero más.

En Priory, la gente estaba comenzando a volver a la vida. Bas, que había echado tantos antiácidos en un vaso de agua que el burbujeo había rebosado, intentaba encontrar su abrigo. Caitlin estaba comiendo cereales Alpen mientras leía *El amante de lady Chatterley*. Taggie estaba poniéndoles el desayuno a los monstruitos de Simon Harris y trataba de darle el biberón a la bebé mientras consolaba a Simon, que estaba sollozando en la mesa de la cocina con las manos en la cara.

—Ay, Patrick, menos mal que has vuelto —dijo ella—. ¿Puedes llamar al médico para…? —Hizo un gesto con la cabeza en dirección a Simon Harris.

—No —respondió Patrick, saliendo de la cocina—. Perdona, cariño, estoy ocupado.

—Yo me voy a casa para llamar a la oficina y dormir un poco —dijo Cameron.

—¡No! —exclamó Patrick nervioso de repente—. Si nos vamos a dormir, dejará de ser mi cumpleaños y se habrá roto el hechizo.

La llevó por las escaleras de caracol a su dormitorio en el torreón este, que se había pintado de un blanco deslumbrante, pues la nieve había caído en el interior. No había alfombras ni cortinas, solo como muebles un escritorio, una silla, un sofá verde y blanco hasta arriba de libros y una inmensa cama oriental con dosel rojo y cascabeles que colgaban de los postes. Sin embargo, la vista, que abarcaba todo el valle e iba hasta Penscombe, era magnífica. Se podía ver la veleta en lo alto del chapitel de la iglesia brillando a la luz del sol.

Un libro de Keats yacía abierto sobre la cama con las páginas llenas de notas escritas a lápiz. Cameron lo cogió, se metió debajo del edredón e intentó descifrar la letra de Patrick. Al mirar hacia arriba, se fijó en que el techo estaba pintado de gris paloma con estrellitas que resaltaban en blanco.

«Ojalá hubiera tenido un dormitorio como este cuando era joven», pensó con rencor. Patrick se marchó en busca de algo para desayunar y tardó más de lo que esperaba. Taggie estaba al teléfono hablando con algún médico sobre Simon Harris, pero corrió tras él, lo arrinconó cuando volvía escaleras arriba con una bandeja y lo

arrastró al salón, angustiada porque Cameron estaba en su habitación.

—Es la qu-qu-querida de Tony Baddingham.

—¿Esa es tu palabra del día? —preguntó Patrick con frialdad.

—No, es como papá la llama. ¿Acaso quieres acabar con su carrera?

—Tony B. no puede ser tan mezquino como para despedir a una superestrella como papá solo porque le he robado a su amante.

—¡Claro que sí! ¡Es lo peor!

—Bueno, pues si tan malo es, papá no debería trabajar para él. Ahora, déjame, cielo. Se me está enfriando el café.

—¡Ya he entretenido suficiente a tus amigos! —chilló Taggie a sus espaldas.

—Pelea, pelea —dijo Caitlin alzando la vista de *El amante de lady Chatterley*—. Qué lástima que no sea primavera, así Cameron podría adornarte el pito con nomeolvides. ¡Madre mía! —gritó cuando una pálida Daysee Butler con un albornoz blanco bajó las escaleras arrastrando los pies—. Es el fantasma de la casa.

Arriba, Patrick se encontró con que Cameron se había puesto su nueva bata roja y plateada y estaba leyendo a Keats. El sol, que brillaba a través de una de las vidrieras policromadas de las ventanas, había vuelto su rostro de tonos esmeraldas, rubíes y violetas como si se tratara de una ninfa del arcoíris. A Patrick se le cortó la respiración.

Había llevado consigo cruasanes, la mermelada de moras de Taggie, un puñado de uvas verdes, una jarra de Buck's Fizz y café bien cargado. Cameron, que no había probado bocado la noche anterior, estaba hambrienta y dio buena cuenta de todo. Patrick

pensó en lo increíble que era que hasta con migas de cruasán en los labios le pareciera tan atractiva. Pero ni siquiera el café pudo mantenerla despierta mucho rato. Patrick no se durmió. Se quedó sentado escribiendo notas en el libro de Keats, que era uno de sus libros de cabecera, aunque se pasó la mayor parte del tiempo observándola. Mientras ella dormía, su cara perdía cualquier rastro de agresividad.

Ya casi era de noche cuando Cameron se despertó. Por un instante, pareció desconcertada y muy asustada.

—No pasa nada —le dijo Patrick con suavidad—. Ya estás a salvo ahora.

Ella se levantó y se asomó a la ventana. Orión, el mirón presumido, la estaba observando. Los grandes tejos y cedros negros contrastaban contra la nieve. Oyó un graznido ahogado y sobrenatural.

—¿Qué es eso?

—Los zorros ladrando. Es una llamada de amor. Ven aquí.

—Hasta que no me cepille los dientes, no.

Agarró su bolsa y bajó hasta el rellano, muerta de miedo por la posibilidad de toparse con Declan. En su lugar, al salir del baño se cruzó con Caitlin y Maud, que estaban discutiendo.

—Yo no tengo nada que ver con lady Chatterley —chillaba Maud—. Buenas noches, Cameron. Nada.

—Tienes suerte de tener una familia —dijo Cameron cuando volvió a colarse bajo el edredón junto a Patrick, que todavía llevaba el jersey y los pantalones.

—¿Cuántas veces has vuelto a tu casa desde que viniste? —le preguntó.

—Ninguna.

—¿Por qué no? Uno debe ver a su familia de vez en cuando aunque solo sea para pelearse con ella.

La discusión del exterior estaba subiendo cada vez más de tono.

—Mis padres están divorciados. Mi padre se casó otra vez y mi madre vive con alguien. No quiero hablar de ello —dijo Cameron con la voz aguda. De pronto, un escalofrío la recorrió de arriba abajo, le castañeteaban los dientes y tenía la mirada perdida y asustada.

—Deberías —replicó Patrick—. ¿Cómo voy a amarte como es debido si no lo sé todo de ti?

—¡No! —prácticamente chilló.

—Venga, te vendrá bien. Te lo prometo.

Discutieron unos cuantos minutos hasta que Cameron acabó rindiéndose.

De pronto, el chico volvió a recordarle a Declan. Tenía la misma voz suave pero implacablemente inquisitiva, la misma forma de no apartar nunca los ojos de su rostro y de casi hipnotizarla para que se lo contara todo.

—Mi madre dejó a mi padre cuando yo tenía catorce años —empezó a decir Cameron de forma monótona—. Decidió que quería valerse por sí misma. Se metió en muchas cosas, marchas por la paz, toma de conciencia, pero no estaba del todo centrada y, cuando se le acabó el dinero, se tuvo que ir a una comuna de mujeres. Me llevó con ella, pero dejó a mi perro, porque era macho. —Cameron soltó una carcajada amarga y entrecortada—. Nunca le he perdonado que hiciera eso. Mi padre volvió a casarse y tiene la vida resuelta con su nueva mujer. Entonces, mi madre se fue a vivir con Mike.

—¿Tu padrastro?

Hubo una pausa larga.

—Se podría decir que sí. Mike era bollera. Mi madre escribió un artículo sobre salir del armario en el *Village Voice*. Todos sus amigos creyeron que era muy valiente. Mis compañeros de clase se reían y se daban codazos entre sí.

—Pobrecita. —Patrick tomó las temblorosas manos de Cameron entre las suyas.

—Después, mi madre y Mike se mudaron a Cincinnati y Mike consiguió trabajo como editora en el periódico local. Yo podría haber sobrellevado que fuera lesbiana, pero era una machorra de las de verdad, más macho que cualquier hombre, con una piel como la superficie de la luna, la anchura de sus caderas se medía con cifras de tres números y una tripa que le sobresalía de los cinturones de cuero. —Cameron se estremeció—. Tenía una moto gigantesca y solía llevar a mi madre detrás. Se unieron a una organización rarísima llamada Dykes on Bikes e iban rugiendo por el país en cuero negro y asistiendo a desfiles gais.

Patrick la atrajo hacia él. Podía notar que estaba sudando y los horribles escalofríos que la invadían.

—Continúa, cielo —susurró.

—Rezaba por que Mike tuviera un accidente y se matase, pero, entonces, la gota que colmó el vaso fue que mi madre decidió que su unión debía ser bendecida y fue y se quedó embarazada por reproducción asistida. Mike estaba encantada con la idea al principio e iba pavoneándose como si fuera el verdadero padre. Pero el bebé nació y fue chico, pobrecillo, y ella se puso celosa. Mi madre tenía más de cuarenta, así que tuvo un parto espantoso. Estuvo en el

hospital diez días. Yo estaba sola en casa con Mike. Cada noche, ella volvía a casa borracha. Una vez, recuerdo que se tiró diez minutos tratando de meter la llave en la cerradura. Yo estaba en mi habitación intentando trabajar. No puedo contarte esto. Nunca se lo he contado a nadie. —De repente, se puso tan nerviosa como un gato que luchaba por escapar. Patrick la sostuvo entre sus brazos.

—No pasa nada. Confía en mí. Venga, cielo, sigue.

—Mike me gritó que bajara a prepararle la cena. —La voz de Cameron se había vuelto muy baja, y a Patrick le costó oírla.

—Estaba friéndole huevos con beicon cuando, de sopetón, apareció detrás de mí y comenzó a manosearme, me arrancó la ropa e intentó besarme. Argh. Era muy fuerte. Giré la sartén y le di de lleno con ella. Luego, salí corriendo en mitad de la noche.

Cameron se llevó los dedos al pelo y se frotó la palma de la mano una y otra vez sobre la frente, como si tratara de borrar el recuerdo. Patrick esperó.

—Acudí a unos vecinos. Les mentí y les dije que Mike había intentado darme una paliza. Ellos me dijeron que se lo veían venir desde hacía meses. Llamé a mi padre, que estaba en Washington. Vino al día siguiente y me llevó a vivir con él. Estaba deseando conseguir algo en contra de mi madre y de Mike, por lo que el tribunal dictaminó que debía quedarme con él.

—¿Y qué ocurrió entonces?

—No funcionó —contestó Cameron con desaliento—. La luna de miel se acabó. Mi madrastra es abogada; mi padre, diplomático; tenían un bebé. Eran gente muy civilizada y muy ocupada, no podían manejar a una salvaje como yo. Puse sus vidas patas arriba, monté escenas horribles, pasaba toda la noche fuera. Eran incapaces de ver

que pedía a gritos que alguien me cuidara. Acabé escapándome también de ellos. Me dieron una beca en Barnard, trabajé en Vac para mantenerme a mí misma, conseguí trabajo en *The New York Times* y al final acabé pasándome a la televisión. El resto es *histeria*. —Volvió a soltar su amarga carcajada de nuevo.

—Pobrecita. —Patrick la atrajo otra vez a sus brazos y le dio un beso en la frente. No le extrañaba que fuera tan borde, agresiva e insegura después de aquello. Nunca había sentido tanta lástima por alguien en su vida.

—¿No tenías un novio que te cuidara?

—Oh, me follé a todo lo que pude para demostrar que era heterosexual, pero luego empezó el miedo al sida en Estados Unidos. Y apareció Tony.

—No es la figura paterna ideal —comentó Patrick.

—No dependo de él —masculló Cameron demasiado rápido—. No dependo de nadie. El único momento en el que siento que encajo es cuando aparecen en pantalla los créditos con mi nombre.

Estaba temblando con violencia en ese instante, furiosa consigo misma por haber bajado la guardia y haber revelado tanto.

—Supongo que ahora irás corriendo a Declan a contárselo todo y os echaréis unas buenas risas a mi costa.

—No seas boba —espetó Patrick—. Voy a cuidar de ti. Me voy a deshacer de todos los malos recuerdos, incluso si eso me lleva una vida entera.

Sin apartar los ojos de ella, comenzó a desabotonarse la camisa.

—Es muy pronto —susurró Cameron.

—No voy a follarte —replicó Patrick—. Solo voy a abrazarte. Tienes que aprender que alguien te puede querer por otras cosas además

de por tu cuerpo celestial y tus habilidades como cabrona profesional.

A Patrick se le daban bien las palabras. Poco a poco, los temblores cesaron y él acabó borrando cualquier rastro de tensión del cuerpo de Cameron. Exhausta por habérselo confesado todo, se quedó dormida otra vez. A medianoche, insistió en marcharse a su casa, pero él era muy reacio a dejar que se fuera.

—Deja que me vista y te llevaré a casa.

—Tengo mi coche.

—Quiero ver tu casa.

—Es de Tony.

—Ya no. Tony ha pasado a la historia.

Cameron suspiró.

—Creo que las cosas no son tan fáciles.

—Me siento como si fuera Deméter dejando que Perséfone vuelva al inframundo —dijo Patrick cuando le abrochó el cinturón de seguridad—. Por el amor de Dios, conduce con cuidado. Las carreteras ahora parecen cristal. Te llamaré mañana. Te quiero.

«Mierda», pensó Cameron al llegar a su casa en coche. «Debo de haberme dejado la luz del salón encendida». Se miró en el espejo del vestíbulo. No tenía ni rastro de maquillaje. A pesar de lo que había dormido, las ojeras bajo sus ojos se habían vuelto más oscuras incluso que sus cejas. Patrick la había visto en su momento más bajo de verdad, pero, aun así, se sentía extrañamente purificada y en paz tras habérselo contado todo. Al día siguiente, harían el amor. Sabía que iba a ser fantástico. La perezosa sonrisa de satisfacción que se

estaba extendiendo despacio por su cara se le borró cuando entró al salón y vio a Tony.

Los vídeos de sus programas yacían desperdigados por el suelo. El cenicero estaba lleno de colillas. La botella de whisky, que se había dejado medio llena, ahora estaba vacía del todo. Tony era un bebedor que se tomaba su tiempo, por lo que debía de llevar horas allí. Cameron cerró la puerta y se reclinó contra ella, con el corazón latiéndole a toda velocidad. Con una sonrisa particularmente desagradable en la cara, Tony recogió unos papeles que había sobre la mesa.

—He estado leyendo tu contrato —dijo con amabilidad—. ¿Quieres irte ya o notificarlo con preaviso?

Era como si las últimas veinticuatro horas no hubieran existido jamás. Esa era su realidad. Toda su carrera, su única seguridad, se estaba reduciendo a cenizas a su alrededor.

—No he hecho nada. No puedes despedirme —susurró aterrorizada.

—No tengo que hacerlo. Tu contrato se acaba dentro de seis semanas. Es una pena que la hayas cagado. —Se examinó las uñas cuadradas y cuidadas con esmero—. He venido a informarte de que Simon Harris se ha dejado llevar por su crisis nerviosa y lo han trasladado a un manicomio esta tarde con una baja prolongada. Pero ya sabes lo que opino de la impuntualidad, y veinticuatro horas me parece un poco tarde para volver a casa de un baile.

—Pero no te suelo ver los domingos —respondió Cameron sin pensar de forma racional. Parecía demasiado aturdida para asimilar nada.

—Eso no quiere decir que no espere que estés aquí.

Con una sonrisa, cogió su vaso de whisky.

—Pequeña zorra del demonio —dijo con suavidad. Y al segundo, se lo tiró a la cara.

Por un momento, Cameron se quedó sin habla mientras el líquido le goteaba sobre el vestido de ante.

—Qué curioso —comentó con la voz tensa y aguda—. Cada vez que me compro algo nuevo y caro algún gilipollas me derrama algo encima. —Y entonces perdió los papeles—. ¡Cabrón! —chilló—. No me he tomado un fin de semana libre en tres años. Siempre estoy a tu puta entera disposición.

—Para eso te pago —respondió Tony, cuyos ojos brillaban ahora de placer.

—Y una mierda. Si me pagaras a tiempo de oro las horas que trabajo para ti, ahora mismo sería Howard Hughes. Vas por ahí follándote todo lo que se mueve cuando se te antoja y esperas que yo sea una puñetera monja, excepto cuando requieres mis servicios. Bueno, pues ya me he hartado.

Se abalanzó sobre él para intentar arañarle la cara, pero Tony la agarró de la cintura. Para algo tenía cuello de toro y los brazos gruesos. Cuando la apretó con fuerza, Cameron jadeó de dolor.

—Lo aguantaría —dijo ella con los dientes apretados— si la relación fuera de igual a igual. Montas en cólera si tengo una cita con otra persona, pero tú bien que llevas a almorzar a tu querida Sarah Stratton, le haces insinuaciones y le ofreces trabajo.

Los ojos de Tony refulgieron.

—Así que de eso se trata. ¿Quién te lo ha dicho?

—Ella —gritó Cameron, intentando con todas sus fuerzas que la soltara—. Y también me ha dicho que sigues acostándote con

Monica.

Tony sonrió.

—Debe de tener un sistema de espionaje excelente.

—El sistema de la cotilla. Monica le dijo a Winifred, que le contó a Paul, que le dijo a Sarah que, como siempre la estabas incordiando, Monica te restringe a una vez a la semana. Y tú me dijiste que no le habías puesto un dedo encima en años. Cerdo embustero.

—Me pone bastante acostarme con Monica —musitó Tony—. Tiene algo raro que me gusta.

—Así que por eso mandaste a Madden a James Garrett en Nochebuena para que nos comprara pulseras de diamantes a las dos. ¡Madre mía!

Echándose a reír, Tony la soltó.

—Conque también has descubierto eso, ¿eh? Pobre Cameron, te debe de haber estado hirviendo la sangre en Navidad. Los celos son la emoción más destructiva que hay, ¿sabes? Solo hacen daño a uno mismo.

—Te odio —gritó Cameron, arrancándose la pulsera y tirándosela. No le dio, pero chocó contra la ventana y se deslizó por el cristal como una uña sobre una pizarra—. ¡Vete! Me mudaré mañana, pero ahora déjame sola. —Y se derrumbó, llorando, en el sofá. Vomitarle su pasado a Patrick antes no había hecho más que poner de manifiesto lo aterrador que era no tener seguridad. Volvía a ser aquella adolescente de dieciséis años asustada y herida que salía huyendo de Mike en mitad de la noche sin ningún sitio al que ir.

Tony se sirvió dos dedos de brandi en un vaso y luego se acercó a ella hasta que Cameron pudo sentir la solidez de su muslo contra el

de ella. Resistió la tentación de aferrarse a él, como una niña que se lanza a un árbol para abrazarlo en busca de consuelo.

—Estabas celosa, muy celosa —ronroneó Tony—. ¿Por eso te has metido en la cama de ese chico?

—Sí.

La cogió del pelo y le tiró de la cabeza hacia atrás.

—¿Te has acostado con él?

—Sí —musitó ella. Después, asustada de que fuera a golpearla o a tirarle el brandi a la cara, añadió—: Pero no es lo que crees. Estaba agotada. Llevaba noches sin dormir por todas las preocupaciones que tenía. Caí en redondo en su cama.

—¿Y no ocurrió nada?

—¡Nada, nada! No es más que un crío. —Por favor, que la creyera.

—¿Declan sabe que has pasado la noche allí?

—No, no lo he visto. No llegó a salir de su dormitorio.

Con el tema de la renovación de la franquicia, Tony decidió que no quería perderla, pero sí que iba a disfrutar mientras la torturaba un poco más.

—¿Y me prometes que no vas a volver a ver al chico más?

—Te lo prometo —contestó Cameron exhausta—. Pero puede que él sí intente verme.

—Pues tendremos que presionar a Declan para que lo pare, ¿no crees? —le dijo Tony con voz suave mientras le quitaba la chaqueta —. No me gusta este vestido. Preferiría que no lo volvieras a llevar en público.

Coló la mano bajo su falda y le metió dos dedos.

Cameron hizo un gesto de dolor.

—No puedo, Tony. Esta noche no. Estoy reventada.

—Claro que puedes —repuso Tony con suavidad—, sobre todo si quieres ser la controladora de Programas.

Tres días después de la fiesta de Patrick, Taggie estaba pensando en sus sentimientos y llegando a la conclusión de que el dolor por Ralphie era mucho menor del que había esperado cuando sonó el timbre.

Era Rupert quien estaba en la puerta. Ya empezaba a perder el bronceado.

—Hola —la saludó mirándola con el alma en los ojos—. No he sido capaz de probar bocado desde tu estupenda fiesta.

—Madre mía —tartamudeó Taggie, con el corazón comenzándole a latir enloquecido.

Rupert sonrió.

—¿Me podéis devolver los cuchillos, los tenedores y los platos?

Taggie estaba acostumbrada al amor no correspondido, pero, en cambio, Patrick no. Muy mimado por su madre y acostumbrado a atraer a las chicas sin esforzarse lo más mínimo, no podía creerse que Cameron ya no quisiera volver a verlo.

A pesar de las diatribas de Declan y de las súplicas de Taggie, siguió acribillándola con cartas y llamadas de teléfono. Luego, como no le contestaba a nada, se presentó en los estudios de Corinium y en la puerta de su casa.

Por su parte, Cameron apenas había tenido tiempo para pensar. Además de producir el programa de Declan y adaptarse a su nuevo trabajo de controladora de Programas en funciones, había tenido

que enfrentarse a una revolución casi palaciega de un personal indignado por su nombramiento.

La tarde antes de tener que regresar al Trinity, Patrick llamó a Cameron a su despacho. Como esperaba una llamada de Rupert sobre su invitación al programa de Declan, Cameron contestó al teléfono sin pensar en lugar de dejárselo a su secretaria.

—¿Puedo hablar con Cameron? —preguntó Patrick.

Ella se quedó congelada. Cambiando su acento por uno *cockney*, respondió:

—Me temo que no está en su mesa en este momento.

—¿Y dónde está? —espetó Patrick.

—Con el director ejecutivo debajo de la de él.

Cameron colgó.

El teléfono estaba sonando de nuevo cuando volvió a casa esa noche. Corrió hacia el vestíbulo y cogió el auricular. Era Rupert, que estaba devolviéndole la llamada.

—Estábamos hablando de concretar una fecha para que vinieras al programa de Declan —le dijo ella con una confianza que no sentía—. Esperaba que me dieras el sí.

Rupert se echó a reír.

—Es curioso cómo habláis en televisión.

Tenía la agenda tan llena que resultaba ridículo, pero, para su sorpresa, le dijo que podía un miércoles en febrero, que resultó ser el día de San Valentín. Seguía reacio a ir al programa.

—Y en caso de que no me encuentre con Declan antes, ¿puedes preguntarle si está libre para cenar más tarde?

Cameron no dijo que después de que Declan acabara con Rupert, le parecía muy poco probable.

—Fue una gran fiesta de Nochevieja —comentó Rupert—. Te vi mover el esqueleto con tu vestido de ante. Esperaba que se te cayera con tanto brinco.

Al instante, Cameron estuvo a punto de saltar cuando sintió un beso en la nuca. Patrick había entrado por la puerta abierta.

—Vete —siseó Cameron, tapando el teléfono con la mano.

Patrick sacudió la cabeza y entró en el salón. Ella percibió una bocanada de whisky cuando pasó a su lado.

Refunfuñando, cabreada y teniendo que acabar la conversación con Rupert de forma abrupta, se despidió y fue hacia el salón, donde encontró a Patrick lanzando dardos a la diana.

—Este sitio es muy bonito. Ya veo por qué no tienes prisa por dejarlo.

—Vete —gritó Cameron.

—No hasta que me digas por qué no me devuelves las llamadas.

Patrick fue hasta la diana y sacó los dardos. Le temblaban las manos, y sus ojos eran huecos negros en una cara mortalmente pálida. Debía de haber perdido peso, tenía un aspecto horrible.

—No tenía motivos para devolverte las llamadas. Lo pasamos bien aquel día y ya.

—¿Que lo pasamos bien y ya? —le preguntó con incredulidad—. ¿Eso fue lo que significó para ti después del amanecer que vimos, de todo lo que me contaste de tu madre y de Mike y de que te quedaras dormida entre mis brazos?

—Cállate —siseó Cameron, mirando a su alrededor con cara de terror, como si esperase que Tony saliera de debajo del piano.

Patrick cogió un ramo inmenso de anémonas que había dejado encima del sillón de dentista.

—Te he comprado esto. Por el amor de Dios, te quiero. ¿No lo entiendes?

En respuesta, Cameron le arrebató de un tirón las flores y las arrojó al fuego. Patrick hizo una mueca de dolor y se volvió hacia la diana. Falló el primer dardo, que se estrelló contra la pared, el segundo chocó contra el cristal del marco de uno de los premios de Cameron y el tercero le dio a un plato.

—Para ya —dijo Cameron más tranquila—. Si Tony aparece, nos matará a los dos.

—Es un monstruo. Lo he estado investigando —comentó Patrick sentándose al piano—. Es muy avaricioso —continuó entre acordes estridentes—, hasta las bolsas que tiene bajo los ojos son de oro, y te está corrompiendo, te utiliza como si fueras una mascota rottweiler que echar a la plantilla cuando quiere hostigarla. Nunca saldrás del inframundo si te quedas con él.

—Tony y yo encajamos —respondió Cameron por encima del estruendo—. Llevamos juntos tres años, ¿vale? Mi carrera es lo único que importa.

—Entonces ¿estás de acuerdo con dejarme si así te hace controladora de Programas?

—No seas ridículo. ¿Qué puedes ofrecerme tú?

Patrick bajó las manos y provocó un batiburrillo de notas disonantes al hacerlo.

—Yo, que soy pobre —recitó con vehemencia—, solo puedo ofrecerte mis sueños.

—Deja de hablar como si esto fuera un culebrón en horario de máxima audiencia.

—De eso sí que sabes, ¿no? Produces muchos. ¿Puedo tomarme una copa?

—Ya has bebido bastante —gruñó Cameron—. Tony no tardará en llegar.

—Y hará que te subas a ese sillón de dentista —dijo Patrick con desprecio— y te dirá que te abras de piernas y entonces pum, toma, gracias, Mammón. Mi señor.

Bajó de golpe la tapa del piano y se puso de pie.

—No seas desagradable —siseó Cameron.

El día de Año Nuevo, cuando ella sollozaba entre sus brazos, él parecía muy fuerte. De pronto, en ese momento, se veía muy joven y muy asustado. Cameron era demasiado insegura para sentirse atraída por la fragilidad.

—Lo siento mucho —susurró él—. Es que te quiero tanto que duele. Mira, haré lo que sea. Dejaré el Trinity, conseguiré trabajo. Con los contactos que tiene mi padre, será fácil.

—Siempre acabas recurriendo a papá, ¿no? —se burló Cameron—. Criticas su programa de paletos, pero bien que piensas en explotarlo cuando te conviene. Bueno, pues yo no dejaré que me explotes. ¿Acaso no te entra en esa cabecita de neandertal que no te quiero a mi alrededor?

El sentirse culpable por cómo lo estaba tratando había hecho que se volviera aún más agresiva.

—No puedo evitarlo —respondió Patrick, yendo hacia la puerta—. La bella dama sin piedad me tiene totalmente cautivado.

Se fue al pub más cercano y se dio a la bebida hasta mucho después de la hora de cierre. A la propietaria le había dado pena

aquel joven guapo tan obviamente desolado allí sentado en silencio con la mirada perdida.

A medianoche, Patrick aparcó el coche a cuatro casas de la de Cameron y se bajó. Hacía un frío gélido. Cotchester dormitaba bajo su edredón de nieve. En un cielo rojizo por las farolas, titilaban enormes estrellas. Los carámbanos brillaban en los canalones de Cameron. Delante de la casa, junto al Lotus verde de ella, estaba el puñetero Rolls Royce rojo oscuro de Tony con el carnero de Corinium en el capó. Había una luz encendida en la planta de arriba de la casa; Patrick supuso que se trataba del dormitorio de Cameron. Se imaginó a Tony trepando sin piedad sobre el adorable cuerpo de ella. El domingo anterior, Cameron había yacido entre sus brazos, dócil como una niña. Patrick se moría por clavarle uno de los carámbanos de hielo a Tony en el corazón.

Como solo llevaba puesto un jersey y unos pantalones de pana viejos, estaba temblando muchísimo en ese momento. Entonces, se fijó en que Tony seguía teniendo las llaves puestas en el salpicadero. Tanteó la puerta del coche y la encontró abierta. Era evidente que el cabrón pervertido había tenido tanta prisa por tirarse a Cameron que se había olvidado de cerrarla.

Patrick abrió la puerta con cuidado, sacó las llaves y las arrojó a un parterre que había cerca. Cayeron en las profundidades de un arbusto de lavanda, y apenas esparcieron un poco de nieve.

A las cuatro de la madrugada, Tony miró su reloj.

—Debo irme.

Cameron no lo disuadió, estaba hecha polvo. Para borrar cualquier recuerdo de Patrick, Tony había insistido últimamente en correrse maratones sexuales. Pensó de forma engreída que aquella noche lo habían hecho cuatro veces; nadie podía echarle en cara que había perdido facultades. Cameron no se atrevió a quejarse. Además, la inquietaba que Patrick pudiera hacer alguna tontería para joder la marrana.

Escuchó a Tony salir y se estaba quedando dormida cuando oyó girar la llave de la puerta. Era un sonido que siempre la ponía nerviosa, pues le recordaba a Mike. Por un breve instante de terror y anhelo, creyó que podría tratarse de Patrick.

—¿Me he dejado las llaves aquí? —gritó Tony.

Para cuando acabaron de poner la casa, el coche y el camino de la entrada patas arriba, y de gritarse y de casi morirse de frío, las casas de enfrente habían encendido las luces y se estaban moviendo las cortinas de las viviendas de ambos lados. No había manera de que Tony pudiera arrancar el Rolls ni de que nadie lo ayudara a empujarlo. Si llamaba a Percy, su chófer, toda la cadena se enteraría en un santiamén, así que se tiró las siguientes tres horas histérico haciendo llamadas en vano a todo el país en un intento de encontrar otro juego de llaves.

Al final, tuvo que pedir un taxi a la centralita. Su humor no mejoró cuando llegó el conductor, lo reconoció y se tiró todo el camino comiéndole la oreja.

Al llegar a Falconry, tuvo que darle una explicación a Monica de lo más enrevesada y ridícula de que había decidido regresar a casa esa noche, pero que el coche había patinado en la autopista y se había visto obligado a dejarlo. Luego, tuvo que retenerla en la cama para

que no fuera hasta Cotchester y viera que tenía el coche aparcado en la puerta de la casa de Cameron.

Así pues, el pobre y leal Cyril Peacock encontró una llave y se llevó el Rolls al mediodía, pero para entonces casi toda la plantilla de Corinium había visto el coche de camino al trabajo y se había echado unas buenas risas. Aquella tarde, Cameron pasó por delante del tablón de anuncios del personal. Debajo del cartel que anunciaba su nombramiento como controladora de Programas en funciones, alguien había añadido: «Amante de los Rolls».

Más tarde aquel mismo día, Patrick llamó a Cameron desde el aeropuerto de Birmingham para despedirse de ella.

—¿Le has robado las llaves a Tony? —le gritó ella.

—Dile que mire debajo de la lavanda que hay a la izquierda de la puerta principal.

Cameron le cantó las cuarenta a Patrick.

—¡Pero serás estúpido! Si Monica llega a pasar y ver el coche, habrías hecho que Tony acabara en los tribunales con un divorcio.

—Creía que eso era lo que querías.

—No seas tan crío, joder.

—No pude evitarlo —titubeó Patrick—. No soportaba pensar en ese sapo enorme en la cama contigo.

—Déjame en paz —chilló Cameron—. Tú no lo entiendes.

—Te quiero —le dijo Patrick al borde del llanto.

—Bueno, pues yo no. Eres un puto pesado. Vete a la mierda e intenta hacer con tu vida algo que valga la pena.

Estaba muerta de miedo cuando le contó a Tony lo de las llaves, pero se sorprendió al ver que él sonreía encantado.

—Qué crío más tonto al poner de esa manera un clavo tan grande en el ataúd de su padre.

20

A finales de enero, la IBA abrió formalmente las solicitudes para las nuevas franquicias. Esas solicitudes, que debían proporcionar no solo las quince empresas independientes en funciones, sino cualquier otro consorcio rival que quisiera destituirlas, solían constar de cientos de páginas muy bien encuadernadas que informaban con detalle de las finanzas, las políticas del personal, los planes para futuros programas y los consejos de administración propuestos.

Una vez que las solicitudes se entregaran a principios de mayo, la IBA las estudiaría y llevaría a cabo una serie de reuniones públicas por el país con el objetivo de descubrir si la audiencia estaba contenta con su empresa de televisión pública local correspondiente. A continuación, se celebrarían unas reuniones privadas entre la IBA y todos los candidatos individuales en octubre y noviembre y, por último, se adjudicarían las franquicias en diciembre.

La primera tarea que hizo Tony Baddingham, anticipando que iba a ser un año largo de presiones políticas y ajetreo, fue reforzar la Junta de Corinium en Año Nuevo. Como sabía que la IBA, y en especial lady Gosling, tenía predilección por las mujeres, había planeado convertir a Cameron en directora, pero quería castigarla

todo lo posible por pasarse de la raya con Patrick y, como el personal aún estaba revolucionado por su nombramiento, no quería que se pusieran en huelga por su culpa el año de la franquicia. Sin embargo, el personal tenía poca memoria. Cameron descubrió que la situación con Simon Harris se había descontrolado tanto que Tony tuvo suficientes excusas para prescindir de sus servicios cuando salió del hospital, pero era algo que tendría que hacer con discreción, pues así podría proponer a Cameron a la junta justo antes de que se entregaran las candidaturas.

También almorzó con Freddie Jones, que, muy presionado por Valerie, estaba dispuesto a unirse a la Junta de Corinium. Su única reserva era si, con su imperio de la electrónica, sus caballos de carreras y sus cazas, tendría el tiempo suficiente. Si fuera director, querría dirigir.

No obstante, como incentivo añadido para Valerie, Tony invitó a Freddie a tirar al blanco el último sábado de enero y les pidió a algunas personas bastante distinguidas que fueran a tirar también. Como nunca había tirado al blanco con Freddie antes, les hizo una advertencia a los demás tiradores de antemano.

—Freddie Jones es un diamante en bruto, pero totalmente capaz. Va a ser muy útil en nuestra junta, si sabéis a qué me estoy refiriendo, pero no sé si se le da bien tirar, así que traed un casco.

En el dormitorio principal de Green Lawns, Freddie Jones estaba tumbado al lado de su mujer en su enorme cama ovalada de ante cubierta de canales con sistema de sonido cuadrafónico, una radio, reguladores de luz, maquinillas de afeitar y vibradores que Valerie usaba para masajearse el cuello. Tenían que salir para casa de Tony

alrededor de las nueve. Solo eran las siete menos cuarto, por lo que Freddie pensó esperanzado que tenían muchísimo tiempo para tener sexo. Ya se habían bebido dos tazas de té de la tetera automática. Freddie se estiró y le tocó la vagina a Valerie, rozándole el clítoris con los dedos de vez en cuando como un vendedor a domicilio; ya que no tenía muchas esperanzas de entrar, al menos podía tocar el timbre.

Valerie soltó un suspiro. Sabía que una mujer no debería negarle a su marido sus derechos conyugales, pero una de sus alegrías era que Freddie se levantara temprano para ir a cazar todos los sábados, pues significaba que ella podía fingir estar dormida como hacía todos los días entre semana cuando él se marchaba a trabajar a las seis y media.

Valerie hizo de todo para evitar tener sexo. Ya había devuelto en el Jolly's de Bath el conjunto de lencería negro absurdamente sexy que Freddie, que nunca perdía la esperanza, le había comprado por Navidad y lo había cambiado por unas sábanas de satén de color melocotón para la habitación de invitados. Siempre llevaba camisones de lana abotonados hasta el cuello. ¡Ojalá pudiera coserse también la parte de abajo! El dedo con el que la presionaba estaba insistiendo cada vez más.

—¿Quieres correrte, Fred-Fred?

—¿Y tú?

—La verdad es que no. Quiero estar fresca para Tony y Monica.

—¿Me vas a ayudar a mí entonces?

Valerie volvió a suspirar. Se arrodilló y se levantó el camisón de lana rojo para que Freddie pudiera admirar sus pezones rosa

caramelo y su monte de Venus bien recortado. Ella detestaba observarlo a él, pero al menos así no tendría que mancharse.

—Eres preciosa —murmuró Freddie—. Tienes el cuerpo de una niña pequeña.

—Toma unos pañuelos. No ensucies una toalla limpia, Fred-Fred.

Apenas había terminado su acto en solitario cuando Valerie se levantó para darle a otro interruptor en el cabecero de la cama que hizo que saliera agua hirviendo de la grifería monomando de oro de veintidós quilates en la inmensa bañera doble de ónice y mármol color sepia que había en el baño de al lado. Entonces, recordando que no quería ir con la cara sonrojada, giró otro botón para bajar la temperatura.

Las campanillas de invierno se extendían como una capa blanca como la leche a ambos lados del camino que llevaba a la casa de Tony Baddingham. La artillería, con su ropa color estiércol, estaba reunida en el exterior de Falconry, poniéndose las botas de goma y gritando a los perros emocionados que iban zumbando de aquí para allá, pisando con las patas los acónitos de Monica.

A las nueve y media, justo cuando se detuvo la lluvia, el Jaguar rojo recién limpio de Freddie apareció por la carretera.

—Madre mía —dijo asomándose por la ventana y estallando en carcajadas al ver los Land Rover sucios de los otros miembros de la artillería—, se me ha olvidado tirarle a mi coche un cubo de barro por encima antes de venir. Cuántas campanillas de invierno —continuó, saliendo del coche—. Parece como si hubiera nevado muchísimo.

Llevaba un jersey rojo y una chaqueta encerada, pero ningún gorro sobre sus bucles dorado rojizos. Al minuto siguiente, Valerie salió de su lado del coche con un traje de pantalón bombacho rojo anaranjado a juego con una capa sobre los hombros y un gorro de cazador del mismo color.

—Jesús —le susurró Tony a Sarah Stratton.

—Es Sherlock Cuqui Holmes —espetó Sarah, intentando no reírse —. Solo le falta una pipa con forma curvada y una lupa.

—¿Qué es eso? —preguntó Valerie con alegría.

—Estábamos admirando tu…, eh…, modelito —contestó Sarah enseguida.

—Es todo de mi colección de primavera —respondió Valerie con suficiencia—. Será mejor que te des prisa, se está vendiendo como rosquillas.

Tony dio un paso adelante, irradiando encanto.

—Ya conocéis a Sarah y Paul Stratton, claro, y a mi hermano, Bas —dijo con mucha labia, y cuando iba a presentarle a Valerie al lord teniente Henry Hampshire, otros dos lores y un duque del condado de al lado, Valerie casi tuvo el orgasmo que Freddie tantas ganas tenía de haberle provocado antes. «Sin lugar a dudas, Fred-Fred debe unirse a la Junta de Corinium», pensó Valerie. La próxima vez podría conocer a un príncipe o incluso a un rey.

—Hola, Valerie —la saludó Monica, que llevaba un sueste encima de un pañuelo en la cabeza—. ¿Te gustaría tomar una taza de café?

—No seas mala —la reprendió Valerie mientras agitaba un dedo enfundado en ante color marrón—. Te dije que debías llamarme Mousie. Y no, no me apetece tomar café, gracias.

No quería tener que hacer sus necesidades detrás de un arbusto de espino a media mañana delante de toda la alta burguesía.

Casi iban a marcharse cuando sonó con fuerza el teléfono que se encontraba en el coche de Freddie.

—Hola, señor Ho Chin, ¿qué tal? —dijo Freddie complacido—. ¿Cómo, cómo? ¿Cincuenta millones has dicho? Sí, me parece bien. Oye, habla con Alfredo para ver si se quiere unir también y vuelve a llamarme. Sí, estoy disponible en este número durante todo el día.

Los hombres de la artillería intercambiaron miradas de horror absoluto cuando Freddie sacó el teléfono del coche para llevárselo con él.

Tony se acercó.

—¿Te importaría mucho dejar esa cosa aquí? Puede ahuyentar a los faisanes.

—Por supuesto que no —contestó Freddie, volviendo a ponerlo en el coche—. Si Chin no puede contactar conmigo por aquí, que llame a mi despacho.

—¿Llevas ese teléfono también cuando vas a cazar? —preguntó Paul horrorizado.

—Siempre —respondió Freddie.

Comenzaron a subir una colina bastante empinada que había detrás de la casa. Hacía uno de esos días de mediados de enero que daban la sensación de que el invierno iba a acabarse. Todavía había algunos restos de clemátide colgando de los árboles. Ningún viento pudo hacer volar los amentos, pues eran bastante resistentes. Valerie, deseando no haberse llevado su ropa interior térmica, intentó no resollar.

Cuando empezó a llover, abrió su paraguas rojo anaranjado, que no paró de engancharse en las ramas. En la cima de la colina, la artillería tomó posiciones, que habían sorteado antes sacando los nombres de un gorro. A excepción de los distractivos bucles dorado rojizos de Freddie, las boinas en fila estaban paralelas a los cañones de las armas. Freddie, que disparaba en medio de la línea entre Tony y el duque, saltaba de un pie a otro, balanceando el arma por toda la línea como los golpes de revés que hacía Ian Botham.

El duque, que tenía tres hijas y esperaba tener un hijo para que el título no pasara a un hermano pequeño, no era el único con un arma que observaba a Freddie con gran temor.

—Qué calor tengo —soltó Freddie, quitándose la chaqueta encerada. Viendo las miradas de horror del duque y de Tony por el jersey rojo de Freddie y a Bas riéndose a carcajadas, Valerie, que había estado charlando sin parar con Sarah Stratton sobre faldas abullonadas, le dijo a Freddie en un tono seco que se la volviera a poner, pero, por una vez, Freddie la ignoró.

De pronto, al golpeteo de la lluvia en las boinas, se unió el sonido sibilante e incesante de las banderas de los batidores.

—Venga, pajarillos —soltó Paul con un gorgorito, acariciando el gatillo.

«Ojalá estuviera con Rupert y no con él, lo odio», pensó Sarah desesperada.

Un faisán solitario apareció muy por encima de la cabeza de Freddie.

—Apuesto a que falla —dijo Paul.

El duque y Tony alzaron las escopetas por si lo hacía.

No obstante, se oyó un disparo y el faisán dio una vuelta de campana como un molinillo chillón y cayó al suelo.

Enseguida apareció una gran bandada de aves, algunas muy elevadas en el aire y otras zumbando cerca del suelo. Hubo un tiroteo ensordecedor y el aire se llenó de plumas mientras los pájaros caían dando vueltas a la hierba.

Sonó el silbato, se había acabado la primera batida. Los perros salieron disparados en busca del botín. Era evidente, por el número de pares de faisanes que había reunido el cargador de Freddie, que había disparado mejor que todos los demás.

—Freddie Jones parece un tirador muy bueno —dijo Bas.

—La suerte del principiante —soltó Paul, que era de lejos el que peor había disparado.

Para la siguiente batida, las escopetas formaron un círculo alrededor de una pequeña granja de piedra amarilla con una puerta turquesa y un árbol de Navidad en el patio trasero al que se le estaban cayendo las agujas.

Una vez más, sonaron los disparos, y una vez más, llovieron faisanes del cielo. A izquierda y derecha, Freddie, el duque y el lord teniente derribaban todo lo que aparecía. A Tony no se le dio tan bien. Valerie estaba detrás de él con Monica y su cháchara incesante lo desconcentró.

Cuando la batida finalizó, el cargador de Tony, que sabía de la naturaleza competitiva de su jefe, agarró un par de faisanes de Bas por un lado y otro par del lord teniente, que estaba mirando embobado a Sarah.

—¡Esos son míos! —gritó el lord teniente con brusquedad.

—Lo siento —contestó Tony con amabilidad—. Mi cargador es muy celoso con mi reputación.

—Un cargador celoso, ya —murmuró el lord teniente.

La siguiente batida fue larga, con las escopetas dispuestas como los botones de un chaleco por el valle. Valerie estaba aburrida. Solo los pájaros y el suave murmullo de un arroyuelo interrumpían el silencio. Monica, que encontraba el disparar igual de aburrido que Corinium Television, estaba pegada a un *walkman* Sony que Archie le había regalado por Navidad. En ese momento, estaba absorta en el dueto de amor de *Tristán e Isolda*, con los ojos cerrados, agitando las manos soñadoramente al ritmo de la música y tropezando con las ramas de las zarzas.

Sarah estaba igual de poco habladora. Pensó que los fines de semana eran los peores días, ya que, al saber que Paul estaba en casa, Rupert no iba a llamarla nunca. Solo había salido ese día para tener algo que hacer. «Ya viene la primavera», pensó farfullando, admirando los capullos que crecían de tonos rubí y amatista. «Pero no mi Rupert». Había sido muy apasionado, pero de pronto, después de la cena de Valerie, había perdido el interés. ¿Detrás de quién estaría yendo ahora? ¿De Nathalie Perrault, Cameron Cook o Maud O'Hara? Quizá solo estaba ocupado y ya volvería.

Hubo una distracción por la llegada de Hermione Hampshire, la mujer del lord teniente, que parecía una oveja, tenía una voz resonante y estaba en tantos de los mismos comités en los que también participaba Monica que incluso se mereció que esta apagara el *walkman*.

—Freddie está disparando a las mil maravillas —comentó Monica con amabilidad, y luego comenzó a charlar hasta por los codos con Hermione Hampshire sobre almuerzos de caza.

Valerie las escuchó. Se podían tomar muchos consejos de pronunciación de la alta burguesía, pero la confundía que ambas pronunciaran una misma palabra de dos formas distintas.

Se sintió un poco intranquila por las vacas blancas y negras que correteaban nerviosas en el campo de al lado, asustadas por los disparos. Se acercó aún más a Monica y a Hermione.

—¿Sabes? —estaba diciendo Monica—. Nunca he pasado menos de cuarenta minutos con una polla.

Valerie estaba totalmente impactada. Siempre había imaginado que Monica estaba de alguna manera por encima del sexo.

—Estoy de acuerdo —contestó Hermione Hampshire con su voz resonante—. Un gallito me lleva más de treinta minutos.

—Están hablando de desplumar —susurró Sarah con una risita—, y no creo que ninguna de las dos sepa qué otro significado puede tener.

Era la última batida antes del almuerzo. Freddie, que era muy bueno, estaba abatiendo faisanes con una precisión impecable.

—La práctica hace al maestro —dijo, sonriendo al lord teniente.

Alzó la escopeta cuando otro faisán voló hacia él, y, a continuación, soltó una palabrota cuando el ave se estrelló antes de tiempo contra el suelo.

—Perdona —soltó Tony, que no aguantaba ser eclipsado ni un momento más—. Creía que tenías la escopeta descargada.

Esa vez, hubo una carnicería. Del aire, llovían plumas. Los perros corrían, los cargadores iban rompiendo los cuellos de los heridos.

«Qué suerte tienen», pensó Sarah. «Ojalá alguien acabara también con mi sufrimiento».

—Me encanta tu perro —le dijo a Henry Hampshire—. El otro día vi un springer precioso con una cola larga.

—¡Madre mía! —exclamó Henry Hampshire, horrorizado, y se marchó dejándola a media frase.

—Creía que habías dicho que no habías disparado antes —dijo Tony mientras entraban a la casa.

—Faisanes no —contestó Freddie—, pero he sido el mejor tirador de Bisley durante dos años.

Cuando entraron al jardín, pasaron junto a dos tejos cortados en forma de faisanes.

—Tú no has podido darle a ninguno hoy, ¿verdad, Paul? —dijo Tony con maldad.

Después de tanto aire libre y ejercicio, todo el mundo se lanzó a por la comida. Había tortilla de patatas española cortada en trozos pequeños pinchados con palillos de cóctel, un enorme estofado con patatas asadas, una ensalada de invierno y un pastel de ciruelas con brandi y queso Stilton, además de mucho vino de Burdeos y pacharán.

Freddie estaba en su salsa. Se le había rizado más el pelo por la lluvia, de modo que parecía un travieso querubín más que nunca, y se quedó en un extremo de la mesa contando batallitas sobre su carrera en el ejército y sus primeras experiencias catastróficas de caza.

Henry Hampshire, con el rostro enjuto y los ojos caídos, le dedicó una amable sonrisa paternalista a todo el mundo, incluida Sarah.

—¿De verdad crees que los springers están mejor con las colas largas? —le preguntó.

Sarah había bebido mucho en la comida. Tony pensó que parecía un Renoir con aquellos rizos rubios, aquellos enormes ojos azules y aquella languidez.

—¿Ya te has pensado lo de unirte a Corinium? —le preguntó.

—Sí, me encantaría. Iré a firmar el contrato mañana.

—Será solo uno de prueba de tres meses —la informó Tony, que nunca corría ningún riesgo—, pero creo que te encantará. Este año va a ser muy emocionante.

«Joder, me encantaría llevarla a la cama», pensó él. Últimamente, Cameron estaba muy tensa.

—¿No te preocupa mucho que te lleve al sofá de la televisión? —añadió, bajando la voz.

Sarah se sonrojó.

—Seguro que Cameron te lo ha contado. La bombardeé a preguntas, pero no me había dado cuenta de que ella y tú… Lo siento.

—No le des más vueltas —contestó Tony, sirviéndole un poco más de pacharán.

—No más Stilton, Fred-Fred —lo reprendió Valerie—. Qué comida más maravillosa, Monica.

—Se ha encargado Taggie O'Hara de todo —respondió ella—. No puedo agradecerte lo suficiente el que me dieras su contacto. Me va

a llenar el congelador antes de que los niños vuelvan a casa por las vacaciones escolares.

Valerie, que se sentía un poco fuera de lugar porque todo el mundo se estaba riendo de los chistes de Freddie, se volvió hacia el duque. Después de dos copas de vino de Burdeos, lo había estado llamando «su excedencia» durante un minuto.

—Tenemos una casa maravillosa —comentó de forma presuntuosa —. Green Lawns. Espero recibirlo algún día. Se suponía que la caza iba a ser allí en Año Nuevo. ¿Caza a caballo con los perros?

—Bueno, de vez en cuando —respondió el duque, que tenía su propia jauría.

—A Freddie lo han invitado a cazar en la Belvoir, que es la jauría más inteligente del país —presumió Valerie.

Todo el mundo excepto Valerie sabía que Belvoir no se pronunciaba como se escribía, pero todo el mundo excepto Tony era lo bastante educado como para mantener la boca cerrada. Sin embargo, Tony estaba harto de su parloteo estúpido y le dijo:

—Si de verdad fueras inteligente, Valerie, no lo llamarías «Belvoir». Se pronuncia «Beaver».

Se produjo un silencio incómodo.

—¿Cuánto tiempo lleva viviendo en Gloucestershire? —le preguntó el duque, que era un hombre amable.

Las mujeres se dirigieron a los distintos baños. Freddie se marchó para atender una llamada de Tokio.

—Qué tipo tan divertido es ese Freddie Jones —dijo el lord teniente.

—Y muy muy brillante —añadió Tony—. Por esa razón, necesito tenerlo en mi junta. El cable y el satélite no solo son tecnología o sistemas de distribución, ¿sabes? Son programas de *marketing*. Freddie es un genio del *marketing*. Es una pena que no podamos incluir a la zorra creída de su mujer como parte del lote.

—Si solo hay pollas, no —añadió Bas.

Todo el mundo se echó a reír.

Los hombres de la artillería estaban esperando para comenzar con las dos últimas batidas del día. Freddie aún estaba hablando por teléfono con Tokio. Valerie estaba admirando las azaleas del invernadero de Monica.

Fue muy desafortunado que Freddie entrara al vestíbulo y se encontrara a Sarah Stratton con el gorro de cazador de Valerie riendo frenética y blandiendo la capa impermeable marrón, a la que Basil estaba fingiendo embestir como un toro.

—Ole —dijo Tony, que estaba sonriendo desde la puerta.

—Se está vendiendo como rosquillas —dijo Sarah con un chillido. Entonces, al ver a Freddie, se puso colorada y le preguntó si le parecía que el gorro de cazador le quedaba bien.

En ese instante, Valerie entró en el vestíbulo.

—Estás preciosa —comentó emocionada—. Tengo uno idéntico disponible. Te lo apartaré.

—Creo de verdad que he hecho un gran avance con Sarah Stratton —no dejaba de decirle Valerie a Freddie de camino a casa.

Tras haber cumplido con sus obligaciones por la mañana y durante el almuerzo, Monica se justificó para quedarse por la tarde en casa y hacer algo de jardinería. Antes de dedicarse a podar, se pasó por la

cocina para darle las gracias a Taggie, pero se la encontró muy triste y nerviosa.

—¿Qué diantres pasa? —preguntó Monica, alarmada—. Todo ha salido a pedir de boca.

Taggie agachó la cabeza.

—Lo siento muchísimo, lady Baddingham, pero no me di cuenta de que era un almuerzo de caza. Sé que parezco una pu-pu-puritana, pero no-no-no estoy a favor de la caza. Creo que es muy cruel, y todos esos pobres faisanes… Preferiría no cocinar para este tipo de almuerzos nunca más. Puede que no me quiera volver a contratar para cocinar. Lo siento mucho, me ha encantado trabajar para usted.

Monica suavizó el rostro.

—No le des más vueltas. Ha sido muy valiente por tu parte atenerte a tus principios. De todas formas, la temporada de caza prácticamente ha terminado. Lo entiendo, pero siempre y cuando sigas haciendo otros almuerzos y cenas para mí y llenándome el congelador.

Cuando Tony salió de una reunión el lunes por la mañana, la señora Madden lo recibió con la noticia de que Freddie lo había llamado por teléfono.

—Pásamelo, ¿vale? —dijo Tony.

Mientras le pasaban la llamada, esbozó una sonrisa radiante.

—Hola, Freddie. Menudo tirador estás hecho. Todo el mundo se quedó impresionado.

—Muchas gracias por invitarnos —respondió Freddie.

—Deberíamos convertirlo en costumbre la próxima temporada. —Tony le levantó un pulgar a Cameron.

—Me temo que no —contestó Freddie con frialdad—. No voy a unirme a tu junta.

—¿Y por qué no? —preguntó Tony, perplejo.

—No me gusta que la gente trate a Valerie con condescendencia. Y sé que todos os estabais riendo de ella.

—Fue una broma —protestó Tony—. Todos adoramos a Mousie.

—Me da igual que la gente se ría de mí, pero no de ella. —Y Freddie colgó el teléfono.

Lo trágico fue que Valerie se puso furiosísima con Freddie, que no estaba preparado para herir sus sentimientos al contarle la razón por la que se había echado atrás. Valerie, que se había olvidado por completo de las burlas sobre la Belvoir y la *boutique*, no paraba de hablar de lo buena amiga que se había convertido Monica y de que Tony le había prometido grabar la *boutique* y hacer que saliera en *Detrás de cada hombre famoso*, y lo divertidos que eran el duque, el lord teniente, los Stratton, Bas e incluso los O'Hara y que ahora se suponía que lo único que harían sería mezclarse con hombres de negocios aburridos.

Freddie no dio su brazo a torcer aunque Tony mandase a Sarah a la *boutique* a comprar la capa, el traje de pantalón bombacho y el gorro de cazador.

21

Tony no pudo echarle la culpa directamente a Declan por la deserción de Freddie Jones, pero sí que se la echó por todo lo demás: por incitar a la rebelión en la sala de redacción con sus conductas subversivas de izquierdas; por alentar a Charles Fairburn a hacer gastos cada vez mayores; por el mal humor de Cameron, que estaba claro que lo había causado Patrick, el guapo hijo de Declan; por la paliza que Declan le había dado a Maurice Wooton, que había hecho que Tony estuviera tan ansioso por tener a Freddie en la junta como para invertir mucho tiempo y dinero en convencerlo solo para ser rechazado.

Todo el mundo en Corinium sabía que a Tony nunca le duraba tanto la terquedad, y que la única forma de que Declan se redimiera sería crucificar a Rupert Campbell-Black cuando lo entrevistara el día de San Valentín; una masacre que Declan esperaba con sombrío deleite.

Mientras investigaba para el programa, Declan se encontró fascinado por la complejidad del personaje de Rupert. Estaba claro que se le daba muy bien su trabajo. Cuando le ofrecieron el Ministerio de Deportes, no era más que para un puesto de relaciones públicas que dependía del Ministerio de Medio Ambiente, mientras

que el Ministerio del Interior se ocupaba de los desórdenes más serios, como los disturbios en los partidos de fútbol.

No obstante, Rupert se había negado a aceptar el trabajo a menos que le dieran la plena responsabilidad de todo el deporte del país y cualquier problema que surgiera. La apuesta mereció la pena. Había tenido un éxito espectacular frenando el vandalismo en el fútbol y había conseguido una cantidad increíble de dinero para el deporte, concretamente para los siguientes Juegos Olímpicos. Había tenido disputas con los sindicatos de docentes sobre el declive del deporte de competición en las aulas, con la Asociación de Fútbol, con otros ministros e incluso con la primera ministra. Pero había conseguido que se hicieran las cosas y no se había andado con rodeos. Muy convencido de su propio juicio, a veces era demasiado arrogante, y como él mismo había sido un gran atleta, tendía a ponerse de parte de los deportistas antes que de los directores, pero cuando iba en contra de los funcionarios siempre era porque había descubierto un punto débil en sus argumentos. Tenía mucha suerte de contar con Gerald Middleton, su secretario privado.

Declan también descubrió la horrible privación que había sufrido de niño, no de cosas materiales, sino de amor y estabilidad. Su preciosa madre estaba casada con su quinto marido. El cuarto matrimonio de su padre hacía poco que había fracasado. Cuando Rupert no tenía más que veintiún años y acababa de lograr la fama en el mundo del salto de obstáculos, se había hecho cargo de la casa familiar de Penscombe con sus cuatrocientas hectáreas y no tardó en conseguir que le diera unos beneficios importantes. La prensa hablaba con frecuencia de su crueldad con los caballos o, como mínimo, de que los hacía saltar hasta la extenuación. También

estaba su compulsivo lado de donjuán, y un matrimonio o un divorcio rara vez lo frenaban. Incluso en la actualidad, cuando debería estar predicando con el ejemplo, había una cola de mujeres que parecían demasiado ansiosas por decir: «Sí, señor ministro».

Declan había hablado con el mejor amigo de Rupert, Billy Lloyd-Foxe, ahora jefe de Deportes de la BBC, que no tenía más que buenas palabras hacia Rupert por haberlo ayudado en el pasado a superar el alcoholismo y prácticamente salvar su matrimonio. También había hablado con Malise Gordon, el antiguo jefe de equipo de Rupert, que ahora estaba casado con su exmujer, Helen, quien le había dicho que el ansia de ganar de Rupert era la motivación más fuerte que tenía. «Haga lo que haga, llegará a lo más alto». Había hablado con muchísimas ex, que describieron a Rupert como un caso perdido pero irresistible, entre otras cosas porque las hacía reír, y con varios ministros del Gabinete, que hablaban de él con respeto más que con afecto.

Todo el mundo mencionó la estupenda energía de Rupert. Después de tantas horas agotadoras de competición, se había tomado con calma el extenuante trabajo de ministro de Deportes. Acostumbrado a la adulación y a la conquista fácil en el mundo del salto de obstáculos, no le habían afectado ni las reverencias ni las zalamerías que rodeaban a los parlamentarios ni las críticas que le lanzaban la prensa y la Cámara. Como no tenía miedo y no le faltaba el dinero, había resultado ser un diputado sorprendentemente bueno, dispuesto a luchar por su circunscripción siempre que fuera necesario. Chalford y Bisley estaban orgullosos. Una vez más, Rupert les había dado notoriedad.

Por lo tanto, ese era el hombre sobre el que Declan estaba leyendo todo lo que se había escrito y con el que se había obsesionado mientras recorría los valles congelados de Gloucestershire o daba vueltas en la cama por las noches. Declan pensó, cuando preparaba sus preguntas, con un odio oscuro, ansioso y enfermizo, que ese era el hombre que en cualquier momento podría arrebatarle a Maud, Taggie o incluso a Caitlin. Aparentemente, Maud parecía haber superado su pasión por Rupert. Había descubierto las novelas de Anthony Powell y se pasaba todo el rato leyendo los doce volúmenes de *Una danza para la música del tiempo* con la ayuda de grandes cantidades de whisky por las noches. Se encontraba muy apática, pero eso podía deberse a la duración y a la severidad del invierno. No mostró ningún interés en su entrevista con Rupert.

El día de San Valentín llegó, causó la agitación de siempre en Corinium Television y provocó hernias a los carteros que iban dando tumbos con los sacos llenos de sobres de colores por la High Street de Cotchester.

Sin embargo, ninguno de esos sobres estaba dirigido a Cameron. Aunque tampoco es que ella se diera cuenta. Desde que había ocupado el cargo de Simon Harris, no había hecho más que trabajar como una mula.

No solo estaba produciendo a Declan y supervisando la producción de la nueva temporada de *Cuatro hombres al grano*, sino que ahora era la única responsable de los programas de Corinium y parecía que se pasaba el tiempo programando, encargando y discutiendo presupuestos o yendo a reuniones con otros controladores de Programas en Londres.

Patrick no dejaba de bombardearla con cartas cada vez más angustiosas a las que ella no respondía. Esa misma mañana, le había enviado a casa un ramo descomunal de lirios del valle para San Valentín. La carta que lo acompañaba rezaba:

Querida Cameron:

Voy a entrar en declive. Ahora me puedes llamar Declive O'Hara. He perdido tanto peso que mis amigos están convencidos de que tengo sida. Como me dijiste que hiciera algo con mi vida, te alegrará saber que he dejado la bebida (casi) y que estoy escribiendo una obra de teatro y trabajando duro. La obra ya no trata de la intimidación de los británicos en Irlanda, sino de un joven enamorado de una mujer mayor que no puede dejar a un cabrón. No te preocupes por las posibles demandas, le he puesto a lord Tonito el pelo rojo. Supongo que debo darte las gracias por hacer que experimentara la infelicidad en el amor. De hecho, ¿sabías que James Joyce animaba a su mujer a que tuviera aventuras para que él pudiera descubrir qué se sentía cuando a uno le ponían los cuernos?

La señora Joyce escribió: «Jim (¿no es una decepción tremenda?) quiere que me vaya con otros hombres para poder escribir de ello». Qué imbécil, seguro que no la quería.

Mi madre dice que mi padre está de un humor de perros. ¿Las cosas van muy mal en Corinium? Antes de que rompas esta carta, recuerda que algún día valdrá algo y podría mantenerte en tu solitaria vejez cuando tu querido amante Baddingham haya estirado la pata.

Te amo y viviré sumido en la oscuridad.

Patrick

Cuando se marchó a la oficina, Cameron sacó los lirios del valle por la puerta de atrás por si Tony volvía a casa tras el programa de Declan. No era muy probable, pues su relación se había deteriorado. Se peleaban menos, pero antes las peleas eran la chispa que prendía los preliminares. Ahora, cuando Tony le hacía el amor, había una brutalidad y una frialdad que jamás habían estado presentes.

Para colmo de males, Sarah Stratton, en toda su radiante belleza, se había incorporado a Corinium como posible presentadora, y su sonrisa de gatita, su cabello dorado como un halo, su suave pecho de angora y su perfume de Anaïs Anaïs habían afectado a los hombres del edificio como el personaje de Zuleika Dobson. James Vereker, que cada día vestía un jersey distinto en tonos pastel y actuaba como un colegial enamorado, había sido apodado «el anhelante» por la redacción. El jefe de Noticias se había tomado la tarea de iniciar a Sarah muy en serio. Incluso Tony aprovechaba la más mínima ocasión para comprobar si Sarah estaba bien, la invitaba a tomar algo en su despacho después del trabajo o a unirse a los almuerzos con los de la sala de juntas para impresionar a los peces gordos cuando aparecían. Por todo esto, Cameron se había vuelto más histriónica y borde con el personal.

—Si tenemos que guiarnos por Simon y Cameron —señaló Charles Fairburn—, diría que para ser un buen controlador de Programas, el único elemento que no hace falta es el control.

James había tenido tantas admiradoras en San Valentín que había decidido hacer una cosita en *Resumen de Cotswold* para agradecer a

sus fans, y abrió el melón en el estudio sobre si los hombres eran más románticos y se preocupaban más que antes. Sarah recibió una tarjeta de San Valentín con un sello de Penscombe y nada escrito. Como nunca había recibido una carta de Rupert, no podía estar segura de que el llamativo garabato azul que había en el sobre fuera suyo, pero estaba casi convencida de que así era. Las cartas de San Valentín de Declan llegaron a montones, pero estaba tan absorto con el tema de Rupert que no las abrió.

Taggie tuvo un día complicado. Nadie le mandó nada por San Valentín. Se estaba encargando de la cena para el lord teniente esa noche y había hecho una *ratatouille* enorme que había dejado en la despensa para que se enfriara, pero Declan llegó luego y la sacó al jardín para los tejones, que se negaron a tocarla. La única distracción de Declan últimamente, aparte de observar aves, era sacar comida por la noche y agazaparse en la cocina en penumbra a esperar a que aparecieran los zorros y los tejones.

En ese momento, se paseaba descalzo por toda la casa, quejándose otra vez de que sus puñeteros hijos le habían quitado todos y cada uno de los calcetines amarillo fosforito vómito de gato que había puesto tan de moda. Buscando a ver si había un par debajo de la cama de Caitlin, se encontró una botella de vodka vacía con una cucaracha dentro y declaró de nuevo que alguien tenía que despedir a Grace.

—Por supuesto que no —se negó Maud en rotundo—. Necesito mi coro griego.

Declan estaba a punto de irse al estudio cargado con sus dardos envenenados para lanzárselos a Rupert cuando Taggie entró

corriendo en la cocina sin habla por la emoción y blandiendo una tarjeta de San Valentín enorme repleta de corazones, que había llegado con entrega especial y que tocaba una versión con xilófono de *The White Cliffs of Dover* cada vez que la abrías.

—¿Qué coño es eso?

—Es de Rupert. Le ha enviado una tarjeta de San Valentín a Gertrude.

—¿Y eso por qué? —espetó Maud.

—Una vez dijo que era fea. Debe de haber cambiado de opinión. Cuánta amabilidad desinteresada por su parte —dijo Taggie incluyendo la palabra del día con triunfo.

«Hostia puta», pensó Declan mientras salía a la húmeda llovizna de febrero. «No tiene bastante con meterle mano a Taggie y encandilar a Maud, que ahora intenta seducir a mi perra».

Taggie salió corriendo detrás de él.

—No le darás mucha caña a Rupert, ¿verdad?

Se había seguido la entrevista de Declan con Rupert a través de toda la cadena cada hora en punto del día. Los de maquillaje se lo habían rifado a ver quién debía atenderle. Declan intentó pasar un par de horas tranquilo en su despacho, afilando sus dardos envenenados, pero no hacían más que interrumpirlo un miembro del personal tras otro, que entraban para quejarse de Tony.

—Me echó la bronca por no darle una paga extra a los representantes en enero —comentó Georgie Baines, el director de Ventas—, pero si lo hubiera hecho, me habría echado la bronca por despilfarrar los recursos de Corinium.

—La semana pasada me gritó porque tenía el escritorio hecho un desastre —se quejó Cyril Peacock—. Así que hice una buena limpieza. Después, vino por la tarde y cuando me vio con el escritorio vacío, me lio una buena por estar sin hacer nada.

Charles Fairburn estaba cabreado porque, por séptima semana consecutiva, le habían tachado de su lista de gastos cien libras para reponer el gorro de pelito que Seb Burrows le había puesto al carnero de Corinium en Navidad.

Sarah Stratton, que llevaba un vestido ajustado de angora gris claro, estaba sentada en la redacción con el jefe de Noticias, que presumía de músculos mientras se quejaba de que la BBC había dado una noticia a la hora de comer que sus reporteros no.

—Está claro que *Resumen de Cotswold* es el buque insignia de la empresa —le contó a Sarah—. Perdemos o conservamos la franquicia según si el programa refleja o no de verdad las noticias locales y los índices de audiencia. Nosotros debemos ser consistentes, inquisitivos, responsables y entretenidos. Es el único ámbito donde no se tolera la intromisión de Cameron ni de Tony. La autonomía de la redacción es indiscutible.

El teléfono interno sonó a su lado. El jefe de Noticias apartó su mano de la rodilla de Sarah, descolgó el aparato y se puso pálido.

—Claro, lord B. Lo entiendo. Mandaré a alguien a que cubra la historia ahora mismo.

Sarah esbozó una sonrisa contra su vaso desechable y no dijo nada.

Ahora en el aire, James Vereker, que les había agradecido con énfasis a sus fans haberse preocupado de mandarle tarjetas de San

Valentín, estaba entrevistando a una bruja local que acababa de grabar un disco. Llevaba un vestido corto negro y unas botas negras de cuero, y tenía unos enormes muslos desnudos y moteados que cruzaba y volvía a cruzar para que James pudiera verlo todo.

—Seguro que eres una persona que se preocupa mucho, Tamzin —dijo James, desviando la mirada—, pero ¿no crees que el público medio tiene una idea mucho más siniestra de las brujas?

—Conviértelo en sapo —gritó Seb Burrows desde la redacción mientras lanzaba un dardo de papel a la pantalla.

—Ojalá hubiera hecho una efigie de Tony para clavarle alfileres —comentó Charles Fairburn.

—Podríamos comercializar un alfiletero de Baddingham —propuso Seb—. Se vendería incluso mejor que las camisetas de Declan.

Sarah no estaba prestando atención, pues no hacía más que pensar que Rupert llegaría enseguida. Había avisado a Paul de que era probable que llegase tarde porque Tony querría que lo ayudara con alguna fiesta después a modo de relaciones públicas. En realidad, Tony le había pedido que fuera a la sala de juntas a ver la entrevista de Rupert e impresionar a un par de anunciantes importantes. Se suponía que Rupert se iba a pasar cuando terminara el programa.

«Sé que ha sido él el que me ha enviado la tarjeta de San Valentín», pensó Sarah, retorciéndose de éxtasis. «Seguro que quiere que volvamos».

Por su parte, Rupert había tenido un día muy duro. Había estado en una reunión de lo más agria con el comité de la UEFA, que seguía negándose a que los equipos ingleses de fútbol jugaran en Europa la

temporada siguiente. Había tenido que suavizar también el escándalo de un jugador chino de pimpón que había robado en un *sex shop* Ann Summers. Además, había intentado convencer al Instituto de Publicidad de que no había ningún motivo de peso para que un gran fabricante de condones no patrocinara la final de la Copa de la Liga de Rugby el año siguiente, y había tenido que hacer frente a la protesta de la Autoridad Sanitaria porque un famoso piloto de carreras había salido en *Wogan* con una camiseta de Marlboro. Como todas esas reuniones lo habían ido retrasando, solo tuvo media hora para arengar a un grupo de directores sobre el declive del deporte competitivo en las aulas, que se había visto agravado por la huelga de profesores.

Al final, cuando ya estaba saliendo para Cotchester, la primera ministra lo convocó porque quería que los British Lions cancelaran su gira por Sudáfrica y fueran a animar a los atletas para boicotear los Juegos Europeos que tendrían lugar el mes siguiente.

Rupert se cabreó.

—La política no debe meterse en el deporte —espetó—. No pienso presionar a nadie para boicotear nada. No tiene ni idea de lo que supone ser atleta. ¿Qué le habría parecido si el día en el que se convirtió en primera ministra alguien le hubiera ordenado que rechazase el cargo y usted hubiera estado prácticamente segura de que nunca tendría la misma oportunidad? No puede obligar a la gente a acatar unos principios que ni usted misma soñaría cumplir.

La primera ministra despachó a Rupert con frialdad y le dijo que esperaba que se lo pensara mejor.

—Me siento como un balón de fútbol al acabar la final de la copa —dijo Rupert mientras se derrumbaba en el coche negro oficial al

lado de Sydney, su chófer designado—. Hoy todo el mundo me está dando a base de bien. ¿Quién ha ganado la carrera de las tres y media?

Hablaron de la carrera hasta que llegaron a la salida de Heathrow y Rupert se quedó dormido. A Sydney le gustaba trabajar para Rupert. Disfrutaba con el glamour, y, debido a los horarios erráticos de Rupert, hacía unas horas extras espectaculares.

Gerald Middleton, secretario privado de Rupert, estaba sentado detrás con la luz encendida revisando la caja roja de Rupert, optimizando todo lo posible y anotando las medidas que deberían tomarse. Al contemplar la elegante figura despatarrada que tenía delante, Gerald luchó contra la tentación de acariciarle el cabello rubio. Rupert jamás sabría del autocontrol que tenía que ejercer Gerald todos los días para no poner en evidencia sus sentimientos. Debió de haber sido algún impulso suicida lo que le había hecho volcar todas sus energías en la carrera de Rupert para que tuviera un rápido ascenso en la escala política y liderara un ministerio mucho mayor lejos de Gerald, pero todo eso podría irse al traste si Rupert hacía algo estúpido, como ir al programa de Declan esa noche.

Gerald consultó su reloj. Iban muy justos, pero mejor, así Rupert no tendría tiempo de tomarse muchos whiskies en la zona para invitados.

Cameron fue a la sala de control temprano. Le gustaba tener media hora antes del programa para respirar hondo y pensar en lo que tenía que hacer. Cuando cerró la puerta, la sintonía de *Tiburón* retumbó en la sala de sonido que había al lado. La bromita había empezado desde que se había hecho cargo del puesto de

controladora de Programas. A ella no le hacía ni puta gracia, pero viendo por las ventanas de cristal y las persianas verticales a los técnicos de sonido que estaban descojonándose a un lado y a los mezcladores al otro, estaba claro que a los demás los hacía doblarse de risa.

La cara fría y sonriente de Rupert la miraba desde todos los monitores, excepto los que iban a emitir fotografías, telecine y cintas de vídeo para ilustrar aspectos de la vida de Rupert durante el programa. En el estudio, estaban comprobando el orden de las fotografías. En el monitor, aparecían imágenes de Rupert ganando la Copa del Mundo y de pie en la tribuna olímpica con el brazo en cabestrillo; de su guapísima exmujer, Helen; de Beattie Johnson; de Nathalie Perrault, y de Amanda Hamilton, mujer del ministro de Asuntos Exteriores. También estaban Jake Lovell, archienemigo de Rupert en el circuito, y su jefe de equipo, Malise Gordon, que había acabado con Helen. Parecían personajes de alguna miniserie glamurosa de Hollywood. Era obvio que Declan estaba empeñado en machacarlo.

El resto del personal entró en el estudio después del descanso para cenar. Daysee Butler, agobiada por los tiempos, con máscara de pestañas azul y vestida con un jersey nuevo rosa claro con un gato gris enorme tejido en la parte de delante, se colocó a la izquierda de Cameron.

—Rupert llegará dentro de cinco minutos. Ve a recibirlo, Daysee, y llévalo directamente a que lo maquillen —dijo Cameron.

En el monitor, podía ver que Declan ya se había arrebujado en su silla de mago. Cameron le dio al interruptor y lo avisó de la llegada de Rupert.

—¿Te vas a tomar antes una copa con él?

—No.

Cameron pensó que parecía hecho polvo. Había perdido mucho peso últimamente. El cabello negro se le había llenado de más canas y las sombras violetas bajo los ojos le recordaban a Patrick, pero no debía pensar en Patrick.

—Haz como con Maurice Wooton, Dec, y Tony se morirá de felicidad.

—Mientras se muera… —gruñó Declan—. Me da lo mismo si es de felicidad o no.

Rupert, Sydney y Gerald estaban esperando en la recepción, observando las fotografías de Declan, Charles Fairburn y James Vereker, que ya no estaba oculto por el árbol de Navidad.

—Joder, esa es Farrah Fawcett-Majors —dijo Sydney mientras Daysee bajaba por la escalera de acero azul real, regalándoles la vista de su pelo rubio fresa y su figura curvilínea.

—¿Lo puedo llevar a que lo maquillen, señor ministro? —le preguntó Daysee.

—En vez de eso, ¿no podemos irnos tú y yo al Cotchester Arms? —replicó Rupert.

Daysee consultó su reloj.

—No creo que haya tiempo —dijo con tono serio—. Sale dentro de quince minutos.

—No quiero maquillaje. Lo único que necesito es un buen whisky —contestó Rupert.

Gerald le entregó a Daysee algunas fotografías.

—Aquí tienes las fotografías de los Juegos Olímpicos del 76.

—Ay, gracias —dijo Daysee—. Las llevaré a Grafismo para que las monten.

—¿Ellos sí tienen tiempo de montar? Vaya —comentó Rupert.

—Lo que quiero decir es que se va a poner una fotografía de fondo, de manera que se pueda quitar con facilidad —explicó Daysee con paciencia.

—Es la suboficial Farrah Fawcett, sí —musitó Rupert a Gerald cuando siguieron a Daysee por las escaleras.

—Qué guapo y qué moreno —dijo la maquilladora mientras le aplicaba un toque de Nuevo beis para quitarle los brillos de la nariz y la frente a Rupert.

—Estuve esquiando el fin de semana pasado —contestó él.

Se preguntó por millonésima vez por qué narices había accedido a hacer la entrevista. Sabía que en parte era porque Cameron se había burlado de él diciéndole que le tenía miedo a Declan. Pero, entre el frenético trabajo duro y los líos de cama y en las pistas de esquí con Nathalie Perrault, no había dejado de pensar en Taggie en la fiesta de Patrick, desbordada por las catastróficas finanzas de su padre.

Daysee le llevó a Rupert un whisky de color caoba oscuro, que Gerald cogió de inmediato para llevarlo al lavabo del Departamento de Maquillaje y diluirlo con agua.

—No ha comido en todo el día, señor ministro.

—Sí, niñera —dijo Rupert.

—Será mejor que bajemos —comentó Daysee.

Gerald le puso bien la pajarita azul de lunares a Rupert.

—Por Dios, tenga mucho cuidado. Si le pregunta algo que no le gusta, limítese a decirle que no ha venido al programa a hablar de

asuntos personales. No critique a otros ministros e intente no perder los papeles.

Rupert sonrió.

—Cualquiera diría que soy un crío en su primer día de colegio.

Gerald no le devolvió la sonrisa.

—A veces parece que sí.

22

Unas enormes letras naranjas fuera del estudio decían: «No entrar cuando estén encendidas».

—Ni de coña —dijo Rupert, bebiéndose su whisky y dándole el vaso a Daysee—. ¿Quieren que me exponga en directo?

—Joder, qué fotogénico es —murmuró Cameron en la galería al tiempo que observaba cómo Rupert se sentaba frente a un Declan tenso y serio—. Mira esa mandíbula y la forma en la que se le alargan los ojos cuando sonríe.

—Declan está nervioso —dijo la mezcladora mientras el técnico de sonido probaba los niveles de los dos hombres—. Escucha cómo le tiembla la voz.

En el pinganillo, Declan podía oír a Daysee discutir con un novio con el que iba a cenar al día siguiente.

—La receta dice que lleva mucho ajo, pero creo que no le pondré. Rupert es guapo a rabiar, ¿verdad?

Declan miró a Rupert, apoltronado, muy tranquilo, irradiando elitismo y privilegio con aquel bronceado piel roja y su precioso traje a medida y su camisa de seda azul que hacía juego con sus insolentes ojos azules. Pensó en Taggie llorando de la humillación tras la fiesta de Valerie Jones, en Maud sollozando en sus brazos la

noche del veintiún cumpleaños de Patrick, y afianzó su determinación.

—¿Alguno necesita un repaso? —preguntó la maquilladora, sacudiendo su cesta de acero.

—A mí me encantaría hacértelo a ti —contestó Rupert.

La maquilladora se sonrojó. Rupert se echó hacia delante para ver la etiqueta de uno de los curiosos calcetines de Declan. Decía «Charlotte Webster-Lee».

—Es una amiga de Caitlin —soltó Declan.

—Creo que antes conocía muy bien a su madre —respondió Rupert—. ¿Charlotte es rubia y tiene los ojos azules?

«¿No puede parar ni un segundo?», pensó Declan con violencia.

«Se vienen problemas», decidió Rupert mientras charlaba con el personal de las oportunidades que tendría el Cotchester contra el Wandsworth United el sábado. «Este hombre quiere enterrarme».

—Un minuto para entrar en directo, Declan —dijo el regidor.

—Buena suerte —le deseó Cameron.

—Grabación lista —advirtió Daysee.

El regidor alzó la mano para hacerle una señal a Declan, las luces rojas se encendieron y estaba en directo.

—Mi invitado de esta noche no necesita presentación. Ha sido descrito como el mejor saltador de obstáculos del mundo, el hombre más guapo de Inglaterra, la guinda del pastel del Partido Conservador. Es, por supuesto, el ministro de Deportes y diputado por Chalford y Bisley, Rupert Campbell-Black.

Una vez que se había librado de la introducción, Declan pasó directamente al asunto:

—¿Te importa que te describan como el hombre más guapo de Inglaterra?

—¿Por qué debería?

—¿No temes que te tomen solo por una cara bonita?

—No.

—¿Y de que te hayan metido en el Partido Conservador solo para añadir un elemento de glamour muy necesario?

—No, porque no es verdad.

—¿Y por qué otra razón te habrían metido? —preguntó Declan con desdén.

—Sé más de deportes que cualquier otra persona del partido —contestó Rupert con sencillez—. Al haber estado dieciséis años en el mundo del salto de obstáculos en los circuitos más duros del mundo, puedo soportar la presión. Un día eres el rey del salto de obstáculos y al siguiente eres el último. Eso me ayuda a aguantar los altibajos de la política.

—¿Encuentras la política igual de satisfactoria que el salto de obstáculos?

—Por supuesto que no, pero tiene sus cosas buenas.

—¿Como cuáles?

—El fondo olímpico acaba de sobrepasar los cuatro millones y aún nos quedan dieciocho meses. La violencia en el fútbol ha disminuido un setenta por ciento. Los institutos públicos de secundaria están aumentando poco a poco el deporte de competición e Inglaterra le dio una paliza a Irlanda en rugby el sábado pasado —dijo Rupert añadiendo esto último con una sonrisa de maldad.

Gerald hizo una mueca mientras le daba un sorbo a una Perrier en la sala de juntas. Lo último sobraba. No debería haberlo dicho.

—El Gobierno gana doscientos millones de libras al año por el impuesto de las apuestas de fútbol —lo acusó Declan—, y, aun así, les estás pidiendo a los clubes que se gasten dos millones este año en reforzar su seguridad para reducir la violencia en el fútbol. ¿Por qué no les brindas alguna ayuda?

—Con jugadores ganando cien mil libras al año y famosos como Garry Lineker cambiando de equipo por más de un millón, creo que los clubes de fútbol pueden arreglárselas solos.

—Alguna gente cree que estás adoptando una postura firme respecto a la violencia en el fútbol porque interesa a nivel electoral.

—Ah, ¿sí? —contestó Rupert con educación.

«Joder», pensó Declan. «Se lo he dejado a huevo».

Rupert se aplacó:

—Solo porque algo interese a nivel electoral no quiere decir que esté mal. Me gustaría limpiar las gradas y hacer que fueran lugares seguros para que los padres puedan volver a llevar a sus familias, de lo contrario, se dejará de apoyar el juego y nos quedaremos sin futuros talentos.

Declan cambió de tema:

—He visto en el periódico de la tarde que apoyas la gira de los British Lions por Sudáfrica, así que es como si aprobaras un régimen corrupto.

—Tonterías —contestó Rupert, preguntándose si la primera ministra lo estaría escuchando—. El deporte está fuera de la política. Los atletas están en la cima de su carrera tan poco tiempo que se les debería permitir competir donde y contra quienes quieran. Es fácil de cojones tener principios cuando no estás sacrificando nada.

Y, así, el programa prosiguió con un intercambio de réplicas agudas amables y maliciosas a la vez, pero, en general, Rupert sorteó las provocaciones de Declan con facilidad.

Entonces, Declan dijo:

—Has sido descrito como el muchacho de ojos azules de la primera ministra.

—Lo de muchacho ya sobra. Tengo treinta y siete años —contestó Rupert—, pero como tengo los ojos azules, no sé cómo me iban a llamar si no.

—Ella parece preferir a los hombres apuestos.

—Si no lo hiciera, necesitaría que le revisaran la cabeza —respondió Rupert con frialdad—. ¿Tú prefieres a los adefesios?

—Siempre te has llevado bien con las mujeres —prosiguió Declan —. ¿No fue Amanda Hamilton —una enorme y glamurosa imagen de la mujer del ministro de Asuntos Exteriores apareció en la pantalla— la que te metió en política?

—Y su marido, Rollo —contestó Rupert con rapidez—. Los dos me animaron.

A pesar de los reiterados intentos de Declan, Rupert se negó a hablar lo más mínimo del tema de Amanda Hamilton.

—Fue la señora Hamilton —dijo Declan intencionadamente— la que te llevó en coche a tu primera reunión con tus votantes. ¿Tuviste un conflicto entre tus obligaciones ministeriales y las de tu electorado?

—Por supuesto —replicó al instante Rupert—. No tengo el tiempo suficiente para dedicarle a mi electorado. Ellos son lo primero, son la gente que me ha votado. He vivido en esta zona toda mi vida y no

quiero una puñetera autopista enorme a un kilómetro de Penscombe, igual que ellos.

Gerald apoyó la cabeza entre las manos.

Tony, ronroneando de placer, estaba caminando de un lado a otro de la alfombra de la sala de juntas.

—Rupert está empezando a perder la paciencia —comentó en voz baja.

«No lo puedo evitar», pensó Sarah. «Todavía lo sigo queriendo».

—¿Fue solo el ansia de poder lo que te llevó a meterte en política? —preguntó Declan con desdén.

—Desde luego, no fueron el dinero ni el tiempo libre —replicó Rupert—. La mayoría de los ministros están desbordados. Los funcionarios quieren el control y nos amontonan el trabajo para que nos quedemos callados. Algunas veces, llegas a casa a las tres de la madrugada tras una sesión en la Cámara y aún tienes que ponerte con tu caja. Ahí es cuando comienzan los problemas. Estás tan hecho polvo que has aprobado una central nuclear en tu circunscripción y, seis meses después, te das cuenta horrorizado de lo que has hecho. Yo soy muy afortunado. Tengo un secretario privado excepcional, Gerald Middleton. Él hace todo el trabajo tedioso y me tira de las orejas si me paso. También tengo mucha suerte —continuó Rupert, bostezando muchísimo— porque en el circuito aprendí a irme a la cama en cualquier momento.

—¿Y con cualquiera? —preguntó Declan. Ahora lo estaba provocando.

—No —contestó Rupert arrastrando las palabras—. Siempre he sido muy selectivo.

—Eso no es lo que dicen tus recortes de prensa.

Una instantánea de Samantha Freebody, estrella en ciernes que había contado que se había acostado con Rupert mientras él estaba casado, apareció en pantalla seguida de una sucesión de mujeres guapas, incluida la hija de Amanda Hamilton, Georgina; Beattie Johnson y Nathalie Perrault.

—Pasamos a la dos. Tenemos que pillar la reacción de Rupert después de esto —dijo Cameron—. Plano dos.

Pero Rupert tenía el rostro totalmente inexpresivo.

Declan agarró un recorte de la mesa.

—Un colega de Gloucestershire te ha descrito como «un virus bastante desagradable que todas las esposas contraen tarde o temprano».

—Si vieras a su mujer, ya te digo yo que sería más bien tarde —contestó Rupert con ligereza, pero marcándosele un músculo en la mejilla.

—Después de la aparición del sida, ¿no crees que deberías cortarte un poco?

—Claro —respondió Rupert—. Renuncio al sexo casual en Cuaresma.

Tony se estaba desesperando, así que agarró el teléfono y llamó a la sala de control:

—Dile a Declan que deje de hacer el tonto y que arremeta contra él.

—Tony dice que arremetas, Declan —lo avisó Cameron—. Haz que se cabree.

Declan cuadró los hombros.

—Durante los dos últimos años, has expresado tu compasión por los *hooligans* del fútbol.

Rupert se quedó mirándose los zapatos.

—La mayoría de ellos seguro que llevan durante la semana una vida aburridísima. Muchos no tienen trabajo o se ocupan de los tornos en una fábrica. Las gradas son su escenario, su oportunidad de desahogarse de las frustraciones de la semana. Por regla general, organizan una revuelta porque van perdiendo o porque han fallado un penalti a medio tiempo.

—Eres muy mal perdedor, ¿verdad? —preguntó Declan con ligereza.

Era la voz de Torquemada, el pálido rostro decidido del gran inquisidor.

Rupert se mostró receloso.

—¿Cuál es el sentido de competir si no es para ganar?

—¿Incluso hasta el punto de golpear a tus caballos?

Rupert entrecerró los ojos, pero se limitó a quedarse mirando a Declan sin decir nada.

—Mira esta fotografía —prosiguió Declan, mostrando una instantánea de un caballo tan delgado que parecía un esqueleto—. Este era uno de tus caballos, Macaulay. Le diste tal paliza que se negó a saltar bajo tus órdenes, así que lo vendiste a Oriente Medio, donde acabó en las canteras de piedra.

—Eso fue mala suerte —contestó Rupert—. Vendí media docena de caballos al mismo jeque. Uno de ellos ahora es un semental en Estados Unidos, pero dos sí que los sigue teniendo. El caballo no se entendió con él, así que lo vendió.

—Y tu archienemigo Jake Lovell lo cuidó hasta que recobró la salud, luego lo apuntó al Campeonato Mundial y, en la final, cuando todos teníais que montar en los caballos de los demás, a Macaulay no lo alegró mucho tenerte sentado sobre su lomo. ¿Lo recuerdas?

En la pantalla, salió un vídeo de Rupert siendo al fin tirado y después perseguido por la pista por el caballo enfurecido antes de refugiarse en el centro de un gran obstáculo.

—Pasamos a la dos, plano dos —gritó Cameron, ansiosa de nuevo por conseguir la reacción del rostro de Rupert. No obstante, una vez más, se mostró impertérrito. Solo dejó entrever un poco de emoción a través de sus largos dedos, que se aferraron al vaso de agua de la mesa.

—Se va a largar —dijo Tony muy contento.

—Le habías pegado tal paliza al caballo —prosiguió Declan casi en un susurro— que te recordó y fue a por ti. ¿Qué sientes al ver ese vídeo hoy?

Hubo otra larga pausa.

—Que estaba en el deporte equivocado —dijo Rupert despacio—. Conmigo corriendo así de rápido, ni Seb Coe ni Ovett podrían haber tenido la oportunidad de ganarme en los mil quinientos metros lisos.

Durante un instante, los dos hombres se quedaron mirándose fijamente. Entonces, Rupert sonrió y Declan soltó una carcajada.

—¿Te arrepientes de haber tratado a tus caballos tan mal?

—No los traté a todos tan mal, de lo contrario, no habrían saltado tan bien. Por supuesto que me arrepiento, pero me ayudó a entender a los *hooligans* del fútbol; los pobres desgraciados sin trabajo, con padres en paro también y, en ocasiones, hasta sus abuelos. Recurren a la violencia debido a la frustración de no ganar.

—Tú estabas trabajando.

—Lo sé. En realidad, no hay excusa posible.

—Además, has tratado a las mujeres muy mal en el pasado.

Rupert no pudo hacer otra cosa que encogerse de hombros.

—Ahí también me gusta ganar.

—Jake Lovell —continuó Declan sin piedad— era tu archienemigo porque lo acosabas en el colegio.

—¿Vamos a comer naranjas en el descanso? —se quejó Rupert, negando con la cabeza.

Declan esbozó una ligera sonrisa.

—Jake Lovell se cobró al fin su venganza acostándose con tu mujer, Helen, en mitad de los Juegos Olímpicos de 1980. ¿Cómo te sentiste en ese momento?

«Rupert va a matar a Declan de un momento a otro», pensó Gerald preso del pánico. «Nadie se ha atrevido nunca a hacerle esas preguntas».

—Me indignó más que nada que nos distrajera a Jake y a mí cuando deberíamos haber estado concentrados en el oro por equipos —contestó.

—Pero, a pesar de dislocarte el hombro y montar con una mano, conseguiste la medalla.

—Eso solo fue para mostrarles que, incluso teniendo un hombre menos y además otro herido montando a caballo, podíamos batir a todo el mundo.

Declan le dio pie para que siguiera hablando de los Juegos Olímpicos y de Rocky, el caballo con el que ganó la medalla de oro, que aún vivía en Penscombe.

—Soy tan malo con Rocky —comentó Rupert alargando las palabras— que tiene todo mi jardín para él y se pasa el tiempo pisoteando los parterres y mirando por la ventana del salón.

«Este hombre me cae bien. ¿Por qué estoy intentando crucificarlo?», pensó Declan.

«Este hombre me cae bien aunque esté intentando crucificarme», pensó Rupert.

Tony fue al despacho de al lado a llamar a Cameron para que los anunciantes no pudieran oírlo.

—Declan se está ablandando, por el amor de Dios. Dile que se lo cargue.

—¿Qué sentiste —estaba en ese momento preguntando Declan— cuando Helen cortó con Jake y se casó con tu antiguo jefe de equipo?

—Bueno, no fue para tirar cohetes, desde luego. Fue como si tu novia de la infancia se casara con el director del colegio.

—¿Te molesta que ahora sea feliz?

—Para nada —respondió Rupert sorprendido—. Es lo mejor para los niños. De todas formas, se lo merece, conmigo lo pasó bastante mal.

—¿En qué sentido?

—El salto de obstáculos no es compatible con el matrimonio. Nunca estaba ahí cuando me necesitaba. Cuando estaba pariendo a Marcus, yo estaba atrapado en un paso alpino. Era una intelectual y yo apenas distingo a Oscar Wilde de Kim Wilde. Además, los perros siempre estaban subiéndose a la cama.

—Sí —dijo Declan—. La gente afirma que eras más cariñoso con tu labrador negro, Badger, que con Helen.

—Lo tuve a él primero —respondió de forma monótona—. Vivió conmigo seis años después de que ella me dejara. Nunca me criticó ni intentó mejorarme.

—¿Es eso lo que quieres de las mujeres? ¿Que te adulen sin criticarte?

Rupert sonrió.

—Puede.

Las preguntas seguían siendo mordaces, pero ya no quedaba rastro de hostilidad en ellas.

—Desde tu divorcio, se ha relacionado tu nombre con algunas mujeres espectaculares. ¿Has pensado alguna vez en casarte de nuevo?

—Solo porque me guste volar en el Concorde no significa que quiera comprar el avión. Estas preguntas me están dando dolor de oídos —se quejó Rupert.

Por el rabillo del ojo, Declan vio al regidor levantar la mano para avisarlo de que quedaban tres minutos.

—Cuando tienes un poco de tiempo libre, ¿qué es lo que más te gusta hacer?

Rupert inclinó la cabeza hacia un lado.

—Creía que este programa era familiar.

—Tienes que tener algunas aficiones —se apresuró a decir Declan.

—Cazar, disparar, pescar —respondió.

—Todos deportes sangrientos. —Declan comenzó a sonreír.

—En absoluto. No he añadido que me entrevistes en televisión.

—*Touché* —contestó Declan con una carcajada—. ¿Quiénes son tus héroes? Si pudieras elegir, ¿con quién te gustaría reunirte en el más allá?

Durante un instante, pareció que a Rupert le costó hablar:

—Me encantaría volver a ver a Badger —murmuró.

—Oh, qué tierno —dijo Daysee, que se estaba preparando en ese instante para su momento más importante: pulsar el interruptor de entrada. El regidor estaba haciéndole una señal a Declan para que concluyera.

—Si echas la vista atrás a tus dieciséis años en el salto de obstáculos, ¿recuerdas lo más difícil que tuviste que hacer? ¿Fue conseguir el primer bronce, ganar la Copa del Rey tres años seguidos, lograr el oro por equipos en 1980 o ganar al fin el Campeonato Mundial?

Hubo otra pausa larga.

—¿Qué fue lo más difícil? —insistió Declan.

Durante un segundo, se pudo atisbar la desesperación en el rostro de Rupert.

—Lo que casi me mata —dijo desolado— fue dejarlo.

Mientras la *Quinta Sinfonía* de Schubert sonaba y aparecían los créditos, se pudo ver a Declan levantarse de la silla y darle la mano a Rupert, un gesto totalmente inusual. En cuanto dejaron de estar en directo, Cameron bajó al estudio. Tal vez fuera porque estaba parpadeando para acostumbrarse a la luz después de estar en la sala de control a oscuras, pero, por una vez, sus ojos dorados parecían haber perdido toda su agresividad.

—Buen programa, Declan. El mejor que has hecho con nosotros, y has estado maravilloso. —Enrojeciéndose un poco, se giró hacia

Rupert—. Declan te ha hecho algunas preguntas bastante duras y las has llevado muy bien.

—Espero que mi jefa piense lo mismo —contestó Rupert—. Venir a vuestro programa es como ser interrogado por el IRA. Esperaba que me pusieran electrodos de un momento a otro.

Rupert se percató de que Cameron tenía unas piernas de infarto al vérselas mientras ella subía las escaleras delante de ellos.

Arriba, en la zona para invitados, el humor de Tony Baddingham no lo invitaba a sentirse muy hospitalario, pero tuvo que contenerse delante de sus dos mayores anunciantes, que eran unos grandes admiradores tanto de Declan como de Rupert y que creían que acababan de presenciar un gran combate entre gladiadores. Temblándole la mano, Gerald, que por lo general era abstemio, se sirvió un whisky triple.

—¿A que ha sido increíble? —preguntó Sarah mientras se aplicaba polvo en la nariz y se desabrochaba otro botón de perla de su vestido corto gris—. Declan ha sacado el lado más vulnerable de Rupert. Estoy segura de que solo necesita el amor de una buena mujer.

«Y la atención de un harén entero de amantes también», pensó Gerald. Había desaprobado muchísimo la aventura que Rupert había tenido con Sarah, pues la consideraba dinamita política. Esperaba que no fuese a comenzar de nuevo. Pero, en cuanto Rupert entró con Declan y Cameron, Sarah salió corriendo y le rodeó el cuello con los brazos, otorgándole el privilegio de sentir unos pechos sin sostén y medio frasco de Anaïs Anaïs.

—Cariño, has estado estupendo, cuánta honestidad.

—No podía hacer mucho más sin marcharme del plató.

—¿Cuándo te voy a ver? —murmuró Sarah—. Muchas gracias por lo de San Valentín.

Sin embargo, antes de que Rupert tuviera tiempo de responderle, Gerald se entrometió.

—Lo siento, señor ministro, nunca pensé que Declan iría tan lejos. —Rupert alzó una ceja mirando el vaso de whisky de Gerald.

—¿Estamos en apuros?

—No lo sé —contestó Gerald—. La prensa ya se está volviendo loca. Le he dicho a la centralita que comunique que ya se ha marchado. Tendremos que sacarlo a escondidas por alguna puerta lateral.

Tony, una vez que le hubo presentado a los anunciantes a Rupert, se marchó y descargó su furia contra Declan.

—Creía haberte dicho que lo crucificaras, joder.

—Lo he intentado —respondió Declan con frialdad—, pero ha sido muy bueno para mí. —Entonces, dándose media vuelta, se fue hacia las bebidas.

Al ver a Tony acercarse para echarle la bronca, Cameron agarró un plato de quiche y se lo llevó a Rupert, que, para enfado de Sarah, le dio la espalda al grupo para hablar con ella. Tras la tensión de la entrevista, la lujuria que siempre lo embargaba después de una gran clasificación en el salto de obstáculos se apoderó de él. En el pasado, se habría follado a una moza de cuadra o a una fanática del salto de obstáculos en la parte de atrás de su camión. Esa noche, estaba seguro de que podría elegir entre Daysee, Sarah o Cameron. Daysee estaba demasiado delgada, Sarah era muy posesiva, pero Cameron, en cambio, tenía una ligera y peligrosa ninfomanía, y

tirársela conllevaría además la satisfacción de poner a Tony muy furioso.

—Bueno —dijo con frialdad—, he tenido que ser muy astuto para salir de esta. Supongo que Tony ha obligado a Declan a ponerme contra las cuerdas.

—Lo siento —respondió Cameron.

Cuando ella alzó la vista, notó que no podía apartar la mirada.

—Pedir perdón no es suficiente —dijo él en voz baja—. Voy a vengarme.

Cameron se quedó sin aliento. Pudo ver que Tony no les quitaba el ojo de encima.

—Me preguntaba si te gustaría venir a otro programa. El tercer jueves de marzo —balbuceó ella.

—¿Y tener otra operación a corazón abierto sin anestesia de nuevo? No, gracias. Además, estamos en Cheltenham.

—No es hasta la tarde —dijo Cameron al instante—. A todos nos gustaría que hicieras de jurado en *Miss Corinium Television* con Declan. Van a participar algunas chicas preciosas.

—Es posible que pueda venir —contestó Rupert—, pero solo si me prometes una noche en el Cotchester Arms con la ganadora como segundo premio.

—¿Y cuál es el primero? —preguntó Cameron, que ya sabía la respuesta.

—Una noche en el Cotchester Arms contigo —respondió él—, y, joder, haré que andes de otra forma a la mañana siguiente.

Pasaron varios segundos hasta que ambos se percataron de que Gerald, algo tenso, le estaba dando golpecitos en el brazo a Rupert.

—El teléfono. Es la primera ministra.

—Ay, madre —soltó Rupert—. Me va a mandar al banquillo.

—Bien hecho —dijo la primera ministra con su voz grave y profunda, que siempre sonaba como leche evaporada saliendo de una lata—. Estamos muy orgullosos de ti.

—¿En serio? —preguntó Rupert atónito.

—Bueno, ¿qué más habrías podido hacer frente a ese rojillo rencoroso? Lo has manejado muy bien. Esa entrevista hará que quedemos en mejor lugar en las encuestas de opinión.

—Dios mío —soltó Rupert, bajando el teléfono—, le ha gustado.

—¿Era la primera ministra de verdad? —preguntó uno de los grandes anunciantes con asombro.

—¿Me ha mencionado? —le preguntó James, que había llegado de una fiesta de recaudación de fondos para las personas de la tercera edad.

—He reservado una mesa para nosotros en el Horn of Plenty a las nueve y media —le comentó Cameron a Rupert como quien no quiere la cosa—. Los coches nos están esperando abajo.

A pesar de su informalidad, Rupert notó que estaba temblando de expectación, como un galgo al que se le ordena que se siente cuando un conejo peludo echa a correr por la pista. Luego le echó un vistazo a Declan, que tenía un aspecto sombrío y parecía hecho polvo. Una vez más, se acordó de cómo lloraba Taggie en Nochevieja.

—Qué amable por tu parte —le dijo a Cameron—, pero Declan y yo vamos a volver a Penscombe. Tenemos asuntos de los que hablar.

Cameron, consciente de que Tony la estaba observando, ocultó su amarga decepción. Como era muy joven, Sarah no se cortó:

—No puedes irte —se lamentó—. Seremos demasiadas chicas.

—James puede ir —contestó Tony con tranquilidad—. Bueno, si no tiene que marcharse corriendo a casa con Lizzie.

—Por supuesto que no —respondió este.

—Anda que te preocupas mucho —soltó Sarah enfurruñada.

—El trabajo es lo primero —replicó James en un tono hipócrita—. Y no me has dicho lo que pensabas de mi regalo de San Valentín, Sarah. Me pareció muy bonito que se vendiera para recaudar dinero para la Cat's Protection League.

En Penscombe, dos jack russells, un joven labrador negro, dos springer spaniels y un lurcher azul se tiraron encima de Rupert emocionados. Una vez dentro, Rupert llevó rápidamente a Gerald y a Declan por las escenas de caza tapizadas y los retratos de sus antepasados, parándose solo para señalar un cuadro enorme al óleo de Badger, hacia la cocina, que tenía vigas bajas, el suelo de losa y una ventana desde la que se podía ver el valle. Mientras Gerald buscaba una botella de whisky y tres vasos y Rupert inspeccionaba el frigorífico y la despensa, Declan examinó los cuadros de la pared. Eran sobre todo pinturas de perros y caballos y fotografías enmarcadas de dos niños preciosos.

—Esa es Tabitha —comentó Rupert, señalando a la pequeña niña montada en un poni engalanado con condecoraciones.

—Es maravillosa —respondió Declan.

—Va a clases para niños y ya se le da superbién.

—¿El chico también monta? —le preguntó Declan, mirando la cara sensible y nerviosa y los ojos enormes del chico.

—No, le provoca asma, pero se le da bien esquiar, y es muy inteligente. —Hubo un ligero tono de crispación en la voz de Rupert.

—¿Puedo dar una vuelta? —preguntó Declan.

—Adelante —respondió Rupert.

Mientras Declan deambulaba por una preciosa habitación pastel tras otra, admirando los increíbles cuadros: un Romney, un Gainsborough, un Lely, un Thomas Lawrence y dos Stubbs para comenzar, y los muebles pulidos con esmero, pensó que toda la casa parecía un museo —era bonita, pero pedía a gritos que alguien viviera en ella— o un caballo —siempre perfectamente embridado, ensillado y acicalado, pero sin que nadie lo montara.

Al encontrar la biblioteca, no cupo en sí de admiración. Nunca había visto tantos libros en una casa privada. Había primeras ediciones de Scott, Dickens, Trollope, Wordsworth, Keats y Shelley, además de todas las obras de Oscar Wilde y otros libros tan inusuales que no habría más de media docena de copias en el país.

Una media hora después, Rupert lo encontró inmerso en una primera edición de *Middlemarch* como si hubiera perdido la noción del tiempo.

—La cena. Joder, ¡¿cómo puedes leer con esta luz?!

—¿Puedo venirme a vivir aquí? —preguntó Declan, meneando la cabeza con una reverencia confusa.

—Toma prestado todo lo que quieras. Total, nadie los lee. Helen fingía hacerlo, pero nunca parecía ir más allá del primer capítulo.

Sobre la mesa de la cocina, había salmón ahumado, pan integral, huevos de gaviota y medio pastel de pollo recalentado. Gerald también había preparado una ensalada de tomate y patatas fritas.

—Te lo agradezco mucho —murmuró Declan—. No podría haber aguantado cenar con Tony.

—Me temo que no está al nivel de las de Taggie —dijo Rupert, añadiendo como si nada—: Por cierto, ¿qué tal está?

—Muy contenta con el regalo de San Valentín para Gertrude.

—Ah, ¿le ha llegado? —preguntó Rupert—. Es irónico que el primer regalo de San Valentín que hago en mi vida sea para una perra.

Hablaron de política, caballos y deporte, y luego Rupert le contó a Declan los chismes locales y un poco sobre la historia antigua de Penscombe.

—Espero que Penscombe me espere —suspiró Declan—. He estado tan ocupado desde que vivimos aquí que no he tenido la oportunidad de explorarlo. Ni siquiera he estado en el pub local todavía.

No fue hasta que ambos se emborracharon bastante y Gerald se fue a la cama que Rupert le preguntó cómo le iban las cosas en Corinium.

—Fatal —contestó Declan.

—¿Por Tony?

Él asintió con cansancio.

—Parece que voy de Baddingham a peor.

—No parecía muy contento después del programa.

—Pues no. Quería que te destrozara.

Rupert sonrió.

—No será porque no lo has intentado. Sé por qué Tony tenía sed de mi sangre, pero ¿y tú? ¿Es solo porque soy un *tory*?

—No, por cagarla con Tag en la cena de Valerie Jones.

—Ah.

—Y porque creía que ibas detrás de ella en el cumpleaños de Patrick.

De pronto, Declan no quiso mencionar a Maud.

Rupert dio una larga calada a su puro.

—¿Y eso habría sido tan malo?

—Tiene dieciocho años y es muy insegura —respondió Declan con dureza—. Simplemente no está lista para afrontarlo. La romperías como una polilla atrapada en las teclas de una máquina de escribir.

—Auch —soltó Rupert con una mueca de dolor.

—Esta tarde, las he visto a todas babeando —prosiguió Declan—. A Sarah, a Cameron, a esa tonta de Daysee. Podrías acostarte con cualquiera de ellas. Olvídate de Taggie.

No obstante, Rupert se negaba a dejar el tema.

—Pero parece muy competente. Cocinó de maravilla para Valerie y organizó vuestra fiesta de Nochevieja prácticamente sin ayuda.

—Ah, claro que es lo bastante competente —respondió Declan—. No debes asumir que la gente con dislexia es estúpida solo porque tengan dificultades para leer y escribir. Albert Einstein, Leonardo da Vinci y Thomas Edison eran disléxicos. Igual que el general Patton. Nunca pudo aprenderse el abecedario ni las tablas de memoria.

—Madre mía —dijo Rupert alarmado—. Entonces, de un momento a otro, Taggie podría comandar la Tercera Armada.

Declan sonrió.

Rupert llenó los vasos con brandi.

—¿De verdad te lo está haciendo pasar tan mal Tony?

—Estoy de mierda hasta el cuello. —Declan se pasó un dedo por la garganta.

Se puso de pie y se acercó tambaleándose hasta la ventana.

—Qué casa tan bonita. ¿Dónde está Priory desde aquí?

Rupert señaló hacia la izquierda, donde, a través de las copas frondosas y puntiagudas de los árboles, se podía ver una luz encendida.

—Taggie todavía está despierta, esa es su habitación —añadió sin pensar. Entonces, cuando Declan se quedó boquiabierto al instante, dijo—: No pasa nada. Es que tuve que sacar a un borracho en brazos de su habitación la noche de vuestra fiesta porque Taggie quería irse a la cama… sola.

Cuando Rupert fue hacia la ventana en la que se encontraba Declan, los perros, que estaban tendidos por todo el suelo, sacudieron sus colas somnolientos.

—¿Sabes qué es lo que siempre he querido hacer? —comentó Rupert distraído—. Comprar ese bosque que hay bajo tu casa.

—Es una extensión de tierra que no sirve para nada —dijo Declan.

—A cuarenta y cinco metros a la derecha del arroyo, se podría hacer una pista de esquí seco perfecta. No se vería desde la carretera. Estaría oculta por los árboles a ambos lados.

—¿Cuánto crees que costaría?

—Unas treinta y cinco mil libras —mintió Rupert.

—Me parece muchísimo —dijo Declan, acariciando a los jack russells con las dos manos.

—Aún podrías pasear por el resto del bosque si quisieras —añadió Rupert.

Pero Declan no estaba oyéndolo. «Con treinta y cinco mil libras, me quitaría de encima los impuestos de momento y podría pagar la factura de la luz y la matrícula escolar de Caitlin», reflexionó.

—Piénsatelo de todas formas —dijo Rupert—. También necesitas un día de descanso. Ven a cazar este sábado. Te dejaré un caballo.

Cuando Declan al fin volvió a Priory, dejó todas las luces del coche encendidas, pisó muchos azafranes morados que había al borde del jardín y se dejó caer en un parterre.

Esperándolo en las escaleras, ambas con la misma mirada de desaprobación, estaban Taggie y Gertrude.

—¿Por qué te has po-po-portado tan mal con Rupert sin venir a cuento? —le preguntó Taggie.

23

El tercer lunes de marzo, Cameron Cook tuvo la sádica idea de convocar a todo el personal de Corinium para un desayuno abundante y nutritivo en el estudio uno a las ocho de la mañana. Mientras se zampaban adormilados los cruasanes, el muesli y el zumo de naranja (los huevos revueltos eran muy malos para el colesterol), Tony les dio una charla entusiasta sobre cómo cada uno de ellos podía ayudar a conservar la franquicia.

—Estamos viviendo una racha muy emocionante —dijo Tony con efusividad—. Han vuelto a nominar *La paloma Pamela* y *Cuatro hombres al grano* a los premios BAFTA. Nuestro próximo programa enfocado a los mayores, *La edad no es más que un número*, comienza la semana que viene. Y estamos encantados de anunciar que nuestra nueva presentadora será Naomi Hargreaves, quien, como ya sabéis, escaló el Everest el año pasado con sesenta y cinco años. Nuestro próximo concurso para la cadena, *Master Dog*, que consiste en encontrar el perro más listo de Gran Bretaña, empieza a grabarse el miércoles. La nueva temporada de *Cuatro hombres al grano* comienza a finales de abril, y a principios de junio grabaremos en Cotchester Park una representación de *Midsummer Marriage*, de Michael Tippett. El nuevo programa vespertino de James Vereker y

Sarah Stratton empieza el lunes. —Tony le dedicó una sonrisa afectuosa a Sarah y recibió una mirada sombría de Cameron—. Todos les deseamos la mejor de las suertes. Y, por fin, *El sueño de una noche de verano* —añadió Tony con un suspiro de alivio— está acabada. Prevemos dos días de rodaje, mañana y el miércoles, y el estudio uno se quedará libre para *Miss Corinium Television* el jueves.

Para amilanar a Declan, Tony había obviado mencionar su programa a propósito, pero cuando paseó la mirada por el personal reunido, se enfadó al darse cuenta de que Declan parecía no estar presente.

En efecto, Declan estaba en su casa y llevaba levantado desde las cinco para meterse de lleno en su biografía de Yeats. Echando un vistazo a la pila de notas garabateadas y páginas escritas a máquina que había en su escritorio, se sintió como cuando a Vidal Sassoon lo confrontó la mujer salvaje del oeste de cincuenta años con el pelo lleno de enredos. Ojalá tuviera las habilidades de Vidal Sassoon. Estaba exhausto, llevaba sin ocurrírsele nada original desde hacía semanas. No había ayudado en nada el hecho de que Grace acabara marchándose el fin de semana porque Declan le había echado la bronca por beberse todo su whisky. Maud, hecha una furia por haber perdido a su aliada y compañera de discusiones, le echó toda la culpa a Declan y le retiró la palabra.

Su sombría melancolía se vio interrumpida por la llamada de Ursula avisándolo de que tenía gripe.

—Ay, pobre. Quédate en la cama —le dijo Declan—. ¿Quieres que te lleve algo?

—No, pero lo siento muchísimo, se me ha olvidado recordarte lo del desayuno de Cameron —respondió Ursula.

En Corinium, Tony estaba dando por concluida su perorata.

—No me cabe duda de que Corinium conservará la franquicia, pero no puedo recordaros lo bastante que este año nos la jugamos. La IBA no solo va a estar vigilando nuestros programas más de cerca y comprobando nuestras finanzas y las relaciones del personal, sino que también va a analizar cómo nos comportamos como individuos y como empresa. Cualquier queja de una entidad local, grupo de presión o dueño de un restaurante contará como la mancha más negra. Por ejemplo, durante la fiesta de Seb Burrows por su veintiún cumpleaños, la sala Beaufort del Cotchester Arms acabó destrozada. Si vuelves a tener otra fiesta de veintiún años, Seb, estás despedido —dijo Tony con una gran sonrisa.

Al darse cuenta de que, en cierta forma, estaba bromeando, la plantilla se rio un poco.

—Por último, tengo que avisaros de que el azote de la violencia y, concretamente, del sexo, el reverendo Fergus Penney, exprebendado de la Iglesia de Inglaterra, vendrá mañana de visita al estudio, así que, os lo pido por Dios, comportaos y hacedle sentir bienvenido. Y recordad que la apariencia sí que importa.

Justo en ese momento, llegó Declan con la cara pálida, despeinado, una barba incipiente que ensombrecía su mandíbula y el jersey del revés.

—Perdona, Tony —le dijo—. Se me había olvidado.

—Estábamos terminando —replicó Tony con frialdad—. Me temo que se te ha escapado el tren, pero tampoco es que sea algo fuera de lo normal en ti.

—¿A dónde vas? —le gritó Cameron cuando Declan se dio la vuelta para irse.

—A casa —espetó Declan—, la cama me está esperando.

Al día siguiente, 21 de marzo, comenzó la primavera. El jefe de Noticias envió a un equipo a fotografiar corderos jugando en el campo. James llevaba un chándal nuevo de color amarillo prímula para instar a los espectadores a unirse a la nueva campaña de su patrocinador, «Entrena en primavera», para recaudar fondos para la investigación de enfermedades cardiacas, y Declan fue para entrevistar a Guilini. El programa iba a ser grabado por primera vez porque Guilini tenía que coger un avión para ir a Nueva York a dar un concierto justo después.

La guapa de Daysee Butler, deseosa de aportar su granito de arena a la franquicia, aceptó una invitación para comer de alguien casi tan importante como Guilini. Como era día de grabación, solo se tomó una Perrier y se comió una de las ensaladas del chef. Sin embargo, su distinguido acompañante dejó de lado la Perrier que acostumbraba a tomar y se bebió una buena copa de whisky antes del almuerzo, una botella entera de vino de Burdeos durante la comida y un copazo de brandi más tarde. Apenas tocó el rape, pero le encantó que Daysee le pelara las gambas mediterráneas mientras le contaba, de forma muy monótona, la verdad, cómo conseguían sacar a tiempo todos los programas.

De vuelta del restaurante, que estaba a varios kilómetros de Cotchester, el distinguido acompañante de Daysee, consciente de que era el primer día de primavera, se detuvo en una carretera

secundaria para admirar unos corderos saltarines y se abalanzó sobre la pobre Daysee. Cuando le arrancó la mitad de los botones de su jersey de angora amarillo con la imagen del pato Donald en la parte delantera, le agarró los muslos con fuerza y le hizo una carrera en las medias. Daysee estaba tan asustada que se bajó deprisa del coche, se quitó los zapatos de tacón y salió corriendo mientras lloraba por la vega de Cotchester; cruzó el asfalto del aparcamiento y entró por la puerta de atrás de Corinium Television. Allí, chocó contra Tony, que no había almorzado muy bien, pero sí en grandes cantidades. Al ver a la pobre Daysee con el pelo rubio despeinado, la máscara de pestañas corrida por las lágrimas, las medias llenas de barro y rotas, y el jersey amarillo medio arrancado de su hermoso cuerpo, incluso a Tony se le derritió la piedra que tenía por corazón.

—¿Qué te pasa, criatura?

—Alguien ha intentado violarme —lloró Daysee.

Al minuto siguiente, Tony la subió enseguida en el ascensor a su despacho y la acomodó en el sofá de cuero, donde ella lloraba desconsolada mientras él le servía una copa de brandi enorme.

—Toma, bébete esto.

—No debo —sollozó Daysee—. No podré cronometrar bien el programa de Declan.

—¡Tonterías! Una copa de brandi no te hará daño. Además, no es tan fuerte.

Tony se sacó el pañuelo de seda rojo perfumado con Paco Rabanne y le secó los ojos a Daysee. Estaba muy muy muy guapa.

—Ahora dime quién ha sido.

—No pu-pu-puedo.

—Vamos, puedes confiar en mí. —Se sentó en el sofá a su lado.

—No me lo esperaba —susurró Daysee—. Creía que estaba interesado en nuestros programas. Yo quería ayudar a Corinium con la franquicia.

—Sé que sí —le dijo Tony con calidez—. Por eso es tan reprobable. Dime el nombre.

—La verdad es que preferiría no hacerlo.

—¿Es alguien relacionado con el trabajo?

Daysee tragó saliva y asintió.

«Mejor que mejor», pensó Tony, frotándose las manos mentalmente. Ojalá hubiera sido Declan, o incluso James, sería estupendo.

—Si no lo detenemos por violación, lo haremos por acoso sexual —comentó, intentando no parecer demasiado ansioso.

Daysee sacudió la cabeza con perplejidad.

—Estaba segura de que le interesaba lo que pensaba.

Al notar los diez centímetros de muslo y la gloriosa profundidad del escote que revelaba el jersey roto, Tony se deslizó por el mullido sofá verde oscuro y dijo:

—Pues claro que sí.

Daysee alzó la vista, y sus enormes ojos se volvieron a llenar de lágrimas. Tony le rodeó los hombros con el brazo.

—Venga, cariño, no podemos permitir que ese tipo de animales campen a sus anchas. Podría atacar de nuevo y hacerlo en cualquier momento. Piensa en tus compañeras. No te preocupes, mantendré tu nombre al margen. Ahora dime quién ha sido —le dijo mientras le acariciaba el sedoso cabello.

—Ha sido el exprebendado —murmuró Daysee.

—¡¿Qué?! —explotó Tony.

—El reverendo Fergus Penney de la IBA —susurró Daysee con tristeza.

Al instante, la sonrisa solícita de Tony se le borró de la cara de un plumazo, y apartó el brazo de los hombros de la chica como si le quemaran.

—No quiero oír ni una cosa más al respecto —replicó con un tono gélido—. Si valoras tu trabajo, no te vayas de la lengua con nadie más. Y espero que hayas aprendido la lección. No vuelvas a ir por ahí con faldas tan cortas ni jerséis ajustados. —Y con eso, le pegó un portazo en la cara a la pobre Daysee.

Ella, que quería seguir siendo una empleada leal a Corinium, intentó mantener la boca cerrada, pero Declan se fijó en que esa tarde tenía los ojos rojos y que no tenía el ánimo de siempre, así que, como se le daba mucho mejor que a Tony sonsacarle confidencias a la gente, no tardó en que le contara la historia con la ayuda de unos cuantos whiskies de la botella de su despacho.

—Lord Baddingham dijo que el exprebendado estaba totalmente en contra del sexo y la violencia —comentó Daysee entre sollozos.

—Pero solo en televisión —contestó Declan con aire sombrío—. En la práctica, le da lo mismo.

Como tenía la intención de tomarse el jueves libre para asistir a la Copa de Oro con Rupert, Declan fue a la oficina el miércoles para meterse de lleno en una montaña de correo. Tras haberse peleado con Maud por las facturas del teléfono y de la bebida que había escondido detrás de los libros de recetas en la cocina, Corinium, con todos sus jaleos, le parecía un lugar de lo más tranquilo. El recaudador de impuestos había llamado también el día anterior para

cobrar veinte mil libras y, cuando se enteró de que Declan no estaba, dijo que volvería a llamar al día siguiente, otra razón para no quedarse en casa. Estaba empezando a pensar que no le quedaba más alternativa que venderle a Rupert el bosque. Lo único que lo mantenía cuerdo era pensar que le tocaba un descanso de dos meses a finales de abril, pero, a ese paso, tendría que pasarse el tiempo libre haciendo programas en Estados Unidos para conseguir algo de dinero.

También era muy consciente de que sus programas habían sido muy mediocres últimamente. El de Rupert había conseguido grandes índices de audiencia y una enorme cobertura periodística, pero, si lo pensaba en retrospectiva, Declan se sentía muy avergonzado por ello, porque sabía que al principio se había dejado llevar por su animosidad personal en lugar de ser imparcial. Desde entonces, los programas habían tenido la mordacidad de un patito de goma.

Estaba hecho polvo. Miró la montaña de correo, seguro de que la mayoría eran facturas. Ursula seguía de baja. Podía oler el especial del día, estofado de ternera, sin duda saborizado con sobres, que le llegaba desde la cafetería, al igual que les llegaba a los participantes de *Master Dog*, que ladraban hambrientos en el estudio dos.

Cogió la primera nota: «El Subcomité de Gais y Lesbianas de la ACTT ahora se llama Subcomité de Sexualidad».

Justo en ese momento, Charles Fairburn, que acababa de cobrar sus gastos, entró.

—Ven a tomarte una copa conmigo en el Bar Sinister.

Declan negó con la cabeza.

—Tengo que ponerme con esto.

—Nunca te quejes del correo de los admiradores —lo reprendió Charles—. Pobre de mí, piensa que mañana a primera hora tengo que ir a supervisar la Santa Comunión para los sordos. ¿Te han invitado a la fiesta en Badminton de Tony? Ha puesto el pequeño logo del carnero rojo en la parte delantera de todas las invitaciones para poder cubrir todos los gastos.

—No va a invitarme —le dijo Declan con una sonrisa.

—No, te has vuelto un incordio, pobre —contestó Charles con compasión—. Y eso que trabajas más que todos nosotros. Espero que en cualquier momento me den el premio de la reina por lo poco que trabajo. Eso está mejor, por lo menos sonríes. Y te voy a decir una cosa que te va a animar incluso más. En el estudio dos, hay un montón de chuchos adorables buscando pepitas de chocolate derretidas por las luces en el sofá pastel de James. Seguro que va a poner el grito en el cielo cuando vuelva de otro almuerzo de tres horas con la señorita Stratton.

Sonó el teléfono.

—Los huérfanos de Corinium, ¿dígame? —dijo Charles, respondiendo—. Oh, hola, Madden, cielo. Claro, te lo enviaré. Tony se va a Londres dentro de veinte minutos, gracias a Dios —le contó a Declan—, pero quiere hablar antes contigo. Yo que tú me lo tomaría con calma, hoy está de mala leche.

En realidad, Tony parecía de un humor excelente, ronroneando como si estuviera a punto de jugar al ratón y al gato.

—Ah, Declan. Cierra la puerta y siéntate.

Como la calefacción estaba tan alta como de costumbre, Declan notó que le estaba dando un sofoco.

—Me preguntaba si me podrías explicar esto.

Tony le lanzó a Declan una postal de un cocodrilo gigantesco con las fauces abiertas. En la otra cara, había una nota escrita con letras negras y grandes: «Mira, una foto de tu jefe. Qué calor hace aquí. Si no hablamos antes, te recogeré en Priory a las once. Rupert».

No había dirección ni sello.

—¿Quién coño ha abierto esto? —preguntó Declan.

—Abrimos el correo de todos los empleados durante el año de la franquicia —respondió Tony sin más—, solo para comprobar si otros aspirantes a ella están haciéndoles proposiciones al personal.

—Este sitio cada vez se parece más al KGB. —Declan no intentó siquiera ocultar su cabreo.

—También veo que te has aficionado a los deportes de élite —prosiguió Tony, entregándole a Declan con una sonrisa el *Daily Express*, que estaba doblado para que se viera una fotografía de Rupert y Declan de caza.

El pie de foto rezaba: «Enterrando el hacha de guerra tras su reciente encuentro en *Declan*».

Tony sacudió la cabeza.

—No te estás rodeando de buenas compañías, Declan.

—Y, entonces ¿por qué le habéis pedido a Rupert que sea juez en el concurso de Miss Corinium mañana?

—Eso ha sido un desliz de Cameron y no volverá a suceder. También hay un artículo en el *Standard* de ayer que afirma que has dejado de creer en la Cuaresma. No es una actitud muy positiva. Ten más cuidado cuando hables con la prensa en el futuro.

Tony se levantó y fue al mueble bar.

—¿Quieres una copa?

Declan negó con la cabeza.

—Pues mejor —repuso Tony sirviéndose una para él—. Supongo que estabas borracho cuando entrevistaste a Guilini ayer. —Y cuando Declan abrió la boca para protestar, continuó—: Anoche vi a tu antiguo jefe de la BBC, Johnny Abrahams. Me dijo que te habían dejado marchar en el momento oportuno, que ya no dabas más de ti.

—Qué cabrón —comentó Declan enfadado—. Vaya cara más dura tiene.

—Esperaba que te lo tomaras así —dijo Tony con suavidad—, porque me preocupan mucho tus índices de audiencia. Solo has tenido diez millones en la semana que acabó el 2 de marzo. Cameron tuvo ayer una reunión con la cadena y están considerando algo que parecía impensable hace unos meses: cambiar tu programa de la hora punta a una más común y corriente, quizá a la franja de las diez y media o incluso de las once.

—Eso es absurdo —replicó Declan—. Solo tenemos diez millones porque la BBC cambió *Dallas* para que compitiera con nosotros. Volveremos a subir.

—Lo dudo —dijo Tony sin piedad—. La verdad es que has perdido tu autoridad, Declan. Antes, todas las entrevistas que hacías salían en la portada de todos los periódicos. Ahora, hasta los críticos las ignoran. No conseguiste ni una sola nacional la semana pasada.

—Lo haré la semana que viene. Va a venir Bob Geldof.

—Un poco anticuado todo el tema de la recaudación de fondos, ¿no?

Tony se reclinó en su silla, estiró las piernas y miró a Declan con consideración:

—Lo siento —dijo—. Sé lo deprimente que es para las estrellas cuando dejan de estar en el puesto número uno. Espero que no te estés excediendo. ¿Por qué te tiemblan las manos? —Se miró con satisfacción sus propias manos con una manicura muy bonita—. A mí no me tiemblan.

Declan se puso de pie.

—Eso es porque tú no tienes que trabajar con tipos como tú —espetó.

Fuera de la ventana, podía ver una panda de chuchos monísimos que corrían por la vega mientras seguían un rastro de anís y un equipo de cámaras los perseguía jadeantes y los grababan.

Tony también se levantó.

—Estoy intentando ser comprensivo —dijo con un tono que a Declan le heló la sangre—, y tú me lo pagas insultándome.

Le dio a un botón. La señora Madden apareció tan deprisa que debía de haber estado escuchando junto a la puerta.

—Declan se marcha ya —informó Tony de manera autoritaria.

De vuelta en su despacho y temblando de pies a cabeza, Declan sacó una botella de whisky del mueble bar, se sirvió dos dedos en un vaso desechable y se lo bebió de un trago. Lo primero que se había parado de verdad a leer de su correo era un texto mecanografiado y una carta de Patrick, donde le contaba que había acabado su obra de teatro y que se la enviaba a él para que la leyera:

Mi muy querido papá:

He sido bastante crítico con tus cosas en el pasado, ahora voy a tener que probar de mi propia medicina, como diría Cameron.

Por favor, léelo y sé sincero. Dile a Cameron que la quiero, si es que todavía os habláis. Hasta la semana que viene.

Con amor,

Patrick

Declan pensó que a Patrick se le daba mucho mejor que a él ir al grano. Se disponía a comenzar la lectura cuando llamaron a la puerta. Se trataba de
la señora Madden, colorada como un tomate, que le llevaba una taza de café y dos sándwiches de rosbif.

—No comes lo suficiente.

—Querrás decir que bebo demasiado. Eres muy amable, querida. ¿Cuánto te debo?

—Invito yo —le contestó la señora Madden, poniéndose aún más roja—. Como lord B. se va a Londres y Ursula está mala, he pensado que podrías necesitar ayuda con tu correo. Puedo acabar con ese montón en un periquete. Seguro que la mayoría es de tus fans.

—Lo dudo.

—No te tomes los comentarios de lord B. tan a pecho. Solo intenta provocarte. No te vayas, por favor. Te necesitamos aquí.

A Declan le tocó la fibra sensible, así que fue obediente, se sentó y le entregó su correo. Cuando la señora Madden se lo llevó, se sintió incapaz de sumergirse en los recortes de Bob Geldof, por lo que se puso a deambular por el pasillo y se topó con James y Sarah, que estaban grabando su primer programa de la tarde ante una pequeña audiencia geriátrica.

James estaba entrevistando a una mujer corpulenta con un traje a rayas y un monóculo, que tenía un aire a Thomas, la locomotora de *Thomas y sus amigos*. Como no se había preparado lo suficiente porque había pasado demasiado tiempo almorzando con Sarah, estaba hojeando las notas con frenesí para averiguar algo de ella. Al fin, encontró la lista de preguntas de Deirdre. Joder, era una puta compositora. Y James no tenía oído musical.

—Muy buenas tardes, hoy le damos la bienvenida a la dama Edith Spink —dijo.

La audiencia aplaudió aletargada.

—¿Puedo llamarte Edith?

—Sí, claro, aunque en realidad me llamo Enid —respondió la compositora.

Aturullado, James consultó sus notas. Iba a matar a Deirdre tras el programa.

—Me gustaría decirte, Enid, lo mucho que he disfrutado de todas tus sinfonías.

—Solo he escrito una —espetó la dama Enid.

Junto a la puerta, en las sombras, Declan estaba empezando a divertirse. La dama Enid Spink era una música de lo más distinguida que vivía a las afueras de Wiltshire y Gloucestershire, y lo más probable era que solo fuera superada por Michael Tippett como compositor en Gran Bretaña. Como mujer con fama de lesbiana y feminista, ya estaba que trinaba porque Corinium iba a representar ese año la ópera de Michael Tippett en lugar de una de las suyas.

—Acabas de venir de Estados Unidos, Enid —siguió adelante James—, de dirigir tu ópera más reciente. Eh, ¿qué piensan los estadounidenses de tu trabajo?

—Qué pregunta más estúpida —respondió la dama Enid—. Ni que se lo hubiera preguntado a todos. Son como doscientos millones, ¿sabes?

«Será zorra», pensó James cabreado. «Se va a enterar».

—Muchas críticas —leyó de las notas de Deirdre— afirman que tu última ópera no está a la altura.

Las manos de la dama Enid cayeron con un golpe sobre sus muslos separados, vestidos con el traje a rayas.

—Dime cuatro —bramó.

—¿Disculpa? —tartamudeó James.

—Que me digas cuatro de esas críticas —insistió la dama Enid.

Él no pudo hacerlo. La dama Enid se fue del plató.

James se secó la frente, pensando que menos mal que el programa no era en directo. También tuvo suerte de que Cameron no apareciera por allí hasta diez minutos después y no presenciara el desencuentro.

Ahora le tocaba a Sarah. Su tarea consistía en entrevistar a algunas jugadoras de rugby y a un grupo de compradoras en traje con lazos en el cuello sobre si el mundo seguía siendo de hombres; a continuación, habría un debate en el estudio en el que James iría por el público con un micrófono móvil.

Aunque ya contaban con un director muy competente, Cameron, en su papel de controladora de Programas, no se pudo resistir a meter las narices, lo que hizo que una ya de por sí nerviosa Sarah se equivocara una y otra vez con su texto introductorio, así que Cameron se presentó en el estudio.

—Muchas gracias por pasar el mes de marzo con nosotros —le dijo al público, que se reía, tras la décima toma.

Sarah se había vuelto a liar con el texto.

—Qué forma más elaborada de presentar tu renuncia, Sarah —se burló Cameron, provocando más risas. Sarah miró implorante a James, que estaba sentado en el sofá amarillo y que parecía de pronto muy entretenido con sus cutículas. Sarah volvió a equivocarse con el texto.

—Si no te pones las pilas —le dijo Cameron—, lo haremos en directo.

Declan había visto suficiente.

—Deja de ser tan bruja —chilló dirigiéndose a Cameron.

El equipo, que en ese momento sonreía de oreja a oreja, aplaudió con ganas. El público, entusiasmado de ver a semejante superestrella y creyendo que formaba parte del espectáculo, comenzó a aplaudir y a vitorear también.

—¿Cómo os atrevéis a montarme este numerito? —gritó Cameron por encima del escándalo—. Me voy a casa.

—Pon el agua a hervir —le gritó el regidor—. Iremos todos a tomar el té dentro de media hora.

El público estaba arremolinado en torno a Declan, rodeándolo y pidiéndole un autógrafo.

—Eres exactamente igual —dijo una señora.

—Muchas gracias, Declan —le dijo Sarah con las lágrimas saltadas.

—Ya podéis seguir con el programa —repuso Declan, dándose prisa en marcharse.

Con el ánimo por los suelos tras su arrebato, Declan regresó a su despacho, sacó la botella de whisky y se dispuso a leer la obra de teatro de Patrick. Cuando la terminó, se vio consumido a partes

iguales por el placer y la desesperación, porque la obra era simple y llanamente maravillosa: de lo más original, divertida, muy conmovedora, un poco dramática, pero con todo el vigor y la audacia de la juventud. Al leerla, Declan no había hecho más que darse cuenta una vez más de cuánto había desperdiciado su propia carrera.

Vaciando la botella, muy borracho en ese instante, se fue al pasillo y acabó en el estudio grande, donde habían estado grabando la última repetición de toma de *El sueño de una noche de verano*.

Hasta los árboles de cartón parecían palpitar con el calor y el encanto del pleno verano. Declan permaneció de pie entre las sombras, con las lágrimas corriéndole por la cara, muy conmovido por la poesía. ¿Volvería a escribir él algo bueno algún día?

Se sobresaltó muchísimo cuando notó una palmada en el hombro. Se trataba de Cameron. Se restregó los ojos con frenesí y la siguió hacia el pasillo.

—Perdona por haberme pasado esta tarde —le dijo ella—. La nueva temporada de *Cuatro hombres al grano* empieza el mes que viene. Supongo que estoy agobiada.

—Sí, seguro —contestó Declan con brusquedad—. Elige a alguien de tu mismo nivel la próxima vez. Sarah podría ser muy buena si no la estuvieras atosigando cada dos por tres.

Declan se fue a su despacho, recogió con cuidado las páginas de la obra de Patrick y tiró la botella de whisky a la papelera con un estruendo.

—Como Tony va por ahí abriendo el correo de la gente, supongo que también registra las papeleras —espetó a Cameron—. Eso

debería convencerlo de que bebo demasiado. Imagino que has sido tú quien le ha dicho que estaba bebido en el programa de ayer.

Cameron enrojeció.

—Por supuesto que no.

—Pues yo no he sido. —Continuó recogiendo los papeles.

—¿Qué es eso? —preguntó Cameron, ansiosa por cambiar de tema.

—La obra de teatro de Patrick.

—¿Es buena?

—Cojonuda. Algún día te arrepentirás de haberlo dejado.

—Yo estoy segura de que tú no —espetó Cameron.

—No. —Declan le lanzó una mirada de desprecio con sus ojos melancólicos—. No puedo imaginarme nada que me horrorice más. Por cierto, dice que te quiere.

Cameron lo volvió a intentar.

—Mira, sé que te jode trabajar aquí.

—Me sorprende que hables en presente —gruñó Declan yendo hacia la puerta.

—Que no se te olvide que formas parte del jurado de *Miss Corinium Television* mañana. Queremos que Rupert y tú estéis aquí a las siete —le dijo Cameron.

—Para lo que he quedado —respondió Declan cansado, y se marchó.

Declan no era un hombre vanidoso, pero si algo podía darle un subidón de autoestima era aquel día en Cheltenham. Cada vez que asomaba la nariz por la tienda de Freddie para apostar, lo acosaban, y la combinación de Rupert y él juntos entre aquel público amante

de los caballos e irlandés hasta la médula causaba casi tanta expectación como el regreso del ganador de la Copa de Oro. Para más inri, el caballo de Freddie se impuso sin esfuerzo en la segunda carrera. Nadie tuvo la culpa de que, como consecuencia de una inaudita tormenta de nieve, se pospusiera la Copa de Oro una hora ni de que Rupert apostara quinientas libras al caballo y quinientas a la posición y las ganara las dos. Por tanto, Rupert y Declan bebieron como esponjas y no llegaron a Cotchester hasta las ocho menos cuarto.

—¿Este es el bosque de las erecciones? —le preguntó Rupert mientras se tropezaba con un montón de árboles de cartón apilados fuera del estudio uno.

—Te equivocas —respondió Declan—. Se supone que está ambientado en Grecia.

Cameron, Tony y James, que presentaba el programa con un esmoquin azul noche y una pajarita rosa palo diminuta, estaban cabreadísimos por que hubieran llegado tan tarde.

—Qué puta vergüenza —estalló Cameron—. No hay tiempo para poneros al día. Id a mi despacho para conocer a los otros jueces y a las quince finalistas antes de la retransmisión.

Los otros jueces eran una estrella del pop masculina llamada Big Lil, el alcalde de Cotchester, el director de la oficina de turismo local y un oficial de la marina llamado Ron, que acababa de regresar de dar la vuelta al mundo él solo.

—Después de diez meses sin chicas —le susurró Rupert—, habrá que atarlo a su silla.

—Ahora vamos a seleccionar a las siete finalistas —informó Cameron a los jueces—. Debéis buscar el tipo de chica que podáis

llevar a cualquier parte.

—Al armario de las escobas, a la sombra de una morera —comentó Rupert.

A medida que entraba cada chica, Tony y Cameron les hacían preguntas sin parar. Miss Bisley venía de Cotchester. Miss Painswick, de Bisley. Miss Chipping Sodbury estaba tan bien preparada que podría haber ganado un premio del Frente Nacional.

Cuando Miss Wotton-under-Edge dijo que su ambición era dirigir un hogar para gatitas desamparadas, a Rupert y a Declan les entró la risa floja. Menos mal que la habitación no estaba muy bien iluminada que digamos.

—Todas hablan como Valerie Jones —comentó Rupert.

Una vez elegidas las siete finalistas, se trasladaron al estudio uno, donde habían dispuesto mesas a las que estaba sentado el público invitado y donde se retransmitiría el concurso en directo.

A continuación, las quince concursantes se menearon con sus trajes de baño y sus tacones de diez centímetros. Aunque los jueces ya habían seleccionado de antemano quiénes serían las siete finalistas, de cara al público, a las concursantes y a los telespectadores, las iban a elegir en ese momento. Sin embargo, al ver a las chicas en bañador por primera vez, Declan y Rupert se percataron de que había algunas que no habían elegido que eran mucho más esbeltas y tenían mejores piernas, e intentaron hacerles cambiar de opinión con mucho alboroto.

—Se supone que ahora tenéis que elegir a las tres primeras —siseó Cameron—. Y dejad ya la puta discusión.

Cuando Declan y Rupert salieron corriendo a hacer pis durante la pausa publicitaria, Rupert se agenció una botella de champán de las

que había en las mesas y se la escondió bajo el abrigo. Cameron, que estaba esperándolos en el pasillo cuando llegaron del baño, los empujó a un camerino vacío.

—Big Lil va a cantar su nuevo *single* mientras las siete finalistas se cambian, así que quedaos aquí quietecitos y comportaos, joder.

Rupert se puso la cabeza de Bottom, que colgaba de un gancho, y leyó un cartel que había en la pared: «Sentimos las molestias que podamos causar a los artistas por acomodarlos en un camerino temporal».

—Soy un artista que se bebe hasta el agua de los floreros —dijo Declan, arramplando con la botella de Rupert. Como se les olvidó que llevaban los micrófonos puestos, se pusieron a hablar del concurso.

—¿Por qué James Vereker lleva zapatos rojos? —preguntó Rupert.

—Debe de ser por la sangre de la gente a la que le clava puñales por la espalda —contestó Declan.

—¿Qué opinas del culo de miss Bisley? —le preguntó desde las profundidades peludas de la cabeza del burro.

—Tremendo —respondió Declan—. ¿Y qué te parecen las tetas de miss Chipping Sodbury?

—Fabulosas, pero no tanto como la entrepierna de miss Wotton-under-Edge.

—¿A quién crees que se está tirando Tony Baddingham? —preguntó Declan.

—A todas —contestó Rupert, cayéndose en la cama de la risa.

Declan se recostó contra la pared, temblando.

—Y Daysee Butler lo sacará a la luz en un periquete.

Al minuto siguiente, un técnico de sonido blanco como la leche irrumpió por la puerta para decirles que todo el mundo en la sala de control los estaba escuchando, incluidos Cameron y Tony. Después de eso, los acontecimientos se sumieron en un mar de niebla para Declan. Miss Bisley fue coronada Miss Corinium Television e incluso derramó algunas lágrimas, pero no las suficientes como para echar a perder su máscara de pestañas resistente al agua.

—Te veo en mi despacho dentro de media hora —siseó Tony a Declan mientras acompañaba al alcalde y a otras personalidades importantes arriba.

—No tardaré —le dijo Declan a Rupert—. Espérame en el coche.

Sacó el contrato del archivador de su despacho y cogió el ascensor hasta la quinta planta. Era curioso lo eufórico que se sentía.

Mientras permanecía en la entrada de la sala de juntas, escuchó a miss Bisley decirle a miss Painswick que el problema de miss Cotchester era que tenía una entrepierna poco fotogénica.

Tony estaba hablando con los invitados importantes, entre los que se encontraba el exprebendado, que se estaba comiendo a las chicas con los ojos. Declan se acercó y le dio un toquecito a Tony en el hombro.

—Quiero hablar contigo.

—Lárgate.

—Ahora, en tu despacho —dijo Declan—, a menos que quieras que les diga a estos lameculos punto por punto lo que pienso de ti.

—No te cortes —comentó la señora Madden, que llevaba un vestido de satén malva y estaba sentada frente a su máquina de escribir.

Marchándose detrás de Tony, Declan le tiró un beso.

—Estás preciosa —le dijo.

—¿Cómo te atreves? —estalló Tony cuando Declan cerró la puerta de un portazo a sus espaldas.

—Porque estás podrido —contestó Declan—. Estás tan podrido que hasta los gusanos te vomitan.

Tony echaba humo.

—Cuestionas mi autoridad a la mínima ocasión —farfulló.

Declan se acercó despacio hasta él con los ojos enormes hundidos y amenazadores.

—La violencia no es la solución —dijo con suavidad—, pero me parece un comienzo de puta madre.

Tony retrocedió hasta la pared, lamiéndose el labio, con los ojos desorbitados e intentando llegar con la mano al intercomunicador.

—No me toques —graznó—. O te demandaré por lesiones corporales graves.

—Las lesiones serían tan graves —dijo Declan— que no podrías volver a abrir la boca, so cabrón.

Cuando levantó la mano, Tony se encogió hasta que se dio en la cabeza con la fotografía enmarcada que tenía junto a la reina. Entonces, se dio cuenta de que Declan tenía un papel doblado en la mano.

—Este es mi contrato —prosiguió Declan con una sonrisa. Poco a poco y con un placer tremendo, lo rompió en pedacitos y se los echó a Tony por la cabeza. Después, se volvió hacia la puerta.

Por un instante, Tony se quedó mudo, pero, cuando la mano de Declan alcanzó el pomo de la puerta, dijo:

—¿Puedo dar por hecho que esto es una dimisión?

—Claro que sí —respondió Declan—. Llevo prostituyéndome… —se puso a contar con los dedos— siete meses, y esta será la primera noche que duerma desde que empecé a trabajar para ti.

—¿Te das cuenta de que has roto el contrato?

—Me importa una mierda —contestó Declan abriendo la puerta—. No me pienso quedar aquí hasta que acabes conmigo como has hecho con Cyril, Simon y la mitad de las pobres personas con discapacidad que hay en este edificio.

En cuanto se marchó, Tony pulsó el botón de rebobinado de la grabadora y se sirvió una buena copa de brandi.

—Señora Madden —chilló, sacando la cinta de la grabadora—, ¿puedes transcribir esto ahora? Haz una docena de copias. Luego recoge estos papelitos y mételos en un sobre marcado como «Contrato de Declan O'Hara». ¿Por qué coño estás llorando?

—Era un hombre tan bueno —sollozó la señora Madden—. Siempre me preguntaba por mi vida como si le importara.

Fuera, en el aparcamiento, el viento se había calmado y la luna brillaba a media luz entre las nubes como una bombilla de diez vatios.

Rupert, que todavía llevaba puesta la cabeza de Bottom, se había terminado la botella de champán.

—Perdona por hacerte esperar —dijo Declan subiéndose al coche.

—¿Qué tal ha ido?

—Soy libre.

—¡Joder! —Rupert se sacó la cabeza de burro—. Creía que tenías un contrato a prueba de todo.

—A prueba de whisky no —contestó Declan—. Venga, vamos a emborracharnos de verdad.

24

Taggie durmió a ratos, ya que estaba preocupada por su padre y Gertrude la perturbaba, pues estaba muy inquieta y se imaginaba que cada crujido o traqueteo de la enredadera contra las ventanas del torreón era Declan volviendo. Se levantó a las cinco y echó un vistazo a todo el valle, como siempre hacía esos días, y vio que las luces de la casa de Rupert estaban encendidas. Intentó no tenerle envidia a su padre por pasar un día entero con él; últimamente lo había pasado fatal en el trabajo, se merecía un descanso. Bajó a la planta de abajo para comprobar si el coche estaba allí y se quedó paralizada por el horror al verlo una vez más aparcado al otro lado de un parterre con todas las luces encendidas. Corrió hacia fuera y se lo encontró vacío, así que comenzó a buscar con sigilo por toda la casa. Declan no estaba en la habitación (Maud se había tendido en diagonal en la cama, como si le negara el acceso) y tampoco estaba en el cuarto de invitados. No se encontraba en la habitación de Patrick, ni en la cocina, ni en los salones, ni en el comedor.

Empezó a temer que se hubiera marchado a dar un paseo por el bosque y se hubiera caído por el barranco cuando oyó un chillido de emoción que provenía de la biblioteca. Gertrude lo había encontrado,

todavía vestido, inconsciente sobre su escritorio. En la mano, aún sostenía el bolígrafo con el que había estado escribiendo su biografía de Yeats. Había derramado un vaso de *whisky* que se había expandido por la página abierta del cuaderno y había difuminado lo que había garabateado borracho.

Taggie le puso un par de mantas por encima y un cojín bajo la cabeza, pero él ni se inmutó.

Declan se despertó seis horas después con una resaca extenuante y un presentimiento aún peor. Tambaleándose y quejándose, llegó hasta la cocina, donde encontró a Maud leyendo a Anthony Powell al revés y con cara de pocos amigos. Sin habérselo pedido, Taggie sacó cuatro antiácidos de su envoltorio azul y plateado y los metió en un vaso. Declan le dio un sorbo, que le provocó una arcada, y salió corriendo de la habitación.

—Bueno —dijo Maud cuando volvió mucho más pálido y temblando—, ¿qué te entretuvo tanto?

—No me acuerdo —respondió Declan con un gruñido.

El teléfono sonó y él se echó las manos a la cabeza con un gemido. Era el *Scorpion*, la prensa amarilla más sórdida, que quería hablar con Declan.

—No se encuentra en casa —contestó Taggie al instante.

—Tengo entendido que ha dimitido de Corinium. ¿Sabes dónde puedo hablar con él?

Taggie se puso lívida.

—¿De verdad?

—Sí. El Gabinete de Prensa lo ha confirmado.

—No, no está aquí. —Y colgó el teléfono.

Declan observó los ojos inyectados en sangre de su hija y presintió que se avecinaban problemas.

—¿Qué se supone que he hecho?

Taggie miró nerviosa a su madre.

—Venga ya —soltó Declan.

—Ha-has presentado tu renuncia.

—¡Joder! ¿En serio?

—Pedazo de idiota —siseó Maud—. Llama a Tony ahora mismo y discúlpate. Dile que estabas borracho.

En ese instante, llegó Ursula muy pálida por la gripe pero muy emocionada por los acontecimientos. Joyce Madden la había llamado llorando en medio de la noche y le había contado lo que había ocurrido.

—Acabo de decirle a Declan que llame a Tony y le pida disculpas —dijo Maud—. No tienen más remedio que volver a aceptarlo. Es una superestrella. —El desdén fue innegable.

—Yo no estoy tan segura de que lo hagan —susurró Ursula.

—Siéntate —le dijo Taggie sacando una silla—. Te haré una taza de té.

—Declan tiene un contrato —continuó Maud—, y anoche estaba demasiado borracho para poner nada por escrito.

Ursula se volvió hacia Declan, que estaba sentado con la cabeza entre las manos.

—¿No te acuerdas de nada?

—Me acuerdo de un montón de mujeres en bañador que eran bastante feas, y Rupert vestido como un caballo, y creo que recuerdo discutir con Tony… —murmuró.

—Lo hiciste —dijo Ursula—. Le cantaste las cuarenta y luego rompiste tu contrato, se lo tiraste a la cara y dimitiste.

—¡Ay, Dios! —Declan abrió un ojo inyectado en sangre—. ¿De verdad?

—Tony grabó toda la conversación y Joyce Madden la transcribió enseguida, y sin lugar a dudas ya hay copias volando hacia la IBA, la ITCA y a saber a dónde más en este preciso momento.

—Pedazo de estúpido —susurró Maud.

El miedo es el padre de la crueldad. Al haber descubierto que era imposible vivir con Declan en los últimos meses, Maud sintió una gran simpatía por Tony. La carrera de Declan, aunque meteórica, siempre había estado salpicada de discusiones. Era incapaz de comprender las presiones a las que estaba sometido, así que procedió a comportarse de forma bastante indolente.

—Pues no pienso volver —anunció Declan cuando ella terminó su diatriba.

—No tienes otra opción. La BBC no te tocaría ni con un palo. Deberás arrastrarte por una vez en tu vida.

—Mamá —se quejó Taggie mientras dejaba unas tazas de té muy fuerte y azucarado delante de Declan y Ursula.

Declan se calentó las manos, que tenía temblorosas, alrededor de la taza con una imagen de una chica cuyo biquini desaparecía cuando se llenaba de líquido hirviendo. «Como mi carrera», pensó Declan.

—Es tu culpa —siguió Maud—, por tomarte días libres para ir a cazar y largarte por ahí con Rupert antes de un programa. Parecéis un par de colegiales.

Toda la animadversión que albergaba hacia Rupert por haberla rechazado y haber empezado a pasar más tiempo con Declan pareció derramarse como lava hirviendo.

—Yo también he llamado a Personal y he dimitido —dijo Ursula con solemnidad—. No voy a trabajar para un Estado policial nunca más.

«Joder, eso significa que voy a tener que pagarle yo el salario hasta que encuentre otro trabajo», pensó Declan. No obstante, le apoyó una mano en el brazo.

—Gracias por serme tan leal, querida.

Todo el mundo pegó un salto cuando sonó el teléfono. Lo cogió Maud. Era *The Star*. Maud nunca se había podido resistir a los periodistas.

—Estamos un poco confusos por aquí —comentó—. Declan no nos había contado nada. ¿Qué ha ocurrido?

El reportero, cautivado por el tono encantador y afectuoso de Maud, se lo explicó.

—Ya veo —contestó Maud con seriedad—. ¿Dónde está Rupert?

—Pues ha llegado a Londres diez minutos tarde para presidir un seminario sobre el alcoholismo en los exatletas. Todo el mundo iba a por él, pero se ha negado a hacer ningún comentario.

—Gracias —respondió Maud—. Te llamaremos cuando llegue. ¿Cómo has podido? —le gritó a Declan—. ¿Cómo pones a Tony a caer de un burro cuando llevas un micrófono encima? Creía que eras un profesional.

Declan apenas le prestó atención.

—Tendremos que vender la casa —dijo con aire lúgubre.

El teléfono volvió a sonar. Declan se levantó y se apoderó del auricular.

—¿Queréis iros a tomar por culo? —gritó.

—Qué simpático —dijo una voz estridente—. Soy Caitlin, tu hija, por si no te acordabas. ¿Por qué nadie ha venido a recogerme?

—Ay, Dios —exclamó Taggie angustiada, oyendo lo esencial—. Creía que terminaba esta tarde.

—Pues más te vale ir a recogerla —soltó Maud, que se había olvidado de darle el recado.

—Voy a salir —dijo Declan.

—¿Para qué? —gritó Maud.

—Para meditar un poco.

—Pues será mejor que se te ocurra algo rápido, porque no tengo intención de vender esta casa.

Con cuatro analgésicos, cuatro antiácidos, una taza de té bien cargado y el resto del whisky de la noche anterior revolviéndole el estómago, Declan salió. Tras la lluvia torrencial con tormentas de nieve y vientos huracanados del día anterior, ese día había amanecido moderado y soleado con una ligera brisa. Todo relucía. Por primera vez en meses, los pájaros ignoraron el comedero que Declan les tenía preparado, pues estaban ocupados cantando y cortejándose en los árboles.

Abajo, en el Frogsmore, la primavera parecía haber llegado en un día. Las prímulas anidaban en la orilla. El tusilago explotó amarillo azufre bajo sus pies, las celidonias arqueaban hacia atrás sus pétalos amarillos y brillantes hacia el sol, incluso de la mata de frambuesas más inflexible estaban brotando unas hojitas de color verde claro.

En los campos de arriba, pudo ver los caballos de Rupert galopando con sus mantas neozelandesas y los rabos en alto, como niños saliendo del colegio. En el bosque, encontró las primeras anémonas y violetas azules y blancas. Muy por encima de su cabeza, un pájaro carpintero estaba golpeando el tronco de un árbol. Casi podía oír cómo se abrían los capullos de las flores.

¿Por qué coño lo había echado todo a perder por su arrogancia intelectual de mierda? Lo único que tenía que hacer era aguantar trabajando en Corinium hasta finales de abril y luego, durante las vacaciones, buscar otro trabajo. Ahora que se había ido cuando su ebriedad era de dominio público y encima el índice de audiencias había caído en picado, nadie lo querría.

Aplastó una hoja de ajo silvestre entre los dedos. El olor le recordó a las comidas en Soho conspirando sin parar con sus amigotes para hacer de la BBC un mundo mejor. Le había encantado Londres, pero no quería volver. Hacía tanto calor que, de camino a casa, se había quitado el abrigo y se había sentado en la orilla del arroyo durante un largo rato, observando cómo el agua brillaba y se retorcía de placer bajo el sol. Gertrude chapoteó y, agarrando un palo, dio un salto hacia Declan con la esperanza de que lo cogiera del otro extremo y, como no lo hizo, lo soltó y le lamió la cara.

Un hombre mayor iba andando con su viejo jack russell de vuelta de Penscombe y se detuvo para charlar con él. Le contó que su abuelo había sido el guardabosques de Priory hacía cien años, cuando la tierra se extendía ciento veinte hectáreas al norte de la carretera de Penscombe a Chalford. Él había mantenido el lugar como nuevo. Era una pena ver el estado en el que se encontraba,

con los árboles podridos y los muros derrumbados por todos lados. Declan sintió vergüenza.

—Se puede decir que la primavera ha llegado por fin —dijo el anciano— porque todos los mirlos están cantando.

«Pero para mí ya no», pensó Declan desesperado. Entonces, el hombre mayor lo miró más de cerca.

—¿Usted no es Declan O'Hara? —preguntó.

A última hora de la tarde, Taggie estaba hecha polvo. Ursula, que se había pasado el día eludiendo a la prensa, se había ido a casa. Después de otra terrible discusión con Maud, Declan se había atrincherado en la biblioteca y se negaba a hablar con nadie. Caitlin se había sentado a la mesa de la cocina, con un brazo alrededor de Gertrude, y ambas observaban a Taggie rellenar un pollo con una mezcla de albaricoques, carne picada, pan rallado y ajo. Acostumbrada a la calefacción central y a la cháchara constante de Upland House, Caitlin estaba temblando como un galgo inglés y charlando sin parar.

—No va a haber más bailes contra los colegios de chicos —comentó—. El viernes pasado, bailamos contra Rugborough y un grupo de muchachos llevó a algunos alumnos de quinto al tejado del garaje y se pusieron a fumar y beber mientras mandaban a los profesores a la mierda, y la señorita Lovett-Standing, que vaya nombre le han puesto, la profesora de Gimnasia, encontró tres condones en los rododendros a la mañana siguiente. Saqué la mejor nota en el examen de *El alcalde de Casterbridge* —prosiguió Caitlin. Entonces, al ver que a Taggie le estaba costando entender la receta de las patatas a la lionesa, que estaba leyendo en voz baja para sí,

añadió con amabilidad—, pero uno de sexto que hizo el mismo examen el año pasado me dijo las respuestas antes. Y dos chicas de segundo de bachillerato van a abortar estas vacaciones.

—Qué bien —respondió Taggie distraída.

—Taggie, no me estás escuchando.

—Perdona, es que estoy muy preocupada por papá.

—Estará bien. Seguro que alguien lo contrata.

—No sé. Ha perdido toda su confianza. Nunca lo había visto tan derrumbado.

—Eso es por la resaca —contestó Caitlin.

Su habilidad para desordenarlo todo era peor que la de Maud. Su baúl abierto se encontraba en el vestíbulo, y los palos de *lacrosse*, cintas, pósteres, obras de arte enrolladas, toallas mojadas, carpetas de colores, un osito de peluche y una bolsa de tela llena de ropa interior estaban esparcidos por todo el camino hasta la cocina. Llevaba una camiseta rosa muy cara que le había quitado a Maud a mitad del trimestre en la que todas sus amigas habían escrito mensajes con un boli, una falda abullonada, medias rotas y unos zapatos negros de plataforma aparatosos, y se estaba comiendo una taza de muesli con una cucharita.

—Joder, qué frío hace en esta casa.

El teléfono volvió a sonar por enésima vez. Era horrible.

—¿Podría hablar con Declan? —dijo una voz de hombre.

—No puede hablar con nadie —respondió Taggie histérica.

—Taggie, ¿eres tú?

—Sí.

—Soy Rupert. ¿Cómo está tu padre?

—No muy bien. —Taggie sintió que se estaba sonrojando muchísimo y le dio la espalda a Caitlin—. Ya sabes que ha dimitido.

—Eso fue en parte por mi culpa. Le dio un arrebato. Debería haber impedido que irrumpiera en la oficina para ver a Tony, pero era mejor que no siguiera allí, lo estaba consumiendo. ¿Tú estás bien, corazón?

La repentina dulzura de su voz hizo que le entraran ganas de llorar.

—Sí, estoy bien —murmuró.

—Vale, pues dile que iré más tarde.

En la planta de arriba, Declan puso las noticias de las seis menos cuarto y se encontró a Tony Baddingham con un clavel rojo en el ojal dando una conferencia de prensa.

—La verdad de los hechos —estaba diciendo— es que Declan O'Hara nos presentó anoche su dimisión y nosotros la aceptamos.

«*Presentó*, vaya palabra de mierda», pensó Declan. «Yo no le presenté absolutamente nada».

—Estamos desolados por haber perdido a Declan, por supuesto —prosiguió Tony totalmente encantado—, pero, a decir verdad, hubo una serie de desacuerdos, y todos en Corinium pensamos que cuando a la gente se le suben demasiado los humos a la cabeza, preferimos que se marchen y que pisoteen las moquetas de otros.

Declan apagó la tele y se quedó mirando la tarima del suelo. Ya no tenía ninguna moqueta que pisotear y, con toda probabilidad, nunca la tendría. El teléfono volvió a sonar. Era uno de los delegados sindicales de Corinium.

—Pedazo de idiota —lo reprendió—, deberías haber aguantado y haber dejado que él te despidiera.

—Lo sé —contestó Declan casi a modo de disculpa—, pero sentí que tenía que conservar una pizca de integridad.

—Ojalá hubieras acudido a nosotros. Mira, los chavales quieren hacerlo público. Tú solo tienes que pedirlo. Interrumpiremos todas las emisiones de la cadena por ti, Declan, y conseguiremos que te reincorporen.

A Declan lo había conmovido tanto que no pudo decir ni una palabra durante un minuto. Acto seguido, respondió con brusquedad que no valdría la pena.

—Ya no puedo trabajar para Tony, pero muchas gracias igualmente, y despídeme y dales las gracias a los chavales por mí.

Ya había anochecido, pero un petirrojo cantaba en la madreselva sin hojas fuera de su ventana. Llevaba una semana apareciendo exactamente a las seis y media, como si quisiera infundirle ánimos.

—«¿Eres tú el pájaro al que el hombre más quiere?» —murmuró para sí mismo—. «¿El pájaro piadoso con el pecho color escarlata? ¿Nuestro pequeño petirrojo inglés?».

Se le pusieron los ojos llorosos. Madre mía, ¿qué iba a hacer?

Taggie llamó a la puerta y, al ver que no contestaba, entró. Lo encontró tan demacrado y tan desesperado que atravesó corriendo la habitación, tropezando con los montones de papeles y libros que había por todo el suelo, y lo estrechó entre sus brazos.

—Por favor, no estés tan triste. Da igual si volvemos a Londres. Allí éramos todos felices. Solo tienes que recuperar tu confianza. Rupert ha llamado, por cierto. Va a venir.

De camino a su habitación por las escaleras, Taggie se horrorizó por lo mal que se veía. Había estado tan ocupada que no había tenido ni un segundo para ducharse ni incluso lavarse los dientes en

todo el día. Sabía que no tendría ninguna oportunidad con Rupert, que era muy presuntuoso, pero por una vez quería verse lo mejor posible delante de él. Decidió que la cena de bienvenida a casa de Caitlin podría esperar. Iba a darse un baño y a lavarse el pelo.

Caitlin silbó cuando Taggie entró en la cocina una hora después. Llevaba un jersey de cuello alto con rayas rojas y negras que Patrick le había regalado por Navidad metido por dentro de unos vaqueros negros que a su vez tenía metidos dentro de unas botas negras. Como aún tenía el pelo húmedo, se lo ató con un lazo negro. No llevaba maquillaje, solo un delineado negro difuminado que hacía que sus ojos plateados parecieran más grandes e incluso más luminosos. El baño caliente y el secador les habían otorgado a sus pálidas mejillas algo de color.

—Como rara vez te arreglas —dijo Caitlin de forma crítica—, se nos olvida lo guapa que eres, mucho más que cualquier otra persona que conozca.

—Venga ya, no digas tonterías —susurró Taggie avergonzada, poniendo el pollo en el horno de arriba a la derecha de los fuegos.

—¿Cuándo estará listo?

—Sobre las nueve.

—Genial, entonces puedo ver *Dinastía*. ¿Con quién vas a salir tú?

—Con nadie. —Se puso a escurrir las chirivías—. Te gusta el puré de chirivías, ¿no?

—Me encanta, pero no has contestado a mi pregunta.

—Con nadie.

—Entonces ¿por qué has dedicado tanto tiempo a arreglarte como le dedicas a la cena de Gertrude?

—Es que me veía horrible —murmuró Taggie en un tono de disculpa mientras metía las chirivías en la batidora—. No me ha dado tiempo de ducharme en todo el día.

—Ah —contestó Caitlin al tiempo que observaba con aquellos ojos pequeños y brillantes cómo Taggie les añadía curri, mantequilla y nata a las chirivías.

—Como llevaba la ropa de ayer, pensé que debía cambiarme —continuó Taggie aún más avergonzada.

—Uuuh —dijo Caitlin—, parece que viene Rupert Campbell.

—Cierra la boca —soltó Taggie, encendiendo la batidora.

Caitlin aguardó a que la apagara.

—Soy Campbell-Black, el guapo —dijo Caitlin, riéndose—. «¡Levántate, oh, amada mía! ¡Oh, hermosa mía, sal! Ya ha pasado el invierno, la estación de la lluvia se ha ido. Han brotado las flores en la tierra. El tiempo de la canción ha llegado, y de nuevo se escucha la tórtola en nuestra tierra».

—Cállate ya —gritó Taggie. Agarró el anillo de goma de Gertrude y se lo tiró a Caitlin, pero falló y casi le dio a Rupert, que, al haber encontrado la puerta abierta, había entrado seguido de Freddie Jones. Taggie se quedó clavada en el sitio, aterrorizada. Gertrude entró ladrando como una loca, indignada por que alguien hubiera entrado en la casa sin que ella se hubiera percatado.

—Hola, Gertrude —dijo Rupert—. Qué guapa estás hoy. Qué perrita tan buena eres, Gertrude, muy bien, ay, qué colita tan rizada y bonita tienes. —Se agachó para acariciar a la confusa Gertrude sin parar.

Taggie soltó una risita.

—Mucho mejor —dijo Rupert. Estaba un poco pálido por los excesos del día anterior, pero parecía estar de muy buen humor—. Hola —le dijo a Caitlin—. ¿Qué tal?

—Bien —respondió Caitlin con una sonrisa—. Le estaba citando la Biblia a mi hermana para mantenerla por el buen camino.

—¡Caitlin! —suplicó Taggie desesperada, concentrándose en sacar con una cuchara el puré de la batidora para ocultar sus mejillas sonrosadas.

Rupert se acercó a Taggie y, poniéndole una mano en la nuca, la atrajo hacia él. A la mayoría de las mujeres les habría dado un beso en la coronilla, pero ella era tan alta que le apoyó los labios un instante en la sien.

—Ya está, cielo, no te preocupes por tu padre. Frederico, el niño prodigio, y yo lo vamos a solucionar.

—Os traeré algo de beber —balbuceó Taggie—. ¿Qué os apetece? Mi padre está en la biblioteca.

—Yo un Bacardí con Coca-Cola, guapa —dijo Freddie—, y si Rupe tiene estómago, un whisky con soda.

—Yo, si no hay Malibú, quiero un vodka con tónica, Tag —añadió Caitlin.

Taggie se apresuró a ir a la despensa y se detuvo antes de bajar las botellas. Incrédula, se tocó la sien en la que Rupert le había dado un beso y, acto seguido, deslizó los dedos hasta sus labios y los besó en éxtasis. ¿Qué le estaba pasando? Se preguntó si el pollo que había cocinado como cena de bienvenida para Caitlin daría para seis personas.

—Hola, Declan —lo saludó Freddie cuando entraron en la biblioteca y lo encontraron desplomado en su escritorio—. He visto al

gilipollas de Tony en las noticias. Ese cabrón engreído te ha jodido a base de bien.

Sentado junto a la ventana, Rupert aguardó a que Taggie llevara las bebidas. Después, cerró la puerta tras ella y dijo:

—Mira, Frederico y yo hemos estado hablando largo y tendido sobre ti. Para no andarnos con rodeos, los dos somos grandes hombres de negocios y odiamos que una estrella como tú esté desaprovechada.

—Hemos decidido formar nuestra propia productora independiente —continuó Freddie—, y contratarte para que hagas programas para la cadena, Channel 4 y el mercado extranjero.

Tuvieron que hablar durante bastante rato para convencer a Declan de que no solo estaban siendo caritativos. Él observó el vaso que no había tocado durante un instante, y luego un brillo de emoción se reflejó en sus ojos.

—Tengo una idea mejor. ¿Por qué no intentamos ganar la franquicia de Corinium y ponemos a Tony de patitas en la calle?

Freddie y Rupert intercambiaron una mirada.

—¿No es muy tarde para eso?

—No si nos damos prisa —contestó Declan—. Las solicitudes no tienen que entregarse hasta primeros de mayo.

—Conocemos a toda la gente adecuada —dijo Rupert—, así que no tendremos problema en reunir a nuestra propia junta.

—Y tampoco tendremos problema en conseguir apoyo financiero —añadió Freddie, dando saltitos de emoción—. Y yo puedo proporcionar todos los conocimientos técnicos.

—Y yo conozco los programas de Corinium con todo lujo de detalles —comentó Declan—, así que podemos presentar ideas de

programas mejores sin esfuerzo.

Taggie asomó la cabeza por la puerta.

—¿Alguien quiere otra bebida?

Declan, demasiado emocionado como para desviarse del tema, negó con la cabeza. Freddie hizo lo mismo, pues apenas había tocado su vaso. Solo Rupert le tendió el suyo.

—Por favor, ángel —dijo con una sonrisa—. ¿Me echas soda esta vez?

—Ay, Dios, ¿te he puesto Coca-Cola? Lo siento mucho, y pobre señor Jones, que se ha debido de tomar el Bacardí con soda.

—No creo que se haya percatado —respondió Rupert.

Mientras Freddie y Declan se emocionaban cada vez más con sus planes, Rupert pensaba en Taggie, en cómo había temblado cuando le había dado el beso y en lo mona que estaba con sus largas piernas con aquellas botas negras y con el pelo recogido hacia atrás como un soldado. Pero se puso serio y se recordó a sí mismo que no debería estar pensando en ella. Era la hija de Declan, estaba totalmente prohibida. Volviendo a centrarse, escuchó a Declan decir:

—De hecho, la única baza de Tony con la IBA es Cameron Cook, y el personal siempre está protestando por su forma de ser.

—¿Y si la sedujera para que se uniera a nuestro bando? —preguntó Rupert distraído.

—¡No la queremos! —explotó Declan—. Es una perra malvada y traidora.

—Una vez que la dome, no lo será —contestó Rupert—. Siempre se me han dado bien los caballos difíciles. Os garantizo que la tendré comiendo de la palma de mi mano de aquí a unas pocas semanas.

25

Abrumado por las vicisitudes del día, Declan se fue a la cama y no se levantó en treinta y seis horas. Llegó al sábado por la mañana dándole las gracias a Dios, antes de dormirse otra vez, por no tener que volver a trabajar para Tony. El domingo, se levantó con un día estupendo y le pidió perdón a su querida Maud por hibernar como un oso. Ella se disculpó por ser tan bruja y, después de que él le explicara el tema de la licitación de la franquicia y la venta del bosque a Rupert para conseguir algo de dinero, se prometieron que las cosas mejorarían entre ellos e hicieron el amor de forma apasionada. Saciada y tranquila, Maud se preguntó por qué alguna vez se había fijado en otro. Taggie, mientras preparaba el almuerzo más tarde, escuchaba a su madre cantar y tocar un *lieder* de Schubert. Esos giros radicales la desconcertaban, pero no sentía más que alivio al ver que la riña había terminado.

Rupert, que había pasado el sábado de caza y ocupado con asuntos de la circunscripción, se levantó temprano el domingo y probó todos los caballos nuevos que habían llegado de Irlanda a principios de semana. Había una yegua alazana oscura que era realmente excepcional, muy rápida en la salida y con un salto salvaje descomunal. Al cabo de un par de años, podría conseguir que fuera

un caballo de talla mundial. Como de costumbre, sintió la reticencia de venderla y la tentación de probar de nuevo el salto de obstáculos, pero se resistió con firmeza. Ese verano había elecciones y tenían que ganar la franquicia. Aquella tarde, iba a reunirse con Declan y Freddie para trabajar en el plan de campaña. Habían quedado en casa de Freddie porque querían mantener la licitación en secreto hasta que se presentaran las solicitudes y también porque la prensa seguía rondando Penscombe Court y Priory con la esperanza de conseguir alguna historia jugosa sobre la marcha de Declan de Corinium.

Rupert le entregó la yegua a uno de los mozos de cuadra y montó a su viejo caballo Rocky, medalla de oro olímpica, para dar una vuelta por la finca como tenía costumbre de hacer siempre que se encontraba en casa un domingo. La jauría de perros corría a la caza de faisanes, conejos, tejones y zorros. A Rocky le encantaban estas salidas, y para demostrar que los dos seguían siendo buenos, Rupert hacía saltar al caballo por encima de algún que otro muro y de cualquier riachuelo o tronco caído que se topara en su camino. Tenía una vista de águila que hacía que no se le escapara nada: un alambre suelto por aquí; un árbol derribado por el viento sobre la valla por allá, que habría que reparar antes de trasladar a las ovejas; lo bien o mal que estaba el pasto en cada campo y cómo la cebada de invierno se extendía como un manto verde esmeralda sobre la fértil tierra marrón.

A lo lejos, podía escuchar el tañido de las campanas de la iglesia de Penscombe y el ruido de un tiro al plato. Al otro lado del valle, Priory estaba en las sombras al tener el sol a sus espaldas. Las hayas que había delante eran un borrón por los nuevos brotes. Las

hojas no tardarían en germinar y ya no podría seguir viendo la casa. Tomó el camino fangoso que serpenteaba más arriba del Frogsmore y se fijó en que las primeras prímulas florecían ya felices y seguras bajo los rosales silvestres y los zarzales, cuyas ramas con espinas mantenían alejados a los caballos y al ganado que pastaban de forma depredadora.

En su dulce y confiada inocencia, las prímulas claras le recordaron a Taggie, quien, en su opinión, solo florecería en la vida si alguien la protegía a capa y espada. De pronto, deseó poder ser esas espinas poderosas para alejar a cualquiera que supusiera una amenaza. Se imaginó que la subía en su caballo más manso, que le enseñaba todas sus tierras, le señalaba sus lugares favoritos y luego le hacía el amor entre las flores silvestres, tal y como había hecho antes con otras mujeres, pero con Taggie sería distinto. Dios, tenía que controlarse y buscarse a otra enseguida. Menos mal que Nathalie Perrault iba a llegar esa tarde para pasar unos días, y aún tenía que orquestar la seducción de Cameron Cook.

Cuando regresó a Penscombe y se desnudó para tomar un baño, Rupert se subió a la báscula e hizo una mueca de dolor. Setenta y nueve kilos y medio. Como medía casi un metro noventa, nadie podría llamarlo gordo, pero lejos quedaban la musculatura tonificada y los setenta kilos en los que llegó a estar por las ocho horas que pasaba en la silla de montar como entrenamiento para los Juegos Olímpicos y el Campeonato del Mundo. Demasiadas cenas fuera, mucho alcohol y tan poco ejercicio habían hecho que ya no estuviera en forma. Si pretendía seducir a Cameron, primero tendría que perder peso, lo que implicaba dejar de beber alcohol y limitarse a comer carne, pescado y verduras durante el mes siguiente.

Cuando llegó a casa de Freddie, Declan, que parecía diez años más joven, ya estaba allí, leyendo con atención junto a Freddie un libro titulado *Cómo ganar la franquicia*.

—Lo primero que tenemos que hacer es nombrar un presidente —dijo Freddie.

—Mejor que seas tú —comentó Rupert.

—Vale —respondió Freddie—, pero necesitamos a alguien respetable como un lord, un obispo o algo así para el puesto de vicepresidente.

—Debemos recordar también —apuntó Declan— que la IBA, a pesar de todo lo que va pregonando sobre la calidad, busca candidatos que no se arruinen en los primeros dieciocho meses y que puedan producir programas que hagan ganar dinero a la empresa durante los próximos ocho años. Por eso necesitamos un director general muy experimentado y un controlador de Programas muy bueno.

—Pues entonces tú serás el director ejecutivo —señaló Rupert.

—Soy pésimo con las finanzas.

—Tú sabes de televisión. Yo seré el director financiero y me haré con un contable estupendo para que te vigile. Entre él, Freddie y yo, no podrás liarla demasiado.

—Tengo al hombre perfecto para ser el controlador de Programas —dijo Declan—. Harold White. Estuvo en la ITN y en la BBC. Ahora mismo es el director de Programas en London Weekend. Es la hostia.

—He estado haciendo números —comentó Freddie—. Necesitaremos como mínimo quince millones para que el estudio

esté en funcionamiento los dos primeros años, pero antes necesitaremos al menos doscientos mil por adelantado para pagar a los brókeres, los banqueros, los gastos generales y lanzar la campaña publicitaria.

—Que es lo que perderemos si la licitación fracasa —dijo Declan.

—Exacto —le dio la razón Freddie—. ¿Por qué no ponemos eso nosotros? Nos da un poco más de control.

Rupert estaba a punto de decir que sí, pero vio por el rabillo del ojo la mueca que hizo Declan y respondió:

—Hablemos de eso más tarde. Ahora, ¿qué tenemos que encontrar primero? ¿La junta o el apoyo financiero?

—El apoyo financiero es fácil —contestó Freddie—. Tenemos que conseguir primero a la gente adecuada. Además de los directores, que son los que van a dirigir en realidad el estudio, necesitamos millonarios locales, muchos y buenos, que actúen como directores no ejecutivos.

—Antes de acudir a nadie, deberíamos pensar en un nombre —señaló Rupert.

—He estado pensando. ¿Qué os parece Venturer? —propuso Declan.

—Suena bien —respondió Freddie—. ¿Qué significa?

—Alguien atrevido y dispuesto a correr riesgos, listo para enfrentarse a peligros importantes o embarcarse en una travesía probablemente arriesgada.

Con la voz profunda y ronca de Declan, aquello sonaba de lo más idealista.

—Maravilloso. ¿Qué logo vamos a usar?

—También he estado pensando en eso —dijo Declan—. ¿Sabes esa estatua de bronce que tienes en el salón y que me gusta tanto, Rupert? —Se giró hacia Freddie—. Es de un chico con una camisa abierta por el cuello y pantalones cortos con las piernas al aire. Se está haciendo sombra con la mano en la frente mientras mira a lo lejos. Es cautivador, y tiene la mezcla perfecta de fuerza, elegancia y visión.

—La he visto, es genial —comentó Freddie emocionado—. Buscaremos a alguien que la dibuje y luego la pondremos en todo el material y en la parte delantera de la solicitud.

—También podemos imprimir camisetas, corbatas y pegatinas para el coche —propuso Rupert—. Y pósteres. ¡Imagínate un póster de Taggie con una camiseta en la que ponga «Victoria para Venturer»!

—¿Y el estudio? —preguntó Declan.

—Bueno, si Tony Baddingham va a vender el edificio de Corinium, será mucho más barato hacerse con él —contestó Rupert—. Pero, por si acaso se pone gilipollas, yo diría de tener un plan B.

Parecía que Valerie Jones había visto un fantasma. Jamás admitiría que leía el *Scorpion*, pero venía el especial de pesca del fin de semana en la edición del sábado y no le quedó más remedio que ver el enorme titular que anunciaba que Declan había dimitido de Corinium mientras se emborrachaba como un cosaco con Rupert, y, en ese momento, estaban los dos metidos en el despacho de Fred-Fred, donde el humo de los puros se concentraba en el aire, y ella estaba convencida de que no estaban tramando nada bueno. Se había quejado tantísimo en el pasado por la música de Freddie que él había acabado insonorizando la habitación. Ahora, no podía

escuchar ni una palabra de lo que se estaba diciendo dentro, ni siquiera cuando salió y fingió que arrancaba unos hierbajos inexistentes del parterre que había bajo la ventana. ¿Por qué tenían las ventanas cerradas con el día tan espléndido que hacía?

—¿Les llevo el té? —dijo la pobre y gorda Sharon, que seguía teniendo un flechazo enorme con Rupert.

—No —espetó Valerie—. Todavía no has estudiado religión. La señorita Fidduck dijo que tenías que hacerlo como mínimo una hora todos los días. Y tampoco has cepillado a Merrylegs. ¿Para qué te ha comprado tu padre un caballo de competición?

Sharon subió las escaleras con andares de pato y Valerie no pudo aguantarlo más.

—Hora del té —anunció diez minutos después irrumpiendo en el despacho de Freddie con una bandeja.

Declan iba y venía por la habitación esparciendo las cenizas del cigarrillo, Freddie vibraba de emoción en su silla giratoria y Rupert estaba tumbado en el sofá entreteniéndose con uno de los juegos para ejecutivos de Freddie, que consistía en hacer chocar entre sí unos rodamientos de bolas enormes. Los tres alzaron la vista con una molestia muy mal disimulada.

—¡Cómo apesta! —exclamó Valerie, que soltó la bandeja y abrió la ventana de par en par, haciendo que los papeles de Freddie salieran volando—. No sé cómo podéis estar aquí dentro. Espero que no tardéis mucho, Fred-Fred. Tenemos que estar a las seis y media en casa de sir Arthur para el cóctel y me prometiste que darías antes un paseo conmigo por los terrenos. —Se giró hacia Rupert y Declan—: Vamos a abrir Green Lawns al público en julio. Todos los beneficios irán a la NSPCC. Me sorprende que no vayas a abrir Penscombe

Court este año, Rupert —añadió, alzando la voz por encima de los choques de los rodamientos de bolas, que se escuchaban cada vez más alto.

—No puedes esperar que el público vaya a ir a ver un montón de malas hierbas —contestó Rupert.

—Pero tienes mucho tiempo para dejarlo listo. Me parece muy egoísta no recaudar dinero si se puede. —Valerie soltó una risita.

—Estoy seguro de que la NSPCC preferiría que le extendiera un cheque —contestó Rupert sin alterarse.

—No creo que Maud esté muy interesada en abrir tu jardín —siguió Valerie, dirigiéndose a Declan—. He leído lo de tu arrebato en el *Sunday Express*. Han citado a Tony Baddingham afirmando que uno de los motivos por los que has dejado Corinium es porque no podías soportar que *Dallas* te hubiera machacado.

Mientras Freddie la echaba con delicadeza, Rupert y Declan pensaron que no estrangular a Valerie antes de diciembre sería muchísimo más complicado que conseguir la franquicia.

Las cinco semanas siguientes fueron un caos. Muchos de los licitadores a las franquicias de otros territorios se habían pasado años perfeccionando sus solicitudes, recaudando dinero y organizando sus juntas. Para darse prisa, Freddie, Declan y Rupert se dividieron entre ellos el rol de responsable de contratación.

—No tiene sentido meter a gente que no va a aportar nada —dijo Declan—. No debemos confundir fama con éxito, y deberían vivir en la zona. En cuanto pesquemos un pez gordo, el resto vendrá detrás.

Hubert Brenton, el obispo de Cotchester, a quien por suerte Declan no había dado mucha caña durante su entrevista de

Nochevieja y que ahora estaba cabreado con Tony porque había decidido televisar la Comunión de Pascua en la catedral de Gloucester en lugar de en la de Cotchester, fue el primero que se apuntó. Declan lo invitó a almorzar en Priory la semana siguiente, y, como era Cuaresma y viernes, Taggie preparó unas vieiras Coquille St. Jacques de vicio y un lenguado Véronique. Maud, que llevaba una cruz al cuello y el cabello de color tiziano hacia atrás recogido en un moño, le pidió con solemnidad al obispo que bendijera la mesa y señaló las preciosas flores de primavera que había en el centro de la mesa y que sus hijos le habían enviado por el Día de la Madre.

Rupert, que había dejado la bebida como parte de su plan para ponerse en forma y seducir a Cameron Cook, llevó el más exquisito de los vinos blancos. Caitlin, que, a diferencia de la pobre Sharon Jones, había aprobado sus exámenes de secundaria de religión, pudo conversar con el obispo largo y tendido sobre san Lucas y, en concreto, sobre la parábola del hijo pródigo.

Hubo un momento peliagudo, eso sí, cuando se le cayó el pan por el lado que tenía untado de mantequilla y soltó un «joder», pero, por suerte, el obispo estaba hablando con Maud sobre su reciente viaje a Tierra Santa. Por suerte también, había estado paseando por el mar de Galilea el fin de semana anterior y no había visto los artículos de los periódicos que hablaban de la marcha de Declan de Corinium. Con los sorbetes de limón, Declan y el obispo hablaron de lo emocionante que sería adaptar el brillante ensayo de Lytton Strachey sobre el cardenal Newman y el cardenal Manning, que habían vivido en Oxford, y estaba, por tanto, dentro del ámbito de la franquicia.

Después de la comida, Maud, Taggie y Caitlin se retiraron con discreción, y Declan sacó el venerable oporto de Rupert.

—¿Ni una copita? —le preguntó el obispo cuando Rupert pasó el decantador.

—No, por Dios —contestó Rupert con solemnidad—. Lo he dejado por la Cuaresma.

El obispo, que estaba muy en contra del sexo y de la violencia, siempre había desaprobado abiertamente a Rupert, pero tal vez al fin, tras un pasado tan turbulento, estaba intentando despojarse de su imagen de vividor de la jet set y labrarse un modo de vida más satisfactorio.

Declan y Freddie encaminaron la conversación hacia Corinium Television y la espantosa escasez de programación religiosa que tenía, y luego sacaron el tema de su competición por la licitación. Esperaban de verdad que el obispo se uniera a Venturer y que se convirtiera en el vicepresidente.

—La televisión de hoy en día —dijo el obispo con sinceridad— es un factor clave para la calidad de vida y establecer unos valores.

El obispo añadió que durante los últimos diez años había tenido responsabilidades especiales en el ámbito de la comunicación en la diócesis y consideraba que unirse a Venturer era una forma de ampliar un trabajo que le interesaba muchísimo.

—Sabemos que la gente ocupada no hace nada sin recibir algo a cambio —comentó Freddie con familiaridad—. Si nos hacemos con la franquicia, habrá una paguita de directivo, digamos unos diez mil al año, que podrían destinarse a la causa de caridad que prefieras.

Conseguir que Henry Hampshire, el lord teniente, se uniera fue aún más sencillo. Freddie y Rupert no pararon de adularlo con un

almuerzo de lujo en Londres. Resultó que Henry estaba cabreadísimo con Tony por venderles a unos promotores inmobiliarios un terreno a dieciséis kilómetros de Falconry, pero solo a cuatrocientos metros de la casa de Henry y de todas sus vistas. También era muy amigo de Rupert desde hacía mucho tiempo, y tenía una mujer demasiado simple para que incluso Rupert le hubiera tirado los tejos, y Freddie le había caído bien cuando se conocieron durante la caza de Tony.

—¿Tenéis dinero? —preguntó, después de haber vendido dos leones de piedra la semana anterior para pagar un recibo de impuestos.

—Un dineral —respondió Rupert—. Pero necesitaríamos un poco más.

—No os preocupéis —repuso Henry—. Siempre y cuando me consigáis una cita con Joanna Lumley. Supongo que puedo vender un Stubbs.

—No hace falta que vayas tan lejos —replicó Rupert conmocionado—. Solo queremos unas diez mil. ¿Y esa pintura prerrafaelita más pequeña que tienes sobre la repisa de la chimenea en el salón?

—Buena idea —dijo Henry—. Nunca me terminó de gustar. Niña tonta tumbada en el agua, cubierta de flores. Alguien debería de haberle enseñado a nadar de espaldas.

Al final del almuerzo, Henry trató de pagar.

—No, no —dijo Freddie—. Esto corre por cuenta de Venturer, de verdad.

—Bueno, si insistís… —replicó Henry.

Dedicado a su trabajo, Declan investigó las preferencias de lady Gosling, la presidenta de la IBA. También descubrió que su mejor amiga, la dama Enid Spink, fue la compositora a la que James Vereker entrevistó de manera tan desastrosa. Declan visitó a la dama Enid en sus dependencias de la Universidad de Cotchester, donde ejercía como directora de música, y la encontró dirigiendo con fiereza una grabación en gramófono de su última ópera, *The Persuaders*.

—Es el peor programa en el que he estado —rugió la dama Enid mientras ella y Declan mojaban trozos secos de pastel de semillas en un té de color caoba—. Es más, la actitud general de Corinium hacia la música es de lo más ignorante. La última vez que las franquicias estuvieron en juego, esa rata traicionera de Tony Baddingham me prometió que financiaría la Joven Orquesta de Cotchester, y no he visto ni un penique.

Declan fue sincero y le contó que Venturer no podría afrontar la financiación de nada más que programas de televisión hasta que empezaran a cubrir pérdidas, pero que esperaba que la dama Enid los promocionase en sus programas musicales.

—Si conseguís la franquicia —le preguntó la dama Enid—, ¿echaréis a ese mequetrefe de James Vereker?

—Ya lo creo que sí —contestó Declan.

En cuanto la dama Enid estuvo de acuerdo, fue pan comido reclutar al profesor Crispin Graystock, un catedrático de la literatura inglesa de izquierdas que estaba forrado y que tenía el pelo seco e ingobernable como el de Worzel Gummidge bañado en hollín, la mirada salvaje y un rostro sudoroso y sin forma, que se moría por

ser una estrella de la televisión porque creía que así sería más fácil vender sus finos y tremendamente lúgubres volúmenes de poesía.

Aunque todavía no podía presumir de que lo hubieran incluido en el último *Oxford Companion to English Literature*, Crispin Graystock era considerado uno de los grandes en el ámbito académico.

Freddie Jones se llevó a otro almuerzo de lujo a lord Smith, el antiguo secretario de Transport and General Workers Union, que era aún más de izquierdas. Allí, con la boca llena al mismo tiempo de langosta y Pouilly Fuissé, lord Smith aceptó unirse a Venturer y aportar una inversión substanciosa en efectivo de los fondos del sindicato.

—¿No siente ni una pizca de remordimiento por tener algo que ver con un órgano tan capitalista como Venturer? —preguntó Rupert con desaprobación.

—En absoluto. Y menos en cuanto le he dicho el dinero que ganaríamos —dijo Freddie—. Dice que la televisión es para el pueblo.

Rupert, que andaba en busca del mejor contable, llamó por teléfono a Marti Gluckstein, tal vez el más brillante a este lado de la ley.

—¿Qué quieres por unirte a nuestra licitación por la franquicia de Corinium?

—Ya he rechazado a otros cuatro grupos —contestó Marti con su gangueo de *cockney*—. Odio la televisión.

—Podrías comprarte una casa en la zona —le dijo Rupert, que notó a través de la línea telefónica cómo Marti se estremecía de arriba abajo.

—Odio el campo —respondió Marti.

—Bueno, no hace falta que vivas aquí —replicó Rupert—. Compra algo y véndelo cuando tengamos la franquicia asegurada. Los precios suben como la espuma en el triángulo real, duplicarás el dinero en cuanto lo vendas. Te encontraré una casa.

La perspectiva de conseguir semejante pasta tan rápido lo engatusó.

—Marti Gluckstein es un perro judío —dijo Declan indignado cuando Freddie y Rupert le contaron exultantes la buena noticia.

—No seas antisemita —repuso Rupert con delicadeza.

—Tampoco vive en la zona.

—Se acaba de comprar una casa de campo en Penscombe —contestó Rupert despreocupado. Estaba aprendiendo muy rápido que debía tener mucho cuidado a la hora de lidiar con la integridad de Declan.

Teniendo en cuenta la obsesión de la IBA con los grupos minoritarios, y en particular con los étnicos, Declan, que no tenía ni idea de críquet, reclutó a Wesley Emerson, un lanzador antillano de dos metros y medio y héroe del equipo de críquet de Cotchester, al que había conocido en una fiesta de Sports Aid.

Rupert se ofendió tanto como Declan lo había hecho con Marti Gluckstein.

—Estás loco —gritó—. Si no hubiese sido por el Gobierno y por mí, que intervenimos corriendo, habrían detenido a Wesley en Nueva Zelanda este invierno. Estaba esnifando coca en el campo y es un baboso asqueroso, el mayor desde Casanova.

—Yo pensaba que eso era lo tuyo —repuso Declan con frialdad—. Le dijo la sartén al cazo.

—Yo pensaba que estábamos hablando de grupos minoritarios, no de manoseos minoritarios —espetó Rupert.

Freddie tuvo que utilizar todas sus dotes diplomáticas para apaciguar el ambiente.

Basil Baddingham fue el más fácil de reclutar de todos. Rupert lo convenció mientras hablaban al borde del hayedo durante el último encuentro de la temporada.

—¿Quieres sacar a Tony de sus casillas? —le preguntó Rupert.

—¿Cuánto? —replicó Bas cuando Rupert se lo explicó todo.

—Diez mil libras.

—Me parece barato. Cuenta conmigo —dijo Bas.

Una vez formada la junta por los mejores y los más competentes, Venturer necesitaba a los pesos pesados de producción. Aquí habría que actuar con extrema delicadeza, pues cualquiera que se preciara ya habría sido contactado por otros consorcios. A dos jefes de departamento de Yorkshire los despidieron cuando se enteraron de que se iban a unir a un consorcio de las Midlands. La mayoría de las empresas de la ITV, incluso la BBC, habían amenazado con echar a cualquiera que anduviera en negociaciones con nuevos solicitantes de franquicias aunque fueran de otra zona. Como bien sabía Declan, Tony ya estaba revisando todo el correo entrante, controlando las llamadas telefónicas y registrando los cajones de las mesas y las papeleras al anochecer.

Por lo tanto, Declan procedió con muchísima cautela, tanteando los números de teléfono de los domicilios y prometiendo un anonimato total. A principios de abril, llamó a Harold White, el

controlador de Programas de la LWT, seguramente el coco más brillante e innovador de la televisión.

—Harold, soy Declan.

—Qué coincidencia —dijo Harold—. Llevo todo el día intentando conseguir el número de tu casa. Vamos a licitar por Granada. ¿Te interesa unirte a nuestro consorcio?

—La verdad es que no, pero gracias de todos modos —contestó Declan—. Nos acabamos de mudar aquí y no me puedo permitir otro traslado. ¿Qué te parece si te unes tú a nosotros?

Una de las garantías que Venturer pensaba darle a la IBA era que, si conseguían la franquicia, conservarían la mayor parte del personal de Corinium por debajo de la junta. Pero había tres personas que Declan tenía muchas ganas de asegurar para Venturer de antemano, por si acaso otro consorcio las tanteaba.

—Quiero a Charles Fairburn —le dijo a Rupert.

—Se pelearía con el obispo de Cotchester, el puto gordo perezoso —repuso Rupert.

—Charles se conoce la zona como la palma de su mano —contestó Declan—, y es muy bueno, pero está aburrido como una ostra. Yo lo quitaría de Difusión religiosa y lo pondría a cargo de Documentales.

Declan no reconoció a Charles cuando se presentó en Priory. Llevaba una nariz falsa, un bigote pelirrojo, un sombrero de fieltro rojo con una pluma tirolesa y gafas oscuras.

—No se es lo bastante precavido, cielo —le dijo, entrando en la casa—. James Vereker se ha pasado tres horas haciéndose mechas otra vez durante el almuerzo, y Tony se niega en redondo a creer que no ha ido a una entrevista.

Declan estuvo encantado de estar a solas con Charles cuando le propuso unirse a Venturer como jefe de Documentales, porque Charles se echó a llorar. Por un momento espantoso, Declan creyó que lo había insultado.

—Lo siento —musitó—. Tenía la sensación de que estabas harto del tema de la religión.

—Y lo estoy, lo estoy —lloriqueó Charles—. ¡Es que no lo entiendes! ¡Nada más pensar en irme de Corinium me da una dicha tremenda! No tienes ni idea de lo mucho que te extrañamos.

Fue entonces cuando Declan se dio cuenta de que, a pesar de sus ocurrencias y de su lado bromista, Charles debía de llevar años sometido a mucha tensión.

—Tony te mina la moral de tal manera que llegas a creer que no volverás a ser lo bastante bueno para trabajar con otra persona. Darte las gracias se me queda corto, Declan. ¿Crees que hay alguna posibilidad de que lo consigamos?

A Declan le tocó la fibra sensible que se hubiera incluido.

—Bueno, se dice que más vale malo conocido —dijo— que bueno por conocer. Aunque Tony se pasa de castaño oscuro, y nosotros estamos creando un equipo bastante sólido. Ahora bien, si te digo quiénes son, tienes que prometerme que cerrarás el pico, porque si se corre la voz antes de que se presenten las solicitudes, Tony le dará un lavado de cara a la licitación de Corinium y nos joderá la nuestra.

—Te lo juro por mi madre —respondió Charles enjugándose las lágrimas—. De hecho, la palabra de mi madre siempre iba a misa. Ojalá hubieras conocido a mi madre, Declan. Bueno, ¿hay alguien más en Corinium que quieras que tantee?

Declan le dijo que estaba interesado en el increíble Georgie Baines, el director de Ventas, y Seb Burrows, de la redacción.

—Muy buenas opciones —dijo Charles con aprobación—. Los dos son muy capaces. Seb está en serios problemas. Destapó una historia increíble sobre un veterinario corrupto que tramaba algo con uno de los amigos granjeros millonarios de Tony. Por desgracia, utilizó micrófonos ocultos y cámaras secretas sin autorización y, cuando Tony canceló el programa, Seb se lo entregó a la BBC. Ya estaría de patitas en la calle si no fuera el protegido de Cameron. No te interesa Cameron, ¿no? Está nominada a un BAFTA esta semana.

Declan sacudió frenéticamente la cabeza. Esperaba que Rupert se hubiera olvidado de ella.

Rupert llamó a Declan esa noche desde Londres.

—Necesitamos un buen jefe de Deportes. ¿Qué te parece Billy Lloyd-Foxe?

—Fantástico. No he escuchado nada más que cosas buenas de Billy —respondió Declan—. ¿Hablas tú con él?

Al día siguiente, Rupert se tomó una copa con su mejor amigo y antiguo compañero de salto de obstáculos. Billy, quien trabajaba para la BBC y andaba falto de dinero, se veía cansado y pálido. Su mujer, Janey, que era periodista, acababa de tener otro bebé y no dormían mucho por las noches. Prácticamente, se puso a dar saltos ante la propuesta de Rupert, sobre todo cuando le ofreció triplicar su salario.

—Tienes que regresar y vivir en Gloucestershire.

—Oblígame a lo contrario. Ya sabes que odio Londres. ¿Es posible que haya algo para Janey?

—Seguro que sí —respondió Rupert—. No me puedo creer que no hayamos pensado en ella antes. A la IBA le pirran las mujeres. Podría tener su propio programa. Esos de entrevistas que hizo para Yorkshire estuvieron estupendos. Dile que no escriba nada muy polémico en su columna hasta Navidad. No sabremos hasta diciembre si hemos conseguido la franquicia o no.

—¿Y mientras tanto qué pasa? —le preguntó Billy, que se sentía culpable de que Rupert le estuviera pidiendo copazos de whisky y él solo estuviera bebiendo Perrier—. Me encantaría unirme a Venturer, pero hasta que no podáis pagarme un sueldo y tengáis la franquicia asegurada, no puedo permitirme quedarme en bragas sin la BBC.

—No pasa nada —dijo Rupert—. Georgie Baines, Seb Burrows, Harold White y Charles Fairburn están en el mismo barco. Lo que pasa es que adjuntaremos una nota estrictamente confidencial a nuestra solicitud diciendo que hemos contratado a un jefe de Deportes, un director de Ventas, un controlador de Programas, etcétera, que tienen una gran experiencia, pero que, por cuestiones de seguridad, no podemos revelar sus nombres hasta que tengamos la entrevista con la IBA en noviembre.

—Cuánto secretismo —comentó Billy—. Debo decir que me parece muy divertido volver a trabajar juntos.

—Necesitamos más mujeres —anunció Declan—. Janey Lloyd-Foxe es estupenda y tiene mucho talento, pero no es muy importante, y la dama Enid es prácticamente un tío.

—Voy a intentar tantear a Cameron Cook. Estoy en ello —dijo Rupert, que ya había perdido casi cinco kilos y medio.

—No es seguro —gruñó Declan—. Nos delataría a Tony.

Freddie y Rupert consiguieron el dinero.

Rupert, entre sus agotadores compromisos laborales como ministro de Deportes, se reunió en varias ocasiones con Henriques Bros, del London Merchant Bank. Le costó horrores no beber y seguir la dieta con tantas comidas interminables fuera, pero al menos había tenido la mente despejada. Para la segunda semana de abril, había organizado un posible préstamo de siete millones de libras.

Las estrategias de Freddie fueron mucho más directas. Invitó a media docena de sus amigotes ricachones a almorzar en su sala de juntas y se llevó a Taggie a Londres para que se encargara de la comida. Con el solomillo Wellington sirvió un vino de Burdeos tan añejo y venerable que se produjo un minuto de silencio mientras se le daba el primer trago.

—Joder, qué bueno —comentó el director ejecutivo de Oxford Motors.

Freddie se echó hacia atrás en la silla, con los bucles dorado rojizos de punta y los ojos grises brillantes de felicidad.

—Solo puedo permitirme beber un vino así una vez al año —dijo —, pero me gustaría poder disfrutarlo a diario, y ahí es donde entráis vosotros, caballeros.

Para el final del almuerzo, tras haber soltado los nombres de Marti Gluckstein, Rupert y Declan en la mesa, Freddie iba por el buen camino para conseguir ocho millones.

Exultante, volvió a Gloucestershire en tren y, cuando vio a una señora rolliza caminando hacia la plataforma, reconoció a Lizzie Vereker y la condujo a un vagón de primera clase. No tardó en

descubrir que Lizzie compartía el mismo estado de euforia que él. Gracias a una nueva niñera maravillosa, que parecía inmune a los coqueteos de James, había acabado y entregado su nueva novela y a los editores les había encantado. Ella le dijo que lo quería invitar a un copazo por ese motivo, pero que no sabía si British Railways tenía Bacardí con Coca-Cola.

—Déjamelo a mí —respondió Freddie, y volvió con dos botellines de Moët—. ¿Qué tal está James? —le preguntó mientras el tren atravesaba zumbando Slough.

—Con los cables cruzados —respondió Lizzie—. La gente no para de llamarlo para pedirle el teléfono de casa de Declan porque quieren que se una a sus consorcios. ¿Has visto a Declan?

—No —mintió Freddie, y deseó no haber tenido que hacerlo. Fijándose en la redonda y sonriente cara de Lizzie y en su generosa delantera vestida con cachemira, Freddie no pudo evitar pensar que sería estupendo que Lizzie se uniera a Venturer. Tenía la cualidad de mantener a todo el mundo contento. Contaba con tres novelas en su haber y vivía en la zona. La acercó a su casa. Aunque los árboles todavía no tenían hojas, el ajo de oso y la berza de perro se extendían como una gran marea verde esmeralda por el suelo del bosque.

—Ay, me encanta la primavera —suspiró Lizzie—. Las campanillas saldrán enseguida. He estado fuera tan solo dos días y es como si te perdieras *EastEnders*; de pronto, descubres que la naturaleza ha seguido adelante sin ti.

—Sé que no debería preguntar —dijo Freddie cuando detuvo el Jaguar rojo frente a su casa—, pero ¿te gustaría almorzar conmigo un día?

—Sé que no debería aceptar —contestó Lizzie—, pero sí, por favor.

De camino a casa, Freddie se pasó por Priory y encontró a Declan y a Rupert en la biblioteca rodeados de cintas. Declan estaba ocupado escribiendo el apartado de la solicitud que destrozaría los programas de Corinium.

Rupert y él estaban viendo en ese momento una cinta de *Resumen de Cotswold*. Sarah estaba entrevistando a una señora mayor que no podía pagar la factura del gas y James estaba sentado en el sofá rosa con pinta de estar preocupado.

—Mira que es guapa —comentó Declan—. Sería estupenda si alguien se encargara de producirla bien. Necesitamos más mujeres.

—No, no, no —se opuso Rupert—. No tiene ni chicha ni limonada.

—¿Y qué os parece Lizzie Vereker? —preguntó Freddie, con la voz ronca.

—Buena idea —contestó Declan—. Escribe muy bien.

—Y es superadorable —añadió Rupert—. Seguro que eso cabrearía a James.

—Y vive en la zona —corearon los tres.

—La reclutaremos más adelante —propuso Declan—. Es muy cercana a Tony y no quiero que él se entere de lo que tramamos antes de presentar la solicitud.

26

El segundo lunes de abril, Ursula, que aún trabajaba para Declan aunque él no pudiera permitirse su sueldo, tuvo una comida con su antigua amiga Joyce Madden.

—Mira a ver si puedes averiguar dónde va a estar Tony la semana que viene —le había pedido Rupert por teléfono con anterioridad.

Ursula, a la que le encantaban las conspiraciones, volvió llena de entusiasmo tras haber almorzado y haberse bebido media botella de Sauternes y llamó a Rupert.

—Joyce me ha contado bajo la más estricta confidencialidad que Tony y Cameron se van de escapada a Madrid este fin de semana. Cameron va a coger el vuelo el viernes por la tarde. Como es evidente, quiere un poco de tranquilidad para perfeccionar la solicitud de Corinium antes de entregarla a la IBA. Tony va a dar una fiesta en Falconry el viernes por la noche porque ese fin de semana toca ir a Badminton y es una buenísima excusa para pedirles a sus amigos pijos que financien Corinium. Volará a Madrid el sábado al mediodía. Se van a quedar en el mismo hotel, y, el domingo por la noche, Cameron va a recoger un premio por *Cuatro hombres al grano*. Volverán el lunes en vuelos distintos.

—Bien hecho, eres una trabajadora buena y leal —dijo Rupert—. ¿Podrías no contarle nada de esto a Declan de momento?

Ese día, más tarde, Rupert fue a una recepción para dar la bienvenida a unos gimnastas rusos visitantes, durante la cual hicieron una demostración de sus habilidades. Al ver cómo hacían aquellas contorsiones tan graciosas en las barras paralelas y en la colchoneta, Rupert se preguntó si Cameron Cook sería igual de flexible y ágil en la cama. ¿Cómo coño iba a hacer que se quedara sola para atacar? Entonces, le llegó la inspiración. En cuanto terminó la fiesta, se dirigió a su coche oficial y llamó a su amigo, el apuesto duque, que vivía en Badminton.

—¿Puedes hacerme un favor muy grande?

—Depende de lo grande que sea —contestó el duque.

—Este fin de semana se queda la princesa en tu casa, ¿verdad?

—Sí.

—¿Podrías pedirle a Tony y Monica Baddingham que vayan a cenar el sábado por la noche?

—¿De verdad tengo que hacerlo? Monica me da igual, pero él es un engreído de mierda.

—Le rebajaré quinientas libras a la yegua irlandesa.

—Vale, está bien.

—Este fin de semana estaré fuera —avisó Rupert a Gerald Middleton a la mañana siguiente cuando estaban leyendo el periódico—. Me topé con el secretario de Estado de Escocia anoche y me recordó que el Hearts va a jugar en Madrid el sábado y que le parecía mal

que nadie de nuestro ministerio fuera a ir. —Gerald alzó una ceja—. Son el único equipo británico en la semifinal —dijo Rupert sin más.

—Se supone que usted tiene que presidir una reunión en Gloucester sobre la oposición de la autopista de Swindon a Gloucester el viernes por la noche —le comunicó Gerald, que no aprobaba que se faltara a una reunión.

—Ya lo sé. Llámalos y diles que lo siento mucho. Tienen todo mi apoyo, pero deberán buscarse a otro. ¿Y puedes comprarme unos regalos para las mujeres del embajador británico y del ministro de Deportes español?

—Espero que no se esté pasando —respondió Gerald en tono reprobador—. Ha perdido muchísimo peso últimamente. No se olvide de que tiene una segunda cita con el doctor Benson mañana.

Gerald estaba muy preocupado. Rupert había estado muy tenso en el último mes, lo que al principio podría achacarse a que no estaba bebiendo, pero ese fin de semana había estado de muy mal humor, y dos visitas al médico en tres días no auguraban nada bueno, sobre todo cuando Rupert se había acostado con cualquiera.

No obstante, Rupert llegó a Priory muy animado la tarde siguiente y se encontró a Declan aún rodeado de cintas y a Basil Baddingham sentado ante el extremo de su escritorio bebiendo un bloody mary y hablando de tácticas.

—Le estaba diciendo a Declan que os he encontrado un posible edificio por si Tony no os permite comprar los estudios actuales de Corinium —comentó Bas—. El Cotchester Hall va a salir al mercado en noviembre. ¿Por qué pareces tan satisfecho contigo mismo?

Rupert agitó un trozo de papel delante de ellos.

—Me he hecho una prueba de sida esta semana y estoy limpio.

—Joder —soltó Bas, examinándolo—. ¿Es que no hay justicia en este mundo?

—¿Cuánto tiempo han tardado en darte los resultados? —le preguntó Declan.

—Cuarenta y ocho horas —respondió él—, pero he tenido que sobornarlos.

—A mí me daría demasiado miedo ir —dijo Bas.

—He venido a contaros —comentó Rupert mientras recuperaba el papel— que voy a estar fuera este fin de semana.

—Pero tenemos nuestra primera reunión de Venturer el domingo —protestó Declan—. Todo el mundo va a venir, incluso Harold White y Marti Gluckstein.

—Joder, si no ha estado en el campo en su vida —soltó Rupert. Entonces, recordando al instante la casa que se suponía que tenía que comprarle a Marti, preguntó—: ¿Dónde la vais a celebrar? ¿En el Bar Sinister?

—Muy cerca de Tony —respondió Bas—. Freddie ha reservado un fantástico pub pequeñito en medio de Salisbury Plain que nadie conoce y que tiene una comida increíble. El dueño lo regenta solo por divertirse.

Declan aún lo estaba mirando con desaprobación.

—Tienes que estar allí. Las reuniones son fundamentales en esta etapa para fomentar el espíritu de equipo. Y todos aportaremos ideas.

—Ya sabes que a mí nunca se me ocurre nada —respondió Rupert.

—Creía que ibas a presidir la reunión de la autopista —comentó Bas.

—He tenido que cancelarla —contestó—. Si no dedico más tiempo a mi electorado que al negocio de Venturer, me van a echar.

—Burke solo hizo una visita a su electorado en seis años —apuntó Declan.

Rupert se echó a reír.

—Entonces, no era tan idiota.

—¿A dónde vas? —preguntó Bas.

—A Madrid a ver el fútbol.

—Los cojones —dijo Bas—. Estás tramando algo.

—Necesito un descanso —respondió Rupert—. Un hombre no puede alimentarse solo de pan, también necesita un bomboncito de vez en cuando.

Hay un momento todas las primaveras en el que incluso los más dedicados y adictos al trabajo se sienten abrumados por la inquietud y desean quitarse el sayo y pasear de la mano con un nuevo amor por el campo en flor. Cameron Cook no era la excepción. El tiempo de repente se había vuelto tan cálido mientras hacía la maleta para irse a Madrid el viernes por la noche que pudo pasearse desnuda por su dormitorio con el olor a hierba recién cortada que entraba por las ventanas abiertas de par en par. Los manzanos al final de su patio trasero aún no tenían hojas, pero la hierba alta alrededor de sus troncos nudosos y grises estaba llena de escilas azules brillantes, prímulas y narcisos. Al otro lado de la valla, dos ánades reales habían anidado en los juncos de las orillas de la vega y, a lo lejos, los sauces que se inclinaban sobre el río estaban rodeados de un verde muy pálido.

Aunque Cameron había leído que había una ola de calor en Madrid, no la iba a pillar desprevenida. Durante el mes anterior, se había pasado muchas horas en la tumbona, tostando su cuerpo para que adquiriera ese dorado oscuro uniforme que a Tony le encantaba. También estaba en muy buena forma; su entrenador del gimnasio le había dicho la noche anterior que, aparte del de unos cuantos atletas profesionales, su cuerpo era el más perfecto y tonificado con el que jamás había trabajado. Ella lo admiraba cada vez que pasaba por el espejo alargado. Aun así, justo el día de antes, Tony había minado su seguridad en sí misma una vez más.

Para discutir algún cambio en la escaleta, había entrado sin llamar en el vestuario de Sarah Stratton el día anterior por la tarde y se la encontró compartiendo una botella de champán con Tony. Sarah tenía el cabello recogido sin mucho adorno en unos rulos y estaba sentada con una combinación de seda gris paloma que mostraba su clavícula y que se le había subido hasta mostrar un trozo de piel entre la parte superior de sus bragas francesas de seda gris paloma y sus medias gris claro. En realidad, estaba perfectamente vestida, y Tony estaba apoyado contra la pared a casi dos metros de ella, pero notó algo raro en la manera en la que dejaron de hablar cuando Cameron entró. Por lo general, Cameron le habría gritado a Sarah por beber antes de un programa, pero no podía hacerlo si Tony se lo estaba consintiendo. En vez de eso, discutió con Tony después del trabajo.

Tony no se arrepentía de nada.

—Pobre Sarah, estaba un poco nerviosa por entrevistar al director de la Cámara de Comercio por si influía en la franquicia. Después de todo, son un grupo de interés importante. Me estaba pidiendo

consejo para seguir su mejor línea de interrogatorio. Su punto fuerte —prosiguió con una sonrisa malévola— es que no teme mostrarle a un hombre su vulnerabilidad, y además es muy femenina.

—Y supongo que yo no, ¿no?

Tony se encogió de hombros y le revolvió el pelo de punta.

—Nadie podría decir que eres femenina, cariño.

Así que esa mañana, furiosa, Cameron, que nunca había llevado picardías ni nada debajo de la ropa más allá de unas bragas de biquini diminutas, fue a gastarse una fortuna en ropa interior, batines y saltos de cama a juego.

Su autoestima se había minado de forma sutil últimamente. Por irónico que pareciese, desde que Tony la había hecho controladora de Programas, un puesto que había deseado alcanzar desde hacía mucho, se había vuelto menos segura, pues se pasaba muchísimo tiempo en reuniones y cada vez se dedicaba menos a aquello que de verdad se le daba bien: hacer programas. Todos los premios que ahora estaba ganando eran del trabajo que había desempeñado el año anterior. La nueva temporada de *Cuatro hombres al grano*, que comenzaba la semana siguiente, sería en gran parte producida, dirigida y reescrita por otra gente. Al haber llegado a lo más alto, se había percatado, como muchos hombres ya se habían dado cuenta antes que ella, de que la vista desde ahí no era muy buena, de hecho, era bastante aterradora. Además, era consciente de que estaba espantando a los hombres al exhibir sus músculos en la oficina, en la cama o en el gimnasio. En los últimos tres años, Patrick y Tony eran los únicos que se habían enamorado de ella, y Tony ya estaba dando señales de que empezaba a aburrirse.

Fuera, en la vega y los alrededores de la catedral, pudo ver a trabajadores de oficina en mangas de camisa y vestidos de algodón, seguro que muchos de ellos de Corinium, escabulléndose para almorzar temprano, paseando agarrados del brazo, llevando botellas para bebérselas debajo de los sauces.

Echó un vistazo a su cama, a los símbolos de estatus esparcidos con un caos absurdamente caro: los zapatos de Charles Jourdan, los pañuelos de Hermes, la Filofax, las gafas Rayban, el enorme Rolex, el vestido Jasper Conran azul marino con la espalda descubierta para la presentación del domingo por la noche. ¿Para qué servían todos esos adornos espiralistas si no tenía a nadie con quien compartirlos? Sintió esa desesperación todo el camino hasta Madrid.

No obstante, allí, con la limusina negra que había ido a recogerla al aeropuerto y el esplendor de su magnífica suite en un hotel que habían pagado las autoridades de la televisión española, poco a poco fue sintiéndose mejor.

Había dos dormitorios en la suite, cada uno con dos camas, un salón enorme lleno de antigüedades e iluminado por unas lámparas de araña gigantes, un baño inmenso con papel higiénico suave y rugoso, un secador de pelo y dos albornoces blancos preciosos. Había una botella de champán en una cubitera con hielo y una cesta enorme de fruta con granadas, caquis y manzanas tan grandes como pomelos. En los cuencos, había claveles rosas flotando en agua para enjuagarse los dedos, flores en todas las habitaciones a juego con las paredes rosa claro y bandejas plateadas con bombones. Y eso solo en su suite. La de Tony, que era la de al lado, era idéntica.

—*Tra lara larí, el plutócrata es para mí* —cantó Cameron, devorando una bandeja de bombones. Luego se comenzó a preocupar por los granos. Sería mejor que parase.

También había teléfonos por todas partes, incluso en la ducha. Tony estaría ahora mismo paseándose por su fiesta de cóctel. Se sobresaltó de mala manera al volver a pensar que nadie más en el mundo querría que ella lo llamase, solo Patrick, y no sabía dónde estaba.

Se acercó al balcón y vio que había un pequeño restaurante en un jardín debajo con una cabañita, limoneros iluminados con focos y un césped con una fuente. Las mesas estaban repletas de hombres guapos con aspecto de halcones y el pelo negro y liso, y mujeres preciosas con trajes con muchas hombreras que no paraban de charlar y se lo estaban pasando fenomenal.

Al volver al salón para comerse una granada, se dio cuenta de que había un grabado del Juicio de Paris en la pared. Hera y Atenea, ambas totalmente vestidas, estaban mirando furiosas cómo a Afrodita, a la que se le podía ver un tobillo y un pecho, le daban una manzana como premio. Afrodita se parecía a Sarah Stratton. Cameron le dio la vuelta al cuadro. Debió de ser el cansancio lo que de pronto la había hecho sentirse tan deprimida. Ni siquiera se molestó en cenar, se tomó dos pastillas para dormir y cayó rendida.

Se levantó temprano, pasó dos horas trabajando en los ángulos de cámara para la primera parte de *Cuatro hombres al grano* y, a continuación, se pasó el resto de la mañana trabajando en la solicitud de Corinium. Madre de Dios, qué rimbombante era, más que *Lo que el viento se llevó* y muchísimo menos legible: todos esos puntos escritos con promesas de dar trabajo a productoras

independientes y crear talleres audiovisuales o con subvenciones a compañías de teatro itinerantes y orquestas de jóvenes. También había un montón de chorradas sobre la implicación en las bases y los sistemas de participación de los trabajadores. Se proporcionaban algunas cifras, pero apenas se hablaba de beneficios.

Incapaz de seguir con ella, Cameron comió en el hotel, se paseó por Madrid, que parecía estar abarrotado de hinchas del equipo de fútbol escocés, y después se pasó dos horas restaurando su cordura admirando los cuadros de Goya y el Greco en el Prado. Cuando entró en su suite, estaba sonando el teléfono. Era Joyce Madden.

—Lord B. lo siente mucho. —Cameron podía notar que Madden no —. Ha estado intentando ponerse en contacto contigo toda la tarde. Siente no poder ir a los premios. Le ha surgido algo de improviso. El duque le ha pedido que cene en Badminton esta noche. Ha dicho que no podía negarse, sobre todo el año de la franquicia. ¿Hola? ¿Hola? —Cameron había colgado.

Se puso tan furiosa que se comió todos los bombones de la bandeja de plata. ¿Cómo se atrevía el muy cabrón? La había dejado tirada por una puta cena. Vaya pedazo de follafamosas.

Justo en ese momento, llamaron a la puerta y entró un empleado del hotel con un ramo enorme de rosas.

«Siento no haber podido ir, querida», decía la nota. «Buena suerte mañana. Con amor, Tony».

Cameron estaba tan enfadada que salió, tiró las flores por el balcón y se quedó mirando cómo caían dando vueltas hasta que llegaron a una turba de fanáticos que daban vítores.

—Cabrón, hijo de puta, gilipollas —gritó Cameron con todas sus fuerzas, luego, se tiró un gran pedo, que parecía ser la única forma

de demostrar su enorme desprecio hacia Tony.

—Sssh —soltó una voz—, estás asustando a las palomas.

Cameron se dio media vuelta y se le escapó un grito ahogado de bochorno absoluto.

Pues allí, riéndose a carcajadas desde el balcón de al lado, con el rostro tan bronceado como el vaso de whisky que tenía en la mano, se encontraba Rupert reclinado.

—¿Qué estás haciendo aquí? —murmuró Cameron.

—Ver al Hearts ganar un partido de fútbol. Nunca pensé que me hospedaría aquí, pero hubo una cancelación de última hora de un tal señor Smith. —Sonrió con malicia—. Qué agradable coincidencia encontrarte aquí. ¿Por qué estás de tan mal humor?

—Siempre estoy malhumorada. La televisión no habla en inglés.

—¿Esperabas algún invitado?

—Ya no.

—Así pues, ¿el ramo que has lanzado a las masas como si de una bomba se tratara era una ofrenda de paz del barón zalamero?

—Joder, qué perspicaz eres —contestó Cameron enfurruñada. Entonces, la venganza se antepuso al orgullo—. Madden acaba de llamarme para decirme que no iba a poder venir. Lo han invitado a cenar en Badminton.

—Es probable que sea verdad —respondió Rupert—. Sé que hay una cena esta noche allí y que va a ir la princesa. Vamos a tomarnos algo. ¿En tu habitación o en la mía?

—En la mía —replicó ella—. Dame media hora para que me duche y me vista.

—Yo no me preocuparía. Ya vas demasiado arreglada así.

Todo iba muy rápido para ella. ¿Qué coño hacía Rupert allí? No podía ser una coincidencia. Era el mayor libertino del mundo. No dejaba títere sin cabeza. Entonces ¿por qué se sentía tan eufórica mientras se lavaba las orejas cuando ya lo había hecho esa misma mañana, se recortaba el monte de Venus y se echaba Fracas en el vientre y la parte interior de los muslos? Su ropa interior nueva de satén melocotón parecía estar acariciándola con anticipación cuando se la puso. Por una vez, no necesitó colorete, sino que el brillo le vino de dentro. Para finalizar, se puso una túnica de un color albaricoque claro que era muy recatada y ceñida al tener todos los botones abrochados, pero que le hacía unas piernas kilométricas porque el bajo le quedaba quince centímetros por encima de las rodillas.

Todos los hombres poderosos eran atractivos, pero los que eran poderosos y amables a la vez eran irresistibles. Por una vez, Rupert parecía haber dejado atrás sus chascarrillos e insinuaciones sexuales. Parecía muy muy interesado en su carrera profesional, en los planes de programas de Corinium y en cómo estaban enfocando su solicitud para la franquicia. También estaba muy bien informado, por increíble que pareciese. Ella siempre había pensado que solo le interesaban el deporte y el sexo.

Cameron se lo estaba pasando tan bien que no se percató de que se había bebido casi una botella de champán y de que Rupert apenas había tocado su vaso de whisky. Al igual que en la regata, que se solía ganar en los dos primeros minutos porque una tripulación se adelantaba y aprovechaba que el agua está más calmada, él consiguió conquistar a Cameron en la primera hora, cuando estaba con la guardia baja y se sentía herida y vulnerable porque Tony la había dejado tirada. Cuando Rupert se levantó para

volver a llenarle la copa, señaló una pila de papel que había en el escritorio.

—¿Qué estás haciendo?

—Trabajar en la solicitud final.

—¿Hay alguien licitando contra vosotros? —le preguntó él como si nada.

—Tony ha descubierto que hay un grupo de empresarios en Bristol que se hacen llamar Mid-West que lo van a intentar. Sostienen que estamos muy centrados en Cotchester, pero no creo que sean gran cosa.

«Entonces, seremos tres competidores», pensó Rupert mientras reflexionaba sobre que, con las maravillosas piernas que tenía Cameron Cook, espiarla no le estaba costando nada.

—¿A Tony le preocupa? —preguntó.

—Qué va, pero no podemos permitirnos el lujo de dormirnos en los laureles. En el sur, perdieron sus franquicias en 1980 y no parece que fuera porque hicieran nada malo. La IBA tiene que hacer algunos cambios para que se note que están haciendo bien su trabajo.

—¿Y Declan? Tony se ha quedado con un puesto vacante. ¿Cómo lo va a reemplazar?

—No lo sé. Aunque Declan le costó a Tony mucho y acabó enfrentándose a él. Tony no soporta no poder intimidar a la gente. Está mucho menos tenso desde que Declan dimitió, pero necesita reemplazarlo. Imagino que robará a alguna persona famosa de delante de las cámaras en las próximas semanas para distraer a la gente de la marcha de Declan. Los medios de comunicación siguen husmeando aún.

—¿Tienes alguna idea de quién puede ser? —le preguntó él.

—No. A Tony le encanta rodearse de un aura de misterio.

—¿Y te está gustando ser controladora de Programas?

Cameron se encogió de hombros.

—No tanto como esperaba. Es mucho engorro. La administración me aburre muchísimo. Odio que se me ocurran nuevas ideas brillantes y que la gente las destroce enseguida. La semana pasada tuve que despedir a cuatro personas. ¿Alguna vez lo has hecho?

—Con bastante frecuencia —respondió él. «Joder», pensó mientras ella seguía hablando hasta por los codos. «Su boca parece una aspiradora. Podría usarla para desatascar mis desagües»—. Deberías dejarlo —dijo cuando al fin ella se detuvo para cobrar aliento—. Cualquiera de las otras empresas de televisión te contrataría.

Cameron observó la voluminosa solicitud que había sobre el escritorio.

—Me encantaría ver cómo Corinium mantiene la franquicia. Puede que comience a buscar algo en otoño, aunque no sé por qué aguanto a ese cabrón. ¿Es normal que te inviten a cenar con la realeza en el último momento?

—No —respondió Rupert.

—Entonces, Tony debería haber sabido lo de la cena desde hace siglos y no ha tenido los cojones de contarme que no iba a venir.

—Es probable que no quisiera que tú hicieras otros planes —comentó Rupert, vaciando la botella en la copa de Cameron.

Era lo bastante perspicaz como para haberse dado cuenta de que Cameron, tras haber estado a dieta a base de Tony durante tres años y de que él hubiera hecho alarde de ella en el trabajo y en

algún viajecito ocasional al extranjero, pero habiendo sido excluida de cualquier otra cosa sin compasión, echaba de menos una vida social legítima. Se puso de pie.

—Bueno, gracias por la copa. Voy a salir a cenar.

La felicidad de Cameron mermó.

—Adiós —respondió con frialdad, contemplando los plátanos de sombra en la plaza, que se estaban volviendo rosas con el atardecer —. Bueno, vamos, vete —soltó unos segundos después.

—Deja de enfurruñarte —contestó Rupert—. Tú también estás invitada.

—¿A un restaurante?

—No, a una casa particular.

—No querrán que vaya.

—Sí que querrán. Nicky y Mary. Te caerán genial. Voy a ponerme una corbata.

En la habitación de al lado, Rupert se sacó del bolsillo superior una grabadora del ancho y alto de medio lápiz, le quitó la cinta y la metió en un compartimento secreto al fondo de su maletín. Habría demasiado ruido en la cena para aislar algo interesante.

Nicky y Mary resultaron ser el embajador británico y su preciosa mujer, que habían tenido un éxito rotundo en Madrid. Vivían en una casa deslumbrante a unos cuantos kilómetros del centro de la ciudad, y la cena iba a ser tan ostentosa como la que Tony y Monica estaban disfrutando en Inglaterra, pero todo el mundo era tan simpático y agradable y estaba tan enterado de que Cameron había ido a Madrid a recoger un premio que ella se sintió al instante como en casa.

Mary, que había conocido a Rupert en pleno apogeo de su carrera como saltador de obstáculos, era tan buena amiga que no le molestó que él alterase por completo al llevar a otra invitada el rígido protocolo que se solía dar en estos círculos diplomáticos, aunque eso supusiera trastocar la disposición de los asientos en el último momento. En la cena, Cameron se sentó entre el embajador italiano y un duque español que hablaban un inglés perfecto. Los cotilleos sobre la realeza, la política y la alta sociedad fueron increíbles, pero parecía haber una norma general de que nada saliera de esa fiesta.

Mientras Cameron se comía los raviolis rellenos de vieiras y langostas más deliciosos que hubiera probado nunca, el duque español, que tenía el pelo color ébano peinado hacia atrás y los ojos caídos, habló de cómo era el carácter de los españoles.

—Como pueblo, estamos obsesionados con la muerte, pero nos da igual mientras se adopte la actitud correcta. Mirad lo que le importa a un torero su propia vida. La vida debe vivirse en el momento presente, no hay que dedicarse a trabajar para alcanzar una realización en un futuro lejano.

Cameron miró a Rupert, que estaba sentado al otro extremo de la mesa, riéndose con su hermosa anfitriona.

El duque, leyéndole la mente, prosiguió:

—Rupert, en algunos aspectos, es muy español: muy valiente, muy macho y muy triste en el fondo.

—¿Triste? —repitió Cameron asombrada—. ¿Rupert?

El duque asintió.

—¿Nunca lo viste en la pista cuando practicaba salto de obstáculos? Era maravilloso. Tenía toda la gracia, el coraje y la

aparente sencillez del torero. Debió de haber sido horrible para él dejarlo. Creí que se daría a la bebida o a las mujeres hasta morir.

—Ha tenido mucho éxito como ministro de Deportes —respondió Cameron.

—Si no tuviera éxito en algo, tendría el orgullo herido, pero sigue sin sentirse realizado, y si los conservadores pierden las elecciones, como todo el mundo cree que harán, se quedará sin trabajo. Necesita un gran amor en su vida. Espero que tú lo seas. —Alzó una copa hacia ella.

—¿Cómo era su mujer?

El duque le dio un beso a sus dedos juntos en un puño.

—Preciosa, pero bastante errada, descarada y nada interesada en él, solo en lo que ella creía que podría llegar a ser. No puedes cambiar a Rupert, solo lo puedes hacer sentirse más seguro.

Con el cochinillo, todo el mundo se giró para hablar con la persona a su izquierda.

—Rupert es un suertudo —dijo el embajador italiano—. Siempre se lleva a las mujeres más guapas, pero rara vez a las más listas. Creo que vas a Roma el mes que viene a por otro premio, ¿no?

«Me estoy divirtiendo», pensó Cameron sorprendida. «Tony prácticamente me ha tenido cautiva durante tres años. Por primera vez desde la Nochevieja con Patrick, me estoy divirtiendo de verdad».

Rupert la llevó al hotel justo antes de medianoche. Se sentaron cada uno en un lado de la parte de atrás del coche de la embajada y él no intentó tocarla de ninguna forma. En la oscuridad, Cameron pudo verle el perfil, también bastante español con su abundante cabellera peinada hacia atrás y la frente descendiendo recta hasta la

nariz. La única exuberancia en una cara tan plana eran aquellos malvados ojos azules alargados que ella no podía ver en la oscuridad y su carnoso labio inferior. «Quiero acostarme con él», pensó sin remedio. «Quiero ser la mujer con la que alcance la plenitud».

A su izquierda, había un montón de aficionados al fútbol escoceses salpicando agua en una fuente. Encima de ellos, se alzaba la estatua de Cristóbal Colón.

—¿Podemos bajarnos para verla? —preguntó Cameron—. Es el que descubrió América después de todo.

Al bajarse, el pelo de Rupert brilló bajo la luz de la luna.

—Rupert —gritó uno de los aficionados escoceses—. Mirad, es Rupert.

—No, muchas gracias —soltó Rupert, empujando a Cameron para que volviera a meterse en el coche.

Furiosa consigo misma por desearlo tantísimo, Cameron solo habló con monosílabos todo el camino hasta el hotel. Ignoró totalmente a los dos empleados sonrientes que dieron un paso al frente para activarle la puerta giratoria y entró disparada en el ascensor. En un espacio tan reducido, nadie pensaría que uno pudiese estar tan alejado de otro, pero Cameron sintió que el ombligo le estaba tocando la columna vertebral. Al salir del ascensor, echó a correr por la moqueta estampada, pero luego se dio cuenta de que había ido en la dirección errónea y tuvo que volver sobre sus pasos. ¿Qué cojones le pasaba, a ella, la controladora de Programas, la megagalardonada, una mujer de provecho, para estar agitándose como un mirlo atrapado en una malla para pájaros?

—Estoy reventada —dijo con una voz demasiado alegre—. Muchas gracias —murmuró en el quicio de la puerta antes de atravesarla

corriendo en cuanto Rupert se la abrió.

Él no intentó detenerla.

—Buenas noches —dijo Rupert bostezando—. Que duermas bien.

Sola en su descomunal suite, Cameron casi entró en órbita por la frustración. Pudo observar en el espejo cómo le brillaban los ojos febriles, cómo respiraba de manera muy entrecortada y cómo se le notaban los pezones a través del vestido albaricoque como si fueran dedales. Casi esperó poder notar el pulso entre las piernas.

No estaba lejos cumplir treinta años. Igual estaba perdiendo su esencia y Rupert no quería en realidad acostarse con ella. No podía soportarlo. Arrancándose el vestido y la sugerente ropa interior de satén que él no había visto, se metió en el baño y abrió el agua fría de la ducha, dejando que el chorro helado se llevara todo el Fracas, la crema, el gel y, con suerte, el deseo. Había abierto el grifo con tanta fuerza que tardó unos segundos en darse cuenta de que el teléfono estaba sonando. Sin lugar a dudas, sería Tony marcando su territorio, así que dejó que sonara para preocuparlo. Después de dos minutos, lo cogió.

—No sé por qué Cristóbal Colón tiene que tener el monopolio —dijo una ligera voz entrecortada arrastrando las palabras—. Yo también quiero descubrir América.

Cameron se apoyó contra la pared, sintiéndose llena de alivio.

—Cameron.

—¿Qué?

—¿A quién queremos engañar?

—No quiero que me hagan daño ni contraer el sida.

—No lo harás —contestó Rupert triunfante—. La semana pasada me hice una prueba. Estoy tan limpio como uno de los escaparates de Valerie Jones. Tengo un certificado que lo demuestra.

—Me extraña que no hayas distribuido millones de copias a cuenta del Ministerio de Deportes —dijo Cameron— y se las hayas pasado a todos los partidos interesados.

—No seas tan cabrona. ¿Y tú qué?

—Yo me hice una revisión médica el mes pasado.

—Tony te debería haber vuelto a pedir cita para otra desde entonces. De él se pueden pillar cosas peores que el sida. Bueno, ¿voy a tener que saltar por el balcón como Tarzán o vas a dejarme entrar?

Rupert se había cepillado los dientes y todavía llevaba la camisa azul de rayas y los pantalones de traje. Sin el camuflaje de su chaqueta, Cameron pudo apreciar lo bien proporcionado que estaba: ancho de hombros y delgado y estilizado de todo lo demás. «El malvado de oro», pensó. Cuando él se acercó, ella apretó aún más la toalla a su alrededor, pareciendo muy joven y vulnerable con el cabello liso y húmedo de la ducha, como un perro guardián al que habían pillado con el pelo aplastado en lugar de erizado, algo del todo inusual.

—Hoy en día, todo el mundo quiere un cortejo prolongado —balbuceó ella—. No quiero que pienses que soy fácil.

—No lo hago. —Con mucha delicadeza, Rupert le quitó el enorme Rolex que se le había olvidado a ella quitarse en la ducha—. Pero quiero ver si tu coño también es de lujo.

Él ahogó la respuesta de ella con un beso, y la toalla se deslizó hasta el suelo.

Más tarde, pensó que le había venido muy bien perder todo ese peso y haber salido a correr durante una hora todas las mañanas, de lo contrario, no habría podido aguantar el ritmo. Cameron era como una anguila eléctrica, conocía todas las variantes sexuales de manual, podía ponerse de cualquier postura y le daba órdenes como si fuera una sargenta mayor.

—Eres increíble —murmuró él a la parte de atrás de su cabeza—. Harías que una cerilla pareciera un puro.

—Necesito un poco más de estimulación en el clítoris —pidió Cameron.

Rupert obedeció.

—En Inglaterra, lo pronunciamos distinto.

—Pues se pronuncia así, y con suavidad, por favor.

Después de follar bastante durante dos horas en ambos dormitorios, en el sofá del salón, bajo la ducha y mirándose en todos los espejos, se desplomaron en la moqueta y Rupert fue a por la cuarta y, bajo su punto de vista, última ronda.

—Yo todavía no me he corrido —le susurró Cameron en el oído.

Rupert se quedó atónito.

—Joder, ¿qué es lo que he hecho mal?

—Nada. Es el mejor primer polvo que he tenido nunca, pero supongo que estoy demasiado tensa y cabreada.

—Bueno, pues no voy a bajarme de este barco hasta que lo hagas, así que deberías relajarte y dejar de cabrearte también.

Serpenteando hacia abajo, le abrió la vagina empapada.

—Después de todo, soy miembro del partido de los *clitories* —dijo en un tono amortiguado.

27

Cameron se despertó la primera, estiró el brazo y se percató de que no estaba con Tony. Rupert tenía una erección descomunal, tan parecida a un misil de crucero que Cameron casi esperaba ver a un montón de mujeres de Greenham conglomeradas en torno a la cama con cara de desaprobación y ondeando pancartas contra el desarme nuclear. Se levantó y corrió un poco las cortinas. Desde luego, Rupert era el hombre más guapo con el que se había acostado y, a pesar de las pullitas que ella le había soltado, el mejor en la cama. En cuanto dejó que asumiera el control la noche anterior, todo había ido como la seda. También se había dado cuenta de que, en un intervalo de catorce horas, se había vuelto una persona distinta. Había estado dependiendo de Tony por cuestiones de seguridad, pero nunca había sido feliz. Por primera vez en su vida, estaba enamorada, y eso le daba muchísimo miedo.

El sonido del teléfono despertó a Rupert. Era Tony, que se mostraba muy zalamero y la llamaba desde el coche, por lo que la cobertura no era muy buena. Eso le vino muy bien cuando Rupert empezó a besarla en todo su centro y la distrajo de tal manera que no fue capaz de recordar nada funcional, como por ejemplo a qué

hora eran los premios o cuándo debía coger el avión al día siguiente, o concentrarse en los comentarios ingeniosos que Tony le había hecho a la princesa.

—Es Tony —escribió ella agitada en el bloc de notas del teléfono.

—¿Y? —escribió a su vez Rupert.

—Perdona —dijo Cameron con la voz entrecortada—. He estado trabajando hasta tarde en la solicitud.

—¿Cómo va?

—Muy bien —aulló Cameron cuando Rupert, con una sonrisa de oreja a oreja, le introdujo el misil—. Mira, debo colgar, tengo que irme a Toledo. Te llamaré antes de salir mañana. Eres insoportable —le chilló a Rupert en cuanto colgó el teléfono.

—¿Qué tal fue la cena?

Cameron hizo un mohín.

—Ha dicho que solo había aceptado porque creía que el duque necesitaba su apoyo, ya que siempre era un poco estresante entretener a la realeza.

Rupert tuvo que enterrar la cara en su cuello para no echarse a reír.

Después, quiso dormirse, pero Cameron, que creía que no se debía desaprovechar el tiempo en un país extranjero, cometió el error de llevárselo a Toledo.

—Estás entrando en la capital del imperio —leyó ella en una señal grande cuando atravesaron las viejas puertas de la ciudad con el coche.

—Se me ocurren otras cosas en las que preferiría entrar —comentó Rupert melancólico—. Nada que ver con el país de Cyril

Smith —continuó mientras el coche oficial avanzaba con cautela por las estrechas calles, donde las flores de las jardineras a ambos lados parecían inclinarse para besarse bajo una pequeña franja de cielo azul.

Cameron esperaba que a Rupert le gustara la catedral, pero pronto se desvanecieron sus esperanzas, pues pasó zumbando por delante de las deslumbrantes vidrieras, los pilares esculpidos y los impresionantes cuadros como si estuviera cabalgando contrarreloj. Un Borja de Velázquez le recordó a Tony. Después de contemplar una Virgen con un niño de Rubens unos tres segundos, comentó que deberían ponerse a dieta. Los del Greco lo acabaron de rematar porque todos le recordaban al marido de su exmujer, Malise Gordon.

Justo entrando a la catedral había una tienda de regalos con reliquias religiosas y postales, pero también con navajas automáticas, espadas, pistolas, aplastapulgares y potros. Cameron se preguntó si aquello sería un símbolo de la tortura a la que Rupert iba a someterla. Para animarlo, ella insistió en ir a un bar cercano a por unas margaritas. Rupert declaró que estaban completamente asquerosas: agua salada con más agua salada. Pensó con amargura que los demás estarían en la primera comida de Venturer en Salisbury Plain emborrachándose y pasándoselo bien, y deseó haber estado allí también.

Cuando se marcharon de Toledo, Cameron se acordó de repente de Patrick con nostalgia y pensó en lo mucho que le habría gustado haber paseado por la ciudad y la catedral.

—¿Podemos subir a la parte más alta para ver las vistas? —le preguntó al conductor.

La dejaron sin aliento. Toledo entera se extendía por la ladera: casitas, palacios e iglesias blanqueados y cocidos durante siglos por el sol abrasador hasta los más claros terracotas, ruanos, corales y ocres, con algún que otro ciprés verdinegro que le daba una nota de contraste. A la derecha, fluía el Tajo, como un cristal verde oscuro, que se convertía en una corriente de agua espumosa cuando bajaba y luego volvía a quedarse quieto, como si alguien le hubiera añadido gelatina.

—Joder, me encantaría traer a un equipo de grabación aquí —comentó Cameron. Después, miró a Rupert, que permanecía tan impasible y frío como la corriente verde oscura.

«Lo he perdido, tenía que haberlo dejado dormir», pensó con desconsuelo.

Pero cuando condujeron de vuelta a Madrid, él pasó la mano por la parte trasera del asiento de ella y le tocó de pronto el pelo. Era como si le hubiera cortado las cuerdas y la hubiera sacado de las vías del tren mientras el expreso avanzaba a toda velocidad hacia ella.

Cameron se derritió contra él.

—¿Qué pasa?

—Lo siento.

—¿No te gusta la cultura?

—No mucho. Ya he pasado por esto, y odio sentirme atrapado. La primera vez que Helen y yo vinimos a Madrid, ella se fue por su cuenta a Toledo y no paraba de hablar y hablar y hablar de ello. Hasta recuerdo que hizo que Malise se ruborizara cuando le dijo que se parecía un montón a El Greco. Le encantaba hacer turismo. Me

temo que las cosas que me disgustaban de ella no me gustan más en otras personas.

—Pero no puedes pretender que la gente haga siempre lo que tú quieras.

—No, pero si quieren hacer algo, preferiría que se fueran y lo hicieran solos y no estuvieran después todo el rato parloteando del tema.

—¿Qué es lo que hacías mientras ella se iba de turismo?

—Salto de obstáculos —respondió Rupert.

Cuando regresaron a la habitación, hicieron el amor de nuevo con menos energía pero con más ternura.

—¿Puedo bajar? —dijo Cameron al final mientras se sentaba a horcajadas sobre él.

—Puedes bajar —dijo Rupert citando a su vieja niñera—, pero que debas o no es otra historia.

Cameron le acarició la mejilla.

—¿Me vas a acompañar esta noche?

Rupert negó con la cabeza.

—No es seguro. Habrá demasiada prensa.

A pesar de no haber dormido, Cameron estaba tan seductora con su nuevo vestido azul martín pescador con la espalda al aire que Rupert estuvo a punto de arrastrarla a la cama otra vez.

—Ajá. —Cameron se quitó de en medio—. Me subiré al escenario tambaleándome como John Wayne. Espero no quedarme dormida con los discursos.

En cuanto llegó a la recepción, se dio cuenta de que había hecho bien al haber ido sola. Allí estaba Ivor Hicks, el responsable de desarrollo corporativo de Corinium, hablando con una mujer española con pinta de dura. También reconoció a gente de Granada y de la TVS y a uno de los seguidores de Robert Maxwell.

—¿Qué coño haces aquí? —le susurró a Ivor.

—Tony está interesado en invertir en la televisión española —respondió Ivor—. El Gobierno de aquí va a crear tres canales nuevos. Tony quiere el veinticinco por ciento de uno de ellos. Maxwell, Granada y la TVS están detrás de lo mismo.

Cameron suspiró.

—Eso significa menos dinero para programas.

—Pero más seguridad para Tony por si pierde la franquicia —repuso Ivor—. Hace bien en diversificar.

Rupert le concedió a Cameron media hora. A continuación, cuando vio por la televisión que se disponía a cenar, registró su agenda con minuciosidad mientras le dictaba a la grabadora las próximas reuniones que tenía ella y otras muchas de Tony que tenía apuntadas. Después abrió el maletín y sacó la solicitud de Corinium. Abultaba mucho, como cuando metió de contrabando *El amante de lady Chatterley* estando en el colegio.

Al principio, el bomboncito de recepción le dijo a Rupert que la oficina estaba cerrada y que no había forma de fotocopiar la solicitud, pero los huéspedes españoles no solían tener el pelo tan rubio, los ojos tan azules ni los dientes tan perfectos, ni tampoco agitaban tantos miles y miles de pesetas en sus narices, así que la chica le dijo que vería lo que podía hacer. Tendría que hacerlo a

escondidas, por lo que podría tardar un poco porque el director estaba por allí. Llamaría a la habitación de Rupert en cuanto hubiera acabado. Sudando, subió las escaleras y se puso a dar vueltas arriba y abajo mientras bebía whisky. En la televisión, los premios estaban en marcha. Las estrellas subían al escenario enjugándose las lágrimas y les daban las gracias a todos los miembros del equipo y a cada madre y padre por la ayuda prestada. ¿Y si Cameron hubiese subido ya y, presa de la lujuria, se había ido corriendo para estar con él?

Bajó otra vez las escaleras y se encontró con la recepcionista, que estaba muy nerviosa, pero ya tenía la copia lista. Hasta que no volvió a la habitación, no se dio cuenta de que la muy estúpida lo había desordenado todo, los apartados de *Master Dog* y *La paloma Pamela* no iban seguidos y el programa de la tarde de James Vereker estaba en mitad de las especificaciones técnicas. Fue una larga y tediosa tarea ordenarlo todo de nuevo, y, aun así, Rupert no estaba completamente seguro de haberlo hecho bien. Por tercera vez, se dio prisa en grapar los distintos apartados.

Justo estaba volviendo a subir en el ascensor cuando vio que Cameron entraba por las puertas giratorias. Presionó el botón, subió a la séptima planta y fue corriendo a la habitación de Cameron, que se había dejado abierta con las prisas porque no tenía llave, y le dio dos vueltas al pestillo cuando la cerró.

Con las manos temblorosas, volvió a guardar el original en el maletín con la esperanza de dejarlo como estaba, lo cerró y se metió las páginas fotocopiadas en la chaqueta bajo el brazo. Al instante siguiente, alguien llamó de forma apresurada a la puerta.

—Abre, Rupert —dijo Cameron.

Haciendo como que se restregaba los ojos por el sueño, Rupert abrió la puerta.

—Perdona, cariño, no quería que me molestaran las camareras cuando vinieran a cambiar las camas y dejar los chocolates. ¿Qué tal ha ido?

—Horroroso —contestó Cameron—. Nunca jamás volveré a ser una borde con la gente delante de las cámaras. ¿He estado muy mal cuando me he quedado en blanco?

—Has estado adorable —mintió Rupert—, y a todos les ha encantado que hayas intentado hablar en español.

Por suerte, Cameron iba un poco piripi.

—¿Has comido? —le preguntó ella.

—No tenía hambre —respondió Rupert acercándose a la puerta mientras se alejaba de ella—. De hecho, tengo un dolor de cabeza tremendo.

—Tengo paracetamol —dijo Cameron volviéndose hacia su maletín.

—Yo tengo algo aún más fuerte en la habitación de al lado —se apresuró a responder Rupert—. Ahora mismo vuelvo.

En su suite, a Rupert casi le da un ataque. Nunca se había puesto tan nervioso antes cuando practicaba el salto de obstáculos o se tiraba a las mujeres de otros. Con las manos temblorosas y sudadas, metió la copia de la solicitud en el compartimento secreto de su maletín.

Cameron se había quitado los zapatos y estaba tumbada en la cama bebiendo vino blanco cuando él regresó.

—Menos mal que no has venido —comentó ella—. Había mucha gente que te habría reconocido. He cogido un *The Sunday Times*.

—Gracias.

Rupert se fue directamente a la sección de deportes, y Cameron se dio cuenta de cómo se le borraba la sonrisa de la cara.

—¡Hostia puta! —Él volvió a mirar la portada.

—¿Qué pasa?

—Ha habido disturbios en las semifinales de la Copa de Inglaterra —chilló—. Bombas de gasolina lanzadas a la policía, dos polis apuñalados, coches volcados y quemados, escaparates rotos, veinte personas en el hospital y cuarenta y cinco detenidos. ¡Joder, me cago en todo! Me quito de en medio un fin de semana y pasa esto.

En un segundo, estaba hablando con Gerald, que se encontraba en Londres.

—Llevo desde ayer intentando dar con usted, señor ministro.

Estaba claro que Gerald estaba con más gente, pues nunca se había dirigido a él de manera tan formal.

—¿Es muy grave?

—Sí. Hay cuatro personas todavía en cuidados intensivos.

—Volveré esta noche.

—Lo siento, señor ministro. Después de todo lo que se ha esforzado, ocurre este revés tan trágico.

A la una, Rupert pudo subirse a un jet privado que le preparó el embajador británico. Parecía que se había olvidado de la presencia de Cameron hasta que estuvo a punto de irse.

—Perdona por dejarte, ángel. Estoy que trino. Estaba segurísimo de que había acabado con la violencia. —La agarró de la cara—. Oye, ha estado genial. No te voy a llamar por si acaso me lo coge Tony, pero prométeme que me vas a llamar tú. Aquí tienes el número de Gerald; él sabrá dónde encontrarme.

Y se marchó.

«Algo es algo», pensó Cameron asomándose al balcón por si podía ver de refilón a Rupert subirse en el coche. Todavía hacía calor. Aspirando la fragancia de los limoneros que se alzaban del jardincito, tuvo una repentina visión de la preciosa casa de Rupert en Gloucestershire y toda esa maravillosa extensión de tierra, y decidió que el único símbolo de estatus que quería de verdad era un anillo de boda de Cartier con las iniciales R. C.-B. y C. C. grabadas en su interior.

28

Rupert volvió a Inglaterra en medio de una tormenta política. La disminución drástica del número de *hooligans* en el fútbol había sido uno de los puntos más importantes de la administración de los *tories*. Ahora, tras un horrible día de violencia, sus reivindicaciones parecían muy dudosas, la oposición tenía sed de sangre y, en un debate de emergencia la noche del lunes, se presentó una moción de censura contra el ministro de Deportes y se pidió a gritos la dimisión de Rupert. Aunque él sabía con seguridad que los militantes de izquierdas estaban detrás de los disturbios y lo insinuó en la Cámara, aún no era capaz de demostrarlo, y el Gobierno ganó el debate por una mayoría estrechísima. A algunos de su partido no les disgustaron los acontecimientos; Rupert había sido el ojito derecho de la primera ministra durante demasiado tiempo. La final de la Copa no era hasta el 11 de mayo, pero Rupert tenía ahora todas sus energías enfocadas en que no se repitiera esa clase de violencia.

Se pasó la mayor parte de la semana siguiente intentando no perder los papeles con la jauría de reporteros que lo perseguían mientras iba de visita a los dos clubes de fútbol destrozados y consolaba a aquellos que habían resultado heridos a causa de las

revueltas. Por esa razón, no llegó a Penscombe hasta última hora del miércoles, cuando su helicóptero aterrizó en el jardín.

Solo había estado fuera una semana, pero las campanillas ya ardían como mecheros Bunsen en su bosque y el brillo carmesí de las hayas se había vuelto de un terracota oxidado mientras les brotaban hojas verdes de sus angostos brotes marrones. Aunque un sol resplandeciente y un cielo azul le dieron la bienvenida, al otro lado del valle pudo ver la lluvia propia de abril cayendo de una nube morada inmensa sobre Priory.

Aunque estaba muy cabreado, volver a Penscombe siempre lo tranquilizaba. Lo habían recibido unos mensajes de Gerald en los que lo avisaba de que los dos policías a los que habían apuñalado ya estaban fuera de peligro y de que Cameron Cook lo había telefoneado tres veces y le había dejado un número de teléfono. En vez de llamarla, se dio una ducha rápida y fue en coche hasta Priory, donde la lluvia casi se había detenido y había dejado un olor embriagador a tierra mojada y ortigas. En cuanto entró por la puerta, lo recibió un olor todavía más embriagador a cebolla y ajo fritos. Taggie debía de estar en casa, lo que de forma inconsciente lo tranquilizó aún más. Iría a verla cuando saludase a los demás. En la biblioteca, se encontró a Freddie, a Bas y a Charles dando a un poco receptivo Declan consejos sobre cómo escribir la solicitud.

—Vaya semana de mierda llevas —dijo Declan—. Pobre capullo. Debes de sentirte como Sísifo.

—No sé quién es —respondió él—, pero seguro que sí.

—Sírvele una copa, Bas —le pidió Declan.

—Mejor una Perrier —soltó Rupert—. Tengo que coger un avión para volver y votar después de esto. ¿Cómo fue la primera reunión

de Venturer?

Los demás se miraron los unos a los otros. ¿El sol se estaba colando por la vidriera o Freddie estaba sonrojado?

—Un poco peliaguda —contestó Declan.

—¿Os habéis peleado todos o qué? —preguntó Rupert agarrando la Perrier que le ofrecía Bas e intentando buscar un hueco en uno de los asientos de las ventanas que no estuviera cubierto de libros y cintas, para poder sentarse.

—Charles y la dama Enid sí —contestó Bas con una sonrisa.

—Cállate —soltó Charles con una risita nerviosa.

—Cuéntale, Freddie —dijo Declan.

—Vale. Fuimos todos al pub de Salisbury Plain —comenzó a decir Freddie con timidez—, que juraría que siempre estaba desértico, y acabábamos de sentarnos y pedir unas bebidas como aperitivo cuando tuvimos que pararle los pies a Wesley Emerson, que le estaba ofreciendo al obispo un porro, y todo mejoró cuando Charles, aquí presente, apareció vestido de mujer…

—Como sé que la IBA está obsesionada con la paridad de género, me pareció apropiado —lo interrumpió Charles con modestia.

—… y entonces, toda la prensa nacional llegó en tres autobuses para tomarse un tentempié antes de ser testigo de la inauguración de un nuevo tanque en una base militar que hay por ese camino.

—Joder. —Rupert se echó a reír—. ¿Os vio alguien?

—Billy, el chico, no podría haber vaciado el bar más rápido —contestó Freddie—, pero Charles y la dama Enid tuvieron que salir trepando del baño de mujeres y se quedaron atascados.

—Fue muy divertido —añadió Bas—. Volvimos a Priory a toda prisa y pedimos comida china, y aquella situación pareció unirnos más.

Debo decir que me había olvidado de lo increíblemente atractiva que es Janey Lloyd-Foxe.

—Y de que está casada con Billy —comentó Rupert con seriedad.

Por la ventana, pudo ver a Taggie, que había salido al jardín a recoger un poco de tomillo del huerto de hierbas aromáticas, contemplando embelesada el arcoíris. «Tiene un culo espectacular», pensó él, que se volvió todavía más espectacular cuando se inclinó sobre el parterre con sus vaqueros.

—Rupert —lo llamó Bas—, ¿sigues aquí entre nosotros?

—Estaba admirando el arcoíris —contestó Rupert, abriendo con premura su maletín.

—No sabía que los arcoíris fueran mujeres de metro setenta y cinco —comentó Bas con picardía.

—Vete a la mierda —soltó Rupert—. Bueno, tengo una gran noticia para animaros a todos. Te he traído un regalo de Pascua, Declan.

Con aire triunfante, arrojó las dos cintas y la fotocopia de la solicitud de Corinium encima del escritorio de Declan.

—¿Qué es esto? —preguntó mientras se ponía las gafas.

—Dos conversaciones extraordinariamente informativas con Cameron Cook y una fotocopia del borrador final corregido de la solicitud de Corinium.

Freddie, Bas y Charles se emocionaron, pero ninguno se percató de la mirada de gran desaprobación de Declan ni de que soltó la solicitud como si fuera una pera infestada de avispas.

—¿Cómo las has conseguido? —le preguntó Freddie, pasmado.

—He pasado el fin de semana en Madrid en la cama con Cameron.

Basil se quedó con la boca abierta.

—¿Y mi hermano lo sabe?

—Se suponía que Tony iba a ir —respondió—, pero me las arreglé para que un colega le ofreciera una invitación el sábado por la noche que no pudiera rechazar.

Basil comenzó a reírse.

—¿Como reunirse con Su Alteza Real en Badminton?

—Dios, ¿eso fue cosa tuya? —preguntó Charles sorprendido—. Tony ha estado presumiendo de ello delante de todo el mundo.

—Así que dejó plantada a la señorita Cook —prosiguió Rupert, yendo a la mesa de bebidas y echándose más Perrier en el vaso—, que no estuvo muy contenta hasta que de pronto aparecí en el balcón de al lado como en *Vidas privadas* y reemplacé a Tony.

—¿Y cómo es en la cama? —preguntó Bas, fascinado.

—Me ha dejado hecho polvo —contestó—. En realidad, el fin justificaba los medios. Aunque tuve que aguantar ir de turismo el domingo antes de que se fuera a recoger su premio. Ahí fue cuando pude fotocopiar la solicitud.

—Qué bueno eres, joder —soltó Freddie.

—Deberías unirte a la CIA —dijo Bas.

—Como se entere, correrán ríos de tu sangre impoluta y libre de sida —declaró Charles encantado.

—No se va a enterar —respondió—. No tiene ni idea. ¿Y bien? —Se giró hacia Declan buscando su visto bueno.

Pero Declan tenía un aspecto muchísimo más atronador que la nube que había descargado sobre Priory antes.

—No puedes hacer eso, joder —explotó.

—¿Por qué no?

—Porque es muy poco honrado.

—Tengo que estar soñando —soltó Rupert con incredulidad—. Declan, cariño, estamos compitiendo por un negocio que factura ciento veinticinco millones de libras, no jugando a las putas casitas. Léela. Puedes descubrir punto por punto lo que trama Tony y adelantarte. Es muy rimbombante, hace más efecto que las benzodiazepinas. ¡Tony promete un flujo descontrolado de buenas causas y drama isabelino para los próximos diez años!

—No la voy a leer —dijo Declan con brusquedad—. Vamos a jugar limpio.

—Venga ya, Declan —protestó Freddie—. Piensa en la ventaja que nos dará.

—Aquí el que no corre, vuela —declaró Charles entre risas.

—Cierra la boca, Charles —espetó Declan. Luego, girándose hacia Rupert, que ahora estaba temblando de rabia, dijo—: Te lo repito: vamos a jugar limpio.

—Tony es un cabrón —siseó Rupert—. ¿De verdad piensas que no te haría lo mismo si tuviera la oportunidad? Creía que ibas a por él.

—Pero no hundiéndolo con sus propios métodos —contestó con frialdad.

—Entonces ¿qué haces invitando al obispo a comer, vistiendo a Maud como una monja y pidiéndole a él que bendiga la mesa?

—Eso es distinto.

—¡NO, no lo es! —En ese instante, Rupert caminaba furioso de un lado a otro de las tablas del suelo—. ¿Y qué haces contratando en secreto a la mitad de la plantilla de Tony? Me extraña que no llamaras a Tony antes por teléfono para pedirle permiso.

—Eso es totalmente diferente —gritó Declan—. Lo que tú has hecho es robar algo que le pertenece a Corinium. Es delito.

—¿Y Charles no pertenece a Corinium también? —chilló Rupert en respuesta.

—Oooh —soltó Charles, realmente emocionado—. Se están peleando por mí.

—Cállate —gritaron Rupert y Declan al unísono girándose hacia él.

—Charles ha venido por voluntad propia —respondió Declan—, pero Cameron no ha tenido ni idea de tus intenciones.

—Pero no hay duda de que lo ha disfrutado —masculló Rupert—. Ahora no vayas a sentir pena por ella, encima que me molesto en conseguir una fotocopia, joder. Casi tuve que follarme a la recepcionista.

—Eso nunca te ha costado —dijo Declan con frialdad y, agarrando la solicitud y las dos cintas, las tiró a la papelera. Bas, Freddie y Charles hicieron una mueca de dolor. Rupert se quedó muy quieto—. Y si alguno de vosotros intenta recuperarlas, les meto fuego —añadió.

—Toda mi vida me han acusado de falta de implicación —dijo Rupert arrastrando las palabras—, y cuando de verdad lo hago…

—No estamos de broma —gritó Declan.

—No me estoy riendo —respondió Rupert con un aire sombrío—. Que te den, Declan, a ti y a tu puta franquicia.

—Espera, espera un segundo —soltó Freddie, poniéndose de pie.

Pero Rupert ya había salido de la sala. En el vestíbulo, casi lanzó a Taggie por los aires. Iba a llevar una pila de camisetas y faldas verdes de la marca Aetrex a la planta de arriba. Caitlin volvía al colegio la semana siguiente.

—¿Qué coño te pasa? —le preguntó alarmada.

—Tu puñetero padre.

—¿Qué ha hecho? Ven a la cocina.

—Es lo que no ha hecho. —Durante un instante, Rupert se debatió entre si marcharse o no, pero estaba tan cabreado con Declan que se lo tenía que contar a alguien, así que la siguió hacia la cocina.

—Te traeré algo de beber.

—Ya no bebo. Y no voy a volver a probar ni una gota del licor de tu padre nunca más.

—Pero ¿qué ha pasado? —preguntó Taggie, desconcertada. Entonces, cuando se dio cuenta de que el pastel de carne y riñón que estaba friendo en los fogones se estaba pegando, corrió a la otra punta de la cocina para removerlo.

—Me he pasado todo el fin de semana pasado en Madrid follando con Cameron Cook —le explicó furioso— para ponerla de nuestra parte y para sonsacarle información sobre la solicitud de Corinium, y el domingo por la noche no solo la tenía ya comiendo de la palma de mi mano, sino que había fotocopiado la solicitud entera a hurtadillas.

Estaba tan enfadado que no se dio cuenta de que la cuchara de madera de Taggie había dejado de moverse.

—¿Y a qué se está oponiendo mi padre? —preguntó ella con una voz extrañamente aguda.

—A leerla. Cree que es una ventaja desleal. Joder, no me extraña que esté arruinado.

En ese momento, Freddie apareció por la puerta, pero al ver que Rupert estaba hablando con Taggie, decidió que ella lo tranquilizaría mejor que ninguno de ellos y regresó de puntillas a la biblioteca.

—Deja que te haga una taza de té —dijo Taggie.

Para cuando el agua ya había hervido, el té había estado infusionando durante tres minutos y Rupert le había contado toda la

historia, ella había recobrado la compostura. Después de todo, Rupert tenía derecho a acostarse con quien quisiera, y Taggie pensó esperanzada que tal vez solo lo había hecho con Cameron porque quería hacerse con el documento de la solicitud, aunque Cameron era muy guapa y a Patrick se le rompería el corazón si se enterara. Madre mía, vaya embrollo más espantoso.

Rupert se apoyó contra los fogones mientras examinaba de mal humor un jarrón enorme de campanillas.

—Son de nuestro bosque —dijo Taggie, intentando animar la conversación—. ¿A que son bonitas?

Rupert estuvo a punto de soltar que ahora eran de su bosque.

—No intentes aplacarme —respondió con frialdad.

Taggie le tendió una taza de té y luego inspiró hondo.

—Creo que mi padre tiene razón —tartamudeó.

Rupert alzó la vista.

—¿Que qué? —soltó, sorprendido—. Tú también no.

—No se sentiría bien consigo mismo. Es como copiar en los exámenes. A la mayoría de la gente le da igual, pero él tiene tanta integ… —Taggie se quedó atascada en la palabra.

—Integridad. Y yo no tengo, supongo.

—Claro que tienes, pero una distinta. Si ganarais la franquicia porque él hubiese espiado a Tony Baddingham, no sería capaz de vivir consigo mismo.

—Bueno, conmigo sí que no va a vivir más. ¿Crees que Tony no utilizará todos sus trucos de manual cuando se entere de que estamos licitando contra él? Tu padre está intentando luchar en una guerra nuclear con una pistola de aire comprimido.

—Es porque no mira a lord Baddingham con buenos ojos. No puede rebajarse a su nivel. Ese es el motivo por el que está licitando contra él.

—Pues que no cuente conmigo —contestó él, soltando la taza—. Me voy.

—Ay, no, por favor —le suplicó Taggie—. A ellos les encanta tenerte como parte del consorcio. Tienes mucho ca-carisma.

—¿Esa es tu palabra del día? —espetó Rupert.

—No, es mi palabra para describirte siempre —respondió ella, muy colorada—. En serio, creen que eres increíble.

—Pues vaya forma más rara de demostrarlo —replicó, yendo hacia la puerta.

Taggie corrió tras él con lágrimas en los ojos.

—Por favor, mi padre te necesita. Freddie y tú habéis sido muy buenos con él cuando ha estado deprimido. Sé que parece muy listo, pero no es tan brillante como tú.

Al observarla, Rupert se dio cuenta de que las lágrimas y la camisa vaquera gris y vieja de Declan que llevaba puesta resaltaba el extraño gris plata de sus ojos.

—Taggie, cariño —dijo, suavizando la expresión—, ¿cómo puede alguien negarte nada?

—Entonces ¿te vas a quedar?

Rupert se encogió de hombros.

—Supongo…, pero estoy muy cabreado. —Se metió la mano en el bolsillo y sacó una caja de cuero carmesí—. Te he comprado un huevo de Pascua en Madrid. Espero que a ti te guste más tu regalo que a tu padre el suyo.

Dentro de la caja, Taggie encontró un pequeño huevo de oro con rubíes y diamantes. Soltó un grito ahogado.

—Sigue mirando —le aconsejó Rupert.

Al abrir el huevo, se encontró un pajarito diminuto de oro con ojos de rubíes.

—El pobrecito tiene conjuntivitis —comentó Rupert.

—No me lo puedo creer —dijo ella en voz baja—. Nadie me hace regalos así. Ay, muchísimas gracias. Me encanta.

Volvió a sonrojarse muchísimo, se inclinó hacia delante y le dio un beso a Rupert en la mejilla. «Es la hermana pequeña que nunca he tenido», se dijo Rupert a sí mismo con seriedad.

—Tu pastel de carne y riñón se está quemando —la avisó.

—¿Te quedas a cenar?

—No, tengo que volver para votar.

—¿El qué?

—La pena capital para los terroristas.

Taggie pareció horrorizada.

—No van a volver a instaurarla, ¿no? Mi padre abandonaría el país.

En la biblioteca, Freddie estaba reprendiendo a Declan.

—Esto es jugar en primera liga, perdona que te diga. Rupert es un tipo muy inteligente y no podemos permitirnos perderlo. Tienes que aprender a discutir sin rencor, Declan. No puedes ir por ahí sacando pecho todo el tiempo.

—¿Y tú qué sabrás? —gruñó Declan.

—Nunca he tenido una huelga en el trabajo —dijo Freddie—, porque no juzgo a todo el mundo por igual. Cultivo sus habilidades

individuales. Tú siempre estás dando la lata con que a la gente creativa hay que darle el ambiente propicio para trabajar. Luego, cuando Rupert hace algo bastante creativo, vas y le echas la bronca.

Freddie sacó con calma la solicitud de la papelera mientras Bas y Charles lo observaban estupefactos.

Declan lo miró consternado.

—Pero esto no es honrado, joder. Tú no habrías mangado el documento, ¿a que no?

—No habría tenido agallas —contestó Freddie—. Pero ahora que lo tenemos, le voy a echar un vistacito. Como Rupert ha dicho, esto es la guerra, no estamos jugando a las casitas. Tú tampoco puedes ser tan moralista, Declan.

Cuando Sydney, su chófer, dejó a Rupert en Westminster, la piedra amarilla de la Cámara estaba más suavizada por la iluminación de los focos y el Big Ben brillaba como un gran dosificador de azúcar contra un cielo azul oscuro.

—Solo un voto —le dijo Rupert a Sydney—. Después de eso, he acordado con el partido opuesto ausentarme de la votación, pero aún tengo muchísimo trabajo que hacer. ¿Puedes volver sobre las doce y media?

Dándole las buenas noches con un asentimiento al policía de la verja, Rupert entró por la entrada de los miembros, algo que siempre lo hacía reír. Cuando miró el monitor, vio que Owen Davies, el líder del Partido Laborista, estaba sacando a los abolicionistas de sus casillas. Era hora de tomarse una buena copa… Estaba exhausto y nunca antes había tenido dudas sobre que la horca fuera la solución para los terroristas. No obstante, mientras se dirigía al bar,

un pensamiento fugaz de Taggie horrorizada por la pena capital y de la desaprobación tan pasional de Declan se le vino a la cabeza y decidió escuchar el debate en su lugar.

Cuando entró a la Cámara, los ministros de Trabajo y Sanidad se movieron un poco para hacerle sitio en el banco delantero de cuero verde.

—Owen está haciendo campaña electoral por las zonas rurales —susurró el ministro de Sanidad.

Al oír un barullo detrás de él, Rupert miró a su alrededor y vio a Paul Stratton, que estaba muy a favor de la horca para todo, en particular para los que robaban las mujeres de otros, muy emocionado por primera vez en meses.

—Tonterías —gritó Paul—. Ríndete, mira las cifras. ¿Qué sentido tiene tener soldados británicos ahí fuera si no los apoyamos?

Owen Davies, un gran orador sobre los temas más aburridos, estaba en magnífica forma esa noche. Preguntó por toda esa gente a la que se había encarcelado por terrorismo que luego había resultado ser inocente. Hubiera sido mucho más terrible ahorcarlos. ¿Qué evidencias había de que se frenase el terrorismo en los países con pena de muerte y de que, por el contrario, el ahorcamiento no convertía a los criminales más sanguinarios en santos mártires?

Fue un discurso bastante emotivo, pero, dejando a un lado las cadencias suaves, la elocuencia y el acento galés, Rupert se dio cuenta de pronto de que Owen tenía razón. A cada instante, se podía sentir el creciente espíritu del grupo de presión antiahorcamiento. La brigada que apoyaba que los deportaran parecía mantener su postura férrea. La primera ministra, que casi era más partidaria de la horca que Paul Stratton, era la que más cara

de pocos amigos tenía. Owen Davies se sentó en medio de una lluvia de aplausos.

Oliendo la sangre, los abolicionistas clamaron que la primera ministra se pusiera en pie.

—Levántese. No se corte.

Ella, sin embargo, no se movió. En vez de eso, dejó que el ministro del Interior, que era bastante ambivalente sobre los beneficios de la horca, concluyera. Cada vez que abría la boca, lo abucheaban, pero él siguió con valentía dando el discurso que tenía preparado, teniendo cuidado de no hacer hincapié en que el terrorismo estaba aumentando e insistiendo en las medidas disuasorias y en la necesidad de apoyar a las fuerzas de la ley y del orden. A medida que se acercaban las diez en punto, los abolicionistas trabajaban entre ellos con un frenesí que solo se había presenciado en el Cardiff Arms Park cuando faltaban dos minutos para terminar y los galeses acababan de ponerse en cabeza. Entonces, cuando el Big Ben dio las diez en punto, el ruido cesó y la cámara se dividió.

Los votos a favor, bastante tensos y aprensivos, se dirigieron hacia la derecha. Los votos en contra, eufóricos, se fueron hacia la izquierda. Sin deliberar ni por un instante e ignorando las miradas de rabia de la primera ministra, del jefe del grupo parlamentario y de la mayoría de la bancada delantera, Rupert se unió a los votos en contra. Owen Davies se volvió hacia él asombrosamente complacido y le dio un golpecito en el hombro.

—No sabía que eras uno de los nuestros.

—No lo era hasta que te he escuchado —contestó.

El ministro de Sanidad, un alma pacífica y bondadosa, también se había unido a los votos en contra.

—Mañana vamos a tener que aguantar un rapapolvo —dijo.

—Va a tener que convocar elecciones más pronto que tarde —respondió Rupert.

—Te apuesto diez libras a que lo hace el 10 de junio —soltó el ministro de Sanidad.

—Hecho —contestó él.

Sintiéndose de repente destrozado y sin querer que la primera ministra le echara la bronca, Rupert se retiró con premura a su despacho, que era una pequeña sala en la planta baja de los ministros. Dentro, las paredes estaban cubiertas de fotos firmadas de atletas famosos: Pat Eddery, Ian Botham, Maradona, John McEnroe, Pat Cash, Gary Lineker, Dino y Fenella Ferranti, por nombrar unos cuantos. Encima del archivador, había una foto de Wesley Emerson, el héroe local del críquet que se había unido al consorcio de Venturer y a quien Rupert había salvado de ser arrestado.

«Gracias, Rupe, Wesley Emerson», había garabateado con un boli negro en el cielo azul tras él.

«Yo también debería dártelas a ti», pensaba Rupert cada vez que veía la foto.

Se quitó la corbata y se desabrochó el botón de arriba, luego se sirvió un gran vaso de whisky con soda. Joder, estaba exhausto. No había parado desde las cinco de la madrugada y llevaba una semana sin dormir en condiciones. Se sintió aún más cansado al ver la caja roja llena de trabajo, el sobre acolchado en el protector del escritorio

lleno de cartas de la circunscripción para firmar y una pila más grande todavía de correo por leer, y seguro que la mayoría eran cartas violentas acerca de los disturbios del fútbol.

El admirable Gerald le había dejado una nota: «He ido a ver *Madama Butterfly*. Volveré sobre la una y media. Si me necesita, llámeme».

En la esquina de la habitación, había un sofá duro verde oliva donde se suponía que Rupert tenía que dormir un poco durante las reuniones nocturnas. Nunca le había parecido más tentador. Si se echaba una siesta de una hora, seguro que trabajaba mejor. Tenía que volver a levantarse a las seis de la mañana. El sonido del teléfono lo sobresaltó.

—Rupert, soy Cameron.

Joder, se había olvidado de llamarla por completo.

—¡Cielo! ¿Has llegado bien a casa?

—Bueno, no estoy tirada con los restos de un naufragio en el fondo del golfo de Vizcaya. —Toda la inseguridad y agresividad había vuelto a su voz. Le debía de haber costado un montón llamarlo.

—Siento no haberte devuelto la llamada. He estado ocupado y no he querido entrometerme en los asuntos de Tony. ¿Cuándo voy a verte? —Reprimió un bostezo.

—A saber —soltó Cameron—. Tony me va a llevar de viaje este fin de semana.

—¿Al palacio de Buckingham?

Cameron no se rio.

—A Los Ángeles, a cerrar un par de tratos durante la semana de Pascua. Luego, volaremos directamente a Cannes para reunirnos con

nuestros socios coproductores y afianzar las relaciones ya existentes. No volveré hasta el lunes que viene.

Rupert examinó el calendario. El lunes era 22 de abril. Él estaría fuera hasta el 26 y las franquicias tenían que presentarse el 29. Eso le daría muy poco tiempo para convencerla de que se uniera a Venturer cuando volviera. Debía adelantarse a Tony por si acaso y verla esa noche.

—¿Dónde estás? —le preguntó.

—En casa.

—¿Sola?

—Sí.

—Iré en coche.

—¿Estás loco? ¿Sabes qué hora es? —Pero le fue imposible evitar la euforia de su voz.

—Tengo que trabajar al menos una hora —contestó él—. Y tardaré otra hora y media en llegar. No puedo permitirme que me detengan por exceso de velocidad. Estaré allí sobre las dos.

Gracias a Dios, se había dado una ducha y se había cambiado en Penscombe a primera hora de la tarde; parecía que habían pasado siglos. Confiaba en Sydney, pero no lo suficiente, así que descartó decirle nada y cogió el Ferrari, que estaba aparcado fuera de su piso en Westminster. Una lluvia torrencial por la autopista dio paso a la luz de la luna cuando llegó a las afueras de Cotchester. El reloj de la catedral estaba dando la hora; la sombra del chapitel yacía densa y oscura a través de la vega. Estaba tan cansado que sería capaz de no levantarse nunca más.

Pero Cameron le abrió la puerta sin nada puesto.

—Podría haber sido el lechero —la reprendió Rupert.

—No llegas tan tarde —susurró ella.

Cuando Cameron envolvió su cuerpo cálido untado de aceite y perfumado a su alrededor, obviamente encantadísima de verlo, Rupert se espabiló como por arte de magia.

Al subir las escaleras detrás de ella, decidió que no tendría ninguna dificultad en afianzar aquella relación.

29

Aunque Cameron se mantenía tan ocupada vendiendo los programas de Corinium y a sí misma que resultaba ridículo, estaba hecha polvo por lo mucho que echaba de menos a Rupert. Los Ángeles ya estaba siendo bastante malo, pero la atormentaba lo poco que le quedaba para ir a Cannes. Cada minuto que pasaba dentro o delante del estand de Corinium, en las numerosas fiestas o en su habitación de hotel, que estaba convenientemente al lado de la de Tony, esperaba que Rupert apareciera con la sonrisa del gato de Cheshire.

No obstante, durante su segundo jueves lejos de él, su mal humor vino provocado por la furia más que por la añoranza. Una de las innumerables compañías subsidiarias de Tony, Falconry Films Inc., había hecho una miniserie malísima llamada *Polizona*, que trataba sobre una aristócrata huérfana que se disfrazaba de grumete en un clíper y se largaba con el capitán pirata. Y ahora Tony había hecho navegar un clíper de verdad, con tremendos costes, hasta el puerto de Cannes como gancho publicitario y estaba celebrando una fiesta enorme a bordo. Echándoles malas miradas a los compradores fondones internacionales y a sus chiquitas en biquini mientras se atiborraban de champán y caviar, Cameron tuvo la sensación de que

se estaban dando un festín con todos los beneficios que ella había obtenido para Corinium con *Cuatro hombres al grano*.

El Mediterráneo le sentaba bien a Tony; su piel aceitunada ya se había vuelto de un tono caoba. Mientras ronroneaba en el clíper con sus gafas de sol y su camisa negra con una discreta corona, cerraba acuerdos y tocaba culos, parecía más que nunca un rey pirata.

Cameron había tenido muchísimo tiempo para comparar a Tony con Rupert mientras estaba fuera. Los dos tenían fama de ser unos mierdas. Pero, mientras que Tony era sensual de un modo frío, rozando lo corrupto, corroído por la envidia y con una vena sádica por menospreciar a la gente, Cameron tenía la impresión de que Rupert solo era borde porque era arrogante y se aburría con facilidad. Aparte del día que habían ido a Toledo, cuando se había acordado tanto de Helen (lo que demostraba que era capaz de tener sentimientos fuertes), se había comportado como un ángel y se había interesado por ella como mujer, pero también por su carrera y sus programas. Le había tocado la fibra que condujera hasta Cotchester la última noche y que, después de hacerle el amor, no se durmiera como habrían hecho la mayoría de los hombres, sino que se quedara despierto y le hiciera preguntas sobre qué harían y qué venderían Tony y ella en Los Ángeles y en Cannes.

También había supuesto un alivio que no la llamase, así no se llevaría un sobresalto por la esperanza de que fuera él cada vez que sonase el teléfono. En vez de eso, y con un gran riesgo, fue ella la que lo llamó dos veces desde Los Ángeles y todos los días desde Cannes.

Tampoco había duda de que ella era la estrella del festival. Ya habían acordado la preventa de la tercera temporada de *Cuatro*

hombres al grano en todo el mundo. El Departamento de Publicidad de Corinium había publicado un anuncio a toda página en el *Broadcast* esa semana con una impresionante fotografía de Cameron sosteniendo un corderito con el siguiente texto: «Cameron Cook trabaja para Corinium, conócela en el estand 329», y, a continuación, se enumeraban todos los premios que había ganado durante el último año. Todo el mundo quería felicitarla y ofrecerle trabajo.

En Priory, Declan estaba trabajando todavía en la solicitud de Venturer y solo se tomaba descansos para coger de vez en cuando los binoculares del asiento junto a la ventana y comprobar la llegada de algún ave migratoria; ahora era época de golondrinas, aviones comunes y currucas zarceras. La noche anterior hasta había oído el primer ruiseñor del bosque.

«Nuestro deber», escribió Declan, «es decir la verdad, ser relevantes, entretenidos e interesantes, vigilar el poder y denunciar sus abusos, no ser portavoces de nadie».

Joder, qué complicado era no utilizar clichés y ser conciso: «Traer ese globo de la mente, hinchado y arrastrado por el viento, a su angosto cobertizo», como bien decía Yeats.

Añadió: «Daremos a la zona una identidad televisiva que se reconozca a nivel nacional. Creemos que esto no lo ha hecho Corinium. En su última solicitud, prometieron un estudio nuevo, una orquesta juvenil nueva, un fondo fiduciario para las artes y las ciencias, programas de formación adecuados y la participación de los trabajadores en la junta. Eso tampoco lo han hecho. También prometieron que el cincuenta por ciento de los beneficios después

de impuestos iría a los accionistas y que el resto se reinvertiría en hacer programas. De nuevo, tampoco lo han hecho».

Estaba a punto de abordar los planes de programas que tenía Venturer cuando Gertrude se bajó del sofá ladrando y desperdigando los papeles motivada por la entrada de Rupert y Freddie.

—Joder, mira que eres cochino, Declan —comentó Rupert mirando a su alrededor los archivos, las cintas, las tazas de café y los ceniceros hasta arriba que cubrían cada superficie de espacio disponible—. ¿Por qué no dejas que Taggie limpie esto un poco?

—Soy supersticioso —gruñó Declan—. Nunca limpio entre libro y libro por si acaso tiro alguna página.

Rupert le lanzó a Declan sobre el escritorio una copia del *Broadcast* abierta por el anuncio de Cameron.

—Tenemos que reclutarla para Venturer.

—Está volando muy alto para que se interese por nosotros —se apresuró a decir Declan.

—No te creas. Está muy harta —replicó Rupert—. Hace tan solo media hora me ha llamado desde Cannes para quejarse de que Tony se había gastado cuarenta y cinco mil libras en alquilar un barco para promocionar una miniserie de mierda que ni siquiera había hecho Corinium.

—Necesitamos mujeres importantes —dijo Freddie retirando los binoculares y tomando asiento junto a la ventana.

—Imaginad lo útil que podría ser Cameron el resto del año si la usamos como topo en la base de Corinium —propuso Rupert.

—Ya tenemos a Georgie, Seb y Charles —protestó Declan.

—Pero ninguno de ellos se acuesta con Tony —insistió Rupert—. Podemos usarla para manipularlo.

—A mí me parece que más bien será Tony el que la utilizará para manipularte a ti.

—A mí nadie me manipula —replicó Rupert con altanería—. No quiero sonar presuntuoso, pero sé cuándo tengo a una mujer comiendo de la palma de mi mano.

—Sí que suenas presuntuoso, sí —espetó Declan—. Puede que ahora mismo la tengas comiendo de la palma de tu mano, pero desde mayo hasta diciembre hay muchos meses, y si te aburres o te portas mal con ella, se irá derechita a los brazos de Tony a contarle todos nuestros secretos.

—Mirad —dijo Rupert con paciencia—, ella es la única baza de Tony. Si la IBA sabe desde el principio que está con nosotros, lo dejará en muy mal lugar.

—Vale la pena asumir el riesgo —comentó Freddie—. Tampoco tenemos por qué contarle demasiado.

—De todas formas, debo decírselo —añadió Rupert con rotundidad —. Si lee en la prensa del martes por la mañana que vamos a presentar una solicitud para la franquicia, jamás me lo perdonará y nos podremos ir olvidando de reclutarla.

Declan sacudió la cabeza.

—Que conste —dijo con aire sombrío— que estoy totalmente en contra de utilizarla como topo. Me parece poco ético y arriesgado. Tampoco creo que a Cameron le haga mucha gracia cuando le cuentes lo que has estado tramando.

Freddie se rascó los rizos.

—Yo no se lo he contado a Valerie todavía —confesó—. Lo he estado posponiendo. Tampoco creo que a ella le haga mucha gracia.

A Valerie, de hecho, le iba a dar algo. Como había estudiado el comportamiento de su íntima amiga Monica Baddingham, Valerie había decidido que era de clase alta ser aficionada a la jardinería y, por tanto, debía canalizar más energía en transformar Green Lawns en un paraíso total. Con guantes de jardinería nuevos y un pañuelo marrón atado a la nuca para evitar que se le manchasen los rizos y arrodillada sobre una nueva alfombrilla verde de goma, Valerie estaba trabajando ahora en su lugar preferido, el jardín malva y rosa. Espesas matas de aubrietias malvas caían sobre las paredes, cerezos dobles de rosa caramelo bailaban en la brisa sobre filas apretadas de tulipanes malvas y rosas. Valerie pensó que era una lástima que ninguno floreciese para su jornada de puertas abiertas en julio. Y entonces Freddie había tenido que ir a soltarle la horrible bomba de la franquicia.

—No podemos hacerles eso a Monica y a Tony —chilló—. No es nada solidario. Jamás volveré a poder llevar la cabeza alza en el Comité de Ayuda a los Desamparados. ¿Quién más está detrás?

Freddie respiró hondo.

—Declan O'Hara.

Valerie estaba tan disgustada que arrancó un tulipán morado.

—Ese borracho… es prácticamente del IRA, y a Sharon casi la violan en su fiesta de Nochevieja.

—Y Rupert —añadió Freddie, muerto de miedo.

—¡Rupert! —gritó Valerie, tan furiosa ahora que hasta veía rojo el tulipán morado que intentaba volver a enterrar—. Es un sinvergüenza. Ninguna mujer está a salvo de él. El otro día, lo pillé comiéndose con los ojos las piernas de Sharon cuando llevaba sus pantalones cortos de tenis. Y lo que es aún peor, ayer encontré una

foto suya en el cajón de los sujetadores de Sharon. Y tanto Declan como Rupert son rivales del pobre Tony —dijo Valerie—. Para Monica será una traición.

Como un crío pequeño que se sumerge en agua helada, Freddie no tiró la toalla:

—Y Marti Gluckstein y Bas.

—Vaya delincuentes.

—Y Arthur Smith.

—No es más que chusma, y encima de izquierdas —resopló Valerie.

—El profesor Graystock y Wesley Emerson.

—¡Un negro! —exclamó Valerie indignada—. Su mujer es negra también. Podría empezar a ir a la *boutique*.

—Y la dama Enid.

Valerie dio un pisotón.

—La vieja machorra asquerosa. Y con Sharon en la adolescencia. ¿Es que acaso has perdido el juicio, Frederick Jones? Debéis de haber estado semanas orquestando esto. Insisto en que lo dejes.

—Y Henry Hampshire y Hubert Brenton —dijo Freddie.

—Y encima… —gritó Valerie, pero entonces se detuvo cuando procesó los nombres—. ¿Quiénes has dicho?

Freddie repitió los dos últimos nombres.

—No puede ser. ¿El lord teniente y el obispo de Cotchester?

—Sip —respondió Freddie con una sonrisa.

Valerie tiró la pala de jardinería y se puso de pie de un salto.

—Bueno, eso cambia las cosas. Si alguien puede meter en vereda a Rupert, son ellos. No conozco a la mujer del obispo, pero

Hermione Hampshire es encantadora. ¿Cuándo puedo decírselo a todo el mundo?

—Después del lunes al mediodía, cuando quieras.

Tras su regreso de Cannes, Cameron se metió de lleno en los primeros cinco días de rodaje de *Cuatro hombres al grano*. Rupert estaba fuera, allanando el terreno para la próxima Copa del Mundo de Sudáfrica y jugando en un torneo de tenis Pro-Am para recaudar dinero para el fondo olímpico, así que no se pudieron ver hasta el viernes ya tarde.

Cameron siempre conducía muy rápido. Por suerte, a esas horas del viernes noche había muy poco tráfico mientras doblaba las esquinas y aceleraba en los cruces en su frenesí por reunirse con Rupert. Apenas había luz en el pueblo de Penscombe, pero sí había muchas estrellas titilantes y una luna llena que alumbraban su camino. Los castaños que bordeaban el de entrada de la casa de Rupert habían alcanzado un tono perfecto de verdor claro para darle la bienvenida. Y, cuando se detuvo delante de la casa, los faros iluminaron una gran magnolia blanca en plena floración al borde del jardín, que era de una belleza incandescente tan sobrenatural que Cameron se la quedó mirando embobada. «Quiero casarme con Rupert y ser una novia tan bella como ese árbol», pensó.

Al instante, la puerta principal se abrió y la jauría de perros salió y se puso a dar vueltas y ladrar alrededor del coche. A Cameron le daba igual que sus patas arañasen la pintura del coche. Rupert los acompañaba, con el pelo rubio platino a la luz de la luna. Llevaba una camisa limpia de rayas rosa y blanca y apestaba a colonia cara, por lo que estaba claro que acababa de darse un baño y lavarse los

dientes. Alargó los brazos y la levantó del suelo por encima de la marea de perros.

—¡Pero si son muy monos! —gritó cuando la bajó en el vestíbulo. Luego se puso de rodillas y abrazó a los perros cuando se abalanzaron sobre ella, empujándola, dándole con el hocico y lamiéndole los brazos y las piernas desnudos en señal de bienvenida.

—Qué extraño y qué bonito —dijo Rupert, conduciéndola al salón —. Nunca pensé que te gustaran los perros.

Había una botella de Dom Pérignon metida en hielo, que Rupert abrió de inmediato, y un plato enorme de salmón ahumado acompañado de algunos panecillos integrales con mantequilla en la mesa.

—No me parece bien follar con el estómago vacío después de tener un día largo y duro —comentó Rupert—, y que no te quepa duda de que conmigo vas a tener una noche larga y dura.

Cameron se colocó a sus espaldas y le acarició con los dedos esos imponentes hombros, sintiendo el empuje de sus musculosas nalgas contra su vientre y derritiéndose de lujuria.

—¿Cómo van las cosas en el fuerte pirata? —preguntó Rupert.

Cameron negó con la cabeza.

—Me siento como un topo.

Rupert estuvo a punto de escupir el champán que se estaba bebiendo.

—¿A qué te refieres?

—A que si te pasas doce horas metida en una oficina, acabas por preocuparte de no volver a ver la luz del sol.

—Ah, entiendo —respondió Rupert lleno de alivio—. ¿Y ya te has recuperado de Cannes?

—Casi. —Cameron le dio un buen sorbo a su champán—. Ahora mejor. ¿Sabes que se me han acercado cinco grupos distintos para proponerme que me una a sus consorcios?

—Qué halagador —comentó Rupert mientras cogía un montoncito de salmón, lo metía en un panecillo y se lo entregaba—. ¿Alguno interesante?

—No mucho. Por desgracia, todos se van a presentar contra compañías como Granada y Yorkshire, que son prácticamente inexpugnables, por lo que si Tony se llega a oler el pastel, yo me quedaría de patitas en la calle.

—¿Y él cómo está? —Rupert le llenó la copa.

—De los nervios. Alguien le ha filtrado la historia del clíper a Dempster, pero han doblado la cifra de los costes de la fiesta.

—La prensa siempre pilla las cosas mal —dijo Rupert con suavidad. Había sido él quien había adornado la historia. Se puso a mirar su copa de whisky—. ¿Ya ha presentado Corinium su solicitud? —le preguntó como quien no quería la cosa.

—Sí, gracias a Dios —contestó Cameron, que estaba dándole la mano a uno de los springer spaniels—. Tony se la va a presentar mañana por la mañana a la IBA.

Rupert soltó un suspiro de alivio. Si Cameron se cabreaba cuando le contara lo de Venturer al día siguiente, al menos sería demasiado tarde para que modificara la solicitud de Corinium.

Poco a poco, Cameron fue asimilando la belleza de la habitación y se fijó en el Romney, el Gainsborough, el Stubbs y el Lely que había en las paredes amarillo claro. Decidida a no parecer impresionada, le preguntó pasándose un poco de agresiva:

—¿Cómo es posible que vivas solo en este establo enorme?

—No vivo solo —respondió Rupert—. Tengo al señor y la señora Bodkin, que cuidan de mí, y los niños vienen de vez en cuando los fines de semana, además de las…, eh…, invitadas ocasionales.

«Eso me pasa por haber preguntado», pensó Cameron mordiéndose el labio.

—No te preocupes —dijo Rupert leyéndole la mente—. Para no mancillar el recuerdo de nuestro último glorioso encuentro, me he estado aguantando desde entonces. Supongo que a ti te ha dejado saciada lord B., ¿no?

—Mucho menos que antes —se apresuró a contestar Cameron.

El reloj de pie dio la medianoche.

—¿Sabes qué día es ya? —le preguntó Rupert.

—1 de mayo —respondió Cameron mirando su Rolex.

—¿No conoces nuestro poema local? —le dijo Rupert con una sonrisa y poniendo acento de Gloucestershire:

1 de mayo, 1 de mayo,
al aire libre, follando me hallo.
Pero como siempre llueve aquí,
no podemos joder en el jardín.

Cuando se acercó a ella, se detuvo con una sonrisa.

—¿Tendrás demasiado frío fuera?

—No si me mantienes caliente —susurró Cameron.

Fuera, bajo el amparo de la magnolia a la luz de la luna, él la desnudó y la besó despacio en cada sitio que dejaba al descubierto al quitarle la ropa hasta que ella comenzó a retorcerse de deseo sin poder evitarlo. Cameron notaba el césped empapado de rocío en su

espalda. La polla de Rupert era de lo más asombrosa. Cuando se deslizó en su interior, ella sintió la extrema alegría de una esclusa de canal que descubre de pronto que puede acoger el Queen Elizabeth 2.

Cuando hacía el amor con Tony, siempre cerraba los ojos. No le apetecía verle el pelo inusualmente desordenado, los ojos saltones, los dientes apretados y las venas marcándosele en la frente mientras se corría. Le gustaba cuando estaba elegante y asumiendo el control. Con Rupert, dejaba todo el tiempo los ojos abiertos porque era digno de fantasía y porque no quería perderse ni un solo instante.

Rupert determinó que el suelo estaba muy duro para ella e insistió en que se pusiera arriba.

—Eres tan guapa… —dijo mientras contemplaba su rostro de ménade extasiada, fantasmal a la luz de la luna.

Como se le daba fatal aceptar cumplidos, Cameron tenía que tirar de humor.

—¿Tu madre no te regañaba por decir mentiras y tirarte al suelo?

—No estoy mintiendo —replicó Rupert, arqueando la espalda hacia ella—. Estoy diciendo la verdad.

Cameron se abrió, al igual que las puertas del cielo.

—Pero como siempre llueve aquí —murmuró Rupert entrando y saliendo de ella—, no podemos joder en el jardín.

—Un ratito sí —jadeó Cameron—. Al menos, nos quitará el sudor.

Cameron se despertó en la gigantesca cama con dosel jacobina y se dio cuenta de que él no estaba y de que le había dejado una nota

que decía que tenía una sesión de atención de reclamaciones con sus constituyentes esa mañana y que volvería para la hora de comer.

Al echar un vistazo a su alrededor y ver la habitación, con sus paredes color melocotón, la alfombra amarilla, las cortinas de seda a rayas amarillas y rosas del dosel y de las ventanas y la *chaise longue* de seda rosa, Cameron pensó que se había despertado en mitad del amanecer. Le pareció un dormitorio increíblemente femenino para un hombre, pero entonces se acordó del vestíbulo azul claro y del salón amarillo claro, y pensó que tenía que ser obra de Helen. En el tocador, entre el desorden de Rupert de boletos de apuestas, cepillos con reversos de plata, paquetes de puros y monedas sueltas, había fotografías de sus hijos. La chica, que era una copia de Rupert, tenía la misma mirada azul arrogante; el chico tenía el pelo rojo oscuro y unos ojos también oscuros que miraban con desconfianza. Tras conocer a la jauría de Rupert, Cameron pensó que adoptar siete perros sería mucho más fácil que adoptar dos hijastros. Helen debía de ser espectacular para parir semejantes hijos. La loca del turismo era un monumento en sí misma.

En el exterior, a través de un manto de capullos de clemátides exuberantes, se extendía el valle de un verde claro a excepción de algún cerezo en flor por aquí y por allá o de los endrinos que contrastaban en olas blancas sobre los setos. Procedente de un fresno junto al lago, podía escuchar el inquietante y adorable canto del cuco. ¿Cómo era posible que Helen se hubiera marchado y dejado semejantes vistas y a semejante hombre?

Tras ducharse y vestirse, Cameron bajó las escaleras. Los perros estaban tumbados en el vestíbulo meneando las colas y la siguieron a la cocina. Allí, la señora Bodkin, el ama de llaves, fue muy amable,

pero no se sorprendió para nada por su presencia. Tal vez, como la gente en los trenes, se permitía ser amable sabiendo que Cameron no estaría por allí mucho tiempo. No debía ponerse celosa ni paranoica. A Tony le ponían las peleas, pero sospechaba que a Rupert lo aburrían y las evitaba.

Se echó un poco de zumo de naranja y café y se los llevó a la terraza. La casa al otro lado del valle debía de ser la de Declan, se podía vislumbrar un poco a través del espeso hayedo.

Se preguntó qué habría estado haciendo desde su caída en desgracia. Qué extraño le resultaba que el 1 de enero estuviese junto a Patrick mirando la casa de Rupert desde el otro lado y pensando «menudo reino», y ahora, cuatro meses después, ahí estaba.

Se detuvo solo un momento a echar un vistazo a la biblioteca y las primeras ediciones, que podrían examinarse con detalle en una mañana menos hermosa, y luego salió con los perros a explorar. Había una extraordinaria belleza indómita, como en el caso de Maud O'Hara, en el jardín. Las hojas verdes se desenrollaban en las viejas rosas enmarañadas, los setos de tejo que antaño habían estado recortados en forma de pavos reales y gallos cacareantes ahora tenían un aspecto muy descuidado. La piscina estaba llena de hojas, a los setos de haya que había junto a la pista de tenis les hacía falta un buen corte, el césped con margaritas aquí y allá seguía iluminado en sus bordes por montones de narcisos moribundos. Cameron pensó que Rupert y ese lugar necesitaba una mujer que los valorase y pusiera orden.

Al contrario, los establos estaban inmaculados y repletos de sementales musculosos y preciosos. Había más caballos en los

campos. La moza de cuadra trató a Cameron con la misma educación y el mismo aire de «estamos acostumbradas al ir y venir de mujeres» que había tenido la señora Bodkin.

«Les demostraré que he venido para quedarme», pensó Cameron mientras atravesaba el bosque de hayas.

El suelo todavía estaba cubierto con un manto de campanillas. Solo cuando acercó la cara pudo distinguir el ligero y dulce aroma a jacinto del hedor sexy del ajo de oso. Los perros iban corriendo, pero el peludo lurcher llamado Blue no hacía más que acercarse cada dos por tres para comprobar que estaba bien, le daba con el hocico húmedo en la mano y le propinaba un lametón como regalo. Todo era precioso; nunca se había sentido tan feliz ni tan bien en un sitio.

Llevaba paseando dos o tres kilómetros cuando de pronto percibió un conocido aroma atrayente y dulce que la hizo temblar. Más adelante, un bosquecillo de álamos, que se alzaban como flameantes espadas de ámbar, esparcía su fragancia por el camino del bosque hacia ella y le hizo evocar las veces que solía inhalar tintura de benjuí bajo una toalla cuando era pequeña, trayéndole violentos recuerdos de su madre y de Mike. Se le fue la euforia al instante. Miró su reloj. Ya eran las doce y media. Debía volver. Unos nubarrones estaban cubriendo el sol y ahora hacía más frío. Hasta sintió una ligera llovizna. Mientras descendía por el bosque hacia la casa, oyó un búho ulular. No debería ulular al mediodía, ¿no? A través de los árboles, pudo vislumbrar el lago gris y en calma como un espejo emborronado, y cuando llegó al enorme jardín soltó un gemido de espanto. El diluvio de la noche anterior había arrancado

todos los pétalos de la magnolia y los había esparcido por la hierba. La novia de la noche anterior ahora estaba desnuda.

Los perros se acercaron ladrando cuando un coche apareció en la puerta principal. Cameron esperaba que fuera Rupert, pero resultó ser un chaval que venía a entregarle unas cajas de camisetas y que se quedó mirando embobado a Cameron.

—Este es el primer lote. El señor C.-B. tenía mucha prisa —informó—. Dígale que las pegatinas, los pósteres y las chapas llegarán el lunes.

Cameron no pudo resistirse a echar un vistazo. Las camisetas eran de un azul cerúleo muy bonito y tenían el dibujo en un tono bronce oscuro de un chico que se estaba haciendo sombra con la mano en la frente y la frase «Apoya a Venturer» por delante y por detrás. Debían de ser para algún evento deportivo. Se llevó una arriba, se quitó la ropa y se la puso. Le caía justo por debajo del monte de Venus. De golpe, se sintió increíblemente cachonda, esperaba que Rupert no tuviese nada preparado para la tarde. Como hacía más frío, cerró la ventana enganchando un zarcillo de clemátide que ya se había marchitado y estaba magullado por haberse enganchado en otras ocasiones. Cameron pensó con ironía que parecía que estaba insinuando querer meterse en el dormitorio de Rupert, al igual que ella y cualquier otra mujer.

Justo después, se oyó cerrarse la puerta. Despacio, bajó las escaleras. Rupert estaba mirando las cajas que había en el vestíbulo.

—Son bonitas —dijo ella—. ¿Me puedo quedar una?

Rupert alzó la vista y se quedó petrificado un momento.

—Hola, ángel. ¿Has dormido bien?

—Tan bien —musitó Cameron con tono seductor— que ya me puedo cansar otra vez. —Se levantó la camiseta para enseñarle su monte de Venus. Entonces, cuando no reaccionó como ella esperaba y subió corriendo las escaleras, preguntó—: Por cierto, ¿qué es Venturer?

Parecía que los ojos de Rupert se habían oscurecido, se habían vuelto de un tono azul más opaco y habían perdido todo su brillo.

—Ven y tómate una copa —dijo.

Decepcionada, Cameron lo acompañó al salón. De repente, él se veía de lo más tenso y, cuando ella rechazó la bebida, él se sirvió dos dedos de whisky y se lo bebió de un trago. Luego, la hizo sentarse a su lado en el sofá.

—Mira, cielo, esto es muy complicado, pero tengo que contarte una cosa.

Cameron se puso blanca. De pronto, con aquella camiseta suelta, parecía tan frágil, pálida e indefensa como una de las anémonas que cubrían los senderos del bosque de Rupert.

—¿Me quieres dejar? —susurró ella.

—No, no, más bien al contrario. —Con suma delicadeza, le colocó un rizo oscuro detrás de la oreja y le acarició la mejilla rígida y temblorosa—. Pero tal vez tú sí que quieras dejarme. Freddie Jones, Declan y yo vamos a licitar por la franquicia de Corinium. Y nos llamamos Venturer.

Al principio, Cameron sintió tanto alivio de que no estuviera poniéndole fin a su relación que no pudo ni pensar con claridad.

—¿Declan y tú? ¿Cuánto tiempo lleváis con esto?

—Desde el día después de que Declan se marchara.

—Así que cuando te presentaste en Madrid no era solo para ver un partido de fútbol, ¿no?

—No.

—Y cuando mostraste tanto interés por mi carrera y por lo que sucedía en Corinium tampoco era solo por eso, ¿verdad?

—Sí.

—¿Has leído la solicitud que había en mi maletín?

—La he fotocopiado.

Cameron se estremeció en ese momento de arriba abajo y se le fue todo el color de los labios.

—No te preocupes —la tranquilizó—. Declan estaba tan escandalizado por mis artimañas que se negó a leerla, así que no os hemos robado nada.

—¿Y también organizaste los altercados para tener una excusa para volver a casa tras conseguir lo que querías?

—Eh, eh —protestó Rupert—. Dos policías apuñalados, veinticinco heridos y un establecimiento reducido a cenizas es ir demasiado lejos incluso para mí.

—¿Y qué hay de cuando viniste a verme antes de que volara a Los Ángeles y de todas las preguntas que me hiciste? ¿Fuiste tú el que le contó lo de *Polizona* a Dempster?

Rupert asintió con la cabeza. La verdad, aun siendo devastadora, era la única respuesta posible en ese momento.

—Joder, ¿y todo lo que te he contado este fin de semana? —susurró Cameron mirando su reloj—. Y nuestra solicitud ya se ha presentado.

Rupert había esperado que se enfadara, que le montara una escena, que le arañara la cara, pero no ese estado de *shock*

inexpresivo.

—He confiado en ti —dijo ella despacio—. Eres la primera persona en la que he confiado desde los catorce años. Creía que te preocupabas por mí, puto Judas. Esto es lo peor que me han hecho nunca.

—No es tan horrible como parece —replicó Rupert con suavidad—. En el momento en el que te vi, pensé que eras la mujer más sexy del mundo. ¿No me ofrecí a llevarte a casa después de la cena de Valerie? Habría movido ficha en la fiesta de Declan si Patrick no se me hubiera adelantado, y en Corinium, si Tony no hubiese estado rondándote tanto. Te deseaba tanto que me moría, por eso me molesté en ir hasta Madrid. Quería ser sincero contigo, pero no sabía cómo ibas a reaccionar. No podíamos permitirnos que fueras corriendo a contárselo todo a Tony por si le ponía trabas a nuestra solicitud antes incluso de presentarla.

Cameron se levantó de golpe, bajándose la camiseta.

—Y yo que creía que de verdad te interesaba. Menudo chiste. Sé lo mucho que Declan me detesta. Se ha debido de estar riendo de lo lindo, y supongo que Patrick y la tonta de Taggie también estaban en el ajo. Joder, os habréis estado descojonando.

Ahora estaba sumida en un llanto enfadado, agonizante y ronco, y Rupert notó de pronto la horrible inseguridad, la paranoia, la vulnerabilidad y el miedo que sentía; por primera vez, lo había conmovido. Se puso de pie y trató de abrazarla y darle consuelo.

—Ángel, lo has malinterpretado. Nadie se está riendo de ti. Te quiero, te adoro muchísimo. Todos queremos que te unas a Venturer, pero estábamos esperando el momento oportuno. Tenemos una alineación repleta de gente de primera, pero tú serías la joya de la

corona y tendrías libertad total para hacer los programas que quisieras.

—¡Suéltame! —chilló Cameron—. ¡Te odio! ¡No quiero volver a verte! —Y, tras escapar de sus brazos extendidos, salió corriendo por la puerta.

Rupert jamás se había sentido tan mal en su vida. Ella tendría que recoger su ropa y la maleta de arriba, así que pensó que podría interceptarla cuando bajase. Pero Cameron salió corriendo directamente por la puerta principal y, acto seguido, escuchó chirriar las ruedas del Lotus por la gravilla. Seguro que Tony todavía estaba de camino desde Londres, y Cameron no podía presentarse en Falconry con nada más que una camiseta, pero no tardaría en llamarlo. El sistema de alerta temprana se había activado. Solo era cuestión de tiempo que la bomba estallase.

30

El domingo, 2 de mayo, por todo el país, las empresas independientes y los consorcios que pretendían destituirlas estaban reuniendo, codificando por colores y encuadernando cuarenta copias de su documento de solicitud en papel A4, junto con su material confidencial adjunto, para enviarlas a la sede de la IBA en Brompton Road antes de las doce del mediodía del día siguiente.

Corinium, para curarse en salud, había mandado la solicitud el día de antes. Venturer, que iba con el tiempo justo, pasó un domingo bastante emocionante en la casa de Freddie en Holland Park terminando su borrador final.

Todo el mundo coincidió en que Declan había hecho un trabajo excepcional. No obstante, Freddie y Marti Gluckstein, que llegó pareciendo un lagarto estreñido, creyeron que la afirmación directa y algo arrogante de Declan de «Podemos conseguir quince millones de libras, llama a Henriques Bros» dejaba mucho que desear y, por tanto, ampliaron considerablemente el apartado financiero. Freddie y lord Smith repasaron con lupa las especificaciones técnicas, mientras que Harold White, Janey Lloyd-Foxe, Charles Fairburn, la dama Enid y el profesor Graystock se divirtieron dándoles vidilla a los contenidos del programa.

Bas, que había proporcionado los planos de los arquitectos para la conversión de Cotchester House en los estudios y oficinas que cabrearían a Tony, ahora estaba jugando al *Chemin de Fer* con Henry Hampshire, el lord teniente, que no había pasado ni un solo domingo en Londres los últimos veinticinco años, y Wesley Emerson, que no tenía nada que aportar excepto su ilustre presencia. El obispo iba de camino a Londres tras haber terminado la misa de vísperas. Maud, que había aprovechado el viaje en coche, estaba tocando el piano. Arriba, Ursula y la secretaria de Freddie estaban frenéticas escribiendo a máquina una y otra vez los borradores para luego imprimir las páginas ya aprobadas con el procesador de textos.

Taggie estaba en la cocina. Le había servido a todo el mundo paté y queso para almorzar y ahora estaba haciendo pollo al estragón para la cena de celebración. Ya se estaban cocinando a fuego lento cuatro buenos pollos cocidos con zanahorias y cebollas en los fogones. Había una salsa bastante complicada y arriesgada que se tenía que hacer después y que incluía yemas de huevo, nata y zumo de limón que podía cortarse con facilidad, pero al menos había encontrado estragón fresco tras haberse recorrido Notting Hill Gate de punta a punta esa mañana.

Pudo oír unos gritos de risa en la habitación de al lado.

—Tenemos que hacer un programa de sementales locales llamados «Cantos de alabanza a las pollas» —decía Janey Lloyd-Foxe —. Podemos empezar con Rupert, así no tendríamos que pagarle comisión.

—Rupert ya nos tiene cogidos por los huevos con la comisión que nos saca de todas formas —contestó Charles.

—Bueno, el programa también va sobre huevos —respondió Janey.

«Janey está preciosa», pensó Taggie. Rupert le había dicho que tenía cuarenta y pocos años, pero, excepto por las finas líneas a lápiz alrededor de sus pícaros ojos castaño oscuro, nunca se podría adivinar. El pobre Billy, su marido, estaba en el extranjero cubriendo el Torneo de Tenis de París para la BBC, y Janey había aparecido con una bebé monísima que era tan rolliza y sonreía y balbuceaba tanto que incluso los hombres querían cogerla en brazos. Y Janey era tan rubia y guapa y tenía aquellos pechos maravillosos tan bronceados tras haber pasado una semana en Portugal que a nadie le importó que la amamantara.

—Tengo una idea fantástica para un concurso —estaba diciendo ahora Janey—. Hay un panel y los concursantes deben adivinar de qué famoso se trata entrevistando al personal de limpieza que trabaja para él. Lo podemos llamar «Asistencia de la asistenta». La señora Makepiece nos puede contar algunas historias maravillosas de James Vereker, y sería fascinante que la señora Bodkin contara los tejemanejes de Rupert. La señora Bodkin trabajaba antes para nosotros —continuó Janey, cambiándose a la bebé al pecho derecho —. La primera vez que nos compramos un teléfono inalámbrico, lo encontró en nuestra cama y, como dio por hecho que era algún dispositivo erótico, lo ocultó con discreción en el cajón de mi ropa interior. Luego, cuando comenzó a sonar, Billy, que esperaba que lo convocaran para saltar en el equipo de Gran Bretaña, se volvió loco intentando encontrarlo.

Todo el mundo se murió de risa.

—¿No crees que es una idea brillante, Declan?

—No —contestó él, que ya adoraba a Janey—. La IBA pensaría que es muy despótico.

—Bueno, ¿y qué tal un *Dallas* inglés? ¿Un intercambio de mujeres en el triángulo real?

—Después —dijo Declan—, cuando consigamos la franquicia.

«Son todos muy brillantes e inteligentes», pensó Taggie con melancolía. Ella no había aportado nada. A Declan le gustaba decirle que «un ejército marcha sobre sus estómagos», pero ella estaba segura de que todo el mundo estaría igual de feliz si pedían comida india aquella noche, su padre solo le había pedido que cocinara para que se sintiera incluida.

En la casa de enfrente, un montón de gente joven estaba esparcida por la moqueta del salón bebiendo vino tinto y leyendo los periódicos del domingo. Si ella no lo seguía haciendo, perdería cada vez más la habilidad, como el no hablar francés. Necesitaba esforzarse más.

Estudió con detenimiento el libro con la receta de estragón, pero la mitad de las palabras estaban en francés. Le daba vergüenza tener que recurrir a una grabadora, así que cerró la puerta para que nadie pudiera oírla.

También le preocupaba Rupert. Cuando había aparecido antes, había estado muy tenso y se había negado a comer nada, y después se había enfadado porque se le había olvidado traer las camisetas. A pesar de no haberlo conocido antes, también le cayó mal al instante el profesor Graystock, que tenía el pelo negro y desaliñado, como una vieja de un mercadillo de segunda mano; una boca húmeda y sensual y una cara pálida, cerosa y sin forma.

—¿Por quién está de luto? —le preguntó Rupert a Taggie horrorizado.

—Creo que por nadie.

—Debe de estarlo. Mírale las uñas y el interior del cuello.

Entonces, Rupert se había largado, prometiendo que volvería más tarde con las camisetas. Taggie estaba segura de que no se estaba cuidando en condiciones. Si el pollo le salía bien, puede que comiera algo esa noche.

A las ocho en punto, se abrió la primera botella de Bollinger mientras aguardaban a que el borrador final estuviera listo. Declan acababa de reescribir la última página para darle a todo un estilo uniforme. Ursula y la secretaria de Freddie estaban ocupadas recopilándolo todo y Freddie y Declan ahora estaban doblando unas circulares confidenciales para Harold White, Georgie Baines, Charles, Seb y Billy como jefes de varios departamentos y las estaban metiendo en sobres.

—Es una pena que no podamos añadir a Cameron Cook —suspiró Freddie.

—Rupert ya habría llamado si tuviera algo que contarnos —respondió Declan, que prefería que no sucediera.

La dama Enid y Maud, ambas a buena distancia, ahora estaban tocando duetos. El lord teniente había perdido tanto dinero con Bas que era posible que tuviera que vender otra pintura prerrafaelita, pero se lo estaba pasando en grande. Había muchas mujeres guapas que admirar y todos eran unos tipos estupendos, además, Rupert le había prometido que le presentaría a Joanna Lumley muy pronto.

Janey, que no paraba de beber Bollinger, estaba dando el pecho de nuevo.

—Madre e hija, qué estampa tan bonita —dijo el obispo, que acababa de llegar.

—Mucho más que la de Deirdre Mataprogramas y su niñato desagradable —le comentó Georgie Baines a Seb Burrows.

—Por favor —soltó Charles Fairburn débilmente.

—Esa bebé está bebiendo Bollinger puro —dijo Bas—. Por eso está tan animada.

—Espero que todo nuestro dinero no se despilfarre en champán —comentó el profesor Graystock, que iba por su cuarta copa.

—No se está malgastando —contestó Taggie enseguida—. Rupert lo ha pagado todo.

Ayudada por Seb, estaba sacando unos platos grandes de pollo al estragón y ensalada de arroz. La había preocupado mucho que la salsa no le saliese, pero, por suerte, se había espesado al enfriarse.

—Esto tiene una pinta estupenda, Taggie. Ojalá te cases conmigo cuando sea mayor —dijo Bas, que ahora estaba repantingado en el sofá con Janey y una botella entera de champán.

—Esta ensalada de tomate es de otro mundo —comentó Seb mientras llevaba la ensaladera.

A Taggie le gustaba Seb. Tenía buen cuerpo, fornido sin ser gordo; el pelo castaño claro y espeso, corto por detrás y largo por delante, y unos ojos gris pizarra muy directos, además, era tan alto como ella.

Cuando el Big Ben dio las nueve, las solicitudes estaban listas: cuarenta copias de páginas mecanografiadas y encuadernadas con anillas. En la portada, bajo la cubierta de plástico, había un dibujo de un chico muy guapo con una mano en la frente situado en las letras mayúsculas de «T» y «U» de la palabra *Venturer* sobre un

fondo cerúleo claro. En la parte posterior, también protegido por una cubierta de plástico, había un exquisito mapa de la zona que había hecho Caitlin pintado con acuarela y que incluía las ciudades y los pueblos, con pequeños dibujos de las casas más relevantes, donde todos los futuros directores de Venturer vivían, y con flechas azul claro que convergían en Cotchester. Había costado mucho fotocopiarlo, pero creyeron que merecía la pena.

Todo el mundo se volvió loco de la emoción mientras se sentaban a leerla, por fin tenían en sus manos la prueba tangible de que estaba sucediendo de verdad.

—No derraméis las bebidas encima, joder —dijo Declan.

—Está muy bien, Declan —comentó Harold White—. Me había olvidado de lo bien que escribes. Me encanta la parte de «moquetas muy gruesas y despachos insonorizados en la planta de los directores de Corinium para que lo único que se pueda oír sea el ligero susurro de los monederos llenándose».

—A mí también me gusta esa parte —respondió Declan, sonrojándose.

—Y a mí me gusta este fragmento sobre los noticieros locales de Corinium presentados por «narcisistas pretenciosos vestidos en tonos pastel» —soltó la dama Enid—. A ese pelmazo de Vereker no le va a gustar nada.

—Espero que no nos puedan denunciar por eso —dijo el profesor Graystock con seriedad—. ¿Estás seguro de que hubo un campamento romano en Whychey?

—Sí —respondió Declan.

—Me gusta mi casa de campo —comentó Marti Gluckstein mientras examinaba el mapa—. Debería ir a verla alguna vez. ¡Auch!

—gritó cuando Freddie le dio una fuerte patada en el tobillo.

—Lo siento, pero Declan cree que te pasas los fines de semana allí —susurró Freddie.

—A mí me gustan vuestras ideas de programas religiosos —dijo Janey mientras sonreía al obispo, que se puso muy colorado.

Declan vio que todos tenían las copas llenas y se puso de pie.

—Me gustaría daros las gracias por atreveros a uniros a Venturer y por todo el trabajo duro que habéis hecho hasta ahora. Pero, os aviso, esto solo ha sido la parte fácil. Una vez que salga a la luz que estamos licitando contra Corinium, Tony Baddingham va a hacer todo lo posible por desacreditarnos y sacarnos los trapos sucios. Nuestra única esperanza es mantenernos unidos y confiar los unos en los otros. —Sonrió a todo el mundo—. Hoy es un día de mucho orgullo para mí. Alcemos nuestras copas.

—¡Un hurra por Venturer! —exclamó Henry Hampshire y, sorprendentemente, todos siguieron su ejemplo sin pensarlo.

—Debería componer un himno de guerra para Venturer para que lo grabáramos —dijo la dama Enid.

—Espero que sea mejor que el ciclo de canciones que acaba de escribir —murmuró Seb a Taggie—. Suena a un montón de gatos machos sin castrar siendo estrangulados por el elástico de unas bragas. Este pollo es una obra de arte, como la solicitud de tu padre —continuó—. ¿Puedo tomar más?

Todos dieron un respingo cuando sonó el timbre.

—No puedo dejar de pensar que es Tony con una horca —soltó Georgie Baines nervioso.

Pero solo era el hombre con las camisetas, y, una vez más, todo el mundo se volvió loco y se las puso, incluidas la bebé y Gertrude.

Eran lo bastante holgadas, pues se habían pedido según las instrucciones de Caitlin, para que les cupiesen a la dama Enid y a Charles Fairburn, e incluso el obispo se puso una por encima del alzacuello. Janey se remetió la suya por los pantalones para poder enseñar sus largas piernas bronceadas y, tras mucho insistirle, Taggie hizo lo mismo.

—Son mucho mejores que las camisetas de Corinium —dijo Seb encantado—. Son amarillo crema con las palabras «Corinium se preocupa» escritas por delante. Tony descartó poner el logo del carnero de Corinium porque era demasiado libidinoso.

Bebieron más champán y comieron más comida. Entonces, llegó el fotógrafo.

—¿Dónde coño está Rupert? —preguntó Declan malhumorado.

—Creo que deberíamos proseguir y tomarnos la foto sin él —comentó Freddie en voz baja—. Lord Smith ha enviado lo suficiente para hacer flotar el Queen Elizabeth 2 y Wesley está a otra cosa, y se suponía que iba a volver a Leeds esta noche para empezar a las once.

—Espero que vaya mañana temprano —respondió Declan—. No quiero que lo arresten el día en el que se entreguen las solicitudes.

Bas y Janey aún estaban nariz con nariz en el sofá, la bebé se había quedado dormida en los brazos de Bas.

—Juntaos todos para la foto —gritó Freddie.

Seb sacó a Taggie de la cocina. Ella odiaba las fotos en grupo. Siempre era más alta que la mitad de los hombres.

—Tú eres tan parte de Venturer como todos los demás —le dijo Seb.

Taggie se sentó en el sofá, con Gertrude encima de las rodillas, enojada por llevar una camiseta de niño puesta, con Maud a un lado y Janey con la bebé al otro. Bas se puso de pie detrás de Janey. Taggie se percató enseguida de que le estaba acariciando el cuello a Janey con aquellos dedos bronceados y apartó la vista al instante.

—Alisad las camisetas para que se vean todos los *Venturer* —dijo el fotógrafo—. Miradme con una sonrisa, por favor. ¿Puedes hacer que el perro levante las orejas? ¡Estupendo! Sonreíd, por favor.

Dos minutos más tarde, el fotógrafo seguía disparando y Taggie profirió un chillido de dolor cuando Gertrude saltó de sus piernas descubiertas ladrando furiosa al ver a Rupert entrar por la puerta.

«Tiene la misma mirada triunfante en la cara que solía tener en el pasado cuando uno de sus caballos ganaba una gran categoría y lo sacaba de la pista montado en él y dándole en el cuello palmaditas de alegría. Hacía años que no lo veía así», pensó Janey.

Rupert se detuvo en el quicio de la puerta.

—Señoras y señores —dijo arrastrando las palabras—, permítanme presentarles a la jefa de Ficción de Venturer.

Taggie soltó un grito ahogado, horrorizada; Harold White se puso blanco. Seb, Georgie y Charles a punto estuvieron de saltar por la ventana acojonados cuando Rupert se volvió y le pasó un brazo por los hombros a Cameron en un gesto de posesión y la hizo entrar en la sala.

Ella parecía muy pálida y tímida, pero guapísima, con el rostro extrañamente relajado por el amor.

Maud rompió el silencio sepulcral. Durante meses, a pesar de las negativas de Declan, había sospechado que Rupert tenía una

creciente preferencia por Taggie. Era lo único que no podía soportar. Alegre, aceptó con satisfacción que mostrara en público su nuevo afecto por Cameron. Se adelantó enseguida y los abrazó a ambos.

—Enhorabuena, queridos. Ahora estoy convencida de que Venturer va a ganar la franquicia.

—No estéis tan preocupados —dijo Rupert, burlándose horrorizado del contingente de Corinium—. Podemos confiar en Cameron. Su nombre se va a poner en la nota confidencial como el del resto de vosotros y va a seguir trabajando en Corinium hasta diciembre.

Charles decidió sacar el máximo provecho de la situación.

—Bienvenida a Venturer, querida —dijo dándole un beso a Cameron.

—Hostia puta —murmuró Seb a Georgie.

—Mira cómo está observando a Rupert —dijo Georgie—. Ha conseguido que ella esté justo donde él quería.

—Siempre y cuando él siga queriendo acostarse con ella —contestó Seb, sacudiendo la cabeza.

La bebé de Janey se despertó de buenas a primeras y empezó a berrear como una loca.

—A lo mejor tiene resaca —comentó Bas.

El champán volvió a circular al instante. Cameron estaba ahora sentada en el sofá, hojeando el documento de solicitud con una mano y aferrada a la de Rupert con la otra.

—¿Por qué está Taggie llorando en la cocina? —le preguntó la dama Enid a Maud.

—Supongo que querrá poder leer la solicitud de su padre como los demás —explicó Maud sin darle importancia—, pero es disléxica, ¿sabes?

—Pobrecilla —contestó la dama Enid—. Es buenísima cocinera. Voy a repetir por segunda vez.

Seb le puso un brazo a Taggie alrededor en la cocina.

—¿Estás bien, nena?

—Sí —murmuró sonándose la nariz con un paño de secar los platos—. Creo que solo estoy cansada.

—Tu solicitud es deslumbrante —dijo Cameron mientras iba detrás de Declan a la mesa de las bebidas, donde él estaba abriendo otra botella—. Muchísimo mejor que la nuestra. Si tenía la más mínima duda de unirme a Venturer, se me ha ido al leerla. También espero que Rupert no te haya obligado a aceptarme.

—No quiero que haya abusones —contestó él mirándola—. Uno es tan bueno como su grupo de trabajo lo es, no lo olvides jamás.

«Voy a tener que ganármelo a base de pico y pala», pensó Cameron, pero lo único que verdaderamente importaba era que Rupert la quería.

Freddie dio unas palmadas.

—Vamos a hacernos la foto final.

—Venga, Cameron —dijo Charles, blandiendo una camiseta.

—No sé si debería aparecer —balbuceó Cameron, pues de pronto se dio cuenta de la prueba tan comprometedora que sería.

—Póntela —soltó Declan.

Charles le metió la camiseta por la cabeza y, una vez más, se juntaron todos. George y Seb tomaron posiciones a ambos lados de ella, con Charles detrás.

—Aseguraos de que *Venturer* se lea claro en las camisetas y sonreíd todos —dijo el fotógrafo.

—Vamos a dejar algo igual de claro que lo que pone en estas camisetas, señorita Cook —farfulló Georgie mientras miraba a la cámara.

—Si nos vendes a Tony, te vendemos a ti —respondió Seb, que también estaba mirando a la cámara.

—Y no lo olvides, hay más de doscientos días hasta el 15 de diciembre en los que se puede ir de compras —remató Charles.

Como Venturer convocó una rueda de prensa la tarde siguiente, Declan se quedó esa noche en la casa de Freddie, y Taggie llevó a su madre y a Gertrude de vuelta a Penscombe justo después de medianoche.

Maud estaba borracha y no paraba de repetir lo amable que era Janey, el giro de guion que había sido que Rupert se hubiese enrollado con Cameron y que si Taggie creía que él le habría pedido matrimonio o que se mudara a Penscombe o algo. Taggie le contestó con monosílabos, y, por suerte, cuando pasaron la salida de Reading, Maud se quedó dormida por la borrachera.

Entonces, Taggie procedió a darse una buena charlita. ¿Por qué coño se sentía tan desgraciada? Rupert estaba tan lejos de ella como las inmensas estrellas que cubrían el manto negro del cielo, y estaba claro que él era inmune a su amor. Era como los estúpidos flechazos adolescentes por estrellas del pop o actores, alguien con quien soñar cuando estabas acostada en la cama o paseando por el bosque.

Seguro que Rupert había sido amable con ella porque echaba de menos a sus hijos. «El collar de plata, el regalo de San Valentín de Gertrude, el huevito de Pascua… todos eran regalos que se le podían

hacer a un niño», se dijo a sí misma con firmeza. Y que le hubiera dicho que nadie podía resistirse a ella (Taggie deseaba poder memorizar las recetas y cómo se deletreaban las palabras con la misma facilidad con la que recordaba cada conversación que había tenido con él) no era nada más que el tipo de cosa que se le suele decir a cualquier muchacha. Cameron era guapa, brillante, sofisticada y fuerte. Taggie estaba segura de que solo le caía mal porque había cabreado a Declan y le había hecho mucho daño a Patrick, pero Rupert no toleraría ninguna tontería, así que igual eran bastante compatibles.

Un minuto después, sintió cómo una nariz helada le rozaba el codo y alargó la mano para acariciar a Gertrude, que se coló hacia la parte de delante por el freno de mano hasta que se pudo subir a las rodillas de Taggie y sentarse con un suspiro de martirio.

Taggie sabía que no podía permitir que Gertrude se tumbara ahí, sobre todo en la autopista, que era muy peligroso, pero necesitaba consuelo. No es que considerara que la felicidad era un derecho, pero el horrible estupor de ver a Cameron y Rupert tan evidentemente enamorados esa noche la hizo percatarse de lo feliz que había sido sin darse cuenta desde San Valentín, cuando Rupert comenzó a pasarse por Priory cada vez que iba a su casa. A pesar de la charla consigo misma, no creía haberse sentido más infeliz en su vida.

31

Al mediodía se cerró el plazo. La oficina de información de la IBA tuvo entonces tres horas y media frenéticas para revisar las solicitudes y sacar los nombres y las direcciones de los participantes para emitir un comunicado de prensa a las tres y media.

En Cotchester, tres de los cuatro topos de Corinium se quitaron de en medio. Charles Fairburn se había ido al Bosque de Dean para pasar dos días en una orden de clausura en teoría para entrevistar a monjes. Georgie había cogido un avión a Manchester para ver a un importante cliente de alimentos para mascotas. Cameron había desaparecido en un rodaje en Stow-on-the-Wold y había dejado instrucciones estrictas de que no la molestaran. Seb Burrows, como era un buen reportero y además no quería perderse el espectáculo, se quedó en la redacción.

El personal de Corinium que no tenía nada que ver con la licitación de Venturer también estaba muy ocupado. James Vereker se había escapado a casa con Sarah Stratton para alargar la hora del almuerzo. Daysee Butler, que últimamente había estado saliendo mucho por las noches y no había visto la televisión, estaba leyendo las novedades de las telenovelas en el *Mail* mientras tomaba el sol

en biquini en el recinto de la catedral. Tony Baddingham y Ginger Johnson estaban dando un almuerzo en la sala de juntas con los coproductores franceses de *Polizona*, que acababan de vendérsela a la NBS y a la BBC. Todos coincidieron en que menos mal que no habían matado al guapísimo pirata que hacía de villano, pues ya estaban preparando una segunda temporada.

A Tony le encantaba almorzar con europeos, ya que ellos sabían apreciar una buena comilona y un vino de Burdeos decente en comparación con los yanquis, que parecían adictos a la comida para conejos y a la Perrier.

A las cuatro menos cuarto, Tony estaba de vuelta en la oficina. En apenas media hora, se le habría pasado la cogorza y estaría considerando a quién acosar. Ahora tan solo sentía cómo la lujuria le corría por las venas con todos esos árboles verdes claros y las chicas semidesnudas de piel pálida estirándose entre los ranúnculos. La primavera siempre le alteraba la sangre. Como no había pasado el fin de semana con Cameron, decidió ir a verla tras la cena con la Cámara de Comercio de esa noche, un evento que no tenía más remedio que aguantar un año de franquicia.

Todavía excitado, estaba a punto de llamar a Sarah Stratton para hablar de su posado con un cordero para un póster de «Corinium se preocupa» cuando la señora Madden le dijo por el interfono:

—Barney Williams de *The Telegraph*, lord B. Quiere hablar de la franquicia.

—Pásamelo. —Tony sacó un puro de la caja que tenía en el escritorio y se reclinó relajado en su silla de cuero, preparándose para ser generoso con la patética licitación de Mid-West.

Barney Williams fue derecho al grano.

—¿Sabías que Declan O'Hara ha presentado una solicitud en contra?

Tony se rio a mandíbula batiente.

—¿Qué broma es esta?

—No es una broma.

—¿Quién más está con él?

—Rupert Campbell-Black, Freddie Jones.

—¿Cómoooo?

El sonido que hizo parecía el de un enorme roble estrellándose contra el suelo. Incluso a través de las puertas insonorizadas, la señora Madden pegó un brinco al otro lado de la puerta. Después, Tony se acercó al interfono:

—¡Señora Madden! —gritó—. Apunta estos nombres. ¿Quién más? —le preguntó a Barney.

—Henry Hampshire, el obispo de Cotchester, Marti Gluckstein.

—Pero si nunca ha puesto un pie en Gloucestershire.

—Está claro que tiene una casa de campo para pasar los fines de semana. Janey Lloyd-Foxe, la dama Enid Spink, lord Smith.

—No puede unirse. Es miembro del sindicato.

—Ya no, acaba de dimitir. Crispin Graystock. Wesley Emerson, aunque es el único que no es de renombre. Los demás son peces bastante gordos, la verdad. Ah, sí. También está tu hermano Bas. Un poco Jacob y Esaú, ¿no?

Tony soltó un silbido grave que parecía un suspiro.

—¿No tenías ni idea? —le preguntó Barney.

—No.

—¿Y todos son amigos tuyos?

—Lo eran.

—Van a convocar una rueda de prensa en Londres a las cuatro y media. ¿Harás lo mismo o me vas a dar una exclusiva ahora?

—¡No tengo nada que decir hasta que hable con mi junta!

Tony colgó el teléfono de un golpe. ¡Cabrones! ¡Traidores! Todos y cada uno de ellos. Los había acogido en su casa y así se lo pagaban. ¿Qué mierda de equipo de redacción tenía? El rugido de toro enloquecido que soltó se pudo escuchar por todo el pasillo.

—¡Ginger, Cyril, Georgie, Cameron, Charles! Venid ahora mismo.

—Georgie está en Manchester —respondió la señora Madden— y Cameron está en un rodaje.

—Pues que vuelvan.

Ginger Johnson pensó que a Tony le iba a dar un infarto. Estaba colorado y le abultaban las venas de la frente como si fueran serpientes enormes. Parecía que estaba a punto de salirse de sus casillas. Ginger quería el trabajo de Tony, pero no hasta que tuvieran la franquicia asegurada.

—¿Qué coño pasa?

Tony estaba tan cabreado mientras iba de aquí para allá con los puños apretados y la espuma borboteándole de la boca que apenas podía decir una palabra. Se equivocó de extremo al encender el puro y lo lanzó por la ventana. Sin quitarle el tapón, intentó echarse un whisky bien cargado y, acto seguido, estampó la botella contra el suelo.

—¿Cómo se hacen llamar? —preguntó Cyril Peacock, que estaba tomando las inevitables notas.

—Venturer. O más bien aventureros aprovechados, ¡todos y cada uno de ellos! ¡Joder, los voy a hacer picadillo! ¡Voy a acabar con ellos!

Ginger se acercó al mueble bar y le sirvió a Tony una buena copa de brandi. También le preocupaba la posible pérdida de ciento veinticinco millones de libras, pero, como no tenía ninguna *vendetta* personal con ninguno de los miembros del equipo de Venturer, no sintió la paranoia de Tony ni tampoco la intensa sensación de haber sido atacado a conciencia.

La señora Madden habló por el interfono:

—Tengo a *The Sun*, lord B., y…, un momento…, Beryl dice que el *Mirror* está en la otra línea.

—Diles que lord B. está en una reunión y que vuelvan a llamar dentro de media hora —contestó Ginger tomando la iniciativa—. No hables con ellos de momento —añadió dirigiéndose a Tony—. Tranquilízate. Lo más importante ahora mismo es no demostrar lo alterados que estamos. Déjale la difamación a Venturer. Tenemos siete meses para darles una paliza. El único enfoque posible ahora es actuar como un atleta olímpico. Esos peleles me quieren tocar las narices y apenas me están haciendo cosquillas.

—¿Deberíamos convocar una rueda de prensa?

—Desde luego que no. No valen la pena. ¿Para qué enseñarles que nos dan miedo?

Abajo en la sala de redacción, Seb Burrows contestó al teléfono. Eran de la ITN.

—Hola, Seb. Madre mía, ¡menuda noticia!

—¿A qué te refieres? —contestó Seb con inocencia.

La ITN se lo dijo.

—¿Sabías algo de esto?

—Nadie tenía ni idea. ¡Joder!

—¿Puedes entrevistar a Tony para las noticias de las seis menos cuarto?

—Lo intentaré, pero no creo que esté de humor para eso.

Sin embargo, para asombro de Seb, Tony aceptó. Para cuando el personal se reunió en el despacho de Tony, todos los premios que Corinium había ganado estaban colocados en la estantería o colgados en la pared que había detrás de Tony, incluidos los EMMY y los BAFTA que habían robado del despacho de Cameron.

La tormenta anterior se había calmado; ahora Tony tenía una furia helada. Hasta había sacado del jarrón del escritorio un clavel rosa salmón y se lo había puesto en el ojal.

—¿Cómo te ha sentado la licitación de Venturer? —preguntó Seb.

Tony esbozó una enorme pero algo despectiva sonrisa.

—Bueno, todos son buenos chicos, todos muy buenos amigos míos. Estoy seguro de que habrá muchos logros en su solicitud, pero, la verdad, prefiero centrarme en las cosas que está haciendo Corinium. Como, por ejemplo, los planes que tenemos para un estudio de diez millones de libras cerca de Southampton, lo que conllevará cuatrocientos puestos de trabajo nuevos, y la inversión de dos millones en equipamiento nuevo en Cotchester, lo cual nos permitirá hacer programas aún mejores y afrontar con plena confianza el reto del cable y el satélite. Hemos ganado innumerables premios durante los últimos años. —Señaló con una mano los trofeos que brillaban a sus espaldas—. Tenemos un servicio de noticias locales excepcional y hacemos programas de calidad, y eso es todo.

«No voy a sacar nada por ahí», pensó Seb.

—La gente dice que Declan O'Hara y tu hermano Basil llevan compinchados en tu contra desde que Declan se marchó el pasado marzo con tanto revuelo.

Tony se miró las uñas.

—Ah, ¿sí? —dijo con otra sonrisa de oreja a oreja.

«Vaya pregunta más tonta», pensó Seb, reprendiéndose mentalmente a sí mismo.

—¿Estabas al corriente de que pensaban presentar una solicitud?

—En absoluto. Les deseo suerte. Sería una carrera aburrida si no tuviera otros contrincantes, pero eso no mella mi confianza.

—¿Qué consorcio te preocupa más? ¿Mid-West o Venturer?

—Ninguno. Felicito a Venturer por presentar una solicitud con tan poco tiempo y con tanto secretismo. Me interesará mucho ver qué contiene a su debido momento.

—¿Y no sientes ni pizca de rencor hacia Freddie Jones, Rupert Campbell-Black y Henry Hampshire, que han disfrutado de tu hospitalidad?

—Ninguna —respondió Tony riéndose como si la idea nunca se le hubiera pasado por la cabeza—. Corinium tampoco tiene ningún deseo de verse envuelto en difamaciones. Dejemos que *La paloma Pamela*, que ha ganado hace poco un BAFTA, sea símbolo de nuestra compañía, no combativa pero sí victoriosa.

En el segundo en el que la cámara dejó de grabar, a Tony se le borró la sonrisa de la cara.

—Ahora largaos todos, pero vuelve cuando termine *Resumen de Cotswold*, Seb, y tráete a James Vereker contigo.

Cameron ignoró las llamadas de Tony para que volviera de inmediato y se empeñó en continuar con la grabación hasta el descanso del té de las cuatro y media. Era vital ser tan mandona como de costumbre para que Tony no sospechara nada. Mientras conducía por el verdor angelical de la primavera con la capota del coche bajada, oyó un adelanto de las noticias de las cinco y media que decía que Declan O'Hara, tras la pasada megadisputa con Corinium en marzo, pretendía vengarse ahora de Tony presentándose como rival para Corinium. También se mencionó a Rupert, Freddie, la dama Enid, el obispo, Wesley, lord Smith y Janey. Cameron aguardó muerta de miedo por si dejaban caer su nombre al final.

Todavía seguía en un estado de conmoción desde el fin de semana. Cuando se largó corriendo de casa de Rupert el sábado, se fue derecha a su casa y llamó a Tony a la suya, algo que él le había dicho que no hiciera jamás, y enseguida respondió Monica. Se acordó de que Tony tenía la coproducción con los franceses el fin de semana, que seguro que estaban impactados con el tramo de narcisos marchitos de Monica en esos momentos, y colgó. Las siguientes cuatro horas se las pasó en cuclillas sin parar de temblar en su habitación, con el teléfono descolgado, las puertas cerradas y sin responder al timbre con todo tipo de pensamientos torturándola ante la perspectiva de vivir sin Rupert. El anhelo se intensificó tanto que el domingo por la tarde cuando él rompió el cristal de la ventana de atrás, se coló dentro, subió las escaleras y la estrechó entre sus brazos diciéndole que no podía seguir sin ella, el alivio de tenerlo de vuelta fue tan inmenso que la hizo aceptar cualquier cosa. Se uniría a Venturer y se quedaría en Corinium para espiar a Tony.

—Ser un topo es mejor que ser la querida —le había dicho Rupert cuando la dejó en Hamilton Terrace a las cuatro de la madrugada. A saber cuándo podría dormir alguno de los dos.

Pero la hora de la verdad había llegado. Se había tirado todo el día echándole la bronca al reparto por actuar mal. Ahora ella misma se iba a tener que dar un BAFTA por su actuación. Al menos, había escuchado el boletín informativo, así que no tendría que fingir sorpresa absoluta cuando viese a Tony.

Sin embargo, cuando llegó a su plaza de aparcamiento en Corinium y leyó el letrero «Cameron Cook, controladora de Programas», pensó que deberían cambiar las tres últimas palabras y poner «traidora» en su lugar.

Llegó al despacho de Tony justo antes de las noticias principales de la BBC. Estaban dando los anuncios en la ITV con el sonido quitado. Tony, Ginger y Cyril estaban viéndolos. Cameron se acercó directamente a Tony y lo abrazó.

—Lo siento mucho, lo he escuchado en la radio. Menudos traidores, pero Freddie y Bas se llevan la palma.

—¿A Bas lo han mencionado en la radio? —preguntó Cyril con el lápiz preparado—. ¿En qué emisora?

—No me acuerdo —se apresuró a responder Cameron—. Algún boletín local, pero estaba cambiando de emisora para ver de qué me enteraba.

«Joder, eso ha estado cerca», pensó mientras iba hacia el mueble bar y se echaba un vodka con tónica cargado. Debía tener cuidado también con el alcohol, estaba muy cansada y se le podría escapar algo. ¿Cómo cojones había mantenido en secreto Guy Burgess sus

afiliaciones comunistas durante tanto tiempo si siempre estaba cabreado?

La BBC se hizo eco de la historia. Aparte de un tiempo estupendo, tampoco hubo muchas más noticias. Tras una introducción sobre los contendientes que estaban ahora dando vueltas en el *paddock*, fueron del tirón a la rueda de prensa de Venturer. Como no quería que Tony le viera la cara, Cameron se colocó detrás de él y se reclinó contra la pared con la mano sobre su hombro. Parecía bastante tranquilo, pero podía notar la tensión en sus músculos. Tenía un tic en la mandíbula y el clavel del ojal se había marchitado ya, seguro que envenenado por el veneno de Tony.

El equipo de Venturer se veía fantástico. Declan había sido tan borde la noche anterior que no se había fijado bien en lo guapo que estaba con ese bronceado de haber estado sentado en el jardín escribiendo la solicitud. La mitad de las arrugas parecían haberle desaparecido de la cara. Y allí estaba Rupert riéndose con Janey, que parecía fresca como una lechuga, y eso que el día anterior se había pasado bebiendo. Rupert le dijo a Cameron que Janey era la única persona de la que nunca podría sentirse celosa, pero apartó la mano del hombro de Tony por si acaso la apretaba sin querer. Rupert estaba espléndido también. Joder, era guapísimo. Pensó, mientras se bebía un trago enorme de vodka, que se le derramó por la cara, que en cualquier momento se despertaría. También había un gran contingente de prensa. La gente estaba de pie en las mesas, peleando por un poco de espacio.

—¿Has licitado por la franquicia de Corinium, Declan? —preguntó la BBC.

—Queremos crear una compañía que de verdad sea local —respondió Declan—. Y queremos hacer programas que sean la hostia.

—¿Y que os hagan ganar una fortuna? —preguntó el *Mirror*.

Todo el mundo se rio. Declan esbozó una sonrisa.

—Eso también. Así podremos hacer programas aún mejores.

No obstante, no se tardó en lanzar dardos envenenados.

—Corinium ha perdido su toque con el público y la región. Necesitan un buen cambio radical —comentó Rupert.

—Después de ocho años en el negocio —añadió Freddie—, me parece alucinante que Tony B. solo haya decidido construir un estudio cerca de Southampton.

—Yo salí en *Resumen de Cotswold* hace poco —dijo la dama Enid con una voz atronadora—. Me entrevistó un mariquita que parecía un pastelito —le guiñó el ojo a Declan— y que no tenía ni puta idea de lo que estaba hablando. Fue el peor programa en el que he estado nunca.

—¿Por qué se ha unido usted, obispo? —le preguntó el *Catholic Herald*.

—Hoy en día, la televisión es un factor clave en la calidad de vida, la comunidad y el establecimiento de los valores cristianos —respondió el obispo con convicción—. Espero contribuir a que Venturer haga que la televisión sea más inspiradora y disfrutable. —Meneó un dedo—. Una cosa no quita la otra, ¿saben?

Al darse cuenta de que el obispo estaba dispuesto a ponerse a dar un sermón, Rupert lo interrumpió.

—El obispo opina lo mismo que yo, que en la programación de Corinium hay demasiado sexo y demasiada violencia.

—¡Será hipócrita el tío! —bramó Tony.

—Estoy muy de acuerdo —coincidió el obispo—. En *Cuatro hombres al grano*, los jóvenes se acuestan cada dos por tres con otros jóvenes y se ve que no toman ni precauciones.

—El historial de ficción de Corinium en general es horroroso —añadió Janey.

—Puta —siseó Cameron sintiéndose traicionada de verdad—. ¡Cómo se atreve!

—Por supuesto, hay muy buenas personas trabajando en Corinium —dijo Declan—, pero las frena una dirección avariciosa e incompetente.

Tony le dio una calada al puro y los nudillos de la mano izquierda se le pusieron blancos al apretar el abrecartas de plata del escritorio como si fuera un puñal. Los garabatos de Cyril se volvieron más estrafalarios.

—Como he trabajado en Corinium siete meses —prosiguió Declan —, sé bien cómo de mal están las cosas.

—¿Eso no es denunciable? —preguntó Ginger cabreado.

Pero Tony le pidió con la mano que se callara porque *The Star* le estaba preguntando a Declan a quién más pensaba robar Venturer de otras compañías.

Declan sonrió de nuevo.

—Contamos con una serie de personas de increíble talento que asumirán la dirección de varios departamentos en cuanto ganemos la franquicia —respondió—, pero como trabajan para la ITV o la BBC, no podemos decir sus nombres.

—¿Qué opináis de Mid-West, vuestro otro rival? —preguntó *The Sun*.

Rupert soltó una carcajada.

—Pues, a ver, la semana pasada anunciaron en el periódico local que buscaban ideas para programas —contestó—, así que deben de estar faltos de imaginación, y como su as bajo la manga regional es un profesor de Geografía que nunca ha estado en Londres, creo que podemos decir que no nos sentimos muy amenazados.

Estaba claro que la BBC pensaba que ya le habían dado suficiente cobertura a Venturer, así que pasó al maravilloso tiempo que hacía.

Tony cambió de inmediato a *Resumen de Cotswold*, que estaba anunciando un informe en teoría imparcial sobre la existencia de dos aspirantes a la franquicia de Corinium, y luego pusieron la entrevista completa de Tony con Seb. Justo después, James Vereker enlazó diciendo que Declan debía de conocer ya a Rupert cuando lo entrevistó para Corinium.

El siguiente fragmento pertenecía al programa en el que Declan citaba al parlamentario de Gloucestershire que describía a Rupert como «un virus bastante desagradable que todas las esposas contraen tarde o temprano». Y Rupert respondía: «Si vieras a su mujer, ya te digo yo que sería más bien tarde».

Por último, pusieron las preguntas que Declan le hizo a Rupert sobre si pensaba cortarse un poco a causa del sida y él le contestó que renunciaba al sexo casual por Cuaresma. Sin ningún otro comentario al respecto, el programa pasó a un reportaje sobre campos de juego.

—Eso es ofensivo —dijo Cameron enfadada—. No se debería haber sacado de contexto ese fragmento.

—A la IBA no le va a gustar ni una pizca —agregó Ginger sacudiendo la cabeza.

—Yo no lo he autorizado —se apresuró a mentir Tony—. No puedo evitar que mi equipo de redacción se muestre protector y salga en mi defensa.

A Cameron le entraron náuseas. Iba a resultar mucho más turbio y complicado de lo que ella pensaba. Las cosas empeoraron cuando Seb y James aparecieron después de *Resumen de Cotswold*. Tony, que había entrado en su modo más profesional, dijo que su objetivo principal debía ser escarbar para encontrar toda la mierda posible de Venturer y que otros se encargasen de filtrar las historias.

—Tenemos que parecer transparentes por encima de todo. Aquí está la lista de su consorcio. —Tony les pasó las copias a James y a Seb—. Declan no tenía ni un penique cuando dejó Corinium. ¿Cómo es que ahora tiene liquidez de nuevo? Investigad cualquier relación con el IRA. Su mujer es una fulana. Comprobad si hay algo de lo que tirar por ahí.

—Rupert es ministro del Gobierno —comentó Ginger—. Eso está fuera de lugar. Podría influir en la primera ministra para que presionara a la IBA y le diera la franquicia a Venturer.

—Genial —replicó Tony—. Llama a Paul Stratton, Ginger. Odia a Rupert. Haz que pregunte en la Cámara. Y, Seb, averigua con quién se está acostando Rupert. Seguro que ha cambiado de amante. Se tira a todo lo que se mueve, o más bien, se queda quieto. Antes se acostaba con Sarah Stratton, quizá lo siga haciendo. Habla con ella.

Seb no se atrevió a mirar a Cameron. De pronto, sintió mucha pena por ella.

—A lord Smith le van demasiado los antros de libertinaje para ser socialista —continuó Tony—. Tiene una casa con cinco dormitorios y un coche muy bonito. Mira a ver si ha estado usando fondos del

sindicato. Graystock también es rojo. Investigad si tiene alguna relación con los comunistas. También está divorciado, tiene una segunda casa y ha mandado a su segundo hijo a un colegio privado. Seb, pásate por la universidad y entérate de si alguna vez ha tonteado con sus alumnas o ha dejado embarazada a alguna.

—Lo mismo digo de la dama Enid —dijo Ginger con una risa seca y carente de diversión—. Seguro que está molesta porque este año vamos a transmitir una ópera de Michael Tippett y no una de las suyas.

—Puede ser —coincidió Tony—. Esa es una buena historia para filtrarla a las columnas de cotilleos. Y seguro que el obispo de Cotchester ha tenido algo en su momento con algún niño del coro. —Pasó el dedo por la lista—. Henry Hampshire es un pervertido de cuidado, vigiladlo. Janey Lloyd-Foxe es una puta. Dejó a Billy un tiempo y luego se largó con uno de sus patrocinadores, y siempre están arruinados. Seguro que hay algún trapo sucio ahí. Con Wesley Emerson lo tenemos fácil. Siempre está colocado o follando. No tenemos más que esperar el momento adecuado para filtrar una historia jugosa.

Ginger sacudió la cabeza.

—Aquí tenemos que tener cuidado. Wesley es como un héroe local, la gente le perdonará lo que sea. Ha derribado cinco *wickets* hoy y es el único que lo ha logrado.

—Manda a Sarah Stratton a que lo entreviste —dijo Tony—. Seguro que eso funciona.

El estómago de James dio un rugido tremendo; su almuerzo prolongado con Sarah de ese día no había incluido comida.

—Creo que deberíamos tener cuidado o daremos la imagen de que Corinium no se preocupa —comentó pálido.

—Estoy de acuerdo —coincidió Cameron, que también se había puesto muy blanca—. ¿No podemos seguir con lo nuestro tal y como has dicho? Somos mejores que ellos. Parece de mal gusto rebajarse a su nivel.

—No seas tan estúpida —espetó Tony—. Esto es la guerra. Tampoco me trago que Marti Gluckstein viva en Penscombe. Averiguad su supuesta dirección e id a sonsacarles a los vecinos.

—Yo me encargo de eso —se apresuró a decir Seb.

—Charles es amigo de Rupert y de Declan —siguió Tony—. Puede averiguar qué es lo que traman. Por cierto, ¿dónde coño se ha metido? —Se volvió hecho una furia hacia Cyril.

—Está en un retiro de clausura de dos días —tartamudeó Cyril—. No tienen teléfono.

—Pues ve allí y tráetelo, cielo —dijo Tony con una paciencia exagerada—. Si valoráis vuestro trabajo, será mejor que para después de las once me haya llamado a mi casa.

Abrió el maletín y sacó una camisa limpia y una corbata.

—Tengo que ir a la cena de la Cámara de Comercio, así que ya os podéis largar todos. Quiero hablar con Cameron.

Cuando se fueron, ella no podía parar de temblar.

—Qué putada —decía una y otra vez.

—Pues yo creo que podría ser hasta divertido —repuso Tony con tono suave—. Cuando llegue el momento, apretaré el botón de destrucción y me los cargaré a todos. No tienen ni idea de con quién se han metido.

Cuando se acercó a ella, tenía el aliento fétido, como si todo el odio se hubiera revuelto y se hubiera podrido en su interior. Le apestaba el cuerpo a sudor rancio. Intentando no estremecerse cuando la agarró, Cameron dijo:

—Creía que ibas a venir esta noche.

—Me gustaría, pero no es seguro. La prensa estará rondando. Hasta Venturer podría haberme puesto un detective privado.

Estaba tan ansioso por introducirse en ella que le rompió el elástico de las bragas. Todo se acabó en un minuto.

—Qué cabrones —gruñó—. Son todos una panda de traidores.

Entonces, la agarró del cuello y le dijo:

—Si alguna vez me la juegas, te mataré.

En High Street, donde se encontraba Radio Cotchester, el controlador de Programas recibió una llamada de teléfono airada del director ejecutivo, que nunca se había presentado en la emisora desde que la había inaugurado la princesa Michael hacía cinco años.

—Acabo de escuchar una entrevista muy favorable con Bas Baddingham —rugió—. No quiero más mierdas de ese tipo en Radio Cotchester. Diles a todos nuestros presentadores y pinchadiscos que apoyamos a Corinium al cien por cien con la campaña. Al fin y al cabo, Tony Baddingham posee el veinte por ciento de las acciones.

Un poco más arriba de High Street, en el *Cotchester News*, el editor leía el editorial del día siguiente: «Lo que le dijo Tony Baddingham a Declan O'Hara de que cuando a la gente se le suben demasiado los humos a la cabeza prefieren que se marchen y que pisoteen las moquetas de otros le debe de sonar hueco hoy cuando la superestrella irlandesa y residente de Penscombe ha liderado una

licitación para destronar a Tony Baddingham y caminar sobre la moqueta de Corinium él mismo después del 15 de diciembre. Venturer, que así se llama su consorcio, parece tener una base financiera sólida y mucho talento y está decidida a tomar el infinito…».

El editor, que había leído más que suficiente, llamó a su redactor jefe por el interfono.

—¡No puedes publicar esto! Tenemos el veinte por ciento de Corinium, y Tony Baddingham tiene un veinte por ciento de nuestras acciones. Ve y escríbelo otra vez.

«Puede que Corinium no sea perfecta. ¿Qué empresa lo es?», rectificó el redactor jefe con actitud desafiante. «Pero ahora ha alcanzado un nivel de rendimiento muy superior al que cualquier recién llegado podría lograr en unos cuantos años. Corinium tiene un programa de expansión masiva, ha ganado numerosos premios, cuenta con toda la experiencia necesaria y tiene a Cameron Cook».

Luego se largó y se emborrachó.

Cameron pudo por fin hablar con Rupert cuando él terminó de votar en la Cámara.

—Cariño, ¿estás bien? —le preguntó él—. ¿Cómo va la casa del terror del sorprendente Hammer? ¿Le ha dado a Tony un ataque?

—Te odio a ti y me odio a mí misma —estalló Cameron—. ¡Cómo se atreve Janey Lloyd-Foxe a decir que el historial de ficción de Corinium es horroroso y el puñetero obispo a cuestionar la moralidad de *Cuatro hombres al grano*!

—Eso ha sido una estrategia. Perdona, pero si no te hubiéramos atacado, Tony habría sospechado. ¿Cómo se lo ha tomado?

—Bien —contestó Cameron—. Tenemos que estar unidos y ser positivos.

—Eso no es lo que Barney Williams me ha contado. Él dice que el asunto ha sacudido los cimientos de Tony y que se ha puesto bastante histérico. Toda esa mierda de darle la bienvenida a la competencia ha pasado mucho después.

A Cameron no le importaba lo más mínimo.

—Mira, Rupert, no estoy muy segura de que se me vaya a dar bien hacer de agente doble.

—¿Qué ha ocurrido?

—Seb va a vigilarte para averiguar con quién te acuestas.

Rupert soltó una carcajada.

—Pues se va a aburrir como una ostra. La única persona con la que me estoy acostando o por la que me estoy quedando sin dormir eres tú.

—¿Estás seguro? —A Cameron se le quebró la voz—. Estoy muy confundida. Todo ha sucedido muy deprisa. Necesito verte, pero solo para hablar.

—Y yo necesito follar —respondió Rupert—. Te deseo muchísimo ahora mismo, pero sería una locura. La prensa todavía me está rondando. Debemos tener cuidado.

—No creo que pueda con ello.

—Claro que puedes. Eres muy valiente y fuerte, eso es lo que me encanta de ti. También es que estás muy cansada. Tómate dos benzodiazepinas y acuéstate. Y, mientras tanto, piensa que un día de diciembre habremos conseguido la gallina de los huevos de oro.

—Creía que solo nos importaba hacer programas de calidad —dijo Cameron con desaprobación.

—Bueno, eso también —contestó Rupert.

32

En menos de una semana, la IBA le facilitó a la prensa un resumen de todas las solicitudes y dejó una copia de cada una en su biblioteca para que el público pudiera ir a echarles un vistazo.

Tony mandó de inmediato a la señora Madden a la IBA para que transcribiese la solicitud de Venturer con su pulcra taquigrafía. Al pasar por las puertas giratorias, ella se encontró con Ursula, la secretaria de Declan, a la que le habían mandado una misión similar.

—Se supone que no debo hablar contigo —le dijo Joyce.

—Ni yo contigo —contestó Ursula.

No obstante, ambas coincidieron en que se ahorrarían mucho tiempo si Ursula le mandaba a Joyce una copia de la solicitud de Venturer y Joyce le mandaba a ella una copia de la de Corinium. Así, ambas podrían fingir que las habían transcrito y taquigrafiado ellas mismas y, en su lugar, irse a Harrods a almorzar platija empanada, macedonia y varias copas de jerez dulce antes de ir al cine.

—No podemos hablar de la franquicia o me despedirán —la advirtió Joyce—, pero no te puedes hacer una idea de lo loco que se volvió lord B. cuando se enteró de que Declan estaba licitando en su contra. Está decidido a ir a por él. Es una pena que estemos en

bandos contrarios. Siempre me ha caído bien Declan, era un tipo muy amable.

Tras leer la solicitud de Venturer, Tony lanzó su contraofensiva.

—Sería una tontería denigrar a la competencia —le dijo a toda la prensa, pero después procedió a hacerlo.

También se pasó mucho tiempo haciendo que sus empleados se enfrentaran entre sí, pues les había ofrecido a cada uno de manera individual unas buenas copas y puros con la mayor cortesía y encanto posible y luego les había comunicado que eran la persona en la que confiaba para que espiara al resto. En el tablón, había un nuevo aviso que reiteraba que si se descubría que algún miembro del equipo tenía trato con alguien de los consorcios de Venturer o Mid-West, sería despedido al instante.

Así, el obispo de Cotchester se quedaba desconcertado cuando, cada vez que pasaba por High Street o por los alrededores de la catedral e intentaba pasar el día con alguno de los ochocientos empleados de Corinium, estos salían corriendo como si fueran ardillas hacia el árbol más cercano.

El domingo siguiente, Declan convocó una reunión de Venturer en Priory. Janey y Billy no pudieron ir, y tampoco Wesley Emerson. No obstante, Wesley se había resarcido al haber derribado veinticinco *wickets* y llevar puesta la camiseta de Venturer cada vez que había tenido ocasión.

Georgie, Seb y Charles (que llevaba un casco y blandía un escudo antidisturbios que había cogido de Vestuario) aparecieron riéndose histéricos en el muy característico Porsche azul claro de James Vereker.

—El muy tonto se lo ha dejado en el aparcamiento de Corinium y tenía unas llaves de repuesto en su despacho —dijo Georgie—. Vamos a abandonarlo delante de tu casa esta tarde, Enid, y luego vamos a llamar a Tony para avisarlo.

—¿Cómo van las cosas? —preguntó Freddie.

—Tony está nervioso y de muy mal humor —contestó Charles—. Está pinchando los teléfonos de todo el mundo. Será mejor que tengas cuidado, Declan. Si nuestro ingeniero jefe aparece en una furgoneta amarilla vestido como un técnico de British Telecom, no lo dejes pasar.

Hacía un día tan bueno que todos se sentaron en el exterior. El manzano en flor y las lilas desprendían un olor dulce. El perifollo verde brotaba como si fuera espuma al encuentro de las hojas verdes y las flores blancas de los castaños de indias que bordeaban el césped. El caudaloso arroyo estaba plagado de nomeolvides y caléndulas acuáticas y, aunque las campanillas ya se estaban marchitando, el bosque ahora estaba iluminado por las flores blancas del ajo de oso. Sin lugar a dudas, era un día para estar enamorado. Rupert apareció con Cameron, que estaba a salvo porque Tony se había marchado a Rugborough para ver a Archie jugar al críquet. Era obvio que ambos acababan de levantarse de la cama. Aún tenían el pelo húmedo de la ducha. Ella se sentó en el césped, apoyada en él, con una mano en su muslo. Parecían delgados, sofisticados y en su propia burbuja.

Cuando llegó el resto del material publicitario de Venturer, se produjo un gran revuelo: chapas, pegatinas para el coche, marcapáginas y gorras con correas ajustables en la parte de atrás, que hubo que estrechar para que le cupiese a Henry Hampshire en

su pequeña cabeza de armiño y agrandar para la dama Enid y Declan. El plato fuerte fue el póster. Era un recorte de la foto de grupo de Taggie con Gertrude en las rodillas, ambas con las camisetas de Venturer.

—Es maravilloso —dijo Freddie—. Todos los mecánicos lo pondrán en los talleres.

—Cogeré algunos para el bar —comentó Bas.

—Y yo para los alrededores de la catedral —soltó el obispo.

Tanto la dama Enid como el profesor Graystock quisieron varios para la sala común.

—Viejo verde baboso —murmuró Rupert mirando fijamente al profesor.

—Yo guardaré el mío debajo de mi almohada —dijo Seb—, por si Tony aparece a tomar café alguna tarde.

Solo Cameron lo había desdeñado cuando Rupert se lo había enseñado antes.

—Es tan cursi que me he quedado sin palabras —espetó.

—Creí que te gustaría echarle un vistazo a la proposición de Corinium, la competencia —dijo Georgie mientras desenrollaba un póster de Sarah Stratton acunando a un ternero con el pie de foto «Corinium se preocupa» debajo. Llevaba muchos botones desabrochados de la camiseta.

—Mejor dicho, «Corinium se desnuda» —dijo Rupert con desdén —. Definitivamente, Venturer ha ganado la batalla de la tía buena. Dame, deja que yo lo lleve, cielo —prosiguió, poniéndose de pie cuando Taggie entró con un pastel de chocolate enorme y un plato de sándwiches de pepino en una bandeja.

Taggie no podía mirarlo a los ojos, tampoco dijo nada cuando vio el póster. Le dolía mucho recordar cuando aún era feliz, antes de que Rupert se enrollara con Cameron.

Después del té, Declan se puso serio.

—Durante los próximos dos meses —les dijo—, mientras la IBA estudie las solicitudes antes de que empiece con las reuniones públicas en julio, nuestro trabajo es promocionar Venturer por la zona. Hemos comenzado con buen pie. Con un panel tan llamativo —les sonrió a todos—, la publicidad no ha sido un problema. Ahora tenemos que salir y reunirnos con la gente que importa en los ayuntamientos, las cámaras de comercio y los diletantes de la zona y demostrarles que no solo somos un grupo de aficionados.

—También tenemos que extender nuestras redes a colegios, institutos, iglesias, jóvenes agricultores, centros de empleo, la policía, clubes de deporte, grupos políticos, responsables de relaciones raciales, etc., etc. Debemos hacerles saber lo que pretendemos, decirles cómo podemos ayudarlos y luego recoger sus firmas como simpatizantes de Venturer. Recabaremos un montón de nombres y organizaciones para mandárselos a la IBA. Pero eso será mucho más efectivo si también los convencemos para que le escriban una carta privada a lady Gosling mostrándonos su apoyo. Tenemos que intentar cubrir toda la zona —prosiguió—. Sé que todos estáis ocupados y que va a ser un trabajo duro, y está claro que ninguno de los topos de Corinium, ni Billy ni Harold pueden ser vistos haciendo nada de eso.

—Yo quiero ayudar —suplicó Taggie—. Por favor, déjame. Puedo ir en coche por la zona repartiendo folletos y hablándole a la gente de lo buenos que sois.

—¿Cómo le va a explicar ella a alguien por qué debería apoyar a Venturer —le preguntó Cameron a Rupert en voz demasiado alta— si ni siquiera puede leer la puta solicitud?

Al ver que Taggie se puso roja por la humillación, Seb saltó en su defensa.

—Se puede grabar en una cinta —soltó—. Yo lo haré, Taggie. Si no puedo ir por la zona haciendo campaña, al menos puedo hacer eso.

Seb fue fiel a su palabra. Durante los dos días siguientes, no solo le grabó los puntos más importantes de la solicitud, sino también las respuestas que debía dar si le hacían alguna pregunta.

—Si son una organización de izquierdas —le explicó—, di que tenemos al profesor Graystock, lord Smith y tu padre en el consorcio. Si son conservadores, nombra a Freddie, Henry, Rupert y Marti Gluckstein. Si son del Partido Socialdemócrata, menciona el nombre de la dama Enid. Si alguien comienza a refunfuñar sobre la violencia y el sexo —prosiguió—, di que tenemos al obispo de Cotchester y que va a supervisar todos nuestros programas. Por otra parte, si alguien dice que no tenemos la violencia y el sexo suficientes, diles que tenemos a Rupert, Bas y Wesley Emerson en el consorcio.

Ensayó con ella una y otra vez hasta que su discurso salió perfecto. A Taggie le pareció increíble lo amable y paciente que era él.

—Ojalá mis profesores en el colegio hubieran sido como tú —dijo con nostalgia.

Y, así, comenzó el trabajo duro. Como Rupert andaba siempre ocupado, Freddie estaba muy atado a su imperio de la electrónica, Declan se había encerrado a escribir su biografía de Yeats y ambos

profesores se encontraban preparando sin parar a sus estudiantes para los exámenes finales, la mayoría del trabajo recayó en Taggie. Con el coche lleno de pegatinas, chapas y pósteres, fue por toda la zona visitando a todo el mundo, desde sindicalistas a dirigentes juveniles, desde sindicatos de madres a consejos de las artes, pasando por todos los grupos de presión imaginables, pidiéndoles que firmaran su petición, que escribieran a la IBA y, lo mejor de todo, que fuesen a la reunión pública de julio a animar a Venturer. Debido a su belleza, dulzura y firme creencia en la causa de su padre y de Venturer, tuvo un éxito sorprendente.

En unas ocasiones, la acompañaba el obispo; en otras, la dama Enid, lo cual era bastante divertido. La dama Enid tenía un descapotable y se pasearon durante la gloriosa primavera juntas con la capota bajada, poniéndose morenas, bebiendo sorbetes de limón y llamando a un montón de gente «vejestorios aburridos» después de haberse asegurado de recoger su firma. Ir con el profesor Graystock era menos divertido. Él tenía la horrorosa costumbre de darle apretones a Taggie en las piernas desnudas cada vez que hacía un comentario, así que ella empezó a ponerse pantalones.

No obstante, el tercer sábado de mayo, Taggie tuvo un día muy malo. Estaba cansada porque se había acostado muy tarde preparando una cena para Valerie Jones la noche anterior. Como tenía programado un paseo por la zona de Winchester, que no conocía, había grabado en la grabadora las direcciones de todos los sitios a los que tenía que ir, pero, aun así, se perdió y se puso muy nerviosa.

En una de sus visitas, confundió al Partido Socialdemócrata con el Partido Laborista y comenzó a hablar de la dama Enid cuando

debería haber mencionado a lord Smith y al profesor Graystock. Luego, había ido a ver a un director repugnante que la había hecho temblar porque le había recordado al colegio.

—¿Cómo puede ayudar Venturer personalmente a su colegio? —le preguntó ella.

—Bueno, coge papel y lápiz y ve apuntando —contestó él de forma autoritaria.

—Lo recordaré —tartamudeó Taggie.

—Que lo apuntes —repitió el director de malas maneras.

—No puedo. —Taggie inclinó la cabeza—. Soy disléxica.

Después de eso, el hombre fue increíblemente amable y le sirvió una copa de jerez. Su hijo mayor, que había sido asesinado en Irlanda del Norte, era disléxico, y le sacó un montón de fotografías para enseñárselas.

Eran las nueve y media y ya estaba oscureciendo cuando Taggie se marchó, y habían pasado las diez cuando logró encontrar el camino hasta las puertas del club de críquet local.

Pensó que tal vez se habrían ido todos a casa, pero pudo oír grandes vítores y silbidos que provenían del pabellón. Cuando entró, las polillas estaban chocándose contra las ventanas iluminadas.

Críquet —Taggie inspiró hondo—, lo que significaba que tenía que mencionar la participación de Wesley Emerson y el enfoque nuevo de Venturer para cubrir este deporte. Al pasar por la puerta, se acobardó. Era obvio que estaban celebrando una cena solo de hombres. No era capaz de ver el mantel blanco de la mesa por las copas. Había decenas de hombres fornidos con las caras rojas y barrigas cerveceras que parecían sonreírle con una lascivia dispersa.

Había un gigante de pelo rubio oscuro en la mesa principal jugueteando con el micrófono que le resultó vagamente familiar.

—Lo siento —balbuceó Taggie, aferrándose a sus pegatinas, pósteres y petición—. Volveré en otro momento.

—No, entra, encanto —gritaron todos.

Un joven moreno robusto se levantó y se acercó a ella tambaleándose.

—Si eres del Ejército de Salvación, aquí no hay nadie a quien rescatar —dijo.

—Vuelve, cariño —clamó el resto cuando Taggie retrocedió hasta la puerta.

Un hombre algo más mayor que le llegaba a Taggie por los hombros y parecía menos borracho que los demás le dijo que era el secretario del club y le preguntó cómo la podía ayudar.

—Solo quería hablaros de Venturer —murmuró ella—, y esperaba que pudierais firmar nuestra petición y poner unas pegatinas en vuestros coches.

—Prefiero ponerte a ti en mi coche —dijo el joven moreno robusto entre una ovación de aplausos.

Entonces, el secretario del club la acercó hasta el micrófono y se la presentó al capitán, que tenía una mirada azul dura y bastante desagradable.

—La señorita quiere hablarnos de la televisión —informó.

—Vale, pues que lo haga —dijo el capitán de forma antipática.

El gigante rubio oscuro le dedicó una sonrisa a Taggie y se sentó.

—Me gustaría hablaros de Venturer Television —empezó a decir con su voz dulce y ronca como la de un osito—. Puede que ya sepáis que estamos licitando por la franquicia de Corinium. Necesitamos

vuestra ayuda en la campaña. Queremos saber cómo podemos ayudaros.

—Haznos una mamada, grandullona —soltó un gracioso por debajo de la mesa entre gritos de risa.

Un bollito voló por el aire, pero no llegó a darle. Taggie se puso aún más colorada, pero prosiguió.

—*Striptease*, *striptease*, *striptease*, *striptease* —entonó el capitán mientras daba golpes en la mesa.

Toda la sala comenzó a corear también enseguida.

—Callaos, idiotas —chilló el gigante rubio—. Dejad que termine.

Por increíble que pudiera parecer, se callaron después de eso y, salvo algún grito de Tarzán ocasional, la oyeron en silencio.

—Por último, me gustaría que supierais —dijo Taggie— que Venturer proveerá un nuevo enfoque totalmente distinto para cubrir el críquet. Estamos interesados en este deporte a todos los niveles, y, eh…—se quedó parada un segundo, intentando recordar—, y Wesley Emerson —se acordó del nombre con un aire triunfante— es un miembro clave en nuestro consorcio y está muy interesado en promocionar el críquet en los colegios, así que, en el futuro, tendréis algunos potros muy buenos. Por favor, apoyad a Venturer. Muchas gracias.

—Supongo que ahora sí podemos seguir hablando —dijo el capitán entre una salva de aplausos.

—Lo siento. —Taggie agarró la petición—. ¿Sería posible que firmarais esto? —le preguntó al gigante rubio que había sido tan amable con ella.

—Claro. —Él le quitó la petición—. ¿Quieres que todos la firmemos?

—No, no, solo firma con tu nombre y el nombre del club de críquet.

—Eso es un poco complicado, grandullona —contestó el capitán en un tono malvado—. No jugamos al críquet, ¿sabes?

—Pero esto es un club de críquet —declaró ella, atónita.

—Puede que sí, cielo, pero esta es la cena del club de rugby de Winchley, y Bill Beaumont —señaló al gigante rubio— es nuestro invitado de honor y está esperando para hablar con nosotros, así que, si eres tan amable, lárgate.

Agarrando la petición y dejando los pósteres y las pegatinas para el coche, Taggie huyó hecha un mar de lágrimas hacia la noche. ¿Cómo podía haber sido tan estúpida? No le estaba siendo de ninguna ayuda a Venturer.

Su dislexia siempre empeoraba cuando estaba enfadada. Por ese motivo, se perdió irremediablemente de camino a casa. No pudo leer ninguno de los nombres que no le sonaban en los carteles y, una vez que oscureció mucho, tuvo miedo de parar el coche y preguntarles la dirección a los extraños. No había ninguna estrella ni luna ni farolas que la guiaran por los caminos rurales. Le parecía que llevaba dando vueltas horas y horas, hasta que al fin vio un cartel que pudo reconocer: «Penscombe 3 km».

Gertrude la recibió con mucho ruido por la alegría de verla, y el rastro de ropa en el vestíbulo y en las escaleras le dijo que sus padres habían subido con prisas hasta su cama. Los restos de la cena seguían todavía en la mesa de la cocina, una de las tapas de los fogones estaba levantada y Aengus había volcado media botella de whisky que aún estaba chorreando en las baldosas.

—Madre mía —suspiró Taggie—. ¿Es que nunca pueden hacer nada ellos solos?

El perifollo verde que había recogido esa mañana ya se estaba desprendiendo de los pétalos por toda la cómoda galesa como si fuera caspa.

«Nada dura», pensó desesperada.

Al otro lado del valle, la casa de Rupert estaba casi oculta por los árboles. No tenía ninguna luz encendida. Puede que estuviera acostándose con Cameron. El anhelo era insoportable siempre que estaba exhausta de verdad.

De hecho, Rupert se pasó todo el día en la final de la copa y dio el discurso principal en la cena oficial de después. A pesar de los terribles contratiempos, era el primer ministro de Deportes que se había enfrentado a los *hooligans* de cara y, cuando se sentó, todos lo vitorearon muchísimo.

Sin embargo, al acabar la cena, se retiró discretamente, llevándose consigo una botella de brandi al otro estadio de Wembley, la sede del concurso Caballo del Año, donde convenció con un par de billetes de diez libras a un amable encargado para que encendiera las luces.

Sentado en la tribuna de los competidores mientras se bebía la botella, procedió a revivir vagamente sus glorias del pasado como saltador de obstáculos. De repente, la inmensa arena parecía estar llena de obstáculos de colores y de los fantasmas de todos sus grandes caballos: Revenge, Rocky, Belgravia, Mayfair, Arcturus, Snakepit e incluso el maldito Macaulay. Pudo oír el sonido de la campana, los gritos del Club de Poni, el estruendo de los aplausos y

hasta la voz del comentarista, Dudley Diplock, que siempre se equivocaba con los nombres. Madre mía, ¿qué iba a hacer ahora?

Se puso la cabeza entre las manos y se sintió abrumado debido a la desesperación de haberse dado cuenta de que, a pesar de sus triunfos políticos, el ajetreo de licitar por la franquicia y el haberle robado a Cameron a Tony, su vida actual estaba irremediablemente vacía. No había engordado cuando había dejado de saltar obstáculos; tampoco se había dado a la bebida, excepto esa noche; ni había aburrido a otra gente con un sinfín de anécdotas sobre sus glorias deportivas, tal y como habían hecho otros muchos atletas. No obstante, algo había muerto dentro de él.

Casi era medianoche. El coche oficial todavía lo estaba esperando fuera. El encargado quería cerrar.

—Seguro que se ha quedado dormido —dijo Sydney, su chófer—. Es tremendo, se queda dormido en cualquier sitio. Iré a despertarlo.

Pero cuando le dio un golpecito en el hombro, Rupert alzó un rostro tan afligido y demacrado que Sydney se apresuró a preguntarle si había habido un fallecimiento en la familia.

—Solo yo —murmuró Rupert, tirando la botella vacía y poniéndose de pie a trompicones—. Solo yo.

Taggie había terminado de ordenar y de darle de comer a Gertrude carne de ternera picada en lata que a Declan normalmente le encantaba, pero que aquella noche se había dejado la mitad, cuando el timbre sonó. Gertrude salió corriendo y ladrando tan fuerte como pudo con la boca llena. Taggie la siguió, dándole una patada rápida al sujetador bastante sucio de su madre y a las bragas francesas para esconderlos debajo del radiador. Durante un instante, pensó

que debía de estar soñando, pues allí, tambaleándose con un esmoquin y una caja roja en la mano, estaba Rupert.

—Hola, cielo. He pensado en venir a ponerme al día de los cotilleos. ¿Está tu padre?

—Sí, pero se ha ido a la cama con mi madre.

—Vaya, perdona. He visto las luces encendidas y he pensado que estaría trabajando hasta tarde.

—¿Quieres una copa?

¡Ay, Dios! De pronto lo recordó. Aengus había derramado el whisky.

—Ya he bebido bastante —le contestó Rupert—. Preferiría una taza de café.

Su pelo rubio, que por lo general llevaba peinado hacia atrás, le caía por la frente, la corbata negra estaba torcida y tenía los ojos bizcos. Taggie se percató de que estaba cieguísimo.

—No has venido conduciendo, ¿no? —le preguntó horrorizada.

—No, no, me ha traído Syd. Pero haga lo que haga, no debo perder esto. —Soltó con cuidado la caja roja en la mesa de la cocina —. Mi caja roja, mi caja de correspondencia no leída. A veces me pregunto si alguien se daría cuenta si la tirara entera al Támesis.

—¿Dónde has estado? —inquirió ella, encendiendo el hervidor de agua y preguntándose si, por algún milagro de la vida, podría haber roto con Cameron.

—En la final de la copa.

—Ah, claro. Dabas un discurso. ¿Cómo ha ido?

—Bien, supongo. El discurso que el departamento ha escrito era tan espantoso que lo hice trizas y conté un montón de chistes

verdes en su lugar. Espero que nadie de Corinium estuviera allí con una grabadora.

—¿Y les ha gustado?

—Eso parece. Se pueden permitir el lujo de ser amables. Es probable que sea el último que dé.

—¿Qué quieres decir? —Taggie le echó tres cucharadas de azúcar al café muy cargado y se lo puso delante en la mesa.

—Gracias, corazón. La primera ministra va a anunciar que la fecha de las elecciones será el 24 de junio. Al menos, he ganado una apuesta sobre eso.

—Pero ganaréis —respondió ella, sentándose a la mesa a su lado.

Él se encogió de hombros.

—Yo no estoy tan seguro. Lo peor es que me importa una mierda. Estoy harto de la política.

—Mañana pensarás de otra forma —contestó ella.

En ese momento, entró Gertrude, miró a Rupert con unos ojos pequeños y brillantes y, luego, para asombro de Taggie, se subió a sus rodillas y le dio un rápido lametón en la cara antes de acomodarse y dejarle pelos blancos por todo el esmoquin. Rupert la acarició mientras se reía.

—Aún me quedan algunas pequeñas victorias —dijo.

—¿Ha ido Ca-Ca-Cameron contigo?

Taggie creyó que lo mejor sería hablar abiertamente sobre ella.

—No, había demasiado público. Todos los fotógrafos nos habrían pillado. De todas formas, Tony está aquí este fin de semana.

—Debe de ser muy difícil para ambos.

—Para ella, más. Al menos yo no me tengo que acostar con Tony. Ojalá no fuera tan insegura, joder. Es como un jack russell. Me

dedico a alejarla del blanco de su agresividad, que suele ser ella misma…

—Patrick me ha contado que ha tenido una infancia horrible —dijo Taggie—. No me dio detalles —se apresuró a añadir—. Solo dijo que había pasado por mucho.

«¿Qué coño hago defendiéndola?», se preguntó.

—Yo no me creo toda esa mierda de infancias terribles —contestó Rupert—. Yo he tenido tres madrastras y cuatro padrastros. Tú tienes a Declan y a Maud, que es incluso peor.

Taggie soltó una risita.

—Y no estamos jodidos —concluyó Rupert.

«Bueno, eso es debatible», pensó Taggie.

Rupert agarró la petición.

—¡Mira cuántos nombres hay! —Recorrió con la vista página tras página—. Joder, has estado trabajando mucho.

—Hoy no ha sido muy buen día —contestó ella, y entonces le contó lo del club de rugby.

Rupert se puso furioso.

—Pedazo de cabrones —gritó—. Dame sus nombres y les arruinaré la vida. Pero ¿qué se puede esperar de un montón de gamberros que juegan al rugby? Pobrecita, lo siento mucho. Debe de haber sido horrible.

Luego bostezó sin ni siquiera taparse la boca con la mano, mostrando una larga lengua rosada y unos dientes sin un solo empaste. Entonces, dijo:

—¿Por qué te has escrito una «I» y una «D» en el dorso de las manos?

Sonrojándose, Taggie las escondió bajo la mesa.

—Te llevaré a casa en coche —le dijo al instante.

En cuanto lo arrancó, se oyó la cinta. Muerta de vergüenza, intentó sacarla del aparato, pero Rupert cerró su mano encima de las de ella como un torno de banco.

—Déjala.

—Gira a la izquierda en la A412 —decía la voz profunda y entrecortada de Taggie—, luego sigue recto tres kilómetros y dobla justo antes del pub Old Mill. A continuación, sigue recto hasta que llegues a un granero enorme, gira a la derecha, después a la izquierda hasta una carretera sinuosa. El Instituto de la Mujer de Winchley está arriba a la derecha.

Al sacar la cinta, Rupert miró el parabrisas, en el que había unas «I» y «D» en mayúsculas pegadas a cada lado.

—Pobrecita —dijo con delicadeza.

Las flores de los castaños de indias estaban despojándose de sus pétalos blancos a lo largo de todo el camino a su casa, y un par de caballos brillaron intermitentemente en la oscuridad. Cuando Taggie se paró delante de la casa, él volvió a decir:

—Pobrecita.

Taggie agachó la cabeza.

—No me puedo orientar muy bien. Tardo mucho y me cuesta leer los carteles porque no conozco las palabras. Si lo grabo en una cinta, voy mucho más rápida, y tenemos mucho terreno que recorrer antes de julio.

Rupert no pudo soportarlo. ¿Qué tenía Taggie para que le hiciera tantas veces un nudo en la garganta?

—Cielo, no puedes ir por ahí sola. Sobre todo de noche.

—No siempre lo hago. La dama Enid me ha acompañado, al igual que el obispo y el profesor Graystock, que lo han hecho una o dos veces.

Rupert se estremeció.

—Eso es peor que ir sola.

El celibato impuesto no era algo natural para Rupert. Era como pedirle a un hombre que fumase sesenta cigarrillos al día que solo fumase diez un día a la semana. Privado de Cameron, sin duda no estaba acostumbrado a dormir solo. Aún bastante borracho, él solo se detuvo antes de tomar a Taggie entre sus brazos y reconfortarla, solo Dios sabía a dónde habría llegado eso. Declan lo haría pedazos y Cameron volvería directa con Tony.

Al bajarse del coche, se le ocurrió una idea brillante.

—Yo estaré viajando por toda la zona haciendo campaña el mes que viene. Puedes venir conmigo y repartir pósteres y pegatinas de Venturer y hacerle promoción al mismo tiempo. Podemos incluso usar los altavoces del Partido Conservador para hacer promoción de Venturer cuando no haya nadie del partido escuchándonos.

—¿Eso está permitido? —preguntó Taggie impresionada.

—La política es un negocio sucio —le contestó Rupert sin rodeos —. La última vez, los socialistas pagaron a un montón de actores veinticinco libras para que se vistieran como si fueran pobres y fingieran estar en una cola del paro para su cartel electoral.

33

A la mañana siguiente, Caitlin llamó a Priory emocionadísima.

—¡Gertrude ha salido en el *Daily Mail*! Está monísima.

—¿Cómo sale? —preguntó Taggie.

—Lleva una camiseta de Venturer con una cara de indignación total. Está sentada en tus rodillas. Sale genial, mucho mejor que esa vieja zorra de Sarah Stratton.

—Madre mía —contestó Taggie—. ¿De qué va el artículo?

—El titular dice: «Las guapas oponentes se enfrentan en el cuadrilátero» —leyó Caitlin—. Han puesto los dos pósteres de ti y de Sarah. «¿Quién dará el golpe de gracia? ¿La rubia o la morena?», comienza. Luego hay un montón de chorradas sobre que Sarah es la segunda mujer de Paul Stratton y la última presentadora estrella de Corinium y que además recibe trescientas cartas de admiradores a la semana. Y continúa con esto: «La gran desconocida (además de guapa) ha resultado ser Agatha O'Hara, la hija de dieciocho años de la superestrella Declan O'Hara, que se propone destronar a su antiguo jefe lord Baddingham de Corinium quitándole la franquicia. Agatha dirige su propio negocio…», escucha, «cocinando para los más famosos, pero, por desgracia, ya no puede hacerlo en las fiestas

de su cliente preferida, la mujer de Tony Baddingham, Monica, por si acaso se desvelan secretos de Estado durante el suflé».

—Dios —dijo Taggie emocionada—. ¿De dónde han sacado todo eso? Espero que lady B. no se haya enfadado. Por cierto, ¿tú cómo estás?

—Muy bien. Hartita de repasar. ¿Me puedes mandar dinero? Y diles a mamá y a papá que me escriban, anda.

—La verdad es que han estado muy ocupados con la franquicia y demás —dijo Taggie.

—Mamá nunca está ocupada con nada —repuso Caitlin con rencor.

La tarea larga y pesada de hacer llegar el mensaje de Venturer a la gente importante continuó durante todo el largo y caluroso verano, pero las cosas eran más fáciles para Taggie ahora. Varios periódicos habían sacado el póster también y, mientras paseaba por la zona, la gente que ya lo sabía todo de Venturer la reconocía, le daba la bienvenida e incluso le pedía que le firmara el póster.

Y lo que era más importante aún, pasó gran parte de mayo y de junio yendo en coche con Rupert en su campaña electoral. Mientras dejaba que él hiciera campaña o consiguiera el apoyo de otros diputados *tories* del suroeste, Taggie se iba a visitar párrocos, clubes juveniles y las cámaras de comercio.

Con demasiada frecuencia para el gusto de Tony Baddingham o de la Oficina Central, las dos campañas coincidieron. Rupert no paraba de instar a la gente a través del altavoz de los *tories* para que apoyasen a Venturer ni de pegar carteles en la furgoneta junto a la que arengaba al público a votar a los conservadores. Dondequiera que fueran, él y Taggie repartían publicidad de Venturer y lo pasaban muy bien cuando anochecía y se dedicaban a empapelar las puertas

de los directores de Corinium y hasta el mismo edificio de Corinium con pegatinas que decían «Apoya a Venturer».

Para que Tony se pusiera más nervioso, Rupert llevó a cabo toda la campaña con una camiseta azul de Venturer y salió dos veces vestido de forma parecida en *Resumen de Cotswold* y, lo que era aún peor, llevaba detrás la furgoneta del Partido Conservador llena de carteles gigantescos que decían «Apoya a Venturer».

Tony declaró que Rupert había elegido las camisetas de Venturer solo porque pegaban con sus ojos azules y que era indudable que el chico que se hacía sombra con la mano en la frente simbolizaba a todos los maridos de Gloucestershire que intentaban ver dónde había escondido Rupert a sus mujeres. Rupert replicó que todo el mundo sabía a quién representaba el carnero de Corinium.

Así que el rifirrafe continuó; la prensa local y las emisoras de radio apoyaron de manera unánime a Corinium, pero después de examinar las solicitudes y a los candidatos, la prensa nacional y especializada estuvo de acuerdo en que Venturer tenía ideas de programas mucho más interesantes. La dama Enid escribió una canción de guerra que llamó *Everything Venture* y que cantó Maud, aunque, para alivio de Venturer, no entró en las listas de éxitos.

El 24 de junio, los laboristas ganaron las elecciones por veinte escaños y el Partido Socialdemócrata mantuvo el equilibrio de poder. Paul Stratton perdió su escaño, pero Rupert conservó el suyo. De hecho, había tenido una campaña buenísima. La presencia de Taggie parecía que lo apaciguaba, de modo que se comportaba de una forma menos borde con los pesados y los provocadores y además fue el único de los *tories* que volvió con una mayoría mucho más

amplia, así que la Oficina Central tuvo que dejar de quejarse de que utilizara fondos y material de los *tories* para promocionar Venturer.

En un hecho sin precedentes, Owen Davies, el nuevo primer ministro laborista, le preguntó a Rupert si le gustaría quedarse como ministro de Deportes si eliminaban el carácter político del puesto. A Rupert le llegó al corazón, pero lo rechazó. Estaba harto de las galas de natación y los partidos de pimpón, y encima había una controversia enorme sobre si los jugadores se drogaban en Wimbledon, por lo que estaba encantado de cedérselo todo a su sucesor. El Comité Olímpico Internacional también le ofreció un puesto de trabajo, pero lo rechazó de momento, pues sabía que aquello implicaría viajar más.

Quería darse un respiro, pasar el resto del verano en casa concentrado en el jardín, ver a sus hijos de vez en cuando y allanar el terreno con Cameron, que no paraba de estresarse. Enamorada cada día más de Rupert, a ella le resultaba casi imposible complacer las necesidades sexuales de Tony y hacer frente al exigente trabajo de controladora de Programas de Corinium. Además, mientras Rupert se disputaba las elecciones, la prensa no había parado de acosarlo para sonsacarle algún cotilleo de la franquicia o intentar pillarlo con alguna nueva aventura, así que él y Cameron tuvieron que ser el doble de cuidadosos.

—Todo este secretismo es como la infidelidad, querida —le comentó Rupert en uno de sus pocos encuentros—. Es una práctica excelente para cuando te cases.

—Eso es lo más cínico que he escuchado en mi vida —replicó Cameron.

—No te creas. El secreto de un matrimonio feliz es que no te pillen.

—¿Y tú qué sabes? Si no has tenido un matrimonio feliz.

—Eso es porque siempre me pillaban.

Como las elecciones habían acabado y Tony estaba siempre liado con reuniones en Londres, ella y Rupert habían quedado en verse en un hotel a las afueras de Henley. Mientras disfrutaban de unos bloody marys y de la fantástica vista del Támesis, una barcaza se acercó a toda velocidad río arriba. Dos jovencitas en biquini estaban tomando el sol en la cubierta. Cameron se fijó en que Rupert las analizó con su ojo de experto. Ahora que él tenía más tiempo libre, ¿le resultaría más difícil mantenerlo a su lado? Además, tampoco estaba preparada para perder Corinium y quedarse en bragas hasta que Venturer ganara la franquicia, y, tenía que admitirlo, los encuentros secretos con Rupert le daban cierta chispa al asunto.

—Vamos —dijo él mientras se acababa el bloody mary y cogía las llaves de la habitación del hotel—. Me apetece infiltrarme en territorio enemigo.

Pero quien más de una vida vive más de una muerte ha de morir. Al día siguiente, en la cafetería de Corinium, Daysee Butler y Deirdre Kilpatrick se sentaron a comerse sus ensaladas de queso cottage y kiwi en una mesa de la esquina y no se fijaron en que Cameron estaba sentada al lado.

Al principio, la conversación se había centrado en las quejas habituales de jefes y ligues, pero justo cuando Cameron estaba dejando a medio comer su pastel de pastor y se disponía a empezar el yogur, Deirdre dijo:

—No suelo leer el *Scorpion*, pero ¿te has enterado de la historia esa de que Rupert Campbell-Black se está liando con una co…?

—¿Con Cameron Cook? —preguntó Daysee entusiasmada—. Lord B. se va a cabrear.

—No, con Cameron Cook no, con una cocinera. Con la hija de Declan O'Hara, la que se dedica a las comidas de directores y esas cosas. Es bastante guapa. Pues, según el *Scorpion*, ha estado haciendo campaña con Rupert y ahora se han vuelto inseparables.

Cameron bajó la vista y se dio cuenta de que había apretado tanto el yogur que lo había desparramado por toda la mesa. Sin pararse a limpiarlo siquiera, se marchó de la cafetería y fue derecha a la High Street de Cotchester a buscar la cabina de teléfono más cercana.

Rupert se encontraba probando uno de sus jóvenes caballos recién adquiridos, saltando unos cuantos obstáculos en el campo que había más allá de los establos. Cuando de sopetón le sonó el teléfono que llevaba en el bolsillo, el caballo casi lo manda a Irlanda. Incluso habiendo contestado para que la llamada dejara de sonar, tuvo que reunir toda la fuerza que pudo para frenar al aterrorizado animal. Lo único que Cameron pudo oír fue una ristra amortiguada de cascos e improperios.

—¿Diga? —respondió Rupert por fin.

—¿Has leído el *Scorpion*?

—Sí. ¿Y qué?

—Lo tuyo con la señorita O'Hara.

—Eso salió en el *Scorpion* de ayer. Esta mañana me han liado con Mary Whitehouse.

—¡Venga ya! —chilló Cameron—. La gente no para de hablar de eso.

—Mejor —contestó Rupert—. Eso desvía la atención de nosotros. —Luego, al ver que no parecía que Cameron se estuviera tranquilizando, añadió—: Cariño, nada de eso es cierto, te lo juro. Como ha dicho Taggie en *The Star* de hoy: «Rupert es lo bastante viejo para ser mi padre. De hecho, es un amigo de mi padre».

—Eso es lo de menos. Augustus John era lo bastante viejo para ser el bisabuelo de un montón de jovencitas y eso no lo detuvo nunca. Ay, joder… —gritó cuando se le acabaron las monedas—. Te vuelvo a llamar dentro de un momento.

—Por favor, hazlo cuando estés más tranquila —dijo Rupert—. No quiero que el caballo y tú os pongáis histéricos al mismo tiempo.

La siguiente vez que se vieron, hizo falta que le comiera mucho la oreja para que se quedara tranquila.

El siguiente acontecimiento importante por la lucha de la franquicia era la reunión pública que se celebraba en el Ayuntamiento de Cotchester a primeros de julio. Presidido por miembros de la junta de la IBA, se suponía que le daría al público general la ocasión de expresar sus quejas sobre el contenido de los programas existentes y de preguntar a los candidatos rivales por sus planes. También le daba la oportunidad a la IBA de observar a los candidatos en acción y de calibrar el grado de apoyo local.

En la práctica, el público consistía en su mayoría en trabajadores de Corinium, Venturer y Mid-West, además de apoyos locales, miembros de consorcios de otras franquicias que iban a tomar nota porque pronto pasarían por lo mismo, concejales locales cuyo único propósito era convencer a Venturer o Mid-West de que su municipio era el lugar idóneo para los nuevos estudios, miembros del Frente de

Liberación Gay, del movimiento feminista y de otros grupos de presión y un puñado de gente a la que solo le interesaba ver a Declan, Rupert y Wesley Emerson.

Una llovizna muy necesaria llevaba cayendo todo el día, pero justo antes de que empezara el evento se detuvo. Venturer llegó primero. Como Rupert les había dado una charla para que fueran vestidos para la ocasión, Declan llevaba, a regañadientes, un traje y una corbata.

—Y podrías quitarte los vaqueros —le había espetado por su parte él a Taggie—. Casi no te veo las piernas desde que naciste.

Ella, que se puso a registrar su armario como una descosida, se había ido a toda prisa a Cheltenham y se había comprado un precioso vestido violeta de escote redondo, cintura ceñida y falda con volantes de estilo bohemio. Recién lavado, llevaba el cabello oscuro ahuecado hasta los hombros como si se lo hubiera batido con un batidor de huevos.

Declan, con un asombro poco halagador, le dijo que estaba guapísima. Desde luego, Taggie se alegró de estarlo cuando más tarde vio que Sarah Stratton, Cameron, Daysee y Janey habían sacado la artillería pesada. Para su satisfacción, también se fijó en que entre el público había mucha gente cuyo apoyo había conseguido ella en sus viajes por la zona. Concejales, funcionarios de relaciones raciales, trabajadores sociales y mujeres del Instituto de la Mujer de lugares tan lejanos como Southampton, Oxford y Stratford se habían presentado allí y, en ese momento, se estaban aproximando a ella para estrecharle la mano.

—Todavía tenemos ese póster tuyo tan encantador; le hemos escrito a la IBA y hemos estado siguiendo el programa de Venturer

con sumo interés —le dijeron—. Hemos pensado en venir a apoyaros.

—¿Te acuerdas de mí? —le preguntó un hombre de aspecto enjuto con un traje un poco arrugado que estaba claro que acababa de desenterrar de un baúl en el desván.

—Claro que sí —contestó Taggie bastante abrumada—. Me alegro mucho de que hayas venido.

Era el director con el hijo disléxico.

Se produjo una distracción cuando Marti Gluckstein, que nunca antes había estado en el campo, intentó entrar en el ayuntamiento con botas de goma, un gorro de cazador impermeable, una gabardina y un paraguas que sostenía sobre su cabeza.

—No entres con eso aquí. ¡Da mala suerte! —vociferó la dama Enid.

—Venga, Marti, te invito a una copa antes de empezar —propuso Bas, llevándoselo por todos los charcos de la calle hasta el Cotchester Arms para que se cambiara de ropa en un momento.

Rupert salió corriendo tras ellos y le dio su petaca a Bas.

—¿La puedes llenar con un ron que no sea muy fuerte para Wes? Su capacidad de atención no durará mucho sin alcohol.

Wesley había derribado otros cinco *wickets* esa tarde y lo acababan de elegir para un partido test de tres sesiones. Había estado celebrándolo y ahora estaba ocupado firmando autógrafos.

Los siguientes en llegar fueron tres chavales bajos y fornidos de cara roja y brillante, que estaba claro que llevaban en el Cotchester Arms desde la hora de apertura; se acercaron a Taggie agitando sus entradas. El más bajito, que tenía los ojos de un azul intenso y el

cabello rizado, le plantó una caja de bombones derretidos en la mano a Taggie.

—Hola, Agatha —dijo—. Seguro que no nos esperabas.

—Perdona, estuvimos un poco revoltosos cuando te presentaste —comentó el segundo.

—Hemos pensado en venir y darte nuestro apoyo —añadió el tercero.

Se trataba del capitán y de dos pilares del equipo de rugby de Winchley. A Taggie se le saltaron las lágrimas mientras les daba un abrazo.

—Qué monos sois. Venid a conocer a mi padre. Le encanta el rugby.

Declan les estrechó la mano a todos varias veces.

—Tratad a Corinium como a los galeses en Twickenham —dijo—. Ah, ahí vienen.

Un abucheo de lo más teatrero surgió del ala de Venturer cuando los mafiosos de Corinium entraron en tropel. Al frente iba Tony, muy bronceado de haber estado en Ascot. Llevaba una camisa de seda nueva rosa oscuro y azul, una corbata rosa y un clavel del mismo color en el ojal. Se las arregló para deslumbrar a todo el mundo con su sonrisa e ignorar a Venturer. Tras él iban Ginger Johnson; Georgie Baines, que era evidente que se había tomado algo para aplacar los nervios; Mike Meadows, jefe de Deportes; Charles Fairburn; Seb Burrows; Simon Harris, al que habían readmitido en calidad de asesor para impresionar a la IBA y cuya barba desgreñada se había vuelto bastante blanca; Cyril Peacock, que sudaba en su traje como un pollo y cuya dentadura postiza repiqueteaba, y Cameron, malhumorada con una camiseta negra larga que le llegaba doce

centímetros por encima de las rodillas. Sarah Stratton, con un vestido azul mariano con un escote puritano blanco para impresionar también a la IBA, iba a la retaguardia con James Vereker, que llevaba la cabeza bien alta para que más gente pudiera reconocerlo.

—Temo a los griegos incluso cuando vienen con presentadores —musitó Declan.

—¿De quién será esa silla? —le preguntó James a Charles Fairburn cuando el contingente de Corinium se sentó en la parte de delante.

—No lo sé, supongo que del ayuntamiento —contestó Charles.

—No —dijo James con impaciencia—. Que de quién será esa silla.

—Si te lo acabo de decir.

—Te estoy preguntando quién tomará la silla presidencial de la reunión.

—¡Ah! —La comprensión iluminó el rostro colorado y redondo de Charles—. Puede que la vieja mamá ganso —que era el mote que todo el mundo le había puesto a lady Gosling—, pero nunca se me habría ocurrido que se hubiera molestado en venir hasta aquí.

Cameron se agenció una silla al final de la fila al lado de la ventana, lo más lejos posible de Tony. Lo único que podía ver ella y que delataba el nerviosismo de él era que uno de sus preciosos zapatos bien lustrosos estaba girando en círculos, como si estuviera haciendo algún ejercicio de estiramiento para los tobillos. En las reuniones públicas, siempre criticaban más a la empresa que estaba al frente que a las que tenían la intención de echarlos. Tony, que temía el ridículo, sabía que lo esperaba una noche turbulenta. Todo el contingente de Corinium ignoraba a Venturer con sumo cuidado; los comprometidos, por desagrado y los topos, por vergüenza. No

obstante, Henry Hampshire, que había estado de fiesta tomando unas copas, no tuvo tanto reparo.

—Hola a todos. —Sonrió cuando cruzó la puerta—. Hola, querida Taggie, estás estupenda. Hola, Rupert. —Después, girándose hacia el contingente escandalizado de Corinium, añadió con una voz atronadora—: Anda, si ahí están Charles, Georgie y Cameron. Voy a saludar.

—Heeenry —siseó Rupert agarrándolo del brazo y susurrándole al oído—, se supone que no sabes que están de nuestro lado.

—¿Cómo? —respondió Henry en voz alta—. ¿Qué dices? ¿A qué te refieres? ¿Que no están de nuestro lado? Pues claro que sí.

Por fortuna, Tony estaba hablando con el archidiácono en ese momento y no se enteró. Mientras Rupert trataba de explicárselo, Henry parecía tan desanimado como un setter inglés al que le dicen que no lo van a sacar de paseo, pero luego se vino arriba cuando vio a Daysee Butler.

—¿Y esa quién es? ¿Está de nuestro lado?

—No, está con Corinium.

—Pues qué pena con lo guapa que es. La que está al lado de ella es Sarah Stratton, ¿no? Esa también es muy guapa. ¿Por qué no está de nuestro lado? La conocí en la cacería de Tony.

Al instante siguiente, Henry se soltó de la mano de Rupert que lo estaba sujetando y se fue directo hasta Sarah, quien le presentó a Daysee.

—Le estaba comentando a Rupert que una chica tan guapa como tú debería estar de nuestro lado.

Sarah soltó una risita.

—No creo que a Tony le haga mucha gracia. ¿Cómo está tu springer spaniel?

—Qué fuerte que te acuerdes de eso —contestó Henry sonriéndoles ahora a las dos chicas como un setter inglés meneando la cola ante dos zorras—. ¿Qué planes tenéis después?

—Lárgate, Henry —espetó Tony.

—Heeenry. —Rupert se lo llevó de allí.

Por suerte, en ese momento, la atención de todos se vio atraída por el regreso de Basil con Marti, que iba ahora vestido de forma muy sobria, y Janey Lloyd-Foxe, que llevaba un mono rosa de aviador.

—Hola, Rupert, cielo. —Janey le plantó un beso en la boca—. Perdona, llego tarde.

Rupert le subió la cremallera hasta lo que se consideraba decente y le dijo:

—Por el amor de Dios, ve y distrae a Henry, anda.

Basil se llevó a Rupert a un lado.

—He llenado la petaca para Wesley. —Acto seguido, bajó la voz y susurró—: Esos labios tan encantadores que te acaban de dar un pico estaban alrededor de mi polla a las ocho de la mañana.

—¿Qué? —estalló Rupert—. ¿Qué acabas de decir?

—Lo que has oído —respondió Basil con una sonrisa.

—¡Cómo te atreves! —exclamó Rupert—. Está casada con mi mejor amigo.

—Pues claro que sí, y es muy feliz. Solo me estoy asegurando de que no le entre depresión posparto cuando Billy no esté.

Rupert bien podría haberle pegado una paliza a Bas allí mismo si no hubiera sido porque tres miembros de la junta de la IBA y varios

de sus trabajadores acababan de entrar en tropel y de tomar sus lugares en el estrado.

—Estamos de suerte —le susurró Charles a James—. La vieja mamá ganso es la que tomará la silla presidencial. Si ha venido hasta aquí para echar un vistazo es porque la IBA no está segura de cuál va a ser el resultado.

—No sé por qué estás tan contento —le dijo James con fastidio—. Venturer me ofrecerá trabajo si consiguen la franquicia. A ver, yo soy el alma de *Resumen de Cotswold*, pero como ya tienen al obispo para que se encargue de la programación religiosa, no creo que te quieran a ti.

—¿Quiénes son esos ineptos de allí? —le preguntó Janey a Bas.

—Los del consorcio de Mid-West —replicó Bas—. No creo que nos den mucho la lata.

Rupert, que por lo menos había convencido a Henry de que dejara de charlar con Daysee y se sentara, se dejó caer en un asiento entre Taggie y Declan.

—¿Cómo cojones voy a mantener bajo control este gallinero hasta diciembre? —preguntó.

Taggie soltó una risita.

—Parece que Henry ha tenido un flechazo con Daysee.

—No consienta yo trabas al enlace de verdaderos idiotas —comentó Declan.

El público había ocupado ya todos asientos de la sala, con Corinium desplegado a lo largo de la primera fila y Cameron en el extremo junto a la ventana. Al lado de ella, en ángulo recto, el consorcio de Mid-West, que parecía bastante hecho polvo, estaba sentado

ocupando solo una fila de sillas. Enfrente de ellos, también ocupando solo una fila de asientos, se sentaba Venturer, formando un cuadrado con el estrado.

Cameron decidió que lady Gosling se parecía más a un erizo que a un ganso, una señora Tiggy-Winkle con sus ojos pequeños, brillantes e inteligentes, una nariz larga y fina, una barbilla puntiaguda y el pelo canoso más bien alborotado, sujeto a ambos lados por unos pasadores con forma de caparazones de tortuga. No llevaba maquillaje y, a pesar del calor de la noche, estaba envuelta en varios chales que llevaba encima del vestido de lana verde oliva. Sin embargo, su apariencia acogedora era engañosa y escondía una mente feroz. Como directora de un colegio de Oxford, Gwendolyn Gosling había enseñado ruso. Sus compañeros no bromeaban cuando la apodaron «Khruschev». Había astucia debajo de aquella amabilidad, y los ojos relucientes, como las estrellas, no tenían mucha calidez.

Durante un momento espantoso al principio del evento, pareció que nadie iba a preguntar nada. Entonces, un hombre con gafas se levantó y se quejó de la señal de recepción que había en Gloucester. El director técnico de Corinium se puso de pie para responderle, y el estupor producido por los ingenieros en las reuniones públicas permitió que todo el mundo tuviera un instante para poner en orden sus pensamientos.

Luego vinieron más quejas de los concejales locales que James aún no había entrevistado en *Resumen de Cotswold* afirmando que la cobertura de su zona era lamentable.

La señora Makepiece, la asistenta de James, se levantó y, tras negar cualquier tipo de conexión con Corinium, declaró que

Resumen de Cotswold era el mejor programa de la tele y que por qué no lo emitían todos los días. Esto fue recibido por unos cuantos gritos de «¡Tonterías!» y «¡Fuera de juego!» por parte de los jugadores de rugby de Taggie.

Uno de los delegados sindicales de Corinium, que acababa de conseguir un aumento de dos mil libras de Tony para todos sus miembros, además de un cuantioso soborno para él mismo, gritó desde el fondo que no se fiaría de la chusma de Declan O'Hara hiciera lo que hiciera. Sin embargo, cuando afirmó que las relaciones laborales en Corinium no podían ser mejores, se propagó por todo el lugar un coro de gritos exigiéndole que se sentara.

—Como Corinium paga de inmediato lo que piden los sindicatos y la mayoría de los técnicos ganan más que el primer ministro, parece que no, que las relaciones laborales no pueden ser mejores —gritó Bas entre vítores de los partidarios de Venturer.

Entonces, la presidenta del Instituto de la Mujer de Chipping Sodbury se puso de pie y dijo con voz sonora que en su instituto estaban hartos de escuchar noticias de Cotchester y ni una sola de Chipping Sodbury.

Acordándose del concurso *Miss Corinium Television*, Rupert llamó la atención de Declan:

—Parece que se ha olvidado de las tetas de miss Chipping Sodbury —susurró con Taggie en medio.

Los dos empezaron a sacudirse de la risa, hasta que lady Gosling los atravesó con una mirada glacial.

Tony se levantó para responder.

—Puedo asegurarle, señora —dijo con suavidad—, que, gracias a una increíble coincidencia, *Resumen de Cotswold* tiene programado

visitar Chipping Sodbury esta semana.

—Ah, ¿sí? —le preguntó James a Sarah con cara de asombro.

—Es más —continuó Tony con tono agradable—, tenemos unos planes geniales para todo Cotswold.

—Lleváis ocho años. ¿Por qué no os hemos visto el pelo? —bramó el director de Taggie.

Los vítores contrarrestaron los ronquidos de la señora Makepiece.

—He estudiado las solicitudes de Venturer y de Corinium en la biblioteca municipal —prosiguió el director de Taggie—, y el programa de Venturer parece mucho más creativo. Lo que me gustaría preguntarle a lord Baddingham es hasta qué punto sus nuevos y grandiosos planes de un estudio multimillonario, de dar espacio a todos los grupos minoritarios posibles, de mejora cultural y de un entretenimiento espectacular han sido fruto de una inspiración editorial o del deseo de aferrarse a su muy lucrativa franquicia.

Tony estaba a punto de levantarse y de gritar para hacerse oír por encima de los vítores ensordecedores, pero James se le adelantó.

—James Vereker, de *Resumen de Cotswold* —anunció poniéndose de pie y girándose a un lado y a otro para que lo pudieran reconocer desde el estrado y desde el público.

—Ahí va el perrito faldero —gritó el capitán de rugby de Taggie.

—Como presentador de *Resumen de Cotswold* —dijo James—, sé que hablo en nombre de todos y cada uno de los que estamos en Corinium, desde Tony Baddingham hacia abajo, cuando digo que la ética de Corinium se puede resumir en tres palabras.

—Una puta mierda —dijo el capitán de rugby de Taggie entre gritos de risa.

—Tres palabritas —continuó James—. Corinium se preocupa.

—De lo único que se preocupa Tony Baddingham es de ganar dinero rápido —gritó Freddie entre más vítores ensordecedores.

La señora Makepiece roncó tan fuerte que se despertó a sí misma.

—Vamos a dividirnos —dijo en voz alta.

Cameron sabía que tenía que levantarse y defender a Corinium, pero no quería darle el gusto a Declan de que la atacara. La salvó el grupo de presión de mujeres de la radiodifusión, que tenían bigote y se quejaban de que no había suficientes mujeres en ninguno de los consorcios. Lady Gosling asintió, de acuerdo, y tomó nota.

El acto prosiguió con charlas continuas. Wesley Emerson había tenido un día duro en el campo. Nadie, excepto Rupert y Bas, se dio cuenta de que cada vez que asentía con su honorable cabeza sobre el ojal derecho, le estaba dando un sorbito de ron con una pajita a la petaca que llevaba Rupert en el bolsillo del pecho.

Fuera, en el parque de Cotchester, los tilos estaban en flor; su fragancia delicada y dulce, más fuerte tras el aguacero, se colaba a través de la ventana abierta. Cameron observaba cómo los aviones comunes se abalanzaban sobre los insectos, pasando a toda velocidad con sus vientres blancos. Las pistas de tenis estaban repletas de gente que jugaba un partido con la misma energía que si estuviera en Wimbledon. Al cabo de una semana o así, estarían jugando de nuevo a su habitual juego de golpear una pelota contra una pared. Miró a escondidas a Rupert, que estaba sentado al lado de Taggie, quien, por mucho que Rupert afirmara lo contrario, estaba coladita por él.

No había nada, a excepción de algún bostezo ocasional, ni siquiera una mirada en su dirección, que delatase el hecho de que Rupert se

había ido de su cama a las seis de la mañana aquel día. Cameron a veces se preguntaba si se lo habría imaginado todo. Estaba tan ensimismada en sus pensamientos que Seb le tuvo que dar un codazo en las rodillas para que le respondiera a una chica paliducha del Frente de Liberación Gay sobre si la pastora lesbiana que había salido brevemente en la última temporada de *Cuatro hombres al grano* volvería a aparecer en la siguiente.

Cuando Cameron se sentó, la presidenta del Instituto de la Mujer de Chipping Sodbury volvió a la carga.

—Nada que provenga de Corinium TV —dijo— es verdaderamente local. No hay más que fijarse en la paloma Pamela, que habla con acento londinense.

Otro alborotador, al que sin duda había pagado Tony, se puso de pie.

—Mientras nosotros estamos aquí debatiendo sobre acentos —replicó con desprecio—, cuatro personas fueron brutalmente asesinadas por el IRA durante la primera semana de julio. ¿De verdad queremos que un irlandés, en este caso Declan O'Hara, sea el director general de una empresa de televisión inglesa teniendo en cuenta sus actitudes de izquierda y la naturaleza subversiva de muchos de sus programas?

—¡Eso está fuera de lugar! —gritó el contingente de Venturer.

—Fuera de juego, es demasiado directo —bramaron los jugadores de rugby.

Declan, que había perdido todo el color de la cara, estaba a punto de responder.

—Ten cuidado —susurró Rupert.

—Me gustaría que el orador retirara ese comentario —dijo lady Gosling con frialdad—. Siguiente pregunta, por favor.

Acto seguido, la campaña de limpieza de la televisión liderada por el archidiácono se dispuso a denunciar el sexo y la violencia, a lo que se sumó el obispo de Cotchester, que manifestó lo preocupado que estaba por su rebaño y que colaboraría con Venturer para reducir el sexo y la violencia, pero también la blasfemia, que estaba muy extendida en televisión. Justo se había venido arriba cuando el viejo jardinero de Henry Hampshire se puso de pie como pudo.

—A mí me gusta acostarme temprano —refunfuñó—. Me gustaría que Corinium no emitiera esas películas sexis tan tarde por las noches, porque ni la parienta ni yo nos podemos quedar a verlas.

Todo el mundo se echó a reír con ganas, incluso lady Gosling, quien después dio unas palmaditas y declaró con gran pesar que tenía que dar por concluida aquella reunión tan estimulante porque se habían alargado mucho. Añadió que terminarían con un discurso de siete minutos de cada uno de los tres aspirantes para venderse.

Tony fue el que se puso de pie primero, dándole la espalda adrede a Venturer y hablando en parte hacia el estrado y en parte hacia el público.

—Buenas noches —comenzó con voz suave—. Soy el director ejecutivo de…, eh… —bajó la mirada a sus anotaciones y todos se rieron—, Corinium Television. Hemos tomado nota —prosiguió— de los muy perspicaces e instructivos puntos planteados esta noche y, aunque no estemos de acuerdo con todos, si hay algún interesado o, más bien, interesada —sonrió de oreja a oreja— en que le responda con más detalle alguna duda, que me escriba directamente a mí, por favor.

—Hijo de puta —musitó Rupert en voz baja. Se cruzó de brazos con hostilidad y, con la mano que tenía dentro, luchó contra el violento impulso de acariciar el costado del pecho izquierdo de Taggie, que se alzaba de forma muy seductora bajo aquel vestido violeta. Esa noche se veía deslumbrante, y lo había hecho genial al conseguir que aquella gente rarita pero increíblemente influyente acudiera a la reunión.

Alejó de Taggie con decisión la mano y desvió la vista hacia Cameron, que miraba de mala leche al vacío con una especie de hostilidad terrorista indiferente. Le recordaba a las novias que solía tener antes. Sus ganas de follar eran tremendas, pero esa noche no podría hacerlo con Cameron. Tony, que estaba sobreexcitado por el evento, no dejaría pasar la oportunidad de aprovechar esa liberación. A Rupert el celibato impuesto cada vez le estaba resultando más duro y, joder, ¿qué hacía Bas tirándose a Janey? Parecía que el único que se comportaba bien era él mismo.

Tras un entusiasta discurso sobre la larga y honorable trayectoria de Corinium, Tony se encontraba ahora rindiendo homenaje a «la comunidad próspera y creativa» que había tenido el privilegio de liderar.

—Somos conscientes, señoras y señores, de que hay vida al oeste de Harrods, nuestro corazón no está en *Dallas* ni la sede, en Londres. Nuestra empresa la dirigen personas de la zona que ocupan un lugar especial en los Cotswolds y, por supuesto, en el estilo de vida de West Country. Corinium es totalmente independiente. Barreremos para casa, lucharemos por el oeste, estaremos encantados de servir a la comunidad al completo. Por encima de todo, nos preocupamos.

Tomó asiento entre vítores moderados. Luego le llegó el turno a Mid-West.

Un hombre gordo con el pelo blanco y desgreñado se levantó a trompicones y tardó una eternidad en dar con sus notas.

—Está claro que ese es el profesor de Geografía que nunca encontró el camino a Londres —le susurró Rupert a Taggie.

—Me siento muy honrado —empezó el hombre gordo.

—El nombre, el nombre —chilló el público.

—Me llamo Cedric Bonnington —murmuró—. Espero ser el presidente de Mid-West Television.

—Pues no seas tímido y habla más alto —gritó el provocador de Tony.

Por desgracia, Cedric no le hizo caso. Con un murmullo bajo, leyó a duras penas que le interesaban mucho los fascinantes puntos que se habían planteado en la sala.

—No puedo revelar quiénes son nuestros patrocinadores —continuó—, pero disponemos de una cuantiosa cantidad si este grupo de gran talento, cuyos nombres tampoco puedo divulgar ahora mismo, gana la franquicia.

—Seguro que lo consigue —le dijo Georgie Baines a Seb Burrows.

—¿Y las mujeres? —gritó el grupo de presión de mujeres de la radiodifusión.

Cedric consultó sus notas. Añadió que la controladora de Programas, cuyo nombre tampoco podía desvelar, sería una mujer con una experiencia vastísima.

—Madama Cyn —gritó Rupert.

—Mary Whitehouse —dijo el delegado sindical de Tony.

El público aguardó más revelaciones emocionantes y, cuando ninguna más se materializó, alentados por el consorcio de Corinium, que se había puesto de pie, comenzaron a dispersarse. Ya casi era de noche y los pubs los llamaban.

—Nadie se va a quedar a escuchar a mi padre —comentó Taggie angustiada, y, cuando Declan se puso de pie para hablar, la gente ya se estaba agolpando para salir a High Street.

—Lo primero que me gustaría hacer es responder a la pregunta del orador que ha cuestionado el derecho de un irlandés para dirigir una empresa de televisión inglesa —comenzó con un tono suave—. Tal vez el mismo derecho que otro gran irlandés, el duque de Wellington, para comandar un ejército británico.

Hablaba sin necesidad de notas. Cuando la gente volvió a entrar en el vestíbulo, su voz grave y ronca se propagó con facilidad por todo el recinto.

—Estoy orgulloso de ser irlandés —continuó—, y, haciéndome eco de las palabras de otro buen patriota irlandés, Irwin Cobb, diré que yo también tuve un antepasado que estuvo con las picas en el 98. Los ingleses lo capturaron y lo juzgaron por traición. Lo colgaron del cuello hasta que murió, pero su alma sigue vagando y transmitiendo a sus descendientes, entre los que me enorgullezco de encontrarme, el deseo de luchar contra la tiranía cada vez que me tope con ella. También amo y honro la televisión británica. Es la mejor del mundo. Por ese motivo, muchos de mis compatriotas aquí presentes, Eamonn Andrews, Terry Wogan, Robert Kee, Frank Delaney, Dave Allen, Henry Kelly, Patrick Dromgoole, Gloria Hunniford y yo mismo estamos aquí aprendiendo de ella y, espero, contribuyendo también. Pero seguimos luchando contra la tiranía y la opresión cada vez que

nos las encontramos. Yo mismo la descubrí los pocos meses en los que trabajé para Corinium. Por eso me marché y por eso, junto a mis amigos ingleses —se giró y esbozó una pequeña sonrisa hacia el consorcio de Venturer—, he presentado una solicitud para destronar a lord Baddingham.

Acto seguido, procedió a darle una paliza a Tony y a hacer picadillo cada uno de los aburridos programas aduladores de Corinium. Solo al final comentó por encima en qué sería diferente Venturer, cómo representarían de verdad a la región y fomentarían el talento local.

—Me gustaría que todos los grandes artistas futuros pudieran decir que tuvieron su primera oportunidad en Venturer.

El público se puso de pie y lo vitoreó durante casi tres minutos. Con la cara imperturbable, Tony abandonó el recinto. Cameron trató de seguirlo, pero como estaba atrapada por la multitud, pudo observar cómo Rupert, Declan, Taggie y el resto de Venturer, además de sus partidarios, se dirigían felices hacia el Bar Sinister a tomarse unas copas a cuenta de la casa. Rupert no llegó a mirarla ni de reojo. Enferma de deseo, Cameron se preguntó cuánto tiempo podría seguir jugando a ser espía.

Aunque el *Cotchester News* informó de que la reunión había sido un éxito rotundo para Corinium y publicó muchísimas cartas falsas de apoyo de los lectores, había un consenso general en que Venturer había ganado ese asalto.

34

Tras su humillación en la reunión pública, Tony aumentó su campaña para desprestigiar a Venturer. Al hojear una lista de sus nombres a la mañana siguiente, se percató de que su redacción había sido especialmente inepta para descubrir cualquier trapo sucio. El obispo de Cotchester, al parecer, no le había metido mano a la colecta ni a ninguno de sus querubines del coro; la dama Enid nunca se había sentado a horcajadas en algo más emocionante que su violonchelo; se sabía que el profesor Graystock era un viejo verde, pero no más que el catedrático promedio. Por otra parte, Henry Hampshire era totalmente capaz de dejarse llevar por Daysee Butler. Igual debería pedirle a ella que lo entrevistase.

Tampoco tenía nada sobre Rupert, solo un supuesto paseo con Taggie O'Hara, cosa que Tony no se creía. Ella era demasiado estúpida. De todas maneras, podría ser una buena idea dejarla que cocinara para Monica otra vez. Si se tomaba unos cuantos brandis nocturnos, igual se le escapaba algo sobre los topos que se estaban uniendo a Venturer de otras empresas. Además, Monica se había enfadado tanto cuando Tony le había prohibido que Taggie fuera a su casa que se había negado a celebrar más cenas, y Tony necesitaba sí o sí entretener a algunos de esos aburridos pero

influyentes dignatarios locales que, de otro modo, podrían decantarse por Venturer.

Añadió el nombre de Taggie a la lista, pero eso no lo acercó más a Rupert. Había tomado nota de localizar a Beattie Johnson, que había estado escribiendo las memorias de Rupert cuando este la había puesto de patitas en la calle el año anterior. Seguro que había algunos trapos sucios que sacar de ahí.

Tony decidió con amargura que Freddie Jones era la mayor baza de Venturer. Era muy sólido, fiable, popular y enormemente exitoso después de haber tenido unos comienzos tan humildes, cosa que apelaba a la vena activista que tenía la IBA. «¡Ja!», pensó Tony. «Cherchez la femme». Llamó a la señora Madden por el interfono.

—¿Puedes decirle a James Vereker que suba?

James no estaba contento. Incluso a través de sus capas de egoísmo, se dio cuenta de que había hecho el ridículo en la reunión pública. Aún estaba mosqueado por que nadie le hubiera pedido que se uniera al consorcio, y, al abrir un nuevo número de *Who's Who in Television* aquella mañana, descubrió dos columnas alabando a Declan y ni una referencia a él mismo.

Se peinó y se puso una corbata. Esperaba que Tony no siguiera picado por la reunión pública.

Sin embargo, Tony se mostró de lo más amable; condujo a James al mullido sofá verde, cuando por lo general hacía que su personal masculino se sentara en unas sillas con el respaldo duro; avisó a Madden de que no quería que los molestaran y le ofreció una copa.

James tenía la costumbre de beber solo Perrier a la hora de comer, tanto por su figura como para mantenerse atento durante su programa, pero en ese momento consideró apropiado aceptar un

Bell's solo para demostrar que tanto Tony como él eran dos hombres capaces de aguantar el alcohol.

—Tengo una misión muy especial para ti, James —le dijo.

Media hora más tarde, James volvió a su despacho eufórico y encontró a Sarah expectante exudando Anaïs Anaïs.

—¿Nos vamos a comer, querido?

—Puede —le contestó James—. Tengo que hacer una llamada.

Cuando llamó a Valerie Jones, ella se mostró encantadísima de saber de él.

—Ay, no me hables de esa estúpida franquicia. Ya una no puede hablar con sus amigos —dijo—. Iba a llamaros a ti y a tu…, eh…, encantadora mujer —siempre se olvidaba del nombre de Lizzie— para recordaros que abrimos Green Lawns al público el sábado y esperamos que podáis pasaros. Ahora mismo está precioso.

—Qué extraordinaria coincidencia —contestó James—. Te llamaba para decirte que por supuesto que hemos hecho un hueco en nuestra agenda para ir y esperamos poder grabarlo para *Resumen de Cotswold*. Solo estamos cubriendo los mejores jardines. El de Tony y Monica, claro, y el de la duquesa en Badminton. ¿Hola? ¿Hola? ¿Sigues ahí?

—Se ha desmayado —soltó Sarah.

—Por supuesto que sí —chilló Valerie.

—¿Puedo ir esta tarde para hacer un reconocimiento? ¿Estará Freddie?

—Está fuera.

—Estupendo —contestó de forma lobuna—. Así tendré la oportunidad de tenerte para mí solito.

Por el retintín de la risa de Valerie, se notó que no le disgustó.

—¿A qué estás jugando? —le preguntó Sarah cuando colgó.

—Tony quiere un espía en el bando de Venturer. Me ha escogido porque cree que soy el que puede adular a Valerie para que desvele secretos.

—El espía que surgió del frío —dijo Sarah con una risita—. ¿Vas a disparar a los enanos de jardín de Valerie con un paraguas búlgaro?

Era una tarde tranquila y con mucho bochorno, el cielo azul grisáceo oscuro del horizonte pasaba a ser color azul nomeolvides en lo más alto. Las hierbas crecidas de los campos de heno se estaban tornando de dorado frente a los verdes claros e intensos de los árboles. Al final del camino que llegaba a la casa de los Jones, había un letrero gigante que decía: «Jardín abierto el 13 de julio para ser televisado en *Resumen de Cotswold*. Ven a conocer a James Vereker en persona. Beneficios para la Cruz Roja».

Con una sonrisa de suficiencia, James condujo por un camino negro de asfalto tan ancho como la M1. Mucho antes de llegar a la casa, casi se quedó ciego por la explosión de color. Todos los parterres estaban llenos con unas hileras apretadas y superpuestas de claveles de moro, calceolarias amarillas, cinerarias azul real, geranios rojo fuego, cinias rosas como bolas de billar y ásteres malvas. Mientras llegaba a la parte delantera de la casa, vio un camión del que estaban descargando plantas. Tras haber dejado sin nada a todos los viveros de kilómetros a la redonda, ahora Valerie había alquilado cuatrocientas salvias escarlatas y trescientas flores de nácar amarillas de Rent-a-Garden.

De una esquina, salió un joven cubierto de sudor con una carretilla llena de petunias escarlatas y malvas. Justo después,

apareció Valerie gritando detrás de él, blandiendo una pequeña horca.

—¿Qué estás haciendo, Spicer?

—Echarlas en la pila de basura, señora.

—Idiota, se supone que se tienen que plantar en la carretilla. ¿No ves que es jardinería creativa? Llévalas directamente al patio.

Entonces, vio al apuesto James salir de su Porsche azul claro y se le suavizó el rostro.

—James —lo saludó, extendiendo las manos—, cuánto tiempo sin verte.

—Estás preciosa, Mousie —contestó James, agarrándola de las manos y sujetándolas un poco más de la cuenta—. Igual que tu jardín.

—Pues es todo un milagro —respondió ella—. Nuestro querido antiguo jardinero murió la semana pasada, ¿te lo puedes creer? Y ahora hemos tenido que conformarnos con jardineros que trabajan a destajo, como ese idiota. No, así no —le gritó a otro jardinero que estaba siendo arrastrado por el césped hasta un parterre de dalias malvas por un cortacésped informatizado fuera de control.

Cuando terminó de reprender al jardinero, Valerie hizo que James rodeara la casa hasta el patio y le preguntó si quería primero tomar un café helado o pasear.

James le contestó que prefería el café helado y se sentó muy rápido en la hamaca, temiendo sufrir una conmoción cerebral debido a la media docena de cestas colgantes llenas de petunias de todos los colores. No obstante, aunque le dio una tímida palmadita al asiento a su lado, cuando Valerie le sirvió el café helado, ella insistió

en pasear por el patio, podar las petunias marchitas y lucir su esbelta figura con una blusa rosa con flores.

—¿Qué le ha pasado a tus pobres piernas? —le preguntó James al advertir que tenía varias marcas en la parte posterior de las pantorrillas.

—Son picaduras —respondió ella con un suspiro—. Parece que soy fatalmente atractiva para los mosquitos.

—Y para los hombres, Mousie.

Valerie sonrió. No le iba a contar a James que Henry Hampshire había prometido llevarlos a Freddie y a ella a pescar con mosca y que se había pasado todo el día practicando en el jardín y enganchándose la parte trasera de las piernas con los anzuelos.

—Tony te manda recuerdos, y Monica también —mintió James.

—Ay, los echamos de menos —suspiró Valerie—. Ojalá Freddie nunca se hubiera metido en esa estúpida franquicia. Vaya sinsentido.

—¿Tú vas a las reuniones? —le preguntó James, dándole un sorbo al café y haciendo una mueca de dolor porque las caléndulas amarillas y las petunias magentas de un cubo cercano le recordaron demasiado a la cara de Ginger Johnson.

—No, no —respondió—, pero la parte de socializar es bastante divertida. Henry nos llevó a Ascot y, de camino a casa, nos tomamos unos cócteles con él. Me sorprendió ver que tenía muchísima hierba en su asiento, pero han hecho un trabajo exquisito con las buddlejas blancas en el jardín amurallado.

—Con un plan de programación tan interesante, Venturer debe de haber contratado a personas que trabajen en la producción bastante buenas —comentó James de manera distraída.

—Espero que te guste ese montón de gladiolos de ahí —le dijo Valerie—. Coge el café y vamos a dar un paseo.

Después de admirar cada pétalo, enano y Venus de Milo de plástico, James aún no había descubierto nada sobre Venturer.

—Antes Freddie iba bastante a Corinium —dijo mientras pasaban por delante de un delfín que regurgitaba a un estanque un líquido azul que parecía el que se usaba para limpiar los baños—. ¿Aún ve a algunos de sus amigos que trabajan allí? Seguro que se quedaron boquiabiertos al ver este hermoso jardín.

—¿A que es precioso? —contestó Valerie con suficiencia—. Pero ojalá pudiéramos cultivar azaleas en Gloucestershire.

—¿Está acaso Venturer reclutando a personal local? —le preguntó James—. ¿A quién más han contratado?

Pero Valerie se había alejado y estaba saltando un arroyo para arrancar unas colas de yegua.

—Sé que Tony está atento por si hay topos en Corinium —insistió James mientras Valerie volvía a su lado.

—Y nosotros —contestó ella—. Los topos son la mayor preocupación de Freddie.

—Igual deberíamos intercambiar información, Mousie —le dijo.

Como ahora los ocultaba de la casa una hilera de coníferas amarillas, James le puso una mano alrededor de la cintura. Era fantástica y estrecha.

—Freddie ha estado retirando topos de todas partes —contestó Valerie—, pero a mí aún me da miedo levantarme mañana y encontrarme toperas por todo el jardín.

James se rindió. Mousie estaba demasiado preocupada por sus asuntos como para pensar en maquinaciones en ese momento. Le

comunicó que se pasaría con el equipo sobre las tres y media y le pidió que redujera las camisetas y pósteres de Venturer al mínimo.

—Tony cree que eres muy especial y que un jardín precioso está por encima de las personalidades, pero no podremos usar las imágenes en *Resumen de Cotswold* si están llenas de anuncios de Venturer.

Como James iba a estar grabando los jardines toda la tarde del sábado, Lizzie había planeado trabajar en su libro. Sintiéndose un poco vieja y reseca, se untó la cara con un montón de crema nutritiva, pero se percató de que se había olvidado del cuello, que se suponía que delataba más tu edad, así que se aplicó el exceso de crema nutritiva hacia abajo. Después, se acordó de que no se debía frotar la crema nutritiva en sentido descendente, pues hacía que la cara perdiera firmeza. Se preguntó si su vida sería distinta si siempre se acordase de aplicarse la crema en sentido ascendente. ¿Le habría sido James fiel? Siendo una imprudente y sabiendo que aquello le haría daño, husmeó en los cajones de James y encontró una foto arrebatadora de Sarah Stratton bajo sus calzoncillos. Totalmente destrozada, pensó en lo bien que estaría volver a ver a Freddie Jones. Abandonando cualquier intención de trabajar, decidió ir a la jornada de puertas abiertas de Valerie.

Mientras pasaba en coche por las puertas automáticas de Green Lawns, vio una pegatina de «Apoya a Venturer» en un cartel enorme que anunciaba que James y Corinium Television estarían presentes aquella tarde. Lizzie se sentía tan distante de James que ni siquiera se molestó en quitarla. En el aparcamiento, se encontró con Rupert,

que estaba pegando sin pudor alguno más pegatinas de Venturer en los parabrisas de todo el mundo.

—Querida —Rupert le dio un beso—, no deberíamos confraternizar al estar separados por nuestros consorcios rivales, pero vamos a dar un paseo juntos. Necesito reírme un rato. El nuevo jardín de roca de la señora Jones es como el foso de un oso polar en el zoo; ha estado usando sopletes en sus rosas toda la noche y ha tenido la luz fluorescente del invernadero encendida veinticuatro horas para forzar que crecieran eléboros.

Lizzie soltó una carcajada.

—No puedes llevar a ese perro —le dijo al ver que Rupert dejaba que Beaver se bajara del coche—. Sobre todo si no lleva correa. A la señora Jones le va a dar un infarto.

—Mejor —contestó él cerrando el vehículo—. Mira lo bien entrenado que está —continuó diciendo mientras Beaver levantaba una pata en una cohorte de petunias rosa salmón—. ¿Crees que Valerie escarba sus flores todos los días?

—Parece un parque —dijo Lizzie mientras iban andando hacia la casa.

—No faltes a los parques —respondió Rupert.

En la esquina del jardín, había un puesto con ropa de la *boutique* de Valerie cuyo margen de beneficio iba a la Cruz Roja. Las modelos, sudando por la colección de otoño de Valerie, deambulaban sin rumbo, abanicándose con las etiquetas de los precios. No había ningún anuncio de Venturer a la vista.

—Qué de gente —comentó Rupert—. A juzgar por el tumulto que hay en el césped, tu marido está siendo el centro de atención. Vamos en la otra dirección. ¡Qué cosa más horrorosa! —Señaló un

parterre en forma de media luna lleno de fucsias y claveles de moro que parecía haber sido excavado con un cortapastas—. El don de lady Valerie de Vulgaria por la autopromoción solo es equiparable a su gusto atroz.

Cuando iban riéndose por la estrafalaria vereda, pudieron oír a Valerie dando unos amables consejos al otro lado del seto de coníferas amarillas.

—¿Cómo consigues cultivar estos gladiolos tan enormes? —le preguntó un vecino con admiración.

—Los alimento con Crece Más —contestó Valerie.

—Está claro que también alimenta a sus hijos con lo mismo —murmuró Rupert mientras la pobre y gorda Sharon, sonrojada por haber visto a Rupert, pasaba junto a ellos.

—Hola, obispo. —Ahora pudieron oír a Valerie gritar—. Me alegro de que haya podido pasarse. Estoy a punto de ser entrevistada para la televisión, pero podrá encontrar a Fred-Fred por las tierras.

—Por tierra echaría yo mi matrimonio si estuviera casado con ella. La única persona que tiene prohibido entrar en la jornada de puertas abiertas de Valerie es Fred-Fred. Zorra estirada —soltó Rupert, agarrando el brazo de Lizzie—. Venga, alegra esa cara y vamos al estanque. No quiero que el obispo me pille por banda.

—Creía que el obispo estaba en vuestro bando —contestó Lizzie, resollando detrás de él.

—Sí, pero es un muermo. Está loco por Taggie, así que no para de ir a Priory sin avisar y de encontrarse a Maud y Declan follando o tirándose los trastos el uno al otro a la cabeza, algo que, teniendo en cuenta la perspectiva del obispo sobre el sexo y la violencia, no lleva muy bien.

—Creía que eras tú el que iba detrás de Taggie —dijo Lizzie disimuladamente mientras pasaban por delante de las rosas híbridas de té, masificadas y de colores muy chillones sobre parterres desprovistos de toda hierba.

Rupert alzó una ceja hasta el cielo.

—¡Ojalá! Es adorable.

—¿Y por qué no entonces?

—Eso sacaría a Declan de sus casillas. Además, es demasiado joven.

—Pero si una cosa así jamás te había detenido antes.

—Sí, pero es el año de la franquicia. —Rupert se inclinó para pegar una pegatina de Venturer en el vientre desnudo de una Venus de Milo de plástico—. Y todos tenemos que comportarnos, como estoy seguro de que tu marido ya sabe. ¿Por qué tienes ese sarpullido en las manos? —le preguntó con delicadeza a Lizzie mientras ella arrancaba la misma pegatina.

—El médico dice que es por el estrés —respondió ella con amargura—. Yo creo que tiene más que ver con las amantes. —De pronto, no pudo soportarlo más—. James tiene una aventura con Sarah Stratton. No debería habértelo contado. Lo filtrarás a *Private Eye* y eso desacreditará a Corinium mucho más.

—¿Y por qué no lo dejas? Es un pedazo de hijo de puta —soltó Rupert, poniendo otra pegatina encima de un querubín como si fuera la hoja de una higuera y arrastrando a Lizzie antes de que pudiera quitarla.

—Helen no te dejó a ti. —Lizzie se detuvo para observar el estanque, que era una masa de nenúfares escarlatas y amarillos—. Joder, es horrible, ¿verdad?

—Al final sí lo hizo —dijo Rupert—. Además, yo no soy un hijo de puta.

Ya habían llegado al final del jardín, donde los campos de maíz del color de la mostaza de Dijon y los bosques verde azulado se extendían hasta el horizonte. A la derecha, un tractor rojo se movía de un lado a otro, inquieto por tener que empacar el heno y retirarlo antes de esa noche, que prometía lluvia.

—Qué alegría ver que el campo no perece —soltó Rupert—. ¿Crees que se puede hacer que las amantes sí perezcan?

Lizzie soltó una carcajada.

—Me has alegrado el día. Ojalá Sarah pereciera.

Se alejaron del estanque y, volviendo hacia la casa, pasaron por debajo de un sauce llorón y se encontraron de bruces con Freddie.

Parecía muy cansado y solo les dirigió un educado asentimiento de cabeza, hasta que se dio cuenta de quiénes eran. Entonces, dio saltitos de alegría y le dio a Lizzie un gran abrazo.

—Hola, Rupe; hola, Lizzie. ¿Qué tal, querida? Estás increíble. Será mejor que Valerie no vea a Beaver, Rupe, está un poco tensa. Ha estado podando petunias en sueños toda la noche, y creo que está a punto de podarme a mí. Estoy hasta las narices, ya no aguanto más. Vayamos dentro a tomar algo. Val está haciendo su entrevista para la tele. Está que pierde el culo por James Vereker. ¡Ay, perdona, querida! —Le dio un apretón a Lizzie en el brazo—. ¡Se me había olvidado que es tu marido!

—James también lo hace —dijo Rupert, pegando otra pegatina en la caña de pescar de un enano de jardín—. Estoy seguro de que solo ha venido para sonsacarle algo a tu mujer, Freddie.

Sin embargo, al ver cómo Freddie y Lizzie se miraban el uno al otro, Rupert pensó que a Lizzie, con toda su amabilidad y simpatía, se le daría mejor sonsacarle los secretos de Venturer a Freddie.

Cameron había previsto pasar la noche del viernes con Tony, pero él había decidido volar a Francia un día antes, así que le dejó una noche libre que no se esperaba. Como no podía ponerse en contacto con Rupert, se tomó dos benzodiazepinas, durmió sola muy bien por primera vez en meses y se despertó sintiéndose descansada y feliz. Como no iba a quedar con Rupert hasta la noche, decidió dar un paseo y ver cómo le iba a James grabando los jardines. No estuvo mucho tiempo en Falconry. El jardín era demasiado hermoso, y a ella no le gustó presenciar una prueba tan tangible de las habilidades de Monica. La sorprendió que Tony no se hubiera quedado en casa para alardear.

En comparación, el jardín de Valerie era espantoso, pero había atraído a grandes masas, sobre todo con el equipo de televisión allí. Abriéndose paso hasta que un parterre de gladiolos morados y rosa salmón le bloqueó el paso, Cameron vio a James al otro lado entrevistando a Valerie y ahogó al instante un grito de risa. Valerie estaba vestida como si fuera a ir a Ascot con un vestido camisero anudado a la cintura amarillo y blanco y un inmenso sombrero amarillo ranúnculo adornado con rosas también amarillas, pero no se había dado cuenta de que alguien le había pegado una pegatina de «Apoya a Venturer» en el culo.

Más allá del mar malva y rosa salmón, Cameron contuvo el aliento por la alegría, pues allí, junto a Freddie y Lizzie Vereker e intentando no reírse con todas sus fuerzas, estaba Rupert. Como si lo hubiera

atraído el deseo de ella, alzó la vista y esbozó una breve sonrisa de sorpresa antes de volver a poner su habitual expresión adusta.

—*Resumen de Cotswold* / Green Lawns / toma cuatro —gritó el segundo asistente, dando la claqueta.

—Uno solo tiene que mirar tus parterres, Valerie —dijo James mientras la cámara hacía una lenta panorámica del mar malva y rosa salmón—, para apreciar lo mucho que te preocupas por cuidar del jardín. Cuéntanos tu secreto.

—Bueno, James —comenzó a responder Valerie, pero entonces su pequeña risita pasó a un graznido de rabia cuando el por lo general bien entrenado Beaver, que había visto a Cameron de repente, la misma que había pasado un montón de tiempo compartiendo cama con su amo últimamente, echó a correr por el parterre de gladiolos, destrozando y aplastando la mayoría de ellos, y se lanzó sobre ella con gran alegría.

Durante un minuto, mientras los graznidos de Valerie aumentaban, la cámara captó a Cameron y a Rupert, ambos muertos de risa, antes de que él llamara a Beaver con un tono severo.

Esa noche, más tarde, mientras conducía a casa bastante tensa con James, Lizzie dijo:

—Cameron es a la que Tony y tú deberíais estar vigilando. Estoy segura de que tiene una aventura con Rupert.

—No digas tonterías —respondió James—. Cameron solo se preocupa por Corinium.

La noche del domingo, de regreso de Francia, donde había hecho grandes avances en la compra de una participación en la televisión francesa, Tony se pasó por el despacho para ver cómo había

quedado el jardín de Falconry en vídeo. El cámara le había dejado la cinta encima del escritorio. Una vez que Tony se aflojó la corbata y se echó una copa, puso la cinta en el reproductor y se recostó en su mullido sofá para verla. Quedó encantado con el resultado. Monica había triunfado ese año. Qué bien había hecho en no dejarla por Cameron, sobre todo después de ver el gran caos que había causado Paul Stratton en su carrera profesional cuando dejó a Winifred. Tras reproducir las imágenes de Falconry dos veces más, decidió echarse unas risas y pasar la cinta hacia delante para cotillear los jardines de Valerie. Al localizarlos, rebobinó la cinta cinco veces, sobre todo, deteniendo el vídeo en los últimos diez segundos.

Entonces, salió del edificio sin ni siquiera molestarse en cerrar el mueble de las bebidas ni la puerta de su despacho y se fue directo a Hamilton Terrace. Cameron no estaba allí. Entró y buscó sistemáticamente por toda la casa. En la papelera del dormitorio, encontró lo que estaba buscando. Una pila de trocitos de papel rotos. Nadie rompe un papel en cachitos tan pequeños si no quiere esconder algo. Y encima había tomado precauciones de más, pues Cameron no esperaba verlo hasta el día siguiente por la noche y, para ese entonces, la asistenta ya habría vaciado la papelera. Tardó bastante en juntar todos los trocitos, ya que le temblaban las manos muchísimo, pero al final pudo leer las palabras: «Reunión de Venturer en la casa de Henry a las 12:30 el domingo».

Cameron llegó a casa sobre medianoche. Saciada y con las piernas temblorosas por Rupert, ni siquiera se molestó en ducharse luego, pues quería mantener el sudor y el olor a él en y dentro de su cuerpo todo el tiempo posible. Dejó el maletín en el vestíbulo y fue al salón. La bombilla que se encendía cerca de la puerta se había

fundido, así que cruzó la habitación a tientas bajo la iluminación tenue de las farolas de la calle y encendió la luz que tenía junto al escritorio. En ese instante, se sobresaltó cuando una mano salió disparada hacia su pierna y la agarró justo por encima de la rodilla. «Ladrones», fue lo primero que se le vino a la cabeza presa del pánico, pero, cuando se encendió una luz, vio a Tony agazapado en el sofá como un sapo venenoso.

—¿Qué haces aquí a oscuras? —balbuceó Cameron.

—¿Qué haces tú —soltó Tony con una voz que le heló la sangre— yendo a una reunión de Venturer en la casa de Henry Hampshire hoy?

El grito de horror de Cameron la delató:

—He-he-he recibido un soplo. He ido a espiar. He estado merodeando fuera de las puertas intentando ver quién entraba.

—¿Quién te ha dado el soplo?

La mente de Cameron iba a mil por hora.

—He oído a gente hablar en el reservado de al lado del Bar Sinister.

—Eres una maldita mentirosa —susurró Tony—. ¿Y desde hace cuánto llevas follando con Rupert?

—Desde nunca —farfulló ella, haciendo una mueca de dolor cuando la mano de Tony le apretó más la pierna—. Es un cabrón. Es la última persona a la que me tiraría.

Tony la atrajo hacia él y enterró la nariz en su ingle un instante.

—Apestas a él, pedazo de furcia. ¿Y cómo coño te conoce ese perro tan bien? Está todo grabado, querida.

Al momento siguiente, la abofeteó tan fuerte que la hizo atravesar la habitación. Cameron se cayó con un estruendo y se dio en la

cabeza con la estantería. Entonces, él volvió a estar sobre ella, la agarró de la camisa y le estampó el puño izquierdo en la cara. Esa vez, ella se chocó con la mesita que tenía detrás y tiró un jarrón de buddlejas.

«Me va a matar», pensó Cameron mientras él se le abalanzaba encima de nuevo y le daba patadas en las costillas, hasta que ella soltó un gemido pidiendo clemencia. Aun así, al mismo tiempo, otra parte de su mente muerta de miedo estaba pensando que tenía que salir de allí antes de que él pusiera las manos en su maletín, que contenía todas sus notas de la reunión y, lo que era peor, los nombres de los topos de Corinium.

Mientras la arrastraba por los pies y le volvía a pegar, ella consiguió agarrarse a una silla y, girándola con rapidez, le dio en un lado de la cabeza y casi le hizo perder a Tony el ojo por una de las patas. Eso le dio a Cameron un respiro. Agarró el jarrón de buddlejas, que ahora estaba poniendo todo el suelo empapado y se lo lanzó; salió de la habitación tambaleándose y cerró la puerta de un portazo. Cogió su maletín y consiguió echar la doble cerradura de la puerta principal, dejando a Tony encerrado con llave cuando la cerró de otro portazo. Cuando él consiguió salir por la ventana del salón, ella ya había arrancado el Lotus e iba de camino a casa de Rupert.

Se llevó una mano a la cabeza en el lugar en el que se había golpeado con la estantería y pudo sentir el pelo pegajoso por la sangre. Al mirar el espejo retrovisor, vio que le estaba saliendo más sangre del ojo derecho y casi se desmayó. Tenía que conseguir llegar a la casa de Rupert con el maletín, de lo contrario, Tony la atraparía y la mataría. De alguna forma, aturdida por el dolor y las

náuseas y limpiándose todo el rato la sangre de los ojos, consiguió llegar a Penscombe.

La puerta principal de la casa de Rupert no estaba cerrada con llave. El vestíbulo apenas tenía luz. Fue tropezándose con los perros mientras lo llamaba a gritos.

—Cielo, qué sorpresa. ¿Se te ha olvidado algo? —preguntó él mientras bajaba las escaleras con solo unos pantalones vaqueros y leyendo *Horse and Hound*.

Entonces, ella encontró el interruptor de la luz principal del vestíbulo y la encendió, y él pudo verla bien. Se le había cerrado ya el ojo derecho y tenía un corte en el labio superior, que estaba muy hinchado. También tenía la cara, el pelo y la camisa empapados de sangre.

—Dios mío —dijo Rupert, horrorizado—. ¿Qué coño ha pasado?

—Tony se ha enterado.

—Pobrecita. —Bajó las escaleras corriendo y la atrajo a sus brazos, sintiendo la pegajosidad de su pelo empapado de sangre y el latido frenético de su corazón—. ¿Dónde está ese cabrón? Vamos a llamar a un médico y luego voy a ir a matarlo.

—Estoy bien —murmuró Cameron—. Ha sido una provocación. Seguro que tú habrías actuado igual en tales circunstancias. —Se desmayó al instante.

Cuando recobró el conocimiento, estaba en la cama doble de Rupert, vestida con una de sus camisetas y con la mayoría de la sangre lavada. Un tal doctor Benson, que era bastante experimentado y encantador, había llegado en esmoquin, apestando a brandi y Gold Spot, y, tras examinarla, le aseguró que no le quedarían cicatrices en la cara. Después de curarla y decirle que

debería darle puntos en la cabeza a la mañana siguiente, le puso una inyección para sedarla.

—No quiero que me afeiten la cabeza —murmuró cuando Rupert volvió.

—Tienes el pelo tan corto que es como si ya lo llevaras afeitado prácticamente —contestó él, sentándose en la cama y tomándola de las manos—. Lo siento muchísimo, cielo. Ha sido por mi culpa.

A Cameron le costó muchísimas súplicas impedir que se fuera directo a Hamilton Terrace o incluso a Falconry para hacer papilla a Tony.

—Piensa en la publicidad negativa. Solo haría que la licitación de Venturer se trivializase.

—No hay nada de trivial en esos moretones —dijo Rupert, tocándole el labio hinchado con el dedo—. ¿Cómo nos ha descubierto?

—Ha visto el vídeo de la jornada de puertas abiertas de Valerie, donde se ve a Beaver aterrizando en los gladiolos. Y no sé cómo se ha enterado de que fui a la reunión de Venturer ayer.

Con mucha mucha delicadeza, Rupert le acarició la mejilla. A pesar del dolor en casi todas las partes del cuerpo, ella nunca se había sentido más a salvo ni más cercana a él.

—El infierno no conoce la furia de un mujeriego despechado —afirmó él con ligereza—. Bueno, algún día se tendría que enterar. Será mejor que te mudes aquí.

Cameron odiaba completamente a las mujeres que lloraban delante de los hombres. Era tomar una ventaja injusta y traicionar sus principios feministas. No obstante, una vez que las lágrimas

comenzaron a derramarse de sus ojos magullados, descubrió que no había forma de pararlas.

—¿Tan horrible te resulta la idea? —preguntó Rupert, tomándola entre sus brazos.

—No, es la mejor del mundo, pero supongo que no quiero forzarte a que lo hagas de forma tan precipitada.

—No lo estás haciendo. No tienes ni idea de lo que odio dejarte que te vayas todas las veces, sobre todo con Tony. Estoy harto de no poder verte nunca. No te preocupes por tu brillante carrera. Yo te cuidaré. Y mañana, como muestra de tu nueva dependencia, voy a ir a tirar ese maletín tan espantoso al lago.

Cameron esbozó una débil sonrisa.

—Será mejor que saques los papeles primero, o Tony aparecerá y usará el suero de la verdad en los patos.

Estaba muy somnolienta por la medicación, así que se recostó en la almohada.

—Intentaré no ser un estorbo —murmuró Cameron—. T-te quiero mu-mucho.

—Lo sé. —Rupert se puso de pie—. Ahora, a dormir.

—Por favor, no te vayas. —De repente, se sentía muy inquieta—. Vas a dormir aquí, ¿no?

—Pues claro que sí. Volveré dentro de un minuto. Solo voy a sacar a los perros.

Vagando sin rumbo por el jardín, Rupert se encontró en la orilla del lago, inspirando el olor jabonoso de las ulmarias, oyendo a las ranas croar. No había ninguna estrella y, al dirigir la vista al otro lado del valle, vio que en el torreón de Taggie no había luz.

35

Valerie Jones estaba que echaba humo tras haber visto que no habían mencionado nada de la apertura al público de su jardín en *Resumen de Cotswold*, pero ni de lejos estaba tan enfadada como Declan cuando Rupert le contó lo que había ocurrido.

—¿Cómo cojones se te ocurre llevarte un perro que no puedes controlar a la jornada de puertas abiertas de Valerie?

—Controlo a mis perros mucho mejor que tú.

—No estamos hablando de mí. Piensa en la publicidad negativa.

—No habrá ninguna. Me abstuve de darle su merecido a Tony.

Declan suspiró.

—¿Y cómo coño le va a explicar Tony a su plantilla que de la noche a la mañana ha perdido a su amante y a su controladora de Programas? Alguien va a filtrar la historia. No te quepa duda de que ya hay circulando por la cadena cintas piratas de Beaver aplastando los gladiolos, y no tardarán en llegar a la prensa y a la IBA.

—Eso fue de lo más gracioso. Ojalá hubieras visto la cara de Valerie.

—No tiene nada de gracia —repuso Declan con voz atronadora—. Supongo que tú estarás acostumbrado a que tu reputación se vea en

entredicho, pero a Venturer no le hará ningún bien. A la IBA no le gusta este tipo de cosas.

No entendía cómo Rupert podía estar tan pancho ante una catástrofe semejante. Suponía que era porque siempre había vivido en el ojo del huracán.

—No sé quién sale peor parado —prosiguió Declan—, si tú, que tomaste la decisión fría y deliberada de seducir a Cameron para tener un topo de nuestro lado, o Tony, que le dio una paliza. Muchos pensarán que lo de Tony estaba justificado, que actuó así solo por el ardor del momento.

—Oh, venga ya —espetó Rupert—. Vaya forma de hacer una montaña de un grano de arena con el asunto de los topos. La historia que vamos a filtrar es que Cameron y yo nos vimos atraídos en cuanto nos conocimos, cuando me entrevistaste en febrero. Nos resistimos lo que pudimos porque estábamos en bandos opuestos, pero ahora ella se ha mudado conmigo y Venturer tiene a la mejor jefa de Ficción del país. Joder, los dos estamos solteros. Es Tony el que va poniendo los cuernos y maltratando a sus amantes. No querrá que esto se vaya de madre por Monica y la IBA.

Al día siguiente, tal y como se preveía, se filtró una noticia en el *Mail* que afirmaba que Cameron Cook había cambiado de bando, que se había mudado con Rupert y que Tony estaba devastado al haber perdido a su productora estrella. No se mencionó que Cameron era la amante de Tony ni que este le había dado una paliza.

Aun así, los rumores corrieron como la pólvora y el miércoles Corinium ya había filtrado una contrahistoria en la que acusaba a Venturer de caza furtiva y seducción a sangre fría y le echaba toda la culpa a Rupert.

«Una mujer soltera y solitaria cerca de los treinta, preocupada por la posibilidad de que se le pase el arroz, se encuentra en una posición especialmente vulnerable», se citó a Tony diciendo esas palabras.

Rupert estaba cabreadísimo.

—Lo único que tenemos que hacer es mandarle a la prensa una fotografía de los moretones de Cameron.

—No seas tan estúpido —replicó Declan tajante—. No hay pruebas de que lo hiciera Tony y no tú. No es que tengas precisamente una reputación intachable en lo que se refiere a dar palizas.

Una vez que Tony se hubo calmado, se sumió en una desolación absoluta por la deserción de Cameron. No se había dado cuenta de lo mucho que él mismo y Corinium habían llegado a depender de ella, tanto como inspiración como compañera de batallas.

Se había enterado por sus espías de que Rupert estaría en Londres inaugurando un nuevo estadio de deportes el jueves, así que Tony condujo hasta Penscombe para verla. Rodeada de la jauría de perros de Rupert, con la señora Bodkin en la cocina y el señor Bodkin podando la hierba alta que había en los alrededores del lago, Cameron se sintió segura y lo dejó pasar. Llevaba puesto un biquini naranja y parecía que acababa de disputarse quince asaltos con Barry McGuigan.

Tony la acompañó a la piscina, que brillaba con un turquesa resplandeciente a la luz del sol y no tenía ni rastro de hojas. Lo mataba verla en un entorno tan bello y opulento como aquel, tumbada en una de las sillas reclinables de Rupert tras haberse dado aceite, custodiada por Blue, el lurcher de Rupert, que yacía a sus pies jadeante y gruñía cada vez que Tony se le acercaba.

Él no tardó en rogarle que volviera, le confesó por primera vez lo mucho que la quería y, cuando eso no surtió efecto, le propuso dejar a Monica y casarse con ella. Ni siquiera perdió los papeles cuando ella le contestó que se largara.

—Tu puesto te estará esperando para cuando quieras regresar, y aquí tienes las llaves de Hamilton Terrace. —Se las lanzó a la mesa —. Puede que la casa pertenezca a Corinium, pero seguirá estando ahí para cuando la necesites. Ve a recoger tu ropa cuando quieras. No debería haberte pegado, pero te quiero y me cegó la rabia.

—Igual que te pasó la última vez, cuando volví a casa tarde tras haber pasado el día con Patrick —contestó Cameron—. Márchate.

Tony, que era muy predecible, no fue capaz de seguir pareciendo simpático durante mucho tiempo.

—Sabes que solo es cuestión de tiempo que Rupert te despache —le dijo a modo de golpe de gracia—. Cinco días, cinco semanas… Puede que hasta se quede contigo cinco meses hasta que Venturer acabe perdiendo la franquicia, pero después te dará la patada como a las demás y volverás rogándome.

Cameron no creyó que Tony dejase a Monica, sobre todo durante el año de la franquicia, pero al menos ahora podía pasarse por Hamilton Terrace a recoger su ropa, sus libros y, lo que era aún más importante, sus cintas y sus premios. En secreto, también se sentía bien ante la idea de tener a Tony como alternativa en caso de que lo de Rupert acabara mal.

Sin embargo, Rupert no podría haberse comportado de mejor manera aquellos primeros días: se desvivía por ella, se preocupaba por que no estuviera demasiado cansada, se aseguraba de que la señora Bodkin le cocinara comida rica (aunque Cameron pensaba

para sus adentros que tenía demasiadas especias y demasiada grasa) y le hacía el amor con sorprendente delicadeza y cuidado para no aplastarle las costillas magulladas ni la cara maltrecha.

El tiempo también era estupendo: días largos y calurosos, seguidos de noches cortas y dulces. Cameron estaba encantada de dormir, leer, tomar el sol y explorar el bosque y los campos de Rupert con los perros. Poco a poco, a medida que el ojo morado y la hinchazón de los labios iba desapareciendo, sentía que se curaba por dentro y por fuera.

El único inconveniente eran el señor y la señora Bodkin, sombríos y educados, que dirigían la vida de Rupert como un reloj, pero siempre estaban en segundo plano. Cameron quería a Rupert para ella sola, no estaba acostumbrada a tener criados. Quería pasearse desnuda por la casa y hacer el amor en la cocina si le apetecía. Además, le salía tratar al señor y a la señora Bodkin como si fueran esbirros de Corinium, les daba órdenes, bufaba ante la lentitud y aún más ante la ignorancia.

Hasta Rupert, cuya fama de caprichoso y poco paciente con el personal le precedía, tuvo que reprenderla en más de una ocasión:

—Taggie O'Hara aumenta su vocabulario aprendiendo una palabra nueva todos los días. Tú podrías empezar con «por favor» y «gracias».

Cualquier mención a Taggie hacía que Cameron se pusiera de mala hostia, así que a la segunda semana de haberse mudado, decidió que le iba a demostrar a Rupert que sabía cocinar y dirigir una casa mucho mejor que Taggie y lo convenció para darles al señor y a la señora Bodkin unos días libres.

—Estoy mejor —le insistió—. Quiero cuidar de ti. Voy a cocinarte algo sano. Te está subiendo mucho el colesterol.

—¿Tengo pinta de que eso me importe? —contestó Rupert, que estaba comiendo pan con sal mientras leía el *Scorpion*.

—No, pero me parece fatal abusar de una constitución magnífica. Te acabará pasando factura. ¿Y por qué no lees *The Guardian* de vez en cuando en lugar de esa basura?

—Porque usa palabras muy largas y hace comentarios insidiosos sobre mi partido —contestó Rupert.

—Pero las críticas objetivas son valiosas, hombre.

—Para mí no. Solo me cae bien la gente que piensa que soy perfecto. Será mejor que les diga al señor y a la señora Bodkin que vuelvan para el fin de semana. Los niños van a venir el sábado y siempre dan mucho trabajo.

—Ay, no —respondió Cameron entusiasmada de pronto—. Encarguémonos nosotros. Podemos hacer pícnics y barbacoas y todos arrimaremos el hombro. Será muy divertido.

Como mucha gente insegura, era más fácil vivir con Cameron cuando estaba mal. Después de la paliza, había sido su tremenda vulnerabilidad lo que había atraído a Rupert. Como quería protegerla, le había pedido que se mudara con él, pero en cuanto comenzó a sentirse mejor, su bordería y su aspereza naturales volvieron a la carga.

El día antes de la llegada de los niños, Cameron decidió hacer una enorme paella para cenar, así lo que sobrase se podría calentar al día siguiente para todos. Al darse cuenta de que se le había olvidado

comprar azafrán y calamares, mandó a Rupert a la tienda del pueblo.

—Estoy convencido de que no van a tener —gruñó Rupert, que prefería quedarse leyendo *Horse and Hound*.

La radio de la cocina estaba emitiendo el último poema sinfónico de la dama Enid, *The New Statesman* y el suplemento literario de *The Times* estaban en la mesa de la cocina dándole a Rupert una desagradable sensación de *déjà vu*. Le recordaba muchísimo a Helen.

—Pues entonces ve a Stroud —espetó Cameron.

Se le había olvidado lo agotador que era hacer una paella, pero estaba decidida a cocinar mejor que Taggie.

—Tráete un poco de parmesano también —le gritó a sus espaldas.

La tienda del pueblo se había convertido hacía poco en un supermercado enano con estanterías por todas partes y un tabique, también con estantes a ambos lados, paralelo al mostrador. Si la omnipresente señora Makepiece, que trabajaba para Lizzie y Valerie y también una mañana a la semana para Maud ahora, no hubiese estado a la cabeza de la cola haciendo tanto ruido y con tanta indignación, Rupert jamás se habría colado en la tienda sin ser visto. Cogió una cesta roja de alambre y echó unas galletas Jaffa Cakes, ya que a los niños les encantaban, y una lata de carne de ternera picada, que le encantaba a él; no encontró calamares por ninguna parte, pero supuso que una lata de sardinas en salsa de tomate también podría valer, una especie de *quid pro quo*.

Cuando se acercó al estante de las especias, la señora Makepiece, animada por un corrillo de chasquidos de lenguas, alzó la voz.

Declan y su señora se habían ido de segunda luna de miel al Distrito de los Lagos y la habían dejado a sus anchas.

Rupert se quedó petrificado, mirando sin ver las filas de pimentón, eneldo y cayena.

—Tan sola en ese casoplón —prosiguió la señora Makepiece—, que todos sabemos que está encantado. Bueno, la mitad de las luces se fundieron, así que Taggie fue a ver la caja de los fusibles y leyó las instrucciones mal, la pobre, ya sabéis lo que le cuesta, y se cargó todos los fusibles y tuvo que tirarse toda la noche en la oscuridad temblando con la única compañía de su perrita Gertrude.

A pesar del calor abrasador del día, Rupert se había quedado del todo helado. Taggie podría haberse matado trasteando la caja de fusibles.

—Cuando llegué esta mañana, estaba llorando como una descosida —dijo la señora Makepiece, alentada por la fila de caras sorprendidas—. Al principio, no quería decirme qué era lo que ocurría, pero después preparé unas tazas de té para las dos y me lo dijo: se habían olvidado de su cumpleaños.

Rupert se cabreó tanto que soltó la cesta y se fue del tirón de la tienda con las sardinas, que se había olvidado de dejar fiadas.

En cuanto llegó a casa, llamó a Ursula.

—¿Dónde coño están Maud y Declan?

—En Windermere.

—Dame su número.

—Prometí que no lo haría, no quieren que los molesten. Declan le ha estado dedicando demasiado tiempo a su biografía y esta es su forma de recompensar a Maud.

—Se han olvidado del cumpleaños de Taggie.

—¡Madre mía!

—Y deberías habérselo recordado, joder. Dame el número.

Declan y Maud estaban fuera cuando llamó, así que Rupert le dejó un mensaje a Declan diciéndole que lo llamara, que quería hablar de la franquicia y que era muy urgente.

Acto seguido, llamó a Taggie.

—Feliz cumpleaños, cielo. Cameron y yo vamos a pasarnos para invitarte a cenar. No, no quiero ningún pero. Te recogeremos a las ocho.

Rupert aún estaba sudando a mares ante la terrorífica idea de esa pobre chiquilla sola en esa casa enorme a oscuras con aquellas escaleras sinuosas y pasillos larguísimos.

—Putos Declan y Maud —chilló cuando entró en la cocina.

—¿Se puede saber qué te han hecho ahora? No lo quites, es Vivaldi —protestó Cameron—. ¿Has traído el calamar? —Rupert le dio las sardinas—. Eso no vale, tonto. ¿Y dónde están el parmesano y el azafrán?

—Se han olvidado del cumpleaños de Taggie —dijo Rupert con aire sombrío.

—Bueno, tampoco es para tanto. —Entonces, al ver el cabreo que tenía Rupert en la cara, añadió—. ¿Es que tú nunca te has olvidado de los cumpleaños de tus hijos?

—No, bueno, supongo que sí, pero Helen siempre se acordaba.

Cameron puso el grito en el cielo cuando Rupert le contó lo que había sucedido y que iban a llevarse a Taggie a cenar fuera.

—Pero es la última noche que vamos a tener solos. Se suponía que lo íbamos a celebrar y que yo iba a cocinar algo especial para nosotros.

—Habrá muchas ocasiones en el futuro.

El teléfono sonó. Era Declan. Como estaba tan indignado y como Declan lo había censurado tanto en cuanto a su relación con Cameron, Rupert le cantó las cuarenta:

—So hipócrita, vas siempre sermoneando sobre la tiranía y la explotación y resulta que el peor caso que he visto está ocurriendo bajo tu propio techo.

—¿De qué cojones estás hablando?

—De Taggie. Trabaja como una puta esclava por vosotros y no se os ocurre otra cosa que dejarla sola en una casa enorme con los fusibles rotos, y encima se os olvida su cumpleaños.

—Madre mía —contestó Declan consternado—. ¿En serio?

—Ya puedes llamarla en cuanto cuelgue y decirle cuánto lo sentís.

—Tenemos que volver.

—No. Cameron y yo nos encargaremos de ella esta noche. Venid mañana a primera hora y traedle un regalo decente, no un libro de mierda de poemas de Wordsworth que no puede ni leer.

—Joder, me siento fatal —dijo Declan—. Bueno, ¿qué era eso tan urgente que tenías que decirme de la franquicia?

—Esto era —replicó Rupert cabreado—. Si no se hubiera partido los cuernos pateándose la zona y reuniendo nombres para tu puñetera franquicia, ahora mismo no iríamos en cabeza.

Colgó el teléfono con un golpe y se sirvió un copazo de whisky. Estaba tan enfadado que no paraba de temblar de la rabia.

—Bueno, bueno, bueno —dijo Cameron, tirando la cuchara de madera sobre el arroz seco y apagando el hornillo—. ¿Qué pasa con Taggie O'Hara?

—Que no se merece tener unos padres así. No es más que una cría.

—Para ser exactos, tiene diecinueve años. Ya ha pasado la edad de consentimiento.

Cameron sabía que era mejor que se mordiera la lengua, pero no pudo evitar decirle:

—Esa chica es tu debilidad, ¿no? Y una bien grande. ¿Estás alimentando alguna pasión secreta? Quiero saber en qué lugar me sitúa eso a mí.

Rupert la miró de arriba abajo. En ese momento, lo hizo sin ningún rastro de cariño en el rostro.

—¿Estás viviendo aquí o no?

—De momento.

—Pues dejemos una cosa bien clarita —dijo en voz baja—: si quieres seguir viviendo aquí, deja de ser tan zorra.

Se acabó el whisky del tirón y cogió las llaves de su coche.

—Voy a ver si le consigo un regalo. Tú puedes llamar al White Elephant de Painswick y reservar una mesa para tres a las nueve.

El springer spaniel de Henry Hampshire había tenido hacía poco seis cachorritos. Todos se habían ido a hogares nuevos excepto el pequeñín con una pata rota porque alguien se la había pisado y la seguía teniendo escayolada. El cachorro tenía la cara llena de pecas, un hocico rosa intenso, los ojos bizcos como si hubiera estado toda la noche emborrachándose y una cola diminuta que hacía que se le menease el cuerpo entero cuando la agitaba.

—Es muy bueno —dijo Henry—. Te lo dejo por cien libras.

—¿Teniendo la pata rota? No me hagas reír.

—Le quitan la escayola la semana que viene. Y luego estará como nuevo y podrá correr por el campo.

—Cincuenta —regateó Rupert.

—Estás de coña. Los otros los vendí por doscientos cincuenta. La madre fue la mejor de su clase en Crufts y el padre ha ganado todas las pruebas de campo del país.

—Cincuenta —repitió Rupert—. Le quedará una leve cojera.

—Ay, vale —dijo Henry—. Tengo un almuerzo hoy con Daysee Butler.

—Pues no deberías —espetó Rupert—. Seguro que le desvelas secretos profesionales.

—Bueno, tú tampoco tendrías que haberte acostado con Joanna Lumley —refunfuñó Henry—. Daysee dice que Tony ha cogido un avión a Los Ángeles en busca de una nueva controladora de Programas.

Cuando Rupert regresó a Penscombe, Cameron se había lavado el pelo y se había puesto el vestido ajustado azul martín pescador que había llevado para recoger su premio en Madrid; tenía dos rajas que dejaban a la vista la mitad de sus muslos quemados por el sol. Parecía nerviosa, estaba muy guapa y fue derecha a echarle los brazos al cuello a Rupert.

—Estaba celosa, lo siento.

Él aspiró el Fracas, el perfume seco, amargo y sexy que siempre llevaba y que hizo que sus sentidos se estremecieran.

—Yo también lo siento —dijo Rupert—. Me he pasado, pero es que ella me da mucha pena.

Bajo el vestido azul, notó cómo se le endurecían los pezones a Cameron. Echó un vistazo al reloj de la cocina y vio que eran las

ocho menos cuarto.

—No tenemos tiempo, te voy a dejar hecha un desastre.

—Pero tú sí tienes —repuso Cameron.

Se puso de rodillas y le bajó la bragueta. Sabía perfectamente que en ese campo era mucho mejor que Taggie O'Hara.

Cuando llegaron, un destartalado GTI estaba aparcado fuera de Priory. La puerta principal estaba abierta y el vestíbulo, atestado de ropa, libros y maletas.

—A lo mejor no quiere salir a cenar —murmuró Cameron esperanzada.

—Claro que quiere —dijo Rupert.

Habría que discutir quién se llevó el peor susto, si Cameron o Rupert, cuando entraron a la cocina y se encontraron a Taggie llorando en los brazos de un joven alto de pelo negro guapísimo. La única diferencia era que Cameron no tardó en reconocer a Patrick, mientras que Rupert no. Patrick miró a su alrededor sin soltar los brazos de Taggie.

—¿Qué? —preguntó con frialdad.

Taggie alzó la vista, dio un grito ahogado, se apartó de Patrick y, sin mirar, cogió papel de cocina, se secó los ojos y se sonó la nariz.

—Perdonad —musitó—. Hola, Rupert. Hola, Cameron. ¿Cómo estáis?

La sorprendió la hostilidad con la que Rupert estaba observando a Patrick. Quizá le guardaba rencor por haber sido ex de Cameron.

—Me parece que no conoces a mi hermano, Patrick, ¿verdad? —preguntó enseguida.

—¡Tu hermano! —Y la hostilidad se esfumó al instante—. No me había dado cuenta. La fiesta de cumpleaños de Nochevieja fue la tuya, ¿no? ¿Cómo han ido los exámenes finales?

—Perfectos —contestó Patrick de modo cortante.

Volviéndose hacia Taggie, Rupert dejó dos botellas de Dom Pérignon en la mesa al lado de la bolsa blanca de Patrick del *duty free*.

—Felicidades, corazón. Las acabo de sacar del frigorífico. Ábrelas —añadió lo último hacia Patrick, sin percatarse en absoluto de la mirada de odio que este le estaba lanzando.

«Oh, cielos», pensó Cameron. «Pobre Patrick. Seguro que Taggie le ha contado que me he mudado con Rupert».

Cortando el balbuceante agradecimiento de Taggie por el champán, Rupert la cogió de la mano y la llevó fuera al coche.

—Ven a ver tu regalo de verdad.

—N-no tenías que molestarte —tartamudeó Taggie en el vestíbulo —. Está siendo un buen cumpleaños. Mi madre y mi padre acaban de llamarme. Me van a traer un regalo mañana por la tarde. No habían podido ir a recogerlo hasta hoy, y Patrick me ha regalado un jersey de Aran precioso. Acaba de volver. Tenía muchas cosas que traer después de tres años. —En este instante, estaba temblando y al borde de las lágrimas otra vez.

—Cariño, ¿qué te pasa?

—Nada, estoy genial —respondió Taggie. ¿Cómo podía explicarle que el que se fundieran los fusibles, se pasara la noche a oscuras y se olvidaran de su cumpleaños eran de lo más irrelevante? ¿Que la causa de que se hubiera convertido en un mar de lágrimas era que Cameron se había acabado mudando con él?

Sabía que él nunca podría ir en serio con alguien tan tonta y poco sofisticada como ella, pero, mientras recorrían juntos la zona, se habían hecho amigos y ahora nunca iba a verlo sin Cameron.

—Has estado toda la noche sola a oscuras —le dijo él.

—¿Quién te lo ha dicho?

—La señora Makepiece se lo ha contado a la tienda del pueblo entera.

—Ha sido por mi culpa. Me equivoqué al leer las instrucciones de la caja de fusibles. —Intentó esbozar una sonrisa—. Creo que me he pasado toda la noche empujando a la pobre Gertrude para que fuera delante de mí. Al parecer, todo cruje muchísimo en la oscuridad.

Rupert tomó sus manos.

—Oye, prométeme que la próxima vez que te ocurra algo así me llamarás, ¿vale? Para eso estoy al otro lado del valle. Me mata la idea de que estés sola y asustada de esa manera.

Ella no lo miraba, lo único que Rupert podía ver eran sus párpados enrojecidos e hinchados. A regañadientes, la soltó.

Fuera, el cachorro, con las patitas moteadas en el reposabrazos de la puerta del coche, estaba sonriendo a través de la ventanilla bajada.

—Ay, qué mono —susurró Taggie sin aliento—. ¿Qué le ha pasado en la pata?

—Ya casi se ha recuperado. Es tu regalo de tu cumpleaños. Iba a comprarte un perro guardián, pero este se ha interpuesto en mi camino.

Taggie estaba entusiasmada. Nadie le había regalado nunca algo tan adorable.

—Pero que sepas que Gertrude se va a poner muy celosa —le advirtió Rupert cuando el cachorro salió pitando hacia el jardín, persiguiendo con frenesí los olores de varios gatos y perros—. Vas a tener que darle muchos mimos.

Se fijó en que Taggie todavía llevaba unos vaqueros y una camisa vieja rota de rayas rojas y blancas de Declan.

—¿No te vas a cambiar? Hemos reservado una mesa a las nueve. Patrick también puede venir. No he tenido ocasión de conocerlo.

Taggie se puso colorada.

—Eres muy amable, pero estaremos bien solos.

—No seas tonta. No pienso dejar que te pongas a cocinar el día de tu cumpleaños.

—Hace mucho que Patrick y yo no nos vemos.

—Tenéis todo el verano por delante.

—Se va al extranjero mañana. Él…, bueno, él…

—¿Sí? —dijo Rupert tirando de ella para que se sentara a su lado en el viejo banco que había junto al jardín.

Taggie se puso aún más colorada.

—Él está loquito por Cameron y está fa-fa-fatal porque se ha mudado contigo.

—Ah —contestó Rupert.

Taggie estaba arrancándole la pintura al banco de manera compulsiva. Cuando el cachorro volvió y saltó hacia ellos, lo cogió y lo abrazó en busca de consuelo.

—Patrick podía aceptar que tuviese una aventura con Tony porque pensaba que lo estaba haciendo por su carrera, pe-pero contigo es distinto.

—¿Por qué? —preguntó Rupert, nervioso de pronto por saber la respuesta.

Taggie enterró su rostro escarlata en las orejas rojizas del cachorro.

—Porque nadie necesitaría un incentivo…

—¿Esa es tu palabra del día?

—No. —Sacudió la cabeza con frenesí—. Nadie necesitaría un incentivo para mudarse contigo.

Dentro, Cameron observaba a Patrick. «Ha crecido», pensó. «Parece mucho más duro, más indiferente y menos vulnerable».

—¿Cómo te han salido de verdad los exámenes finales?

—He sacado matrícula de honor.

—¿Te lo han dicho?

—No, pero lo sé.

Sacó un paquete de Marlboro de la bolsa del *duty free* y se encendió un cigarrillo sin ofrecerle a ella ninguno. Cuando la cerilla se prendió, Cameron pudo apreciar la amargura que había en su rostro.

—Tengo entendido que te has convertido en nuestra vecina de al lado —dijo él.

—¿No me vas a desear que sea feliz?

—¿Feliz? Serás una desgraciada con él. Joder, tienes un gusto pésimo para los hombres —añadió irritado—. Tony era un monstruo desagradable. Este tío —ni siquiera fue capaz de decir el nombre de Rupert— es como un perro raposero. ¿No lo entiendes? No puedes domesticarlo. Siempre estará a la caza de algo nuevo. Lo lleva en la sangre. Se aburrirá de ti dentro de unas semanas, y si no lo hace,

serás tú la que se aburra. Es un inculto de la leche, no ha leído un libro en su vida.

—Tiene experiencia.

—Esa expresión siempre me ha parecido un eufemismo para referirse a alguien con una moral de lo más turbia, lo que significa que te dará la patada tarde o temprano y acabará con tu carrera. Tony al menos la impulsaba.

—Solo estás celoso.

—Ya no —contestó Patrick cansado—. Soy ceniza donde antaño fui fuego.

—Es muy divertido. Te caerá bien cuando lo conozcas.

—No pienso darme la oportunidad. Me voy mañana al extranjero.

El ánimo de Cameron se apagó. Le gustaba hablar con Patrick. Ahora que no se lo impedían los celos de Tony, Cameron esperaba que pudieran ser amigos y que su admiración, al igual que la de Tony, le sirviera de estímulo a Rupert.

—¿A dónde te vas?

—A Australia, a trabajar en una granja de ovejas. No pienso quedarme lo que queda de año viendo cómo os peleáis por la franquicia y cómo se autodestruye la relación que tienes con ese capullo.

—No es tan capullo. Mira lo bueno que es con Taggie. —Cameron probó a ver si mordía el anzuelo.

—La ha jodido.

A Cameron se le cerró la garganta.

—¿Ha intentado algo?

—Según Taggie, no. Solo la ronda como si tuviera un puto derecho de pernada, un lord Bountiful moderno, que no hace más que

bombardearla con regalos. Que si collares de plata, que si huevos de Fabergé…

—¿Huevos de Fabergé? —preguntó Cameron conmocionada.

—Ah, Taggie no sabía lo que era. Se lo trajo de Madrid. No sé qué es lo que le va a regalar hoy. ¡Tal vez un Monet o un Henry Moore!

—Un cachorro —contestó Cameron con tono glacial—. Eso es lo que le va a regalar.

Al instante, Aengus entró en la cocina con la cola erizada como una escobilla del váter y gruñendo muchísimo, y se refugió bajo la alacena de la cocina. El cachorro brincó tras él e intentó meterse también bajo la alacena, pero pegó un chillido enorme cuando Aengus le dio un zarpazo en su rosado hocico. Gertrude apareció enseguida, la personificación de la indignación. El cachorro se giró hacia ella y volvió a chillar cuando Gertrude le mordió bruscamente la oreja.

—Madre mía —dijo Patrick—. No le basta con sembrar la discordia entre los humanos que ahora también tiene que hacerlo entre los animales.

—Por el amor de Dios, abre una de esas botellas —replicó Cameron.

—No quiero beber —contestó Patrick de mal humor.

—Lo necesitarás. Vamos a salir a cenar.

—Pues nosotros no vamos. No queremos vuestra puñetera caridad. Pobrecitos los niños de los O'Hara, que están sufriendo. Vamos a darles unas migajas de consuelo.

A Patrick se le había caído sobre la frente un mechón de pelo y le había empezado a palpitar un músculo en la hermosa y pálida mejilla

derecha. Tenía los ojos tan oscuros y amenazadores como las profundidades del enorme cedro que había junto a la ventana.

—Por favor, no me odies tanto. —Cameron se sorprendió mucho al encontrarse rogándole—. La verdad es que necesito un amigo con quien hablar.

Los dos dieron un respingo cuando sonó el teléfono. Era Caitlin, que se iba a quedar con un amigo en Newbury y llamaba a Taggie para desearle muchas felicidades. Para cuando acabaron de hablar, Rupert y Cameron se habían marchado.

—¿Cómo te has librado de ellos? —preguntó Taggie.

—Les he dicho a los dos que se fueran a la mierda y que no necesitábamos su caridad —respondió Patrick mientras abría una de las botellas de Rupert—. ¡Al menos ahora podemos emborracharnos a su costa!

36

Cameron y Rupert tuvieron una cena desastrosa en el White Elephant después de aquello. Rupert estaba disgustado porque Patrick los había echado.

—Es un puto cabrón arrogante, como su padre.

—Creía que adorabas a su padre.

—No cuando se cree Dios o ignora a sus hijos.

—Está claro que tú no estás ignorando a una de ellos. Collares de plata, huevos de Fabergé, cachorros discapacitados… Muy apropiado, sobre todo un año de franquicia.

—Calla.

La discusión continuó hasta que se fueron a la cama, cuando Rupert cabreó a Cameron más que nada al quedarse dormido cuando ella estaba en mitad de un sermón. Ella se levantó al día siguiente con sentimientos autodestructivos y descubrió que Rupert se había marchado. Cuando bajaba la escalera, se preguntó si ya habría ido a recoger a sus hijos; vio que la paella tenía moscas en el horno, así que la tiró. Había pollo en la nevera. Pensó que sería mejor asarlo para la hora de comer. Desanimada, peló unas cuantas patatas, las puso a cocer y comenzó a hacer un aderezo francés. No

había eneldo. Si mandaba a Rupert a la tienda del pueblo, seguro que le traería nuez moscada.

Fuera, el sol brillaba a través de la niebla como la chapa identificativa de un perro. Le apeteció ir a la piscina y nadar para que se le fuera la resaca. Hasta la noche anterior, sin los Bodkin, al fin había podido disfrutar de unos días maravillosos y sibaritas con Rupert, nadando y tomando el sol desnudos, tentándolo con descaro para que dejara de hacer cualquier cosa que estuviera haciendo. Incluso había montado a pelo por el valle durante el ocaso sin nada de ropa hasta que Rupert la había alcanzado, la había bajado del caballo y la había llevado a las ulmarias. Cameron había tenido la vana esperanza de que Taggie los hubiera visto mientras daba un paseo nocturno con Gertrude y se hubiera dado cuenta de que Rupert por fin había encontrado a alguien con el mismo apetito sexual.

Pero la discusión de la noche anterior lo había arruinado todo, y ahora, con los niños por ahí, no podrían retozar desnudos ese fin de semana. Dio un respingo cuando los perros empezaron a ladrar y la puerta principal se cerró de un portazo.

—Cameron —gritó Rupert.

Entró en la cocina, feliz como una perdiz, como si no hubieran discutido, mientras Cameron removía frenética el aderezo francés.

—Nos hemos quedado sin eneldo, qué desconsolador —comentó.

—¡Consoladores! ¡No necesito para nada uno de esos cerca de mí! Siento no regalarte ninguno —continuó, dándole un beso en la nuca —. Creía que con mi presencia era suficiente. ¿Qué mano prefieres?

—Las dos —contestó ella de mal humor.

—Telepatía —soltó Rupert, abriendo las manos.

Brillando en cada una de las palmas, había un pendiente de diamantes. Eran como lámparas de araña en las que las luces eran pequeños diamantes en vez de cristales. Cameron se quedó sin palabras. Anonadada, se arrancó los aros de oro que siempre llevaba y se puso los diamantes, corrió hacia el espejo de la cocina y limpió el cristal empañado con la manga para poder verse.

Los pendientes le llegaban a la mitad de su esbelto cuello, arrojando arcoíris de luz sobre la delgada y tensa mandíbula, iluminando y suavizando aquel pequeño rostro hostil. Al cabo de un minuto, el reflejo de Rupert apareció tras ella.

—¿Te gustan?

A modo de respuesta, Cameron se giró y lo besó con una furia y una pasión que él nunca había visto antes en ella. Rupert, acunándole la cara con las manos, sintió cómo las lágrimas se le deslizaban por los dedos. Con mucho cuidado, le quitó los pendientes.

—Es una pena quitártelos tan pronto, pero tengo que follarte antes de recoger a los niños.

Cuando hubieron terminado, las patatas estaban demasiado blandas para asarlas, así que Cameron hizo un puré con ellas.

Llena de amor, esperaba llegar a querer a los niños de Rupert. A la una y media, a la zaga de los perros ladrando, Tabitha irrumpió en la cocina. Tenía las mejillas sonrosadas y los ojos brillantes de la emoción. Llevaba una caja enorme de bombones.

—¡Señora Bodkin! ¡Señora Bodkin! —Se acercó hasta detenerse delante de Cameron—. ¿Dónde está la señora B.?

—Descansa este fin de semana.

—Papá no nos lo ha dicho. ¿Eres la trabajadora temporal?

—¡Espero no ser demasiado temporal! —dijo Cameron, sonriendo —. Tú debes de ser Tabitha, ¿verdad?

—Bueno, es evidente que no soy Marcus. —Con nueve años, Tabitha era tan rubia y tan elegante sin proponérselo como Rupert. Se quedó mirando a Cameron con los ojos azules y desconfiados de un gatito callejero.

La siguió Marcus, que, a sus once años, era muy delgado y tenía el pelo rojo muy oscuro, unos ojos amarillos enormes de sorpresa y unos rasgos pálidos, delicados y pecosos. Parecía un cervatillo a punto de salir huyendo en cualquier instante. Ninguna de las fotos que había por toda la casa había captado la belleza de ambos ni la forma en la que sus aspectos totalmente distintos se complementaban.

—Entonces, tú debes de ser Marcus —dijo Cameron—. Espero que tengáis hambre. Hay pollo asado para comer.

—Aún no —contestó Tabitha, agarrando una manzana del frutero —. Voy a ir a los establos.

Marcus le sonrió con timidez, disculpándose.

—Tengo una carta de mi madre para la señora Bodkin. Será mejor que te la dé a ti. Los bombones eran para ella, pero quizá prefieras… —Se le quebró la voz.

—No, no —respondió Cameron—, déjaselos a ella.

La letra de Helen daba a entender que había recibido una buena educación. Había escrito:

Querida señora B.:

Espero que esté mejor de la artritis y que los niños no le den mucho trabajo. La medicación de Marcus está en su maleta. Por favor, que se la tome si se pone tenso. Le adjunto una lista de su ropa. ¿Puede revisarla antes de que vuelvan a casa? La última vez, perdieron muchas cosas. ¿Y puede asegurarse de que Tabitha aprenda su vocabulario y que ambos tengan su media hora de práctica de piano y recen por la noche? También adjunto los informes de sus notas. ¿Puede dárselos al señor C.-B.?

Con afecto,

Helen Gordon

«Vaya, qué formal y religiosa es», pensó Cameron. Entonces, le dedicó una sonrisa a Marcus.

—¿Ya viene tu padre?

—Se ha ido al jardín. ¿Puedo ayudarte con algo?

—Diles a él y a Tabitha que la comida estará lista dentro de diez minutos.

Cameron puso a cocer la col y sacó el pollo de la fuente del horno; después, comenzó a hacer la salsa de la carne y a leer los informes de los niños al mismo tiempo. A Tab se le daba fatal todo, excepto el deporte. Marcus era brillante. Este volvió a la cocina inquieto.

—Están probando un poni nuevo para Tab. Mi padre dice que si a las dos y media te viene bien. —Luego, estremeciéndose al ver la expresión de furia de Cameron, añadió con rapidez—: Si no te importa, iré a deshacer las maletas.

«¿Cómo voy a poder estar al nivel de Taggie O'Hara si me fastidian así?», pensó cabreada. Entonces, se acordó de los

pendientes de diamantes y de que Rupert llevaba sin ver a los niños semanas, así que decidió no hacer un drama.

De hecho, volvieron a los cuarenta minutos.

—Estoy muerta de hambre —afirmó Tab, yendo directa a la despensa—. Creía que habías dicho que la comida estaba lista. —Salió abriendo un paquete de patatas con los dientes.

—No te comas eso o no tendrás hambre para la comida —le dijo Cameron. Tab, ignorándola, se sentó a la mesa con la revista *Pony*.

Rupert entró con una enorme copa de vodka con tónica para Cameron.

—Hola, cariño. —Cameron se percató de cómo Tabitha alzó la vista y entrecerró los ojos al oír el mote cariñoso—. Perdona por llegar tarde. Geoffrey Gardener ha traído el poni expresamente. Quería que Tab lo probara.

—¿Y es bueno?

—Vamos a quedárnoslo el fin de semana.

—Se llama Biscuit —dijo Tabitha.

—Aquí tienes los informes de los niños y una carta de Helen —le comentó Cameron cuando él comenzó a trinchar la carne.

—Yo solo me como la pechuga —declaró Tab cuando Rupert le tendió un muslo.

—Bueno, pues para Marcus entonces —respondió él, que al mismo tiempo iba leyendo los informes.

Cameron abrió la boca y la volvió a cerrar. Se percató de que Marcus estaba muy nervioso con su padre cerca y que, mientras que Rupert apenas le echó un vistazo al informe de Marcus, se pasó mucho tiempo leyendo el de Tabitha.

—«Tabitha tiene que aprender a no ser tan competitiva en *netball*». ¿Qué coño quieren decir con eso? —preguntó cabreado—. Nunca se es demasiado competitivo jugando.

—Debería estar en el equipo de *netball* el trimestre que viene —presumió Tab—, y soy la más pequeña con diferencia. No quiero —le dijo a Cameron mientras apartaba su plato y caía una porción grande de puré de patata en la mesa. Cameron frunció los labios mientras lo recogía con la cuchara y se lo ponía a Rupert en el suyo —. Tampoco col ni ensalada.

—Tienes que comer verduras. Estoy segura de que en tu casa te las comes.

—Esta es mi casa. —Los ojos azules de Tabitha eran tan arrogantes como los de su padre—. ¿Verdad, papá? Esta es mi casa —le repitió a Rupert, que aún seguía leyendo el informe de la directora.

—Por supuesto que sí, cielo —contestó él, dándole un beso.

—El informe de Marcus es excelente —comentó Cameron con amabilidad.

—Un nueve coma cinco en latín, eso es casi escandaloso —dijo Rupert con un tono afilado. Luego, continuó—: «Marcus ha progresado mucho en Geografía, aunque solo ha asistido a la mitad de las clases». ¿Qué has estado haciendo la otra mitad? ¿Ir a clubes de *striptease*?

Marcus se sonrojó.

—Los niveles de polen eran muy altos. He estado malo un montón de días.

—Ojalá tuviera yo asma para hacer pellas —soltó Tab mientras le daba el resto de su pollo a un Beaver babeante.

Rupert, que ya había terminado de leer los informes, estaba inmerso ahora en las páginas de carreras de caballos de *The Times*.

—Hay un caballo que se llama Venturer en la carrera de las tres y media —le comentó a Cameron—. Deberíamos apostar.

—Apuesta una libra a tercero por mí —dijo Tab—. El trimestre que viene vamos a hacer un proyecto sobre serpientes.

—Puedes empezar entrevistando a Tony Baddingham —contestó Rupert agarrando el teléfono.

«Aquí está mi oportunidad de ayudar a Tabitha y ganarme su confianza», pensó Cameron.

—Podrías comenzar con Adán y Eva —le dijo mientras se servía ensalada.

—El proyecto va sobre serpientes de verdad, no sobre sexo —le respondió Tab borde.

—Pero a Eva la tentó una serpiente, idiota —soltó Marcus—. Por eso abandonaron el jardín del edén. Es una idea buenísima —le dijo a Cameron.

—Pero mi proyecto es sobre serpientes reales —gritó Tab.

Se levantó de la mesa, rebuscó en su bolsa y sacó una foto que le dio a su padre cuando este colgó el teléfono.

—Esta es la poni que me ha comprado Malise. Es muy buena campo a través, porque no se detiene ante nada.

—¿Me estás diciendo que ya tienes un poni? —le preguntó Cameron, estupefacta.

—Sí, se llama Dollop the Trollop, y sacude los cascos por un polo.

—Entonces ¿por qué te va a comprar tu padre otro?

Tabitha miró a Cameron como si se le hubiera ido la pinza.

—Pues porque necesito al menos dos si voy a competir en el circuito junior el verano que viene. Y voy a hacerlo, ¿verdad, papá?

—A tu madre no le va a entusiasmar la idea a menos que saques mejores notas —respondió Rupert, que estaba observando la fotografía con el ceño fruncido—. Esta poni tiene las patas delanteras demasiado cortas.

Tabitha había aprendido a manipular y a jugar con la rivalidad entre su padre y su padrastro.

—Malise y mamá no quieren que entre en los Mounted Games del Club de Poni de Wembley aunque me escojan —anunció de manera sibilina— porque me perdería una semana de colegio.

—No digas tonterías —dijo Rupert, enfadado—. Tendré unas palabritas con tu madre.

—¿Quién quiere macedonia? —preguntó Cameron mientras retiraba el primer plato.

—Yo no —contestó Tab—. ¿Hay helado en el congelador?

Cameron se había pasado buena parte de la mañana pelando uvas.

—Si no te gusta la macedonia, me temo que no hay nada más —respondió con aspereza.

—Pues me como otro paquete de patatas —soltó Tab—. Puedo venir todos los fines de semana de este verano, papá, excepto la última semana de agosto, que es el campamento del Club de Poni.

—Estupendo —dijo Rupert.

«Oh, no, por favor», pensó Cameron. Estaba segura de que Marcus se había servido macedonia por segunda vez solo por amabilidad.

Por suerte, se animaron cuando Venturer ganó por dos metros y medio, lo que significó que Rupert y Tabitha fueron trescientas libras y ocho libras más ricos, respectivamente.

—¿Podemos ir a Stroud a gastarlo? —Tabitha se subió a las rodillas de Rupert; otra vez parecía un gatito, pero esta vez achuchable y adorable.

—Joder, no. Un sábado por la tarde no.

—¿Podemos ver *Amityville I* esta noche?

—Ni de coña —contestó Cameron—. No empieza hasta las diez y tendréis pesadillas durante meses.

—Cuando no tenemos que levantarnos temprano al día siguiente, mi madre siempre nos deja ver películas hasta tarde —mintió Tab.

—Y una mierda —espetó Rupert—. Si da tanto miedo, no la vais a ver.

—¿Podemos ir a Stroud y alquilar una peli de James Bond entonces? —insistió Tab—. Y necesito un espray rosa para el pelo para una fiesta punki la semana que viene.

—Yo te llevo si quieres —cedió Cameron.

El camino a Stroud fue lo mejor del fin de semana. Iban con la capota del Lotus bajada y, aunque Marcus se puso blanco, Tab aprobó muchísimo la forma de conducir de Cameron.

—Es un buen coche y vas mucho más rápido que mi madre. ¿Me puedo zampar un helado?

—Comer. Puedes, si me prometes que te comerás la cena.

Sin embargo, en el camino de vuelta, Tabitha le dedicó una dulce sonrisa a Cameron.

—No tienes marido, ¿no? ¿Por qué no te buscas uno?

—Me gustaría —contestó ella, pensando en Rupert con nostalgia.

—Pero mi padre no —siseó Tabitha entre dientes.

—Es absurdo —le dijo Cameron a Rupert más tarde mientras escuchaban a Tabitha destrozar enfurruñada el *Minueto en sol mayor* de Beethoven en el piano de cola del salón—. Es sábado, está de vacaciones y, aun así, tiene que aprenderse el vocabulario.

—A Helen la aterroriza que los niños hereden mi falta de inteligencia.

—Está claro que Marcus es superlisto —contestó Cameron—. Es un niño muy dulce y sensible.

—Se parece a su madre —soltó Rupert—. Y Tab a mí. Mis informes eran mucho peores que los suyos.

—A mí no me parece que sea tonta —respondió ella—, solo le falta motivación.

—No le pasa nada —dijo Rupert con frialdad—. Y monta a las mil maravillas. ¿Qué importa lo demás?

La cena, sin lugar a dudas, fue un poco irritante. Tab le dio con ostentación todo su pastel de pastor a Beaver. Luego, Rupert llevó a los niños arriba a que vieran James Bond. Cameron se quedó leyendo *The Guardian* en el salón agotada. ¿Cómo coño se las arreglaban las madres día sí y día también cuando gritos desgarradores irrumpían en el aire? Al minuto siguiente, Marcus entró corriendo en la habitación con el mando a distancia en la mano. Respiraba con dificultad.

—No creo que Tab deba ver la película. Se llama *Solo para sus ojos*, pero no es de James Bond.

—Tú has sido la que la ha alquilado, ¿no? —dijo Rupert poco cooperador.

Un segundo después, Tab llegó correteando e intentó agarrar el mando. Cuando Marcus lo sostuvo por encima de su cabeza, fue a por él, le dio patadas en las espinillas y un golpe de kárate en el estómago que lo hizo doblarse por la mitad.

—Para —gritó Rupert, apartándola.

—Es una peli muy bonita —gritó Tabitha—. Es sobre mujeres lamiéndose las unas a las otras.

—Será mejor que vaya a echar un vistazo —respondió Rupert.

Volvió sonriente.

—Marcus tiene razón. Es una película porno de lesbianas. —Tiró la cinta en el sofá al lado de Cameron—. Deberíamos verla más tarde.

Ella llevaba una camiseta sin mangas y él le metió la mano, acariciándole las axilas y luego tocándole los pechos. Era increíble el modo en el que podía convertirla en gelatina.

—No me atrae mucho que tu habitación no tenga pestillo —le dijo Cameron—. El único lugar seguro con esta gente alrededor es el baño.

Se oyeron más gritos provenientes de la planta de arriba, seguidos de un estruendo en la terraza exterior. Rupert se asomó por la cristalera y vio el mando a distancia con todas las piezas desparramadas.

Cameron subió hecha una furia. Esperaba poder ver *Dido y Eneas* en el Channel 4 después, pero ahora no podrían cambiar la BBC 1.

—¿Por qué has tirado eso por la ventana? —le gritó a Tab—. Sé que has sido tú.

—Marcus no me deja ver *Amityville* —dijo Tab entre sollozos—. ¡Lo odio! ¡Lo odio!

Rupert la metió en la cama gritando. Cameron se sintió aliviada por tener que encargarse solo del ataque de asma de Marcus.

—Siento lo de Tab —murmuró él cuando finalmente ella lo arropó.

—Seguro que en casa no se comporta así.

—Pues claro que no. Tanto Malise como mi madre son bastante estrictos, así que cuando viene aquí se vuelve loca. Y mi padre y ella se quieren mucho —añadió melancólico.

—A ti también te quiere —le contestó Cameron, dándole un beso.

Por el pasillo, Cameron vio que Rupert se encontraba hablando con Tab, que estaba arropada en la cama con un osito de Paddington travestido con el faldón de bautizo de la familia.

—Tienes que ponerte a dormir, Tab —le dijo—. Marcus dice que tu madre te apaga las luces a las nueve.

—Marcus es una puñetera víbora —contestó Tabitha, bostezando.

—¿Has rezado?

—Vale. —Tab se levantó de la cama—. Querido señor —rezó en voz alta—, por favor, bendice a mi padre, mi madre, Marcus, Dollop y Beaver. Y, por favor, deja que me quede con Biscuit si piensas que eso está bien, señor. —Entonces, separó un poco los dedos. Pudo ver a Cameron aún merodeando por el rellano, esperando que la mencionase—. Y, por favor, señor, haz que mi madre y mi padre se vuelvan a casar para que pueda venir a vivir a Penscombe para siempre. Haz que sea una buena chica. Amén.

Cameron volvió a la habitación de Rupert, temblando de ira. Rupert pensaba que había sido muy gracioso.

—¿A que es una diablilla? Antes me ha preguntado por qué no he vendido la cama doble si ya no la necesito.

Como había predicho Marcus, Tab tuvo unas pesadillas horribles y terminó en la cama de Rupert. Como estaban cachondos por la película porno, Rupert y Cameron aguardaron hasta que se quedó dormida, bajaron y se atrincheraron en el salón.

—Nunca me había tirado a alguien aquí antes —dijo Rupert—. ¿Deberíamos poner una alfombra por si nos cargamos la mesa?

De hecho, tres metros y medio de caoba pulida no era la superficie ideal en la que hacer el amor. A horcajadas sobre Rupert, con las rodillas adoloridas, Cameron duró mucho tiempo. Acababa de rendirse al placer cuando una cara roja brillante, tan furiosa como un señor Barret de Wimpole Street, apareció por la ventanilla que daba a la cocina.

—¿Qué le estás haciendo a mi padre? —vociferó Tabitha.

—Estoy intentando mantenerlo caliente —respondió Cameron entre dientes.

Las cosas fueron de mal en peor al día siguiente. Rupert se marchó para ver a su secretario parlamentario. Tab se escabulló a los establos y, a pesar de que Cameron la avisó varias veces, no volvió para comer. Tomó la determinación de ir a por ella y la encontró, vigilada por un trío de mozos de cuadra holgazaneando, saltando con el poni, que se detenía cada vez que se encontraba con un muro grande.

—Este poni no salta —gritó Tabitha.

—Piensa en algo muy desagradable antes de saltar y dale un buen golpe —le aconsejó uno de los mozos.

Tab cabalgó hacia el muro con gran determinación:

—Voy a pensar en CAMERON —gritó, dándole con el látigo en la parte trasera a Biscuit. Los mozos se rieron a carcajadas y, luego, estallaron en una ovación cuando Biscuit saltó el muro una cuarta por encima. Tabitha se bajó del poni, lo acarició y lo atiborró de comida para ponis—. Buen chico, buen chico.

—Tabitha, a comer —dijo Cameron con frialdad.

Hasta Tabitha pareció avergonzarse un poco y corrió hacia a la casa.

«Hay un millón de niños viviendo en Inglaterra con padres de reemplazo, de hecho, uno de cada siete es un hijastro», pensó Cameron furiosa y ofendida de vuelta a la casa. «No pueden ser todos horribles. Solo son imaginaciones tuyas. Estás haciendo una investigación para un documental sobre la madrastra novata», se dijo a sí misma.

—¿Dónde está mi padre? —le inquirió Tab cuando Cameron entró en la cocina.

—No volverá hasta esta tarde.

—No comeré hasta que vuelva.

—Siéntate —le ordenó Cameron.

—Lo haré si tú te sientas primero —dijo Tab con una risita.

Sin mirar detrás de ella, Cameron se desplomó con fuerza encima de un cojín tirapedos que Tab le había puesto en su silla y que dejó escapar una serie de pedos ruidosos. Tab se moría de risa, incluso Marcus sonrió. A Cameron, el sonido le recordó con demasiada vergüenza al encuentro que tuvo con el padre de las criaturas en el balcón del hotel de Madrid.

—Putos niños, dejad de sacarme de mis casillas.

—No nos hables así —contestó Tab con frialdad—. Tú no eres nuestra madre.

Cameron salió de la cocina y se fue a hacer veinte largos en la piscina para soltar la rabia. Al subir la escalera, descubrió que Tabitha se debía de haber cambiado al menos cuatro veces aquel día y había usado la moqueta de la habitación de Rupert como un cesto para la ropa sucia.

—Tab —gritó.

—¿Qué? —Venía de la sala de la televisión, comiéndose una barrita Mars.

—Recoge tu ropa, ¿vale?

—La señora Bodkin la recoge.

—La señora Bodkin no está aquí. Recógela.

—Ni en broma.

Cameron se acercó a ella.

—No me toques —dijo Tab entre dientes, con una expresión de rencor en su carita—. Por abusadores como tú, estoy aprendiendo kárate en el colegio. —Entonces, cerró el puño, lo alzó, le golpeó a Cameron debajo del brazo, bajó las escaleras y se marchó a los establos.

A Cameron le entró un dolor de cabeza que la dejó sin ver. ¿Cómo se llamaba esa orden del silencio en la que desapareció Charles Fairburn hasta que llegó el día de las solicitudes de la franquicia? Se tomó un diazepam y bajó a la cocina, donde se encontró a Marcus intentando recoger el almuerzo.

Había puesto la sartén sin escurrir en el fregadero, por lo que la grasa flotaba espesa y amarilla en la superficie del agua.

—Siento lo de Tab —murmuró.

—Tú la compensas —respondió Cameron, dándole un abrazo.

—No todo es su culpa —comentó Marcus con imparcialidad—. Está acostumbrada a tener toda la atención de nuestro padre cuando está aquí, y la señora Bodkin la mima. Cuidaba de Tab cuando era bebé, ¿sabes? Cuando Tab dice que quiere comer, le prepara la comida, y si no le gusta cuando se la trae, no importa mucho. Es solo que no está acostumbrada a que una extraña le diga «Haz esto, no hagas lo otro».

Cameron contempló el mar de grasa y sintió que la estaba reprendiendo.

—Lo siento.

—No es tu culpa —respondió él mientras derramaba agua encima de todas las superficies y las limpiaba con un paño chorreando.

—No estoy acostumbrada a estar con niños. ¿Cómo te llevas con Malise?

—Bien. Es estricto, pero es justo. Es muy viejo. Sus nietos son mayores que yo.

—¿Tú querrías que tus padres se volvieran a casar?

Marcus perdió el color de la cara.

—No, rotundamente no.

—Tab sí.

—Ah, Tab se lleva mucho mejor con mi padre que yo —contestó Marcus, resentido—. Y si estuviera aquí, podría montar todo el tiempo.

Como Rupert quizá no había comido a la hora del almuerzo, Cameron decidió prepararle una buena cena. Solo para los dos; los niños podrían irse a la cama temprano. Marcus charló con ella

mientras cocinaba y, cuando terminó, él se ofreció a tocar el piano para ella. Estaba tocando un impromptu de Chopin de una forma casi mágica cuando Tab entró de repente con Wham a todo volumen en la radio.

—Apágala —le ordenó Cameron con brusquedad.

—¿Por qué debería?

—Que la apagues —gritó Marcus, que había dejado de tocar y había cerrado el piano.

Al instante, Tab sonrió y apagó la radio.

—No me he aburrido más en mi vida —dijo de muy mal humor.

La sugerencia de Cameron de que podía sacar las cosas del lavavajillas se había vuelto a topar con aquella mirada azul hielo.

—Tengo mucha hambre. ¿Qué hay para cenar?

—Canastas de espagueti.

—¡Puaj! ¿Y qué se está haciendo en el horno?

—Estofado a la provenzal.

—Mi favorito. Y hay kiwis en la despensa. Eso también me encanta.

—Como no has comido nada de lo que te he cocinado hasta ahora —dijo Cameron con frialdad—, te vas a comer las canastas de espagueti cocinadas por el señor Heinz y te vas a ir a la cama temprano. Quiero pasar algo de tiempo con tu padre… a solas.

Rupert llegó a casa sobre las siete y media y sorprendió a Cameron al apoyarla.

—Id a la cama los dos. Cameron ha cuidado de vosotros durante todo el día y necesita descansar. Podéis ver *Howard's Way*.

—Tab lleva todo el día insoportable. —A Cameron la horrorizó escucharse decir aquello en cuanto los niños salieron de la sala.

Más tarde, Rupert subió a la planta de arriba y Cameron recorrió cansada la casa recogiendo ropa de los niños. Si ponía una lavadora esa noche, podría plancharla a primera hora de la mañana.

Rupert se encontró a Tab acurrucada en la cama con un camisón azul mirando un álbum de fotos de cuando Helen y Rupert estaban casados.

—¿A que era una bebé muy mona? Mírame montada en el lomo de Badger.

Rupert no quería que le cambiara de tema.

—¿Por qué has sido tan mala con Cameron? —preguntó mientras se sentaba en la cama—. Te dije que fueras amable con ella.

—La odio —contestó con tranquilidad— y todos los mozos la odian también y dicen que el señor y la señora Bodkin también la odian porque es muy mandona. Incluso Beaver y Blue la odian.

—¡No digas tonterías! Beaver y Blue la adoran.

—Eso demuestra entonces lo poco avispados que son.

—Te dije que fueras amable con ella —repitió Rupert con severidad.

—Todo es culpa de Dios —contestó Tab mientras se tapaba con el edredón hasta la barbilla de mal humor—. Esta mañana, he rezado con muchas ganas para que me hiciera ser amable con Cameron y no ha hecho absolutamente nada al respecto.

Rupert pensó que había sido tan gracioso que tenía que marcharse directo a contárselo a Cameron. La encontró en el salón, rígida por el enfado.

—¿Qué hacía esto en mi lado de la cama? —Le tendió a Rupert un libro de oraciones encuadernado en marfil—. Mira dentro —dijo con una voz estridente.

—«A mi querido Rupert» —leyó él despacio—. «Con todo mi cariño, Helen. Todo lo demás acaba destruido, pero nuestro amor jamás se deteriorará». —Le dedicó una sonrisa a Cameron—. Bueno, aquí Helen la pifió bastante, ¿no?

—Seguro que Tab ha sido la que lo ha puesto ahí —siseó Cameron.

—No seas estúpida. Ella no entendería palabras como *deteriorará* y *destruido*.

—Sí, ya —gritó Cameron—. Es la niña más destructiva que he conocido nunca y seguro que entiende «A mi querido Rupert. Con todo mi cariño, Helen».

—¿Y qué hay de malo en eso? —protestó Rupert—. La mayoría de los niños quieren que sus padres se quieran, ¿no?

—Está mimadísima. —Cameron pudo notar la agitación constante de su voz—. ¿No te das cuenta de cómo te adula y excluye a todos los demás? Toda tu relación con ella es demasiado simbiótica.

—No sé lo que significa *simbiótica*. —De repente, la voz de Rupert sonó muy fría—. Pero a ti no te tiene que importar cómo trato a mis hijos. Te recomiendo que leas ese libro de oraciones. Igual te enseña un poco de cristianismo.

—¿A dónde vas? —le preguntó ella cuando él se dirigió a la puerta.

—A la cama. No quiero cenar. Y tú harías bien en dormir en la habitación de invitados.

Un minuto más tarde, Cameron oyó que se abría la puerta principal y que los perros ladraban. Aterrorizada por que Rupert se hubiera marchado hecho una furia, corrió hacia el vestíbulo y se

encontró al señor y la señora Bodkin parpadeando bajo la luz, con las maletas en las manos y pareciendo avergonzados.

—Espero que no le moleste que hayamos llegado a casa un día antes —murmuró la señora Bodkin—, pero queríamos ver a los niños y pensé que usted necesitaría un poco de ayuda con sus comidas y la colada. A la señora Gordon le gusta que todo vuelva en orden.

Cameron nunca había estado tan contenta de ver a alguien.

—Claro, no pasa nada —respondió—. No debería haber hecho que os tomarais el fin de semana libre. Todos os hemos echado de menos. Hay algo de cena en el horno si tenéis hambre.

Un instante después, Tabitha la tiró al suelo al bajar llorando las escaleras y lanzarse a los brazos de la señora Bodkin.

—Ay, señora B. —dijo con la voz ahogada—. Me alegro de que estéis en casa. Cuando no estáis, es horrible.

El día siguiente pasó sin ningún incidente hasta la tarde. Cameron, que sabía que debería haber desarmado a Tab siendo amable, o al menos impasible a ojos de los demás, se pasó el día enfurruñada, calmándose y volviéndose a enfurruñar. Se suponía que los niños volverían a Warwickshire tras el té. Rupert le había comprado el poni, Biscuit, a Tab y llevaría al animal y a los dos niños de vuelta en el camión.

La señora Bodkin terminó de planchar y de hacer las maletas de los niños mientras Rupert y ellos veían *Alta sociedad* en la televisión. Muy contenta por tener un poni nuevo, Tabitha se subió a las rodillas de Rupert y lo cubrió de besos de manera insolente. Cameron, centrada en hacer el crucigrama de *The Guardian*, se sentó en el

sofá lo más lejos de Rupert que pudo. No habían hablado desde la noche anterior. No obstante, ver los muslos largos, morenos y suaves de Cameron con aquel pantalón cortísimo verde caqui acabó siendo demasiado para Rupert. Cuando salieron los créditos al final, se estiró y le puso una mano en la pierna.

—No la toques —chilló Tab—. Da asco. —Y se fue corriendo escaleras arriba hecha un mar de lágrimas. Rupert la siguió para ver qué le pasaba. Bajó sacudiendo la cabeza—. Es lo mismo de siempre. Quiere que Helen y yo volvamos a estar juntos como Bing Crosby y Grace Kelly para que así ella pueda vivir aquí todo el tiempo.

A la mañana siguiente, Rupert recibió una carta de Taggie:

Querido Roopurt:

Gracias por el cacohrro tan bonito. Es muy bueno y lo llamaremos Clawdeeus porque Patrick dice que pega con gurtrude. ahora se quieren mucho. gracias por el chanpam. Perdona por no ir a cenar. Espero que lo entiendas.

Con cariño,

Taggie O'Hara

A Rupert le entraron ganas de llorar.

—¿Es de uno de los niños? —preguntó Cameron, leyendo por encima de su hombro—. No le enseñan mucha ortografía en clase, por lo que se ve. Joder, es de Taggie. Es analfabeta. ¿Cómo han tenido Maud y Declan una niña tan estúpida?

37

El fin de semana dejó a Cameron agotada y con una ligera sensación de fracaso. ¿Qué clase de monstruo era para odiar a una chiquilla inocente de nueve años? Desesperada por pagarlo con alguien, estuvo tentada de proponerle a Seb o incluso a Charles Fairburn que almorzaran juntos, pero decidió que era demasiado arriesgado. Seguro que Tony les había pinchado los teléfonos. Tenía ganas de hablar con Declan. Era muy sabio y ella ansiaba su aprobación por encima de todas las cosas, pero no creía que esa fuera la manera de ganársela, pues él asumiría que había estado tratando a Tab como hacía con los trabajadores de Corinium. Al final, llamó a Janey Lloyd-Foxe, que, como estaba encerrada en casa con una bebé recién nacida e intentaba por todos los medios acabar un libro, se puso feliz como una perdiz ante la perspectiva de tener una distracción. Quedaron para comer en Londres.

Janey llegó con un aspecto despampanante y un bronceado fantástico.

—Hago topless en el jardín mientras tecleo —explicó—. Tengo el culo y las piernas blancos como la tiza de una pizarra porque quedan tapados por la mesa. Debo terminar el puto libro porque estamos en

la ruina. Billy también está harto de la BBC. Espero que Venturer consiga la franquicia. ¿Tú crees que lo lograremos?

—No sabría decirlo —contestó Cameron—. Somos un buen equipo, pero hay muchos puntos flacos en el grupo, y Declan y Rupert no se llevan precisamente bien ahora mismo.

—Los dos son unos tramposos y unos cabezotas —gruñó Janey—. Hola. —Sonrió a un camarero italiano que se había quedado ensimismado mirando sus pechos bronceados, que parecían retorcerse en su escotado vestido rosa como cachorros recién nacidos—. A ninguna nos apetece trabajar esta tarde, así que empecemos con un copazo de vodka con tónica y vamos a emborracharnos y a cotillear. Tienes suerte de no tener que preocuparte nada más que de horarios y de costes —añadió Janey mientras el camarero volvía como en una nube a la barra—. Debe de ser una bendición contar con el apoyo de Rupert.

—No está muy contento conmigo —confesó Cameron mientras doblaba el mantel y después le contaba a Janey lo que había ocurrido el fin de semana.

—Cielo —le dijo Janey tomándose un buen sorbo de vodka—, que te quede claro. No eres tú. Hace años, le dije a Helen que no tenía que preocuparse por que Rupert se casara de nuevo porque nadie se haría cargo de Tab. Es una chiquilla adorable hasta que sospecha que puedes arrebatarle a Rupert, entonces se convierte en una mezcla de Catalina de Medici y todos los Borgia juntos. Eso sí —continuó Janey mientras sumergía un ramillete de coliflor en un cuenco de mayonesa—, Tab no lo ha tenido fácil. Helen intenta ser imparcial, pero está claro para todo el mundo que Marcus es el niño de sus ojos. Nunca se ha llevado bien con Tab.

—Marcus es un chico estupendo —comentó Cameron—. ¿Por qué Rupert se porta tan mal con él?

—Por celos. Rupert y Helen estaban atravesando una mala racha cuando Marcus nació. Helen le dio todo su amor a Marcus, así que Rupert comenzó a darles todo su amor al salto de obstáculos y a otras mujeres. Tampoco ayuda que Marcus se parezca tanto a Helen; Rupert ya no quiere tener cerca nada que le recuerde a ella.

—Pero Marcus anhela la aprobación de Rupert.

—Lo sé —dijo Janey—. Es muy triste. Igual que Rupert anhelaba antes la aprobación de Helen, pero ella siempre lo dejaba de lado porque era un guaperas y le parecía que el salto de obstáculos era una ocupación de segunda.

Cuando el camarero acercó el carrito de los aperitivos, a Janey se le fueron los ojos de forma lasciva a las gambas mediterráneas y a los huevos y la berenjena rellenos.

—Venga —la alentó Cameron—. Yo invito.

—¿Y tú qué vas a comer? —preguntó Janey mientras el camarero le servía en el plato.

—Salmón ahumado en frío y ensalada de achicoria roja.

—Eso suena genial —comentó Janey—. Tomaré eso la próxima vez, y un montón de vino blanco.

—¿Cómo era Helen? —preguntó Cameron, intentando no parecer demasiado interesada mientras un segundo camarero embelesado les servía Sancerre.

—Oh, una antigualla adorable, pero muy seria y pretenciosa, no como nosotras. —Cameron pensó que hasta sonriendo con la boca llena de setas al estragón, Janey era de lo más encantadora. Ese

«como nosotras» parecía unirlas en una conspiración llena de travesuras y diversión.

—¿Quería a Rupert?

—Más o menos —contestó Janey—. Siempre lo desaprobaba. Es verdad que en aquella época él era de lo más escandaloso. Pero debajo de toda esa impresionante seguridad en sí mismo, atractivo sexual y falta de introspección, necesita que lo aplaudan. No sería tan competitivo si no fuera así. Es tan macho que lo que de verdad necesita es una chica muy cariñosa, tranquila y sumisa que crea que él es absolutamente maravilloso.

«Como Taggie O'Hara», pensó Cameron con crudeza.

—Madre mía, no tendría que haber comido nada —dijo Janey más tarde cuando colocó el cuchillo y el tenedor juntos—. Pero supongo que todavía puedo usar la excusa de que aún no he recuperado la figura después del embarazo.

—¿Es cierto que Tab siempre se pelea con todas las novias de Rupert? —preguntó Cameron.

—Bueno, las deja tan rápido que cuesta acordarse bien —respondió Janey. Luego, al verle la cara a Cameron, añadió enseguida—: Pero estoy convencida de que será distinto ahora que está contigo. Beattie Johnson creo que les caía bien, pero era una zorra. Nunca les imponía ninguna dieta y le daba lo mismo si estaban asustados y querían acostarse en la cama con Rupert. Cuantos más, mejor para Beattie. Me sorprende que pudieran dormir con sus ronquidos de borracha.

Como sabía que Janey y Beattie Johnson tenían columnas en periódicos nacionales, Cameron detectó ciertos celos profesionales.

—¿Qué crees tú que debería hacer con Tab? —le preguntó desesperada—. Rupert tiene la intención de tenerla todos los fines de semana este verano.

—Ya verás como no —contestó Janey tranquilizándola—. Se distraerá. Pero creo que deberías volver al trabajo. Eres demasiado lista para tirarte todo el verano preocupándote por Tab y siendo la concubina de Rupert.

—Es complicado —repuso Cameron—. He recibido muchas ofertas, pero todas son de empresas que están en otras partes del país y no quiero dejar a Rupert. También me han ofrecido muchos trabajos como autónoma, pero no me atrae ninguno. Supongo que tienes razón, que tengo que hacer algo.

—Probablemente echas de menos el ajetreo de Corinium y a Tony Baddingham también. Siempre he pensado que tenía un toque muy atractivo con esa aura satánica oscura.

—Hemos estado juntos tres años —admitió Cameron—. Tenía sus momentos, pero era un demonio.

—Seguro que se le daba de vicio el sexo oral con esa lengua viperina —comentó Janey con picardía.

Cameron se echó a reír.

Aunque apenas había probado bocado, soltó el cuchillo y el tenedor. Janey se inclinó, pinchó el salmón de Cameron, lo guardó en una servilleta de papel y se lo metió en el bolso.

—¿Te importa si me lo llevo a casa para mi gato, Harold Evans? Mañana cumple catorce años y le encanta el salmón tanto como odia Londres.

Mientras Cameron estaba en Londres con Janey, Rupert se fue a Priory en un intento de derretir el peligroso hielo que parecía haberse instalado entre Declan y él. Sin embargo, Declan parecía encantado de verlo. Apagó la *Sinfonía n.º 4* de Brahms, preparó una jarra de Pimm's con un fuerte toque de ginebra —«¡Seguro que es el tipo de bebida inglesa de clase alta que te gusta!»— y llevó a Rupert al jardín.

—¿Eso ha sido obra del nuevo cachorro? —le preguntó Rupert al fijarse en una zapatilla de casa destrozada en el jardín y en los parterres aplastados.

—Me temo que sí. Le han cambiado el nombre y ahora es el excelso Claudius, ya que ayer se revolcó en mierda de zorro y, cuando entró, saltó sobre el profesor Graystock, que estaba por allí babeando encima de Taggie. Al menos, se deshizo del profesor enseguida, ¡así que tiene sus ventajas! No pasa nada —se apresuró a añadir al malinterpretar la repentina cara de seta que había puesto Rupert—. Es un perrito adorable, todos lo queremos. Caitlin lo ha sacado a pasear junto con Gertrude.

Sirvió el Pimm's en dos pintas y, a continuación, dejó la jarra a la sombra de un castaño que había cerca. Hacía una tarde buenísima. Los saltamontes chirriaban como violines de juguete en la hierba alta, una mariposa blanca veteada yacía sobre un lecho de tomillo. A través de los troncos plateados de las hayas, se podía ver cómo los campos de maíz de Rupert se volvían dorados. Hasta los pájaros estaban en silencio, agotados de alimentar a sus crías.

Declan se estiró.

—Son días así los que hacen que ese invierno interminable merezca la pena. ¿Sabes que ya llevamos aquí casi un año?

—Brindo por muchos más —dijo Rupert, y se fijó en lo cansado que parecía Declan otra vez—. ¿Cómo va el libro?

—Muy bien, pero mi mujer y mi hija no paran de gritarse y de interrumpirme.

—¿Taggie grita? —preguntó Rupert sorprendido.

—Taggie jamás. Son Maud y Caitlin. Parece que la menopausia de Maud ha coincidido con la adolescencia de Caitlin. Estoy considerando llamar a las fuerzas de paz de las Naciones Unidas.

—A mí me habrían venido bien este fin de semana —comentó Rupert aplastando una hormiga—. Se han quedado mis hijos. Tab y Cameron parecían comadrejas que se saltaban a la yugular. ¿Por qué las mujeres no pueden llevarse bien? Los hombres nunca se pelean.

Declan soltó una carcajada.

—Nunca se me habría ocurrido que Cameron pudiera ser Mary Poppins.

Sin darse cuenta, acabaron hablando de la franquicia. Declan había reclutado a una chica muy buena de Yorkshire Television como jefa de Programas Infantiles. Después, Rupert le sonsacó que volvía a estar sin blanca.

—¿Ya te has gastado las treinta y cinco mil libras? —le preguntó Rupert con desaprobación—. Deberías dejar de escaparte a los Lagos para meterle mano a Maud.

—Lo sé, pero he estado trabajando a destajo y ella está muy nerviosa. Y acabo de pagar un recibo enorme de impuestos, el billete de Patrick a Australia y las tasas escolares de Caitlin del último trimestre. Y no te digo la factura de la luz que nos ha llegado, no he visto nada igual. Para que luego digan de la terapia de

electrochoque. La pobre Tag es el único sustento de la familia. Ahora mismo está en casa de Monica llenándole el congelador.

—¿Por qué no mete también a Tony? —dijo Rupert sacando un trozo de pepino de su taza—. Seguro que obligará a la pobre a probarlo todo por si acaso lo ha envenenado.

Declan no estaba escuchándolo. Le contó a Rupert que su Mini, que era un modelo de 1976 lleno de pelos de perro, óxido y barro y que los últimos años había pasado la ITV a base de rezos y enormes sumas de dinero a unos y a otros, finalmente había pasado a mejor vida.

—Puedes tomar prestado uno de mis coches mientras tanto —le ofreció Rupert—. Bueno, lo que necesitas en realidad es una gran inyección de dinero. ¿Quieres un adelanto del fondo de Venturer?

—Lo vamos a necesitar todo. Tengo que ganármelo. Me he pasado la última semana escribiendo un guion de cincuenta minutos de Yeats para un docudrama.

—¿De quién?

—Del poeta irlandés. Estoy escribiendo el libro sobre él —contestó Declan con impaciencia.

—Ah —respondió Rupert. A continuación, volviendo al tema, añadió—: A mí eso no me parece una mina de oro.

—Lo será si es lo bastante bueno. He vendido la idea a Channel 4. A la IBA le encantará. Lady Gosling es medio irlandesa.

Tumbado boca arriba, escuchando el zumbido de los insectos y el ocioso arrullo de las palomas torcaces y mirando la ventana de la habitación de Taggie, a Rupert se le ocurrió de golpe una idea.

—Si Freddie y yo ponemos más dinero, tú puedes permitirte contratar a Cameron para que lo produzca y lo dirija, y así todo

quedará en familia.

—Ni de coña —se negó Declan en redondo—. Cameron y yo no nos llevamos bien.

Rupert se volvió hacia Declan con los ojos entrecerrados por el sol.

—Ya es hora de que te enteres. Ella piensa de verdad que eres genial, pero le cuesta comunicarse. Además, así tendrá algo que hacer. Es como un perro pastor, necesita trabajar.

—¿Para que deje de atosigarte? —espetó Declan.

Rupert, que no había comido nada, se había acabado ya la fruta que había en su Pimm's y estaba dando cuenta ahora de la menta.

—Estoy pensando en Venturer, no en mí mismo —contestó Rupert con tono santurrón mientras Declan llenaba las dos tazas—. No queremos que se impaciente y vuelva con Tony.

—Eso significaría varias semanas en Irlanda —dijo Declan—. Tendremos que ir pronto a tantear el terreno, y en cuanto tengamos elegido el reparto y las personas a las que se vaya a entrevistar, quiero empezar a rodar a primeros de septiembre. Después, necesitaremos otra semana más a finales de noviembre para visitar los bosques de Coole en otoño.

—Perfecto —respondió Rupert—. A partir de ahora, iré siempre a Irlanda para las rebajas de otoño, así Cameron no sufrirá demasiado el síndrome de abstinencia.

—Es una apuesta malísima —dijo Declan taciturno—. Nunca nos hemos llevado bien en Corinium, ¿por qué íbamos a hacerlo ahora?

—Porque Tony no estará por ahí dando por saco. Te lo prometo, Cameron admira mucho tu trabajo, en serio.

Declan se sonrojó un poco.

—Bueno, pero tiene que leerse el guion antes de comprometerse. No quiero que trabaje en algo que no le guste al cien por cien.

Esa noche, Cameron llamó a Declan e intentó no sonar demasiado entusiasmada.

—Acabo de volver de Londres y de leer tu guion. Me encanta. Los personajes son estupendos y las ideas para las entrevistas son geniales. El texto se lee de maravilla, es magnífico.

Declan no estaba acostumbrado a semejante entusiasmo por parte de ella y se sintió totalmente desarmado. Para cualquier escritor, esperar la primera reacción es una experiencia que te hace morderte las uñas. Ursula, que se había encargado de mecanografiar el guion, había dicho que le encantaba, pero para eso le pagaba.

—Me encantaría hacerlo —continuó Cameron— si de verdad crees que soy la persona adecuada.

—Claro que sí —contestó Declan—. Justo he estado hablando con Jeremy de Channel 4 y le he dicho que podrías estar interesada. Le ha encantado la idea.

—Te has venido tan arriba que parece que ya estás en Irlanda —comentó Rupert cuando Cameron colgó el teléfono.

—¿No te importa que esté lejos tanto tiempo?

—Sí —respondió Rupert mientras la abrazaba—. Claro que me importa, pero tienes que tener tu libertad. Yo la tenía cuando me dedicaba al salto de obstáculos. Era lo único que me motivaba.

Cameron se ruborizó.

—¿Me juras que ha sido idea de Declan que yo dirija?

—¿Acaso te mentiría? —contestó Rupert con la boca pequeña—. Me ha pedido que te lo preguntara. Admira mucho tu trabajo, en serio, pero le cuesta comunicarse.

—¡Vaya! —suspiró Cameron—. Me siento como si fuera la primera mujer que pisa la Luna.

38

Muy contenta por estar trabajando de nuevo, Cameron se lanzó a producir el programa de Declan. Pasaba mucho tiempo en Londres o en Priory, y había convertido uno de los dormitorios de la planta de arriba de la casa de Rupert en un estudio para poder trabajar allí también. Rupert, que había estado descuidando el patio y sus intereses comerciales y todavía tenía la agenda repleta de actividades como ministro a pesar de las vacaciones de verano, también estaba muy ocupado. Eso les vino bien a ambos, pues, aunque continuaron discutiendo un montón, el sexo al menos era milagroso cuando se veían. Incluso las visitas de los niños parecieron menos molestas. La señora Bodkin hacía todo el trabajo y, cuando Tabitha se volvía insoportable, que era la mayoría del tiempo, en vez de reñirla, Cameron se iba a la planta de arriba a trabajar.

En cuanto a la lucha por las franquicias, la IBA ya había revisado las extensas solicitudes de todo el mundo con lupa y había enviado cartas a todos los consorcios con preguntas adicionales sobre los planes de programas, la estructura administrativa, los estudios y las finanzas generales.

—Les hemos prometido una mezcla entre *Camelot* y *Utopía* —dijo Declan— y ahora tenemos que justificarlo.

La extensa respuesta escrita a esa carta era casi tan decisiva para ganar la franquicia como la solicitud original. Fue por ello que, una vez más, el equipo de Venturer tuvo que reunirse para discutir la respuesta. Quedar en la casa de cualquiera en ese momento se consideraba demasiado arriesgado, pues Tony había aumentado su espionaje desde que Cameron había desertado.

—Esta mañana, me ha seguido por la High Street de Cotchester un pedazo de prostituto encantador —soltó Charles Fairburn con petulancia—, pero no pude averiguar si era mi día de suerte o si era miembro de la Baddingham KGB.

Rupert, al ser un adúltero experto, fue el encargado de buscar un sitio para reunirse en el que nadie los descubriera. Eligió una sala de mala muerte encima de una discoteca en un callejón de Cheltenham.

—Si es aquí a donde traes a tus amantes —se quejó Georgie Baines cuando llegó para la primera reunión—, me puedo imaginar por qué se acaban hartando.

Así, noche tras noche, a lo largo de finales de julio y de un largo y caluroso agosto, Declan, Freddie, Bas, Rupert, Cameron, lord Smith, Harold White y los topos de Corinium (cuando se podían escaquear) se reunieron para trabajar duro en las respuestas. Charles Fairburn todavía aparecía cada vez con un disfraz distinto, lo que hacía que todo el mundo se riera. Lo necesitaban. Declan, que entonces se ponía muy serio, insistía en que todo el mundo solo bebiera Perrier hasta que acabara la reunión. Estaban casi a mitad de camino de su largo calvario en su lucha por la franquicia y la tensión por los nervios iba en aumento.

Al menos, se habían librado del obispo, que estaba pasando un mes en Tierra Santa, y del profesor Graystock, que se encontraba en Grecia investigando para un libro. Pero sí que echaron de menos a la dama Enid, que se había marchado a hacer una ruta a pie por Gales con una amiga, y, después del 12 de agosto, que fue cuando se fue a Escocia de caza, echaron de menos las estupideces del lord teniente. Todos le habían cogido mucho cariño a Henry. Janey Lloyd-Foxe, que se veía limitada por dos niños y un libro que terminar, rara vez aparecía. Billy estaba en Australia rodando una película sobre rugby para la BBC.

Para Wesley Emerson, agosto fue un mes de *wickets*. Derribó ocho de cuarenta y dos contra los australianos en el partido de Leeds. Venturer disfrutó de su gloria.

La carta con las respuestas a las preguntas adicionales se envió a la IBA a primeros de septiembre, y, para entonces, las esposas de la franquicia estaban ya muy hartas. Las extensas vacaciones de verano llegaban poco a poco a su fin. El olor de las hojas enmohecidas y las fogatas y la vista de soles rojos enormes y telarañas cubiertas de rocío colgando de las vallas les provocaban un estremecimiento al recordar que el verano ya se había acabado.

Sarah Stratton, por ejemplo, no solo tenía a Paul pasando tiempo en casa sin trabajar y tan desmotivado que estaba de mal humor, sino también a las inaguantables hijas de él, que nunca paraban de insinuar que su padre habría sido primer ministro si se hubiera quedado con su madre y que estaba desatendido porque Sarah se había puesto a trabajar. El programa de la tarde de Sarah y James no se emitió en verano. Paul y las chicas vieron las noticias locales y se enteraron de que Sarah terminaba a las siete, o incluso a las seis

y media cuando emitían *Crossroads*. El estudio estaba solo a veinte minutos de casa. Cuando no llegaba a casa a las ocho, todos la esperaban con cara de pocos amigos para cenar.

Valerie Jones cada vez estaba más cabreada porque Freddie parecía pasar mucho tiempo con lo de la estúpida franquicia. Había dejado la jardinería por completo desde que James no había conseguido inmortalizar su jornada de puertas abiertas y había llevado a rastras a Wayne y a Sharon a una villa en Portugal durante un mes. Casi había conseguido persuadir a Taggie para que los acompañara y se ocupara de la cocina, pero ese malvado de Rupert la había convencido para que no fuera, así que tuvieron que contratar a una furcia local llamada Conceptiona que sacaba tan de quicio a Fred-Fred (odiaba la comida extranjera) que él se había marchado corriendo a Gloucestershire alegando que tenía mucho que hacer. Se había estado paseando desnudo por la villa para ponerse moreno (no cabía duda de que había sido por la mala influencia de Rupert de nuevo), algo que a ella le pareció muy absurdo.

Monica Baddingham también tuvo, como habría dicho Cameron, un verano algo «estresante». Tony y ella no hablaron sobre la deserción de Cameron más allá de que Corinium había perdido a una superestrella y a un arma fundamental para la lucha de la franquicia. Para sus adentros, Monica se dio cuenta de que Tony estaba totalmente devastado. Como era compasiva y bondadosa, le dio pena, al igual que la que sentía por los desamparados, las mujeres maltratadas, los perros callejeros y todo el mundo que se merecía su inagotable caridad.

Resultaba trágico que Tony no pudiese estar a su nivel. El consolarlo podría haberlos unido más, pero al menos ella oyó con paciencia sus diatribas sobre Declan y Rupert, y aceptó con estoicismo que quisiera acostarse con ella más de una vez a la semana hasta que encontrara otra amante.

Mucho más preocupante era que Archie, su hijo favorito, que ahora tenía diecisiete años y no tenía que examinarse del bachillerato hasta el año siguiente, aún estaba disfrutando de una aventura muy inapropiada con la abominable Tracey Makepiece, a quien había conocido en la fiesta de Nochevieja de los O'Hara. Tanto Monica como Tony temían que Archie la dejara embarazada y se viera obligado a casarse antes de tiempo o que, debido a que los Makepiece no eran partidarios del aborto ni de la adopción, el bebé Baddingham fuese acogido en el seno de la familia Makepiece y le sacaran a Archie el poco dinero que tendría en el bolsillo durante el resto de su vida.

—¿Por qué coño no puedes buscarte a una chica de tu clase? —bramó Tony, prohibiéndole que volviera a verla. Archie, por supuesto, no le hizo caso. Una mañana de primeros de agosto, al ponerse la chaqueta encerada de Archie por error, Monica encontró una carta con la letra irregular de Tracey: «Te amaré hasta que todos los mares se sequen». Se apresuraron a mandar a Archie a la Toscana durante tres semanas.

La más abatida de todas las mujeres, sin embargo, fue Maud. Hacía mucho que nadie se había enamorado de ella, y Declan, que se había obsesionado por completo con la franquicia y, más tarde, con su programa sobre Yeats, ahora estaba obsesionado con las dos cosas. Al no querer dejar a Maud cuando estaba tan deprimida y

preocupado por tener que irse a Irlanda con Cameron, Declan intentó convencer a Maud de que volviera a actuar e hiciera el papel del gran amor de Yeats, Maud Gonne, en el programa, para que así pudiera ir con ellos. Ella lo rechazó de plano, pues temía el fracaso, pero luego se detestó a sí misma por haberlo hecho. Era como si lo estuviera animando de manera deliberada a tener una aventura con Cameron.

Por último, Caitlin había estado en casa durante la mayor parte del verano, con mucho mal humor adolescente, criticando todo lo que Maud hacía, principalmente la ropa que se ponía, ya que Caitlin afirmaba que era tan vieja que debería llamarse «armario del primer mundo». A Maud aquello no le hizo gracia; siempre se había enorgullecido de ser capaz de ir a una fiesta con un pijama de Declan y una peineta enjoyada en el pelo e ir maravillosa.

Una mañana hacia finales de agosto, Maud leyó un artículo en el *Daily Mail* sobre la princesa Michael entrando en una nueva edad de oro de madurez y confianza. «Tiene la misma edad que yo», pensó Maud taciturna. «Y soy diez años más joven que Joan Collins, y mira lo estupenda que está. ¿Por qué tengo la autoestima tan baja y la misma confianza en mí misma que un perro callejero de Crufts?».

Cogió cien libras y el vestido violeta nuevo de Taggie y decidió ignorar el saldo de la cuenta bancaria de Declan e irse a Cotchester a comprarse ropa nueva. Cuando se estaba arreglando, Caitlin entró en su habitación.

En los meses de vacaciones, parecía haber dado un estirón de varios centímetros y ahora era tan alta como Maud. Se había quitado el aparato de los dientes, se había dejado crecer el pelo y se lo había

decolorado hasta lograr un color amarillo canario. Su mal humor constante era lo único que le impedía ser guapa a rabiar.

Al moverse un poco la raya del pelo, Maud se dio cuenta de que tenía tres canas y se las arrancó horrorizada.

—Si te cortaras el pelo y usaras un aclarador o un poco de gomina, multiplicarías los hombres que van detrás de ti por cuatro —dijo Caitlin—, y ese vestido que llevas es de Taggie.

—Cuando tenía tu edad —replicó Maud—, cientos de chicos iban detrás de mí. No sé por qué tú no.

—Porque yo soy exigente. ¿Por qué no te haces un *lifting* en la cara?

Maud observó su reflejo. Quizá sí que debería, pero no era capaz ni de ir al dentista a que le empastaran un diente, nunca había soportado el dolor. De todas formas, prefería que le levantaran el ánimo en vez de la cara. Aún tenía un buen cuerpo, pero cuando lo apretaban, lo cual no sucedía mucho esos días, se podía apreciar la piel fina y con arrugas. «Ya no soy la de antes», pensó con un estremecimiento mientras comenzaba a maquillarse. Declan se iría a Irlanda, y encima con Cameron Cook.

—El delineado de los ojos sale mucho mejor si estiras el párpado hacia fuera —comentó Caitlin—, y no vas a llevar esos zapatos con el talón descubierto tan horribles, ¿no?

—Son mejores que tus pedazo de zapatos repugnantes —contestó Maud furiosa—. Parece que convivo con un caballo de tiro. ¿Y qué vas a hacer tú sola durante todo el día?

—Voy a pasar la mañana tiñéndome el pelo —respondió Caitlin.

Cotchester estaba lleno de turistas que paseaban sin rumbo por High Street, haciendo fotos de la catedral, las casas antiguas y la estatua de Carlos I. Por el contrario, Monica Baddingham se abrió paso entre la multitud como si fuera una lancha motora circulando entre una flotilla de yates un día sin viento. Odiaba ir de compras, era una actividad que requería mucho tiempo. No obstante, necesitaba pilas para su *walkman*, había pedido un disco de *Don Giovanni* que, para su desgracia, no había llegado y tenía que recoger unas partituras de *La viuda alegre*.

Todos los años, el grupo de caza de West Cotchester organizaba una obra de teatro que se representaba en noviembre ante una gran audiencia escandalosa. Ese año, habían decidido ser un poco más ambiciosos y unir fuerzas con la Sociedad Operística de Cotchester para hacer *La viuda alegre*.

Monica ya había sido apropiadamente elegida como Valencienne, una esposa virtuosa. Charles Fairburn había sido inapropiadamente elegido como su libidinoso admirador Camille. Bas Baddingham todavía estaba debatiendo si interpretar al protagonista masculino, el conde Danilo, pero el director, Barton Sinclair, que antes actuaba en el Covent Garden, nada menos, aún estaba buscando a alguien para que interpretase a Hanna, la viuda alegre. Estaba llevando a cabo audiciones en el Ayuntamiento de Cotchester aquel mismo día, pero no estaba muy convencido de que alguien fuera lo suficiente guapa o estilosa o tuviera una voz bastante buena… Sin embargo, la suerte estaba del lado de Barton Sinclair. Fuera del Bar Sinister, Monica se encontró con Maud.

—Qué estupenda casualidad —exclamó Monica con su voz estridente mientras le daba un beso a Maud—. Llevo tiempo

esperando toparme contigo. Quería decirte lo maravillosa que ha sido Taggie. Me ha salvado la vida por completo al cocinar para todas las hordas este verano. Debes de estar muy orgullosa de ella.

Maud le dijo que sí, que suponía que lo estaba.

—Pero se está quedando demasiado delgada —continuó Monica—. Antes era muy rellenita, amable y sonriente. Espero que no se esté sobrepasando. Por el contrario, tú te ves estupenda. ¿Cómo está Declan?

—Ah, está obsesionado con esa condenada franquicia —contestó Maud, inquieta.

—Es un aburrimiento espantoso, ¿verdad? —dijo Monica con un suspiro—. Tony no puede pensar en nada más, pero yo no entiendo por qué no podemos ser amigas solo porque nuestros maridos estén en bandos diferentes.

Hacía mucho calor en la High Street de Cotchester. La fresca penumbra con olor a ajo del Bar Sinister las atraía.

—Yo tampoco —respondió Maud—. ¿Por qué no entramos y almorzamos?

—Qué idea tan estupenda —contestó Monica emocionada—. Pan con queso y cebolla y media pinta de sidra.

Los propósitos de Maud eran más ambiciosos, y pronto estuvieron sentadas con Muscadet y *crespolini*.

—Ah, mira, son James Vereker y Sarah Stratton —dijo Monica—. ¿Qué está haciendo Declan ahora mismo?

—Se ha ido a Irlanda con Cameron Cook —respondió Maud.

—Ah. —Monica se quedó paralizada con el tenedor con *crespolini* de camino a la boca—. Pero creía que…

—… ella estaba viviendo con Rupert. Sí, lo está, pero ahora está rodando con Declan en Irlanda.

Con la tercera copa, se le había soltado la lengua, y Maud le contó a Monica que Declan había intentado convencerla para que interpretara a Maud Gonne y cómo la habían traicionado los nervios.

—No podría soportar que Cameron me gritase cuando no estuviera a la altura —confesó—. Su sarcasmo podría hasta decapar los muebles, y siempre me ha costado actuar delante de Declan.

Llegadas a ese punto, Monica se puso muy pensativa.

—Pero ¿tú quieres volver a hacerlo?

—Ah, sí, pero ahora mismo tengo la misma autoestima que un lebrato al que persiguen en una carrera de perros.

Monica rebuscó en su bolsa de la compra y sacó una de las partituras de *La viuda alegre*. En la portada, había una ilustración de una preciosa mujer con el pelo recogido bajo un sombrero enorme rosa y con una cintura, con su vestido rosa ciclamen arremolinado, tan delgada como su cuello. Estaba alzando una copa de champán con una mano con un guante largo morado. Cuatro hombres apuestos con bigotes negros retorcidos también estaban alzando sus copas hacia ella en un saludo lleno de admiración.

Era la fantasía perfecta de Maud. ¿Qué le iban a importar la gomina y el aclarador para el pelo a esa mujer?

—¿Por qué no empiezas con algo menos ambicioso que Maud Gonne? —comentó Monica—. Estamos desesperados por encontrar a alguien que represente a la viuda alegre.

—No podría —titubeó Maud—. Es un papel muy exigente.

—Tonterías —respondió Monica al instante—. Para ti sería un paseo.

—¿Qué hacen mis dos mujeres favoritas comiendo en mi restaurante sin avisarme? —dijo una voz.

Era Bas, que estaba muy moreno tras haberse pasado jugando quince días al polo en Estados Unidos.

—Bas —exclamó Monica, encantada—. Sé que se supone que tampoco puedo hablar contigo después de que hayas traicionado a Tony de esa forma tan ominosa, pero siéntate y ayúdame a convencer a Maud para que haga la audición para Hanna.

Bas no necesitó que lo convencieran. Hasta ese momento, había pasado por alto en sus idas y venidas amorosas a Maud, en parte porque tenía objetivos a largo plazo con Taggie y en parte porque se había dado cuenta de lo tocada que se había quedado Maud con Rupert en Navidad. Desde luego, bajo la luz tenue del Bar Sinister, aquel día estaba guapísima, y ese vestido violeta le quedaba genial. Destacaba su blanca piel y apenas desentonaba con su precioso pelo rojo, y todos esos botones desabrochados mostraban un escote tan pronunciado como la garganta de Cheddar. Pidieron otra botella de Muscadet.

—Bas está dándole vueltas a la idea de interpretar a tu galán y protagonista masculino —comentó Monica.

—Espero no ser solo tu galán en el teatro —dijo Basil, frotando uno de sus muslos largos y musculosos de jugar al polo contra el de Maud mientras le volvía a llenar la copa.

Más tarde, sin dejar siquiera que se tomara un café solo para que se le pasara la borrachera, Basil y Monica arrastraron a Maud a la fuerza por High Street hasta el ayuntamiento, donde el director, Barton Sinclair, había llegado al punto de gritar después de oír a diez aspirantes *amateurs* destrozar la partitura.

En ese momento, estaba en el escenario la undécima, una rubia muy maquillada que nunca volvería a ver los cincuenta y que estaba cargándose la canción de Vilja. El pianista estaba intentando con todas sus fuerzas ir a tiempo con ella. Una enorme moscarda que estaba zumbando contra el cristal de la ventana estaba teniendo más éxito.

—Sería demasiado gorda incluso si la vieras por el lado erróneo de los binoculares —le susurró Bas a Maud—. Al menos, tú puedes hacerlo mejor.

—De eso nada —murmuró Maud aterrorizada—. Lo único que le falta a ella es estar buena.

Mientras intentaba escabullirse, Bas la agarró por la cintura.

—Sí que puedes —murmuró—. Piensa solo en lo bien que nos lo podemos pasar ensayando juntos todas las noches, y no todo iba a ser cantar, ya te lo digo.

—Muchas gracias —dijo Barton Sinclair con su voz cansina de corista.

—Canté esta parte en 1979 —dijo la rubia, bajando los escalones con unos tacones de diez centímetros—. El edificio se vino abajo.

—Es una pena que no te quedaras sepultada bajo los escombros —susurró Barton—. Estamos en contacto. Tomaré la decisión a finales de semana —le dijo. Luego, esperando para asegurarse de que ella había salido por la puerta, se volvió hacia Monica—. Ya están todas, gracias a Dios. Ha sido como aporrear un organillo.

—Me voy a casa —dijo Maud.

—¿Puedes escuchar a una más? —le preguntó Monica.

Barton Sinclair le echó un ojo a su reloj y suspiró:

—¿Tengo que hacerlo? Esperaba poder coger el tren de las cuatro menos cuarto de vuelta a Paddington.

—Valdrá la pena coger el siguiente, te lo prometo —contestó Monica—. Esta es Maud O'Hara, exactriz y excantante profesional.

Barton Sinclair se alisó la corbata floreada y se peinó el pelo marrón claro desaliñado.

—Sin duda, te pareces al personaje —le dijo.

—No he practicado —se quejó Maud, que tenía los *crespolini* y el Sancerre dando vueltas en su interior como una secadora.

—Intenta cantar la misma canción —respondió Barton, extendiéndole la partitura—. Ve despacio, Mike —le pidió al pianista.

—Entras en la última corchea del cuarto compás —le dijo el pianista a Maud con amabilidad.

Por debajo de ella, Maud pudo verles las caras: la impaciente de Monica, sonrojada y sin maquillaje; la brillante y caoba de Basil y la de ave nocturna mortalmente pálida de Barton Sinclair. Parecían mucho más aterradores que una primera noche de audiciones en el Covent Garden.

—No puedo —susurró mientras se retorcía las manos llenas de sudor.

—Vamos, querida —dijo Bas—. Estamos todos contigo.

Y el pianista comenzó. Maud falló en la apertura.

—Lo siento. ¿Podemos volver a empezar?

—Por supuesto —respondió Barton.

El pianista volvió a comenzar, y Maud abrió la boca:

Había una vez, en las montañas, una bella hada,

que bailaba en una colina en la quietud de la noche y Vilja era llamada.

Su voz era dulce, auténtica y vacilante, pero de pronto, mientras se acercaba al tema principal, pareció elevarse gloriosa y alegre, calmando a la moscarda y quitándoles el polvo a las vigas, y a las cuatro personas de la habitación se les erizó el vello de la nuca.

—Ha renacido una estrella —susurró Monica, secándose los ojos.

«Voy a pasármelo muy bien este otoño», reflexionó Basil. «¡Las de más de cuarenta siempre son muy agradecidas!».

—«Vilja, oh, Vilja, sé tierna y sincera» —cantó Maud en un triple pianissimo—. «Ámame y yo moriré entera».

Durante un segundo, se hizo el silencio, luego, su público estalló en aplausos y vítores.

—«Ven a Covent Garden, Maud» —cantó Basil.

—El papel es tuyo —dijo Barton Sinclair—. El único problema es que vas a dejar bastante en evidencia a los demás.

—Gracias, Barton —exclamaron Monica y Basil al unísono.

Después de aquello, todos volvieron al Bar Sinister para tomar más botellas de Muscadet, y Barton Sinclair consiguió coger el tren de las seis menos cuarto.

Tony y Declan se preocuparon mucho cuando se enteraron de la confraternización tan estrecha que estaba sucediendo entre los bandos rivales de la franquicia. No obstante, tras reflexionarlo, Tony decidió que, sin lugar a dudas, había salido ganando. Mientras que a Maud se le iba la lengua cuando bebía demasiado, Monica bebía muy poco y era increíblemente discreta.

—Mantén la boca cerrada y las orejas abiertas —le dijo Tony—. Puede que te enteres de algo interesante.

—No voy a sonsacarle nada a nadie —contestó Monica con firmeza—. De ninguna manera. Solo si alguien deja caer algo.

—Imagínate que es Bas el que te lo cuenta —dijo Tony.

Sin embargo, Declan, que iba a tener que pasar la segunda mitad de septiembre y casi todo octubre en Irlanda con Cameron, se sentía sobre todo aliviado de que Maud estuviera mucho más contenta. El sonido de ella cantando con alegría en la planta de arriba y ensayando sus canciones le recordó a los días tranquilos en Dublín cuando se casaron. Tal vez, si *La viuda alegre* tenía éxito, ganase la suficiente confianza para volver a actuar a nivel profesional.

Caitlin, que se había teñido su pelo amarillo crema de un negro tan intenso que casi parecía azul, encontró la euforia de su madre aún más irritante que su pasada depresión selectiva y decidió marcharse a Londres unos cuantos días y quedarse con unas amigas del colegio. Iba a volver al cabo de dos semanas, y quizá también se divertiría un poco antes de que las puertas de la prisión volvieran a atraparla.

Encontró a Taggie en la cocina preocupada por un recordatorio final de una factura de la luz.

—No entiendo por qué es tan alta.

—El vibrador de mamá funciona con pilas, así que eso no puede ser —respondió Caitlin—. Hola, cariño —añadió, dándole un achuchón a Claudius.

—Se la va a cargar —susurró Taggie—. Se acaba de comer uno de los zapatos con el talón descubierto de mamá.

—Estupendo, porque eran horribles —respondió Caitlin—. ¡No hay Claudius que por bien no venga! ¿Me das cincuenta libras para ir a Londres?

—No tengo —se quejó Taggie—. Acabo de darle cien libras a papá para unos pantalones de pana nuevos para Irlanda.

—Me iré cerca de una semana, así que no tendrás que darme de comer —la persuadió Caitlin—. Y eso vale las cincuenta libras.

—Y todavía no has preparado el baúl —protestó Taggie—. Y se te ha quedado todo pequeño, necesitas camisetas nuevas de Aertex, y tus dos faldas para jugar están rajadas.

—Ah, pues cóselas —soltó Caitlin a la ligera—. Seguro que no podemos permitirnos otras si somos tan pobres.

39

Después de pasar cinco días de desenfreno en Londres, Caitlin se presentó en la estación de Paddington con el dinero justo para el billete a mitad de precio a su casa. El pelo negro azulado lo tenía recogido por delante en forma de tupé enrollado. Llevaba unos pendientes de plumas de pavo real, una camiseta sin mangas blanca y negra, una minifalda negra de licra que apenas le cubría el culo, medias negras rotas y unos zapatos negros con plataforma, todo ello cortesía de varias amigas, mucho maquillaje negro en los ojos y mensajes con bolígrafos por los brazos.

Por lo tanto, no era de sorprender que el hombre de la taquilla se negara a creer que tenía menos de dieciséis años. Se produjo una pelea a gritos de lo más indecorosa, que al principio divirtió a la cola de pasajeros que había detrás de Caitlin, pero luego se molestaron y se comenzaron a preocupar ante la posibilidad de perder sus trenes de vuelta a casa.

—Mi padre es un hombre muy muy famoso —chilló Caitlin como último recurso— y te las verás con él.

—No me amenaces, señorita —dijo el empleado de la taquilla.

—Son personas como tú las que vuelven a los liberales como yo en racistas —gritó Caitlin bien alto—. Me estás discriminando solo

por ser blanca. Te voy a denunciar a la Junta de Relaciones Raciales.

En ese momento, Archie Baddingham, que volvía a casa de sus tres semanas de destierro en la Toscana, llegó al principio de la cola de primera clase que había al lado. Como escuchó el escándalo y reconoció el estridente acento irlandés de Caitlin del día de Nochevieja, le compró un billete.

—¿Te acuerdas de mí? —le dijo dándole unos toquecitos en el hombro.

—No, digo… Sí —contestó Caitlin—. Eres Archie, ¿no? ¿Me puedes prestar dinero para pagar mi billete? Ese estúpido no se cree que tengo dieciséis años.

—Te he comprado uno yo —replicó él.

—No puedo aceptar un billete tuyo —dijo Caitlin con voz atronadora y de forma irracional—. Tu padre ha sido un cabrón con el mío.

—Mi padre es un cabrón con todo el mundo —comentó Archie mientras la agarraba del brazo con calma—. Venga, será mejor que nos movamos.

Cogieron el tren por muy poco, pero pudieron encontrar dos asientos vacíos uno enfrente del otro.

—Nunca he viajado en primera clase —soltó Caitlin mientras se estiraba en el asiento naranja y retorcía el cuello con placer contra el reposacabezas.

Ella pensó que Archie estaba estupendo. Al igual que Caitlin, él había dado el estirón y había perdido peso. Llevaba unos Levi’s 501 arremangados por encima de unos calcetines negros y unos zapatos de cuero calados negros con un jersey de cuello alto negro metido por dentro de un cinturón de vaquero con hebilla plateada, cruces

negras en las orejas y una chaqueta de ante marrón. Llevaba el pelo rubio, lavado con jabón para quitar cualquier brillo, largo por delante y corto por detrás y a los lados. Su rostro, todavía un poco redondo, parecía más delgado debido a un bronceado casi tan oscuro como sus ojos.

—Joder, ¿por qué estás tan moreno? —preguntó Caitlin.

—He pasado tres semanas en la Toscana. Mis padres me mandaron allí para que me olvidara de una chica.

—Tracey, la de los Makepiece.

Archie esbozó una sonrisa que lo hizo parecer aún más atractivo.

—¿Cómo sabes eso?

—Estabas pegado a ella como una lapa en el cumpleaños de Patrick.

—Pues sí. La verdad es que ya se me había pasado, pero mi padre y mi madre creyeron que no, así que pensé que podía aprovecharme de unas vacaciones gratis. ¿Has estado fuera?

—Nosotros nunca vamos a ningún lado. Mis padres están siempre arruinados. A ver, da igual. No tiene nada que ver con tu padre. Son unos manirrotos. —Hizo una pausa. Caitlin miró por la ventana, preguntándose qué más decir.

—¿Qué te gustaría tomar? —preguntó Archie.

—¿Tienen Malibú?

—Lo dudo.

—Pues vodka con tónica. ¿Puedo acompañarte?

El interurbano en dirección a Bristol traqueteaba como un borracho mientras caminaban hacia el vagón restaurante.

—¿Has comido algo? —le preguntó Archie al mismo tiempo que admiraba su cintura estrecha y sus piernas esbeltas con más

carreras que medias.

—No —contestó Caitlin.

—Pues te voy a comprar algo de papeo —dijo Archie.

—¿Venís de un funeral? —les preguntó un camarero gay comiéndose con los ojos a Archie con aquella ropa negra.

—«Se recuerda a los pasajeros que es un delito servir alcohol a personas menores de dieciocho» —leyó Caitlin en voz alta mientras Archie lo pagaba todo.

—Habla más bajo —siseó Archie.

El viaje de vuelta a sus asientos con las bandejas de plástico hasta arriba de vodkas con tónica, vasos, sándwiches de beicon, barritas Mars y paquetes de patatas fritas fue mucho más peligroso. No tenían manos para estabilizarse en aquel tren que se movía a trompicones.

—Lo siento mucho —musitó Caitlin, ruborizada, cuando salió por tercera vez disparada contra Archie.

—¿Quién se está quejando? —dijo Archie.

—Muchas gracias —comentó Caitlin mientras pasaban a toda velocidad junto a ríos de curso lento, campos ondulados y arboledas amarillas—. Este sándwich de beicon es el mejor que me he comido nunca.

—Me sorprende que digas eso teniendo a Taggie de cocinera —repuso Archie—. Cada vez que mi padre alaba la comida de mi madre, resulta que ha sido Taggie la que la ha hecho. ¿Cómo está?

—Un poco desanimada. Se ha pillado muchísimo de Rupert Campbell-Black.

—Pues qué mal —comentó Archie, sirviéndole un segundo vodka con tónica a Caitlin—. Las mujeres caen fulminadas ante él como un

rayo. De todas formas, ahora se está tirando a la ex de mi padre.

—Cameron Cook —dijo Caitlin con desprecio—. Es una borde, ¿no? No entiendo lo que los hombres ven en esa mujer. Mi hermano se colgó de ella y ahora Cameron se ha ido a grabar con mi padre a Irlanda. Espero que no acaben acostándose. La gente suele hacerlo en los rodajes, ¿verdad? La detestaría si fuera mi madrastra.

—Mi padre estaba loco por Cameron. Yo estaba cagado por que dejara a mi madre y se casara con ella —le confió Archie mientras partía una barrita Mars y le daba la mitad—. Me da pavor que mis padres se divorcien por si se vuelven a casar otra vez y les dejan todo el dinero a sus nuevos hijos.

Caitlin se echó a reír.

—Los míos no tienen ninguno que dejar.

—He oído que tu madre se ha unido al reparto de *La viuda alegre*. Mi madre me ha dicho por teléfono que está muy por encima de los demás.

—Al menos ya no está encima de mí —dijo Caitlin—. Me pone de los nervios con tanto preguntar: ¿A dónde vas? ¿Con quién? ¿Por qué estás tanto rato al teléfono? ¿Con quién hablabas por teléfono? ¿Fue una buena fiesta? ¿Conociste a alguien interesante? ¡Joder! Y no es que le interese.

—Mi madre es una exagerada —comentó Archie—. Se cree que el mundo se va a acabar si se encuentra una lata a medio comer de alubias en salsa de tomate debajo del sofá. ¡Y me da vergüenza! Joder, a principios de las vacaciones estábamos en una fiesta y, de repente, me preguntó en voz alta si necesitaba una horquilla para el pelo.

Se apartó los mechones rubios de la frente bronceada.

—Te queda bien —dijo Caitlin—, sobre todo ahora que el sol te lo ha dejado más claro.

Muchos pasajeros se bajaron en Didcot, así que se quedaron con el vagón prácticamente para ellos solos. Mientras las torres de refrigeración de la central eléctrica de Didcot escupían un vapor blanco sobrenatural contra el cielo gris oscuro, el camarero gay se acercó con una bolsa de plástico negra para recoger la basura.

—Me quiero quedar con la lata de tónica —dijo Caitlin agarrándola de vuelta.

Mientras se la guardaba en el bolso, Archie examinó su cara con forma de corazón, el afilado mentón —que hacía juego con su pico de viuda—, los ojitos verdes que llevaba perfectamente perfilados, la nariz respingona, la boca rosa coral —que ahora era más adorable, puesto que no estaba fruncida en una mueca petulante— y la melena negra azulada peinada a la izquierda —que no hacía más que levantarse con los dedos y colocársela a la derecha.

Caitlin alzó la vista, lo pilló mirándola y esbozó una sonrisa.

—Eso es —comentó Archie asombrado—. Ya no llevas aparato.

—Y tú tampoco tienes granos —replicó Caitlin.

Archie se puso colorado.

—Me gustaste en el momento en el que te vi.

—¿Y Tracey?

—No fue más que una distracción —respondió Archie.

Ya estaban acercándose a Cotchester, podían ver los densos bosques enclavados en las colinas escarpadas a cada lado del camino que se abría paso hacia las casas iluminadas.

Archie se quitó los pendientes y se los guardó en el bolsillo, pues dijo que su padre se la liaría mucho. Acto seguido, se volvió a

ruborizar y le metió a la fuerza un billete de diez libras a Caitlin en el bolsillo de la ceñida falda de licra.

—¿Y esto por qué? —preguntó Caitlin atónita—. Si te debo dinero.

—Para que cojas un taxi —contestó Archie—. Percy, el chófer de mi padre, viene a recogerme, y si te acercamos, no tendrá más remedio que irle con el cuento a mi padre.

—Parecemos los Montesco y los Capuleto —suspiró Caitlin—. Espero que no acabemos como Romeo y Julieta.

—Te llamaré mañana —dijo Archie—, y espero que podamos quedar una noche que no estén nuestros padres.

A la mañana siguiente, cuando Archie consultó su estado de cuentas, casi le dio un patatús. Encima, el viernes era el cumpleaños de su madre y le había prometido comprarle la última grabación de *El holandés errante*. Por regla general, habría recurrido a su padre, que era mucho más accesible que Monica, pero Tony estaba en Edimburgo para asistir al International Television Festival. Además, si se enteraba de que iba a financiar una cita con Caitlin, a Archie lo mandarían de vuelta a la Toscana.

Se había comportado como un estúpido al alardear y comprar para los dos billetes de primera clase y tanto alcohol. Si hubiera regresado al colegio, podría haber conseguido el dinero haciendo contrabando con alcohol y cigarrillos, incluso hasta con revistas porno, y vendiéndoselos a otros chicos en el mercado negro.

Caitlin tampoco era el tipo de chica a la que se pudiera engatusar con hamburguesas y una peli; necesitaba algo especial.

Archie se sumió en un estado taciturno al darse cuenta de que no había tocado la ridícula cantidad de tareas que le habían mandado

para las vacaciones, se quedó veinte minutos mirando con aire sombrío la misma página de Aristófanes y después arrojó el libro a la otra punta de la habitación. Si se apresuraba, podría llegar al Bar Sinister antes del almuerzo y pillar a su tío Basil antes de que se fuera corriendo a jugar al polo o con alguna conquista.

Encontró a Bas tarareando la canción de Vilja de *La viuda alegre* y sacando cincuenta libras de su propia caja.

—¿Podemos hablar un momento? —le preguntó Archie.

—Podemos hablar todo lo que quieras —contestó Bas—. Creía que tu padre te había prohibido que hablaras conmigo. Por cierto, ¿dónde está Rambo?

—En Edimburgo —respondió Archie—. Y, por favor, no me tires de la lengua.

Admiraba a su tío, pues siempre tenía las chaquetas de *tweed* más llamativas y las chicas más guapas del mundo.

—¿Quieres tomarte algo? —le ofreció Bas mientras bajaba una botella de Chambery y dos copas.

—Sí, por favor. Si trabajo muy duro durante tres días en la cocina, ¿me dejarás a cambio cenar aquí con otra persona el sábado por la noche?

—¿Piensas traer a Tracey Makepiece?

—No.

—Genial. Porque hay límites. La verdad es que en este caso estaba de parte de Tony. Sí, entonces puedes hacerlo.

El sábado por la noche, el vestido violeta de Taggie visitaba por segunda vez el Bar Sinister en diez días; en esta ocasión, era Caitlin la que lo lucía. Pero, como la cintura se había visto reducida a la

nada porque se había puesto un cinturón de corsé negro y llevaba la falda subida de media pantorrilla a medio muslo por Taggie, apenas se podía reconocer. Archie, que se había tirado tres días en la cocina limpiando mejillones y lo había pasado fatal pensando que no volvería a tener las manos sin arrugas, como el señor Sapo, sintió que se había ganado con creces su cita. Basil se encontraba fuera esa noche, pero todos los camareros estaban al tanto del secreto y le dieron a Archie y a Caitlin una mesa en un rincón donde nadie pudiera verlos. Decidido a que su sueldo mereciera la pena, Archie pidió una botella de Dom Pérignon y empezaron una carrera de vinos, a ver quién se bebía más rápido media pinta de champán para entrar en calor. Sin embargo, no tardaron en darse cuenta de que estaban tan entusiasmados por la compañía del otro que no tenían hambre.

—Esto es lo más rico que me he comido nunca —comentó Caitlin mientras jugueteaba con el *foie gras* y la achicoria roja—. No sé por qué, pero no me entra más.

Archie peló despacio un langostino enorme y lo mojó en salsa de eneldo.

—Prueba esto.

—Madre mía, qué bueno. Ojalá la comida del internado fuera así. Nellie Newstead se encontró una tirita en su pastel de pastor el trimestre pasado. ¿No te da miedo volver?

—No si me prometes que me vas a escribir.

Caitlin alzó la mirada. «Dios, está tan mona cuando sonríe…», pensó Archie.

—Todos los días si quieres —respondió Caitlin.

—He comprobado cuánta distancia hay entre Rugborough y Upland House —comentó Archie—. Solo hay sesenta y cuatro kilómetros. Un amigo mío se ha sacado el carné, así que nos pasaremos un domingo a recogerte y saldremos; y ya mismo estaremos a mitad de trimestre.

Archie llevaba puesta una chaqueta de esmoquin sobre unos pantalones anchos negros y una camisa gris y blanca sobre una camiseta de las Hermanas de la Misericordia. «Le queda todo como un guante», pensó Caitlin con aire soñador.

Al igual que en un sueño, la chica vio cómo la mano bronceada por el sol de él se cerraba sobre su mano blanca; sentía su palma tan cálida y seca que, de pronto, deseó que la tocara por todas partes.

Archie pidió otra botella de champán.

—No deberías, en serio —protestó Caitlin—. Eso es supercaro en los restaurantes, y ya te debo dinero por el billete y el taxi.

—Puedes pagarme en especie —contestó Archie, acariciando con suavidad el interior de la muñeca de ella—. Una libra, un beso. No, eso no puedo permitirlo. Un penique, un beso.

—*Da mi basia mille* —suspiró Caitlin.

—¿Qué es eso?

—De Catulo. Significa «dame cientos de besos».

—Eres de lo más lista, ¿eh?

—Por supuesto, por eso te he escogido.

Los dos se echaron a reír a voces; de repente, hasta lo más tonto les hacía mucha gracia. Archie pensó que debería intentar ser poeta también.

—Tus ojos son como el color de las hojas de haya en primavera —comentó, perdido en su mirada—. Eres como una ninfa pequeña del bosque.

—Un hada —replicó Caitlin dándole un sorbo a su champán—. Aunque más bien sería moj-hada.

—¿Qué vamos a hacer después de esto? —preguntó Archie, sacando un paquete de Sobranie—. Me dijiste que tus padres estaban fuera los dos, ¿no?

—Mi padre está en Edimburgo, seguro que matando al tuyo, pero mi madre podría volver de su ensayo, aunque parece que cada vez viene más tarde.

—En mi casa no hay nadie —dijo Archie—. Haré que nos pidan un taxi.

Hasta que no se puso de pie para marcharse del restaurante, Caitlin no se dio cuenta de lo mucho que había bebido. Le comentó a Archie que se sentía como en el interurbano otra vez. Él tuvo que agarrarla del brazo para evitar que se fuera chocando contra las mesas.

La besó todo el camino hacia Falconry. Caitlin, que había estado tres días practicando los besos con la palma de la mano, pensó que la boca de Archie era mucho mejor y mucho más excitante.

Y cuando se acomodaron en el enorme sofá de *chintz* floreado de Monica, tras haberse quitado con cuidado los pendientes el uno al otro, Archie descubrió que los pechos blancos pequeñitos e increíblemente mullidos de Caitlin eran mucho más excitantes que los de Tracey Makepiece. Tan solo prefería las nectarinas a los melones. Y su cintura era tan diminuta que, cuando le quitó el

cinturón de corsé negro, le dio miedo partirla en dos, pero nada podía superar el entusiasmo de Caitlin.

—Espero no estar demasiado borracha, para poder recordar cada minuto de esto mañana —dijo ella.

—¿Alguna vez te has acostado con alguien? —musitó Archie contra su cabello engominado.

—No. ¿Y tú?

—Sí.

—¿Con muchas?

—Con dos y tres cuartos.

—Eres un hombre con mucha experiencia —suspiró Caitlin extasiada.

Desabrochando unos cuantos botones más, Archie, que ahora solo llevaba la camiseta de las Hermanas de la Misericordia, le fue besando el hombro hasta que acabó chupándole el pezón derecho. También se estaba debatiendo sobre si debía llevarla a la cama o no. Le apetecía muchísimo, pero estaba demasiado borracho y podría estropearlo, y, desde luego, ella estaba lo bastante borracha como para arrepentirse a la mañana siguiente. Tenía un condón en el bolsillo de la chaqueta, que se había dejado colgada en la silla, pero si se levantaba para cogerlo, podría cortarles el rollo. Y, de nuevo, era muy poco probable que pudieran disponer de una casa vacía para ellos solos en meses.

Cuando ella deslizó las manos por debajo de su camiseta, Archie se dio cuenta de que una de las suyas se había ido sola a las piernas de Caitlin, como si de un imán se tratara.

—Recorrer tus medias es como subir las escaleras al paraíso —susurró.

Y al segundo siguiente, pegó un brinco cuando apareció una luz blanca enorme en la ventana.

—Hostia puta —exclamó Archie.

—Oh —chilló Caitlin entusiasmada—. Han venido los alienígenas.

—¡Y tanto! —replicó Archie—. Porque es mi padre, que ha vuelto de Edimburgo en helicóptero.

Era demasiado tarde para salir corriendo, así que, veloz como un rayo, Archie encendió una luz secundaria, puso una cinta en el vídeo, le dio al doce en el mando a distancia y le abrochó los botones a Caitlin.

—En cuanto pueda, llamaré un taxi para que te lleve a casa. Tendremos que intentar marcarnos un farol.

Y acto seguido, apareció en pantalla el nuevo programa piloto de James Vereker, *Ejercicio para mayores*.

Por suerte, Tony había estado como anfitrión en una cena muy exitosa con la IBA y, como se había tomado varias copas de brandi de vuelta a casa, se mostraba de lo más apacible. Pronto se volvió aún más apacible cuando se encontró a su hijo favorito en el salón con una morenita de lo más guapa. Le sonaba muchísimo, pero Tony era demasiado vanidoso para ponerse las gafas, y no tenía pinta de tratarse de Tracey Makepiece.

—Esta es Caitie —la presentó Archie con efusividad—. Estaba a punto de llamar a un taxi para que la lleve a casa.

—¿Dónde vive? —preguntó Tony.

—En Chalford —mintió Archie.

—Yo la llevo —se ofreció Tony con afecto—. No está tan lejos. Tomemos una copa.

—Caitie está cansada —replicó Archie desesperado.

—Pues no lo parece —contestó Tony, admirando el rubor de las mejillas de Caitlin y el brillo de sus ojos verdes—. Hay una botella de Moët en el frigorífico.

Archie empujó el cinturón de corsé de Caitlin debajo de un cojín a rayas rosa y blanco y se marchó a regañadientes de la habitación.

—¿Por qué estáis viendo esta cinta? —preguntó Tony cuando un montón de abueletes con las caras coloradas empezaban a hacer flexiones.

—Me encantan los programas de Corinium —contestó Caitlin con aire soñador—. Sobre todo, *Master Dog*. Tenemos dos perros. Uno es un tarugo, pero la otra es muy lista. Seguro que ganaría.

—Pues deberías llamarme a la oficina la semana que viene —le propuso Tony—. Siempre estamos buscando chuchos listos.

—Tengo que volver al internado.

—¿A dónde vas?

—A Upland House.

«Mejor que mejor», pensó Tony complacido; la chica era toda una señorita.

—¿Conoces a mi sobrina Tonia Martin?

—Vaya zorra está hecha —contestó Caitlin—. Casi la echan el trimestre pasado por llevar chicos a su habitación. También tiene una reputación nefasta en Stowe.

Tony estaba encantado. Siempre presentaban a la hija de su hermana como un dechado de virtudes.

—¿Y por casualidad conoces a Caro McKay? Creo que da Biología.

—Sí, claro. Es mi profesora —respondió Caitlin radiante—. Es una vieja tortillera de lo peor. Ella y la señorita Reading viven en una

casa de dos habitaciones, pero una de ellas les sobra —gritó riéndose. Tony se unió también.

Cuando Caitlin tenía público, no había quien la parara. Archie se debatía entre la risa histérica y el pánico absoluto mientras ella obsequiaba a Tony con una historia escabrosa tras otra sobre las hijas de sus amigos y compañeros. Cuando se acabó la botella, Tony insistió en llevarla a casa. Archie pensó que la única forma de que Tracey se hubiera marchado de su casa habría sido en un coche fúnebre. Muy avergonzado de sí mismo, se rajó y no los acompañó; era incapaz de afrontar el camino de vuelta.

Hacía una noche espléndida. Una luna de color mantequilla se asomaba y se escondía entre nubarrones amenazadores, volviendo sus bordes dorados. La niebla se estaba levantando. Olía a hogueras recién apagadas y a hojas mojadas.

—Este coche es divino —comentó Caitlin, jugando con las ventanas eléctricas.

—¿Cuánto hace que conoces a Archie? —le preguntó Tony.

—Unos nueve meses. No pretendo hacerte la pelota, pero creo que lo has educado bien. Es muy considerado.

Tony ronroneó.

—Es un buen chico, aunque ojalá se esforzara más. ¿Has hecho ya los exámenes de secundaria?

—El trimestre pasado.

—¿Y aprobaste muchas?

—Once —contestó Caitlin con sencillez—. Pareces más satisfecho que mi madre —añadió con amargura un minuto después.

La chica pensó que el padre de Archie era muy muy majo. Era increíble lo mucho que su padre y Tag se habían equivocado al creer lo contrario. Tony no tardó en proponerle que se uniera al baile de caza si podía escaparse del internado, hasta le sugirió que los acompañara a esquiar durante las vacaciones de Navidad.

—Ay, me encantaría —respondió Caitlin.

Cuando se acercaban a Penscombe, ella se fijó en el teléfono que había en el coche.

—Ah, estupendo, qué suerte. ¿Puedo usarlo?

—Sí, claro —contestó Tony.

Los esbeltos muslos blancos alargados de Caitlin contra el asiento de cuero negro le recordaron tanto a Cameron que le resultó insoportable. Esperaba habérsela encontrado en Edimburgo, pero no se había dado el caso. Sin pensarlo, Caitlin llamó a Priory. Eran las dos de la madrugada y tardaron mucho en contestar.

—¿Diga? —murmuró una voz adormecida.

—Taggie, cielo —dijo Caitlin—, ¿te he despertado?

Tony casi se chocó contra un rosal silvestre. De pronto, la temperatura del coche cayó en picado.

—¿Cómo has dicho que te apellidabas? —le preguntó Tony cuando Caitlin colgó el teléfono.

—O'Hara —contestó Caitlin con la boca pequeña.

—¿Eres hija de Declan?

—Sí.

—¿Y a qué cojones estabas jugando? ¿Esto ha sido cosa de tu padre?

—Ay, no se lo digas, por favor —jadeó Caitlin—. Se cabrearía mucho.

—¡Seguro que no mucho más que yo! —rugió Tony—. ¡Esa pequeña víbora! Voy a matar a Archie en cuanto llegue a casa.

—¡No, por favor! —Caitlin, que se había pasado bebiendo, rompió a llorar.

—Por el amor de Dios —explotó Tony.

—Me has caído muy bien —sollozó Caitlin—. Y creía que yo a ti también.

—Es verdad —contestó Tony exasperado mientras le ofrecía su pañuelo azul moteado que apestaba como siempre a Paco Rabanne —. Pero es que no soporto a tu padre.

—Los hijos siempre tenemos que pagar los platos rotos de los padres —resopló Caitlin con pesar.

—¿No piensas decirle a Declan que estás saliendo con Archie?

—Dios, no —respondió Caitlin—. No quiero que me maten en la flor de la vida.

Tony pensó en muchas cosas mientras conducía de vuelta a casa. Cuando encendió la luz del dormitorio de Archie, se lo encontró acurrucado bajo el edredón con el pijama abrochado hasta el cuello, fingiendo desesperadamente que estaba dormido, pero no era la primera vez que Tony sorprendía a su hijo.

—Puedes seguir viendo a esa chica siempre y cuando vayas y descubras todo lo que puedas de Venturer.

—Eso es inmoral —contestó Archie estupefacto.

—No me seas blando —repuso Tony sin piedad—. ¿Acaso quieres que Corinium pierda la franquicia?

—No.

—¿O que yo renuncie como mínimo a cuatrocientos mil al año?

—No —respondió Archie.

Archie pensó que si fuera rico, no tendría que ponerse a limpiar mejillones durante tres días cada vez que quisiera llevar a Caitlin a cenar. Algún día, ella viviría en Falconry con él. Estaba de acuerdo con su padre: la familia era lo primero. Si Declan no conseguía la franquicia, él, Archie, cuidaría de Caitlin.

40

Taggie tuvo un septiembre agotador. Que Caitlin, que se había colado por alguien y había perdido el norte, tuviera que hacer las maletas y volver a Upland House ya era lo bastante malo, pero mandar a Declan a Irlanda fue incluso peor.

Cuanto más se acercaba la fecha de la partida, más reacio se mostraba Declan a dejar a Maud o su preciada franquicia, que acababa de llegar a un punto crítico.

Maud disfrutaba a lo grande en *La viuda alegre*. Y eso a Declan lo alegraba, pero ¿no estaba siendo aquella euforia un poco exagerada? ¿Y de verdad era necesario que se diera un baño, se lavara el pelo y le robara a Taggie cada vez más ropa antes de los ensayos? Además, cuando cantaba las palabras «Todo el mundo está enamorado del amor, y yo estoy enamorada de ti» una y otra vez desde el torreón sur, ¿a quién se refería exactamente? Mientras el bosque amarillo se volvía dorado y las golondrinas parecían aplazar su partida, e incluso el enorme sol rojo se ponía todos los días con más lentitud por el bosque de Rupert para escuchar las notas exquisitas de Maud flotando por el valle, Declan rezaba para que Maud no se estuviera arrojando mucho a los brazos de su protagonista masculino.

La propia Maud se alegró de que Caitlin hubiese vuelto al colegio. Nadie agarraba el teléfono más rápido que una adolescente enamorada, lo que impedía que Maud recibiera cualquier llamada telefónica ilícita. Sin embargo, ahora parecía que Cameron Cook estaba siempre en casa, monopolizando el teléfono y a Declan y no siendo lo bastante respetuosa con Maud, la muy zorra arrogante. Todo el mundo podría pensar que se iban a ir seis meses a una expedición polar en vez de tres semanas de nada al lugar de rodaje.

A Maud también le molestaba muchísimo que tratara a Taggie como a una esclava. Esa misma mañana, antes de que se fueran, Perry O'Donovan, que iba a interpretar a Yeats, quiso que Cameron le devolviera la llamada y Taggie había apuntado mal el número.

—Deja de pedir perdón —gritó Cameron, que se había quedado sin aliento después de llevar cinco minutos soltando improperios—. Hazlo bien la próxima vez y ya está.

Maud pensó que la única persona que podía explotar y gritarle a Taggie debería ser ella misma.

En la víspera de la partida, hubo muchas discusiones, y en ese instante, al atardecer, Declan estaba en la biblioteca dándole instrucciones de última hora a Freddie, que acababa de llegar otra vez de Portugal, y a Rupert, que estaba a punto de irse a Virginia durante unos días. Entre ellos, seguro que harían que las cosas fueran mucho mejor que Declan. El terrible profesor Graystock también se había dejado caer por allí tras volver de sus vacaciones del trabajo en Grecia para prepararse para el próximo año universitario, y, como siempre, se estaba bebiendo el whisky de Declan. La dama Enid acababa de bajar las escaleras después de

repasar la partitura de Maud de *La viuda alegre* con ella y darle algunos consejos muy útiles.

—Estará arrebatadora —le dijo la dama Enid a Declan mientras aceptaba un copazo de ginebra rosa—. Ojalá interpretara yo el papel protagonista masculino.

Cameron se sentó en la esquina y repasó sus listas para el día siguiente con una oreja pegada en la reunión. Se había asegurado de que todo el mundo —actores, vestuario, maquilladores y equipo— supiera que tenían que reunirse con Declan y ella en el aeropuerto de Birmingham; y se había asegurado dos veces de que el autobús con aire acondicionado los estaría aguardando para llevarlos a Sligo por la tarde y de que el hotel con vistas a la bahía los esperase para cenar.

Miró desde el otro lado de la sala a Rupert, que estaba observando de mal humor por la ventana cómo Claudius mordisqueaba un libro de la biblioteca, y supo que se estaba aburriendo. No había otra cosa que él odiara más que las tonterías de los demás. Había sido bastante cariñoso últimamente, pero también había estado un poco distante; quizá siempre se distanciaba antes de una separación. Cameron odiaba pensar que se iría a Virginia solo. No pudo evitar imaginarse que las estadounidenses no serían capaces de ignorar a aquel macho tan atractivo y explosivo. Llevaba sesenta y ocho días viviendo con él y —miró su reloj— ocho horas, y seguía queriendo estar con él todo el tiempo.

—Ahora que todos sabéis que estaré al otro lado del teléfono —estaba diciendo Declan—, para cuando vuelva, deberíamos tener nuestra fecha para la entrevista con la IBA. Luego, podremos empezar a ensayar. He contratado a Hardy Bissett para que nos

instruya. Es exmiembro de la IBA y ha presenciado el proceso de las entrevistas desde el otro lado. También hay una exhibición permanente de la historia de la televisión en la IBA —prosiguió—. Hay grupos de estudiantes y turistas que van todos los días. Creo que deberíais intentar ir a echarle un ojo antes de la entrevista para que al menos sepáis algo sobre el negocio que pretendéis dirigir. Id solos o por parejas; de lo contrario, será demasiado obvio. Debemos llevar a Wesley, Marti, Bas y, sobre todo, Henry allí o harán el ridículo en la entrevista. Creo que eso es todo.

Se pasó las manos por el pelo y se recostó en la silla, examinando desesperado el caos de su escritorio.

Rupert le dio la espalda a la ventana.

—¿Cuándo crees que por fin se terminará lo de Yeats? —preguntó.

—Madre mía, imbécil —gritó Cameron—. Te he dicho cientos de veces que se pronuncia «Yéits».

Declan alzó una ceja de desaprobación. La dama Enid fue mucho más directa.

—Y tú todavía no has aprendido a pronunciar la palabra hostil, jovencita —soltó—, pero, aun así, te las apañas para serlo la mayor parte del tiempo.

—Gracias, Enid. Los tiempos de la caballerosidad aún no han muerto del todo —dijo Rupert con ligereza, pero con el rostro totalmente inexpresivo.

«Joder, no debería haber dicho eso», pensó Cameron.

—Para responder a tu pregunta —le dijo Declan a Rupert—, se acabará sobre diciembre. Tendremos que editar y grabar toda la voz superpuesta cuando volvamos.

—Espero que os adentréis en la historia de Yeats cortando su precioso abrigo de pelo en dos porque no quería molestar a un gato que estaba sentado encima —comentó la dama Enid—. Para hacer eso, debió de ser un buen tipo.

—O cuando firmó un montón de cheques con «Con cariño, W. B. Yeats» —añadió el profesor Graystock, empeñado en no dejarse eclipsar—. O incluso la historia… —comenzó.

Rupert había tenido suficiente. Qué asco de intelectuales. Salió de la biblioteca, atravesó la puerta principal y recorrió el jardín. Había bandadas de pájaros migratorios volando por el valle en posición de flecha. Una tormenta a la hora del almuerzo había destruido las rosas, que se estaban desintegrando; las plantas de tabaco se postraban como palmas ante sus pies. Más allá del jardín, en uno de sus terrenos, el diluvio había aplastado la hierba, como si una manada de elefantes hubiera violado en grupo a una elefanta.

Había media docena de novillos pastando a los que se habían unido hacía poco una vaca Guernsey y una pequeña ternera marrón chocolate que un vecino granjero muy agradecido le había dado a Rupert como regalo adelantado de su cumpleaños. En ese instante, él pudo ver a los novillos apartando a la ternerita y bebiéndose la leche de la madre. Con unas patas largas y torpes, los ojos enormes y las pestañas largas y tupidas, la ternera le recordaba a Taggie. Miró las ubres rosadas con cuatro pezones de la madre. Tal vez Cameron las llamaría mamas. Otra intelectual de mierda. Tendría que hacer que trasladasen a la madre y a la ternera a otra de sus tierras al día siguiente.

En vez de volver a la biblioteca, se dirigió a la cocina y se encontró a Taggie escuchando música pop e intentando planchar un buen montón de camisas de Declan mientras leía una receta al mismo tiempo.

—«Corriendo se fue con la plancha y se llevó mi corazón» —canturreó Rupert.

Taggie se sobresaltó.

—No entiendo cómo alguien puede robarle el corazón a otra persona cuando está planchando —murmuró—. Si se te pone la cara colorada.

—Y estás a punto de chamuscar esa camisa —la advirtió Rupert.

Taggie levantó la plancha a toda prisa.

—Eres justo la persona a la que quería ver. Sarah Stratton quiere que le prepare la cena para una fiesta dentro de dos semanas y me ha dado esta receta que está entera en francés, y no me entero de nada.

Rupert, que había tenido mucha experiencia leyendo la letra de Sarah, agarró el papel y leyó la receta en voz alta.

—¡Estupendo! ¿Me la puedes dictar? —le pidió Taggie mientras agarraba un lápiz.

Él estuvo a punto de coger el lápiz y decirle que sería más rápido si lo escribía él mismo, pero entonces se acordó de algo que había leído hacía poco de animar a los disléxicos a hacerlo. Muy despacio, asegurándose de que no se adelantaba mucho y resistiendo el impulso de tocar el cuello blanquecino de Taggie, que revelaba toda su vulnerabilidad mientras le caía la coleta negra hacia un lado, leyó en voz alta.

—Eres brillante —suspiró Taggie cuando terminó—. Nadie ha podido traducirla. Mi padre no sabe francés, ni mi madre, ni siquiera Cameron.

De repente, Rupert pareció sentirse invencible de nuevo. Qué lástima que tuviera que volar a Virginia al día siguiente, pues necesitaba con urgencia un semental nuevo y esperaba poder cazar unos días. Estaba a punto de invitarla a cenar en cuanto volviera cuando el repulsivo profesor Graystock entró.

—Ah, Taggie. —El profesor abrió aquella boca deforme y mostró unos dientes amarillos y torcidos—. Me muero de hambre, solo he tenido tiempo de tomarme un plato de sopa en el almuerzo. ¿Podría comer algo? Nada lujoso, algo sencillo. Con un poco de pan y queso me conformo.

«Cabrón viejo y repugnante», pensó Rupert mientras se estremecía. Era el típico de izquierdas con una segunda vivienda, sin matrículas de la universidad que pagar y que robaba a cualquiera que considerara capitalista. Taggie intentó sonreír. El profesor le había puesto también a ella los vellos de punta. Parecía que aún seguía sin perder la oportunidad de darle un apretón, mirarle los pechos o hacerle algún comentario subido de tono.

—Cameron te está buscando, Rupert —le dijo el profesor intencionadamente—. Quiere marcharse a casa.

Rupert no le hizo caso y siguió acariciando a Aengus, que estaba tendido al lado de los fogones.

Al profesor se le caía la baba al ver a Taggie preparar una rebanada de pan integral con quesos brie y cheddar y unos doscientos gramos de mantequilla.

—¿Tienes apio? —le preguntó—. Me encanta el apio. Con tu padre en Irlanda y tu madre ensayando todo el tiempo, vas a quedarte bastante sola, Taggie. Igual puedes venir una noche al campus y cocinar la cena para un viejo solitario.

—Trabaja todas las noches —soltó Rupert—. Alguien tiene que mantener esta pensión con whisky.

—No hay necesidad de que reacciones con tanta exageración, muchacho —respondió el profesor, cortando un trozo de pan y untándolo con un montón de mantequilla—. Tengo una pregunta difícil para ambos. ¿Qué hubierais hecho —miró a Taggie con lascivia — si hubierais descubierto, como yo el último trimestre, que vuestro estudiante más listo de primer año, que tenía garantizada la matrícula de honor, estaba en la cama de la residencia con una chica desnuda? ¿Lo habríais echado?

—Si ella fuese guapa —contestó Rupert con frialdad—, se la habría confiscado.

Cameron se sentía nerviosa mientras hacía la maleta. Aún se estaba reprendiendo a sí misma por haber puesto a Rupert en evidencia delante de los demás, pero siempre se ponía muy tensa antes de marcharse a grabar en otro escenario. Era un millón de veces peor que estar premenstrual. En el fondo de su maleta, había metido un libro sobre cómo lidiar con ser madrastra. Estaba decidida a ponerse las pilas con Marcus y Tab cuando volviera de Irlanda. Al entrar en el vestidor de Rupert, lo encontró también haciendo la maleta. Iba a coger el Concorde la mañana siguiente.

—Te quiero —le dijo ella, rodeándolo con sus brazos—. Irás a Irlanda cuando vuelvas de Estados Unidos, ¿verdad?

—Pues claro —respondió él, que se apresuró a darle la vuelta a un libro llamado *Superar la dislexia* debajo de una pila de camisas.

Para ser un hombre tan seguro en los asuntos de negocios, Freddie Jones era sorprendentemente tímido en los asuntos del corazón. Llevaba meses anhelando llamar a Lizzie Vereker, pero solo se armó de valor el día que Declan y Cameron se marcharon a Irlanda.

—¿Qué tal si comemos hoy? —le preguntó, yendo directo al grano.

—¿Dónde está Valerie? —le preguntó Lizzie.

—En Portugal.

Como tenía la regla, dos granos enormes, el pelo sucio, las piernas sin depilar, las uñas de los pies sin pintar y necesitaba cien años para hacer una dieta de choque y la había pillado desprevenida, Lizzie le dijo que no, que estaba muy ocupada. Luego se sintió fatal.

—¿Qué tal la semana que viene? —le preguntó, esperanzada.

—Valerie ya estará en casa —contestó él desanimado.

—Bueno, llámame de todas formas —le dijo ella.

Durante toda la semana, Lizzie estuvo muy dispersa. Derramó el vino tinto encima de una copia revisada que no había revisado y que James tenía la intención de darle a su madre como regalo de cumpleaños. El jueves por la mañana, no paraba de llenar las tazas de café con agua fría, incluso se tragó ella una pastilla que pensaba darle al perro para las defensas. Igual se ponía a ladrar como las locas. Sabía que debería estar trabajando en su nuevo libro, pero solo podía pensar en Freddie. Distraída y abatida, paseó bajo la lluvia hasta el lago. Había una gallineta llamando a sus polluelos con un extraño sonido aflautado para que se metieran en los juncos. Las

hayas arrastraban sus hojas rojas por el agua salpicada con gotas de lluvia. De pronto, Lizzie escuchó un grito que provenía de la cristalera. Era Jilly, su tesoro de niñera, que pareció ser un tesoro aún mayor cuando le dijo que el señor Jones la estaba llamando.

—Hola —dijo Freddie—. He pensado que igual te gustaría ir de pícnic.

—Pero si está diluviando —contestó Lizzie muy animada.

—Podemos hacerlo dentro de Green Lawns.

—¿Dónde está Valerie?

—En una venta de artículos casi nuevos para el Comité de Ayuda a los Desamparados.

Mientras se pintaba las uñas, se lavaba el pelo, se daba un baño, se depilaba y se limpiaba los oídos, Lizzie reflexionó que anticipar el adulterio era como ir al médico. Después, se aplicó crema en cada centímetro del cuerpo; al fin y al cabo, una tenía que arreglarse.

El único problema fue que se había olvidado de que el jardinero de Corinium Television (uno de los beneficios de James) venía esa mañana. Seguro que se había sorprendido al ver tantos litros de agua con jabón cayendo a borbotones por el desagüe del baño y a Lizzie aparecer tan pintada y perfumada al mediodía para comunicarle que se iba a una venta de artículos casi nuevos y luego de compras, así que él tendría que quitar las hierbas del borde herbáceo principal, cosa que ya había hecho la semana anterior y ella le había agradecido un montón. Hasta había llamado a James para decirle que se iba a la venta y para preguntarle si necesitaba algo de Cotchester.

Lizzie no había tenido la intención de acostarse con Freddie ese día. No lo habría hecho si no se hubiera comprado una falda azul de

tweed preciosa por una libra en el puesto de ropa y no hubiera pasado por delante de Valerie, que estaba atendiendo el puesto de productos frescos haciendo mucho ruido, al marcharse.

—Mira —gritó Lizzie, agitando la falda—, mira qué ganga más bonita.

—¡No te va a caber en la vida! —soltó Valerie con rotundidad—. Era de Sarah Stratton.

Lizzie pensó que Valerie parecía de clase alta con aquel jersey de cachemira azul claro, aquellas medias azul oscuro, aquellos zapatos Gucci y el pelo semirrecogido con un coletero de terciopelo.

—¿Sabes lo que está amenazando el cerdo de Tony Baddingham con hacer? —prosiguió Valerie, bajando la voz—. Construir veinte casas en un terreno al lado de los nuestros. Nos arruinará la vista. A ver, todo el mundo dice que nuestra zona tiene una belleza especial sin precedentes.

—No conseguirá el permiso de obras —respondió Lizzie.

—Con todo lo que soborna, seguro que sí. Dile a James que se niegue en rotundo a entrevistar a nadie del Comité de Urbanismo en *Resumen de Cotswold*. Qué vergüenza, y más siendo Monica y yo tan amigas.

Valerie dirigió sus pequeños ojos brillantes hacia el bolso de Lizzie.

—¿Qué vas a comprar? Estoy segura de que a James le gustan las rodajas de remolacha en vinagre. Te descontaré una libra.

—Voy a comprar ese pastel de café, tiene muy buena pinta. ¿Cuánto tiempo vas a estar aquí? —le preguntó Lizzie.

—Hasta las cuatro —respondió Valerie enfadada—. Alguien tiene que quedarse al mando del fuerte.

—Es el fuerte lo que interesa —murmuró Lizzie.

—Creía que no ibas a venir —dijo Freddie cuando abrió la puerta. En la cocina, había una botella de Dom Pérignon metida en hielo y un plato enorme de salmón ahumado. Freddie había bombardeado a Rupert a preguntas sobre técnicas de seducción.

—Este pícnic es ideal —suspiró Lizzie—. He traído pastel de café de postre.

Se quedaron en la cocina, por si revolvían los cojines colocados en cada extremo de los sofás de Valerie. Hablaron un poco sobre la franquicia.

—¿Crees que lo conseguiréis?

—Sé que lo haremos —contestó Freddie—. Pero vamos a hablar de nosotros. Tengo ganas de pasar más tiempo contigo, señora Vereker, pero no va a ser fácil con Tony Baddingham, Valerie y James respirándonos en la nuca.

—James no lo estará —comentó ella.

—¿Dónde está ahora mismo?

—Creo que dentro de Sarah Stratton.

Los dos estallaron en carcajadas y, por primera vez, Lizzie descubrió que no le importaba. Decidió que le gustaba todo de Freddie: la manera en la que los ojos se le caían en las esquinas, su barriga cervecera, las manchas de sudor bajo las axilas porque estaba muy nervioso y la forma en la que se fumaba el puro sosteniéndolo con el pulgar y otro dedo para retirarlo y esconderlo en la palma de la mano como si lo estuviera ocultando de un tribunal, que con toda probabilidad estaba presidido por Valerie.

Como escritora, se dijo a sí misma con seriedad mientras Freddie la guiaba escaleras arriba que una tenía que vivir la vida. De todas

formas, no creía que se fuera a acostar con Freddie el primer día, y mucho menos en el dormitorio de Valerie, pero se había encontrado cuatro de sus libros favoritos en la estantería de la habitación de invitados que le había prestado a Valerie cuando había tenido la gripe y que esta le había jurado que le devolvería.

Cuando llegaron arriba, Freddie pareció al principio mucho más interesado en enseñarle sus aparatos: el jacuzzi de ocho caballos y la bañera en la que se abría el grifo con mando a distancia y se regulaba la temperatura del agua desde la cama, que era enorme y ovalada y tenía una pantalla de botones en el cabecero.

—Pero ¿esto es para que durmamos en ella —susurró Lizzie— o para apropiarse de ella y volar al paraíso?

—Qué cosas más bonitas dices —comentó Freddie, atrayéndola hacia sí. Tenía la barriga encajada a la perfección bajo sus maravillosos pechos, así que les sería muy fácil besarse.

—¿Qué música te gustaría escuchar? —preguntó Freddie.

—*Concierto para piano n.º 2* de Brahms —contestó ella.

Por increíble que pareciera, comenzó a sonar por la habitación al segundo siguiente.

—Debería ir primero a hacer pis —dijo Lizzie, andando por la alfombra de pelo largo hasta el baño.

—Yo me voy a desnudar —dijo Freddie.

Lizzie se lavó con la manopla de Valerie, pero no mucho, por si se quitaba toda la lubricación. Quería que Freddie supiera lo cachonda que estaba. Durante un minuto, examinó sus labios vaginales, que asomaban por entre su vello íntimo como una tortuga vieja y arrugada, y, acto seguido, los metió hacia dentro. Se preguntó cómo

podía parecerles a los hombres que lo que las mujeres tenían ahí abajo era bonito y si su vagina lo sería más que la de Valerie.

Al salir, abrió la puerta equivocada y casi se metió en un ropero. Joder, estaba muy ordenado, como si lo hubieran colocado todo con una escuadra. Desde luego, el adulterio te mostraba las casas de otra gente. Esperaba que Freddie se hubiera quitado toda la ropa para cuando ella regresara, pero tenía que quitarse tantas joyas que ella se le adelantó.

—He soñado muchísimo con este momento —dijo Freddie mientras se tendía a su lado—. Desde que nos conocimos en el baile de caza hace dieciocho meses. Pensé: «Qué mujer tan guapa».

—Estoy muy gorda —suspiró Lizzie.

—De eso nada —respondió él—. Es más divertido escalar el Everest que colinas.

Lizzie le puso una mano en el pene.

—Y da gusto ver cómo el *software* se convierte en *hardware*.

—Y yo voy a declarar esta zona como lugar de belleza natural sin igual —anunció Freddie. Agarró su copa de champán de la mesita de noche, se la derramó a ella por la vagina y, a continuación, procedió a lamérselo todo. «Con lo frágil que es Mousie, esto es como tener una mazorca muy robusta entre los muslos», reflexionó él mientras se ponía encima de ella.

—Espero que uses un Condom Pérignon —murmuró Lizzie medio riéndose y medio llorando de placer a la vez mientras él se adentraba en ella. El *Concierto para piano n.º 2* de Brahms era su canción favorita, pero de ese momento en adelante se olvidó de su existencia hasta los últimos compases extáticos del *allegretto* final.

—Eres perfecta —susurró Freddie—. Eres lo mejor de mi vida ahora mismo.

—Te quiero —le dijo Lizzie.

—Yo también te quiero —respondió él.

Después de beberse otra botella y comerse todo el pastel de café, quisieron volver a hacer el amor, pero decidieron que era demasiado arriesgado. Para tener una coartada, Lizzie se fue más tarde a Cotchester de compras, tan borracha y feliz que apenas podía volver a colgar la ropa en las perchas. Al salir de la farmacia, habiéndole comprado a James un enorme frasco de Aramis como regalo por la culpabilidad, que luego pensó que se lo podía dar a Freddie, oyó el pito de un coche.

Como no era nada vanidosa, ni siquiera se giró cuando el coche siguió pitando, y solo lo hizo cuando Tony Baddingham bajó su ventanilla eléctrica y la llamó con un grito.

Manteniendo la boca cerrada para que él no advirtiera el aroma a champán, preguntándose si podría leer las palabras adúltera y traidora escritas en su frente, se acercó a él.

—Estás fantástica —le dijo Tony con amabilidad—. Guapísima. Debes de haber tenido unas vacaciones maravillosas. ¿Qué has estado comprando?

—Un perfume para James —contestó Lizzie.

—Qué bien —contestó él—. ¡Y eso que ni siquiera es su cumpleaños! Eres una buena mujer, Lizzie. Espero verte el sábado.

—¿El sábado? —preguntó Lizzie, confundida.

—En la cena de Sarah Stratton —respondió Tony—. Ya charlaremos más entonces.

De vuelta en Lake House, Lizzie corrió escaleras arriba, se duchó para quitarse todo el maquillaje y el perfume, se desmaquilló las uñas de los pies y se puso su ropa vieja por si James volvía a casa temprano. Por suerte, llegó muy tarde, así que pudo ver casi toda la representación de *El sueño de una noche de verano* sola. Fue mágica, a pesar del barrigón de Titania, y debió de haberle generado a Corinium muchos puntos en la lucha por la franquicia. A lo largo de la actuación, Lizzie no dejó de pensar en Freddie, en lo cariñoso, dulce y amable que había sido y en cómo deseaba que le hiciera el amor una y otra y otra vez.

—Ha pasado algo muy sospechoso en Venturer —dijo James con una voz complacida mientras se servía una bebida cuando entró, algo inusual en él—. Cameron se ha largado a Irlanda con Declan, y acabo de ver a Bas salir del Bar Sinister con Maud.

«Pasan cosas sospechosas en todas partes», pensó Lizzie con aire soñador, acordándose de James y Sarah, Freddie y ella, y Rupert, que seguro que todavía iba detrás de Taggie. Era como si se hubieran visto afectados por la hechicería malvada de Puck como los mortales y Titania en *El sueño de una noche de verano*. James se quedó frito en cuanto apoyó la cabeza en la almohada.

«Soy la amante de un hombre maravilloso», escribió Lizzie emocionada en su diario antes de apagar la luz.

41

El primer sábado de octubre, a Taggie se le pegaron las sábanas. Como se había quedado trabajando hasta tarde, no se fue a la cama hasta las cuatro. Se estaba preparando una taza de café cuando Aengus el errante se puso a maullar muchísimo y entró con un ratón de campo vivo entre sus fauces.

—Bruto —gritó Taggie, lanzándole un trapo de cocina. No le dio, pero Aengus se sobresaltó de tal manera que dejó escapar el ratón de campo, que fue a refugiarse bajo la alacena.

Después de encerrar al gato enfurecido y gruñón en la despensa, Taggie consiguió rescatar al ratón con un recogedor y un cepillo y lo metió en una caja de cartón. Vestida tan solo con el camisón más corto que tenía y unas botas de goma, salió al jardín a llevar la caja para dejarlo libre en la otra punta del campo. Fue a sacarlo con sumo cuidado, pero la pobre criatura no se movía; quizá se había muerto del susto. A ella también estuvo a punto de darle un ataque al instante siguiente, pues Rupert se dirigía hacia ella entre la niebla azul, atravesando el campo empapado de rocío a lomos de un caballo enorme y sudoroso de color marrón oscuro. Cuando se quitó el sombrero, Taggie se llevó un dedo a los labios y le enseñó el ratón, que seguía sin moverse.

—Aengus lo ha cazado —susurró—. ¿Crees que sobrevivirá?

Rupert pensó para sus adentros que un pisotón rápido le ahorraría al ratón todo el sufrimiento, pero, como sabía que eso disgustaría a Taggie, le dijo que era probable que solo estuviera paralizado por el miedo y que quizá era mejor dejarlo tranquilo un rato. Fijándose en el camisón y las botas de goma de Taggie, le preguntó si pensaba salir a algún lado. Taggie se puso colorada y le dijo que la cena que había estado haciendo se había alargado hasta tarde. Se produjo una larga pausa. Buscando desesperada algo que decir, Taggie farfulló que hacía un día estupendo.

—Mucho. He estado cazando lobeznos —contestó Rupert.

—¡Ay, pobrecitos! —exclamó Taggie con una mueca de espanto—. ¿Has matado a alguno?

—No —mintió Rupert—. Te he traído esto —añadió mientras se sacaba un puñado de setas del bolsillo del abrigo de montar.

—Oh, qué bonitas son, ¿verdad? —Distraída, Taggie observó su parte inferior plisada y rosa—. Qué amable. Muchas gracias.

Rupert pensó que cualquiera creería que le había regalado otro huevo de Fabergé. Tartamudeando muchísimo, ella le preguntó si quería desayunar.

—Esperaba que dijeras eso. Dejaré mi caballo y volveré.

Taggie subió corriendo las escaleras y se horrorizó al ver que tenía un agujero enorme en el camisón, los ojos llenos de legañas y la máscara de pestañas corrida. Se apresuró a lavarse, se vistió con unos pantalones viejos de pana negros y una camiseta marrón oscuro, que parecía lo único que no le había sisado Maud, y comenzó a preparar el desayuno. Se hizo a la idea de que a Rupert podría surgirle algún problema en el patio o en casa y se le olvidara

volver, o incluso de que Maud bajara y se les uniera tras oler el beicon. Sin embargo, él estuvo de vuelta al cabo de quince minutos con una botella de champán para hacer Buck's Fizz y Maud seguía arriba perfeccionando una canción llamada *Un paseo en coche de caballos*.

—Se lo está currando mucho —comentó Rupert, abriendo la botella con los pulgares.

—Es genial. Está mucho más feliz —dijo Taggie pensando en lo tostadas y sabrosas que habían quedado las setas blancas y echándole la mayoría a Rupert en el plato.

—Espero que Tony Baddingham y tu padre no se topen el uno con el otro la primera noche —comentó Rupert mientras el corcho salía disparado a través de la ventana hacia la hierba alta del exterior— o, de lo contrario, tu madre o Monica se convertirán de verdad en una viuda alegre.

Cogió el ejemplar de *The Guardian*, que tenía una sombría noticia en portada sobre el aumento vertiginoso de las cifras del sida. Menos mal que se había hecho las pruebas.

Hacía un día tan estupendo que desayunaron fuera en el banco blanco descascarillado. A pesar del calor, los cedros, las secuoyas y los tejos que flanqueaban la casa ya estaban repletos de hojas anaranjadas de los castaños de Indias cercanos, y el suelo estaba plagado de castañas. Las lavandas, las rosas y las onagras continuaban floreciendo, aguardando con coraje las primeras heladas.

—Nunca había tenido tanto calor en octubre —comentó Rupert quitándose el jersey—. Si siguen cayéndose las hojas de los árboles, al final volveré a ver tu casa.

—¿Qué tal ha ido en Estados Unidos? —preguntó Taggie, dándoles el tocino del beicon a Gertrude y a Claudius, que estaban babeando.

—Bien —respondió Rupert, decidido a no mencionar los cuatro días espléndidos que había pasado de caza en Virginia—. He encontrado un semental magnífico y una cría de yegua para Freddie. Eso me recuerda que anoche vi el Jaguar rojo de Freddie aparcado en la casa de la señora Vereker mientras emitían *Resumen de Cotswold* en directo. Si va a pecar y desviarse, debería buscarse un coche mucho más discreto.

Taggie soltó una risita.

—Lizzie es un amor, ¿verdad? —comentó mientras partía una salchicha por la mitad para los perros.

—Necesita un poquito de diversión, es cierto. James la trata como un trasto viejo que sabe que va a estar ahí cuando lo necesite. Este desayuno está riquísimo. ¿Por qué se lo estás dando todo a los perros?

—No suelo desayunar —musitó Taggie dándole un sorbo al Buck's Fizz.

Rupert la miró de arriba abajo.

—Estás perdiendo peso. Voy a tener que empezar a añadir melaza y zanahoria a tu avena.

—«Un paseo en coche de caballos a cualquier hora de la noche o el día».—cantó Maud en la planta de arriba—. «Sin preocuparse del tiempo, muy juntos, los amantes se enamoran con alegría».

Rupert alzó las cejas y rellenó la copa de Taggie.

Ella rogó para sus adentros que aquel momento no se acabara nunca. Al instante siguiente, Gertrude se subió al banco junto a

Taggie y, como no había sitio suficiente para ella, la muchacha tuvo que echarse a un lado y acercarse a Rupert.

—Buena chica, Gertrude —dijo Rupert con una sonrisa—. Se ve que estás de mi parte.

El corazón de Taggie parecía latir desacompasado con el canto de Maud. Se puso a acariciar a Gertrude sin parar.

—¿Sabes algo de tu padre? —le preguntó Rupert.

—No —tartamudeó Taggie—. ¿Y tú sabes algo de Cameron?

—Últimamente no.

Se produjo otra pausa larga. Una castaña cayó de golpe en el césped descuidado. Riéndose y observándola, Rupert aguardó.

—No debes preocuparte por que mi padre y Cameron pasen tanto tiempo juntos —acabó diciendo Taggie—. Sé que él es de lo más atractivo, pero está superobsesionado con mi madre.

Rupert iba a negar que estuviera lo más mínimo preocupado por Cameron. En vez de eso, le quitó un pelo oscuro largo que tenía en el hombro y se lo guardó en el bolsillo de la camisa.

—Anoche soñé contigo.

—Ah, ¿sí? —respondió Taggie asombrada—. ¿Fue un sueño bonito?

—Fue un sueño adorable y bastante perturbador —contestó mientras le pasaba los dedos por el brazo. Taggie se estremeció y dejó de acariciar a Gertrude.

—Hoy es la última noche del concurso Caballo del Año —prosiguió Rupert—. Tabitha está en la final de los Mounted Games. Es una buena noche. ¿Por qué no me acompañas? Podríamos cenar después.

Taggie casi se echa a llorar.

—Sarah Stratton va a dar una fiesta. Tengo que trabajar.

—Qué pena —repuso Rupert con tono suave.

Gertrude metió el hocico bajo la mano temblorosa de Taggie y le dio empujoncitos para que volviera a acariciarla. «Yo estoy igual, Gertrude», pensó Rupert.

—Los Baddingham y los Vereker van a asistir, así que hablarán de la franquicia. Seguro que a mí me obligan a quedarme en la cocina —balbuceó Taggie.

—Pues será mejor que mantengas los oídos bien abiertos y le eches un poquito de arsénico a Tony en el whisky. Ya te digo yo que los Buck's Fizz que habrá esta noche no serán iguales. Paul es tan tacaño que los hace con Babycham.

«Ay, no, no, no», pensaba Taggie mientras lo seguía hacia la puerta.

—La semana que viene estaré fuera por un congreso del partido de los *tories* —dijo Rupert mientras se subía al coche—. Te llamaré cuando vuelva. Me ha encantado el desayuno, gracias. Por cierto —añadió como si nada cuando se alejaba—, espero que te hayas dado cuenta de que este año no he quemado los rastrojos.

Muy aturdida, Taggie se acabó el Buck's Fizz. Rupert había soñado con ella, le había pedido que saliera con él y no había quemado los rastrojos. La situación se estaba volviendo de lo más confusa. Subió corriendo las escaleras y miró por la ventana. Era cierto. En lugar de franjas carbonizadas aquí y allá por todo el valle, los maizales seguían amarillentos por los rastrojos o de color marrón rojizo tras haber sido arados. Ni de coña era ella el motivo por el que no los había quemado, pero había sido muy amable al insinuarlo.

Taggie tenía muchas cosas que hacer: recolectar manzanas, plantar los bulbos de interior y los geranios. En el frigorífico, había cuencos grandes de moras y zarzamoras que había recogido y a las que, en represalia, les había salido pelusilla esperando a que hiciera mermelada con ellas. También debía hacer *chutney* de tomate, pintar el banco y cortar el césped.

De pronto, oyó un maullido enfurecido procedente de la despensa. Se había olvidado de Aengus. Ni siquiera se molestó por que se hubiera comido la mitad de la *mousse* de rodaballo que había preparado para el primer plato de la noche. Al menos, cuando salió en busca del ratón de campo, vio que este ya no estaba.

Para cuando llegó a casa de los Stratton, se le había pasado la borrachera. Paul seguía fuera jugando al golf, mientras que Sarah había entrado en pánico porque quería que todo saliera perfecto para Tony, su marido e incluso hasta aún más para James.

—Dar una cena es mucho peor que salir en televisión —se quejó —. Mira, sé que sueno tan mal como Valerie Jones, pero ¿podrías hacer como que yo he cocinado lo de esta noche? Sobre todo el plato principal, ya que es el favorito de un amigo mío —añadió Sarah ruborizándose—. Si alguien llama, haz como si fueras nuestra asistenta, la señora Maggs.

Acto seguido, dejó a Taggie con una lista kilométrica de instrucciones y se largó a Bath para comprarse un vestido nuevo.

Menos mal que todo estaba ordenado, la mesa puesta y la casa limpia. Taggie sacó la receta francesa que Rupert le había traducido. Una hora y media más tarde, todo iba sobre ruedas. La *daube* de ternera chisporroteaba en el horno, el pudin estaba en el frigorífico y solo le quedaba por preparar la nata montada y las violetas

azucaradas, pues ya tenía listas las verduras. Lo único que le faltaba por hacer era otra *mousse* de pescado. Quizá estaría bien que comprobase la carne de nuevo.

—¡Madre mía! —exclamó consternada cuando lamió la cuchara. Probó otra vez de otra zona del plato y luego del centro, donde sabía aún peor. Se debía de haber distraído tanto por el encuentro con Rupert que le había añadido una cucharada de sal en lugar de azúcar. Probó el azúcar que tenía en el cuenco de cristal y se puso pálida. No cabía duda, era sal.

La carne estaba del todo incomible, había cogido la sal a base de bien, y ella ya había gastado los demás ingredientes. Eran más de las cinco y no llegaría a Cotchester a tiempo. Soltó un gemido de pavor. Se había cargado la fiesta de Sarah, y sabía que ella se lo podía hacer pasar muy mal si las cosas no salían bien.

Entonces, sonó el teléfono. «Ay, Dios», sollozó. «Tengo que acordarme de que soy la asistenta». Entre temblores, contestó la llamada.

—¿Hola? —dijo una voz entre interferencias desde el teléfono de un coche.

—La señora Stratton está de compras, disculpe. ¿Quién llama? —musitó Taggie.

Rupert se echó a reír.

—Ese es el peor acento de Gloucestershire que he oído en mi vida. ¿Cómo va todo?

Taggie abrió la presa.

—Era la comida favorita de James y se supone que la había hecho ella para él —sollozó.

—Cálmate, o vas a hacer que la carne acabe más salada de tanto llorar —le dijo Rupert tranquilo—. Sigue con la *mousse* de pescado. Estaré ahí dentro de media hora.

Llegó veinticinco minutos después. Detuvo el Aston Martin en medio de una nube de polvo y casi lanzó a Beaver y a Blue, que estaban sentados en el asiento de atrás, a través del parabrisas. Luego entró en la cocina con una cazuela enorme con estofado de ternera para doce personas del Luigi's, el restaurante de cinco estrellas de Cheltenham.

—Ay, eres tan mono —dijo Taggie mientras le echaba los brazos al cuello.

—¡Esas manos! No tenemos tiempo para devaneos —dijo Rupert con prisas mientras vaciaba el estofado en uno de los cuencos grandes de Sarah y echaba lo que le quedaba del plato salado de Taggie en la cazuela del Luigi's—. No les digas a Paul y a Sarah lo que ha pasado —añadió—. Finge que la receta te ha salido así. De todas formas, van a estar demasiado borrachos para notarlo. Será mejor que me largue o, si no, volverá de compras y me acusará de ponerle micrófonos en la habitación.

Sin parar de darle las gracias balbuceando, Taggie lo acompañó hasta el coche. Un búho ululaba. La luna anaranjada se alzaba entre los sicomoros en forma de semicírculo.

—La luna parece un gajo de mandarina, como diría Valerie Jones —comentó Rupert.

—No tengo palabras para agradecértelo —lloriqueó Taggie.

Rupert tiró de ella para abrazarla y le dio un beso en la mejilla.

—Claro que sí, ángel. Espera a que vuelva de Blackpool.

El santo patrón de la cocina guio a Taggie esa noche. La comida estaba tan deliciosa que parecía pura ambrosía, y Sarah se llevó todo el mérito, en especial por el estofado de ternera del Luigi's, que estaba tan tierno que se podía cortar con una cuchara.

—¿Te acuerdas de la *daube* que nos comimos en el White Elephant de Painswick? —le susurró Sarah a James cuando entraron en el comedor—. Pues les he escrito para pedirles la receta y la he cocinado para ti esta noche.

Tony Baddingham se puso las gafas de pasta para ver mejor por toda la mesa y decidió que llevaba razón en cuanto a Lizzie Vereker. No sabía si era por el sol de Marbella, porque se había quitado un cálculo o porque se sentía satisfecha por algo, pero tenía un aspecto sensacional.

La charla de la cena se centró principalmente en las cifras del sida, que se habían disparado. También brindaron por *Master Dog*, que se estaba acercando a los índices de audiencia de *EastEnders*, pero, hasta que Taggie no se marchó de la habitación, no sacaron el tema de la franquicia.

—Ha habido unas cuantas novedades fascinantes —dijo Tony haciéndose el interesante—, pero no las voy a filtrar hasta noviembre, cuando ya estén más cerca las reuniones con la IBA y la gente haya vuelto de las vacaciones y lea de nuevo los periódicos. Y, entonces, ja, Venturer deseará no haber intentado desafiarnos. —Y se detuvo en cuanto Taggie regresó con la ensalada.

Tampoco es que ella hubiera estado muy pendiente de nada esa noche. En la cocina, no paraba de intentar seguir el concurso Caballo del Año con la esperanza de ver a Rupert. Por lo menos, había visto

a Tabitha en los Mounted Games; estaba muy mona y se parecía mucho a Rupert ahí dando saltitos mientras esperaba el testigo y luego lo agarraba y salía escopetada por el estadio. Estaban a punto de empezar las finales cuando Sarah llamó a Taggie para que retirara el pudin.

Tony estaba de nuevo dando la brasa con el sida.

—Para el año 2000, como no nos pongamos las pilas en este país, tendremos dieciséis millones de casos. El mensaje de Estados Unidos es alto y claro: la infidelidad ya no está de moda. —Paseó la mirada por toda la mesa—. La monogamia y la fidelidad en el matrimonio son lo que vuelve a llevarse. Es vital que todo el mundo sea consciente de los peligros del sida. Y nos corresponde a nosotros, a Corinium, dar ejemplo de ello.

James pensó que Sarah se había tomado tantas molestias con la *daube* que, en el vestíbulo después de la cena, cometió la tontería de no comportarse para nada de forma monógama y Tony lo sorprendió mientras la besaba y colaba la mano por debajo de su nuevo vestido de seda.

El lunes por la mañana, Tony llamó a James para que fuera a su despacho.

—He estado pensando mucho en la conversación que tuvimos sobre el sida el sábado por la noche —comenzó de forma abrupta—. He decidido que es hora de que tengas tu propio programa y estoy seguro de que se lo vamos a vender a la cadena.

—Muchas gracias, Tony —dijo James.

—Quiero hacer un programa sobre todo lo relacionado con el matrimonio —continuó Tony.

—Finanzas, dobles carreras, de cuántas tareas domésticas se debería preocupar el marido —enumeró James entusiasmado—. Sexo, peleas, decoración de la casa.

—Eso es —estuvo de acuerdo Tony—. Hasta podríamos hablar de los niños y de la presión que suponen para el matrimonio. Pero, básicamente, el programa entero estará dirigido a parejas que vuelven a tener en mente casarse, que quieren evitar el sida quedándose con la misma persona el resto de sus vidas. Lo llamaremos *Cómo seguir casados*.

—Con el pánico que hay ahora con el sida, será todo un reclamo para la franquicia —comentó James con entusiasmo.

—Exacto —contestó Tony educado—. Y quiero que tú y una dama encantadora cercana a ti lo presentéis.

—No me hace falta ni adivinar quién es, Tony —dijo James con afecto—, pero ¿crees de veras que tiene experiencia suficiente para eso?

—Y lo que es más importante —respondió Tony, que estaba disfrutando de lo lindo—, es natural. No es demasiado glamurosa, pero tiene el encanto, la calidez y la chispa que harán que las parejas hablen, y además, causará sensación entre el público.

James inclinó la cabeza.

—Me consta que Sarah apreciará el tremendo honor que le concedes, Tony, tanto para combatir el sida como para ayudar a Corinium a conservar la franquicia.

—No estoy hablando de Sarah, so imbécil —contestó Tony con un tono gélido—. Me refiero a tu mujer, Lizzie, y si valoras tu trabajo lo más mínimo, cuanto menos veas a Sarah Stratton durante los próximos tres meses, mejor.

Taggie se pasó la siguiente semana soñando con Rupert. Era muy consciente de que él quería a Cameron, de que vivían juntos y de que ella regresaría al cabo de una semana, pero no podía evitarlo. El jueves, lo vio en televisión en el congreso del partido mientras daba un discurso impresionante en el que afirmaba que los *tories* debían mover sus culos gordos y empezar a hacer algo con el desempleo y con cómo eso afectaba directamente al *hooliganismo* y a los disturbios de las ciudades del interior. Taggie, que había notado la influencia de Declan, se sintió muy orgullosa.

El viernes por la noche, tuvo una ligera distracción cuando Caitlin volvió a casa para pasar el puente con el cabello negro teñido de blanco en la parte de delante y todavía colada por Archie.

—Fue al centro y trajo ochenta latas de cerveza en un taxi y se las vendió a los demás chicos en el mercado negro con una sonrisa para comprarme este jersey tan chulo. No me lo he quitado desde que me lo regaló, así que, porfa, ¿me lo puedes lavar esta noche con mis vaqueros negros para que me lo pueda poner mañana? Archie me va a llevar a cenar. ¿Qué hace mamá el resto del día?

—Creo que ensayar —contestó Taggie.

Justo en ese momento, apareció Maud con un aspecto de lo más radiante.

—Hola, cielo, ¿qué tal el internado?

—Insoportable. Han mandado a casa a alguien con el pelo a capas, así que me voy a cortar el mío a capas el lunes.

—He comprado manzanas —dijo Maud mientras le tendía una bolsa grande de papel a Taggie—. Estaban tiradas de precio en el mercado.

Taggie quiso chillarle que las del huerto, donde se caían cada dos minutos, eran gratis. Había veces en las que quería matar a su madre.

—Qué jersey más bonito —comentó Maud mirando a Caitlin—. ¿De dónde lo has sacado?

—Es un regalo —respondió Caitlin con evasivas—. Tendrás cuidado al lavarlo, ¿verdad, Taggie? ¿Qué tal va *La viuda alegre*? —le preguntó a su madre.

—Ay, es extenuante, pero divertido —contestó Maud mientras se servía un copazo de whisky—. Eh…, he pensado en ir al cine mañana por la noche con algunos del reparto —añadió como si nada—. Taggie tiene que cocinar. ¿Tú estarás bien sola, Caitlin?

—Genial —dijo Caitlin con una sonrisa—. No te des prisa por volver. Traigo un montón de deberes. Cena y pásatelo bien. Tengo que leer *Antonio y Cleopatra* y escribir una redacción sobre *Un tranvía llamado Deseo*. Me parece increíble que nos separen por género en los internados y luego nos pongan a leer libros con tanto contenido erótico.

Cuando Taggie acabó de recoger los restos de la cena y de lavar y planchar el jersey y los vaqueros de Caitlin y de meterlos en el armario secarropa, ya eran las dos de la madrugada. Había que reconocer que su avance se había visto entorpecido porque no había parado de mirar hacia la ventana para comprobar si el helicóptero de Rupert aterrizaba en el césped o si su coche venía de camino. Pero no ocurrió nada. Tal vez sí que se había ido a Irlanda a ver a Cameron después de todo.

Parecía que apenas se acababa de quedar dormida cuando una muy histérica Caitlin la despertó.

—La zorra de mamá me ha dejado sin agua, así que no puedo lavarme el pelo ni darme un baño, y lo que es aún peor, se ha largado con mi jersey nuevo y mis vaqueros. Ahora no puedo ponérmelos para Archie y él nunca me va a creer cuando le diga que no lo he perdido, como el pañuelo de Desdémona. La odio, la odio, la odio. Puta vaca vieja. Encima me va a dar de sí los pantalones.

—Te llevaré a Cotchester y te compraré algo —le propuso Taggie —. Ayer me pagaron en efectivo.

—No me vale —gritó Caitlin—. Quería que Archie me viera el jersey puesto. La voy a matar. Te juro que la voy a matar.

No había nada que Taggie pudiera decir para tranquilizarla.

—Voy a llamar a Rupert para ver si puedes darte un baño allí —le acabó diciendo Taggie.

Con la boca seca, el corazón que se le iba a salir del pecho y las manos sudando y temblando, Taggie se equivocó al marcar el número tres veces de lo nerviosa que estaba. Como Rupert no contestó de inmediato, estuvo a punto de colgar el teléfono.

—¿Diga? —Parecía molesto y muy adormilado.

—Soy Taggie.

—Cielo mío —contestó ahora con un tono de voz más suave.

—Lo siento muchísimo —comenzó a decir ella, pero después, tartamudeando como nunca en su vida, le explicó lo que había ocurrido, aunque sin mencionar el nombre de Archie—. ¿Te importa si llevo a Caitlin a tu casa para que se lave el pelo y se dé un baño?

—Claro que no —respondió Rupert—, siempre y cuando nos lo demos todos juntos.

Cuando llegaron, Rupert aún no se había afeitado. Estaba dando vueltas de aquí para allá con los pies descalzos y estaba claro que se

había puesto la camisa blanca y los pantalones negros del traje que había llevado la noche anterior. Parecía que los ojos se le iban a salir de las órbitas.

—Yo me marcho —musitó Taggie, tratando desesperadamente de no molestar—. Recogeré a Caitlin dentro de una hora, ¿vale?

Rupert tiró de ella hacia la casa.

—No seas aburrida. Soy un libertino de manual. Tienes que quedarte y vigilar a tu hermana.

Caitlin se puso a despotricar de Maud.

—Puta vaca vieja, que me ha dejado sin agua y sin mi ropa de seducción. ¿Qué piensa hacer con ella? ¿Eh? Seguro que va detrás de alguien, la muy zorra. Ya es hora de que mi padre vuelva a casa.

—Cait-lin —la amonestó Taggie colorada—. Rupert no tiene todo el día. Creía que querías estar lista a las doce. Ve y date el baño.

Rupert se llevó a Caitlin arriba con una sonrisa y le enseñó dónde estaba todo. Taggie echó un vistazo a algunas de las fotos de Tabitha en Wembley que había en la mesa de la cocina.

—Son fantásticas, ¿verdad? —comentó ella cuando Rupert volvió —. Vi un poco en la tele en casa de Sarah Stratton, pero me perdí el final. ¿Ganó su equipo?

—No, pero quedó tercero y ella lo hizo genial. *Horse and Hound* ha dicho que «de tal padre Campbell-Black, tal hija», lo cual es bueno.

—Qué bien —dijo Taggie—. ¿Estoy en medio? —le preguntó cuando Rupert se detuvo de camino al frigorífico.

—No, es que me gusta quedarme detrás de ti. Sé que la vas a defender, pero lo de tu madre es una puta vergüenza. Largarse con

la ropa de Caitlin a su edad. El problema de Maud es que quiere que las tetas y la sopa le quepan en la boca y encima le sobre espacio.

Taggie soltó una risita, pero contestó:

—Ya lo sé, pero me alivia que esté otra vez contenta y trabajando. Puede que hasta lo haga a nivel profesional, y es muy guapa. —Taggie suspiró—. No me sorprende que todos los del reparto beban los vientos por ella.

Rupert dedujo para sus adentros que Maud debía de haberse encaprichado de alguien del reparto y que por eso había perdido peso suficiente como para meterse en los vaqueros de Caitlin, pero se limitó a decir:

—Tengo resaca. Vamos a beber.

—No debo —contestó Taggie—, o la volveré a cagar esta noche con la comida.

—No me digas que te toca trabajar de nuevo —comentó Rupert horrorizado. Taggie asintió con pena—. Madre mía, voy a tener que concertar una cita contigo en octubre.

—Lo siento mucho —tartamudeó Taggie mientras bajaba la cabeza —. No-no es que no me apetezca.

—Tengo una idea —dijo Rupert—. Mis hijos llegan esta tarde. ¿Por qué no te vienes con nosotros mañana a pasar el día y me ayudas a entretenerlos?

—Haré un pícnic —respondió Taggie entusiasmada de pronto.

—De eso nada. Por una vez, no vas a cocinar lo más mínimo.

Como Maud y Caitlin le habían desvalijado el armario, Taggie no sabía qué ponerse. Sintiéndose muy culpable por todo lo que debía de luz, a la empresa de alquiler de televisores, a la tienda del pueblo

y a saber qué más, estiró el sueldo en metálico de la comida del viernes, o más bien hizo malabares con él, y consiguió un polo de cachemira gris claro que resaltaba el plateado de sus ojos y le sentaba como un guante. Ya no le quedaba más dinero, así que tendría que llevar los pantalones negros de pana de siempre.

A la mañana siguiente, Maud se fue muy temprano a ensayar otra vez. Caitlin, que había dicho con generosidad que se encargaría de los perros y que iba a leer *Antonio y Cleopatra*, empujó a Taggie para que se fuera.

—Pareces un bomboncito. El cachondo de Rupe no va a poder quitarte las manos de encima. No tengas prisa. Estaré bien sola —dijo mientras le sonreía con picardía— o casi sola. El bueno de Arch se pasará un poco más tarde. O Arch el blanquito, como lo llamo ahora que ha perdido el bronceado.

Tabitha abrió la puerta con actitud desafiante en mitad de la jauría de perros. Llevaba un jersey rosa bordado con flores azules y una falda abullonada azul.

—Hola —la saludó Taggie encantada—. Sé quién eres. Te vi el sábado en la tele. Estuviste genial, y qué poni más listo y más bonito. Y, sin duda, el más rápido. ¿Cómo se llama?

—Biscuit —respondió Tabitha con frialdad.

—¿Puedo verlo?

—Está en mi otra casa.

—Oh, qué pena. Le había traído unas zanahorias. —Taggie rebuscó en la bolsa que llevaba—. Y os he hecho unos dulces de azúcar.

—Gracias —contestó Tab, que parecía algo más apaciguada—. ¿Me das unos cuantos ahora?

—No veo por qué no. Me gusta tu falda abullonada. Siempre he querido una, pero tengo las rodillas muy huesudas.

—Mi madre dice lo mismo —replicó Tab—. Igual no les quedan bien a las adultas.

Taggie se puso a acariciar a los perros y se sentó en uno de los asientos de piedra que había dentro del porche.

—¿Cómo te llamabas? —preguntó Tabitha.

—Taggie. Bueno, en verdad me llamo Agatha, pero es feísimo, ¿a que sí? Tabitha es mucho más bonito. Mis padres a veces me llaman Tag, que se parece un poco a Tab, ¿no crees? Espero que cuando Marcus te llame, no vayamos las dos corriendo a la cocina a ver qué quiere y nos choquemos en la puerta.

Tabitha se quedó mirándola mientras la estudiaba y, de pronto, esbozó una sonrisa.

—¿Tienes nueve años y tres meses? —le preguntó Taggie.

—Sí —suspiró Tab mientras se apartaba su cabello rubio de los ojos—. ¿No ves las arrugas que tengo?

Taggie se rio.

—Aun así, eres lo bastante joven para estar en los Mounted Games. ¿No eras la benjamina?

—Sí —contestó Tab—. Si vuelves con nosotros esta noche a Warwickshire, podrás ver a Biscuit. Aquí tenemos un potrillo. ¿Quieres venir a verlo?

—Sí, por favor —respondió Taggie.

La puerta de la entrada se abrió y salió Marcus.

—Hola —saludó—. Papá quiere saber dónde te habías metido.

—Estaba hablando conmigo, so bobo —dijo Tab—. Nos ha traído unos dulces de azúcar.

—Tag —vociferó Rupert desde la cocina—, ¿dónde estás?

—Aquí —contestaron Tab y Tag al unísono. Acto seguido, las dos se miraron y rompieron a reír.

Tabitha tomó de la mano a Taggie y la llevó a la cocina.

—¿Puede volver con nosotros a Warwickshire esta noche para ver a Biscuit? —preguntó Tabitha.

Rupert, que estaba bebiendo café solo y leyendo las páginas de carreras de *The Sunday Times*, se sorprendió.

—Claro que sí. Creía que la habías secuestrado.

—Nos ha traído unos dulces de azúcar, zanahorias para Biscuit y jarabe para la tos —dijo Tabitha mientras sacaba lo que había en la bolsa.

—Es pacharán —contestó Taggie ruborizándose—. Lo hice ayer. Tienes que esperar tres meses para beberlo.

—Gracias, cielo —dijo Rupert, y le dio un beso en la mejilla—. Espero no tener que esperar lo mismo contigo —añadió bajando la voz.

—Vamos, Taggie —comentó Tabitha con impaciencia—. Creía que querías ver al potrillo. Estos dulces están buenísimos.

Fueron a Cheltenham a comer a una hamburguesería de lujo. Los niños, que habían insistido en sentarse a los lados de Taggie, se estaban tomando unos batidos gigantes. Rupert, que se había quejado porque quería batidos con alcohol, pidió una jarra de vino tinto.

—Ese jersey te queda muy bien —le comentó con aprobación a Taggie—. ¿Cómo te las has arreglado para mantenerlo alejado de las garras de Maud?

Taggie se puso colorada.

—He dormido con él debajo de la almohada.

—Vamos a hacer *El Mesías* a finales del trimestre —anunció Tabitha, y sorbió con mucho ruido el batido—. Habrá dos trompetas y un tambor, y padres de verdad en el coro. Yo estoy con los contraltos y los contratenores, que son mucho más traviesos porque la mayoría son chicos muy tontos.

—¿Te gusta cantar? —le preguntó Taggie.

—No. La señora Brown nos obliga. Se acaba de casar. También nos da Historia. Estaba leyendo un libro esta semana en clase sobre cómo mejorar tu casa.

—Pues en nuestra clase estaba leyendo uno sobre desagües —dijo Marcus.

—Y por eso pago vuestro colegio —gruñó Rupert—. Ojalá organizaran una marcha patrocinada como en Save the Children, pero con los padres.

Tras pedir, se quedó mirando a Taggie, que estaba hablando con Marcus sobre castañas.

—Antes las asábamos en el horno a fuego lento para tostarlas.

—Y las mojamos en vinagre —dijo Marcus.

—Mi hermana Caitlin las metía en el armario secarropa y siempre se caían detrás de la caldera y se ponían malas. Tenemos un montón en Priory si queréis más, pero supongo que ya tenéis cientos.

«Jesús, qué dulce es», pensó Rupert, fijándose en cómo se le ajustaba a los pechos el jersey de cachemira gris.

—María tuvo un corderito y sorprendió a la comadrona —le dijo Tabitha a su padre.

—Ah, ¿sí? —contestó Rupert con la mente absorta.

—María tuvo un corderito y sorprendió a la comadrona. Es un chiste.

—Ja, ja —respondió Rupert al tiempo que llenaba el vaso de Taggie.

—¿Por qué siempre sueltas una risa falsa? ¿Me puedo comer un paquete de Frazzles?

—No —respondió Rupert—. Aquí tienes tu comida.

—¿Me puedo dejar el pelo a lo punki como Cameron? —preguntó Tabitha mientras expurgaba los champiñones de su ensalada y los ponía alrededor del plato.

—No.

—¿Por qué no?

—Porque no me gusta el pelo corto.

—Tú tienes un pelo muy bonito —le dijo Marcus a Taggie mientras se ponía coloradísimo y le daba un mordisco a su hamburguesa.

—Sí, es precioso —estuvo de acuerdo Rupert.

Tabitha se quedó mirando a la nada con aire soñador.

—La señora Bodkin debe de haberse acostado con el señor Bodkin un porrón de veces.

—¿Por qué demonios se te ocurre pensar eso? —preguntó Rupert asombrado.

—Porque me dijo que había tenido cuatro abortos —respondió Tab.

Taggie no se atrevía a mirar a Rupert. Pensaba que nunca había sido tan feliz en su vida. De pronto, las cosas más ordinarias, como una hamburguesa ahogada en kétchup o el mural de la calle del pueblo que había en la pared con su carro de leche y su cartero, las

veía ahora con otros ojos porque estaba con Rupert y sus adorables hijos.

—¿Todo bien, señor Campbell-Black? —preguntó el encargado.

—Perfecto —contestó Rupert—. ¿Nos puedes traer otra jarra de vino tinto?

—Me encantaría felicitarle —continuó el encargado, mientras miraba embelesado a Marcus, Tab y Taggie—. No sabía que tuviera tres hijos tan guapos.

42

Después de comer, fueron a dar un paseo por el bosque de Rupert. Estaba bastante tranquilo. Los insectos se movían sin prisas por los rayos que se colaban por entre las ramas de las hayas como motas de polvo que se percibían a la luz de un proyector. Los pájaros cantaban de manera somnolienta, las hojas naranjas caían a la deriva en los caminos, que ya tenían el mismo color. Las ardillas, aturdidas por el sol, estaban haciendo el tonto en el suelo en vez de estar recogiendo frutos secos.

—¿Qué vas a cantar en el colegio? —le preguntó Taggie.

—«Verdes crecen los juncos, oh» —contestó Tab.

—«Voy a cantarte tres, oh» —cantó Marcus.

—«¿Cuál es tu tres, oh?» —le respondió Tab cantando.

—«Tres son los rivales, dos, dos los muchachos de blanco lirio, vestidos todos de verde» —replicó Marcus, con su voz tiple pura resonando por encima de la inmensa catedral de troncos de haya. A continuación, los dos niños comenzaron a cantar:

—«Uno es uno y está solo, y siempre lo seguirá estando».

—Qué bonito —suspiró Taggie.

—Los tres que son rivales parecen Corinium, Venturer y Mid-West —comentó Rupert.

Gastó un par de carretes de fotos y luego, exhausto tras una semana agotadora en Blackpool, se quedó dormido debajo de un castaño mientras Taggie jugaba con los niños.

—¿Sabéis que cada vez que atrapáis una hoja que se está cayendo conseguís un día feliz? —les dijo, apartándolos ligeramente del camino para que no despertaran a Rupert—. Vamos a ver si podemos atrapar treinta para que vuestro padre pueda tener un feliz noviembre cuando se despierte.

—Eso es pan comido —respondió Tabitha, dando un salto hacia delante mientras una hoja amarilla de sicomoro hacía piruetas en el aire y caía en su dirección. Entonces, se produjo una ráfaga de viento que la agitó, así que esquivó a Tab y cayó al suelo.

—Es más difícil de lo que parece —dijo Marcus con un jadeo a la par que atrapaba una ramita de fresno que flotaba fuera de su alcance—. ¿Estas contarían como siete?

—En realidad, no —contestó Taggie.

—¡Porras! —gritó Tab cuando se le escapó una hoja de haya.

—Sssh —soltó Taggie—. No debemos despertar a vuestro padre.

En silencio, corrieron por el bosque intentando reprimir sus gritos de alegría cada vez que lograban coger una hoja. Se oyó un chillido bastante desgarrador cuando Tab se tropezó con la raíz de una zarza, pero consiguió al mismo tiempo agarrarse a una ramita llena de hojas de un castaño, y entonces Rupert se despertó, pero fingió estar dormido. Observó a Taggie, con sus largas piernas sobre las hojas de las hayas y la coleta moviéndose por el viento; parecía, como había pensado el encargado, que no tenía más de catorce años, y de pronto se llevó la mano a la entrepierna con deseo.

—Toma, papá —le dijo Tabitha con las manos llenas de hojas—, para que tengas un mes lleno de felicidad.

Rupert, que pensó para sí que la única cosa que podría hacerlo feliz en ese momento era pasar un mes entero en la cama con Taggie, le dio las gracias.

—¿Podemos ir a ver la nueva de Woody Allen? —preguntó Tabitha.

Rupert le echó un ojo a su reloj.

—Son casi las cuatro. Volveréis muy tarde. —Lo último que quería hacer era ir al cine.

—Nos pilla de camino a casa —le pidió Tabitha.

—Hemos hecho los deberes —insistió Marcus.

Rupert se volvió hacia Taggie, que había dicho que le encantaría verla, cualquier cosa para alargar el día con Rupert.

—Yo me voy a sentar al lado de Taggie —soltó Tabitha, agarrándola de la mano.

—Y yo también me voy a sentar al lado de ella —añadió Marcus, cogiéndola de la otra mano.

—Si ella se sienta en mis rodillas, los dos podréis sentaros a su lado —dijo Rupert.

Aquello le había impresionado tanto que sintió una gran necesidad de soltar una broma al respecto.

La película de Woody Allen fue muy divertida, pero Taggie apenas le prestó atención. Era muy consciente de que Rupert estaba sentado despatarrado al otro lado de Tabitha observando la pantalla impasible por completo. Qué horroroso habría tenido que ser para Rupert que Helen lo dejara, haber perdido a esos angelitos y tener que vivir solo en esa casa tan grande.

—«Uno es uno y está solo, y siempre lo seguirá estando» —cantó Tabitha en el coche de camino a casa.

Taggie sintió todavía más la pérdida de Rupert cuando conoció a Helen, que era sencillamente la mujer más guapa que había visto nunca, con aquellos ojos enormes dorados, el largo cabello pelirrojo recogido con dos peinetas de su rostro cubierto de pecas y unos tobillos y unas muñecas muy delgados. Taggie pensó que tenía el mismo tono de cabello que Maud, pero mientras que Maud iba por la vida como un setter rojo ofreciendo favores sin distinción, Helen era más exigente y moderada con sus afectos. Helen era como un ciervo. Si la domesticabas y te ganabas la confianza de un ser tan delicado e intranquilo, te sentirías muy orgulloso.

Pero antes de que Taggie tuviera mucho tiempo más de observar a Helen o a su marido, Malise, que parecía muy mayor, Tabitha la arrastró a los establos para que conociera a Biscuit y a Dollop. Luego, tuvo que ir a ver los dormitorios de Marcus y Tabitha, ambos estaban muy ordenados (de hecho, toda la casa estaba ordenadísima para ser un domingo por la tarde), y, para entonces, ya se había pasado la hora en la que los niños tenían que irse a la cama.

De vuelta al salón, Taggie se encontró a Helen dando golpecitos con su precioso pie descalzo y mirando el reloj y a Rupert de pie delante de una chimenea sin encender, con una copa vacía en la mano y con la mirada muy vidriosa.

—¿Te gustaría tomar una copa? —le ofreció Malise a Taggie.

Taggie miró a Rupert, que movió la cabeza en dirección a la puerta de una forma casi imperceptible.

—No, muchas gracias —respondió.

—Debemos irnos —dijo Rupert—. Tengo que llevar a esta chica a casa.

Así que el día iba a terminar de esa manera. De repente, a Taggie le entraron ganas de cortarse las venas. Malise, que notó lo deprimida que estaba, dijo:

—Helen y yo somos muy fans de tu padre. Espero que consiga la franquicia. Los programas de Corinium son malísimos.

—Ah, pero *El sueño* estuvo excelente la otra noche —protestó Helen—. Marcus dijo que Cameron Cook tenía algo que ver con eso, Rupert. Deberías traerla alguna vez. Me encantaría hablar de la producción con ella. Fue una interpretación de lo más original. La ambientaron en la Inglaterra victoriana y había unos paralelismos fascinantes entre la reina Victoria y John Brown y Titania y Bottom.

Rupert ahogó un enorme bostezo.

—Creo que Taggie y Rupert desean marcharse, cariño —comentó Malise con amabilidad mientras le pasaba un brazo por los hombros a Helen.

«Tiene una sonrisa encantadora», pensó Taggie. «Ya veo por qué a ella le parece atractivo, pero no comparado con Rupert, porque es muy mayor». Los niños fueron a despedirse de ellos.

—Prométeme que podremos verte la próxima vez que vayamos, porfa —dijo Tabitha, trepando por ella como un mono.

—Muchas gracias por los dulces de azúcar —dijo Marcus.

—Rupert es horroroso —comentó Helen tras haber hecho que los niños subieran a darse un baño—. Esa chica debe de estar en el instituto.

—Es un poco mayor para eso, pero no mucho —contestó Malise mientras alisaba los periódicos del domingo—. ¿Sabes que me da el mismo mal presentimiento que cuando te conocí?

—Espero que tú no te hayas enamorado de ella también —respondió Helen con un deje de malicia.

—No, pero se sabe que Rupert le va a romper el corazón —dijo Malise con tristeza—, y me siento impotente por no poder hacer nada al respecto.

—Puede que él haya madurado —sugirió Helen—. Es la primera chica que ha traído aquí, y está claro que los niños la adoran.

Malise sacudió la cabeza.

—Es como un sabueso. No puedes domesticarlo. Siempre tendrá el instinto de caza corriéndole por las venas.

Rupert estuvo muy callado todo el camino en coche hasta Penscombe. Taggie, que se sentía abatida porque el día casi había terminado y el Aston Martin parecía estar devorando los kilómetros, asumió que él tan solo estaba triste porque su deslumbrante mujer y sus hijos ya no vivían con él. No obstante, Rupert, por primera vez en su vida, estaba batallando seriamente contra su conciencia.

Taggie era la hija adolescente de Declan, él estaba comprometido con Cameron, que ya desconfiaba de Taggie, y había cosas muy serias que ganar, como las franquicias.

Entonces, bajo la luz de una farola en Cheltenham, miró a Taggie por el rabillo del ojo. Todo parecía apuntar hacia arriba: su nariz, sus pestañas largas y negras como el hollín, su adorable labio inferior y aquellos suaves y maravillosos pechos con los que había soñado la otra noche. Y perdió la conciencia.

—¿Te apetece cenar?

—Ah, sí, por favor —contestó Taggie muy contenta—. Si piensas que no estás demasiado cansado y que voy lo bastante bien vestida…

—Nunca nunca te vistas bien —dijo Rupert—. Odio a las mujeres muy arregladas.

—Tienes unos niños encantadores —comentó Taggie—. Y guapísimos. No me extraña, con esa madre tan guapísima. —En la oscuridad del coche, ahora que estaban fuera de la ciudad, parecía más fácil hablar—. ¿Te resulta una agonía cada vez que la tienes que volver a ver?

—Sí, es una agonía —repitió Rupert, conmovido. Acto seguido, lanzándole a Taggie una mirada de reojo, le explicó—: Porque me aburre como una ostra.

Taggie soltó una carcajada, sorprendida.

—No sé cómo coño estuve siete años casado con ella. Mientras estuviste arriba, me contó toda la trama de una película italiana que habían visto esa tarde y, si Malise no le hubiese dicho que se callara, habríamos hecho un análisis en cinco actos de *El sueño de una noche de verano*. ¡Cómo lo soportará Malise!

—Parece un buen tipo —respondió ella—, pero es casi como un abuelo para los niños.

—Es treinta años mayor que Helen —contestó él—, pero la ha hecho muy feliz.

—¿Y qué hiciste cuando ella se marchó? —le preguntó Taggie.

—Ah, bueno, ya tenía mis propios asuntos que atender —admitió Rupert—, pero como empezaron a complicarse demasiado, los dejé. Luego estuve una larga temporada con una zorra atractiva llamada

Beattie Johnson y después jugué unos cuantos partidos de tenis con Sarah Stratton.

—Madre mía —gimió Taggie.

Él soltó una carcajada.

—Estoy medio tentado de parar el coche y ver cuánto te has sonrojado. ¿Te quedaste muy impactada cuando nos viste?

—Sí, no, sí —murmuró ella—. En realidad, fue más por Gertrude. Ha estado muy protegida toda su vida. Debió de ser horrible que aparecieran todos esos camiones de bomberos.

—Tuvimos una suerte que te cagas —dijo Rupert—. Cameron me contó que la redacción de Corinium le manda tanto alcohol al cuerpo de bomberos de Cotchester en Navidad que los bomberos siempre los avisan y mantienen las mangueras abiertas hasta que aparece el equipo de televisión. Sarah y yo en pelotas habríamos causado sensación en *Resumen de Cotswold*.

Ella se rio con nerviosismo. No quería contarle cuántas veces en los últimos meses se le había aparecido en sueños el recuerdo de su cuerpo lleno de aceite, bronceado de un tono caoba y muy bien formado.

El White Elephant de Painswick se encontraba lleno de gente y se estaban tomando las últimas comandas, pero, aun así, consiguieron encontrarle un rinconcito a Rupert. Taggie salió disparada hacia el servicio. Lo único que tenía en el bolso era una máscara de pestañas caducada, un peine, un perfume y una foto de Claudius. Ojalá pudiera lavarse los dientes. Lo intentó empapando papel higiénico con un poco de jabón, pasándoselo por los dientes y luego enjuagándose la boca con agua.

A continuación, se peinó y se recogió el pelo en una coleta.

Cuando volvió a la mesa, Rupert se dio cuenta de que Taggie se quedaría pasmada con el menú en francés, así que pidió una botella de Pouilly Fumé y salmón ahumado con huevos revueltos para los dos.

—Y te lo vas a comer todo.

Al principio, charlaron sobre los niños.

—Ojalá se llevaran mejor con Cameron —suspiró Rupert—, pero, como no está acostumbrada a los niños, no consiente hacer camas extras ni concesiones.

«Qué bien poder hablar con naturalidad de Cameron ahora», pensó Taggie, que de pronto deseó tocar el abanico de líneas finas de la comisura de los ojos de Rupert. Tal vez se pudiera convertir en su confidente a largo plazo, así, incluso cuando él tuviera ochenta años, iría gritando a Priory para contarle que había conocido a alguien maravilloso con cincuenta años recién cumplidos. Al menos, eso sería mejor que no verlo.

—¿Te sigue molestando tener que ir al concurso Caballo del Año cuando ya no ganas todas las copas? —le preguntó ella, vacilante.

—Sí —contestó—. Por eso quería que vinieras conmigo la semana pasada —la tomó de la mano—, para agarrarme de la mano. Creo que en su momento no me percaté de lo mucho que me importaba dejarlo todo. Abandonar de la noche a la mañana el Campeonato Mundial, meterme en política, negarme a reconocer que estaba sufriendo síntomas de abstinencia mucho peores que los de cualquier yonqui. Cuando estás saltando obstáculos, hay muy poco tiempo para pensar. Incluso en uno de esos viajes en coche interminables, siempre estaba Billy para charlar o algún caballo

sobre el que hablar, siempre había algo que esperar, un premio que ganar, el tiempo de alguien que batir, un caballo que preparar o una chica con la que echar un polvo. Supongo que nunca me di el tiempo de madurar y, cuando Helen se marchó, también dejé de pensar en aquello.

Todavía sosteniéndole la mano a Taggie, alzó la vista para mirar aquellos ojos tan amorosos, infinitamente comprensivos y compasivos. Joder, nunca admitiría este tipo de cosas delante de nadie, ni siquiera de Billy. Entonces, ella le hizo la misma pregunta:

—¿Todavía te duele ver a Helen?

Él se encogió de hombros.

—Supongo que me cansé de odiarla. Lo único que me molesta de verdad es que Malise triunfó donde yo fracasé. No puedo decir con sinceridad que haya hecho a una mujer feliz alguna vez, o al menos no por mucho tiempo.

—A mí me haces muy feliz —contestó Taggie con la voz ronca.

Durante un segundo, se quedaron mirándose el uno al otro y luego él observó cómo a ella le subía el color a las mejillas.

—Me encantaría intentarlo —dijo Rupert con suavidad—. Pagaré la cuenta y nos marcharemos.

Mientras Rupert conducía despacio de vuelta a Penscombe, Chris de Burgh cantaba *Lady in Red* en la radio del coche. Era una noche preciosa. La luna se estaba ocultando tras una gran nube ébano como un tejo, dándoles un toque plateado a los bordes, y el resto del cielo gris perla estaba bordado de estrellas. Aún había algunas ventanas que tenían luces encendidas en el pueblo como recortes de cartulina.

Justo antes de girar a la derecha para tomar la larga avenida llena de castaños que llevaba a Penscombe Court, Rupert frenó el coche hasta detenerlo y alzó un dedo hacia la mejilla de Taggie.

—¿Estás segura, ángel?

Pudo sentir cómo ella frotaba su pómulo frenético contra su dedo al asentir. Estaba totalmente obnubilada por el amor y no tenía intención de decir que no.

—Me cago en todo —gritó Rupert mientras se detenían delante de la casa. Aparcado fuera, al lado del coche de Taggie, había un Lotus. Bajo la luz de la luna, podría haber sido de cualquier color oscuro.

«Cameron», pensó Taggie horrorizada.

Pero la muchacha que salió por la puerta tenía el pelo denso y lustroso, tan dorado como las hojas de sicomoro que se arremolinaban en la grava. Era Sarah Stratton, que se lanzó a los brazos de Rupert, sollozando.

—Tengo que hablar contigo.

—Yo tengo que irme —dijo Taggie.

—No, no te vayas —contestó Rupert con brusquedad, y cuando se dio cuenta de lo que estaba diciendo, añadió—: Bueno, es un poco tarde. Revisaremos mañana el resto de los nombres y recorreremos la parte sur de la zona a finales de semana.

—Ah, la puñetera franquicia —gritó Sarah.

Solo le dio tiempo de darle un apretón a la mano de Taggie y decirle que la llamaría al día siguiente; acto seguido, Rupert llevó a Sarah al salón, donde se desplomó lloriqueando en el sofá. De repente, la temperatura parecía haber disminuido unos cuantos grados. La casa se sentía muy fría y vacía sin Taggie y los niños.

Tardó unos minutos en hacerse una idea de lo que le pasaba a Sarah. Era evidente que James Vereker le había dado puerta.

—Se lo ha ordenado Tony. Ha dicho que todo el mundo está hablando sobre nosotros y que no le va bien a la reputación de Corinium un año de franquicia. Joder, y eso que él estaba haciendo lo mismo con Cameron.

—La palabra clave es estaba —respondió Rupert, sirviéndole a Sarah una copa de brandi—. Un libertino reformado es lo más puritano que existe.

—Sé que James me quiere —sollozó Sarah, histérica—, pero ese cabrón de Tony le ha ofrecido un caramelito, su propio programa de trece episodios sobre estar casado, y le ha pedido que sea con Lizzie. Tony está convencido de que a la IBA le va a encantar la idea, sobre todo con lo mucho que está cundiendo el pánico con el sida.

Rupert silbó.

—Qué idea más acertada.

—Así que James y su espantapájaros rechoncho tienen que mostrarse unidos como dos tortolitos hasta que se consiga la franquicia, y James está dispuesto a hacerlo.

—La ambición debería ser de pasta más recia —comentó Rupert, distraído—. ¿Y cómo se lo ha tomado Lizzie?

—Ah, creo que está entusiasmada con ello —contestó Sarah con saña—. Debe de ser la primera vez que alguien se acuesta con ella en siglos.

«Mmm», pensó Rupert.

—Bueno, solo tendréis que ser más discretos hasta el 15 de diciembre —dijo.

—Eso es lo que le he dicho yo, pero James se niega incluso a tomar una copa conmigo. Si hablo con él en el pasillo de Corinium, se escabulle como alma que lleva el diablo. Ni siquiera cotillea conmigo durante el descanso de *Resumen de Cotswold*. Sé que es un egoísta y un ambicioso, pero lo quiero. No puedo vivir sin él. —Elevó el tono de voz hasta convertirlo en un chillido.

Tirada en el sofá, con una minifalda ámbar enrollada hacia arriba y un jersey amarillo azafrán, con el pelo leonado despeinado y el rostro bañado en lágrimas, Sarah podría haber sido el epítome del deseo. No obstante, al comparar su carita severa, petulante y exigente con la de Taggie, tan dulce, mucho más amable y delicada, Rupert se preguntó cómo coño lo había atraído alguna vez.

—No puedo vivir sin él —repitió Sarah con una voz estridente—. Nunca lo superaré.

—Odio recordarte esto —respondió Rupert—, pero dijiste exactamente lo mismo sobre mí en Navidad y me superaste con creces, y no me cabe duda de que cuando Paul creyó que debía cumplir con su deber y quedarse con Winifred, le dijiste lo mismo a él.

—No puedes comparar las dos situaciones —replicó Sarah, furiosa —. Acabo de pasar un fin de semana entero con Paul —añadió a la vez que se estremecía.

—Paul te ha dejado de gustar, ¿verdad? —le preguntó Rupert, volviendo a llenarle el vaso.

—No soporto vivir con él ni un segundo más. No deja de meterme mano —gimió Sarah—. Y es muy viejo. A ver, tiene diecinueve años más que yo. Cuando comencé a trabajar para él, estaba bien. Yo tenía veinte años y él, treinta y nueve, y parecía muy enérgico,

vigoroso y experimentado. Pero ahora tengo veintinueve y él, cuarenta y ocho, se está echando a perder, tiene un aspecto gris y desaliñado cuando se levanta por la mañana, lleva parches para callos y caspa en los abrigos, y siempre se aclara la garganta, se hurga la nariz detrás del *Financial Times* y me mira por encima de sus gafas. —Sarah volvió a elevar la voz hasta chillar, como si estuviera enumerando sus crímenes—. No lo soporto.

Como en un acto mecánico, Rupert le dio palmaditas en el hombro tembloroso mientras se daba cuenta de manera desoladora de que la diferencia de edad entre Taggie y él era exactamente la misma, o lo sería cuando él cumpliera treinta y ocho el mes siguiente. Sarah dejó de llorar poco a poco.

—Lo único que echa atrás a un hombre son las escenitas —dijo Rupert—. Solo tienes que sonreír y no mostrar tus sentimientos hasta el 15 de diciembre. Todo el mundo va a estar muy tenso los próximos dos meses. La verdad es que no creo que la reconciliación de James y Lizzie dure mucho tiempo, y así al menos si te centras en tu carrera en Corinium, te mantendrás tú sola. No podrás permitirte dos caballos de caza, un Lotus y vestidos de Jasper Conran si Tony te echa, que lo hará si no dejas a los Vere-keridos en paz.

Sarah se irguió y se frotó la máscara de pestañas que tenía bajo los ojos.

—Supuse que sería mejor seducir a Tony, pero ese también tiene ya un pie en la tumba. Cameron y tú tenéis mucha suerte, sois casi de la misma edad.

Entonces, entrecerró los ojos.

—Y, ya que hemos sacado el tema, ¿qué hacías llegando a casa con esa estúpida galopante hace un segundo?

La mente de Rupert comenzó a ir a mil. Tenía que acabar con ese rumor de raíz. Si Sarah le contaba a Tony que había salido con Taggie, Tony se aseguraría de que Cameron se enterara directamente de una forma bastante exagerada.

—He tenido a los niños este fin de semana —contestó con cautela —. Y como Cameron está fuera, Taggie ha venido a ayudarme a entretenerlos. Tiene una edad más cercana a ellos.

—Ah, qué alivio —soltó Sarah—. Por un momento, he creído que ibas también detrás de ella. A ver, simplemente no está a la altura. Es muy buena y todo eso, pero no es muy brillante que digamos. James piensa que está un poco loca. Lo último que necesita es un viejo zorro lascivo como tú. La llevarías por el mal camino. De todas formas, eres demasiado mayor. Os pasaría lo mismo que a Paul y a mí dentro de unos años.

Fue como si un dentista le hubiese golpeado un nervio al descubierto con un torno a toda velocidad. Rupert nunca hubiera imaginado que unos comentarios pudieran hacerle tanto daño. Por suerte, lo salvó el teléfono, pero entonces el dentista pareció golpear otro nervio.

—Joder, cómo te echo de menos —soltó Cameron con un tono ronco y seductor—. Siento no haberte llamado, pero hemos estado hasta arriba. Perry O'Donovan es un cabrón y no aguanta a Esther McDermott. Ella también es una cabrona, y ambos han discutido tanto con Declan que él se ha largado del set dos veces.

—Así que todo va según lo previsto —contestó Rupert.

Mientras Cameron charlaba sobre sus frustraciones en el rodaje, lo único que oía Rupert era el ruido de las puertas de la cárcel cerrándose tras él.

—De modo que hemos conseguido terminar un día antes —concluyó Cameron al fin.

—Madre mía, qué tostón —respondió Rupert, que no había estado escuchándola.

—Cielo, la cobertura aquí es una mierda, te he dicho que volveré a casa un día antes. Declan y yo cogemos el avión mañana.

—Genial —contestó él mientras sentía náuseas—. Iré a recogerte.

—No, tengo el coche en el aeropuerto. Te veré a última hora de la tarde y, cariño —bajó el tono hasta decir con voz ronca—, llevo sin follar tres semanas. Tenemos que ponernos al día, así que cancela todas las reuniones que tengas el resto del día. Te quiero.

—Yo también —respondió Rupert de forma automática.

—Maravilloso —dijo Sarah mientras Rupert colgaba el teléfono e iba a echarse un copazo de whisky—. Un pedazo de cabrón como tú necesita a una pedazo de zorra como ella que te mantenga a raya.

Después de que se marchara, Rupert no pudo irse a la cama. Sacó a los perros al jardín. Mientras merodeaban olisqueando, ladrando a los tejones y levantando las patas en los rosales de manera masoquista, él miró al otro lado del valle. La luna se había puesto; las nubes negras cubrían el cielo; un viento fresco arrastraba las hojas de haya por el pasto; Priory estaba a oscuras, excepto por una luz en la habitación de Taggie. Rupert casi se echó a llorar. Deseaba llamarla en ese instante por teléfono para explicarle por qué no podría llamarla al día siguiente, ni al otro, pero no se atrevió, por si se ablandaba.

Sarah tenía razón. Era demasiado viejo y demasiado depravado y estaba demasiado deteriorado. Solo podría traerle infelicidad.

Además, Cameron iba a volver ya y él no podía poner en peligro la franquicia al arriesgarse a que ella volviera corriendo con Tony. Era su culpa, se había metido de lleno en aquello con la bragueta abierta. No solo pudo oír cómo se cerraba la puerta de la prisión, sino también cómo giraba una llave enorme sin parar en la cerradura.

«Uno es uno y está solo, y siempre lo seguirá estando», pensó desesperado.

43

En Priory, por una afortunada casualidad, una Maud soñadora y un poco avergonzada llegó a casa a las doce menos cinco, justo a tiempo para recibir una llamada de Declan en la que le decía que regresaría al día siguiente. Cameron se encargaría de llevarlo y, a menos que hubiera niebla o alguna huelga en el aeropuerto, para el anochecer estaría con ella.

Taggie se pasó el día siguiente entero esperando a que Rupert llamara y, por un malvado giro del destino, no había parado de sonar el teléfono mientras recogía la casa, limpiaba el polvo en el despacho de su padre manipulando con cuidado sus preciados papeles y le cambiaba las sábanas a la cama de sus padres. Pero no eran más que Archie, que había vuelto a llamar para despedirse otra vez de Caitlin, los miembros del reparto que buscaban a Maud o todos y cada uno de los miembros de Venturer para preguntar si Declan había regresado ya. En cada ocasión, se había lanzado sobre el teléfono y, en cada ocasión, al igual que un perro callejero abandonado en la carretera esperando que cada coche que pasaba fuera su amo que volvía a por él, al ver que no se trataba de Rupert, se escabullía atormentada. Y conforme se acababa el día, también lo

hacían sus esperanzas. En cuanto Cameron estuviera en casa, ya sí que no la llamaría.

El tiempo también había cambiado, y, mientras los nubarrones se extendían por aquella tarde de octubre, la hiedra enredada se agitaba contra las ventanas abatibles y el viento cortante y penetrante barría las hojas del camino verde lima y las arrastraba en montones marchitos por los senderos de grava secos. Por muchos jerséis que se pusiera y por muchas carreras que diera por la casa, Taggie seguía helada mientras, arriba, Maud se untaba aceite y se perfumaba para el regreso de Declan, seguro que dejando el baño y el dormitorio empantanados, y eso que Taggie los acababa de limpiar.

En la cocina, tras haber puesto un poco de *chutney* de tomate verde al fuego para que se hiciera, Taggie estaba intentando dar con un sitio en las diminutas bragas de Caitlin para coserle una cinta con su nombre. Caitlin, que había esparcido migas de pan por toda la alacena, desperdigado los periódicos y las revistas por toda la mesa y dejado el cartón del zumo de naranja fuera y la sartén que había usado para hacerse unos huevos revueltos sin lavar en el fregadero, estaba ahora pelando una naranja mientras recitaba:

¡Dadme a beber mandrágora!
Para llenar de sueño este tiempo tan vacío
que me separa de Archie.

—Un día, me coserás el nombre de Caitlin Baddingham y una corona pequeña en las bragas. ¿No crees que seré una buena lady

Baddingham? —preguntó, e hizo una reverencia profunda—. Me voy a escapar del internado el finde que viene para poder verlo.

—Yo que tú no lo haría —le dijo Taggie mientras cortaba un hilo con los dientes—. Solo conseguirás que te expulsen, y encima eso constará en tu expediente. ¡Oh, venga ya! —espetó cuando Caitlin arrojó la piel de la naranja sobre la mesa—. ¿Es que no puedes tirar nada a la basura?

—No te quejes —le contestó Caitlin—. Cuando sea mayor, viviré en una casa muy desordenada.

—¿Y si conoces a un hombre fabuloso en una fiesta y quieres invitarlo después a tomar un café?

—Pues me voy a su casa —respondió Caitlin—. ¿Cómo voy a vivir sin Archie hasta el próximo fin de semana?

«¿Cómo voy a vivir yo sin Rupert para siempre?», pensó Taggie mientras se ponía de pie para remover el *chutney* de tomate. Pegó un bote cuando Gertrude y Claudius entraron corriendo y saltaron al asiento junto a la ventana, erizándose muchísimo. Justo detrás apareció Maud con una enorme toalla rosa mullida.

—¿Se puede saber qué estás cocinando? —inquirió con tono disgustado.

—*Chutney* de tomate —respondió Taggie con los dientes apretados.

—Pues vaya olor más desagradable para recibir a tu pobre padre, y hay vacas en el jardín dejando boñigas por todo el césped y los caminos, que es aún peor. Seguro que son de Rupert. Llámalo y dile que se las lleve.

—Llámalo tú —chilló Taggie—. Yo no puedo estar en todo.

—Vaya humos —comentó Maud mientras intercambiaba miradas de sorpresa con Caitlin—. Pues está claro que yo no tengo tiempo de llamar. Alguna tendrá que estar preparada para darle la bienvenida.

—Sí, quitándose las huellas dactilares de otros tíos —dijo Caitlin con desprecio cuando Maud se escabulló escaleras arriba.

Le puso una mano a Taggie en el hombro.

—¿Estás bien?

—La verdad es que no.

—¿Es por Rupert? ¿No habíais pasado un día estupendo?

Taggie asintió con la cabeza.

—Pero Sarah Stratton lo estaba esperando cuando volvimos, así que yo me vine a casa. Me dijo que me llamaría, pero… —Se le fue apagando la voz y se quedó mirando la gran masa marrón de cebollas, azúcar moreno y tomates. Su madre tenía razón. Era un olor de lo más desagradable.

—Yo lo llamaré para decirle lo de las vacas —propuso Caitlin—. Eso hará que se acuerde.

Pero cuando lo hizo, Rupert estaba ocupado por la otra línea y la secretaria le dijo que enviaría enseguida al encargado de la granja para que se llevara las vacas.

—Tiene pinta de que Rupert está hasta arriba —dijo Caitlin para reconfortarla. Luego, cuando el teléfono sonó, dijo—: Mira, seguro que es él el que llama ahora.

—Contesta tú —respondió Taggie con la respiración entrecortada —. Por favor, que sea Rupert —no paraba de susurrar una y otra vez contra la olla de *chutney*.

—¿Dígame? Pastelería de Upland House. ¿Qué bollito le gustaría rellenar? —preguntó Caitlin—. Ay, Archie, cielo, yo también estaba

que me moría.

Unos ladridos frenéticos la interrumpieron. Gertrude y Claudius salieron disparados del asiento junto a la ventana, tirando de camino los cojines, y se precipitaron hacia el vestíbulo cuando la grava crujió bajo el peso de un coche.

—Mi padre acaba de llegar. Si se entera de que estaba hablando contigo, me linchará —dijo Caitlin con prisas—. Esta noche te escribo. Te quiero con locura. Chao.

Luchando por controlar las lágrimas, Taggie salió a recibir a Declan. Tenía un aspecto sensacional, estaba morenísimo por haber estado grabando en exteriores y mucho menos cansado. Él estaba a punto de darle un abrazo cuando la empujó a un lado Maud, que parecía un tornado envuelta de Arpège y deseo y que llevaba el nuevo jersey gris de cachemira de Taggie. Arrojándose a los brazos de Declan, enterró la cara en su pecho para que no pudiera ver la mirada de culpabilidad que había en sus ojos.

—Cariño, qué moreno y qué guapo estás —murmuró—. Te he echado de menos cada minuto.

Caitlin, que estaba apoyada en la puerta, silbó y citó después de forma socarrona:

Cuando mi amada me jura ser fiel,
yo la creo, pero sé que me miente.

Declan estaba tan encantado de ver a Maud de tan buen ánimo que ni se dio cuenta de lo que Caitlin acababa de decir.

—Cameron está fuera —dijo—. Salid y saludadla mientras descargo el coche.

A Taggie le dio un vuelco el corazón cuando Cameron atravesó la puerta. Al igual que Declan, ella también tenía un aspecto estupendo. Se le había suavizado la cara y su pelo tenía un aire menos severo. Llevaba una camisa de seda de color crema metida por dentro de unos pantalones de montar de ante marrones con unas botas marrones ajustadas y relucientes. O el rodaje había sido un éxito rotundo o estaba claro que se moría de ganas por volver a ver a Rupert.

Ignoró a Taggie y a Caitlin y fue directamente a darle un abrazo a Maud.

—Irlanda ha estado genial, pero te hemos echado mucho de menos, en serio. Si hubieras interpretado a Maud Gonne, habríamos conseguido un Emmy. Esther McDermott ha sido un horror, pero Declan ha sido de lo más inspirador. Su sarcasmo puede hacer daño, pero también hace que te crezcas.

—Ah, ¿sí? —dijo Maud sin mucho entusiasmo.

Taggie, incapaz de aguantarlo más, fue hacia el coche, donde no tuvo ninguna dificultad en distinguir la maltrecha maleta de cuero con cordones de su padre de la Louis Vuitton de Cameron. Cuando dio el segundo viaje, cogió un par de bolsas.

—No —dijo Cameron con voz cortante mientras aparecía en la puerta—. Eso son regalos para Rupert y los niños. Tengo que enseñarte lo que le he comprado a Tabitha, Maud.

Sacó un pequeño poni de cuero con una niña jinete y bridas y monturas de quita y pon.

—¿A que es mono?

—Muchísimo —contestó Maud sin pizca de interés.

Cameron había comprado también un precioso libro ilustrado de leyendas irlandesas para Marcus y un par de gemelos de oro para Rupert, que insistió en enseñarle a Taggie.

—Luego le pondré su escudo —dijo. Taggie la miró y no le respondió.

—Muy bonitos, sí, señora —comentó Caitlin con aspereza. A continuación, se fijó en los pantalones de montar de Cameron—: ¿Vas a montar?

—Ya lo creo que sí —respondió Cameron con una repentina sonrisa traviesa—. Después de tres semanas fuera, necesito hacerlo, y no solo un caballo. Me voy, Declan —gritó hacia la casa—. Te llamo en cuanto sepa cuándo podemos ver los brutos.

—Puta —chilló Caitlin al Lotus que se iba. Taggie sacudió la cabeza. Cameron era quien estaba con Rupert.

Agarrando una botella de whisky del *duty free*, Declan y Maud se fueron a la cama. Taggie también se marchó a su habitación y, con las manos temblorosas, intentó mantener firmes los prismáticos de Caitlin mientras miraba hacia el otro lado del valle, hacia Penscombe Court. Se habían caído muchas hojas y ahora podía ver las luces abajo en la cocina y en el salón. Entonces, como una luciérnaga que iluminaba la avenida de castaños sin hojas, vio llegar a toda velocidad el Lotus de Cameron por el camino de Rupert. En un abrir y cerrar de ojos, se encendió una luz en otra habitación, que Taggie sabía que pertenecía a Rupert por la visita guiada que le había hecho Tabitha el día anterior por la casa. Nadie se molestó en echar las cortinas.

Taggie se tiró en la cama. ¿Qué era lo que siempre citaba su padre? «El corazón traspasado por las lanzas apiñadas». Ahora lo

entendía. Dos minutos después, se oyó un golpe en la puerta.

—Vete —gimió.

Caitlin entró con los perros, que se subieron a la cama y se pusieron a lamerle las lágrimas a Taggie con frenesí.

—Superaste lo de Ralphie, también superarás lo de Rupert —dijo Caitlin—. También te digo, a lo mejor no es el caso. Debe tener a la fiera domada hasta que pase lo de la franquicia.

—A la mierda la franquicia —sollozó Taggie—. ¿Qué harías si te encontraras a Archie con otra mujer en la cama?

—Encendería un cigarrillo, me tomaría una copa y me atiborraría de comida —contestó Caitlin—. Mira, siento mucho entrometerme en tu pena, pero el *chutney* de tomate huele aún peor quemado y esas bestias carnales no van a salir del dormitorio hasta mañana. Me temo que vas a tener que dejar de llorar y llevarme a Upland House.

—«Hay un indigente justo detrás de mí y me está pisando los talones» —gimió Declan a la mañana siguiente cuando, tambaleándose por la resaca y el exceso de sexo, repasó la pila de últimos recordatorios y solicitudes interminables de organizaciones benéficas para que les concediera su tiempo, su dinero o «alguna de sus cosas muy personales».

—¿Por qué no les mandas a todas un mechón de tu pelo? —le sugirió Ursula.

—Porque me quedaría calvo en una semana.

—Solo es porque tu nombre es conocido y la gente se cree de forma errónea que tienes éxito —dijo Ursula en tono conciliador.

—A este paso, mi nombre acabará pasando a mejor vida. —Declan hizo una mueca de dolor cuando se agachó para recoger una carta

sin abrir que se había caído debajo de la mesa entre los restos de bolígrafos y lápices que había masticado Claudius—. Esto parece más interesante.

La carta era de la IBA y le comunicaba a Venturer que su entrevista tendría lugar el 29 de noviembre a las diez en punto en la sede de la IBA en el número 80 de Brompton Road.

De inmediato, Declan se puso manos a la obra y convocó una reunión de Venturer para la semana siguiente. La sala que había encima del club nocturno de Cheltenham era muy arriesgada, así que reservó una *suite* en el recóndito hotel Bloomsbury. Por cuestiones de seguridad, había un cartel grande en el vestíbulo con letras de plástico donde se anunciaba que la conferencia de ventas de la empresa Drenajes O'Hara, Black & Jones tendría lugar en la *suite* Virginia Woolf de la cuarta planta. Venturer al completo se presentó, a excepción de la dama Enid, que tenía un concierto en Nueva York; Janey Lloyd-Foxe, que tenía a la bebé con gastroenteritis, y Bas, que, al parecer, había tenido que lidiar con una crisis en el Bar Sinister.

Cameron se esmeró especialmente con su aspecto y llevaba un traje nuevo de seda roja muy entallado con hombreras, un escote muy pronunciado y una falda muy corta. Esto se debía a que iba a conocer por primera vez al mejor amigo de Rupert, Billy Lloyd-Foxe, que se había pasado tres meses fuera rodando una película sobre rugby para la BBC, y Cameron quería caerle bien. Resultó que no tenía por qué preocuparse, pues Billy se acercó directamente a ella con su famosa sonrisa que podría describirse como «capaz de llegar a millones de hogares sin necesidad de utilizar un satélite».

—Hola, madre mía, tenía muchas ganas de conocerte —dijo él mientras le daba un beso—. Me encanta *Cuatro hombres al grano*. Janey me graba todos los capítulos para que los vea. Rupe y yo éramos justo así antes de que nos casáramos. Acababa de empezar en Australia cuando me fui, y estaba teniendo muy buena acogida.

Cameron decidió que era muy atractivo. Ahora tenía el pelo castaño claro lleno de canas y pesaba más que cuando era jinete, pero su rostro era tan joven y sus ojos caídos eran tan alegres que no te fijabas en la nariz rota ni en la papada. También tenía dulzura y un aire a que no se tomaba la vida en serio, pero que, a la vez, le sobrepasaba que le había granjeado el cariño de los telespectadores de la BBC y del mundo del deporte. Cameron pensó que Janey debía de estar loca por ponerle los cuernos y se preguntó si por ese mismo motivo no había asistido Bas a la reunión.

Rupert y él parecían conocerse tan bien que no tardaron en caer en la familiaridad, como un par de zapatillas viejas, y se pusieron a hablar de caballos mientras se acababan el uno al otro las frases y aullaban de risa ante los chistes del otro. Cameron pensó que le gustaba ver a Rupert otra vez feliz. Él había tenido la mecha muy corta desde que ella había regresado. La chica sospechaba, aunque él lo negaba, que odiaba estar en la oposición, un ministro en la sombra de lo que había sido.

—Cuando vuelvas a Penscombe, vamos a hacer un establo de carreras, joder —le estaba diciendo Rupert en voz baja.

—Creía que íbamos a dirigir un estudio de televisión —replicó Billy.

—Y lo haremos, pero con los ingresos que vamos a obtener, tendremos acceso a ciento veinticinco millones al año. Piensa en todo lo que podemos hacer con eso.

—Madre de Dios —contestó Billy asombrado—. Tal vez Christy pueda ir a Harrow después de todo. Necesito una copa.

Justo en ese instante, Declan le dio unos golpecitos a la enorme mesa de madera de caoba que había en el centro de la habitación y le pidió a todo el mundo que tomara asiento en la fila de sillas que había enfrente.

—¿Dónde está el minibar? —preguntó Rupert.

—Nadie va a beber nada hasta que hayamos acabado —contestó Declan con firmeza.

A Wesley se le desencajó la mandíbula y, por su parte, Billy se puso pálido.

—¿Esto qué es? ¿Un campo de concentración?

—Concentración —Declan esbozó una ligera sonrisa— es lo que queremos esta noche. Si estáis todos bebiendo y levantándoos para traeros bebidas, no vais a escuchar lo que os tengo que decir. Hay Perrier si alguien quiere.

—Esto parece la ley seca —dijo Billy de mal humor—. Siéntate conmigo —añadió en dirección a Cameron al tiempo que le daba palmaditas a una silla—. Así, por lo menos, me puedo animar mientras te miro las piernas.

Billy llegó a la conclusión de que Cameron parecía una mezcla entre Joan Collins y el pato Donald, tremendamente glamurosa y con cierto poder.

—Me muero de hambre. ¿Podemos llamar para pedir unos sándwiches aunque sea? —preguntó el profesor Graystock presionándose a propósito contra los pechos de Cameron y disfrutando de una buena vista al inclinarse para cogerle a Billy un cigarrillo.

—Después —respondió Declan.

Billy, Harold White, Seb Burrows, Georgie Baines y Sally Maples, la editora de contenido infantil que Declan había reclutado de Yorkshire Television, dieron un respingo cuando entró un desconocido con gafas, pelo al rape y expresión decidida.

—Muy bien —dijo Declan en tono tranquilizador—. Este es Hardy Bissett. Antes trabajaba para la IBA, así que sabe a la perfección qué tipo de preguntas nos van a hacer en la entrevista. Nos va a instruir durante las próximas semanas.

—¿Quién es esa vieja bruja tan rimbombante del retrato que hay sobre la repisa de la chimenea? —le preguntó Billy en un susurro a Cameron.

—Virginia Woolf —murmuró ella.

—¡Haría cualquier cosa por que no se acercara a mí! —exclamó Billy—. ¿A qué se dedicaba? ¿A la danza del vientre?

—Era una escritora muy buena —contestó el profesor Graystock con desaprobación.

Declan le apañó a Hardy una silla junto a él al otro lado de la mesa. Luego, prosiguió:

—Como todos sabéis, la reunión con la IBA es el 29 de noviembre. Lo bueno es que la de Corinium es justo la tarde de antes, así que no habrá ningún problema para los que tenéis que acudir a las dos.

Todos se sobresaltaron otra vez cuando un hombre gordo entró en la habitación con una media en la cabeza y una pistola de juguete de plástico azul y soltó:

—Arriba las manos, esto es un atraco.

Acto seguido, se quitó la media con una sonrisa de oreja a oreja y dijo:

—¡Bu! No soy más que Charles Fairburn.

—Oh, venga ya, Charles —estalló Declan—. Que esto es serio. Estaba explicando que nuestra reunión y la de Corinium son en días distintos, así que no te vas a encontrar con Tony ni Ginger Johnson saliendo de la IBA cuando entres. Eso sí, hacedme el favor de pensar con antelación buenas excusas para estar fuera de la oficina el día 29. Queremos contar con el mayor número posible de vosotros allí.

—¿Estás seguro de que nadie va a vernos? —preguntó Sally Maples nerviosa—. Nos han vuelto a amenazar con despedirnos a todos esta semana.

—A nosotros también —añadió Billy.

Declan sacudió la cabeza.

—Lo único que tenéis que hacer es entrar en el aparcamiento subterráneo de la parte de atrás de la IBA, no hace falta que os acerquéis a la entrada, y os llevarán a la octava planta. A estas alturas —continuó—, la IBA ya habrá interiorizado nuestras solicitudes y las respuestas a las preguntas complementarias, además de tomar nota de nuestro desempeño en la reunión pública. Está claro que ya tendrán una idea de a quién le van a conceder la franquicia, pero no os engañéis. La entrevista del día 29 es fundamental. Es casi tan importante como un examen oral para un estudiante universitario.

—A mí que me registren —murmuró Billy.

—Ahora os voy a dejar con Hardy —explicó Declan mientras se sentaba—. Él es el que se encargará del simulacro.

A pesar de su pelo rapado hirsuto, Hardy Bissett tenía un aire autoritario que los ponía a todos nerviosos. Se levantó y se puso a

darle golpecitos a la mesa con un bolígrafo.

—Esta mesa es justo como la que vais a tener durante la entrevista, aunque la de la IBA es ovalada. Enfrente de vosotros tendréis a doce miembros de la IBA, con lady Gosling en el centro. Ninguno de ellos sabe demasiado de televisión. Son figuras públicas, académicos y personas de negocios respetables. Una de ellas, la señora Scott-Menzies, por ejemplo, es la expresidenta del Instituto de la Mujer. Otra dirigía antes la Oficina de Correos. Otra es un antiguo ministro de Educación de los laboristas. Y otra, a quien creo que ya conoces, Declan, es el reverendo Fergus Penney, un viejo verde asqueroso que una vez fue exprebendado de la Iglesia de Inglaterra. Es esencial que memoricéis los nombres. Todas las personas que han sido importantes en su propio campo en algún momento tienden a ser vanidosas, y les gusta que las reconozcan. Durante la reunión, a sus espaldas se sentará media docena de empleados que trabajan para la IBA y que sí saben de televisión. No hablarán durante la entrevista, pero sí informarán antes y aconsejarán después, y no os quitarán los ojos de encima.

Billy se secó la frente.

—Eso suena muy alarmante —suspiró.

«Joder, qué tío más asqueroso», pensó Rupert cuando el profesor Graystock le cogió otro cigarrillo a Billy.

Como si le hubiera leído la mente a Rupert, Hardy Bissett dijo:

—Una de las cosas más cruciales es que durante la entrevista parezca que os caéis bien, que os admiráis los unos a los otros y que demostréis que no sois un grupito de estrellas que buscan dinero rápido, sino que sois capaces de formar un equipo amistoso y viable. Como todos estaréis sentados en línea recta y no podréis miraros a

los ojos entre vosotros, también es fundamental que decidáis de antemano quién se encargará de qué preguntas. Quizá Freddie pueda responder las relacionadas con las cuestiones técnicas; el obispo, con las religiosas; la dama Enid, con la música; Charles, con las artes, y así. Además, es vital que todos respondáis. Hace unos años, un consorcio buenísimo perdió la franquicia de televisión matinal porque su presidente, director de un periódico, contestó a todas las preguntas de forma bastante brillante e hizo que la IBA pensara que solo una persona cortaría el bacalao y los demás la seguirían. Muy bien. —Dio unas palmaditas—. Basta de palabrería. Voy a empezar haciéndoos unas preguntas individuales y, más adelante, pasaremos a la fase de la instrucción, en la que lanzaré una pregunta al aire y la persona adecuada deberá responderla. Recordad que la entrevista durará como mínimo una hora.

—Yo no lo hago a menos que me tome una copa —refunfuñó Billy.

—Silencio —espetó Hardy Bissett y, acto seguido, se volvió hacia Henry Hampshire—. Me interesa saber por qué siendo lord teniente ha decidido unirse al consorcio de Venturer.

Durante un instante, Henry no pudo evitar ponerse a boquear como un pez.

—Porque Rupert me dijo que ganaría un buen pico —contestó— y que me presentaría a Joanna Lumley.

Todos, excepto el obispo, Declan y Hardy Bissett, soltaron una carcajada tremenda.

—Y Rupert no lo ha hecho todavía, ¿sabes? —añadió Henry, encantado con la reacción.

—Se supone que esto es un simulacro —respondió Hardy con tono glacial y se giró hacia Wesley—. ¿Cómo piensa conservar las

tradiciones culturales de las minorías étnicas de su zona, señor Emerson?

Wesley se puso lívido.

—Y yo qué sé, tío. Declan también me prometió un buen pico, pero a mí no me dijo nada de presentarme a Joanna Lumley.

Billy se secó los ojos.

—Esto es buenísimo —le susurró a Cameron.

Como si fuera un terrier, Hardy Bissett pilló a Billy desprevenido.

—Como jefe de Deportes de Venturer —le preguntó bruscamente —, ¿cómo pretende mejorar la cobertura deportiva de Corinium?

—Eh…, pues… —respondió Billy—. Hacer programas es un poco como el sexo. Lo hago todo el rato, pero me temo que no puedo hablar de ello. Los programas son como seres vivos, sobre todo el deporte —añadió arrepentido—. Parece que se materializan sobre la marcha.

—Qué lúcido —contestó Hardy con tanto sarcasmo que Billy se puso colorado. A continuación, se volvió hacia el profesor Graystock —. Me pregunto, profesor, si puede darnos una respuesta más seria a la cuestión que le he planteado a Wesley.

El profesor se aclaró la garganta.

—En Venturer, les daremos a las minorías étnicas la oportunidad de desarrollar sus propios programas como estimen oportuno — respondió con su tono machacón y empalagoso—. De esta manera, se mantendrán vivas las culturas y las tradiciones que, de otra forma, se desatenderían si las minorías se integraran del todo en la población.

—Excelente, profesor —comentó Hardy—. Esto es lo que buscaba, aunque podrías haber especificado también algunos de los

programas y haber hecho al mismo tiempo referencia al pésimo historial que tiene Corinium. —Se giró hacia Freddie—. ¿Tienen una política definida en materia de relaciones laborales?

Freddie miró con ciertas reservas a Rupert.

—Mi director general, Declan, mi director financiero, Rupert, y yo creemos firmemente en la democracia industrial.

—Ah, ¿sí? —comentó Rupert asombrado.

—Cállate —siseó Cameron—. Dejad de cachondearos Billy y tú.

De mal humor, Rupert sacó el *Evening Standard* y se puso a leer de sopetón su horóscopo, escorpio, que hablaba de oportunidades profesionales y de mantener la calma ante las provocaciones. Después, como últimamente también tendía a leer de forma automática el horóscopo de Taggie, buscó con los ojos el de cáncer, que estaba tres lugares más arriba.

«Como la semana que viene hay luna nueva, es probable que te estés preguntando cuál será el próximo batacazo y sientas que todo el mundo está en tu contra», había escrito Patric Walker.

«Ay, pobrecita», pensó Rupert, de repente abrumado por una sensación de nostalgia y de protección. El otro día había estado de lo más adorable. Jamás se habría imaginado que la echaría tanto de menos.

—Rupert —espetó Cameron—, Hardy quiere saber si tenemos una política de empleo.

—Claro —respondió Rupert tomándose su tiempo—. Nuestra política es contratar a gente muy buena. Les pagaremos muy bien por trabajar y si no lo hacen, los mandaremos a la mierda.

El obispo y el profesor Graystock intercambiaron miradas de pesar. Declan se puso a tamborilear con sus uñas mordidas sobre la mesa.

—Has simplificado demasiado —contestó Hardy Bissett con mordacidad—. Espero que alguien tenga algo más esclarecedor que añadir al respecto.

Al cabo de media hora, Hardy hizo una pausa.

—Esto ha sido de lo más desastroso —comentó sin andarse con rodeos—. Declan, estás respondiendo demasiadas preguntas, tampoco es que te culpe con esta panda de idiotas, pero te estás enrollando demasiado. Igual que tú, obispo. —El obispo se puso colorado—. Los dos os extendéis demasiado y el resto os quedáis demasiado cortos. Debéis responder a las preguntas con una frase y, acto seguido, aprovechar el tema para profundizar en otro aspecto que queráis destacar. El objetivo es transmitir el mensaje de Venturer y soltar vuestro discurso sin importar lo que os pregunten.

—Dios —le dijo Billy a Rupert mientras el profesor le robaba otro cigarrillo—, es como una de esas horribles pesadillas en las que vuelves al colegio. ¿Quién es ese idiota de mi derecha que habla como un manual técnico de British Telecom?

—El profesor Graystock —contestó Rupert—. Lo ha traído Declan. Es un cretino.

—Vamos a tener otra sesión de media hora —anunció Hardy Bissett—. Y luego nos tomaremos algo. —Se volvió hacia Freddie—. Señor Jones, ¿cómo surgió la idea de crear Venturer?

Freddie se rascó los rizos.

—Pues fue un poco más o menos así. Rupert y yo tuvimos un rifirrafe con Tony Baddingham por una serie de cosas. Declan lo estaba pasando mal. Tony es un hijo de puta, que no te quepa duda,

tiene un consejo formado por contables profesionales y utiliza los beneficios para cualquier cosa, excepto para hacer programas. No se arriesga, por eso su índice de audiencia está cayendo. La cosa es que Declan tuvo una bronca con él y se marchó. Rupe y yo creemos que Declan es la leche, que es un tío que vale mucho; podría ser perfectamente el lord Reed de la ITV, así que decidimos lanzarnos a por la franquicia. Todos vivimos en la zona —continuó—. Rupe lleva viviendo aquí toda su vida. Declan, Cameron y yo somos unos recién llegados en comparación, como unos católicos conversos, pero la amamos con locura y creemos que, tal y como Corinium la representa, no le llega ni a la suela de los zapatos.

—Bien dicho —comentó Rupert, aunque el profesor y el obispo volvieron a intercambiar una mirada de pesar.

Después de aquello, Harold White y Cameron dieron la talla en cuanto a los programas que tenían planeados, Georgie se salió hablando de publicidad y Seb atacó con mucho acierto la redacción y *Resumen de Cotswold*, pero, al final, Hardy Bissett fue igual de mordaz.

—Miraos —dijo con sorna—, estáis ahí sentados encogidos en vuestros asientos para haceros invisibles y que no os vea un examinador que podría haceros una pregunta incómoda. Debéis sentaros rectos y aparentar ganas y positividad, tenéis que estar rebosantes de entusiasmo.

—Pues dame una copa —susurró Billy.

—Aun así, ha salido mejor que la última vez —prosiguió Hardy—. Tenéis poco más de un mes para poneros las pilas, y si seguimos haciendo esto noche tras noche —Billy y Rupert se miraron con caras de horror, mientras que Freddie echó un vistazo a su reloj—,

seguro que mejoráis. Está claro que los topos no van a poder venir todas las noches, pero me alegra decir que la mayoría, aunque no todos —Hardy miró fijamente a Billy—, se han desenvuelto bastante bien y es evidente que necesitan menos entrenamiento que el resto de vosotros. Te felicito, Declan, por tus habilidades como cazador furtivo. Pero no os dejéis pillar ninguno de vosotros de aquí a diciembre.

Una vez que todos se habían servido unas copas, Declan les dio un breve informe de cómo iban las cosas.

—No debéis desanimaros por lo mal que lo hemos hecho hoy. Por lo demás, todo va bien. La noticia más impactante es que Mid-West se ha retirado. Está claro que no han podido reunir el dinero, así que es probable que su maestro de Geografía nunca llegue a Londres ahora. —Sonrió—. Eso quiere decir que la carrera estará entre dos caballos: Corinium y nosotros.

Todos se pusieron muy contentos con esa información, menos Rupert, que pensó con amargura que dos, dos eran los rivales, como la canción. ¿Por qué todo le recordaba a Taggie?

—También me ha llegado de forma extraoficial que la IBA ha recibido como mínimo tres mil cartas de organizaciones locales que quieren apoyar a Venturer —continuó Declan—. También se suponía que Tony iba a salir en un programa en Radio Cotchester esta semana conmigo y con el tío de la IBA del oeste de Inglaterra, pero se ha echado para atrás porque dice que un programa en el que ponen discos de música pop no es el medio adecuado para tener un debate serio. Que se ha cagado, vaya. La historia se ha filtrado a los

periódicos de mañana. Por fin, Ladbrokes ha apostado cinco a cuatro por nosotros hoy, así que vamos tirando.

—Yo también —dijo Freddie, dirigiéndose hacia la puerta.

Rupert fue detrás de él.

—¿A dónde vas?

—He quedado con alguien —dijo Freddie de manera esquiva.

—¿Con la señora Vereker? —preguntó Rupert—. Por Dios, ten mucho cuidado. Sarah Stratton se presentó en mi casa el otro día hecha una histérica porque James le había dicho que lo dejara en paz, que se iba a centrar en Lizzie ahora que iban a hacer juntos ese programa sobre el matrimonio.

—Lo sé —contestó Freddie—. Eso dificulta las cosas. Por esa razón, Lizzie y yo hemos quedado aquí.

—Qué buena historia —comentó Rupert—. Presentador de Corinium obligado a dejar a su amante y a centrarse en su mujer para ganar la franquicia. A *Scorpion* le encantaría.

—¡No! —exclamó Freddie conmocionado—. Eso destrozaría a Lizzie. Y sus hijos también se quedarían destrozados al ver el nombre de su padre en todos los periódicos.

—Frederick, querido —dijo Rupert con paciencia—, solo he dicho que es una buena historia. Desacreditará a Corinium y dejará el programa del matrimonio en ridículo si todo el mundo se entera de que es una pantomima. ¿Quieres ganar la franquicia o no?

Freddie sacudió la cabeza, obstinado.

—No si hace daño a Lizzie. De todas formas, te equivocas de cabo a rabo, colega. El hecho de que Tony le haya dicho a James que deje a su amante y se centre en que su matrimonio funcione solo le hará

ganar puntos ante la IBA. Además, si la prensa empieza a husmear en torno a James, podrían descubrirnos con facilidad a Lizzie y a mí.

Rupert suspiró.

—Si Declan y yo nos podemos comportar, no veo por qué tú no puedes hacerlo.

En cuanto Freddie se marchó, el obispo y el profesor, que estaba sujetando una copa cargada de whisky con una mano y un plato enorme con sándwiches de salmón ahumado con la otra, se acercaron a Rupert.

—¿Podemos hablar? —le preguntó el obispo.

—Estamos un poco preocupados por Freddie Jones —comentó el profesor con la boca llena.

—Es un tipo encantador, por supuesto —dijo el obispo con mucha labia—. Está claro que es un caballero por naturaleza, pero también es un poco diamante en bruto.

—Los diamantes en bruto son los mejores amigos de un consorcio —replicó Rupert de broma, aunque había una férrea expresión de disuasión en sus ojos.

—Ja, ja. —Se rio el obispo con entusiasmo—. Sin embargo, como iba diciendo, Crispin Graystock conoce a varios miembros de la IBA que estarán en la reunión del día 29. Y yo mismo también los conozco un poco. La señora Menzies-Scott es una vieja amiga, y, por supuesto, he intercambiado opiniones con el exprebendado. Tenemos la impresión de que Freddie Jones no es el vehículo adecuado para transmitir el mensaje de Venturer.

—¿Cómo que vehículo? —espetó Rupert—. ¡Ni que fuera una furgoneta!

—Bueno, no creo que alguien que hable de lord Reed y de católicos conversos, se refiera a Tony Baddingham como un «hijo de puta» —el profesor imitó con sumo detalle el acento de Freddie— y ensalce los beneficios de ganar un buen pico de dinero le caiga demasiado bien a la IBA.

—Seamos sinceros —añadió el obispo—, al pobre de Freddie le cuesta formar una frase.

—Freddie es una estrella —repuso con furia Rupert—. Es de lejos la persona más auténtica de Venturer. Dirige una de las empresas más exitosas del país y empatiza con la gente.

—Con la gentuza más bien —comentó el profesor mientras se metía dos sándwiches más en la boca y los bajaba con un buen trago de whisky.

—Lo que queremos decir —dijo el obispo con suavidad— es que Freddie Jones puede sentirse en su salsa en la zona de trabajo, con hombres de negocios e incluso con la prensa, pero no con clérigos, académicos, señoras del Instituto de la Mujer y veteranos de la política como los que se va a encontrar el día 29.

—Creemos firmemente que debería ceñirse al tema de las especificaciones técnicas y quedarse más bien en un segundo plano, incluso podría tomar algunas clases de elocución —añadió el profesor.

—Conozco a un exactor que vive en Will-is-den —continuó el obispo, tomándose el silencio estupefacto de Rupert como que estaba de acuerdo— y que obra verdaderos milagros con…, eh…, jóvenes coadjutores algo provincianos que tienen dificultades para oficiar y dar sermones.

—Jamás había escuchado una idea tan espantosa en mi vida —explotó Rupert—. ¿Queréis castrar a Freddie? ¿Que pierda toda su espontaneidad y energía? Y que esto provenga de dos exalumnos de instituto que hablan de «Will-is-den» y de implicarse «substencialmente» hace que sea aún más risible. ¿Es que acaso queréis que Freddie hable como un puto maestro de ceremonias?

—¿Perdona? —vociferó el obispo azorado.

—Para alguien que se considera cristiano y alguien que se considera socialista practicante, sois una puta vergüenza —añadió Rupert.

—Espero que te retractes de tus palabras —balbuceó el profesor mientras llenaba a Rupert de migas empapadas de whisky.

—¿Unos rollitos de salchichas? —preguntó Cameron cuando se acercó y extendió una bandeja entre ellos—. ¿Qué coño está pasando aquí?

—El obispo y el profesor acaban de señalar que Freddie es una vergüenza social para Venturer y que debería apuntarse a clases de elocución —contestó cabreado Rupert antes de marcharse de la habitación.

Le tocó a Cameron y, más tarde, a Declan utilizar todo el tacto posible para apaciguar al obispo y al profesor. Los dos amenazaron con dimitir, exigieron que Rupert renunciara o, como mínimo, se disculpara en serio, pero acabaron entrando en razón cuando se mencionó una cena copiosa y muy cara en el Gay Hussar.

Eran las dos y media de la madrugada cuando Declan llegó a su casa en Penscombe, pero se encontró a Taggie todavía despierta guardando manzanas en la habitación de invitados de arriba. Con la

cantidad de facturas que tenían encima, pronto podría ser lo único que tuvieran para vivir.

—¿Qué tal ha ido? —preguntó ella.

—Fatal, aunque Hardy Bissett dice que lo peor siempre es empezar, pero los pondrá en forma. Ha venido Billy Lloyd-Foxe.

—¿Es majo? —preguntó Taggie.

—Encantador —contestó Declan—. Justo el tipo de persona que hace que todo el mundo se tranquilice. Con el último obstáculo a la vista, todos se están poniendo muy nerviosos.

Después, le contó a Taggie la pelea que había tenido Rupert con el obispo y con el profesor.

—Rupert tenía razón. Pobre Freddie —respondió Taggie indignada.

—No, no es cierto —replicó Declan—. Molestar a otros miembros del consorcio a estas alturas es una locura. Es vital que el obispo esté contento. Rupert ha estado de mal humor y poniendo pegas durante toda la reunión. No sé qué es lo que le pasa ni cómo lo soporta la pobre de Cameron.

«Vaya, ahora es "la pobre de Cameron"», pensó Taggie con una mueca.

—Ha estado fantástica en la reunión —continuó Declan con una intensidad inesperada—. Cuanto más veo de ella, mejor pienso que es. Es más, todos los topos sobresalieron, hasta Sally Maples cuando se tranquilizó. Charles mantiene el ánimo de todo el mundo arriba. Y Billy, como digo, tiene una personalidad encantadora que hará que la IBA nos adore. No me gusta parecer demasiado confiado —se acercó y tocó el zócalo—, pero si no la cagamos de aquí a diciembre, tenemos muchísimas posibilidades de conseguir la franquicia.

44

La primera semana de noviembre, Tony Baddingham convocó una rueda de prensa. Parecía estar tocando el cielo con las manos, y la amapola escarlata que llevaba en el ojal añadía el toque justo de sobriedad y preocupación para contrarrestar el efecto hedonista de su bronceado espléndido de Los Ángeles.

Le había contado al ejército de reporteros y cámaras que estaban aguardándolo que había estado en Los Ángeles para contratar a una nueva controladora de Programas brillante que comenzaría a trabajar a primeros de año.

—¿Estás dando por hecho que has ganado la franquicia? —preguntó la ITN.

—No me cabe duda —contestó Tony con suficiencia.

—¿Es mejor que Cameron Cook?

—Tampoco me cabe duda de eso —respondió Tony con aún más suficiencia.

Continuó diciendo que Corinium destinaría el año siguiente diecisiete millones de libras a nuevos programas y prometió tener «un enfoque aún más fresco y responsable para cubrir la región».

—Ese viejo zorro está tramando algo —murmuró el *Mail on Sunday*—. No nos ha hecho venir solo para esta mierda.

—¿Y la publicidad? —preguntó *The Observer.*

—Puede que hayan bajado las ganancias —replicó Tony con suavidad—, pero también han bajado las ganancias de publicidad de las demás cadenas privadas de televisión.

Explicó que había sido un mal verano para la publicidad debido a que el tiempo había sido muy bueno, pero que eso había potenciado que Corinium se interesara más por el ocio, así que los accionistas podrían esperar en diciembre resultados a medio plazo.

—¿Por qué no estuviste dispuesto a tener un encuentro cara a cara con Declan O'Hara en Radio Cotchester? —preguntó el *Scorpion*.

—Porque Corinium prefiere dormirse en los laureles y no caer en métodos de mal gusto; además —Tony bajó la voz para que los periodistas tuvieran que inclinarse hacia delante para poder oír lo que estaba diciendo—, puede que a Declan O'Hara no le apetezca mucho tener un encuentro cara a cara conmigo después de enterarse de que sé todo lo que ha estado haciendo.

—Aquí viene —dijo la ITN mientras Tony, muy despacio, sacaba un puro y se recreaba al cortar el extremo antes de encenderlo.

—Declan O'Hara —prosiguió despacio— me ha estado robando a mi personal. Este verano, ha persuadido a Cameron Cook para que se marchara, pero ya en mayo firmó un contrato con mi director de Ventas, Georgie Baines; mi editor de Difusión Religiosa, Charles Fairburn, y mi mejor reportero, Sebastian Burrows. También me gustaría advertir a la BBC, London Weekend y Yorkshire Television, pues Billy Lloyd-Foxe, Harold White y Sally Maples —enunció los nombres con especial cuidado para que todos los periodistas pudieran tomar nota— también han firmado un contrato y tienen la

intención de irse a Venturer en el improbable caso de que ganen la franquicia.

De pronto, hubo un silencio impresionante.

—¿Cómo coño te has enterado de eso? —preguntó el *Mail on Sunday*, que casi sale volando por la indecorosa carrera a por los teléfonos.

—No sería el director ejecutivo de Corinium si no supiera todo lo que ocurre en mi propia empresa —comentó Tony con seriedad—, y tengo la intención de que siga siendo así durante muchos años, no como Venturer —añadió con desdén—, que tiene una seguridad peor que la del MI5.

Durante veinticuatro horas, Tony dejó que los tres topos de Corinium se preocuparan y que todo el edificio se sumiera en un revuelo de rumores y especulaciones. James Vereker, para empezar, se puso hecho una furia al oír las noticias. ¿Cómo se atrevía Declan a ignorarlo y contratar a Charles, que no era más que un maricón gordo y borracho; o a Seb, que
llevaba muchos menos años en la redacción que James; o a Georgie, que tenía las pestañas tan largas que James se sentía de lo más celoso? Luego, la furia de James se convirtió en placer cuando se dio cuenta de que a los tres topos les iba a caer una buena. Incluso dio varias entrevistas a los periódicos nacionales, donde dijo que se sentía muy indignado por su comportamiento desleal y despreocupado, y que le daba lástima Tony Baddingham ahora que lo habían abandonado en un momento importante.

Por esta razón, James no fue el único miembro del equipo de Corinium que aguardó en la redacción al día siguiente a que

explotara todo después de que se corriera la voz por todo el edificio de que Tony había mandado a buscar a Georgie Baines. Seb estaba preocupadísimo pensando en el préstamo que había conseguido sacarle al director de su banco para un Ferrari nuevo. Charles solo pudo beber otro trago de vino de Burdeos y pensar de forma lúgubre en su cuenta en descubierto de cinco cifras y en la hipoteca que acababa de pedir para una casa de campo en ruinas cerca de Penscombe.

Media hora más tarde, Georgie Baines entró dando tumbos en la redacción con muecas de agonía y agarrándose el culo como si le hubieran dado doce azotes con la vara. Entonces, con mucha lentitud, se sacó el último informe empresarial de Corinium de los pantalones y comenzó a morirse de risa.

—Tony me ha echado una buena regañina —le contó a su audiencia estupefacta—. Me ha dicho que si sigo teniendo tratos con Venturer, me demandará por incumplimiento de contrato, pero eso le ha hecho darse cuenta de lo valioso que soy para Corinium, así que me ha doblado el salario y me ha ascendido a director ejecutivo adjunto, por lo que será mejor que os portéis todos bien, queridos.

—Ay, menos mal —soltó Daysee Butler rompiendo a llorar.

—Entonces ¿no te vas a unir a Venturer? —le preguntó Seb.

—De momento, no —contestó Georgie. A continuación, se frotó las manos y dijo—: Y ahora que soy director ejecutivo adjunto, voy a empezar a ser estricto. ¡Que le corten la cabeza! —gritó, señalando a un James Vereker bastante disgustado—. Y tú no irás a hacer más entrevistas con la prensa sobre mí y mi deslealtad, so imbécil.

Murmurando que la prensa no había reproducido sus palabras con exactitud, James salió corriendo de la redacción, lo que hizo que

todo el mundo aplaudiera y comenzara a abrir botellas para celebrarlo.

A Seb lo llamaron diez minutos más tarde y recibió más o menos el mismo trato.

—Tony me va a mandar a la oficina de Nueva York seis meses para quitarme de en medio —explicó—. Luego, si me comporto, podré volver. Supongo que es mejor esto que me despidan.

—Mucho mejor —contestó Charles Fairburn, apurando su botella de vino tinto. Cuando recibió una llamada de arriba, se sintió muy aliviado al ver que no lo iban a poner de patitas en la calle y fue corriendo—. *Mea culpa* —dijo con una seriedad fingida mientras le guiñaba un ojo a la señora Madden y entraba en el despacho de Tony.

Cinco minutos después, estaba de vuelta en la redacción, hecho un flan. Todo el mundo dejó de celebrar.

—¿Qué ocurre? —le preguntó Georgie, que había estado bailando tango entrando y saliendo de los escritorios con Daysee Butler.

—Me han despedido —susurró Charles—. En el acto, y no va a darme ninguna indemnización por despido porque se me ha advertido tres veces.

En la BBC, London Weekend y Yorkshire Television, Billy Lloyd-Foxe, Harold White y Sally Maples, todos cenicientos, temblorosos y teniendo en mente los descubiertos bancarios y las personas a su cargo, negaron tener algo que ver con Venturer, así que los expulsaron temporalmente de
la producción a la espera de investigaciones futuras y les advirtieron de que tener el menor contacto con Venturer supondría el despido.

La noticia fue portada en todos los periódicos durante varios días. A Declan y Rupert, como eran los miembros más conocidos de Venturer, los culparon de incitación, algo que a nadie le importó mucho, y de su pésima seguridad, que, sin embargo, fue un reflejo de la mala capacidad de gestión de ambos. Lo peor de todo fue que habían dejado a Venturer sin un director de Ventas, un controlador de Programas, un editor de Programas Infantiles, un editor de Deportes y un jefe de Noticias, hasta que Seb, enfadado por el desdeñoso despido de Charles Fairburn, le dijo a Tony que se metiera su trabajo en Nueva York por donde le cupiese y dimitió también. Aquello fue muy noble por su parte, pero significaba que los fondos de Venturer que estaban reduciéndose con rapidez ahora tendrían que afrontar el pago de los salarios de Seb y Charles. Seb no tendría problema en encontrar otro trabajo, pero Charles, con cincuenta y un años y siendo un borracho reconocido, lo tenía más crudo.

Mientras tanto, Venturer se había sumido en un caos total. La tarde del golpe de Estado de Tony, Rupert, Freddie y Declan se reunieron en Priory.

—Aquí también debe de haber un topo, ¿o cómo podría haber averiguado Tony todas esas cosas si no? —dijo Declan. Freddie, sin embargo, registró el escritorio de Declan y luego desmontó su teléfono.

—Tiene un micrófono oculto —dijo en un tono sombrío—. Haré que mis hombres rastreen la habitación y comprueben todos los teléfonos. Es posible que haya por toda la casa. Será mejor que comprobemos tu teléfono también, Rupert.

Declan estaba horrorizado.

—A saber de todo lo que se ha enterado Tony entonces.

—Si acaba con Venturer, cree que conseguirá recuperar a Cameron —afirmó Freddie—. Ya os dije que estábamos tratando con un villano. Va a enterrarnos.

—Pero ¿cómo coño han entrado sus hombres para poner el micrófono oculto en el teléfono? —preguntó Rupert—. Los perros asustarían a cualquiera, y siempre hay alguien en la casa.

Como Taggie estaba fuera haciendo una cena en Cheltenham, Declan mandó llamar a Maud.

—¿Ha venido alguien a revisar los teléfonos hace poco? —le pregun a su mujer.

—Sí —contestó ella—. El viernes pasado vino alguien de British Telecom, un jovencito encantador. Me contó que la ópera favorita de su madre era *La viuda alegre*. Me oyó ensayar y me hizo cantar la canción de Vilja una y otra vez.

—¿Qué estaba haciendo aquí? —preguntó Declan, agotado.

—Le había llegado una notificación a su departamento de que nos habían cobrado de más, así que comprobó todos nuestros teléfonos para ver si estábamos usando demasiadas unidades —dijo Maud con una sonrisa radiante—. Dijo que igual nos podían hacer un reembolso. Se me había olvidado contártelo.

Declan se llevó las manos a la cabeza.

—¿Cuánto tiempo estuvo aquí? —gimió.

—Unas tres horas.

Rupert y Freddie intercambiaron unas miradas de terror. Si no hubiese sido tan horrible, habría sido divertido.

—Ahí tienes al hijo de puta —dijo Rupert.

—¿Me estáis diciendo que se pasó todo ese tiempo poniendo micros ocultos por nuestra casa? —inquirió Maud indignada—. Y yo le di tres tazas de té con azúcar y un pingüino…

—Perdonad —suspiró Declan después de que Maud se marchara —. No voy a justificarla, pero no creo que haya sido así de simple. Tony sabía todo sobre los topos, pero yo nunca he llamado a Billy con este teléfono. Rupert siempre ha sido el que se ha puesto en contacto con él. Y, como he sido ultracuidadoso con la seguridad, siempre he contactado directamente con todos los topos desde una cabina a las afueras de Penscombe para que así no se pudieran rastrear las llamadas. De todas formas, si se le puso el micrófono oculto al teléfono el viernes pasado, llamé a todo el mundo para el simulacro antes de eso. Tengo la horrible sensación de que alguien se ha ido de la lengua con Tony.

—Está bien —dijo Freddie, dejándose caer sobre un montón de cintas—, vamos a repasar la lista de posibilidades. Taggie estuvo trabajando en casa de Sarah Stratton hace dos semanas y los Baddingham y los Vereker estaban allí.

—No seas estúpido —soltó Rupert, que estaba paseándose de un lado a otro de la habitación—. Está claro que Taggie no es. Es la responsable de que hayan enviado todas esas cartas a la IBA y, además, ¿qué cojones ganaría contándole todos los secretos a Tony?

Freddie alzó las cejas.

—No hacía falta reaccionar de esa manera. Se le podría haber escapado algo con Sarah entre plato y plato.

—¿Y cómo sabes tú que los Vereker y los Baddingham estaban en la casa de los Stratton la otra noche? —preguntó Rupert, aún furioso

—. Supongo que te lo ha contado Lizzie, y ella tiene muchas más papeletas de habérselo contado a Tony.

—Lizzie no tiene nada que ver con nosotros —soltó Declan, irritado—. Ve al grano, Rupert.

—Lizzie tiene algo que ver con Freddie —insistió Rupert—. Podrías haberte ido de la lengua fácilmente en sueños.

Freddie se puso rojo de furia.

—No ha pasado nada.

—Ya —contestó Rupert.

Declan lo miró con desaprobación.

—¿En serio? —preguntó con frialdad.

Freddie arrastró los pies.

—Le tengo mucho cariño a Lizzie. No le he contado nada.

Entonces, Declan admitió que Maud le había contado que Caitlin había estado una vez con Archie Baddingham, pero no eran más que un par de críos y él estaba bastante seguro de que Caitlin no sabía nada importante. De todas formas, había vuelto al colegio ya.

—Caitlin lo sabe todo —comentó Rupert—. No se le escapa nada, y bien podría haber visto a Sally Maples o a Harold.

—Nunca han estado en casa —respondió Declan—. Supongo que uno de nuestros topos ha podido volverse uno de los suyos.

—Y eso vale más que sus vidas —dijo Freddie, negando con la cabeza—. Si nos han delatado, se han delatado ellos mismos automáticamente. Georgie es el único que lo podría haber hecho, y se cabreó muchísimo cuando Tony dio a conocer la noticia ayer. Supongo que Tony ahora le está apretando las tuercas y sonsacándole el resto de los secretos de Venturer.

—¿Y Maud? —preguntó Rupert—. Siempre está por ahí con Monica.

—¿Cuándo se ha interesado lo más mínimo mi mujer por la franquicia? No sabe nada —contestó Declan con dureza.

—Valerie tiene debilidad por James Vereker —sugirió Rupert.

Freddie suspiró.

—Valerie es como Maud, no le interesa nada.

—Por mucho que quiera sospechar del obispo y del profesor Graystock —dijo Rupert—, están demasiado motivados por la codicia y el interés propio como para delatarnos, y Marti igual.

—No si Tony ha hecho que les valiera la pena —añadió Declan—. Yo no los descartaría.

—Bueno, Basil está libre de sospechas —continuó Rupert—, y creo con toda sinceridad que Wesley y Henry son demasiado poco espabilados, o, en el caso de Wesley, demasiado cabeza hueca para recordar el nombre de todos, pero supongo que cabe la posibilidad de que lo sean.

—Cabe la posibilidad de que lo sea cualquiera —soltó Declan desolado—. Y, por último, está Cameron. Yo apuesto por ella. He tenido mis dudas todo este tiempo.

—Tonterías —contestó Rupert, irritado—. Está demasiado obsesionada con que ganemos la franquicia y, desde que volvió de Irlanda, con rodar películas contigo.

—Además, siendo sinceros —añadió Freddie—, está demasiado coladita por nuestro Rupe.

Cuando Declan no dijo nada, Rupert protestó:

—Cameron tiene muchos defectos, pero es sincera, por eso odiaba tanto seguir con Tony y Corinium cuando se estaba acostando

conmigo.

—Siempre he sospechado que era una traidora —dijo Declan—. ¿Cómo sabemos que no ha estado espiando para Tony desde el principio?

—No nos dejemos llevar por las novelas de Le Carré —contestó Rupert—. Solo tenemos que tenerla vigilada.

—Tendremos que vigilar a todo el mundo —respondió Declan con seriedad.

En medio de una atmósfera de críticas y creciente sospecha, Venturer siguió con los preparativos para la entrevista de la IBA. Se comunicaron en secreto con Georgie, Billy, Harold y Sally, y dispusieron que se unirían a Venturer si se ganaba la franquicia, cosa que ya no parecía una certeza, pero no había forma de que se presentaran en la reunión de la IBA el 29 de noviembre. Noche tras noche, sin ellos, Hardy Bissett estuvo haciéndole preguntas al resto del consorcio hasta que se desenvolvieron a la perfección y contestaron casi sin pensar. Entonces, los acusó de ser demasiado frívolos.

Una noche, Charles Fairburn, desesperado por intentar ocultar su ansiedad por que lo hubieran despedido, apareció vestido como lady Gosling con una peluca canosa, gafas de media luna y cientos de chales, y procedió a disponer a todo el mundo en los pasillos para hacerle preguntas con una voz de alto soprano hasta que Hardy le dio una fuerte bofetada.

No obstante, las preguntas continuaron:

—¿Cómo esperan fomentar el interés en los asuntos científicos en su programación? ¿Qué piensan de los programas de formación?

¿Cómo garantizarán la igualdad de oportunidades para las mujeres en su empresa?

—Follándome a todas y cada una de ellas —contestó Rupert.

—Deja de ser tan frívolo —gritó Hardy—. Puedes soltar alguna broma, pero nunca ser tan poco serio, y, con una mujer presidenta, no sueltes una broma sobre mujeres jamás.

Rupert estaba aburrido y harto. ¿Por qué coño no podían decirles la verdad, que solo querían hacer programas buenos y ganar un montón de dinero, y dejarse de toda esa cháchara? Sintió alivio cuando Cameron y Declan se marcharon a Irlanda para la última semana de rodaje. Necesitaba algo de espacio y tiempo para pensar. Pasó la mayor parte de esa semana en Londres con su trabajo de político y manteniendo contentos a los nerviosos patrocinadores de Venturer. Fuera de su despacho, caían las últimas hojas a la deriva, lo que le recordó inevitablemente a Taggie. Aún tenía las treinta hojas que los niños y ella le habían dado. No le habían traído mucha felicidad que digamos. Se contuvo de llamarla por teléfono o de ir a hacerle una visita. Le aterrorizaba muchísimo lo mucho que deseaba hacerlo.

45

Como Rupert no aprovechó la semana que iba a estar Cameron fuera para llamar a Taggie, esta solo tenía ganas de quedarse encerrada en su habitación del torreón sumida en la desesperación, pero, ¡ay!, Monica le había pedido que se encargara de la comida para la primera noche de celebración de *La viuda alegre* que tendría lugar el sábado siguiente, así que cuando no estaba cocinando y congelando en todos los sentidos de la palabra (ahora que había llegado el tiempo frío, Priory parecía el Ártico), Taggie estaba tranquilizando o levantándole la moral a una Maud cada vez más exigente y nerviosa. Corinium iba a mostrar los momentos más destacados de la primera noche, y Maud contaba con que Declan volviera de Irlanda a tiempo. No podía enfrentarse sola a semejante calvario.

Además, la prensa estaba al acecho de una noticia. Los dos consorcios, Venturer y Corinium, iban a acudir en su totalidad con sus esmóquines la primera noche. El recién despedido Charles Fairburn interpretaba al amante de Monica, la exquisita mujer de Declan volvía a los escenarios y su coprotagonista era el guapísimo Bas, que ahora estaba en el bando contrario que su odiado hermano Tony. Con Declan a punto de regresar de Irlanda, con la amante de

Campbell-Black, que además vivía con él y que era la ex de Tony, estaba claro que esa noche podrían saltar chispas. Nigel Dempster escribió con malicia: «Cotchester celebra este año el día de Guy Fawkes diez días después».

La prueba de vestuario del viernes por la tarde de *La viuda alegre* fue un cuadro. La presencia del equipo de televisión mientras hacían un ensayo desconcertó a todo el reparto. Los ánimos se caldearon, las luces se apagaron antes de tiempo y se equivocaron con las líneas y hasta se olvidaron de ellas. El director de televisión decidió poner dos cámaras en el balcón y en los dos palcos que había a cada lado del escenario para no tener que desperdiciar ningún asiento de butaca. Los técnicos no hacían más que bostezar; un técnico de sonido incluso se quedó dormido y se puso a roncar fuerte durante todo el segundo acto. James Vereker (el equivalente descafeinado de Humphrey Burton de Cotchester, según Charles Fairburn) se encargaría de presentar el programa.

—Menos mal que lo de antes ha sido un fracaso —comentó Barton Sinclair, el director de *La viuda alegre*, pero no parecía nada contento.

En el condado de Galway, Cameron y Declan terminaban el último día de rodaje. Declan, que llevaba un jersey de pescador azul oscuro, vaqueros y la frondosa melena negra ondeando por el viento del oeste, estaba hablando a cámara.

—Santificad este lugar —comenzó con tono suave—. Aquí se erigió una vez la orgullosa casa georgiana blanca que perteneció a lady Gregory. Durante los últimos treinta años de su vida, Yeats pasó aquí cada verano y la mayoría de los inviernos. Eso es mucho tiempo

para aguantar a los huéspedes más insoportables —Declan esbozó una breve sonrisa—, hasta teniendo en cuenta la cantidad de sirvientes que se empleaban en las casas grandes de la época. Aquí, en este lugar tranquilo y ordenado, el genio de Yeats pudo seguir floreciendo como una rosa hasta el invierno de sus días. Tal y como declaró Yeats: «Dudo que hubiera hecho algo en la vida de no ser por la firmeza y el cuidado de lady Gregory».

—¡Corten! —gritó Cameron—. Ha quedado genial. Ahora haremos unos primeros planos del haya roja donde grabó sus iniciales y luego iremos directamente al lago para hacer la última toma. Será mejor que nos demos prisa. El sol se pondrá dentro de tres cuartos de hora.

Veinte minutos más tarde, Declan estaba de pie a la orilla del lago con un enorme sol rojo sangre que se ponía poco a poco tras los árboles de colores y proyectaba un cálido resplandor sobre su rostro.

—Mientras Yeats estuvo en Coale Park —dijo Declan a la vez que se agachaba, cogía un guijarro y lo lanzaba a la quietud del agua—, escribió sus poemas en una habitación que miraba hacia este lago, una época que recordaba con cariño en su poema *Los cisnes salvajes de Coole*. —Y empezó a recitar con voz apacible:

Los árboles son bellos en otoño,
las sendas de los bosques están secas;
bajo el crepúsculo de octubre, el agua
refleja un cielo inmóvil…

«Madre mía, qué voz más ronca y más sexy», pensó Cameron mientras sentía cómo se le erizaban de nuevo los pelos de la nuca.

Por momentos así, era capaz de ir a la hoguera por Declan. Aparte, habían tenido una suerte tremenda con el tiempo. Los árboles aún tenían hojas suficientes para hacer como que estaban en octubre, pero una helada fuerte las habría arrancado en un día.

El equipo, que iba a celebrar una fiesta de fin de rodaje y se iba a emborrachar, intentó convencer a Declan y a Cameron de que se unieran también, pero como estaban los dos tan cansados y tenían por delante la representación de *La viuda alegre* al día siguiente, optaron por quedarse en el hotel y disfrutar de una cena tranquila. Después, se sentaron solos en el bar. Los rollitos de manzana chisporroteaban alegres en la parrilla, desprendiendo un dulce olor a sidra. De vez en cuando, las llamas resplandecían e iluminaban la cara de Declan, que estaba sentado absorto en el *Galway Post* con el whisky casi sin tocar.

Cameron era feliz observándolo, memorizando cada pequeño vello de la barba incipiente y cada línea marcada del maltrecho y escarpado rostro del héroe del oeste. No necesitaba ver los brutos para saber que habían hecho un programa extraordinario. Tenían planes para los próximos programas, pero el primero siempre sería el más emocionante. Ella había aprendido muchísimo mientras exploraban y disfrutaban del talento del otro. Aunque el equipo entero a veces era víctima de sus caprichos casi dictatoriales, estaba claro que Declan inspiraba devoción. No permitía la insubordinación. Aquella misma mañana le había cantado las cuarenta al técnico de sonido por darle un bloody mary para desayunar a una resacosa asistenta personal. Era irascible, tenía la mecha muy corta y se obsesionaba tanto con el trabajo que a veces disgustaba a la gente,

pero después se sentía tan arrepentido y estaba tan dispuesto a disculparse que siempre lo perdonaban, entre otras cosas, porque tenía más encanto que nadie que hubiera conocido Cameron.

La chica pensó, mientras echaba otro leño al fuego, que al día siguiente volvería con Rupert y a la realidad, o más bien a la irrealidad, ya que ambos tendrían que continuar con sus carreras por separado en aquella casa gigantesca sin nada en común excepto la franquicia y juntándose solamente para follar en aquella cama enorme con dosel de seda rosa y amarilla.

Lo que más quería en el mundo era casarse con Rupert para domar y retener a un hombre tan guapo y tener acceso a toda esa riqueza y esos privilegios. Estaba obsesionada con Rupert, pero la asustaba lo mucho que Declan la atraía cada vez más. Juntos podrían formar un equipo increíble. Él la entendería mucho mejor que Rupert y ella cuidaría de él y resolvería sus problemas financieros con mucha más eficacia que la parásita, irresponsable e inútil de Maud. Además, ¿cómo les afectaría a ella y a Rupert no conseguir la franquicia?

Declan alzó la vista y esbozó una sonrisa.

—Te estoy ignorando. ¿Qué tal tu copa?

El camarero se había marchado para hablar con la señora Rafferty sobre algo de patas, o puede que fueran batas (a Cameron le costaba mucho pillar la pronunciación irlandesa), y les había dejado la botella de whisky y una jarra de agua encima de la mesa.

Cameron estaba incluso aprendiendo a disfrutar del whisky sin hielo; no tardaría en decir cubo de basura y gasolina con el acento irlandés.

Mientras Declan le llenaba el vaso, Cameron dijo:

—A estas alturas, dentro de un mes, sabremos si hemos ganado. Me estaba preguntando si Rupert y yo tendremos futuro tras la franquicia.

Declan clavó sus ojos oscuros y melancólicos en ella.

—Me gustaría pensar que sí. Os he cogido mucho cariño a los dos.

—¿En serio? —tartamudeó Cameron.

—Sí. Debajo de toda esa bordería y vehemencia, eres un cachito de pan. El único inconveniente es que puede que tu trabajo se te dé demasiado bien para Rupert. Él necesita una mujer que lo espere en casa, no una con la que vuelva a casa.

—Vamos, que le gusta jugar a las casitas —respondió Cameron con amargura.

—En parte, sí. Le gusta ser el dominante. Tú le harías la competencia, y no estoy seguro de que pueda gestionar que te conviertas en una superestrella. —Entonces, de la nada y sin haberlo mencionado antes, le preguntó—: ¿Por qué cojones te portaste tan mal con Patrick?

Cameron soltó un grito ahogado.

—Supongo que porque me gustaba mucho. Estaba asustada. Era muy atractivo, muy elitista y muy seguro de sí mismo, pero, aun así, parecía muy poco preparado para los golpes que le iba a dar la vida algún día. Y Tony tenía unos celos patológicos ante cualquiera que supusiera una mínima competencia. Lo único que me importaba entonces era llegar a la cima para poder tener el espacio y la libertad que ansiaba. Ni de coña iba a permitir que un estudiante sin blanca formara parte de mis objetivos futuros. No creí que diera la talla.

—Patrick da la talla mucho mejor que nadie —protestó Declan—, y está mucho más centrado. Ojalá hubieras leído esa obra de teatro.

—También sabía lo mucho que te oponías a que Patrick y yo estuviéramos juntos —añadió Cameron con maldad.

—Pues sí. —Declan sonrió—. Pero ahora te conozco mejor. Él encaja contigo mucho mejor que Rupert. Y no jugaría contigo.

«Pero yo te quiero a ti», pensó Cameron con un deseo irresistible de alargar la mano y tocar la de Declan y después llevarlo a rastras por la escalera de caracol negra y pulida hasta su cama estrecha y dura.

Preguntándose si estaba loca por poner en riesgo lo que sin duda estaba siendo la conversación más íntima que habían compartido hasta la fecha, dijo:

—Maud juega bastante contigo.

—Maud —repuso Declan mientras se rellenaba el vaso— es la reina del drama. Por eso devora las novelas, las telenovelas y los periódicos como si fuera una adicta. De vez en cuando, su adicción a ser la heroína se extiende a la vida real y necesita ser la protagonista de una de esas tramas románticas. Nunca dura mucho.

—¿Tiene una aventura ahora mismo?

Declan dirigió la vista hacia la luna que había al otro lado de la ventana, mirando a través de las ramas de un saúco como un prisionero. Acto seguido, se bebió la mitad de su whisky del tirón.

—Sí —contestó con aspereza—. Bas.

—¿Y eso no te mortifica?

Declan se encogió de hombros.

—El adulterio no es la única forma de ser infiel. Yo la engaño cada vez que me obsesiono con el trabajo. Al igual que ella no tiene

remedio, yo tampoco. Y si te casas con alguien como Maud, tienes que aceptar que la gente guapa está por encima de los demás y que no se rige por las mismas normas que el común de los mortales.

—No es tan guapa —protestó Cameron mientras observaba con suma satisfacción su reflejo en el espejo que había encima de la chimenea.

—Para mí, sí —respondió Declan sin más.

Cameron quería zarandearlo.

—¿Cómo puedes estar seguro de que uno de esos hombres no vendrá un día y ella se largará con él?

—Ella no busca a otros hombres por sexo —contestó Declan con arrogancia—. Sabe que no encontrará nada mejor que lo que tiene conmigo. Lo hace por la emoción y los halagos, para aliviar la soledad que tiene que soportar alguien que vive con un escritor.

Cameron se levantó para examinar un latón de caballo mientras tiraba de su gran cinturón de cuero negro hacia delante con los pulgares para que él pudiera apreciar lo esbelta que era su cintura.

—¿Alguna vez le has sido infiel? —musitó hacia las llamas.

—No.

—¿Alguna vez has querido serlo? —susurró observando el reflejo de él en el espejo.

—Sí —contestó Declan sin más—. Toda esta semana.

Cameron permaneció inmóvil junto al fuego hasta que el calor de las llamas se volvió insoportable.

—Entonces ¿no ha sido solo cosa mía?

—Suele pasar en los rodajes —respondió Declan con tono neutro —. Cuando creas algo con alguien que sabes que es especial, parece natural que haya algún tipo de consumación.

—Una fruto del deseo —replicó Cameron con fiereza.

—Y es ridículo lo mucho que ocurre en televisión —dijo Declan—. En los rodajes pasa todo el tiempo.

—Pero no así —abogó Cameron, y entonces se dio la vuelta y fue hacia él. De manera absorta, Declan alargó la mano y tocó la enorme hebilla plateada de su cinturón.

—Eso complicaría las cosas —dijo él con brusquedad—. Y ahora mismo no queremos complicaciones. Le rompería el corazón a Maud y no puedo permitirme enemistarme con Rupert. No puedo permitirme nada en este momento.

—No digas tonterías. Es demasiado importante —siseó Cameron, y, mientras situaba sus piernas entre las de él y presionaba su ingle contra la palma de la mano de Declan, notó cómo este se estremecía—. Juntos seríamos increíbles, subamos ahora —le instó ella.

Los dos dieron un respingo cuando regresó el camarero.

—No hay mucho viento esta noche —dijo con alegría—, pero el que hay no veáis como pega.

—Pareces helado —comentó Declan—. Siéntate y tómate una copa.

«Joder, joder, joder, o más bien lo contrario», se decía Cameron para sus adentros a voces mientras el camarero cogía un vaso y se sentaba entre ellos.

—Te das un aire a un escritor, Declan —le dijo él—. ¿Sabías que uno como tú vive como a diez minutos de aquí? Es un angloirlandés que se llama MacBride.

Declan se quedó petrificado, como un perro que oye un conejo en un matorral.

—¿Dermot MacBride vive aquí?

—Vino la otra noche. Dijo que acababa de terminar una obra de teatro, pero no creía que le pudiera interesar a nadie. Pensaba que todo el mundo se había olvidado de él.

—¡¿De él?! —exclamó Declan con incredulidad—. ¿Tú te has olvidado acaso de Ibsen o Miller? ¿Tienes la dirección?

—Tengo su número —respondió el camarero—. Quería un poco de fertilizante para su jardín.

—Me suena el nombre —comentó Cameron.

—Es el más implicado de los Angry Young Men —le explicó Declan — y seguro que el más antipático también, pero el que más talento tiene. Se forró con su primera obra de teatro, pero la segunda estaba tan llena de veneno y de obscenidades que nadie quiso ni tocarla. Se enfadó y juró que no volvería a escribir otra palabra. Madre mía, es como una novela nueva de Salinger. Dame el número —le dijo al camarero—. Voy a llamarlo ahora mismo.

—Pero si son las once y media —protestó Cameron.

Declan volvió eufórico diez minutos más tarde.

—Se había marchado a Dublín. Lo he llamado allí. He quedado con él mañana a las once de la mañana.

—Un poco justo —comentó Cameron—. El vuelo sale a la una. Le romperías el corazón a Maud si lo pierdes —añadió con amargura.

—Iré yo solo a verlo —prosiguió Declan—. No le gustan las mujeres. Le diré al taxi que se espere y luego me encontraré contigo en el aeropuerto.

Le puso la mano en la cabeza y le acarició por un instante el pelo.

—Será mejor que nos vayamos a dormir, mañana tenemos que madrugar.

A medida que avanzaba el sábado, Maud sentía más necesidad de ver a Declan. Para matar el tiempo, fue a la peluquería y hasta se hizo la manicura, pero le temblaban tanto las manos que a la manicurista le costó pintarle las uñas. También compró tarjetas para desearle buena suerte al resto del reparto y algo de champán por si se producía el milagro de que alguien fuera a verla luego entre bastidores.

Al llegar al teatro, soltó un grito de espanto cuando vio los enormes focos sobre soportes metálicos que había en la entrada principal, listos para grabar la llegada de los famosos, y los enormes cables que salían de ellos y de las cámaras del interior del teatro y llegaban hasta varias unidades móviles de televisión. Se sintió aún peor cuando vio la caravana de maquillaje, un camerino móvil para James y un autobús de dos pisos de catering para los técnicos.

Aunque el ayuntamiento estaba a menos de trescientos metros del edificio de Corinium Television, las normas sindicales exigían todas esas instalaciones.

Maud entró en su camerino y volvió a jadear, pero esta vez de placer, porque nunca había visto tantas flores juntas: de su familia, de Rupert y Cameron, de los Vereker, de los Jones, de los Baddingham y de sus muchos amigos de Londres. También había montones de tarjetas deseándole buena suerte y un télex de su querido Patrick desde Brisbane. Sin embargo, todo aquello no hacía más que ponerla aún más nerviosa. ¿Y si los decepcionaba a todos?

Miró el reloj: eran las cinco. Necesitaba veinte minutos a solas con el guion para interiorizar las indicaciones que Barton le había dado el día anterior. Después, tardaría una hora en maquillarse, y para

entonces Declan ya habría llegado y podría abrocharle el vestido y las joyas y pasar una noche tranquila juntos. No obstante, mientras intentaba concentrarse en el guion, no hacían más que interrumpirla para llevarle más y más flores, y también fue a visitarla Monica, que se pasó para ver si se encontraba bien, y Bas, que le llevó un gato negro de peluche muy achuchable que emitía un maullido deseándote buena suerte cuando lo apretabas. Maud estaba encantada.

—Y tenemos tiempo para ensayar *Amor tácito* una vez más —le dijo ella.

—Vamos a ensayarla en la cama —le propuso Bas, que acababa de volver de caza y estaba cachondo.

—Antes de una actuación, no —respondió Maud consternada—. No creo que pueda concentrarme.

—Pues entonces mejor no me arriesgo a que me la chupes, no vaya a ser que con los nervios me claves los dientes —dijo Bas—. Así que mejor me voy al Bar Sinister a pagar los sueldos. Estamos haciendo un negocio de escándalo antes del teatro.

Cuando Taggie cruzó la puerta del escenario con cacerolas enormes de pollo a la Marengo, pudo ver que había gente reunida en el vestíbulo esperando que le devolvieran el dinero. La publicidad previa y la posibilidad de que el público apareciera en televisión habían hecho que se agotaran todas las entradas y que vendieran de más.

Mientras se tropezaba con los cables y el decorado, pudo oír cómo tras las puertas de todos los camerinos el reparto calentaba, como si se tratara de la sección de discos de Harrods. En ese momento, se

sintió aterrada por su madre. Una vez que acabó de descargar todas las cosas, no había mucho más que pudiera hacer. Los púdines estaban fríos y solo había que aliñar las ensaladas y meter el pollo, el puré de patatas y el pan de ajo en el horno para darles un calentón.

Si encendía los hornos a baja temperatura durante el descanso, todo estaría listo cuando cayera el telón final en caso de que alguien tuviese un hambre atroz. Menos mal que Monica había dispuesto a un montón de gente para ayudar a servir y fregar. Cuando entró con la última tarta de chocolate y merengue, sonó el teléfono que había al lado de la puerta del escenario.

—¡Maud O'Hara! —gritó el hombre de la puerta.

—Es mi madre —respondió Taggie—. ¿Me lo pasas a mí para ver si es urgente?

Lo era.

—Maud —dijo una voz ronca que le resultaba muy familiar.

—No, soy Taggie.

—El puñetero de tu padre ha perdido el avión.

—Ay, madre mía, ¿en serio?

—Tan en serio como que voy sola —espetó Cameron—. El próximo no llega hasta las diez menos cuarto. He dispuesto un coche para que lo recoja y lo lleve directamente al teatro.

—A mi madre le va a dar algo. Lleva toda la semana con los nervios a flor de piel y los ánimos tan por las nubes que se pueden ver a través de las grietas del tejado.

—Tranquilízala hasta que lleguemos —le dijo Cameron—. Yo tengo que cambiarme primero, y después iremos Rupert y yo para allá.

Con el corazón en un puño, Taggie llamó a la puerta de Maud.

—Declan —dijo en voz baja, emocionada.

Maud, que llevaba en ese momento tan solo una toalla de color verde esmeralda, estaba sentada frente al espejo bien iluminado con una variedad de sombras de ojos esparcidas por el estante que había delante de ella, como si hubieran cogido una caja de pinturas y la hubieran volcado. Llevaba cuarenta minutos maquillándose los ojos. Enormes, verdes con un toque dorado, hipnóticos, imposiblemente seductores, dos obras de arte, parecían casi demasiado dominantes para la cara con forma de corazón a la que cubría un rubor delicado.

—Estás preciosa —le dijo Taggie hecha un manojo de nervios—. Y qué flores más bonitas.

—¿Dónde está tu padre? —preguntó Maud—. Debería haber llegado hace cinco minutos. ¿Está aparcando el coche?

Taggie respiró hondo, y casi se asfixió en el intento con el perfume cargado de las fucsias y los jazmines.

—Lo siento, ha perdido el avión —dijo. Entonces, cuando Maud abrió la boca para chillar, añadió—: Pero llegará para el final del último acto y para la fiesta. No era su intención.

Entre sollozos histéricos, Maud se llevó las manos a los ojos y se restregó deliberadamente el maquillaje por toda la cara, el cuello y los hombros. Taggie se estremeció. Era como ver a la Mona Lisa rajada con una cuchilla de afeitar.

—No me lo puedo creer —sollozó Maud—. No puede hacerme esto la única noche que lo necesito. Lo ha hecho a propósito porque estaba celoso. No le gusta que yo sea el centro de atención. —Fue alzando la voz hasta que soltó un grito—. No puedo salir, no puedo.

Al oír el alboroto, Monica llegó corriendo vestida solo con unas enaguas y con un ojo maquillado y preguntó qué sucedía.

—Tienes que salir —repuso ella pasmada—. No puedes ser tan pusilánime y egoísta. Todo el mundo ha venido a verte a ti.

—Lo ha hecho a propósito —gritó Maud, meciéndose hacia delante y hacia atrás—. Si hubiera sido algo fortuito, como un fallo técnico o niebla, podría habérselo perdonado. Hasta un accidente.

—Ay, no digas eso —replicó Taggie poniéndose blanca.

—Cállate —chilló Maud—. Tu padre y tú sois iguales. No pensáis en nada más que en vuestro puto trabajo.

—Eso es muy injusto —comentó Monica.

Hubo algo casi obsceno en la cara de Maud empapada por las lágrimas, el cuello, los hombros desnudos y los pechos cuando se le cayó la toalla.

Monica se la subió y se la puso bien, agarrándosela, cuando Barton irrumpió en la habitación. Sin embargo, ni la insistencia de Monica, ni los tirones de pelo de Barton, ni las bromas de Charles consiguieron hacer cambiar de opinión a Maud. Al final, todos acabaron perdiendo los nervios y le gritaron como un trío operístico que amonesta a un malhechor, y Cameron, que últimamente no había parado de oír cosas buenas de Maud, estuvo encantada de unirse y convertirlo en un cuarteto cuando llegó.

—Por el amor de Dios, Maud —chilló ella—. No puedes decepcionar al reparto y al público. No seas tan poco profesional.

—No voy a hacerlo —le gritó Maud en respuesta—. Y, a todo esto, ¿por qué ha perdido Declan el avión?

—Fue a ver a… —comenzó a decir Cameron, pero se dio cuenta de que no podía mencionar a Dermot MacBride delante de Monica,

pues se lo podría contar a Tony— alguien muy importante para la franquicia.

Aquello fue la gota que colmó el vaso. Maud se puso hecha un basilisco.

—No piensa más que en la puta franquicia —chilló, con la cara totalmente colorada de rabia y desdicha. Acto seguido, se volvió hacia las flores y empezó a destrozarlas, arrancando las cabezas y los pétalos después, y las tiró al suelo.

—¿Y si le damos una hostia? —preguntó Cameron con ganas.

—Para, Maud —dijo Monica enfadada—. No sirve de nada y es destructivo.

—Me da lo mismo —gritó Maud mientras destrozaba las rosas amarillas de la pobre Taggie.

Desesperada, Taggie salió al pasillo y se dio de bruces con Rupert, que no cabía duda de que también iba a meterse con sus habituales comentarios mordaces. A sus espaldas, los miembros del reparto y el equipo de Corinium Television se asomaban con curiosidad por las puertas y las esquinas a ver qué estaba pasando.

—¿Dónde está? —preguntó Rupert con gesto adusto.

—Por favor, todo el mundo le está gritando. No se dan cuenta de lo asustada que está.

Rupert se detuvo, sopesando las opciones, y, entonces, como si le devolviera por arte de magia la felicidad a Taggie, le acarició la mejilla con el dedo.

—Ve y tráete una buena copa de brandi, cielo. Yo me ocuparé de ella. Callaos todos —gritó cuando entró en el camerino.

—No tenemos más remedio que echar mano de la suplente —dijo Barton desesperado— aunque pese más de noventa y cinco kilos y

esté a punto de cobrar la pensión.

El suelo estaba ahora cubierto por un manto de pétalos.

—No va a hacerlo —explicó Cameron con desprecio.

—Con todos vosotros gritándole, no me extraña —replicó Rupert —. Largaos todos. —Y les cerró la puerta en la cara de un portazo.

Rupert se sentó en la cama, atrajo a Maud a sus brazos y le acarició con gentileza aquellos hombros tan suaves mientras la dejaba llorar hasta que, poco a poco, fueron cesando los sollozos y los temblores.

—Eso es —le dijo Rupert consolándola—. Ahí está mi chica valiente.

—Quería que fuera con él a Irlanda e hiciera de Maud Gonne —soltó Maud con la voz entrecortada.

—Lo sé —respondió Rupert sin parar de acariciarla.

—Me apetecía mucho hacerlo, pero estaba muerta de miedo. No quería volver a fracasar, sobre todo delante de Cameron. Estoy convencida de que se está liando con Declan. No paro de imaginármelos viéndose en secreto después de un día de rodaje y hablando de lo mala que soy.

—Mira que eres tonta —le dijo Rupert con suavidad.

—Declan se enamoró de mí cuando me vio actuar por primera vez. Quería que se enamorara de mí de nuevo esta noche.

—Declan te adora. No tiene ojos para nadie más.

—Y, entonces, ¿por qué no está aquí? —La voz de Maud volvió a transformarse en un chillido. Por un instante, Rupert pensó que estaba perdiendo los avances que había hecho para consolarla.

—Fue a ver a Dermot MacBride.

—¿A Dermot MacBride?

Rupert asintió.

—Está escribiendo una obra de teatro nueva. Declan pensó que si Venturer podía decirle a la IBA que lo teníamos como opción, nos daría ventaja.

Maud se estremeció de rabia.

—Odio la franquicia con toda mi alma —dijo de forma monótona.

—Declan solo está obsesionado con ella porque ve que es la única forma de sacaros de la ruina. No quieres vender Priory, ¿a que no?

Maud sacudió la cabeza con violencia.

—¿Podría llegar a ese extremo?

—Ya casi lo ha hecho —contestó Rupert.

Alguien llamó a la puerta.

—No quiero ver a nadie —dijo Maud histérica.

Rupert la envolvió de nuevo con la toalla, pero no era más que Taggie, que venía con una copa enorme de brandi para Maud y una igual de whisky para Rupert.

—Gracias, tesoro —dijo él mientras cogía los vasos—. Ahora, vete.

Maud le dio un sorbo tan grande que se atragantó. Rupert no le contó que sospechaba que Declan había perdido el avión a propósito porque se había puesto muy nervioso y no podría soportar ver a Maud humillada. Tampoco le dijo que la prensa estaba fuera aullando como chacales y que, si no salía al escenario, la publicidad, con ella y Declan decepcionando a todo el mundo, sería devastadora para Venturer.

—Menudo chasco —dijo él como si nada—. Te he oído ensayar en Priory muchísimo. Me apetecía un montón escucharte de verdad y ver cómo los demás hacen el ridículo en comparación contigo. Oye,

te has llevado un buen disgusto. ¿Por qué no te vuelves a poner el jersey y los vaqueros y te acabas ese brandi?

Hubo una pausa muy muy larga.

—Mejor que no —contestó Maud entre temblores mientras soltaba la copa—. Si no, se me va a olvidar el texto. Pero sí que me vendría bien un poco de aceite para quitarme toda esta mierda.

Rupert no dijo nada, pero alcanzó el bote azul grande de crema limpiadora, le quitó la tapa, sacó una pequeña cantidad y, muy despacio, comenzó a untarla en la cara de Maud, borrando los estragos.

—¿Cómo sabías usar eso?

—He visto a suficientes actrices quitarse el maquillaje en mi vida.

—Pues la mayor parte de mi maquillaje te ha caído encima —contestó Maud, de pronto arrepentida al ver su camisa de noche manchada sin remedio.

—Haré como que es una pintura de guerra —repuso Rupert—. Después me pelearé con Tony.

Sumisa como una cría, Maud dejó que le quitara todo el maquillaje corrido.

—No me dejarás, ¿verdad?

—Me quedaré contigo la noche entera, pero he de decir que maquillarte está por encima de mis capacidades.

Fuera, Barton miró su reloj por centésima vez. Eran las siete menos diez. La prensa estaba clamando por una respuesta. La suplente ya se había cambiado. Ojalá pudiera anunciar que la obra empezaría más tarde, eso al menos mantendría contento al público.

—Si no fuera a actuar —dijo Cameron—, Rupert ya habría salido a decírnoslo.

—Siempre se le ha dado bien manejar a potras difíciles —comentó Bas, que ya se había cambiado de ropa y se había puesto la de escena y ahora estaba ansioso por ir a consolar a Maud.

Cuando la puerta se abrió, todo el mundo se acercó. Rupert salió, se llevó un dedo a los labios y levantó el pulgar hacia arriba.

—¿Alguien tiene colirio para los ojos?

—El mío está prescrito por la reina madre —dijo Monica yéndose derecha a su camerino para conseguirlo—. Te hace brillar los ojos de lo lindo.

46

Fuera, en el vestíbulo, Tony les estaba dando la bienvenida al alcalde y su mujer y al reverendo Fergus Penney de la IBA, que estaba de visita en Cotchester para la ópera.

—Tengo que advertiros de que puede que haya algún retraso —susurró Tony con alegría—. Declan O'Hara, que por lo general pierde el tren de las oportunidades, ha perdido el avión esta vez y no se ha presentado la noche del famoso regreso de su pobre mujer a los escenarios. Ella se ha desmoronado y se niega a continuar, así que la suplente está aguardando entre bastidores. Me temo que no se puede confiar al cien por cien en Venturer —le dijo a Fergus Penney —, pero, al menos, podemos pasar todos un tiempo maravilloso tomando una copa de champán.

Los condujo a través de una puerta con un letrero de «Privado», y encontró a su última adquisición con un vestido nuevo negro y dorado a juego con su cabello con mechas recién hechas y poniéndose hasta arriba de Bollinger.

—Me complace presentaros a Lizzie Vereker —dijo Tony con afecto —, ya os he contado que James y ella presentarán nuestro nuevo programa para alertar a la gente de la propagación del sida: *Cómo seguir casados*, ¿no, Fergus? —añadió dirigiéndose al exprebendado,

que ahora estaba relamiéndose los labios finos al ver las curvas de Lizzie.

—Norman y yo podríamos darte unos cuantos consejos al respecto —soltó la mujer del alcalde—. Vamos a celebrar nuestro cuarenta y cinco aniversario la semana que viene.

—Entonces, deberíais ir al programa de Lizzie —contestó Tony, alzando su copa—. Por el matrimonio más distinguido de Cotchester.

«No lo aguanto», pensó Lizzie mientras permitía que le llenaran la copa. Con ese vestido, se sentía como si fuera un regalo envuelto de Harrods. Deseaba salir al vestíbulo y comprobar si Freddie había llegado. Como ahora James estaba muy enamorado de ella y como medida extra de seguridad, Freddie y ella solo habían podido hablar por teléfono esa semana.

Fuera, en el auditorio, Sarah Stratton se dedicaba a firmar autógrafos. Cualquier cosa le venía bien para no estar atrapada en medio de la segunda fila con Paul y, por tanto, sin poder acercarse a James cuando pasase por su lado. Este, que estaba muy cabreado porque alguna persona del público lo había confundido con el director y se le había quejado de que los mismos asientos se habían reservado dos veces, ahora estaba intentando explicarles el argumento tan enrevesado de *La viuda alegre* a los telespectadores.

El obispo, mezclándose con sus feligreses y saludándolos con un apretón de manos, confundió la abstracción de Freddie con animadversión y se preguntó si Rupert le habría contado el comentario que había hecho sobre que Freddie era un diamante en bruto.

Cuando sonó el timbre para advertir de que quedaban cinco minutos, Tony echó un vistazo a su reloj. Las ocho menos

veinticinco. Joder, al final no iban a retrasarse. Al menos, podían contar con que la suplente iba a ser un espanto.

—Creo que será mejor que busquemos nuestros sitios —dijo.

Charles, que llevaba unos pantalones bombachos tan apretados que parecía que estaba flotando a centímetros del suelo, se asomó por un hueco de las gruesas cortinas de terciopelo azul de Prusia mientras Monica, el coro
y él, todos con trajes de noche, esperaban entre bastidores a que el espectáculo comenzara.

—Está todo abarrotado —informó en voz baja—. Hay gente de pie en la parte de atrás y a los lados de los pasillos. Al estreno de *El Mesías* en Dublín fue tanta gente que se dice que se les pidió a los hombres que no llevaran sus espadas. Es una pena que no se cachee a la gente en la puerta hoy. Seguro que tu marido lleva una larga navaja, Monica. No, no es por reprocharle nada, me ha despedido, así que puedo decir lo que quiera. —Entonces, se dio la vuelta y sacó una lengua bastante viperina a través de las cortinas cuando Tony entró.

Taggie ayudó a Maud a recogerse el pelo con dos peinetas de diamantes y le subió la cremallera del vestido negro de gala. Luego, dejó que Rupert y Bas le abrocharan las joyas y se marchó a su asiento. Solo había dos asientos libres entre Cameron y ella, pero deberían estar ocupados por Rupert y Declan, así que el hueco parecía más ancho que el Atlántico. A juzgar por el perfil de Cameron, era obvio que estaba cabreada por que Rupert no estuviera a su lado, sobre todo cuando Tony, con una sonrisa burlona, llegó con el alcalde y se sentó justo detrás de ellas.

Cameron estaba todavía más cabreada porque, después de no haberla visto durante tres meses, Tony no debería haberla pillado cuando solo había tenido un par de minutos para cambiarse y ni siquiera se había duchado ni se había lavado el pelo. Llevaba el batín en el que a Taggie se le había caído el postre el año anterior, cosa que tampoco le traía muy buenos recuerdos. Sin duda, necesitaba lavarse el pelo y hacerse un maquillaje espectacular para lucirlo. Se sintió muy masculina. La dama Enid, que estaba dirigiendo la orquesta con un esmoquin, le había dedicado unas miradas de deseo, así que al menos no estaba tan horrorosa como Taggie, que debía de haber perdido algún kilo y llevaba un vestido marrón espantoso que no le quedaba bien de largo y hacía que pareciera que tenía el pecho plano por completo.

A la izquierda de Taggie, también había otro hueco. «¿Dónde cojones está Caitlin?», se preguntó Taggie. Había llegado en taxi hacía media hora y, a pesar de que le había prometido que se comportaría, había desaparecido al segundo.

A su alrededor, Taggie pudo oír el rugido y el murmullo de expectación cuando se apagaron las luces y la orquesta empezó a tocar. Los camarógrafos, a los que Tony había obligado a ponerse esmoquin, tomaron sus posiciones detrás de sus cámaras, los técnicos de sonido hicieron las comprobaciones finales a los micrófonos, mientras Caitlin, disculpándose profusamente, se abría paso a través de una fila de gente irritada y se desplomaba al lado de Taggie jadeando.

—Abróchate los botones de la camisa —le dijo Taggie furiosa.

En la fila de atrás, dándole una patada a la mujer del alcalde en las varices, pisándole los juanetes al exprebendado y con el nudo de

la corbata negra debajo de la oreja izquierda, se desplomó jadeando el honorable Archie junto a Tony, que tenía cara de pocos amigos.

Justo después, la cara de pocos amigos de Tony se convirtió en una enrabietada:

—¿Cómo te atreves a llevar la corbata aflojada? —siseó mientras se abrían las cortinas de terciopelo azul de Prusia para mostrar la embajada de Pontevedro en París. El embajador estaba dando un baile, y la invitada de honor que estaba a punto de llegar era la viuda alegre.

Tras un número de apertura impactante por parte del coro, le tocó el turno a Monica y a Charles. Monica, que interpretaba a la bella exactriz y mujer del embajador, no tenía ni idea de cómo actuar. No obstante, al enfrentarse al papel con la misma competencia despreocupada con la que dirigía los comités benéficos o bañaba a los labradores, infundió al resto del reparto una confianza más que necesaria. Y Charles se veía tan mono con aquellos pantalones bombachos apretados, jurando una devoción eterna con unas maneras afeminadas hasta el extremo, que parecía más bien un asustadizo Billy Bunter liándose con la chica protagonista.

—«Para mí, mi matrimonio es sagrado» —gorjeó Monica, lo que provocó varias sonrisas entre el público, pues todos sabían que estaba casada con Tony.

—«Si el matrimonio es sagrado para ti» —le contestó cantando Charles, que le estaba acariciando con lascivia el brazo destapado—, «no hay mucho que yo pueda hacer». —Aquello causó aún más sonrisas entre la audiencia, pues casi todos sabían que Charles era gay. Y les gustó aún más cuando se le cayó el bigote y casi se le rompen los pantalones bombachos al agacharse para recogerlo.

—Qué de empastes de oro tiene Monica —le susurró Caitlin a Taggie—, y, agitando esa batuta, la dama Enid parece que está jugando a tirarle el palo a Gertrude. ¿Cuándo va a aparecer Madre Coraje?

—Ya mismo —contestó Taggie, que estaba rezando.

Maud, aferrándose a las manos de Bas y Rupert, se encontraba temblando como un flan entre bambalinas. Aunque el vestido de terciopelo negro era de la moda de finales de siglo, por alguna razón, Basil iba vestido como un tío de la Regencia. Las piernas más largas de Gloucestershire las realzaban unas botas negras relucientes y unos pantalones bombachos, el corte de su abrigo azul pizarra habría entusiasmado a Beau Brummel y le habían rizado el cabello negro y lustroso a lo lord Byron. Parecía un héroe de las novelas de Georgette Heyer.

—Estás fantástica —le susurró a Maud.

—Tú también —respondió ella, cuyos dientes dentellaban con tanta fuerza que sonaban como castañuelas en la orquesta.

—Lo harás genial —dijo Rupert, dándole una palmadita en el hombro.

Y, de repente, ahí estaba. Ya no fue necesaria la presencia de Rupert; estaba deseosa de subir al escenario de verdad. Debía meter al público en la obra y recitar cada línea con exactitud. Solo estaba nerviosa porque era una viuda joven y provinciana un poco tímida pero guapa a rabiar que estaba a punto de ser presentada ante la sociedad parisina.

Se oyó un gran redoble de tambores y el sonido de unas trompas, y ella entró en el salón de baile reluciente y se detuvo bajo la inmensa lámpara de araña para que todas las joyas brillasen y el

público pudiera admirar la belleza de su cuerpo en aquel vestido negro ajustado y su palidez, que hacía que resaltasen sus labios y su lustroso pelo rojo.

—«Caballeros, no más» —cantó Maud pianísimo.

—«Nunca he visto a la primavera acudir a un baile jamás» —cantó un aristócrata francés embelesado, interpretado por el director del banco Lloyds de Cotchester—. «Nos llevas al éxtasis, bella dama».

Y, por una vez, las palabras fueron ciertas. Maud estaba volviendo a cantar, y con aquella preciosa voz alcanzó un fa sostenido tan claro como el de una campana.

—Hostia —murmuró Caitlin—. Es buenísima, joder.

—Ay, gracias a Dios —dijo Taggie en voz baja—. Va a ir todo bien.

«No lo soporto», pensó Cameron. Había tachado a Maud de ser una parásita dejada de mediana edad con un pelo largo pasado de moda y que vestía como una golfa, pero ahora estaba ahí, poniendo a todo el público en pie una vez que acabó su primer número.

La entrada de Bas aumentó más el entusiasmo. Tenía una voz espectacular y un poco ronca, y añadía el toque justo de glamour latino desenfadado.

—Hostia —volvió a decir Caitlin—. ¡Qué suerte tiene mamá! Está buenísimo.

La tensión sexual entre Maud y él era increíble, sobre todo cuando se los comparaba con Monica y Charles, que, actuando de forma exagerada, se parecían cada vez más al cuadro *Dignidad y descaro*. Tras haber despachado a la competencia, dejaron a Bas en el escenario solo con Maud al final del primer acto.

—«La música es preciosa» —cantó en voz baja él, sin dejar de bailar alrededor de ella, tentándola para que cayera rendida a sus

brazos—, «habla al corazón y a los pies en prosa». —Y, entonces, triunfante, la arrastró a un vals.

Con elegancia y mucho romanticismo, dieron vueltas bajo la lámpara de araña hasta que se bajó el telón y se produjo una salva de aplausos ensordecedora y una lluvia de «¡Bravo!».

Después del primer acto, aunque le faltaba la canción de Vilja y otros muchos grandes números por representar, Maud no sintió más que alivio. Daba igual que Declan no hubiera aparecido. Incluso mandó a Rupert a que se sentara. Se sentía muy segura. Había estado tan muerta de miedo y se había centrado tanto en que el primer acto saliera bien que ahora sentía que iba con el piloto automático. Ya no había rastro de lágrimas. Y, aunque Charles casi le quitó el protagonismo cuando se agachó para recoger su bigote otra vez, se le rajaron los pantalones y se le vieron unos calzoncillos rosas llenos de ositos de peluche celestes, era la noche de Maud. Cuando el telón cayó por última vez, la vitorearon hasta la saciedad, recibiendo una ovación final tras otra, mientras todo el público, incluido Tony, estaba de pie, gritando y aplaudiendo como locos.

Rupert se volvió hacia Taggie.

—Lo hemos conseguido —soltó, triunfante.

—No —contestó ella—. Tú lo has conseguido.

—No llores —dijo Basil mientras Maud y él hacían sus últimas reverencias.

—Has estado mejor de lo que nadie podría haber podido imaginar —añadió Barton Sinclair, pálido al lado de los actores maquillados, mientras le depositaba un beso en la mano a Maud y, entre una

salva de aplausos, le dio un ramo de flores enorme que había aparecido a través de las cortinas.

—Vi *La viuda alegre* en París —comentó Valerie Jones en un tono petulante al profesor Graystock—. Fue una ópera algo distinta, pero los actores eran profesionales.

—Yo no diría que es como la ópera *Die Lustige Witwe* —respondió el profesor, mostrando que sabía el título en alemán—, pero sí que creo que Maud O'Hara tiene una voz maravillosa.

—Me encantaría conocer a Maud O'Hara —comentó el exprebendado—. Parece una persona interesante.

—La conocerás dentro de un rato —respondió Tony en un tono íntimo.

Maud fue corriendo a su camerino para cambiarse el vestido dorado del último acto por el traje de seda azul que se había comprado para la ocasión. Luego, todo fue una algarabía de gente entrando y saliendo, abrazándola, besándola y felicitándola. El champán se acabó en un santiamén. La prensa la bombardeó a preguntas, pero ella no estaba por la labor de sacar el tema de Declan.

—Mi marido está en Irlanda por negocios —contestó con firmeza —. Vendrá más tarde.

En la fiesta, todo el mundo siguió acercándose a decirle lo fantástica que había estado, pero ella se sentía todavía curiosamente indiferente, como si nada pudiera afectarla en ese momento.

—Me preguntaba si te gustaría quedar para almorzar algún día —dijo el exprebendado con una voz pastosa—. Ahora mismo, estoy al final de la vida y disfruto de la compañía de mujeres encantadoras.

—Se puso furioso cuando el obispo se acercó y se unió a ellos con un plato lleno de la comida que había preparado Taggie.

—Buenas noches, Fergus, te veo muy bien. Me alegro de ver que Venturer está poniendo de su parte esta noche. Maud, cariño, has estado espléndida, y qué bien has cantado. Me alegro de ver que mis feligreses lo han disfrutado muchísimo. ¿Te apetece algún refrigerio?

—Me encantaría tomar otra bebida —respondió Maud.

—Pues ve a traerle una —soltó el exprebendado irritado.

—Por ahí viene un camarero —dijo el obispo, sin moverse ni un ápice—. Tengo que contarte mi reciente viaje a Tierra Santa, Fergus.

El exprebendado no quería oír hablar lo más mínimo de Tierra Santa, sobre todo cuando Maud se excusó. Iba de camino a darle las gracias a Rupert una vez más cuando notó una mano cálida en la espalda.

Era Tony.

—«Incluso las tropas de la Toscana apenas pudieron evitar aplaudir» —recitó en voz baja—. ¿Has podido oírme gritar como un colegial?

—¿Tan bien ha estado?

—De maravilla. No había ni un hombre entre el público que no hubiese caído rendido a tus pies. Siento que tu marido no haya dado la talla. Pero dar la talla nunca ha sido una de sus especialidades, ¿verdad?

—Por desgracia, se toma la franquicia tan en serio como tú —replicó Maud, resentida.

—Ah —soltó Tony con una sonrisa malvada—. Pero la diferencia es que él no va a ganar.

—Maud, querida —dijo Monica, acercándose con un hombre de aspecto distinguido con una chaqueta de cuero y el pelo canoso—. No te lo he dicho antes, pero este es Pascoe Rawlings.

Maud se quedó con la boca abierta. Pascoe Rawlings era el agente teatral más poderoso de Londres.

—¿Estabas entre el público? —preguntó Maud.

—Y en éxtasis total —contestó Pascoe, apartándola de aquel rincón oscuro y guiándola hasta una bombilla desnuda que colgaba en bambalinas para examinar su rostro con detenimiento—. Sí, de cerca eres incluso aún mejor. Mira, Jonathan Miller está haciendo un *casting* para *Casa de muñecas*. ¿Podemos quedar para comer a principios de la semana que viene?

La fiesta fue un gran éxito. James se pasó la noche agarrando a Lizzie delante de él como un escudo antidisturbios para mantener a raya los avances de Sarah Stratton, y solo la dejó marcharse porque quería que le presentaran a Pascoe Rawlings. Al segundo, Freddie le dio un pequeño azote a Lizzie detrás de uno de los enormes pilares de cartón que habían estado en el salón de baile de Pontevedro.

—Este es uno de los pilares del deshonor —dijo Lizzie.

—Te quiero —soltó Freddie, desesperado.

—Y yo te quiero a ti. James se va a Londres mañana por la noche.

—¿A qué hora se van los niños a la cama?

—A las nueve —contestó ella—, aunque tenga que drogarlos.

—Estaré allí a las diez menos diez —respondió él.

En el camerino de su madre, sobre un suelo de pétalos marchitos, Caitlin yacía entre los brazos de Archie, sin necesidad de decir ni una palabra.

Taggie se pasó la noche retirando platos, manteniéndose apartada de Rupert y dando la cara por su padre. No solo Tony creyó que se había portado fatal.

—Qué poco la ha apoyado —soltó Cameron.

—Deberían echarle un rapapolvo —comentó Monica—, pero, en cierta manera, esa tormenta de dolor ha parecido mejorar la actuación de Maud.

—Yo siempre he dicho que no te puedes fiar de un irlandés —espetó Valerie Jones.

—¿Crees que Declan va a volver esta noche? —le susurró Bas a Maud al oído a medianoche—. Porque si no…

Todo el mundo dejó de hablar cuando Tony le dio unos golpecitos a su copa con una cuchara.

—En nombre de Corinium Television —dijo con suavidad—, me gustaría darles las gracias a nuestro alcalde y su mujer, y, por supuesto, al exprebendado, por estar aquí esta noche. Quiero felicitar a Barton y a todo el elenco de *La viuda alegre* por una actuación verdaderamente espléndida, pero sobre todo creo que deberíamos darle la enhorabuena a Maud O'Hara, que, en las condiciones más difíciles —sonrió a Maud—, ha sido, sin lugar a dudas, la estrella de la noche.

Justo en ese momento, Declan apareció. Estaba muy pálido y aún llevaba los pantalones vaqueros y el jersey azul marino del día anterior, pero tal era su presencia que, como de costumbre, hizo que todos los demás parecieran unos don nadie.

Charles Fairburn, que estaba piripi, emitió un siseo muy teatral:

—Hola, Declan, querido, me sorprende que no hayas aparecido por una trampilla en una nube de azufre del infierno.

—Buenos días, Declan —dijo Tony arrastrando las palabras y mirando con ostentación su reloj—. Llegas tarde. Cuatro horas y media para ser exactos. ¿Qué te ha pasado? Espero de verdad que no llegues tan tarde cuando vayas a la IBA el viernes de la semana que viene, o Venturer tendrá menos oportunidades aún de ganar la franquicia.

Declan lo ignoró y fue hacia Maud.

—Lo siento muchísimo, cariño —dijo—. He oído que has estado maravillosa. Sabía que lo estarías.

La indignación se apoderó de los usuales buenos modales de Monica.

—No sabías nada de eso, hombre cruel, deberían colgarte, arrastrarte y descuartizarte. Ha estado fantástica, pero no gracias a ti. Espera a ver el vídeo.

—Ha sido por una buena razón —contestó Declan, sin apartar los ojos de Maud—, pero como no me gusta parte de la compañía que estás teniendo esta noche, te lo contaré más tarde. Vámonos.

—Pero si es la invitada de honor —exclamó Monica hecha una furia.

Durante un instante, todo el mundo esperó que Maud le pegara una bofetada en la cara a Declan, pero, en vez de eso, ella se acercó y le dio un abrazo.

—Pobrecito, debes de estar muy cansado. Gracias a todos —dijo con una teatralidad espectacular, como la gran estrella que era ahora, y se volvió despacio para sonreír a todo el mundo que había en la estancia— por una fiesta tan encantadora.

Entonces, se agarró del brazo de Declan y lo siguió obediente fuera del escenario.

Caitlin, que acababa de salir del camerino de Maud con Archie, negó con la cabeza.

—Nunca he entendido a esa pareja —soltó.

De camino hacia la salida, Maud y Declan pasaron al lado de Rupert y Cameron.

—Rupert me ha salvado —dijo Maud, ignorando a Cameron, a quien no había perdonado por haberse sobrepasado antes.

—Lo sé —contestó Declan—. Taggie me lo ha contado al entrar. —Llevó a Rupert aparte un instante—. Mira, siento haberlo fastidiado todo, pero Dermot MacBride insistió en que me sentara y leyera toda la obra. No me di cuenta de que su madre era de Gloucestershire y que la obra va de su infancia a las afueras de Stroud. Nos la va a dar, junto con la posibilidad de comprar su siguiente obra. Mañana voy a fijar un precio con su agente. Es una obra muy buena.

—Espero que lo sea —dijo Rupert con frialdad—. Casi pagas por ella un precio más alto que el dinero.

47

Seis días más tarde, el Gatherum, que era el grupo de caza vecino del de West Cotchester, organizó su baile de caza en la preciosa casa isabelina de Henry Hampshire, que se caía a pedazos. Esa sería la última vez que coincidirían los dos consorcios antes de sus reuniones con la IBA la semana siguiente, y, una vez más, el lugar pareció dividirse como en el caso Dreyfus. En una mesa, estaban sentados Freddie y Valerie; Henry Hampshire, que estaba muy metido en su papel como anfitrión, con su mujer Hermione; Declan y Maud, y Rupert y Cameron. Bas se pasaría después con alguna antigua amante, cuyo marido estaba convenientemente en Estados Unidos.

A dos mesas de distancia, estaban sentados los Baddingham, Ginger Johnson y su mujer, Georgie Baines con sus ojos caídos de largas pestañas y con su mujer, Paul y Sarah Stratton, y James y Lizzie Vereker. Aunque algunas de las mujeres de ambos lados intercambiaron algunas bromas y sonrisas de vez en cuando, los hombres se ignoraron a conciencia.

Maud parecía ser el único miembro de Venturer de buen ánimo. Las dos representaciones posteriores de *La viuda alegre* el martes y el miércoles habían tenido el mismo éxito arrollador. Había recibido

cientos de cartas y llamadas telefónicas de felicitación, y el día anterior había almorzado con Pascoe Rawlings, que le había organizado una audición lo antes posible para *Casa de muñecas*. Esa noche, estaba deslumbrante con su melena pelirroja dorada recogida y con un vestido de tafetán de color oro viejo que parecía sospechosamente nuevo y que le daba a sus ojos verdes un tono dorado felino. No cabía duda de que, tras el éxito de *La viuda alegre*, cuando Bas llegara, podría convencerse a la banda para que tocara un vals rápido y él la sacaría a la pista.

Cameron, que había estado editando los brutos de Yeats durante toda la semana y trabajando mucho con Declan en más programas nuevos que presentarle a la IBA el próximo viernes, parecía que había perdido peso y se veía demacrada. Estaba preocupada porque le daba la impresión de que Declan estaba de pronto distante. No quedaba nada de la intimidad que habían compartido en Irlanda. Esa noche, al estar tan cerca de Tony, cosa que estaba claro que odiaba, estaba pálido e irascible. Al ser el único miembro del equipo que llevaba un esmoquin en lugar de un abrigo rojo, su presencia tormentosamente oscura parecía acentuar la melancolía y la tensión de Venturer.

Cameron estaba todavía más preocupada por Rupert, que se había encerrado cada vez más en sí mismo desde que ella había regresado de Irlanda. Tenía pinta de estar exhausto. La nueva mayoría socialista era tan minúscula que los conservadores estaban decididos a revertir la situación en todas las votaciones, lo que se traducía en sesiones nocturnas interminables. Los eternos ensayos de la IBA, a pesar de que tanto Henry como Wesley ahora tenían un don de palabra, también estaban pasando factura. Hasta el propio

Freddie no parecía él mismo. La única que estaba como siempre era Valerie.

—¿Qué estás haciendo, Fred-Fred? —chilló ella cuando Freddie empezó a arrastrarse bajo la mesa jacobea de incalculable valor.

—Buscando micros.

—Creo que es más factible que encuentres carcoma —replicó Valerie con desaprobación—. No entiendo por qué Henry y Hermione no han tirado a la basura todos estos trastos inmundos y oscuros y no han invertido en algunos muebles de reproducción. Además, ¿has visto el estado del lugar? —Valerie ya había deambulado por algunas habitaciones, la larga galería y la gran escalera con sus leopardos heráldicos—. Todo el yeso está desconchado. Hay mucha humedad. Y tendrías que haber visto las polillas que salieron revoloteando cuando toqué las cortinas del dormitorio de Hermione.

—¿No te habías dado cuenta de que es un santuario de polillas? —preguntó Rupert con seriedad—. Ya sabes que Henry es el experto en conservación de Venturer.

Valerie miró a Rupert con los ojos entrecerrados. Nunca estaba del todo segura de cuándo se estaba burlando de ella.

—Por cierto, quería pedirte ayuda —dijo ella bajando la voz— para el cumpleaños de Fred-Fred. Ayer salió un artículo en *The Times* que decía que lo último en el sector de la caza es tener un frasco de latón de jerez sujeto a tu silla de montar.

—Suena fatal —replicó Rupert con un bostezo—. Lo único que yo quiero tener sujeto a mi silla de montar es mi culo.

En ese momento, Tony se detuvo delante de la mesa de Venturer y los analizó divertido.

—Veo que el diablo ha conseguido hacer de las suyas —dijo en voz alta.

—Será porque es mucho más hábil con el rabo que tú —contestó Rupert arrastrando las palabras.

Todos los que estaban en las mesas de alrededor estallaron en carcajadas y Tony se batió en retirada con el rabo entre las piernas.

—Y Ladbrokes ha apostado dos a uno a nuestro favor —le gritó Rupert a sus espaldas.

Valerie se dirigió a Cameron.

—Te veo un poco paliducha. Creo que el negro no es para nada tu color, es demasiado apagado. ¿Por qué no te pasas por la *boutique* y te compras algo bonito para las fiestas navideñas?

—¿Qué diferencia hay entre una tienda y una *boutique*? —preguntó Henry, que se había aburrido ya de darle la bienvenida a la gente.

—Venden lo mismo, pero una *boutique* es cinco veces más cara —contestó Rupert.

Valerie parecía ultrajada cuando Rupert les dio la espalda.

La gente ya se había sentado a sus mesas y los camareros estaban empezando a sacar platos de trucha ahumada por los pasillos. Rupert miró alrededor y se fijó en que el sitio estaba repleto de mujeres hermosas y muy disponibles. Era justo el tipo de velada con la que una vez habría disfrutado, se habría emborrachado y habría hecho muchas travesuras con la mitad de las mujeres sin dejarse ni una sola cama con dosel que probar. ¿Qué narices le pasaba? Ya ni siquiera le apetecía acostarse con Cameron.

—¿Dónde está Taggie? —preguntó Valerie mientras agarraba el tenedor—. De eso nada. Deja el panecillo, Fred-Fred.

—Cuidando de los perros —respondió Maud sujetando su copa para que le sirvieran más Muscadet—. No sé qué es lo que le pasa por la cabeza ahora mismo, está como alelada. He intentado convencerla para que viniera esta noche, pero no ha querido. No tenía pareja. A su edad, yo tenía hordas de chicos haciendo cola por mí.

—Cuando se resuelva el tema de la franquicia, deberíamos buscarle entre todos un chico decente —propuso Cameron.

—No seas absurda —espetó Rupert—. No tenéis que buscarle novios a nadie. Taggie es perfectamente capaz de encontrar a alguien ella solita. —Soltó el tenedor junto a la trucha que apenas había tocado y, tras rechazar una copa de vino, le pidió al camarero que le trajera una botella de whisky.

Al otro lado de la mesa de Corinium, Sarah Stratton se dejó caer al lado de James.

—No deberías estar aquí —siseó él lanzándole la misma mirada que un cultivador de delfinios reservaba para las babosas—. Se supone que la mujer del alto sheriff va sentada ahí.

—He cambiado los nombres de sitio —le respondió Sarah en el mismo tono—. No creo que quieras sentarte junto a esa vieja chocha.

—Pues te has cargado la distribución de asientos de Monica —repuso James indignado—. Y eso significa que Tony va a sentarse ahora junto a la mujer del alto sheriff, y eso no le va a gustar ni un pelo.

—Se lo tiene merecido por haber tratado de separarnos. Te quiero.

—Habla más bajo. —James miró con discreción a su alrededor.

—Subiré aún más el tono si no dejas que me siente. Seguro que tienes un programa en *Cómo seguir casados* sobre cómo no sucumbir a la tentación, ¿no? Bueno, pues puedes ir documentándote esta noche.

En Priory, tras haber enviado a sus padres al baile, Taggie se preguntaba desolada qué iba a hacer el resto de la noche. La única película decente que había en la tele era una italiana y ella era incapaz de leer los subtítulos lo bastante rápido como para enterarse de lo esencial. Hacía una noche horrible. El viento aullaba al otro lado de las ventanas intentando entrar para resguardarse del frío. La nieve no paraba de caer y ya llegaba a la altura de las ventanas y hacía que los árboles de hoja perenne se inclinaran por su peso. Menos mal que había un buen fuego en el pequeño salón. Gertrude, Aengus y Claudius estaban repantigados delante de las llamas. Los troncos eran de su bosque, bueno, más bien ahora era de Rupert; todo parecía girar en torno a él.

«¿Cómo voy a vivir mi vida sin él si ni siquiera puedo disfrutar de una ansiada noche libre?», pensó con desesperación.

Pegó un respingo cuando escuchó un repentino golpe en la puerta. El timbre seguía bloqueado con papel higiénico para disuadir a los acreedores. Fuera estaba Hazel, una de las maquilladoras de la BBC que antaño había trabajado con Declan en su programa y que se había convertido en una buena amiga de la familia. Los copos relucientes en su cabello le daban un toque extra de glamour. Había estado trabajando en Bristol y ahora iba de camino a casa.

—Todos están fuera menos yo —se disculpó Taggie—, pero entra y tómate algo.

—Qué casa más encantadora, parece gótica de verdad —dijo Hazel asombrada cuando entraron en el salón.

—No me lo cargues mucho —graznó cuando Taggie le sirvió un vodka con tónica—. Tengo que conducir hasta Londres.

—Pues quédate a dormir —la instó Taggie—. No puedes conducir con este tiempo y mi padre se quedaría de-de-devastado por no haberte visto.

—No me puedo creer que Caitlin esté ya haciendo los exámenes de secundaria. Si era una renacuaja —comentó Hazel veinte minutos después—. Y que Patrick haya sacado matrícula de honor, y además es tan alto como tu padre ya. Espero que tu padre consiga la franquicia, en serio. Todos los de la BBC estamos con él. Tony Baddingham no es más que un mierda.

El teléfono sonó. Era Bas.

—Taggie, cariño, tienes que venir al baile.

—No puedo —gimió Taggie—. Tengo a alguien en casa.

—Pues nos desharemos de esa persona. Annabel, mi cita, lleva todo el día fuera en la Belvoir y hay demasiada nieve para que pueda conducir hasta aquí, además de que está derrotada de todas formas. Así que no tengo con quién ir y no se me ocurre nadie más delicioso que tú.

—Pero no tengo nada que ponerme.

—No te preocupes. Llegaré dentro de una hora con unos cuantos vestidos.

—Me acaban de pedir que vaya al baile de caza —dijo Taggie pasmada.

—Estupendo —contestó Hazel con entusiasmo—. Yo cuidaré a los perros. Ve, lávate el pelo y date un baño. Yo misma te maquillaré.

Vas a ir guapísima.

Bas, fiel a su palabra, llegó una hora después con uno de los asientos traseros cargado de vestidos de gala.

—¿De dónde los has sacado? —preguntó Taggie sorprendida.

—Del Departamento de Vestuario de Corinium —contestó Bas—. Tienen una seguridad nefasta.

—Qué hombre más guapo —musitó Hazel con envidia—, y mira que en mis tiempos pasaron galanes por mis manos.

—Este vestido es de la marca B-A-L-Main —deletreó Taggie despacio—. ¿Qué pasa si lo rompo al meter la pierna?

—Pruébate el rojo —respondió Bas—. Creo que es, de lejos, el color que más te favorece, y si alguien te mancha de vino tinto, por lo menos no se verá.

—Pero tiene un escote grandísimo —replicó Taggie con dudas.

—Pues mejor —comentó Hazel, mientras comprobaba los rulos de Carmen Curlers—. Venga, decídete. Que te quiero peinar.

En la fiesta, la cena había llegado a su fin y el baile había comenzado. Monica había dado muestras de su amabilidad al ocultar que nadie más que ella sabía que Valerie se había presentado a la audición para los papeles de Maud y de Monica en *La viuda alegre* y no la habían cogido. Valerie, que todavía estaba dolida por el rechazo (ella lo habría hecho mucho mejor que Maud), estaba decidida a demostrar sus dotes como bailarina, así que había arrastrado a la pista a un Freddie muy reticente al que ahora estaba echando la bronca.

—¿Es que no puedes concentrarte ni un minuto, Fred-Fred? He dicho *fishtail*, no *telemark*.

A través del remolino de abrigos rojos y vestidos de colores vivos, Freddie pudo ver a Lizzie con su vestido rosa fucsia siendo arrastrada a través de la pista por James, que al fin había conseguido quitarse de encima a Sarah.

Cuando pasaron cerca de Tony, que estaba sentado a la mesa de Corinium, James pegó a propósito la mejilla y el cuerpo contra Lizzie.

«No lo aguanto», pensó Lizzie desconsolada. Creyó que ver a Freddie esa noche en vez de no verlo en absoluto sería algo bueno, pero solo lo había empeorado muchísimo.

Freddie, que miraba a la otra punta de la sala, se moría de ganas por darle un puñetazo a James en su nariz perfecta y recta y llevar a Lizzie arriba y subirla a una cama con dosel infestada de polillas, arrancarle el vestido fucsia y besarla de arriba abajo.

—Fred-Fred —chilló Valerie en su oído—, ¿estás piripi? Estamos bailando un foxtrot.

Declan bailaba con Maud, que estaba con la mente en otra parte. Por encima del hombro de su marido, comprobó la hora en su reloj dorado. Bas llegaba muy tarde. En la mesa de Venturer, Cameron se había dado cuenta al ver a Rupert servirse otro whisky largo de que se había propuesto emborracharse. La gente se paraba a saludarlo, pero cuando veían la expresión férrea de su cara y el brillo siniestro de sus ojos, se largaba de inmediato. Cameron, muy consciente de que Tony, a dos mesas de distancia, hablaba en voz baja con Ginger Johnson y observaba todos los movimientos de ella, trató de mantener una conversación con Rupert, pero él solo respondía con monosílabos y eso hizo que le hirviera la sangre.

«¿Por qué dejas tan claro que no te intereso en absoluto?», quería gritarle. ¿Acaso él la estaba incitando a propósito a que volviera con Tony?

—Que sepas que el próximo baile me toca a mí —le dijo Henry a Cameron.

—Ah, estupendo. Por fin ha llegado Bas —dijo Maud, recogiéndose un mechón de pelo de la parte de atrás.

—¡Madre mía! —exclamó Henry anonadado con la copa de vino a medio camino de los labios—. ¡Qué chica más impresionante!

—Poco le queda a Annabel Kemble-Taylor de chica —replicó Rupert, que estaba de espaldas a la pista—. Se ha pasado a medio Leicestershire por la piedra.

—Es preciosa. De lo más espectacular —comentó Freddie haciendo uso de sus anteojos—. ¡Ostras! Si es Taggie.

Rupert se dio la vuelta y se quedó sin aliento. En efecto, allí estaba Taggie flotando por el suelo, de rojo, con los labios pintados y sus inmensos ojos delineados con kohl, la melena negra como una masa de bucles serpenteantes, con los hombros, mucho más tersos y lozanos que los de Maud, emergiendo de un vestido color carmesí fruncido con un polisón debajo. Todo el mundo se volvió para mirarla boquiabierto. Basil, que llevaba detrás de ella catorce meses a pico y pala, parecía tremendamente pagado de sí mismo.

—Pareces un *cracker* navideño —susurró en su oído mientras le acariciaba el vestido fruncido—. Y, joder, no puedo esperar a disfrutar de mi regalo.

Taggie soltó una risita. Se sentía un poco abrumada por lo distinta que Hazel la había dejado y la sensación que parecía estar causando. Solo tenía en mente complacer a Rupert. Quería

demostrarle que por fin había madurado, pero cuando vio que él tenía la mirada fija en ella y que no había ni rastro de su sonrisa, su coraje flaqueó y se dio un tirón del vestido hacia arriba. Entonces, justo cuando Bas y ella alcanzaron la mesa de Venturer, la banda volvió a tocar.

—*Lady in Red* —dijo Bas encantado—. Qué apropiado. —Y, acto seguido, le quitó a Taggie el bolso, lo dejó caer delante de Rupert en un gesto curiosamente insolente y la arrastró hasta la pista de baile.

—No sé bailar —alegó Taggie medio riéndose—. De verdad de verdad que no sé.

—Ya verás como conmigo sí —repuso Bas colocando la mano en su cintura—. Esta balada lenta es una buena canción con la que empezar. Podrían haberla escrito para ti, estás preciosa. *Never seen you looking so lovely as you do tonight* —canturreó—, *never seen you shine so bright*.

—Me noto un poco rara con el pintalabios —comentó Taggie.

—No te preocupes, te lo quitaré a besos después.

Taggie se sonrojó. Él era por lo menos doce centímetros más alto que ella, ágil y fuerte, y tenía un sentido latino del ritmo que Taggie no tardó en seguir.

—Bailas muy bien —comentó él plantando su mejilla contra la de ella.

—Puedo hacerlo —dijo Taggie emocionada—. Puedo bailar de verdad.

—*The lady in red is dancing with me* —canturreaba Bas atrapado en su mirada—. *There's nobody here, just you and me*. Bendita Annabel por tener un día agotador en la Belvoir.

—*Lady in red, Lady in red* —cantaba Taggie con aire soñador fuera de tono y sin saberse más palabras—. Qué canción más bonita.

—Y tú eres la chica más bonita de todas —dijo Basil, y le dio un beso estilo francés en el hombro.

—Bas es el hombre más rápido en campo a través —comentó Henry con aprobación.

—Dirás más bien en la pista de baile —dijo Freddie—. Hacen buena pareja, ¿verdad?

Maud tenía un aspecto glacial y Cameron observaba a Rupert, que tenía la cara como el mármol, pero los tendones del dorso de la mano con la que apretaba la copa parecían cables subterráneos. No apartó los ojos de Taggie mientras Bas y ella se deslizaban por la pista. Entonces, de sopetón, cuando la música se detuvo y Bas inclinó su cabeza de melena lisa y reluciente y besó a Taggie en su boca carmesí, apretó con tanta fuerza la copa que la rompió. Por sorprendente que pareciera, no se cortó, pero sí que había cristales por todas partes.

—Mi tía es muy supersticiosa —dijo Valerie cuando un camarero se acercó con mucha diligencia con una escoba y un recogedor—. Si rompía algo valioso, se iba corriendo al fondo del jardín y hacía añicos dos tarros de mermelada para romper la racha de mala suerte.

—Bueno, como a Rupert le acaban de romper el corazón —dijo Cameron con mordacidad—, solo habrá que romper una cosa más.

—Cállate —gruñó Rupert mientras se echaba un trago de whisky en una copa de vino que había cerca.

Declan le lanzó una mirada de advertencia. La situación no mejoró cuando Bas se acercó a la mesa con Taggie.

—¿A que ha sido una buena jugada? —preguntó fardando—. Annabel se ha echado atrás, así que la suplente ha ocupado su lugar. Sabía que te alegrarías, querida Maud —añadió con despreocupación cuando se inclinó para darle un beso a Maud en su mejilla tensa—. Ayer te quejabas de que a Taggie le hacía falta un poco de diversión.

—Estás perfecta —le dijo Freddie.

—¿De dónde has sacado ese vestido? —preguntó Valerie con aire acusador.

—Del Departamento de Vestuario de Corinium —contestó Basil mientras le lanzaba el panecillo de Freddie a Georgie Baines, que estaba en la mesa de al lado—. ¿A que le queda bien?

—Está preciosa —dijo Declan con orgullo—. Pero asegúrate de que no está pinchado.

—En todo caso, lo único que captaría el micro sería el martilleo de su corazón porque está conmigo —replicó Bas apretando la mano de Taggie.

Ella miró con timidez a Rupert, que la estaba observando en ese momento con una expresión de total indiferencia. De pronto, se sintió como si se hubiera llevado un chasco. Había puesto toda la carne en el asador, pero no había habido forma de conquistarlo. Aunque no había tiempo para preocuparse. Al segundo siguiente, un Henry muy emocionado la sacó a bailar. Estaban dando vueltas por la pista con mucho decoro cuando la banda comenzó a tocar *Rock around the Clock*.

—Ja, ja, ja —dijo Henry, de repente tan motivado como una tarántula puesta de anfetas—. Esta canción me la sé. A este perro

viejo todavía le queda mucha vida por delante. —Y lanzó a Taggie por la pista con una energía increíble.

Cada vez que le daba vueltas, estaba a punto de que se le cayera el *cracker* navideño que era su vestido. «Como siga así, va a sacar un gorro de papel y un mensaje de un momento a otro», pensó Taggie mientras no paraba de subirse el vestido una y otra vez. Cuando la banda paró de tocar, un joven se abalanzó hacia ella y le pidió que bailara con él, y luego fue otro, y otro más. Todos le pidieron el teléfono y le dijeron que la llamarían.

En la mesa de Corinium se armó un gran revuelo porque Tony había ganado un televisor portátil en la tómbola y se lo tomaron como una señal.

—Pronto ya no le hará falta —gruñó Declan, cada vez más preocupado por Rupert.

Freddie también se había esfumado, en teoría para llevarle a Valerie un poco de limonada, pero eso había sido hacía tres cuartos de hora y se podía ver que James Vereker estaba buscando a Lizzie por todas partes mientras intentaba escapar de Sarah. Bas reclamó otro baile con Taggie y convenció a la banda para que volviera a tocar *Lady in Red*. Cuando Taggie y él pasaron bailando, toda la banda se puso en pie para homenajear su belleza.

Rupert llevaba ya tres cuartas partes de su botella de whisky cuando una de sus votantes más enérgicas se acercó y le dio un señor golpe en el hombro.

—Sé que no es un buen momento, pero ¿podríamos hablar de la autopista Swindon-Gloucester?

La cara de la mujer era del color y la textura de la cecina y estaba demasiado cerca de la de Rupert.

—Que le den a la autopista —contestó él.

La cecina pareció hincharse y oscurecerse como el interior de una morcilla.

Dejándola pasmada y con la boca abierta, Rupert se puso de pie y llegó a la pista justo cuando Taggie y Bas estaban marchándose. Agarró a Taggie de la mano y la arrastró de vuelta a la pista. Solos en el centro, se miraron el uno al otro. Despacio, Rupert examinó los ojos enormes pintados de negro casi febriles, la boca temblorosa de color rubí, los pálidos pechos temblorosos y cubiertos por el vestido fruncido carmesí. Adoraba el aspecto normal que tenía con su ropa vieja y sin apenas maquillar, pero esta versión nueva de una Taggie adulta y glamurosa no le gustaba en absoluto.

—¿Qué ocurre? —tartamudeó ella, y retrocedió un paso, como si se hubiera quemado con la desaprobación que ardía en sus ojos—. Creía que te iba a gu-gu-gustar.

—Pareces totalmente una fulana —contestó con acritud—, y como has venido con Bas, está claro que también te vas a comportar como una.

Taggie soltó un grito ahogado de horror cuando Rupert dio media vuelta y se volvió derecho a la mesa.

—¿Qué ha sido eso? —se burló Cameron—. Pensaba que te gustaban las jovencitas con pechos más grandes que su cociente intelectual.

—Me van más que las putas listillas estadounidenses —gruñó Rupert.

Cameron se marchó al baño de señoras hecha una furia, pasando por delante de escudos heráldicos, armaduras y cornamentas de distintos tipos de ciervos. Rupert era un cabrón, un gilipollas, pero cuando ella vio su propio reflejo en el espejo antiguo y polvoriento, que debería haber sido el de una diosa, no pudo culparlo por desatenderla. Tenía una pinta espantosa, y el vestido negro que ella pensaba que le iba a dar un aire sofisticado y discreto se pasaba tanto de discreto que prácticamente la había vuelto invisible. ¿Por qué narices no se había puesto su vestido negro de ante? Con fuerza, se aplicó colorete en los pómulos y se vació lo que le quedaba del perfume Jolie Madame (vaya nombre más inapropiado) en las muñecas y en el cuello.

Cuando salió de la larga galería, vio emerger a Tony de detrás de una armadura y retrocedió bruscamente, aunque él fue más rápido que ella. La agarró de las muñecas y la arrastró a una alcoba detrás de una enorme urna llena de jacintos azules. Cameron trató de zafarse, pero él era más fuerte. Ay, ¿por qué aquel olor dulzón y embriagador la hacía casi desfallecer de anhelo?

—Te he echado de menos —dijo él mientras recuperaba el aliento —. Nunca he dejado de echarte de menos. Te necesito. Corinium te necesita. Vuelve con nosotros.

—No seas infantil, joder —siseó Cameron—. ¿Después de la jugarreta que nos has hecho?

—Pienso cargarme a Venturer —dijo con crueldad—. Y tú irás detrás. No tienes ni idea del as que tengo guardado bajo la manga.

Cameron intentó que no se notara su desconcierto.

—Nunca lo lograrás. La IBA sabe de lo que eres capaz.

—Cuando haya acabado con Venturer, pareceré todo un angelito resplandeciente.

Tony la acercó a su cuerpo, le acarició la cavidad torácica y, a continuación, presionó la palma de la mano contra su pecho a la vez que deslizaba la otra despacio hacia su culo. La estaba evaluando, no era algo fruto de la lujuria.

—Cariño —suspiró—, antes tenías una figura espectacular. Y mírate, ahora podrías hacer un anuncio para combatir la hambruna.

—No seas desagradable.

—Es que me entristece que hayas descuidado tanto tu aspecto. —La mano seguía moviéndose en círculos sobre su culo. Ella se estremeció, incapaz de evitar retorcerse e impotente ante el deseo rebelde. Tony siempre le hacía lo mismo.

—He estado trabajando, por Dios.

—Tú siempre te creces con el trabajo. No, tienes problemas con Rupert. Os he visto esta noche y el viernes pasado.

De repente, Cameron se dio cuenta de a qué le recordaba el aroma de los jacintos azules: al olor mucho más tenue de las campanillas en el bosque de Rupert el primer fin de semana que pasó en Penscombe.

—Se ha encaprichado de Taggie O'Hara, ¿verdad? —se regodeó Tony—. Está en boca de todos.

A lo lejos, la banda cantaba a los cuatro vientos *Mack the Knife*. Era como si Tony le estuviera clavando en el corazón a Cameron el cuchillo del que hablaba la canción.

—Mentira —contestó ella con un sollozo, y huyó de él oyendo cómo se reía a sus espaldas mientras la seguía por toda la larga galería.

Cameron estaba tan angustiada que no se fijó en que Declan estaba escondido junto a una cómoda alta. Preocupado por su pelea con Rupert, había ido a buscarla para consolarla y apoyarla. Estaba a punto de llamarla cuando se quedó congelado al ver a un hombre emerger desde detrás de una urna. El brillo de su anillo de sello cuando se alisó el pelo y la expresión casi orgásmica que tenía en la cara cuando pasó no dejaron lugar a dudas de quién era.

Declan volvió a la mesa de Venturer, pero solo estaban Maud y Freddie.

—Estuviste espectacular en *La viuda alegre* —le estaba diciendo Freddie.

—¿En serio? —respondió Maud muy contenta.

—¿Qué pasa? —le preguntó Freddie alarmado cuando vio la cara que tenía Declan, que se sentó y fue derecho al grano.

—Acabo de ver a Cameron hablando con Tony.

—A lo mejor se estaban saludando.

—No, fue una conversación larga y muy íntima. Ella estaba llorando cuando se marchó y él parecía muy complacido.

—Mierda —contestó Freddie—. Eso es por culpa de Rupert. Lleva portándose fatal con Cameron toda la noche.

—Lo que es mucho mucho peor es que ha estado trabajando conmigo toda la semana en el acuerdo con Dermot MacBride y en las negociaciones con la Royal Shakespeare. Si se lo cuenta, estamos jodidos.

—Sigo creyendo que ella no es así —repuso Freddie—. Quizá solo estaban recordando viejos tiempos.

—Nos vamos —dijo una voz.

Era Bas, que tenía el brazo alrededor de una Taggie algo llorosa.

—Pero si acabáis de llegar —replicó Maud histérica.

—Lo sé, pero tenemos que ir a otro sitio —respondió Bas.

De pronto, se oyó un chillido entusiasmado cuando Henry entró a caballo en el salón de baile y dio la vuelta a la pista rodeado de sabuesos. Tenía nieve en los hombros y en el sombrero negro, y todos los sabuesos tenían nieve en la cara y movían ansiosos la cola. Todo el mundo se puso corriendo a vitorearlos. Hubo miradas de espanto cuando uno de los sabuesos trotó tranquilamente hasta la mesa de Corinium y alzó la pata sobre el respaldo de la silla de Tony.

—Ojalá ese perro fuera un miembro de la IBA —comentó Freddie.

Para cuando los sabuesos se fueron, Cameron y Rupert ya habían vuelto a la mesa. Declan notó que él también tenía nieve en el pelo y estaba temblando muchísimo. Maud parecía de lo más disgustada de pronto, sobre todo cuando Valerie señaló lo muy interesado que parecía Bas en Taggie.

—Ya podría buscarse a alguien de su edad —dijo ella con suficiencia—. Por cierto, ¿dónde se han metido?

—Se han ido —respondió Declan.

—¿A dónde? —preguntó Rupert alzando la vista de pronto.

—No lo sé.

—Coge tu abrigo —le dijo Rupert a Cameron.

Él estaba esperando en el vestíbulo mientras observaba un búfalo con unos ojos tan vidriosos como lo suyos y se esforzaba por ocultar su impaciencia.

—No es fácil sacar el abrigo de debajo de un marido jadeante y de la mujer de otro —espetó Cameron.

Fuera, la nieve tenía ya diez centímetros de profundidad. A medida que los vestidos largos de los invitados que se marchaban desfilaban sobre el césped blanco, la nevisca parecía desdibujar la enorme casa. Un grupito de jóvenes alborotadores, que sin duda tenían todos el número de teléfono de Taggie en el bolsillo, se enzarzaron en una pelea de bolas de nieve. Cameron tuvo la impresión de que había retrocedido cuatrocientos años.

—Yo conduzco, que tú estás borracho —le dijo a Rupert cuando llegaron al coche.

Cuando el Aston Martin patinó sobre la carretera, al igual que hizo Tambor sobre el hielo, Cameron pensó para sus adentros que debía tener cuidado, pues Rupert había llegado hasta tal punto de embriaguez que podría tener un estallido violento en cualquier momento. Después de que Tony le levantara la mano, tenía miedo de que ocurriera otra vez. Sin embargo, cuando se detuvieron delante de Penscombe Court, Rupert aguardó a que ella saliera del coche y, acto seguido, se deslizó hasta el asiento del conductor y arrancó en mitad de una nevada tremenda.

Sin poder parar de llorar, Cameron se metió en la casa y, tras gritarles a los perros que se quitaran de en medio, fue derecha al despacho de Rupert y se puso a rebuscar. En el cajón inferior del escritorio, bajo el papel de revestimiento, encontró lo que estaba buscando: aquella carta tan mal escrita y con tantas faltas de ortografía que Taggie le había escrito a Rupert para darle las gracias por Claudius y dos fotografías de ella corriendo por el bosque. Cameron se quedó petrificada cuando vio la segunda. Los hijos de Rupert también estaban allí con Taggie. Los dos la cogían de las manos y se reían. Las hojas de las hayas eran de color rojo fuego,

por lo que parecía otoño, y Tab llevaba su falda abullonada, así que debía de ser de ese año. Joder. Y encima parecían muy felices. Eso tenía que haber sido mientras ella estaba en Irlanda. Seguro que por eso Rupert había estado tan reacio a que los niños fueran a la casa a partir de entonces e insistía en estar con ellos él solo, por si acaso se les escapaba algo de Taggie. Eso era casi lo peor de todo, que ella había fracasado de forma estrepitosa con los niños y Taggie no. Bajo el papel de revestimiento, también había un montoncito de hojas descoloridas que no supo cómo interpretar.

Rupert sabía que había bebido demasiado para conducir, pero le daba lo mismo. De todas maneras, siempre había saltado con los caballos cuando estaba borracho con mucha más agilidad y destreza. Sin poder contenerse, fue hasta Cotchester y aparcó frente al Bar Sinister. Los tejados de las casas de color miel tenían un manto de nieve encima en ese momento. Los copos caían como enormes osos polares en su capó, casi obstaculizándole la visión, pero tampoco tanto como para no poder ver las luces del piso de arriba. Era evidente que Bas estaba en casa.

Jesús, ¿por qué había sido tan cabrón con Taggie? Ella se había presentado allí con una pinta impresionante, pero a él no le había gustado nada porque quería que siguiera siendo su pequeña adolescente. En el fondo, tenía la esperanza de que hubiera sido siempre así. La razón le decía que no debía intentar conquistarla jamás, que un día Taggie encontraría a algún chico de su edad bueno y aburrido que cuidara de ella. No obstante, no le había dado muchas vueltas y tampoco se había dado cuenta de que se vería sumido en un ataque de celos porque se la había robado delante de

sus narices el segundo peor canalla del condado, que seguro que la estaba iniciando en los placeres de la carne en ese instante.

Se echó sobre el volante y gimió. Se moría de ganas por romper la puerta a patadas, cargarse a Bas y llevarse a Taggie de vuelta a Priory como si fuera un padre de un melodrama victoriano. Estaba sumido en tal desdicha que no había notado el frío siquiera. Poco a poco, la nieve estaba tapando el parabrisas, así que tuvo que arrancar el motor para poner en marcha los limpiaparabrisas y, justo entonces, se abrieron las puertas del balcón y Bas y Taggie salieron. Ella llevaba el abrigo rojo de él. Al bajar la ventanilla, Rupert pudo oír que la chica gritaba como una niña pequeña ante la belleza de la nieve. Acto seguido, Bas cogió la que había en la barandilla del balcón para hacer una bola y se la entregó, pero ella solo consiguió lanzarla unos metros en la fantasmagórica calle blanca.

—Veo que nunca jugaste al críquet en el colegio —dijo Bas con cariño.

Después, la agarró por las solapas del abrigo, la acercó y la besó despacio. Estaban tan a lo suyo que ni siquiera se percataron de que Rupert se encontraba allí. Totalmente sobrio, condujo de vuelta a Penscombe.

Durante el resto de la semana, aquello pareció la guerra de broma. Rupert y Cameron fueron de lo más educados el uno con el otro. Ella trabajó en la franquicia y él se largó a Roma el domingo para asistir a una reunión con el Comité Olímpico Internacional, pero volvió el miércoles por la noche a casa.

El único momento en el que Cameron lo sorprendió con la guardia baja fue cuando lo vio de refilón en el despacho viendo una película

de Lassie. Estaba abrazando a Beaver y le corrían lagrimones por las mejillas.

48

Después de haber almorzado al día siguiente, quitado los restos de nieve helada del comedero de los pájaros y haberles dado de comer por cuarta vez, a Declan le costó muchísimo salir del camino de entrada de su casa para ir a ver a Freddie. Las máquinas quitanieves habían estado trabajando en las carreteras principales, pero las secundarias estaban fatal. Por una vez, la belleza del paisaje blanco y negro no lo encandiló. Pasó junto a muchos coches, todos cubiertos de nieve, que debían de haber dejado abandonados la noche anterior, y un granjero que intentaba desenterrar desesperado algunas de sus ovejas antes de que anocheciera. El cielo era de un tono amarillo mostaza apagado, lo que prometía más nieve. ¿Qué hubiera pasado si nadie del consorcio de Venturer hubiera conseguido llegar a Londres para la reunión de la IBA? El camino a casa de Freddie ya estaba bastante vacío de nieve.

—He mandado al ayuntamiento un telegrama para que despeje los caminos —dijo con una gran carcajada—. De hecho, les he dado un par de billetes de diez libras para que se desviaran y pasaran por delante de la casa.

Le sirvió a Declan un copazo de brandi y lo llevó al estudio. Daba gusto lo cálida que estaba la casa en comparación con Priory. Fuera,

el jardín de Valerie nunca había estado tan bonito, totalmente oculto por la nieve, sin ningún color chillón, con la enorme rocalla transformada en unos Andes en miniatura, los enanos de jardín y los querubines de plástico convertidos en criaturas de fábula. Incluso las hileras de rosas híbridas se habían convertido en un ejército blanco que alzaba puñados de nieve. Declan pensó en que si Valerie se mudaba al Ártico, igual podría convertirse en una jueza de jardines con buen gusto, una Vita Sackville-North.

Freddie estaba de un humor de perros, blandiendo el ejemplar de *The Telegraph* con un artículo sobre la inminente lucha de franquicias.

—Dice que cuatro de las empresas titulares son vulnerables y nombra a Corinium como una de ellas. También añade: «Venturer, el rival de Corinium debe ser considerado como una fuerza creativa y de administración considerable». Luego, sigue diciendo: «Corinium se enfrenta a un gran reto, y por ello sus participaciones se están vendiendo con un descuento sustancial respecto a sus acciones».

—No entiendo a qué se refiere con eso —comentó Declan.

—Da igual. Créeme, es bueno. Vamos por buen camino, tío.

—¿Qué vamos a hacer con Cameron y Tony?

Freddie mordisqueó el puro.

—No me puedo creer que ella haya vuelto.

—Yo tampoco, pero todavía no hemos descubierto quién filtró los nombres de los otros topos a Tony.

—¿Qué tal se comportó en Irlanda? —preguntó Freddie.

—De maravilla —contestó Declan con nostalgia.

—Bueno, pues entonces supongo que está loca por Rupert y, cuando él comenzó a darle evasivas anoche, Tony vio su oportunidad

y la abordó cuando salía del baño de señoras.

Declan pensó que eso era más complejo. Para reforzar su inseguridad crónica, Cameron tenía que tener un hombre en su vida y, tras aquella noche en Galway, cuando le había tirado los trastos sin lugar a dudas, ya no pensaba que era propiedad exclusiva de Rupert. También le había cabreado lo mucho que le había molestado haberla visto con Tony.

—Hasta ahora, hemos sido muy directos al librar esta batalla —dijo Freddie.

—Excepto cuando Rupert sedujo a Cameron al principio.

—Pero ahora hay tanto en juego —prosiguió Freddie— que deberíamos ponerle un detective privado a Tony y hacer que Rupert le ponga un micrófono diminuto a Cameron en su bolso.

Había empezado a nevar otra vez, y los copos caían oscuros contra el cielo amarillo apagado y se perdían de vista al tocar el suelo.

—A estas alturas, es mejor no meter a Rupert en esto —contestó Declan—. Si se entera de que está hablándose con Tony, puede liarla parda y mandarla de vuelta con él de una vez por todas. Igualmente, tiene un montón de bolsos. Seguro que Rupert mete el micrófono en el que no es, y mañana se va a Roma tres días.

—Está bien —respondió Freddie mientras apagaba el puro y se ponía de pie—. Comenzaremos por ponerle un detective privado a Tony. Conozco a uno muy bueno. Déjamelo a mí.

Declan percibió que Freddie tenía prisa por que se fuera.

—¿Dónde está Valerie? —preguntó.

—Ha ido a ver a su hermana a Cheam.

—¿Quieres venir a casa a cenar?

Freddie negó con la cabeza.

—No está la noche para salir, pero gracias. Tengo un montón de trabajo que hacer. No paro de olvidarme de que soy el director ejecutivo de una empresa de capital abierto.

Freddie reflexionó con pesar después de la partida de Declan que cometer adulterio te hacía contar un montón de mentiras terribles. James Vereker estaba pasando la noche en Londres en otro simulacro de Corinium. La niñera de Lizzie estaba libre el fin de semana. Tenía que acordarse de llamar por teléfono a Valerie antes de marcharse para que así no lo llamara ella y se diera cuenta de que él estaba fuera.

Cuando llegó a la casa de Lizzie, se alegró de que la nevada constante cubriría todas las marcas de ruedas a la mañana siguiente. Lizzie lo estaba esperando, así que no debía tocar el timbre, para no despertar a los niños.

Ella lo recibió con una bata de seda amarillo prímula, sonrosada, cálida y perfumada con Floris tras el baño. Las luces de la habitación eran tenues, pero había un fuego chisporroteando alegre en la chimenea. Las lenguas de las llamas reflejadas parecían lamer el techo con lascivia. Una vez que hubo tomado nota mentalmente para eliminar las pruebas al día siguiente a primera hora, Lizzie dijo que había una botella de Moët para abrir. Pero, en vez de eso, Freddie abrió su bata de seda y sintió que se le paraba el corazón. Lizzie solo llevaba puestos unos tacones negros y un corsé del mismo color que le alzaba los pechos, le moldeaba la cintura y se acababa justo encima de su húmeda vagina rubia, excepto por las

cuatro tiras negras que sujetaban unas medias de rejilla del mismo tono.

—Eres lo más bonito que he visto nunca —murmuró Freddie—. Ven a vivir conmigo y sé mi pareja. Déjalo todo —añadió mientras Lizzie comenzaba a desabrocharse.

Freddie se arrodilló, le quitó los tacones y, besándole el empeine, empezó a darle besos en su recorrido hacia arriba hasta que pudo enterrar la cara en el blando malvavisco entre sus muslos. Lizzie se inclinó para quitarle el jersey y la camisa, sintiendo cómo se le tensaban los músculos del vientre cuando le desabrochó el botón del pantalón. Había un espejo inmenso en el techo. A James le encantaba ver su propio reflejo cuando hacía el amor. En contraste con la belleza ágil, firme y bronceada de él, Lizzie siempre se había sentido como una señora de las que pintaba Beryl Cook. Con Freddie, se sentía delgada y hermosa, y deseó ver todo lo que pasaba.

—Nunca antes había tenido sexo mirándome en el espejo —dijo Freddie dichoso.

La nieve en el alféizar de la ventana había aumentado unos cinco centímetros. Freddie había aumentado unos centímetros y había vuelto a disminuir. La leña había desaparecido en la chimenea antes de que Lizzie se apoyara en un codo y le alisara a Freddie los bucles dorado rojizos del pecho.

—Te quiero —dijo en voz baja para no despertarlo.

Freddie abrió un ojo.

—He dicho en serio lo de que te vinieras a vivir conmigo y seas mi pareja —repitió.

El martes siguiente por la mañana, James Vereker tuvo un desayuno inusual e íntimo con su hija de cinco años, Eleanor. Por lo general, James huía del escándalo que formaban los niños pequeños por la mañana y o bien comía muesli, ciruelas pasas y té de hierbas en la cama, o bien desayunaba en la cafetería de Corinium tras entrenar en el gimnasio. Esa semana, Lizzie y él estaban grabando el segundo programa sobre cómo los hijos enriquecen o limitan un matrimonio. James ya había escrito su guion, que comenzaba con «Como padre que se preocupa, yo…», y ahora estaba investigando un poco sobre la paternidad entre lectura y lectura de *The Guardian*.

Sebastian, el hermano de Ellie, que ya se había puesto empapado haciendo un muñeco de nieve y casi se había ahogado probando el hielo del lago, estaba arriba cambiándose de ropa con Jilly, la niñera en la que podían confiar. Lizzie estaba trabajando. Ellie estaba comiéndose un huevo pasado por agua, sumergiendo distraída rebanadas de pan tostado con mantequilla en la yema.

—Espero que veas esta noche *Resumen de Cotswold* —le sugirió James—. Vamos a ir de visita al zoo a grabar un nuevo cachorro de oso polar al que han llamado James por mí.

—La otra noche vi a Freddie desnudo —comentó Ellie, distraída.

—Creo que no conozco al oso Freddie —respondió James—. ¿Lo echaron por la BBC o en uno de nuestros programas?

—Vi a Freddie desnudo —repitió Ellie.

—Ya te he oído —contestó James con paciencia—. ¿Son unos dibujitos animados nuevos?

—No, Freddie desnudo. Estaba en la cama con mamá. Estaban luchando.

James soltó la cuchara.

—¿Cómo?

—Quería beber agua, así que fui a la habitación de mamá y Freddie y ella estaban en la cama. Freddie estaba desnudo, pero mamá llevaba unos calcetines largos y el culo al aire.

James se puso rojísimo.

—¿Me estás intentando decir que mamá estaba en la cama con alguien…, eh…, alguien que no era papá?

—Sí. —Ellie esbozó una sonrisa radiante—. Freddie y su enorme barriga. Es bueno, nos trae Smarties.

—No debes inventarte mentiras retorcidas —soltó James cabreado —. ¡Jilly! —gritó para llamar a su niñera fiable—. Es hora de que los niños vayan al colegio.

Lizzie tuvo la desfachatez de reírse cuando James la confrontó.

—No tiene gracia —bramó James.

—No, no la tiene. Madre mía, espero no haberla traumatizado con el sexo de por vida.

—¿Es eso todo lo que tienes que decir? ¿Y yo qué?

—Nada te traumatizaría a ti con el sexo de por vida —respondió Lizzie.

—Deja de ser tan frívola. No me puedo creer que me hayas engañado con ese tío tan espantoso, gordo y vulgar.

—Freddie es un buen hombre —contestó ella.

—Es un indecente, igual que tú.

—¿Y qué pasa con tus aventuras?

—Se han acabado —replicó James con santurronería—. Y al estar en los medios, uno no puede evitar ser objeto de ciertas atracciones. De todas formas, para los hombres es distinto.

—Entonces, no le eches la culpa a Freddie.

—Freddie —repitió James, cabreándose todavía más— es miembro del consorcio rival. Me siento totalmente traicionado. Es como confraternizar en una guerra con el enemigo.

—Bueno, yo no voy a raparme la cabeza —gritó Lizzie.

—¿Y qué es eso de llevar calcetines largos y el culo al aire?

Lizzie volvió a soltar una carcajada.

—Debieron de haber sido mis medias de rejilla y mi corsé.

—¡Te vistes como una puta! ¿Para qué?

—Para excitarlo —contestó Lizzie sin más.

—Nunca te has molestado en hacer eso por mí —comentó James, indignado.

Lizzie observó cómo James se miraba en el espejo. Se alisó el pelo y puso una expresión propia de un marido engañado. «Vaya forma de engañarse a uno mismo creyendo que él puede ser el marido perfecto», pensó ella.

—Espero que hayas llegado a la conclusión —dijo James con maldad— de que Freddie solo ha ido detrás de ti para sonsacarte los secretos de Corinium. Tendré que contárselo a Tony, claro. Debemos dar parte de cualquier cosa sospechosa. Le encantará tener algo al fin sobre el señor Don Limpio. No te voy a culpar. Diré que al ser tan poco refinada y no estar acostumbrada a la atención de los hombres, caíste.

—Ya he oído bastante —replicó Lizzie, furiosa—. Freddie es el hombre más honorable que he conocido nunca. Después de que le dieras a Sarah la patada porque Tony te ordenó enmendar tu matrimonio, ella acudió dando voces a Rupert y se lo contó todo.

James hizo una mueca de dolor.

—Rupert tenía todo dispuesto para darle la historia directamente al *News of the World*. Habría sido un bombazo: «Jefe ordena al semental de Corinium que deje a su amante para dar una imagen de matrimonio idílico frente a los telespectadores y la IBA». Había mucha gente de Corinium, incluida Sarah, a quienes les habría encantado que te vendieran a la prensa. Y todo el asunto habría sido una preciosa mancha negra en el historial de Corinium. Pero Freddie no permitió que Rupert lo hiciera. A diferencia de Tony, cree que ese tipo de cosas son un golpe bajo. No quería que mi nombre ni el de los niños se vieran involucrados, dijo que no era justo que los tomaran por los hijos de un adúltero… y un imbécil —añadió en el último momento.

—Eres una zorra que no se preocupa por nada —espetó James.

—Y lo que es más —continuó Lizzie con frialdad—, si le cuentas a alguien lo de Freddie y yo, te dejaré, y entonces tu programa estúpido sobre el matrimonio va a parecer una estupidez aún mayor.

En cuanto James se marchó de la casa, Lizzie rompió a llorar, y todavía siguió llorando cuando Jilly la niñera fiable volvió de llevar a los niños al colegio. Al final, Lizzie le contó toda la historia.

—No tenía ni idea de que la pobre Ellie había ido a nuestra habitación esa noche.

—Habría gritado si se hubiese asustado —contestó Jilly a modo de consuelo—. El lunes iba muy contenta de camino al cole, solo se interesó por saber si el lago se había congelado lo suficiente para patinar en él.

Levantó una mesa que James había derribado cuando había salido de la habitación.

—Si va a haber una separación, me gustaría quedarme contigo. Eres la mejor jefa que he tenido nunca y quiero mucho a los críos. No me importa que me bajes el sueldo si las cosas se ponen feas. Ya está, ya está, no tienes por qué empezar a llorar otra vez.

Freddie iba de camino a una reunión de la junta cuando Lizzie lo llamó.

—Iré a por ti.

—No, no —dijo Lizzie—. Tenemos que evitar ser vistos. No quiero darle a Tony más munición a estas alturas. Venturer no lo necesita, y piensa en Valerie, Sharon y Wayne. Solo tenemos que ir sobre seguro y no vernos hasta el 15 de diciembre.

—Eso son más de dos semanas —contestó Freddie horrorizado.

—Bueno, pero tenemos que intentarlo de todas formas.

Freddie estuvo muy distraído en la reunión. Cuando un director externo lo felicitó por el trato de mil millones de libras que había hecho con los japoneses, tenía la mirada perdida. Cuando otro lo informó de que el expresidente, el general Walters, había fallecido de un infarto, Freddie dijo:

—Qué noticia tan horrible. ¡A seguir así!

Fuera, en los preciosos y cuidados jardines de la empresa, el sol, como una enorme bola de Navidad roja, se estaba poniendo por el lado de un inmenso tejo. Freddie se estremeció al pensar que el sol se iba a poner también en su relación con Lizzie. Entonces, una de sus secretarias lo sacó de la reunión. Le dijo que tenía una llamada en su línea muy muy muy privada, cuyo número solo conocía Lizzie, y ahora el detective privado. Era este último el que lo estaba llamando: había visto a Tony y a Cameron entrar en el hotel Royal

Garden a primera hora de la tarde y habían estado noventa minutos en la sala de los huéspedes. Había pasado dos veces por allí y no había habido nadie más.

A Freddie le dio un vuelco el corazón. Le dijo al detective que continuara siguiendo a Tony y llamó a Declan de inmediato, quien se quedó completamente destrozado. No obstante, ambos decidieron que, si Cameron se había ido de la lengua, ya era muy tarde para amordazar a Tony. Si, por el contrario, ella no había dicho nada, que también cabía la posibilidad, aún seguía siendo una baza demasiado importante de cara a la IBA para amenazarla.

Decidieron esperar a que Rupert volviera de Roma al día siguiente antes de encararse con ella.

A la mañana siguiente, después de una noche sin dormir, Declan se levantó y vio que estaba nevando más aún y no quiso arriesgar su coche ni ir andando a la tienda del pueblo a por los periódicos. El día anterior, en Priory, se les fue la luz y se les congelaron las tuberías. Hoy, la lavadora y la secadora se habían roto y hacía más calor fuera que dentro. Había carámbanos de un metro colgando de los canalones rotos. Los árboles de hoja perenne que se alineaban a lo largo del camino estaban doblados por la nieve. Cada brizna de hierba a los lados de la carretera estaba cubierta de escarcha y se había quemado por su propio calor blanquecino.

El tráfico iba tan lento que Declan ni se molestó en ponerles las correas a los perros. Gertrude, un poco coja por el suelo duro, se metía corriendo en los jardines delanteros de las casas de campo y ladraba a los muñecos de nieve. Claudius, al ser su primera nevada ese año, estaba loco de la emoción y se hundía en los montículos al

saltar para atrapar las bolas de nieve que Declan le lanzaba. Cuando Declan pasó por la blanca iglesia, elevó una plegaria para que Venturer ganara. Con un día tan bonito, uno no podía pecar de optimista. Sin embargo, cuando entró en la tienda del pueblo del señor Banks, que era muy aficionado a leer los periódicos, este agitó el ejemplar de *The Times*.

—Lord Baddingham se está echando flores otra vez.

Declan sintió cómo se le secaba la garganta y se le revolvía el estómago.

—Página cinco —continuó el señor Banks, entregándole el periódico a Declan.

«Baddingham está listo para la victoria», decía el titular. Había una foto muy bonita tomada desde arriba y con un ligero ángulo para reducirle la gran papada. Tony estaba sonriendo y enseñando unos dientes maravillosos. La entrevista la había escrito un periodista financiero muy conocido.

Según le había contado Tony, como estaba tan seguro de que iba a mantener la franquicia, se mostraba encantado de revelar los planes de Corinium para el año siguiente. Estaban felices de darles la bienvenida a tres nuevos directores a la junta, todos de producción, incluida Ailie Bristoe, que acababa de pasar tres años en Hollywood y que sería la directora de Programas. También estaban muy emocionados con el nuevo programa de trece episodios sobre el matrimonio que Tony presentía que convertiría a James y a Lizzie en superestrellas.

No había nada de lo que preocuparse. Declan se sentó en el saliente del escaparate cubierto de nieve fuera de la tienda, tapando

los anuncios de jerbos perdidos, asistentas y capazos de segunda mano en el escaparate.

Continuó leyendo que Corinium también había negociado con la Royal Shakespeare para televisar las producciones especiales de cualquiera de las obras de Shakespeare que los niños de la zona estudiasen para los exámenes de secundaria y bachillerato todos los años. Luego, venderían esos vídeos. También grabarían el *Hamlet* de Johnny Friedlander, que se había pospuesto hasta verano.

«Joder, esas dos ideas eran de Cameron», pensó Declan horrorizado. Pero lo mejor de todo fue, como continuó leyendo, que Corinium había contratado una obra nueva del dramaturgo nacido en Stroud Dermot MacBride, con opción a una segunda. A esto seguía una sarta de chorradas sobre el gran genio que era MacBride y lo contento que estaba Tony de darle la bienvenida a ese hijo perdido de Gloucestershire que había vuelto al redil.

«Hemos pagado un montón por MacBride», había admitido Tony.

Sin embargo, tal y como había señalado el periodista financiero, solo el valor publicitario supondría miles de libras para Corinium.

—Por favor, no tape mi anuncio —dijo una voz estridente—. Así nunca conseguiré una asistenta.

Al alzar la vista, Declan vio a una mujer mayor con la nariz roja observándolo fijamente. Al mirar hacia abajo, vio a Gertrude y Claudius sentados a sus pies temblando muchísimo. Resbalándose y deslizándose, cayéndose dos veces y gimiendo de rabia, Declan se apresuró a llegar a Priory.

—¡Joder, mira esto! —Blandió el ejemplar de *The Times* delante de la cara de Maud—. Tony ha comprado la obra de Dermot MacBride. Cameron debe de habérselo contado.

—Siempre he pensado que no era de fiar —respondió ella, que se estaba depilando las cejas.

Declan tenía las manos tan frías que le costó más tiempo de la cuenta marcar el número del agente de Dermot MacBride.

—Teníamos un trato. ¿A qué coño estás jugando?

—El contrato no se había firmado —contestó el agente a la defensiva—. Mi deber es conseguir el mejor acuerdo para mis autores. Tony ha ofrecido tres veces más que tú.

—Podrías habérmelo contado. Habría igualado su oferta.

—Me dijo que si te lo contaba, no habría trato.

—Pues este es el último trato que haré contigo —gritó Declan.

—Me da igual. Me jubilo en Navidad.

Por la ventana, Declan vio a un petirrojo de Priory ahuyentando con furia del comedero para pájaros a otro petirrojo rival.

—¿Cómo se ha enterado Tony de nuestro acuerdo?

—No lo sé. Me llamó ayer sobre las cinco. Hablé con MacBride y esta mañana hemos firmado los contratos. Eso me dará para comprar unos cuantos relojes de oro.

En cuanto Declan colgó el teléfono, lo llamó Freddie.

—¿Has visto el *Cotchester News*? Hay una puñetera foto de ti, Rupert, Basil, Henry y yo con nuestros abrigos rojos cazando con unas sonrisas enormes en la cara y con el subtítulo: «¿Quieres que estos carniceros dirijan tu estudio de televisión?».

—Eso son difamaciones —gritó Declan—. ¿Has leído *The Times*?

—Sí —respondió Freddie en un tono serio—. Por desgracia, eso no lo es.

—No voy a esperar a que Rupert vuelva —soltó Declan—. Voy a salir para hablar con Cameron del asunto ahora mismo.

Pero, cuando llegó a Penscombe, la señora Bodkin le dijo que Cameron había salido y no esperaba que volviera hasta la noche. «Culpable», pensó Declan hecho una furia.

Cameron llegó a casa sobre las ocho aquella noche. Sabía que no debería haber hecho novillos, pero, como se había estado comiendo mucho el coco sobre lo de Rupert desde el baile, sintió la necesidad de salir de casa. La fuerte helada había dejado el blanco valle muy bonito aquella mañana. «¿Por qué voy a dejarlo todo sin luchar antes?», había pensado. Rupert era un macho alfa, guapo a rabiar, divertido, muy rico, inteligente de una forma totalmente distinta a la suya, y ahora que ella le había proporcionado un entrenamiento intensivo de seis meses sobre cómo complacer a una mujer en lugar de solo complacerse a sí mismo, era espectacular en la cama.

Era una firme defensora de los actos positivos, así que fue en coche a Cheltenham hasta la sede de la sucursal de Tus Padrastros Dejan Rastro, un grupo de apoyo para madrastras, padrastros e hijastros, que acababa de inaugurarse. Cameron creyó que el tema no solo daría para un buen programa, sino también que podría ayudarla a querer a los hijos de Rupert y entender su propia relación tortuosa con su madre y Mike. Había estado hablando durante bastante tiempo con el organizador, que le dio varios nombres y direcciones. Se recorrió Gloucestershire en coche y se quedó asombrada de la cantidad de gente que la recibía. Desesperados y habiendo estado encerrados por culpa de la nieve y aguantando a sus hijastros en casa durante días, solo se alegraban mucho de poder hablar con alguien.

Al oír hablar de inventivas constantes, de los intentos de amor a medias, del afecto genuino ocasional y de mujeres adultas que culpaban a sus propias madrastras de la falta de cariño, que les impedía querer a sus maridos e hijos, Cameron se olvidó de sus propias miserias. Decidió que acabaría siendo un programa estupendo, y ya estaba haciendo una preselección de la gente a la que iba a entrevistar.

Al igual que Declan de vuelta de la tienda del pueblo aquella mañana, ella volvió a Penscombe con una sensación de optimismo. Encontró unos mensajes de la señora Bodkin en los que le decía que Rupert la había llamado dos veces; Freddie, tres y Declan, cuatro.

Fue a la cocina y se sirvió un copazo de vodka con tónica, y luego decidió anotar algunas ideas para el programa de los padrastros antes de que se le olvidaran. Al buscar un bolígrafo por la estantería de la cocina, encontró la bolsita amarilla que venía con las flores que Tony le había mandado después de que le diera una paliza, esa que se suponía que tenías que echar al agua para hacer que las flores durasen más. Sintiéndose miserable de repente, deseó poder rociar a Rupert con la bolsita para hacer que su relación durara más tiempo.

Oyó a los perros ladrar en el vestíbulo y la recorrió un estremecimiento de la aprensión. No era Rupert, pues la bienvenida no había sido lo bastante ruidosa, pero era obvio que era alguien a quien ellos conocían. Fue hacia el vestíbulo.

—¡Declan! —Se le iluminó la cara—. Siento no haberte devuelto la llamada. Tengo una idea increíble para un programa.

—¿Sobre traición? —preguntó él de forma sombría—. En ese tema eres experta.

—¿De qué estás hablando? ¿Quieres tomar algo?

—No, gracias. —La siguió al salón—. ¿Has leído *The Times*?

—No he leído muchos periódicos. He estado haciendo novillos.

Declan agarró el ejemplar de *The Times* de la mesa. Tardó siglos en encontrar la página correcta.

—Aquí. —Se lo lanzó.

—Qué foto más extravagante de Tony —dijo ella, y se sentó en el sofá para leer en condiciones—. Lo han hecho parecer casi benigno. Madre mía —susurró un minuto después al tiempo que la risa se desvanecía de su rostro—. No me lo puedo creer. ¿Cómo cojones se ha enterado?

—Dímelo tú.

Algo en el tono gélido de su voz hizo que Cameron levantara la vista, alarmada. Declan se había acercado más y parecía cernirse sobre ella, con sus piernas en unos pantalones grises alzándose como dos troncos de haya, los hombros descomunales tapando la luz y con los ojos implacables y siempre alertas del inquisidor en aquel rostro mortalmente pálido.

Cameron se estremeció.

—¿A qué te refieres?

—Te vi conspirando con Tony el viernes por la noche.

—Me estaba esperando cuando salí del lavabo, por el amor de Dios.

—Así que Freddie y yo hemos hecho que lo siguieran.

Hubo un destello en los ojos de Cameron.

—No me vas a decir que Tony y tú solo estuvisteis hablando de sándwiches de pepino durante una hora y media en el Royal Garden ayer por la tarde, ¿no? —soltó Declan.

De repente, Cameron parecía la viva imagen de la culpabilidad.

—Sí, nos vimos. Nos tomamos un té. Necesitaba consejo sobre…, sobre… —se puso colorada— un asunto personal.

—Le has contado toda nuestra programación, igual que el mes pasado le dijiste los nombres de todos los topos. No me cabe duda de que tiene mucha más información sobre Venturer bajo la manga de rayas diplomáticas para la reunión de mañana.

Cameron parecía furiosa y asustada a la vez, el halcón acorralado por su captor a punto de atacar.

—Yo no le he contado nada.

—Vaya pedazo de mentirosa estás hecha —bramó Declan—. ¿Cuánto tiempo llevas espiando para él? ¿Desde el principio? ¿Desde que Rupert se acostó contigo en Madrid?

—¿Cómo podría yo espiar para Tony? —gritó ella—. Me dio una paliza, por Dios santísimo. Esto… —agitó el artículo de *The Times* en la cara de Declan— sabotea todo en lo que hemos estado trabajando. Alguna otra persona lo habrá filtrado.

—¿Y por qué te has tomado la molestia de ir a Londres el peor día de invierno? —espetó Declan.

Blue, el lurcher, que había estado merodeando de aquí para allá nervioso, se subió de un salto al sofá al lado de Cameron y, observando a Declan, empezó a gimotear en un tono quejumbroso en su dirección. Los otros perros se relamieron. Beaver salió de la sala.

—Blue me cree —alegó Cameron—. ¿Por qué coño iba a ir a Irlanda a trabajar tantísimo en la programación si estuviera espiando para Tony? Le ha dado mi antiguo puesto de trabajo a Ailie Bristoe.

—Eso es una fachada.

—No digas tonterías —replicó ella furiosa—. ¿Es esto algún tipo de pesadilla? ¿Estás de vuelta en Corinium? ¿Soy yo tu invitada esta noche? ¿Dónde cojones están los putos aplastapulgares y el potro? ¿O usas electrodos y disparas a las rodillas como el puto IRA?

Declan la agarró del brazo para que se pusiera de pie.

—Nadie más sabía lo de Dermot MacBride. ¿Qué más le has contado?

Ignorando el gruñido bajo de Blue, comenzó a zarandearla como un perro a una rata.

—Irlandés arrogante, cabezón y gilipollas —gritó Cameron—, ¿por qué no me crees?

Enfadado porque lo había defraudado y violento a la vez porque se sentía culpable por desearla tantísimo, Declan le dio una torta muy fuerte en la cara. Al instante, Blue saltó sobre él y le clavó los dientes en el brazo.

—¡Déjalo! —gritó Cameron—. Déjalo, Blue. —Agarró al perro del collar y lo apartó, luego, casi llevándolo al sofá a su lado, se derrumbó llorando encima de su capa peluda.

Declan se calmó y encendió dos cigarrillos, pero, cuando le tendió uno a Cameron, Blue emitió otro gruñido amenazante.

—No pasa nada, chico —dijo Cameron con la voz entrecortada.

Se secó los ojos a toda prisa con la manga y, acto seguido, agarró el cigarrillo. Tomó una gran calada y sintió que estaba atrayendo los fuegos del infierno a sus pulmones. Blue alzó las dos patas delanteras y le dio un lametón en la cara.

—Mi único amigo —dijo sin emoción alguna—. Será mejor que te pongas la antitetánica —le aconsejó a Declan.

Este, masajeándose el brazo, se alejó hasta ponerse delante de la chimenea y estar a una distancia prudencial.

—Vale, ¿cuál era el problema personal? ¿Y por qué Tony?

—Sé que es un cabrón, pero algunas veces pienso que es la única persona del mundo que de verdad se preocupa por mí.

—¿Después de haberte dado una paliza?

Cameron se señaló la mejilla enrojecida y se encogió de hombros.

—Parece ser algo que se está extendiendo.

—Lo siento.

Cameron inhaló hondo.

—Quedé con Tony porque Rupert ya no me quiere y no lo estoy llevando bien.

—Solo porque en el baile estuvo muy agresivo… —dijo Declan con desdén—. Todos estábamos muy tensos en ese momento.

A Cameron volvió a temblarle el labio.

—A Rupert le da igual la franquicia. Lo único que le importa es Taggie.

—¿Taggie? —repitió Declan, estupefacto—. ¿Mi Taggie? ¿Se te ha ido la cabeza?

—La vio cuando estuvimos en Irlanda. En el último cajón de su escritorio, debajo del papel de revestimiento, tiene escondidas unas fotos de ella con sus niños. —Cameron emitió un sollozo—. Y también guarda la carta de agradecimiento llena de faltas de ortografía que ella le mandó.

Declan estaba totalmente consternado.

—Rupert y Taggie —gritó con tanta furia que Blue comenzó a gruñirle otra vez, como tormentas rivales a través de un valle—. No

voy a permitir que ese cabrón libertino le ponga un dedo a Taggie encima.

—Pero da igual si me lo pone a mí —susurró Cameron—. Solo soy un topo.

A primera hora de aquella tarde, Rupert volvió de Roma en avión y fue directo a su despacho en Whitehall. Ignoró la larga lista de mensajes telefónicos y firmó sus cartas, recogió el resto del correo, se aseguró de que había llegado a un acuerdo con un miembro del partido político opuesto para ausentarse los dos del debate sobre finanzas de aquella noche y puso rumbo a Gloucestershire. Se sentó despatarrado en un rincón de un vagón de primera clase sujetando un Bell's cargado y observó el paisaje nevado que se iba convirtiendo de un color azul eléctrico en el ocaso. En Londres, tampoco había empezado el deshielo. Había perdido el tiempo yendo a Roma. No había hecho ninguna contribución en la conferencia internacional sobre los Juegos Olímpicos. No había podido pegar ojo, comer ni pensar con claridad, ya que lo atormentaban la imagen de Taggie y Basil en el balcón del Bar Sinister y la de Taggie jadeando de placer entre los brazos expertos de este.

Intentó concentrarse en el *Standard*, pero más allá del hecho de que las acciones de Corinium se habían disparado sin ninguna explicación y de que Patric Walker le pronosticaba que al día siguiente tendría un día turbulento y aconsejaba a los cáncer, que era el signo del zodiaco de Taggie, ignorar todas las influencias externas, no pudo prestarle atención a nada más. Sentada frente a él, una rubia fascinante lo estaba mirando con discreción, pero con un interés indudable. Rupert les echó un vistazo a las delgadas

rodillas que tenía por encima de unas botas negras muy relucientes y reflexionó sobre que, en los viejos tiempos, ya la habría invitado a una copa de vodka con tónica a esas alturas y estaría tanteando la posibilidad de echar un polvo rápido en el hotel Station en Cotchester, si no en Penscombe. ¿Qué coño le estaba pasando? Su secretario en Londres le había dado una bolsa de la compra llena de postales de Navidad que firmar para los electores y militantes del partido. Cansado, garabateó «Rupert Campbell-Black» en unas cuantas, pero no puso «con amor», pues no lo tendría para nadie que no fuera esa irresponsable de Taggie.

Sin que él lo supiera, Taggie estaba sentada despatarrada, temblando e igual de abatida en un vagón de segunda clase en el tren. Había preparado una comida de Navidad anticipada en Swindon, para unos representantes de ventas en el extranjero, que parecía haberse alargado hasta el infinito. Los viajes en tren siempre la ponían nerviosa porque debía leer todos esos nombres extraños de estaciones, las direcciones de los andenes y los horarios de los trenes. Ese día, se había confundido y se había subido a un tren que iba de vuelta a Londres, así que se había tenido que bajar y esperar con ropa bastante inapropiada en la estación de Didcot durante media hora.

Como Declan había cogido el Mini nuevo, Maud se había ido en el coche de Taggie a comprarse un vestido nuevo para su audición de *Casa de muñecas* al día siguiente. Le había prometido a Taggie que se encontraría con ella en Cotchester si esta la llamaba y le decía en qué tren iba a llegar, pero cuando la había llamado desde Didcot, no le había cogido el teléfono.

Rupert pensó que estaba soñando cuando vio a Taggie delante de él en el andén de Cotchester. Se le habían caído los rizos serpenteantes y había vuelto a su vieja coleta. Mientras ella subía los escalones del puente, él se dio cuenta de que un hombre detrás de ella estaba admirando sus largas piernas con medias negras. Vaya pedazo de baboso; Rupert quería matarlo. Cuando Taggie se volvió para mostrar su billete, él pudo entrever, a la luz de la bombilla del techo, las sombras negras que tenía debajo de los ojos. «Demasiado sexo», pensó con crueldad.

No había ido nadie a recogerla, no había taxis y la cabina telefónica no funcionaba. Las piernas de Taggie casi cedieron bajo ella cuando, a través de las cristaleras cuadradas, vio a Rupert subirse a su coche. Corrió por la calle saludándolo con la mano. Hubo un momento de fe ciega en el que pensó que él la estaba saludando de vuelta mientras pasaba a toda prisa salpicándola de nieve, pero solo estaba ajustando el espejo retrovisor.

La única opción que le quedaba era ir andando hasta Cotchester y buscar otra cabina telefónica, o quizá pedirle a Bas que la llevara a casa. ¿Por qué coño no se había puesto unas botas? No estaba muy centrada en ese momento. Los carámbanos brillaban en el techo de la estación a su paso. Arriba, pudo ver el chapitel blanco de la catedral de Cotchester brillando bajo la luz de la luna con todas las ventanas coloridas iluminadas por el servicio que estaba teniendo lugar dentro. Un instante después, un coche se paró a su lado.

—¿Qué cojones estás haciendo?

—Intentar buscar una cabina para llamar a mi madre —murmuró Taggie con un intenso castañeteo de los dientes. Tenía los labios de

un verde lívido y la nariz de un marrón azulado bajo la luz naranja de la farola.

—Sube —dijo Rupert. Cabreado, marcó el número que tan bien se sabía. Dejó que el teléfono sonase durante dos minutos. No hubo respuesta—. Tu madre estará borracha, como siempre —concluyó—. Yo te llevaré a casa.

—Ah, no, no hace falta.

—No es que me tenga que desviar mucho —respondió, sarcástico.

La nieve helada centelleaba como los diamantes de imitación bajo la luz de la luna. Una vez que salieron de Cotchester y se metieron en los caminos rurales, solo había espacio para un coche entre los enormes montones de nieve. No hablaron durante unos kilómetros; entonces, Rupert la miró de reojo y vio que había lágrimas derramándose por su rostro.

—¿Qué coño te pasa ahora?

—Creía que éramos amigos.

—Entonces ¿por qué te acostaste con Bas?

—No lo hice. Quería, porque estaba hecha polvo por ti. Creía que si experimentaba algo realmente bueno, te atraería un poco, pero cuando llegó el momento de la verdad, no pude hacerlo. Te quiero demasiado.

Rupert detuvo el coche en una puerta de entrada.

—Lo siento muchísimo —dijo Taggie sollozando mientras rebuscaba en su bolso un pañuelo—. Sé que debe de ser tedioso que todas las mujeres a las que conoces se enamoren de ti. Yo no quería ser una de ellas. He intentado superarte con todas mis fuerzas, pero el trabajo no me ayuda nada. Es que has sido tan amable al cuidarnos, al resolver lo de mi madre la otra noche, al

conseguir toda esa comida cuando la lie parda el otro día en la cena de Sarah Stratton, al regalarme esas cosas tan bonitas y al comprar el bosque por mucho más de lo que vale.

—¿Quién te ha contado eso? —preguntó Rupert, consternado.

—Ursula. Vio el extracto de la cuenta bancaria de mi padre. Era lo único bueno que había. Siento ser tan llorona.

Rupert se llevó los puños a la cabeza, haciendo un esfuerzo sobrehumano para no acercarse a ella. Taggie malentendió el gesto como puro horror por haber sido abordado por otra chica.

—Lo siento.

—Por el amor de Dios, deja de pedir perdón —comenzó a decir Rupert con voz muy lenta y pausada, como si se estuviera dirigiendo a una extranjera pirada—. Mira, no funcionaría. Me gustas muchísimo, Tag, pero soy demasiado mayor. ¿Te acuerdas del encargado de aquella hamburguesería que se creía que eras mi hija? Nunca le he sido fiel a nadie más de un par de semanas, y no voy a arruinarte la vida teniendo una breve aventura contigo.

—Mi vida ya está arruinada —contestó con otro sollozo ella, que ya había empapado el pañuelo de papel y estaba buscando desesperada otro en sus bolsillos.

—Me superarás —declaró Rupert, dándole el suyo.

—Sí, lo mismo que esa verja con cinco barras que tenemos delante —respondió con un gesto de impotencia.

Lo peor de todo era que el coche se había quedado atascado, tuvieron que empujarlo para sacarlo y Taggie se resbaló y Rupert la agarró, y luego casi la apartó de un empujón, como si ella quemara, pues estaba muy desesperado por tomarla entre sus brazos.

Cuando llegaron, Priory estaba en penumbra.

—Dile a tu padre que lo llamaré más tarde —dijo Rupert, chocándose contra un muro bajo en su prisa por marcharse.

Al otro lado del valle, pudo ver que había luces encendidas en su casa. No podía enfrentarse en ese momento a Cameron. Ojalá pudiera ir a lo de Billy, pero era miércoles y Billy estaría en el estudio de televisión presentando su programa de deportes. Sin pensar, volvió a Cotchester y aparcó delante del piso de Basil.

A Bas le bastó una mirada a la cara blanca de Rupert para servirle un copazo de whisky.

—Taggie me ha contado que no ha habido ningún polvo.

—No —contestó Bas—. Y no por falta de intentos por mi parte. Es absolutamente adorable, pero adora muchísimo más a otro, pedazo de cabrón suertudo.

Rupert se tomó el whisky de un trago.

—No voy a hacer nada con ella.

—¿Y por qué no? —soltó Bas sin poder acabar de creérselo—. Lo tienes a huevo.

—Porque soy demasiado viejo, estoy demasiado deteriorado, tengo demasiada maldad…

—Venga ya, no seas tan autoindulgente, joder. Todos estos histrionismos y rabietas son solo los últimos pensamientos frenéticos de un potro cerril al que le han echado el lazo. Nunca te has enamorado antes. Es muy bonito si dejas de luchar contra ello. Todo el mundo tiene que dejar los condones alguna vez. Taggie parece merecerlo.

—No quiero hablar de ello.

—Vale —respondió Bas, volviendo a llenar los vasos.

—¿Te he interrumpido?

—No mucho. Solo estaba mirando los libros de cuentas. El bar ha tenido un gran año gracias a que todos esos insatisfechos de Corinium han ahogado sus penas y han tramado la ruina de mi hermano mayor. El año que viene no será tan bueno cuando Freddie, Declan y tú estéis al mando. Todos trabajarán tan duro que no tendrán una hora para comer. ¿De verdad crees que lo conseguiremos?

—Por supuesto que sí —contestó Rupert, pensando que ya no le importaba lo más mínimo.

Bas negó con la cabeza.

—Tony ha dado una entrevista para *The Times* esta mañana bastante buena. Parecía ser el señor que se preocupa por todo el mundo. —Le lanzó el periódico a Rupert, que no le echó cuentas.

—¿De verdad ha dicho ella que está enamorada de mí?

—Sí, cosa que me parece extraordinaria, conociéndote como te conozco.

Rupert sacudió la cabeza perplejo.

—Nunca jamás me había pasado esto a mí tampoco, pero, aun así, no voy a hacer nada al respecto.

49

Esa noche, en Londres, los catorce directores y altos cargos de Corinium Television tuvieron un simulacro final de lo más exitoso antes de su reunión con la IBA la tarde siguiente. Tony, que llevaba un traje a rayas azul oscuro pagado por Corinium, estaba que se salía.

—Pueden tomarse una copa —le había dicho Tony a Ginger Johnson antes—, y después ni una sola gota hasta que haya acabado el asalto. Y pienso interrogarlos yo.

Añadió que en la reunión del día siguiente nadie hablaría hasta que él los hubiera presentado. Como resultado de las recientes contrataciones y despidos, había en ese momento mayoría de exproductores en la junta, que serían los que se encargarían de hablar la mayor parte del tiempo. Los hombres que llevaban las finanzas, como Ginger y Georgie Baines, que además eran los responsables de generar una inmensa suma de ingresos gracias a la publicidad, mantendrían un perfil bajo. Por otra parte, sería mejor que no mencionaran la palabra beneficios en absoluto. Todos los hombres se habían cortado el pelo.

—No me cabe duda —le susurró Sarah Stratton a James Vereker— de que mañana habrá una inspección de uñas también.

Más tarde, todos cenaron bien, pero sin excederse, en el Carlton Tower, donde se iban a quedar a pasar la noche. No se permitió marisco ni alcohol tras la cena. Todo el mundo quedó muy impresionado con Ailie Bristoe, la nueva controladora de Programas, que había ido en avión desde Hollywood para la ocasión y parecía tan guapa como brillante. James Vereker, en concreto, pensó que tenía pinta de preocuparse mucho por la gente.

—Me sorprende que Tony no haya puesto a las mujeres en otro hotel —gruñó Sarah cuando los mandaron a dormir temprano.

—Aseguraos de pedir el *Scorpion* mañana —dijo Tony a modo de despedida—. Encontraréis una lectura de lo más interesante.

En Gloucestershire, Declan acabó saliendo de Priory como alma que llevaba el diablo a las diez tras haber fracasado al intentar conseguir que Cameron confesara. Devastada por que Declan y Freddie pudieran pensar que ella era el topo, Cameron estaba repantigada en el sofá abrazada a Blue cuando sonó el teléfono. Era una chica, que la avisó de que Rupert no volvería hasta la mañana del día siguiente, pero que le mandaba un beso. Se escuchaba un jaleo impresionante de fondo y parecía como si la chica estuviera llamando desde algún bar. «Cabrón», pensó Cameron, pero era demasiado orgullosa para preguntar dónde estaba. En cuanto colgó el teléfono, volvió a sonar.

—¿Puedo hablar con Rupert Campbell-Black?

—No está.

—¿Eres Cameron Cook?

—La misma.

La cadencia de la voz cambió y se volvió más zalamera, como si fuera a pedirle un préstamo.

—Te llamo del *Messenger*. Quería preguntarte qué opinas de las memorias de Rupert en el *Scorpion*.

—No tengo ni idea de lo que me estás hablando.

—Esta vez es el fin de Rupert, aunque menudo momento, teniendo en cuenta que vuestra reunión con la IBA es mañana.

Cameron había tenido un día larguísimo y tardó en darse cuenta de que Beattie Johnson había conseguido al fin vengarse de Rupert contándoselo todo al *Scorpion*. Y no solo eso; según el reportero del *Messenger*, había dado todo lujo de detalles sobre los dos años que había estado con Rupert y la cantidad de cosas pervertidas e increíbles que habían hecho en la cama, pero, lo que era aún peor, también había revelado detalles íntimos de su vida sexual con otras mujeres, incluida Helen.

—¡Madre mía! —susurró Cameron—. ¿Y me menciona a mí?

—Todavía no, cielo —dijo el reportero, que ya había visto y admirado la foto de Cameron—, pero puede que salgas en la entrega del sábado. Quieren publicarlo después de la doble página que saldrá el viernes, la mañana que vais a la IBA. Trata de la aventura de Rupert con Amanda Hamilton, la mujer del ministro de Asuntos Exteriores en la sombra. Es una señora muy guapa, está claro que le gusta que la azoten.

Cameron gimió.

—Y mañana hay una parte con especial enjundia —continuó el reportero, que estaba empezando a divertirse—. Te la voy a leer. Beattie escribe: «Siempre tuve la impresión de que Rupert y su colega de salto de obstáculos, Billy Lloyd-Foxe, eran demasiado

íntimos, me parecía antinatural. Rupert admitió que, cuando estuvieron en Kenia, Helen y él y Billy y su mujer, Janey, que es periodista y que dejó a Billy nueve meses después de que se casaran, habían hecho una orgía. ¿Habría descubierto Helen esa noche, que poco después de este incidente inició un romance con Jake Lovell, la verdadera naturaleza de las preferencias sexuales de Rupert?».

—No quiero escuchar ni una palabra más —chilló Cameron, y colgó el teléfono de un golpe. Volvió a sonar. Era *The Sun*—. Dejadme en paz —gritó.

En cuanto colgó, se puso a marcar.

—Iros a la mierda todos, joder —espetó una voz.

—Declan, soy Cameron. ¿Te has enterado de lo de las memorias de Rupert?

—Sí —respondió Declan—, y no sé dónde cojones se ha metido.

—Yo tampoco —sollozó Cameron.

A la mañana siguiente, el estrépito de los camiones grandes por la High Street de Cotchester despertó a Rupert en mitad de la peor resaca de la historia. Gimió y se subió las sábanas por encima de la cabeza. Alguien llamó a la puerta.

—Largo. Estoy fatal.

—Pues ya verás cuando leas esto —contestó Bas mientras le alargaba una botella de Fernet-Branca y el *Scorpion*, que Rupert se puso a leer en silencio.

—Será puta —masculló en voz baja—. Me dijo que al final acabaría conmigo.

Era como si un horrible monstruo de su pasado hubiera sacado una mano por una alcantarilla y lo hubiera arrastrado hacia el fango y el barro. Fue derecho al baño y vomitó.

—Tráeme un cepillo de dientes y un teléfono —le pidió a Bas, y llamó del tirón a Freddie.

—Oye, acabo de ver el *Scorpion*. Llamo para renunciar.

—No seas estúpido —dijo Freddie.

—Debo hacerlo. Quedan nada más que dos días, y la cosa va a ir a peor. A menos que me retire, no vais a conseguir la franquicia ni de coña.

—No seas impulsivo, hombre. Nosotros tampoco seremos muy buenos dirigiendo un estudio de televisión si no podemos superar este tipo de cosas. Debemos permanecer unidos. Ven aquí y veremos cuál es la mejor forma de proceder, pero no dimitas.

—En realidad, es cosa mía —dijo Rupert—. Tengo que ir a ver a Cameron, y entonces me iré.

Cuando llegó a Penscombe, se encontró coches aparcados en todo el camino de entrada, y la grava de delante de su casa no se veía por la cantidad de periodistas, fotógrafos y equipos de televisión que había. Corinium incluso había tenido la osadía de enviar una cafetería móvil. Con el rostro imperturbable y mucho más entero que la nieve pisoteada, Rupert salió del coche.

—Iros a la mierda todos —espetó cuando empezaron a acercarse —. Tengo que hablar con mi abogado.

—¿Qué pasa con la franquicia? —preguntó el *Mail on Sunday*.

—Venga, Rupe —dijo *The Star*—. Danos un titular. Llevamos aquí esperando toda la puñetera noche.

—No tengo nada que decir. Os echaré encima a los perros si no me dejáis en paz. —Entró a duras penas en su casa y pegó un portazo tras él.

—Vaya, vaya, vaya —dijo Cameron desde la mitad de las escaleras.

No llevaba nada de maquillaje y tenía el pelo peinado hacia atrás, apartado de la cara, que tenía blanca como un fantasma.

—Lo siento —comenzó a decir Rupert.

—Vete a la mierda —chilló Cameron cuando un fotógrafo apareció por una ventana lateral. Bajó las escaleras corriendo y echó las cortinas.

—Vamos arriba —propuso Rupert.

Fueron al dormitorio, escenario de gran parte de la acción que salía en la primera entrega de las memorias. Cameron evitó la gran cama con dosel como si fuera la peste y se acercó a la chimenea.

—¿Cómo has podido? —susurró ella—. ¿Cómo has podido contarle a la gente ese tipo de cosas sobre mí?

—No lo he hecho. Jamás —contestó Rupert. Mareado de pronto, se dejó caer encima de la florida silla de *chintz* que había delante del antiguo tocador de Helen—. Beattie fue un caso especial. Lo que más la ponía era escuchar historias de cómo me follaba a otras mujeres. Seguro que tuvo todo el tiempo una grabadora bajo la cama.

—Entonces, sí que dijiste esas cosas. Son asquerosas, insoportables. —Le dio un escalofrío—. ¿Eres consciente de que tu carrera se ha acabado? Te van a echar del partido. Espero que ya hayas dimitido de Venturer. Supongo que la entrega del sábado tratará sobre tus conmovedores planes con Taggie O'Hara. De cómo

el gran canalla reformado se había acercado a su novia, que aguardaba por él, con una ternura que demostraba la delicadeza y la consideración más absolutas porque él sabía lo mucho que ella desconfiaba. ¡Jo-der! —Su voz acabó con un chillido.

Rupert la miró con incredulidad. Se había visto venir un ataque, pero no por dónde acabaron yendo los tiros.

—Estás enamorado de ella, ¿no es así? —preguntó Cameron. Rupert estaba observando sus campos blancos al otro lado del valle. Siempre los había visto como unos brazos que protegían a Taggie, pero ahora le parecían más bien un enorme oso polar depredador que aplastaba Priory hasta la muerte.

Se volvió hacia Cameron.

—Sí —dijo él con rotundidad—. Sí, la quiero. Si te soy sincero, la quiero desde Nochevieja, puede que incluso desde antes. Lo siento muchísimo, no he sido claro contigo. Te tengo demasiado cariño para seguir engañándote, diciéndote que lo nuestro va a terminar bien, solo por el bien de la franquicia.

Cameron abrió la boca para gritarle, pero Rupert alzó una mano para que le concediera un segundo más de silencio.

—No tenía ni idea de que las memorias saldrían a la luz, y tampoco es que me fueras a seguir queriendo después de leer lo que pone, pero quiero que sepas que hoy tenía intención de ser sincero contigo sobre lo de Taggie.

Por un momento, pareció que Cameron se estaba balanceando con frenesí, como una víbora a punto de atacar, y entonces chilló:

—No vas a conseguir estar con ella. Declan lo sabe también, y dudo mucho que permita que le pongas esas manos pervertidas encima a su querida hija.

—Ya sé que no —respondió Rupert—. Sé que esto ha provocado el fin de lo nuestro. —Cogió el *Scorpion* y lo dejó caer con un gesto de cansancio en la papelera.

—Te lo tienes bien merecido —gritó Cameron—. Me largo de aquí, y espero no volver a verte jamás.

Bajó corriendo las escaleras hacia la puerta principal y luego se abrió paso a patadas y puñetazos por entre los periodistas apostados. Varios de ellos dieron un bote para ponerse a salvo mientras el Lotus se alejaba a toda velocidad por el camino de entrada.

—Qué chica más simpática y tranquila —dijo el del *Mail on Sunday* a la vez que se levantaba del suelo lleno de nieve.

Cuando llegó a Green Lawns, Rupert se encontró a Freddie y a Declan intentando salvar a la desesperada la reunión con la IBA. Como consecuencia de las memorias de Rupert, dos de los patrocinadores financieros más importantes se habían echado para atrás y el profesor Graystock había dimitido. Rupert estaba yendo hacia el despacho de Freddie cuando llamó el obispo:

—Me temo que, a la luz de las inquietantes revelaciones de Rupert Campbell-Black, voy a tener que retirar mi apoyo a la licitación de Venturer.

—No puedes hacer eso —replicó Freddie escandalizado—. La reunión es mañana por la mañana. Tu ausencia inclinará la balanza sin duda. Creía que se suponía que la Iglesia de Inglaterra perdonaba a los pecadores.

—Tengo que dar buen ejemplo ante mi rebaño —repuso el obispo, y colgó.

—Será cobarde el muy desgraciado —comentó Freddie cabreado —. Hemos hecho bien en esquivar esa bala.

—Él nos habría hecho quedar bien ante la IBA —dijo Declan con aire sombrío e incapaz de mirar a Rupert a los ojos. ¿Sería por Taggie o por las memorias?

—Pues dimitiré yo —se ofreció Rupert—. Es lo único honrado que se puede hacer.

—No, de eso nada —se negó Freddie—. No tiene sentido. Beattie Johnson es una pelandrusca, pero tiene buen corazón. No creo que ella haya escrito estas cosas a menos que haya tenido un aliciente económico considerable. Ahora mismo, Seb Burrows está libre, así que le voy a decir que investigue a ver qué puede averiguar. ¿No podemos demandar al *Scorpion*?

Cansado, Rupert negó con la cabeza.

—Ojalá pudiéramos, pero me temo que todo es cierto, aunque, por supuesto, está bastante sesgado. Lo único en lo que se han equivocado es en que Billy y yo seamos gais. Tres cuartas partes de lo que le dije no era para que lo publicara, pero es que se le daba de puta madre escuchar, y ya sabéis que no puedo resistirme a hacer reír a la gente. Estuvimos juntos dos años, por el amor de Dios.

—¿Cómo se lo ha tomado Cameron? —preguntó Declan en tono duro—. Anoche estaba fatal. Se cree que es el fin de lo vuestro.

Rupert se derrumbó en el sofá y se llevó la cabeza a las manos.

—Así es. Se lo acabo de decir.

Declan perdió los papeles y explotó. Fue como ver un terremoto y un volcán entrando en erupción a la vez.

—¿Es que no puedes mantener la puta boca cerrada? Primero, vas y le sueltas todo a Beattie Johnson y, luego, vas y le das la patada a

Cameron. ¿Acaso no te das cuenta de que esto nos va a joder cualquier posibilidad que tengamos de hacernos con la franquicia? Sin el obispo, el profesor, el respaldo financiero ni Cameron… Seguro que va corriendo a los brazos de Tony y le cuenta todo lo que no le había dicho ya.

—¿Qué quieres decir con eso? —Rupert alzó la vista, con los ojos inyectados en sangre de pronto alertas.

—Pero ¿todavía no has leído *The Times*?

—Bas farfulló algo anoche, pero se me olvidó leerlo.

—Cameron le filtró todos nuestros planes a Tony el martes.

—No seas ridículo.

—Le hemos puesto un detective privado a Tony. Pasaron una hora y media juntos en el Royal Garden.

—¿Y? —preguntó Rupert—. Estarían echando un polvo. Cameron es de fiar, lo juro.

—Yo también lo creo —dijo Freddie.

—Bueno, pues ahora eso ya da lo mismo, porque Rupert ha creído conveniente echarla.

—Lo siento, Declan.

—Eso no me vale, joder.

Sin afeitar, con la cara pálida como si hubiera visto un fantasma, la camisa del día anterior y el traje arrugado, Rupert parecía tan sumido en la desolación y con pinta de no estar bien, allí derrumbado en el sofá, que Freddie se acercó y le puso una mano en el hombro.

—Le podía haber pasado a cualquiera. Saldrás de esta.

—Pero Venturer no. Os he fastidiado a todos vosotros.

En aquel momento, apareció Valerie.

—He leído cada palabra de tus asquerosas memorias —chilló ella —. No te quiero en esta casa. Seguro que le pegas a Wayne o incluso a Fred-Fred alguna enfermedad horrible.

—Cállate —espetó Freddie—. Ya ha tenido bastante castigo. Ahora, lárgate y tráenos un café bien cargado.

Como creía que estaba molestando a Declan, Rupert no tardó en marcharse. Refugiado en el piso de Bas, pasó el resto de aquel día de pesadilla al teléfono intentando dimitir del partido, de su circunscripción y del Comité Olímpico Internacional. Para su frustración, nadie quería aceptar su renuncia. La líder de la oposición, por ejemplo, era bastante optimista.

—Espera a que se hayan concedido las franquicias —le dijo ella—. Esa zorra de Beattie Johnson me dejó en la ruina antes de que me convirtiera en líder: sesgó toda la entrevista. Casi me cuesta el puesto. Lo de Amanda Hamilton es bastante desafortunado, eso es verdad, pero Rollo es el único ministro de Asuntos Exteriores en la sombra que hay ahora mismo, y tú no has hecho nada ilegal. Desde luego, no ha habido ninguna filtración de seguridad, y tampoco es que hubieras estado casado mientras ocupabas el cargo. Solo espera un poco.

Sin embargo, Amanda Hamilton estaba que trinaba cuando Rupert la llamó por teléfono, y le dijo que Rollo tenía intención de demandarlo.

Por otro lado, Malise Gordon sentía una furia helada porque había salido el nombre de Helen a la palestra.

—No voy a justificar lo que ha ocurrido —dijo Rupert—, pero yo estaba en la mierda cuando Helen me dejó. Beattie vivió conmigo

durante dos años. Por supuesto, hablé con ella de mi matrimonio, pero nunca se me pasó por la cabeza que me clavaría un puñal por la espalda. No estaba previsto que ninguna de las cosas que se han publicado salieran mencionadas en las memorias. ¿Le puedes decir a Helen que lo siento mucho? También le conté a Beattie un montón de cosas buenas de ella, pero se ve que se le ha olvidado incluirlas.

—Estoy seguro de que eso le servirá de mucho consuelo a Helen —replicó Malise con mordacidad.

—Mira, me iré al extranjero en cuanto pase la reunión con la IBA mañana —comentó Rupert—. No volveré para Navidad, así que me gustaría ver a los niños antes.

—No creo que sea una buena idea —se negó Malise en rotundo—. Y sé que a Helen tampoco se lo parecerá. Tab es demasiado joven para entenderlo y dudo mucho que Marcus vuelva a dirigirte la palabra después de las cosas que has dicho de su madre. La prensa no para de pulular por aquí; tu presencia solo agitará el avispero. Simplemente, lárgate y déjanos en paz.

—Tengo que decirles —por un segundo, a Rupert se le quebró la voz— que, pase lo que pase, los quiero. Por favor, Malise.

—Pues escríbeles —replicó Malise antes de colgar.

Rupert se quedó sentado despatarrado un buen rato. Luego, tomó prestadas doscientas libras de la caja registradora de Bas, papel de escribir y un sobre. Y escribió:

Querida Taggie:

Siento haber sido tan malo las dos últimas veces que nos hemos visto. Claro que seguimos siendo amigos. Algún día,

encontrarás un buen chico que te merezca, y será el cabrón más afortunado del mundo. Mientras tanto, ¿podrías usar este dinero para comprar los regalos de Navidad de Marcus y Tab? Tú los conoces y sabes lo que les gusta. Gracias por todo. Que Dios te bendiga…

Rupert

Metió el dinero y la nota en el sobre y se lo dio a Bas para que lo entregase en Priory.

Hacia el anochecer, en Green Lawns, Freddie y Declan estaban tratando de evitar que otro patrocinador se echase atrás cuando el detective privado llamó por otra línea. Tenía algo muy importante que decirles en persona y fue corriendo a verlos. Resultó, para sorpresa de Declan, que no era un policía zarrapastroso y hereje con una gabardina comida de mierda, sino un exalumno del Winchester College con el pelo de color castaño apagado y una cara inocente rosada y pálida. Tampoco se andaba con rodeos.

—Tony Baddingham pasó la tarde de ayer en el motel Stow-in-the-Wold con una mujer. Tengo fotografías de los dos llegando por separado y marchándose juntos, y besándose en el aparcamiento.

Arrojó las imágenes sobre la mesa. Fascinados, Freddie y Declan se levantaron para echar un vistazo. En la primera fotografía, la mujer llevaba el cuello de su abrigo negro levantado y una boina negra, gafas oscuras y el pelo recogido. En la segunda, al salir del motel, llevaba el abrigo desabrochado y se estaba riendo con las gafas oscuras y la boina en una mano y la melena pelirroja

cayéndole por la espalda. En la tercera, estaba besando a Tony delante del coche de Taggie.

—¿Esto es algún tipo de broma? —siseó Declan.

—Me temo que no —respondió el detective privado—. Lo siento mucho, señor O'Hara. Después de que se marcharan, hablé con la recepcionista. Tras sobornarla, admitió que habían ido varias veces ya. Me enseñó el registro, firmaban como señor y señora Jones. La chica recordaba a la señora O'Hara porque era muy guapa.

Declan comenzó a temblar. Freddie pensó que parecía el primer golpe del hacha de un leñador al clavarse en un gran roble.

—Pero si era Bas, no Tony —musitó Declan.

—Seguro que lo de Bas era una tapadera —comentó Freddie.

—¿Y lo disgustada que estaba la otra noche porque Taggie había aparecido con Bas? —añadió Declan en un intento desesperado de convencerse a sí mismo.

—Eso es porque siempre ha estado celosa de Taggie —respondió Freddie con tino—. En realidad, fue mucho más tarde cuando se molestó de verdad, justo cuando mencionaste que habías visto a Cameron y a Tony juntos. Y ella está al tanto de lo de Dermot MacBride y de lo de las obras de Shakespeare.

—No me lo puedo creer —susurró Declan—. No es posible. Tengo que hablar con ella. —Fue tambaleándose hacia la puerta.

—Por favor, ten mucho cuidado con el coche —le dijo Freddie.

Cuando Declan llegó a Priory, Maud salió del salón con una copa de champán en la mano. Llevaba puesto un jersey de cuello vuelto, un abrigo, medias, zapatos planos y una boina en la parte de atrás de la cabeza, todo negro. Estaba muy pálida y no llevaba pintalabios,

pero tenía la piel reluciente de luminosidad y los ojos como platos e ilusionados. Declan pensó que nunca la había visto tan guapa, y, entonces, se dio cuenta de lo muy culpable que era.

—Cariño, ¡lo he conseguido! —exclamó ella extasiada.

—¿El qué?

—El papel de Nora en *Casa de muñecas*. Vamos a empezar con los ensayos justo después de Navidad y me van a pagar cuatrocientas a la semana, así que adiós a nuestras preocupaciones económicas.

«Qué poco sabe de la vida», pensó Declan. «¿Cómo es posible que semejante criatura sea capaz de hacer cosas tan horribles?».

—¿Dónde está Taggie? —preguntó.

—Preparando una cena ligera, creo. No pareces muy contento por mí, querido.

Como en un trance, la guio hasta el salón, cerró la puerta y la volvió a abrir para que entraran Claudius y Gertrude. Esta llevaba en la boca una chuchería de Bonio como si fuera una pipa. Podía quedarse allí sentada durante horas, con la saliva colgando como guirnaldas. Declan se reclinó contra la puerta para tener un apoyo y observó cómo Maud echaba un trozo de leña en el fuego. A pesar de los planes grandiosos que su mujer tenía para Priory, seguían sin cortinas en las ventanas, que estaban tan oscuras como su ropa.

—¿Cuánto tiempo llevas teniendo una aventura con Tony? —le soltó casi de buenas maneras.

Maud pareció haber visto un fantasma de lo blanca que se le puso la cara.

—No sé de qué me estás hablando.

—No te andes con rodeos. Tengo pruebas. —Declan lanzó las fotografías encima del sofá. Maud las examinó con cuidado.

—Esta es buena —dijo mientras le daba un sorbo pausado al champán—. Debería usarla como fotografía para promocionarme.

—¿Desde cuándo?

—Desde septiembre.

—Así que se lo has contado todo, ¿no?

Maud se encogió de hombros.

—La verdad es que no me acuerdo. Hablamos de muchas cosas.

«Esto no me puede estar pasando a mí», pensó Declan. «No siento nada. Es como si estuviéramos hablando de dos personajes de una obra».

—Pero ¿por qué Tony? Bas lo puedo entender, pero ese… —por un momento, dejó entrever sus sentimientos—, ese sapo asqueroso y venenoso, no.

Maud se quedó mirándolo un instante mientras acariciaba con suavidad las orejas de Claudius.

—Porque era amable, porque me escuchaba, porque se interesaba por mí como persona y no como un simple agujero con patas.

Su repentina y poco habitual rudeza dejó a Declan conmocionado casi más que su traición.

—¡¿Amable Tony?! —preguntó él sin salir de su asombro.

De golpe, Maud se dio la vuelta.

—Estás tan obsesionado con tu puta franquicia —gritó— que para ti los demás no existen a menos que quieras joderlos. Ni siquiera pudiste olvidarte de ella durante un solo momento cuando volviste la primera noche de mi actuación, cuando te necesitaba de verdad. Joder, ¡te necesitaba! Y apareciste y me ordenaste que me fuera de mi propia fiesta de estreno. Solo estaba tonteando con Tony hasta entonces, pero luego la cosa se volvió seria. Me consiguió una

reunión con Pascoe Rawlings. Se encargó de que un coche me llevara a la oficina de Pascoe la semana pasada y de que me trajera a casa. Hoy me ha llevado a la audición y, aunque tenía la reunión con la IBA esta tarde, también me ha llamado esta noche para ver cómo me había ido. A ti hasta se te había olvidado que iba a ir. —Se rio, pero era un sonido espantoso, sin ningún ápice de alegría—. Aquí está el gran entrevistador, que es muy alabado por su capacidad para juzgar a la gente y por su consideración con el personal, pero que no sabe nada de su propia mujer.

—¿Es que no entiendes que te está utilizando? —le preguntó Declan despacio—. Lo único que le pone a Tony es ganar cosas. Acabas de hacer que perdamos la franquicia, y encima te ibas a quedar ahí viendo cómo yo le echaba la culpa a Cameron.

—Se lo tiene merecido, por zorra arrogante —gritó Maud histérica.

Fuera, en el vestíbulo, Taggie podía oír cómo las voces de su madre eran cada vez más altas. Por Dios, su padre no necesitaba otro disgusto más antes de la reunión con la IBA a la mañana siguiente. Al instante, la puerta del salón se abrió de golpe.

—Te dejo —chilló Maud.

—Vuelve aquí —bramó Declan.

—Jamás. Y que Ursula no venga a buscarme a la Oficina de Objetos Perdidos, porque no estaré allí. —Pasó a toda prisa junto a Taggie y salió por la puerta principal después de dar un portazo tan fuerte que retumbó el vestíbulo entero.

Taggie corrió a abrir. Estaba nevando otra vez fuera. Vio que Maud se alejaba en su coche, como alma que llevaba el diablo, por el camino.

—¿Qué demonios ha pasado? —preguntó ella girándose hacia Declan, que estaba allí plantado como si lo hubiera alcanzado un rayo.

—Ella era el topo.

Taggie soltó un jadeo.

—No puede ser. Seguro que no lo ha hecho a propósito.

—Pues sí que lo ha hecho —dijo Declan con la desesperación más absoluta—, porque yo la he descuidado. Ha sido todo culpa mía. Anoche, se la eché a Cameron; hoy, a Rupert, y ahora mismo, a ella. Pero, por mi puta obsesión y arrogancia, he acabado con todos nosotros.

50

Para Rupert, la prensa de la mañana siguiente fue una crucifixión, pues abarcaba desde artículos muy moralistas sobre el fracaso crónico de los *tories* a no meterse en problemas hasta secciones de dos páginas con imágenes que trazaban el ascenso y la caída del chico de oro del Partido Conservador. Los sensacionalistas habían buscado a muchas de sus ex más resentidas, que, al haber hecho muchas más cosas que besarse con él, ahora estaban encantadas de contarlo todo. El tabloide más escandaloso tenía un titular enorme en portada: «El canalla de Campbell-Black», con una foto encantadora de Tabitha debajo.

El texto decía: «En el patio del exclusivo colegio de Bluebell (cuota de 1.500 £ al trimestre), una niñita llora sola. Con una voz algo más alta que un susurro, Tabitha Campbell-Black le dice al *Scorpion*: "Me da igual que mis amigas ya no jueguen conmigo, pero no quiero que mi padre se muera de sida"».

—Esto es el colmo, joder —gritó Billy Lloyd-Foxe, lanzando el *Scorpion* al otro lado de la habitación—. Voy a ir contigo a la IBA.

—La BBC te despedirá si se enteran —contestó Janey, que se estaba pintando las uñas porque era más fácil que limpiárselas—. Y como ayer rechacé cien mil libras por hablar de nuestra vida con

Rupert y este traje cuesta casi lo mismo, no creo que puedas permitírtelo.

—Me da igual —respondió Billy sin hacerle caso—. Rupert es mi mejor amigo, y, de todas formas, como Beattie insinuó ayer que yo era gay, no me cabe duda de que Radio 3 me contratará.

En la casa de Freddie, los que quedaban del consorcio de Venturer se congregaron antes de la reunión. Sin el obispo, el profesor, Cameron ni ninguno de los topos, habían mermado en número y la licitación estaba hecha trizas. El segundo día de las memorias de Rupert fue incluso peor, pues había insinuaciones de que se había acostado con colegialas menores de edad. Freddie se pasó la mitad de la noche intentando convencer a
un Declan enloquecido de que delataran a Tony, no solo por seducir a Maud y ponerles micros ocultos en las casas, sino porque Seb estaba trabajando con unas pruebas excelentes de que Tony había sobornado a Beattie Johnson para que hablara a los cuatro vientos justo cuando más podría perjudicar a Venturer.

Aunque, al igual que Wellington en Waterloo cuando se negó a apuntar las armas contra el comandante enemigo, Declan se negó a permitir que alguien condenara a Tony. No quería que el nombre de Maud se viera involucrado. Estaba claro que estaba siendo víctima de una conmoción. Tenía un aspecto horrible.

—Un carnero negro está montando a mi oveja blanca —repetía una y otra vez— y es todo por mi culpa.

Rupert, que llegó con Bas, no parecía mucho mejor, pero al menos estaba calmado. La reunión tenía que salir adelante. Había gente a la que no podía decepcionar, ya tendría el resto de su vida para llorar

por Taggie y seguro que por sus hijos también. Helen lo había llamado aquella mañana y le había dicho que iba a solicitar una orden judicial para impedirle que viera a los niños.

Incluso Henry Hampshire llegó andando herido, con un traje negro con pantalones acampanados y la pierna escayolada.

—Un caballo ha metido la pezuña en una madriguera —fue lo único que dijo al respecto—. Buenos días. —Se acercó a Rupert, que estaba acurrucado en el sofá tratando de sujetar una taza de café—. Me han gustado tus memorias, qué gran material. —Bajó la voz—. Yo también follé con Mandy Hamilton hace veinte años. Joder, era preciosa. Igual habría hecho más progresos si hubiera sabido que le gustaban los azotes en el culo.

Rupert esbozó una débil sonrisa.

—Al menos eso ha hecho que no aparecieras en los periódicos. —Luego, él también bajó la voz y añadió—: Mira, no creo que tengamos ya ninguna oportunidad de ganar la franquicia. Ahora Tony tiene más probabilidades y nosotros hemos sufrido un revés.

—Será mejor que apueste entonces —contestó Henry, acercándose cojeando hasta el teléfono—. De todas formas, me lo he pasado mejor en los últimos seis meses que nunca. La próxima vez, tendremos que licitar por otra área.

La dama Enid llegó después, resplandeciente con un traje de pantalón con unas rayas blancas más anchas incluso que las de Tony, una corbata azul brillante y un gorro a lo Al Capone.

—Manos arriba, esto es un atraco —dijo Marti Gluckstein, que llegaba con ella. Iba vestido con una chaqueta Norfolk verde chillón y pantalones bombachos, y estaba fumando en pipa.

—¿Te lo has comprado en la *boutique* de Valerie? —preguntó Bas, que se calló al instante por si Freddie se enteraba.

—Creí que debía aparecer como un terrateniente —dijo Marti—. ¿Dónde está el obispo?

—Me temo que se ha retirado —respondió Freddie mientras les daba a él y a la dama Enid unas tazas de café.

—Pues que le vaya bien a ese vejestorio pretencioso —soltó la dama Enid, echándose azúcar—. ¿No puedes sacarte un rabino de la chistera para reemplazarlo? —le preguntó a Marti.

Él rio con suficiencia.

—Por ti, cariño, lo que sea.

—Crispin Graystock también se ha retirado —añadió Freddie.

—Bueno, menos mal que nos hemos deshecho de los dos peores parlanchines —respondió la dama Enid con filosofía—. Graystock tiene diarrea verbal.

—Eso me recuerda —dijo Henry mientras cojeaba a toda prisa hacia el baño— que llevo con unas diarreas espantosas toda la noche. Seguro que la voy a cagar con mis respuestas.

En cuanto lord Smith llegó, fue directo hacia Rupert.

—Lo siento mucho por ti, muchacho —comentó—, pero todo el mundo cree que el *Scorpion* es ficción. Esa Beatita Johnson me lo hizo a mí una vez. Tomó mis palabras y las tergiversó como azúcar perlado. Tengo un mensaje de Alf Smithers, el presidente de la FA —añadió a modo de explicación cuando Rupert no reaccionó.

—Lo sé —contestó Rupert inexpresivo—. Era mi tormento.

—Pues ya no lo es. Me ha pedido que te desee buena suerte hoy. Me ha dicho que eres el mejor ministro de Deportes que hemos tenido nunca. Todos desean que vuelvas. ¿Qué le pasa a Declan?

—Problemas con su mujer —replicó Rupert.

—Suele pasar en tiempos de franquicia —comentó lord Smith—. Cuando licitamos para la de las Midlands hace ocho años, las mujeres se hartaron tanto que todas se pusieron igual, incluso la mía.

—Solo faltan dos días —contestó Freddie intentando animar a todo el mundo y a sí mismo—. Aquí vienen —prosiguió al tiempo que Seb y Charles entraban por la puerta.

—Vamos a tener la casa más llena de lo que pensabais —declaró Charles—. Acabo de ver a Billy, Janey, Harold White y Sally Maples bajándose de un taxi.

Freddie les dio la bienvenida con lágrimas en los ojos.

—No deberíais haber venido. No hacía falta —dijo—. Sé a lo que os estáis arriesgando, pero no negaré que estoy muy contento de veros.

Declan apenas pareció darse cuenta, pero Rupert se quedó boquiabierto cuando vio a Billy.

—Se te ha ido la pinza —soltó con brusquedad.

—Como diría Henry, me gustan las causas perdidas —contestó Billy alegre—. Bueno, te traje suerte en los Juegos Olímpicos de Los Ángeles y tú me diste suerte a mí también. Si no hubiera hecho la crónica para la BBC, nunca me habrían ofrecido un trabajo.

—Que vas a perder de un momento a otro.

Cuando las manecillas del reloj pasaron de las nueve y media, decidieron que no había necesidad de esperar más tiempo. Cameron no iba a asistir.

—Qué pena —comentó Hardy Bissett con un suspiro mientras hacía una ronda para enderezar las corbatas—. No os olvidéis de

que no tenéis que criticar, que la solidaridad lo es todo. Sentaos rectos. Rebosad de entusiasmo. Tú estás demasiado rebosante, Janey, cariño. —Le abrochó dos botones de la camisa—. Aunque, ahora que lo pienso, te vas a sentar cerca del exprebendado, así que desabróchatelos otra vez y junta los codos.

Todavía hacía un frío que pelaba cuando salieron para ir a la IBA en sus coches. La nieve en el parque era del color de las gaviotas sucias. En la High Street de Kensington, los escaparates con sus alegres muñecos de nieve, los árboles de Navidad de lentejuelas y los niños con ojos brillantes y bufandas lanzando bolas de nieve desentonaban con el cielo tétrico que había fuera y los compradores que arrastraban los pies, con los labios azules y un humor de perros, por las aceras con nieve medio derretida.

El perfume de Janey estaba provocándole náuseas a Rupert. En una frutería, él vio que estaban ya vendiendo muérdago, lo único que no iba a necesitar aquella Navidad.

—Anda, mirad, hay un Papá Noel —soltó Janey mientras presionaba el botón para bajar la ventanilla cuando el coche giró en The Scotch House para adentrarse en Brompton Road—. Por favor, Papá Noel —le gritó mientras el coche pasaba junto a él—, ¿puedes poner una franquicia en mi calcetín?

—Jou, jou, jou —dijo Papá Noel, echándose el saco a la espalda y batiendo unas pestañas largas y negras en dirección a Janey—. Para una muchacha tan guapa como tú, puede que sí.

—Ay, Dios —respondió Janey mientras rompía a carcajadas y él giraba justo delante del coche y cruzaba decidido la calle para entrar por las puertas giratorias de la IBA—. Es Georgie Baines.

—Ojalá se me hubiera ocurrido a mí —soltó Charles irritado—. Quería venir disfrazado de Gwendolyn Gosling otra vez, pero pensé que sería mejor jugar limpio.

Para evitar a la prensa y preservar la máxima seguridad, el convoy de coches giró hacia Lancelot Place y entró en el edificio de la IBA por la parte de atrás, por el aparcamiento subterráneo. Desde allí, los pasajeros fueron conducidos a la octava planta y, aunque los topos buscaban nerviosos reporteros en cada rincón oscuro, los guiaron con total seguridad por un pasillo y los instalaron en una oficina vacía.

—Parezco un cortesano esperando audiencia con Luis XIV: «Por favor, no me destierre a mi finca en el Loira, *sire*» —dijo Charles mientras se asomaba a la ventana para ver otro bloque de oficinas de la IBA donde todas las secretarias parecían tener un vaso de cartón de café en la mano y leer las memorias de Rupert.

—Dios, estoy nervioso —soltó Henry mientras gesticulaba con los labios y respondía a las posibles preguntas—. ¿Creéis que debería decir un brillante fotógrafo o camarógrafo de la vida salvaje?

—Camarógrafo —respondió Billy—. Los fotógrafos son los de la prensa, y ahora mismo no nos caen muy bien.

—Ojalá pudiera tener una calculadora —comentó Marti con la voz apagada.

—¿Creéis que nos apuntarán con luces a las caras? —preguntó Janey.

—Ayer no lo hicieron, pero Corinium tiene mejor historial —dijo una voz. Era Georgie Baines, que se había quitado su disfraz de Papá Noel y ahora llevaba un traje negro y se estaba ahuecando sus rizos oscuros.

Todo el mundo lo rodeó encantado.

—¡Ah, claro! Viniste ayer por la tarde con Corinium —dijo Freddie.

—Con una corbata distinta —respondió Georgie.

—¿Cuánto tiempo estuviste aquí? —le preguntó Seb.

—Una hora exacta —replicó.

—¿Cómo fue?

—Coser y cantar. No hicieron ni una pregunta complicada. La estrella de Tony está sin duda en ascenso, por eso estoy aquí. Siempre he creído que las ratas deben abandonar un barco que prospera.

—¿Cómo te las has arreglado para escabullirte? —preguntó Janey, quitándole los restos de la barba blanca a Georgie de la barbilla.

—Tony cree que estoy en las oficinas de Saatchi.

Una empleada de la IBA montó en cólera intentando organizar la entrada de todos a la sala de juntas en un orden preestablecido para que las autoridades supieran quiénes eran.

—Esperaba a once personas —dijo desconcertada—. Parece que son unas cuantas más. Sé quién es usted —le dijo a Janey—, usted —le dijo a Rupert, manteniendo la distancia— y usted. —Se volvió hacia Declan, perpleja, como si apenas lo reconociera.

—¿Es usted el obispo de Cotchester? —le preguntó a Marti mientras consultaba sus notas. Todo el mundo se rio—. Y no lo esperaba a usted, señor White, ni a usted, Billy, o a usted, señorita Maples, y desde luego no a usted otra vez, señor Baines.

—Bueno, pues aquí estamos —dijo Harold White—. Pertenecemos a Venturer.

—¿Tienen todos sus dos fotografías?

Todos se las entregaron.

—He tenido que entrar a Woolworths a hacérmela —anunció Henry—. Nunca había estado allí, ha sido bastante divertido.

La empleada se rascó la cabeza con desesperación.

—¿Y dónde está Cameron Cook?

—No van a venir ni ella, ni el obispo, ni el profesor Graystock. Se han retirado —dijo Freddie con cordialidad—. Ni Wesley Emerson, aunque él sí sigue con nosotros, pero está jugando un partido internacional en el extranjero.

—No, de eso nada —dijo una voz más profunda que el mar Caribe.

Era Wesley, que llevaba una camiseta de «Apoya a Venturer» y una chaqueta de Inglaterra. Lo recibieron con gritos de alegría. La dama Enid le dio unas palmadas en la espalda hasta que él le suplicó clemencia.

—¿Cómo te las has arreglado para escaparte?

—Me he lesionado, tío —contestó Wesley, sonriendo de oreja a oreja—. Pero llevo toda la noche sin dormir, así que espero que no haya preguntas capciosas sobre minorías étnicas.

Rupert lo llevó a un lado.

—Eres increíble, de verdad —le dijo.

Wesley sonrió.

—He leído toda esa mierda sobre ti, tío. A mí me pasó lo mismo; he pensado que debíamos mostrarnos como un frente unido.

—Creo que ya lo he solucionado todo —comentó la señora de la IBA—. Voy a comprobar que lady Gosling esté lista.

Después de aquello, hubo una horrible espera de un cuarto de hora.

—Es igual que esperar fuera del despacho del director —soltó Seb —. ¿Vamos a tener que dar cincuenta vueltas corriendo alrededor de

la cancha o vamos a recibir un castigo con la vara?

—A Amanda Hamilton le encantaría —respondió Charles. Luego, al ver la expresión lúgubre del rostro de Rupert, dijo—: Venga ya, Rupert, uno tiene que reírse.

Rupert, que había estado pensando en Taggie, no creyó lo mismo.

—Tengo que ir al lavabo —apuntó Henry.

—¿Pueden entrar, por favor? —pidió la señora de la IBA.

—Buena suerte a todos —dijo Freddie.

—Recordad que la vieja chiflada que no es lady Gosling es la señora Menzies-Scott, la expresidenta del Instituto de la Mujer —siseó Georgie.

Los doce miembros de la autoridad, flanqueados por seis altos cargos de la IBA, estaban ya sentados a lo largo de un lateral de la preciosa mesa ovalada pulida cuando los de Venturer entraron y tomaron asiento enfrente de ellos.

En el centro, estaba sentada lady Gosling con un grueso traje de *tweed* marrón y una rebeca verde botella. A pesar de que la habitación estaba caldeada, se le veía una camiseta térmica asomando por encima de su camiseta marrón de cuadros. La señora Scott-Menzies del Instituto de la Mujer, que había cometido la imprudencia de llevar un jersey de angora color herrumbre, ya estaba colorada por el calor. Otros miembros del comité eran personas tan ilustres como el exministro de Educación del Partido Laborista, que le guiñó en secreto un ojo a lord Smith; el juez galés Davey; un obispo católico; el exprebendado, cuyo rostro denotaba una gran expresión de desagrado; varios catedráticos; dos expresidentes de empresas públicas y lady Barnsley, antigua

miembro de la White Fish Authority, que había alegado tener un orgasmo cada vez que veía a una persona famosa. Con el bolso apretado entre las piernas a modo de protección, ahora estaba mirando a Rupert con una mezcla de terror y excitación. Los otros tres miembros de la IBA, que estaban leyendo sus memorias con avidez, las apartaron corriendo cuando Venturer entró.

—Ojalá hubiera traído mi libro de autógrafos —susurró el juez Davey, que era considerado por todos el gracioso del grupo.

Freddie se sentó en medio, frente a lady Gosling, flanqueado por Rupert y Declan. A la derecha de Rupert, tan obvio y feo como la pérdida de un diente incisivo, había un espacio en el que debería haber estado Cameron. Janey estaba en un extremo de la mesa; solo Henry se situaba más allá de ella, para poder extender la pierna que tenía escayolada. El exprebendado se encontraba frente a ellos, mirando a Janey con labios fruncidos. A escondidas, ella se desabrochó un par de botones de la camisa de seda gris. Pensó que aquello era como cenar en el Lady Margaret Hall mientras observaba los rostros respetables sin maquillar de las mujeres sentadas enfrente. En ese momento, deseó haberse hecho un maquillaje de ojos más discreto.

Henry estaba mirando por la ventana a los cuarteles de Knightsbridge.

—Antes trabajaba ahí —anunció con un susurro alto—. Nunca creerías que había una pista de squash arriba del todo.

Lady Gosling, que no le había guiñado el ojo a su amiga, la dama Enid, les dio la bienvenida con la mayor frialdad.

—Siento haberles hecho esperar tanto tiempo. Se ha debido a los muchos cambios considerables en el número de invitados. Ya veo

que todos los llamados «topos» —se podía sentir el fastidio que le daba poner comillas a una palabra que pertenecía al argot— han decidido aparecer, a pesar de las amenazas de despido, y desde luego no lo esperábamos a usted —añadió mirando a Wesley—. Habíamos dado por hecho que estaría jugando un partido internacional.

Wesley le otorgó el privilegio de ver su sonrisa celestial como si fuera un banana *split*.

—Lo estaba, señora Menzies-Scott.

—Gosling —siseó Janey.

—Mis disculpas, señora Gosling, me he lesionado. Y venir a esta reunión parecía más importante. A fin de cuentas, dirigiremos una compañía de televisión durante un largo periodo de tiempo.

—Mmm —soltó lady Gosling—. Algo arrogante por su parte. ¿Y dónde están el obispo y el profesor Graystock?

Freddie se aclaró la garganta.

—Eh…, se han retirado debido a unos conflictos de intereses.

—Se comprende —contestó lady Gosling con dureza—. ¿Y Cameron Cook?

Freddie abrió la boca.

—Estoy aquí —dijo una voz tras él—. Lo siento muchísimo, lady Gosling, mi taxi ha chocado contra otro coche en Old Brompton Road.

Era Cameron con su traje de seda escarlata, que le proporcionó una calidez y un color maravillosos a la habitación. Estaba muy pálida bajo el colorete y llevaba gafas tintadas, pero se la veía muy calmada. Se sentó al lado de Rupert y puso de manera deliberada

una mano encima de la de él mientras sonreía a toda la fila y decía una vez más:

—Disculpadme todos.

—Hay que ver, bonita —soltó Freddie en voz baja.

La llegada de Cameron pareció unir a Venturer por arte de magia. Las primeras preguntas fueron sobre finanzas y especificaciones técnicas, que contestó en un principio Freddie. Luego, como media melé salvaje, pasó la pelota a sus dos flancos, Rupert, Bas, lord Smith, Marti y Georgie Baines, que había llegado con un montón de estimaciones de ingresos.

En realidad, Freddie era la vida y el alma de la solicitud. Era un empresario nato que daba caladas a su puro, se reía de vez en cuando a carcajadas y contagiaba a los demás y derrochaba honestidad, energía y un gran entusiasmo por el trabajo.

El exprebendado, que aún los seguía mirando con desagrado, no le preguntó a Wesley por las minorías étnicas, pero, al verlo bostezar, le preguntó por qué deseaba él a título personal destituir a Corinium como titular de la franquicia.

—Vivo en la zona, tío —contestó Wesley arrastrando las palabras —. Y estoy hartísimo, como todos los de este consorcio, de tener que ver programas que son un engendro de Dios.

Incluso lady Gosling contuvo la sonrisa y asintió a lady Barnsley, que, un poco nerviosa, preguntó si su programación estaba basada en el punto de vista del consorcio de las características y necesidades de la zona de la franquicia. Hubo una larga pausa.

—En su mayoría, sí —respondió Cameron—. Todos conocemos, amamos y vivimos en la zona, así que queremos devolverle algo y

darle una identidad regional. Queremos ganarnos la simpatía de los telespectadores, hacer que se sientan parte de la gran familia Venturer. Pero lo abordaríamos de la misma forma si estuviéramos licitando para cualquier otra zona de las islas británicas. La buena televisión consiste en contarle la verdad a la gente, en entretenerla tanto que no se dé cuenta de que la están educando. Queremos hacer documentales y ficciones que aborden los problemas a los que nos enfrentamos todos, como el desempleo, la soledad, la adolescencia o estar enamorado. Incluso —sonrió, comprobando la edad del grupo que conformaba el comité— los traumas de tener a los nietos en casa en Navidad. —Como respuesta, el comité le dedicó una cálida sonrisa.

—Sé que Cameron no va a decir esto ella misma —la interrumpió Charles—, pero me gustaría añadir que, con Declan y ella, tenemos al mejor equipo de la pantalla desde Ivory y Merchant. Ambos han estado en Irlanda rodando una película sobre Yeats para Channel 4. La semana pasada vi una versión sin cortes. Es pura magia, y llevará la poesía de Yeats y la belleza del campo irlandés a millones de nuevos telespectadores. Sería genial pensar que podrían hacer lo mismo para la zona de Cotswold.

Lady Gosling asintió sabiamente; no obstante, se percató de que Declan estaba mirando a la nada y no estaba participando en el procedimiento.

Todo el mundo tomó un gran sorbo de agua Highland Spring. La dama Enid y Charles estuvieron magníficos en las artes; Billy cautivó a toda el área de deporte; Janey tuvo algunas ideas maravillosas para los intereses de las mujeres; Seb los hizo reír con la cobertura de noticias al decir que el jefe de Noticias de Corinium era tan vago

que consultaba a su homólogo en la BBC todos los días para que ambos cubriesen los mismos eventos locales y que no hubiera ningún peligro de que le echaran en cara a alguno de los dos que hubiese batido al otro.

Henry tuvo un comienzo brillante cuando el juez Davey le preguntó sobre su implicación en el consorcio. Se había venido arriba hablando de capturar la vida salvaje de la zona en vídeo a la vez que parecía rascarse el yeso de la pierna por tercera vez cuando Janey de pronto se dio cuenta de que se estaba arremangando la parte acampanada de los pantalones y leyendo todo en la escayola, cosa que le provocó una risita nerviosa tremenda. Temiendo que el exprebendado, que estaba sentado al lado de Henry, apartara los ojos de su escote y se fijara en lo que Henry estaba haciendo, Janey le dio un fuerte codazo a Henry en las costillas.

—¡Auch! Musarañas, ratones de campo, tejones —finalizó Henry de forma poco convincente mientras se bajaba la pernera del pantalón y perdía su *teleprompter* improvisado.

—Me encantan los tejones —comentó lady Barnsley, que parecía muy emocionada—. En nuestro bosque tenemos unos cuantos.

—¿En serio? —preguntó Henry—. Nosotros también, o, bueno, Declan también en realidad. Vi a dos enormes machos pelearse en el camino que va a mi casa la otra noche. Estaban tan absortos que conseguí acercarme bastante.

—¿De verdad? —dijo lady Barnsley.

Lady Gosling, sin embargo, ya había tenido bastante con los tejones. Miró fijamente a Declan, que seguía despatarrado en la silla, totalmente irreconocible para ser el demagogo deslumbrante,

carismático y seguro de sí mismo que había arremetido contra Tony Baddingham en la reunión pública.

—¿Quién va a dirigir la compañía? —le preguntó a él.

—Yo soy el presidente —respondió Freddie cuando Declan no lo hizo—. Intento dedicar al menos un día a la semana a Venturer, si no más. Henry es nuestro vicepresidente no ejecutivo, Rupert se encargará de las finanzas y la administración con Harold. Declan y Cameron supervisarán los programas. Georgie será el encargado de las ventas. Charles, Janey, Sally, Billy y Seb serán los jefes de los distintos departamentos. Marti, Bas, lord Smith, la dama Enid y Wesley serán directores no ejecutivos, aunque todos ellos actuarán como asesores y contribuirán al buen funcionamiento de la compañía.

—Pero ¿quién va a dirigir de verdad la compañía? —insistió lady Gosling.

Cuando estuvo claro que Declan no iba a hacer ningún aporte, Rupert miró a lady Gosling de frente y dijo:

—Yo.

—Creía —comenzó a decir lady Gosling con frialdad— que su escasa experiencia empresarial no incluía la creación de nuevas empresas. Es una habilidad complicada de adquirir.

—Cuando tenía veintiún años —espetó Rupert—, monté mi propio negocio de salto de obstáculos, que ahora se ha convertido en un terreno que factura diez millones al año. También soy diputado, y por encima de todo esto, he dirigido un Ministerio de Deportes con mucho éxito durante cuatro años. También tendré el asesoramiento constante e increíble de todos mis directores, sobre todo de Harold, que ha estado a cargo de los programas de la LWT los últimos años.

—Toda la junta apoyará a Rupert como director ejecutivo —añadió Bas.

Todos los miembros de Venturer murmuraron su acuerdo, excepto Wesley, que estaba durmiendo tan tranquilo.

—Ha venido en un vuelo nocturno —explicó Janey mientras le daba un codazo.

—¿Está eliminado? —soltó Wesley cuando se despertó.

Lady Gosling pasó su mirada de desaprobación de Wesley a Declan, Rupert, Billy y luego Janey, que estaba en un extremo de la mesa.

—¿No creen que hay demasiados famosos y demasiadas divas en su consorcio? ¿Pueden convencernos con sinceridad de que Venturer será capaz de mantenerse unido como un equipo?

—Sí —contestó Rupert con serenidad, mirándola una vez más directamente a los ojos—. No ha sido una semana fácil debido a la publicación de mis llamadas «memorias», pero, salvo el obispo y el profesor, estamos todos aquí, ¿no es cierto?

Lady Gosling desvió la vista primero.

Echándole un vistazo al reloj de la pared, Cameron pudo ver que llevaban dentro una hora y media. ¿Eso era una buena señal o es que la IBA tan solo quería demostrar que no cabía duda de la inferioridad de Venturer? Como no sabía nada de la aventura de Maud con Tony, también se dio cuenta de que a Declan le pasaba algo bastante gordo. No había aportado nada al debate en absoluto. A esas alturas, debería de estar ya tomando carrerilla para soltar su última perorata para desgarrar a Corinium miembro a miembro, pero estaba en silencio.

Miró a toda la fila: a Janey y Billy, que derrochaban estilo, glamour y buen humor cuando ella sabía lo arruinados que estaban; a Charles, que no tendría ningún futuro si Venturer perdía; a Georgie, Sally y Harold, que, sin duda, habían puesto en riesgo sus carreras; a Henry, que soñaba con pechos y tejones; a Wesley, que había volado cientos de kilómetros para apoyarlos y puede que para poner también en riesgo su carrera; a Rupert, que, a pesar de los grandes reveses que había recibido aquella semana, había actuado con una valentía inaudita, y a Declan de nuevo, que le había enseñado lo que era la humanidad. Eran amigos, las personas con las que más deseaba trabajar.

Lady Gosling consultó su reloj de pulsera y se sirvió un vaso de Highland Spring.

—Bueno, pues ya les hemos escuchado a todos y hemos estudiado su extensa solicitud. ¿Alguien más tiene algo que decir?

Hubo una larga pausa agonizante:

—Yo sí —declaró Cameron, poniéndose de pie, tan delgada y valiente con su traje rojo como la joven Portia.

—Damas y caballeros, la semana pasada, en uno de los estudios de televisión del norte, un joven jefe de Noticias se ahorcó. —Miró la larga fila de rostros reprobadores—. Sí, todos nos hemos tragado la historia de que tenía problemas domésticos y económicos, pero la verdad es que no pudo soportar la presión de la fase previa al reparto de las franquicias. Lo habían amenazado para que llevara a muchos grupos de presión política, personas respetables de la zona y amigos de su director ejecutivo a su programa para impresionarles a ustedes, la IBA, y para que sus mezquinos jefes pudieran mantener la franquicia y seguir amasando una fortuna. Esto es una

tragedia y una desgracia —prosiguió Cameron con fiereza— y una acusación atroz a todo el sistema de la IBA y la ITV. Los de producción no deberíamos sentir que tenemos que crear programas dignos, inspiradores y aburridos cada ocho años para impresionarles y conservar la franquicia. Deberíamos hacer programas realmente buenos todo el tiempo.

Se giró y señaló el documento enmarcado en la pared con el escudo de armas y el lema de la IBA:

—Su lema es «*Servire populo*», pero no están sirviendo a la gente si incentivan a las compañías a hacer programas que les guste a ustedes, que creen que la gente debería ver en vez de los que de verdad quieren ver. He trabajado con Tony Baddingham durante cuatro años —continuó diciendo con vehemencia.

—Y ha producido algunos programas inspiradores muy buenos y nada aburridos —comentó lady Gosling con indiferencia.

Cameron esbozó una sonrisa.

—*Touché*. —Entonces, se volvió a poner seria—. Pero eso fue porque Tony Baddingham me tenía un afecto desmesurado y me dio carta blanca para tratar a todo el personal a patadas, además de proveerme con un presupuesto ilimitado mientras reducía los presupuestos de todos los otros programas a cero. La moral en Corinium ha brillado y brilla por su ausencia. Declan O'Hara —miró a Declan, rogándole que alzara la vista o reaccionara de alguna forma — es una de las mayores estrellas de la televisión de todos los tiempos, pero, cuando estuvo en Corinium, Tony casi lo destruyó, porque lo obligó a entrevistar a gente nada importante, grandes hombres de negocios, dignatarios locales, personas cuya influencia él pensaba que necesitaba para ganar la franquicia. Por suerte,

Declan huyó y fundó Venturer. Me he pasado los últimos dos meses trabajando con él y aprendiendo que para hacer buenos programas no necesitas intimidar a las personas ni denigrarlas hasta que lleguen al punto de ahorcarse. Una vez que te ganas la autoridad, si me permiten el juego de palabras, consigues mucho más de la gente con amabilidad e interés por su bienestar.

El juez galés se puso sus gafas para observar mejor a Cameron. Era una muchacha tremendamente atractiva. Podría convertirse en abogada si algún día se hartaba de la televisión.

—Los índices de audiencia de la ITV están cayendo en picado —continuó Cameron en tono acusador— porque muchos de los programas son horribles y porque muchas de las compañías están dirigidas por contables que ya no están dispuestos a correr riesgos. ¿Por qué gastarse diez millones de libras en una serie que puede fracasar cuando puedes comprar un concurso de otra compañía a cambio de una miseria? Venturer va a cambiar todo eso. Vamos a modernizar la ITV y no solo a hacer programas lo bastante buenos de manera global, sino también a cambiar la programación de toda la cadena para basarla en un análisis minucioso de lo que quiere el público. Por el momento, esto es solo un batiburrillo de lo que puede ser o lo que se ajusta a los recursos de la compañía contribuyente. Sabemos que tendremos dificultades y que no obtendremos buenos resultados si tenemos que hacer todo el tiempo programas inspiradores. Necesitaremos su ayuda, comprensión y guía durante todo el proceso, pero les prometo que, a diferencia de Corinium, no seremos abril cuando seamos novios y diciembre cuando nos casemos. Lo siento, me he extendido demasiado. —Se derrumbó en la silla, avergonzada.

La reconfortó un poco que Rupert pusiera su mano encima de la de ella con un orgullo genuino.

—Por lo general, su presidente debería recapitular llegados a este punto, pero creo que ya hemos oído bastante de la política de Venturer, señorita Cook —dijo lady Gosling—. Gracias a todos por venir.

Después de todo el esfuerzo, aquella despedida fue muy brusca. Venturer abandonó la sala sintiéndose abatido por completo. Peor aún fue que, cuando salieron del aparcamiento subterráneo, se encontraron con la prensa, que fue en bloque a pedir a voces unas palabras de Rupert sobre sus memorias. Por suerte, se centraron en hacerle fotos a él y no vieron a los topos agazapados dentro del convoy de coches.

Sin tener nada mejor que hacer, se volvieron todos a casa de Freddie para pasar juntos el duelo. De camino allí, Janey, Billy y Freddie le contaron a Cameron lo de Declan y Maud.

—Pero eso se le debería contar a la IBA —estalló Cameron—. Alguien tiene que advertirles del pedazo de cabrón que es Tony.

—Tú acabas de hacerlo muy bien hace nada —contestó Freddie—. Y Declan no quiere oír hablar del tema.

En cuanto llegaron a la vivienda de Freddie, Rupert llevó a Cameron aparte.

—Gracias por aparecer, cariño. Has estado maravillosa.

Cameron se encogió de hombros.

—Si tú pudiste conseguir una medalla de oro con un hombro dislocado, yo puedo hartarme de hablar con el corazón roto.

—Joder, cómo te admiro.

—Preferiría mucho más que me quisieras —respondió Cameron con tristeza.

Rupert le bajó un segundo las gafas oscuras y se estremeció al comprobar lo rojos e hinchados que tenía los ojos de tanto llorar.

—Lo siento muchísimo, cielo. Ya sabes que puedes quedarte en Penscombe el tiempo que quieras. No estaré allí las próximas semanas.

—¿A dónde vas? —le preguntó Cameron, muy exaltada de pronto.

—Me voy a Estados Unidos esta tarde. La única opción es largarme de Inglaterra hasta que se calmen las aguas.

—Entonces ¿no volverás para Navidad?

Rupert sacudió la cabeza con cansancio.

—¿Qué Navidad?

—¿Ni para el veredicto de la IBA el día 15?

—El resultado es obvio. ¿No has sentido la oleada de desaprobación y desagrado que salía de esos pechos cubiertos de *tweed* a lo largo de toda la entrevista? No tenemos ninguna opción.

—Puede que no —contestó Cameron, echándole un vistazo a Declan, que en ese momento se había desplomado en una silla sin poder evitar temblar con un vaso de whisky en la mano sin tocar—. Pero Declan va a necesitar mucho apoyo los próximos días.

—De mí, no —soltó Rupert con resentimiento—. Lo mejor para todos los O'Hara es que deje de darles el coñazo. —Consultó su reloj —. Será mejor que me marche.

—¿Puedo pedirte un único favor? —preguntó Cameron—. ¿Puedo quedarme con Blue?

Sonó el timbre, y ambos se sobresaltaron al pensar que podía ser Taggie. La secretaria de Freddie abrió y, un momento después, un

hombre entró en la habitación. Durante un instante, Cameron pensó que estaba alucinando, porque parecía como si el viejo Declan, el enérgico, seguro, agresivo, bronceado y de ojos claros, al que recordaba con tanta nitidez del primer día que llegó a Corinium, acabara de entrar por la puerta. Entonces, se dio cuenta de que era Patrick, que estaba un poco más robusto, curtido y bronceado por haber estado trabajando en una granja de ovejas durante cinco meses. Era obvio que había ido directo desde el aeropuerto y que, siendo Patrick, incluso en una crisis familiar, se había molestado en comprar en el *duty free* tabaco y whisky. Los iba a necesitar los próximos días.

Al borde de las lágrimas, Declan se puso de pie. Patrick ignoró a todos los demás que se encontraban en la habitación y fue directo hacia él a darle un abrazo.

—No pasa nada, papá —dijo con delicadeza—. He llamado primero a casa. Taggie me ha contado lo de mamá. Lo que ha hecho ha estado fatal, pero tenía sus motivos. Todo irá bien. Te quiere a ti. Volverá.

Era como si él fuera el padre que consolaba a su hijo.

—Ha saboteado la franquicia —soltó Declan con un gruñido—, y ha sido todo por mi culpa.

—No digas tonterías —contestó Patrick—. La responsabilidad recae en otra gente.

Soltó a Declan y se volvió hacia Rupert, endureciendo el rostro.

—Tú sedujiste a Cameron adrede porque querías que se uniera al bando de Venturer, ¿verdad? Pues esto es por joderle la vida. —Un segundo después, le dio un puñetazo a Rupert en el lado derecho de la mandíbula y, mientras Rupert se tambaleaba, pues lo había cogido

totalmente por sorpresa, Patrick lo volvió a golpear en el ojo derecho con el otro puño—. Y esto es por joderle la vida a Taggie —añadió mientras Rupert se estrellaba contra el suelo.

En la prensa de ese fin de semana, hubo una infinidad de conjeturas sobre cuál de los maridos perjudicados citados en la larga lista de conquistas (o memorias, como ahora se conocían) de Rupert le había dejado a Rupert el ojo morado.

51

Las dos semanas siguientes fueron una pesadilla para Venturer. Muy culpable porque su estrepitoso fracaso a la hora de mantener la compostura en la reunión les había costado al final la franquicia, Declan se volvió a su casa en Penscombe. Taggie y Patrick se aseguraron de no dejarlo solo cuando se dieron cuenta de que parecía sumirse en una depresión cada vez más profunda y se debatía entre odiar a Maud por haberlo traicionado y desear que regresara. Ella no dio señales de vida, parecía que se la había tragado la tierra.

Patrick, en un alarde de paciencia y comprensión que no se correspondía con su edad, pasó horas hablando con su padre.

—Taggie me ha dicho que a mamá le iba a dar algo antes del estreno de *La viuda alegre*, estaba muy asustada. Iba a dar un paso gigantesco para pasar de estar en la oscuridad a estar bajo los focos otra vez. Puede que para ti fuera una pequeña producción *amateur*, pero para ella no era solo un pasito más para cruzar el Frogsmore, sino un gran salto sobre un barranco de más de ciento cincuenta metros de profundidad. Necesitaba de verdad que estuvieras allí para ser testigo de su triunfo o para atraparla si caía.

—Lo sé —gruñó Declan—. Como siempre he tenido que esforzarme tanto para que siguiera conmigo, nunca me había dado cuenta de lo mucho que me necesitaba.

—Y ya sabes que vive cada papel que interpreta. En su cabeza, ahora se ha convertido en la pobre y maltratada Nora de *Casa de muñecas*, que se marcha de un portazo para escapar de un marido tirano e insensible. Quería devolverte el golpe y, por eso, te cerró la puerta en las narices. Además, no debes subestimar la influencia de Tony Baddingham. Sé muy bien el efecto que tenía en Cameron. Es un Yago de manual. Solo tuvo que señalar lo brillante, guapa y sexualmente voraz que era Cameron y el tiempo que pasabas con ella, que cada vez era más; ¿cómo no ibais a estar liados? Sabes la imaginación que tiene mamá. Muy a lo P. D. James. Imagínate las cosas horribles que le habrá dicho él de ti, y encima le ofreció una salida para escapar de la pobreza: vestidos nuevos, joyas nuevas, abrigos de pieles… y adiós a los sobres marrones y a los acreedores en la puerta, hasta le dio calidez. —A Patrick lo recorrió un escalofrío. Tras el verano que había pasado en Australia, el sistema de calefacción central de Priory dejaba mucho que desear—. Y él estaba siempre disponible mientras tú estabas fuera o preocupado por la franquicia o por Yeats. Seguro que además a mamá la habría excitado el carácter prohibido de todo el asunto. Tony no tenía más que encender el cuchillo eléctrico de trinchar, mojarlo en detergente para lavavajillas y meterlo bien en la herida.

Declan hizo un gesto de dolor.

—Puedo entender todo eso, excepto que le haya contado todos nuestros secretos a propósito.

—A lo mejor no lo ha hecho —replicó Patrick—. Taggie pasa mucho tiempo fuera cocinando. Puede que Tony viniera a casa. Tienes los planes encima del escritorio y tu letra no es tan difícil de descifrar.

—¿Crees que debería presentarme en Falconry y matarlo?

Patrick le lanzó una mirada gélida.

—Yo que tú no lo haría. Ya sabes lo mucho que lady Gosling detesta la violencia.

Taggie, que estaba de lo más ocupada cocinando para fiestas y para llenar los congeladores de la gente para las navidades, intentó, en un acto de heroicidad, estar animada, pero lo cierto era que Patrick estaba mucho más preocupado por ella que por Declan. Nunca se quejaba y se negaba a hablar de Rupert, pero Patrick sabía que por dentro tenía el corazón hecho trizas.

Fuera, el tiempo se había vuelto más cálido y la nieve se iba derritiendo aquí y allá, dejando ver formas extraordinarias como un caballito de mar o un camello. Por toda la parte inferior del valle, los arroyos que desembocaban en el Frogsmore seguían congelados en glaciares grises sucios. Taggie estaba deambulando absorta por los campos con los perros y solo se fijó en que las matas aplastadas de espesa hierba rojiza que sobresalían de la nieve parecían cabezas de cientos de Ruperts muertos en combate.

—«Un sacrificio demasiado largo puede hacer una piedra del corazón» —citó Patrick con amargura, pensando en su propia situación.

Por suerte, Cameron seguía muy ocupada editando lo de Yeats (Declan había perdido todo interés en el proyecto) y con la puesta a

punto del programa sobre madrastras que había encargado Channel 4. Se pasó por allí en varias ocasiones para animar a Declan, pero se las arregló para evitar hacerlo cuando Patrick estaba en casa. Patrick no sabía si había vuelto con Tony o si Tony estaba cuidando de su madre. Tanto él como Taggie pensaban que era mejor no hacer nada hasta que se anunciaran los resultados de la franquicia.

El domingo 15 de diciembre era el día D. La norma dictaba que, a partir de las nueve en punto, en un ambiente de gran dramatismo y secretismo, los directores ejecutivos actuales de todas las cadenas de televisión comerciales tendrían que presentarse en la IBA con sus limusinas en intervalos de quince minutos. Una vez que pasaran junto a batallones de periodistas, fotógrafos y equipos de cámaras, los conducirían de nuevo al edificio desde el aparcamiento subterráneo y subirían enseguida en el ascensor a otra oficina vacía. Allí, como a los pretendientes de *El mercader de Venecia*, les entregarían un sobre sellado de lady Gosling y los dejarían a solas para que lo abrieran y vieran si seguían conservando la franquicia o si, por el contrario, pasaba a manos de sus rivales. Les permitirían unos minutos para procesar la información y luego irían al despacho de lady Gosling para que esta les dijera unas breves palabras a modo de felicitación o de condolencias. A continuación, se marcharían del edificio por la puerta de atrás o por la principal, no sin antes haber jurado no revelar ni una sola palabra de los resultados a la prensa. Tras haber visto a todos los contratistas actuales, los rivales, que esperaban destituirlos, entrarían uno por uno después del almuerzo y se someterían al mismo procedimiento.

A las cuatro y media, lady Gosling convocaría una rueda de prensa para anunciar los resultados, que se enviarían a la vez a la bolsa y al ministro del Interior, quien se encargaría de informar al primer ministro.

Tony Baddingham estaba tan convencido de que la franquicia seguiría en sus manos que había reservado una suite para pasar la noche en el hotel Hyde Park.

Estas expectativas se habían visto motivadas por los pronósticos publicados en portada por la mayoría de los periódicos del domingo, que daban por segura la victoria de Corinium. Por esta razón, no se había escatimado en Krug en una recepción para la prensa y para los partidarios de Corinium de Tony mientras él se dirigía a su cita de las doce con la IBA.

Para Tony, era todo un alivio que los rivales no se vieran hasta por la tarde. De lo contrario, necesitaría protección de la policía por si se cruzaba con Declan en el ascensor. Prefería regodearse en la humillación de Venturer desde la distancia.

Hacía un día gris de un frío gélido, con un viento helado que cortaba la cara con más eficacia que cualquier villano de East End. En lugar de caminar los menos de doscientos metros que había del hotel Hyde Park a la IBA, Tony obligó a Percy a que lo llevara en coche por el parque y se acercara al número 80 de Brompton Road desde South Kensington. Había un montón de camarógrafos y de periodistas que se entremezclaban en la acera con los compradores navideños cuando llegó en el Rolls.

Como nunca había podido resistirse a un poco de publicidad, Tony decidió entrar por la puerta principal y dejó que Percy se llevara el Rolls al aparcamiento. La actividad se volvió frenética cuando se bajó

del coche y hubo un montón de destellos de *flashes*. Como Tony siempre había estado bajo los focos, la mayoría de la prensa lo reconoció. Tras posar treinta segundos con su corbata del club Garrick y un traje nuevo de novecientas libras, declaró ante el aluvión de micrófonos grises que quería ser fiel a sí mismo y no adelantarse a los acontecimientos, pero que estaba seguro, muchísimo, de que seguiría al mando esa tarde. Acto seguido, se escabulló por las puertas giratorias de la IBA.

—Arrogante de mierda —espetó Declan, que estaba viendo la ITN en casa de Freddie—. No hables de fidelidad en mi presencia, cabrón.

—No lo veas —replicó Patrick mientras apagaba la televisión—. Solo te molestará más. Deberías ir cambiándote pronto, y aféitate, anda.

—¿Para qué me voy a adecentar si me voy a plantar delante de un pelotón de fusilamiento?

Alguien llamó al timbre y Declan se sobresaltó. ¿Por qué seguía rezando en cada ocasión para que se tratara de Maud?

—Ya voy yo —dijo Freddie.

Freddie tenía el corazón en un puño. Era consciente de que no había esperanza de que Venturer consiguiera la franquicia, pero había intentado mantener el ánimo de todo el mundo las dos últimas semanas y se había esforzado aún más por ser un buen marido para Valerie. A cambio, Valerie no se había molestado siquiera en presentarse aquel día en Londres, pues odiaba el fracaso. Pero cuando Freddie se asomó por la mirilla, sintió que su corazón se llenaba de alegría y gratitud porque, allí, con su cara tan colorada por el frío como el trasero de un mandril, estaba Lizzie. Nunca una

puerta se había abierto con tanta celeridad. Mientras la agarraba para meterla en la casa y apartarla de cualquier prensa que pudiera estar al acecho, ella cayó en sus brazos.

—No deberías estar aquí —musitó él de forma incoherente.

—Ya sé que no debería —contestó Lizzie—, pero James no para de fardar, y no podía quedarme allí sentada tomándome el champán de Tony. Pensé que me envenenaría.

En la casa de Tony en Rutland Gate, ajenos por completo al tema de la franquicia y pensando solo el uno en el otro, Caitlin O'Hara y Archie Baddingham se vieron el primer día de las vacaciones escolares.

—¿De verdad esto es seguro y tu padre no va a aparecer por esa chimenea como Papá Noel? —preguntó Caitlin cuando entraron en el dormitorio de Monica.

—No, van a estar todo el día celebrando en el Hyde Park —respondió Archie—. Y mi madre se tirará todo el rato rechazando besos de parásitos borrachos y babosos como James Vereker. Siento que tu padre no la haya conseguido.

—Es una pena —replicó Caitlin—. Ha trabajado muchísimo. Al igual que Tag.

—Yo te mantendré —dijo Archie mientras ponía una botella de Sancerre y dos copas sobre la mesita de noche de su madre—. Oye, ¿estás segura de que quieres que sigamos adelante con esto y no prefieres esperar hasta que estemos casados?

Caitlin, que solía tener un aire de despreocupación, pero que en ese momento estaba temblando como si hubiera un terremoto, negó con la cabeza.

—Hoy en día, la gente se acuesta primero para ver si son compatibles en la cama. De todas formas, alcancé la edad legal de consentimiento la semana pasada. Oye, esto está de lo más ordenado. —Miró alrededor con una expresión de asombro—. Tendrías que ver la habitación de mis padres. ¿Crees que deberíamos poner una toalla roja debajo? No quiero manchar de sangre las sábanas de tu madre.

—¿Qué hora es? —susurró Archie.

—Las dos menos cuarto —contestó Caitlin tras fijarse en las cifras rojas parpadeantes del reloj digital—. ¿Por qué?

—Porque quiero recordar a qué hora voy a hacer lo más importante de mi vida —respondió Archie mientras le desabrochaba la chaqueta de punto negra.

Taggie pensó que su padre tenía una pinta horrible mientras le cepillaba el traje azul oscuro y le ponía bien la corbata. La nueva camisa a rayas verdes y azules de Harvie & Hudson que Cameron le había comprado la semana anterior en honor a la ocasión ya le quedaba demasiado grande. En las últimas dos semanas, la espesa melena negra se había llenado casi por completo de canas, y la desesperanza y el dolor le habían cavado surcos todavía más profundos en la frente y en las comisuras de la boca.

El reloj marcó las dos.

—Ya ha llegado el coche, Declan —lo avisó Freddie desde el vestíbulo.

—Buena suerte —le deseó Taggie mientras le daba un abrazo—. Todo acabará en media hora.

Uno a uno, los miembros de Venturer le estrecharon la mano a Declan y le desearon suerte. Billy le dio el trébol de cuatro hojas descolorido que había llevado en la bota cuando ganó la medalla de plata en salto de obstáculos en Colombia. Henry Hampshire le dio una ramita de brezo blanco que le había endosado una gitana esa mañana a las puertas de Harrods. Rupert le había mandado un télex desde Los Ángeles. El profesor Graystock y el obispo de Cotchester estaban, sin duda, disfrutando en ese instante de su segunda ración de rosbif en Gloucestershire. Todo el mundo se despidió de Declan con la mano cuando se marchó.

—Majestuoso a pesar de la derrota —comentó Patrick con tristeza.

—Todavía no —bramó la dama Enid—. No seas tan pesimista, muchacho.

La prensa se puso como loca cuando llegó el coche de Declan. Había sido un día largo, frío y un poco aburrido. No los habían admitido en el interior de la IBA por cuestiones de seguridad, por lo que tuvieron que estar todo el rato yendo y viniendo desde la entrada del edificio hasta la parte trasera, desesperados por conseguir la exclusiva. Los directores ejecutivos de las cadenas de televisión son hombres enormemente poderosos, pero no siempre muy conocidos. Un equipo de camarógrafos se puso en ridículo cuando le preguntó a su propio director ejecutivo para qué cadena de televisión trabajaba. Otro equipo malgastó mucho material grabando a su propio jefe de prensa.

Pero sí que conocían todos a Declan. Muchos de los equipos habían trabajado con él y les caía bien, incluso deseaban que hubiese ganado. Los compradores navideños, azotados por el frío y

por agolparse entre ellos, también sabían quién era y lo animaron y rodearon. A Declan le costó varios minutos atravesar Brompton Road y, cuando entró por las puertas giratorias, una mujer gorda le dio una ramita de acebo para desearle buena suerte. En dirección contraria, se aproximaba Johnny Abrahams, su antiguo jefe de la BBC, que había presentado una licitación para destronar a Granada.

—¿Qué tal ha ido? —le preguntó Declan.

—Nos han dicho que nos vayamos a casa —respondió Johnny desanimado.

Llevaron a Declan en el ascensor de acero gris hasta la octava planta y después a un gran despacho en cuya puerta rezaba «Sala de visitas para socios». Dentro, había muchas sillas granates en fila delante de una pantalla enorme. El teléfono gris que había en la esquina no funcionaba. Por el pasillo, se extendía un olor a pavo, los restos del almuerzo festivo de lady Gosling. Desde la ventana, podía ver Knightsbridge y la esquina noreste de Harrods, de color castaño ruano en contraste con un cielo gris plomizo, con sus banderas de colores ondeando por el viento gélido.

Bajó la mirada a la ramita de acebo que aún tenía dos bayas rojas. Se alegraba de que todas esas personas estuvieran encantadas de verlo. Quizá un día, cuando hubiese dejado atrás toda la pantomima de la franquicia, podría volver a trabajar. Se preguntó qué estaría haciendo Maud, aunque seguro que se encontraba festejando con Tony en el hotel Hyde Park en ese momento. Justo debajo estaba Lancelot Place. Era muy irónico que él hubiera resultado ser el Arturo que le había ofrecido Camelot a la IBA, y Tony el Lancelot que le había robado a Ginebra. «Dios mío», pensó con un gemido. ¿Cómo iba a ser capaz de volver a hacer algo en su vida sin ella?

—Señor O’Hara.

Declan pegó un buen bote y miró a su alrededor como si fuera tonto. Una mujer de aspecto amable con gafas había entrado con una bandeja llena de sobres y le había alargado uno blanco y otro marrón.

—Aquí tiene sus sobres. Mucha suerte.

—Gracias —musitó Declan.

Aguardó con cortesía hasta que se fue y luego se los guardó en el bolsillo del abrigo. Al igual que le ocurría con las facturas, creía que era mejor no abrir las cosas desagradables. Por la ventana, vio un grupo de caballos y de jinetes repiqueteando de vuelta a los establos de Hyde Park, a la avena y a un lecho de paja cálido. Jesús, qué apacible le parecía la vida de un caballo. Y qué bonitos eran. Tendría que poner Priory a la venta de inmediato, quizá podría disfrutar de un día o dos de caza antes de marcharse.

—Señor O’Hara.

—Perdone. Ya me iba.

—¿Le importaría subir arriba a hablar con lady Gosling?

—No le veo sentido, la verdad. Aunque es muy amable por su parte el preocuparse.

—Me ha pedido que lo lleve a verla —dijo con firmeza la mujer de las gafas.

Lady Gosling estaba sentada en su despacho detrás de un enorme escritorio. El director general y el adjunto esperaban en el sofá. La sala estaba llena de humo. Sin duda, habían disfrutado de un buen almuerzo.

—Buenas tardes, señor O’Hara —lo saludó lady Gosling mientras se levantaba un poco y le extendía su mano menuda y pecosa.

Declan alargó la suya y se percató de que todavía seguía sujetando la ramita de acebo, así que se sonrojó.

—Me parece un poco pronto para celebraciones —comentó lady Gosling con frialdad—. Yo tomaría asiento si fuera usted.

Declan murmuró que prefería quedarse de pie.

—Muy bien —contestó ella con seriedad—. Es evidente que ha habido algunos altibajos en su licitación. Está claro que Freddie Jones tiene un dominio excepcional de las finanzas, y Cameron Cook es de lo mejorcito que hay. Es una chica brillante con mucho arrojo. Y, por supuesto, algunos de los programas que han incluido en su programación son de lo más interesante.

«¿De qué va todo esto?», pensó Declan con cansancio. Era como si a un condenado a muerte le dijeran que su verdugo era una persona muy simpática.

—Por el contrario, parte de la publicidad ha sido un horror absoluto —continuó lady Gosling implacable—. Y su seguridad deja mucho que desear. Pero sí que nos ha impresionado muchísimo esto —añadió, y le tendió a Declan unos folios.

En la parte superior de la primera página había tres líneas escritas a máquina. Declan tardó un poco en distinguir lo que decían por lo fatigados que tenía los ojos.

«Los abajo firmantes deseamos manifestar nuestro apoyo a Declan O'Hara en su licitación por la franquicia de Corinium. Él hace el tipo de televisión en la que creemos, y, en el breve tiempo que estuvo en Corinium, nos dejó impresionados por su absoluta integridad y amabilidad con todo el personal. Si su consorcio consiguiera la franquicia, a todos nos gustaría trabajar para él».

Muy muy despacio, Declan recorrió la lista de nombres: Georgie Baines, Cyril Peacock, Daysee Butler, Deirdre Kilpatrick, Mike Meadows, y luego pasaba a los asistentes personales, las chicas del té, las secretarias, los compradores de producción, los diseñadores, los guardias de seguridad, los recepcionistas, los asistentes de electricidad, los técnicos de iluminación, los productores, los electricistas, los aparejadores, las maquilladoras, los ingenieros, los regidores, los directores, los porteros, las chicas de la cafetería, los técnicos de sonido y los mezcladores. Le dio la vuelta a la hoja. La lista continuaba en tres columnas hasta el final de la siguiente página, y después hasta el final de la otra, y se le nubló la vista.

Declan se giró hacia la ventana. Los caballos ya no estaban. Se presionó los ojos con las manos mientras le temblaban los hombros anchos.

—Es un documento de lo más impresionante —afirmó lady Gosling con gentileza—. Debería enmarcarlo y mirarlo cada vez que se sienta deprimido.

Declan se volvió hacia ella a la par que se frotaba los ojos con rapidez.

—Siento haberlos decepcionado —dijo él con la voz entrecortada —. Muchas gracias por enseñármelo.

—Al revés —repuso lady Gosling—. No los ha decepcionado en absoluto. ¿Por qué no abre esos sobres?

Todavía aferrando la ramita de acebo y con las manos temblándole de lo lindo, rompió el sobre blanco y tuvo que reconstruir la carta.

—«Querido señor O'Hara» —leyó con incredulidad—, «tenemos el enorme placer de informarle de que el consorcio de Venturer ha

conseguido la franquicia de Corinium».

Declan leyó la carta tres veces en silencio. Acto seguido, abrió el sobre marrón, que contenía los detalles contractuales.

—Yo no me preocuparía por intentar asimilar eso ahora mismo —intervino el director general con una voz un poco temblorosa también—, pero son buenas noticias. Enhorabuena.

Aún sin hablar, Declan les estrechó la mano, le dio la ramita de acebo a lady Gosling y se marchó de la sala. Olvidándose por completo de que el chófer de Freddie lo estaba esperando en el aparcamiento subterráneo, cogió el ascensor hasta la planta baja. Fuera del edificio, la prensa se le echó encima.

—¿Qué tal ha ido, Declan?

Entonces, como se fijaron en que intentaba controlar las lágrimas, se hicieron a un lado y lo dejaron pasar mientras caminaba desorientado en dirección a Holland Park.

Reunido en torno a la radio, ya que las noticias de la televisión no eran hasta las seis, el consorcio de Venturer absorbía cada detalle nuevo que daban. Se produjo una ovación cuando el reportero dijo que se había visto a Tony Baddingham marcharse del edificio con cara impasible.

—A lo mejor todavía no debemos perder la esperanza —comentó Freddie atónito—. Vamos a tomarnos algo de todos modos.

—Tal vez la IBA quiere que nos fusionemos de alguna manera con Corinium —sugirió Cameron.

—Pues conmigo no contéis —dijo Charles—. Prefiero quedarme en el paro.

Todos se sobresaltaron cuando la radio emitió un chasquido.

—Las últimas noticias sobre la lucha por las franquicias —anunció el comentarista— son que Declan O'Hara acaba de salir del edificio de la IBA llorando, así que me temo que las cosas no pintan nada bien para Venturer. Ha atravesado la multitud hace nada y se le ha visto por última vez dirigirse hacia la estación de metro de South Kensington como si estuviera conmocionado.

Cameron miró a Patrick.

—Supongo que ya está.

—El desgraciado de Baddingham al final nos ha machacado —comentó furiosa la dama Enid—. Pienso ir a contarle a Gwendolyn Gosling cómo ha seducido a Maud y ha sobornado a Beattie Johnson. Me importa un carajo lo que diga Declan, seguro que podemos apelar.

—No lo creo —contestó Freddie cansado—. Es la decisión final.

—Nada es final —replicó la dama Enid enérgicamente.

Taggie se puso lívida.

—No pensaréis que mi padre es capaz de hacer algo estúpido, ¿verdad?

—Pues claro que no —espetó Cameron, porque ella había pensado lo mismo y también tenía miedo.

Lizzie le cogió la mano a Freddie.

—Lo siento mucho, cielo.

Freddie negó con la cabeza, a punto de llorar también e incapaz de hablar.

Al minuto siguiente, el chófer de Freddie lo llamó desde el coche.

—He oído las malas noticias en la radio, señor J. He recogido al señor O'Hara en South Ken.

—¿Está bien? —preguntó Freddie.

—Pues, a ver, dice cosas que no tienen mucho sentido, pero lo llevaré de vuelta a Holland Park.

Diez minutos después, Declan apareció en el salón. Por un instante, parecía un nubarrón, así que todos asumieron que la esperanza se había acabado. Entonces, y por primera vez en semanas, esbozó su malvada sonrisa de colegial:

—Todo bien, amigos. Lo hemos conseguido.

Estaban todos tan aturdidos que se quedaron callados, pero luego hubo una explosión de vítores y se pusieron a abrazarse unos a otros. Janey rompió a llorar, al igual que Charles. La dama Enid y Billy se estaban secando los ojos.

—Sí, joder —gritó Freddie mientras daba saltitos.

—Gracias a Dios —dijo Henry.

Taggie se encontró de pronto dándole un abrazo a Cameron.

—Lo hemos conseguido —chillaban las dos al unísono.

—¿Estás seguro al cien por cien? —preguntó Bas incrédulo—. ¿Podemos ver las pruebas?

Con una sonrisa de oreja a oreja, Declan se sacó la carta blanca rota del bolsillo. Todos se pusieron a su alrededor para echar un vistazo.

—Hostia puta, es verdad —comentó Janey mientras soltaba un grito de alegría y abrazaba a Billy—. Podemos volver a vivir en Penscombe.

—Voy a ser el próximo Trevor MacDonald —gritó Wesley.

—Se ve que al final voy a conservar mi casa de campo después de todo —dijo Marti.

—¿Por qué nos la han concedido a nosotros? —le preguntó Cameron a Declan por encima de los aullidos a lo Tarzán y los

ensordecedores descorches de champán.

—Sobre todo por vosotros —respondió Declan pasándole un brazo por los hombros—. Creían que eras maravillosa, y también adoraban a Freddie, pero ha sido por todos vosotros —continuó mientras alzaba la mano para pedir silencio—. Gracias a vosotros, que os habéis presentado en la IBA, las tornas se han girado a nuestro favor. Todos os habéis arriesgado y por eso hemos ganado. Al final, solo los valientes se merecían la franquicia. —Se secó los ojos—. Estoy muy orgulloso y contento por todos nosotros.

—Y yo también —dijo Henry, que había estado haciendo cálculos con esfuerzo en el reverso de un sobre—. Había apostado dos a uno mil libras por nosotros.

—Vaya —comentó Bas—. Casi puedes comprar a Joanna Lumley con eso.

Todos se echaron a reír a carcajadas y comenzaron a abrazarse de nuevo.

En Rutland Gate, Caitlin yacía entre los brazos de Archie.

—¿Estás segura de que ha estado bien? —le preguntó él por centésima vez mientras le acariciaba el vientre plano y pálido.

—Por supuesto que sí.

—Se supone que los chicos tienen que dejar a las chicas en cuanto consiguen lo que quieren, pero yo te quiero más que nunca. Eres preciosa. ¿Te ha dolido mucho?

Caitlin soltó una risita.

—Para presumir hay que sufrir. Y tenemos todas las vacaciones por delante. ¿Tienes muchos deberes que hacer?

—Sí —contestó Archie.

—Yo también. Los podemos hacer juntos.

—¿Tienes hambre? Porque yo sí. Voy a ver si hay algo en la despensa. —Archie se levantó. Desnudo (estaba aún un poco rechoncho, aunque para Caitlin era del todo guapísimo), se asomó a mirar a través de las cortinas. A las tres y media, ya se estaba haciendo de noche.

—Joder —soltó Archie—. Mi madre se acaba de bajar de un taxi.

Atacada, Caitlin le pegó un puntapié a la botella y la mandó debajo de la cama, guardó los dos vasos en el armario de al lado, se puso los vaqueros, la chaqueta de punto negra y las botas y metió la camiseta, el sujetador, las bragas y los calcetines en su bolsa. Archie apagó las luces del dormitorio.

Al minuto, Monica entró en el salón y se encontró con que Archie y Caitlin estaban allí sentados, cada uno a un lado de la chimenea vacía. Caitlin estaba leyendo *Country Life* del revés.

—Hola, mamá —la saludó Archie con entusiasmo poniéndose de pie y dándole un beso—. Creía que ibas a estar en la juerga de celebración de papá. Estaba a punto de ir para allá.

—Se ha cancelado —contestó Monica aturdida—. Hemos perdido la franquicia.

—¡¿Qué?! —explotó Archie—. No es posible. Si todos los periódicos decían que la teníamos asegurada.

—Pues se equivocaban. Por cuestiones de seguridad, la IBA ha dejado apostado al MI5.

—Madre mía, lo siento mucho.

Caitlin no lo entendía.

—Entonces ¿quieres decir que mi padre la ha conseguido? —preguntó despacio.

—No lo sé. —Monica miró a Caitlin confundida—. Supongo.

Aún con el abrigo de pelo y el pañuelo para la cabeza, se sentó de golpe en el sofá, se quedó mirando sus bastas manos de jardinera con diamantes grandes y rompió a llorar. Archie, que solo había visto llorar a su madre en una ocasión hacía años cuando tuvieron que sacrificar a uno de sus labradores, se sentía muy impotente. Era como ver hundirse el Titanic.

—Lo siento mucho por él —sollozó Monica—. Sé que ha hecho cosas cuestionables, que se ha dejado la piel en ganar la franquicia, pero quería derrotar a Rupert y a Declan a toda costa.

Caitlin cruzó muy deprisa la habitación y abrazó a Monica.

—Lo siento mucho. Estoy encantada por mi padre, claro, pero esto es como en la regata. Alguien tiene que ganar, pero no quita que sea horrible, desolador y humillante públicamente para el equipo que pierde. Así que, por favor, no llores. Tráele un poco de brandi —le pidió a Archie—. ¿Os vais a quedar en la ruina?

—No. —Monica tragó saliva—. No lo creo. Todavía le quedan las otras compañías a Tony. Pero es que esto le importaba muchísimo, y ha sido un choque enorme. Estaba tan convencido…

Intentando ponerse de pie mientras se secaba desesperada los ojos, murmuró que debía buscar un pañuelo y se dirigió dando tumbos a su dormitorio.

Archie y Caitlin se acordaron de la cama sin hacer e intercambiaron una mirada de espanto.

—Debo de estar volviéndome senil —Monica tragó saliva de nuevo cuando volvió, se secó los ojos y se sonó la nariz—, porque juraría que esta mañana hice la cama.

—Has estado sometida a un estrés tremendo —dijo Caitlin con empatía—. Mi padre le echó leche al whisky con soda el otro día.

—Pero yo jamás me dejo la cama sin hacer —susurró Monica—. No puedo permitirme derrumbarme. Tony va a necesitar mucho apoyo.

Cuando le dio un trago al brandi, puso la misma cara que una niña pequeña al tomarse su medicina.

—Ya voy yo y la hago —se ofreció Caitlin—. Eso hará que te sientas mejor. Y, luego, Archie y yo iremos a buscarte algo de comer.

En mitad de los festejos alegres e inesperados de Venturer, sonó el teléfono. La dama Enid lo cogió. Sin ni siquiera molestarse en tapar el auricular, gritó:

—Es para ti, Declan. Es el vejestorio pretencioso.

—Enhorabuena, Declan —dijo el obispo de Cotchester con entusiasmo—. Me alegro mucho de que hayas conseguido la franquicia al final. Como las festividades ya mismo están aquí, he estado reflexionando largo y tendido sobre la naturaleza del perdón. Creo que, en general, mi rebaño comprenderá si hago la vista gorda con el lamentable comportamiento de Rupert Campbell-Black, así que me gustaría reconsiderar mi postura con Venturer.

Una sonrisa beatífica se extendió por el rostro de Declan.

—Tu rebaño y tú os podéis ir a la mierda —contestó antes de colgar.

Cameron estaba sentada en el sofá acurrucada con Blue.

—Un penique por tus pensamientos —dijo Patrick mientras se sentaba a su lado—. Aunque, ahora que has conseguido la franquicia, supongo que tus pensamientos son mucho más caros.

Cameron esbozó una sonrisa.

—Estaba pensando en lo raro que se siente estar tan feliz cuando el corazón de otra persona está hecho trizas.

—Qué alivio ver que vas a sobrevivir después de todo —replicó Patrick llenándole la copa.

Él miró a Taggie, que, con una sonrisa falsa en la cara, estaba recogiendo vasos como una zombi.

—No estoy muy seguro de que mi hermana lo vaya a hacer.

—¿Qué problema tiene? —preguntó Cameron con amargura—. Rupert la quiere.

—Ella no lo tiene tan claro —contestó Patrick—, y él no va a hacer nada al respecto. Seguro que está de juerga metido en alguna orgía de Hollywood ahora mismo, ocupado olvidándola. Freddie y mi padre han estado intentando ponerse en contacto con él, pero no lo han conseguido.

Cameron miró su reloj.

—Debe de ser la hora de desayunar en Los Ángeles —dijo ella.

52

En California, a Rupert la pena lo estaba consumiendo poco a poco. Abandonar Inglaterra había hecho que las cosas fueran muchísimo peor. No podía comer ni dormir. Debía de estar muriéndose si ni siquiera quería beber. Lo único que podía hacer era anhelar a Taggie. Nunca se habría imaginado que algo podría doler tanto.

—Rupert —dijo Suzy Erikson, su preciosa anfitriona, mientras desayunaban al lado de la piscina justo después de haber llegado de toda una noche de fiesta—, llevo hablándote veinte minutos y no has escuchado ni una palabra de lo que te he dicho.

—Lo sé, perdona.

—También he hecho desfilar a las mujeres más glamurosas de Hollywood por delante de ti durante las últimas dos semanas y no le has prestado atención a ninguna.

—Lo sé, perdona por eso también.

—¿Todavía sigues cabizbajo por tu adolescente irlandesa? —le preguntó Suzy mientras hincaba una cuchara en su melón—. Vuelve a casa y tíratela. Es la única forma de sacártela de la cabeza.

Rupert dirigió la vista a su taza de café, que se estaba enfriando.

—No puedo, no debo follar con ella —repitió en un tono apagado —. Aparte de Billy, es la única persona buena de verdad que he conocido nunca.

—Eso parece un buen presagio —contestó Suzy—. Billy es la única persona a la que le has sido fiel, y la única a la que tampoco te has follado.

Mientras Rupert se levantaba y se disponía a pasear por la terraza de un lado a otro, Suzy pensó que había perdido mucho peso y que parecía enfermo de verdad. Como hacía unos cuantos años se había enamorado perdidamente de él, siempre deseó que se le pusiera de rodillas, pero ahora, al verlo en una desesperación tan deplorable, solo podía sentir lástima por él.

—Quiero cuidarla —estaba diciendo Rupert—. Es la única persona que me ha hecho querer buscar un dragón y matarlo por ella, aunque —añadió con una media sonrisa— no lo valoraría. No le gusta nada la crueldad animal.

—Pues menos mal que no te conocía en tus viejos tiempos —respondió Suzy—. ¿Tienes una foto?

Rupert volvió a su asiento y extrajo una instantánea arrugada del bolsillo interior de su chaqueta de estilo náutico, que estaba colgada en el respaldo de la silla. Era la que le había tomado en el bosque. Taggie estaba sonrojada por haber estado atrapando hojas con los niños.

—No es que sea muy guapa, ¿no? —comentó Suzy con cierta satisfacción. Rupert le arrebató la fotografía.

—Sí que lo es —replicó con frialdad—. Es la chica más bonita que he visto nunca.

—Ajá —soltó Suzy—. Bueno, pues si piensas eso, sí que te ha dado fuerte.

El teléfono interrumpió el silencio extremadamente tenso que se había producido.

—Es para ti, alguien llamado Declan O'Hara —dijo Suzy—. Parece un poco borracho.

Rupert se preparó para los insultos.

—Lo hemos conseguido. Lo hemos conseguido, joder —gritó Declan.

—¿Qué habéis conseguido?

—No solo nosotros, tú también. Hemos conseguido la puta franquicia.

A juzgar por los gritos y exclamaciones de júbilo que se oían de fondo, había una buena fiesta montada. Rupert deseó, tras el enorme alivio inicial, poder sentirse más emocionado y corresponder al éxtasis casi incoherente de Declan como era debido. Luego, habló con Freddie, que estaba más tranquilo pero igual de eufórico, y un instante con Cameron, que parecía bastante entusiasmada también. Entonces, Declan le arrebató el teléfono.

—¿A que es la leche? Será mejor que vuelvas pronto y averigüemos si sabemos cómo dirigir una compañía de televisión. ¿Qué dices? Ah, Taggie dice que te desea feliz Navidad.

Al colgar el teléfono, Rupert fue hasta el borde de la piscina de un azul claro reluciente y alzó la vista hacia los picos nevados de las montañas de Santa Mónica que se elevaban como uno de los púdines de Taggie. Se preguntó si la nieve se habría derretido en Penscombe.

—Me vuelvo a casa —declaró.

—¿Para pedirle matrimonio a tu amazona de cara sonrojada?

Rupert sacudió la cabeza con violencia.

—No, no. Solo he pensado que si estoy en el mismo país que ella, puede que duela menos.

El camino a casa fue un infierno. Todas las azafatas revoloteaban a su alrededor y lo colmaban de champán y cosas deliciosas para comer, que él ni tocaba. Por alguna terrible ironía, la película era una de Woody Allen que había visto con Taggie y los niños. La entendió tan poco como lo había hecho la primera vez. Trató de dormir, pero era como si estuviera destinado a ver la televisión hasta la eternidad con el rostro de Taggie en los cuatro canales que había. Se quedó dormido unos minutos mientras el avión sobrevolaba Irlanda, pero soñó con ella y se despertó con una gran desolación al ver que no estaba allí.

Heathrow a las siete y media de una cruda mañana de diciembre aún estaba en penumbra.

—Buenos días, señor Campbell-Black —lo saludó el señor de los pasaportes, que ni siquiera recibió un asentimiento como respuesta.

Mientras aguardaba su equipaje, Rupert observó cómo la cinta transportadora daba vueltas. Pensó que era el último círculo del infierno para la gente que nunca había estado con la persona que querían en vida. Tenía un pesar tan grande en el corazón que tendría que pagar exceso de equipaje por él. Al cruzar por la puerta verde de aduanas, recordó todas las veces en las que la había atravesado con tranquilidad, llevando droga o dinero falso en la suela de las botas en el pasado. En ese momento, no tenía nada prohibido que declarar salvo su amor imposible por Taggie.

Una vez que atravesó la barrera, miró con cansancio a su alrededor para buscar a su chófer, pero nadie se le acercó. Joder, eso era lo último que le hacía falta. Fue en dirección a los teléfonos y pasó junto a un grupo de personas que agitaban carteles con nombres escritos en ellos. De pronto, un cartel más grande de la cuenta le llamó la atención. Con letras enormes, había escrito: «Roopurt Cambel-Blak». ¡Solo había una persona que pudiera escribir así de mal! Debía de estar volviéndose loco. Entonces, bajo el cartel, vio un par de piernas muy largas y delgadas con unos pantalones vaqueros desgastados que le resultaban conocidos. Las piernas estaban temblando frenéticas, como el cartel. Rupert, dándose cuenta de que sus propias piernas tampoco podían sostenerlo apenas, se acercó. Con mucha delicadeza, bajó el cartel y vio primero la melena morena, luego dos ojos grisáceos y después la cara mortalmente pálida y la boca temblorosa que había soñado con besar desde hacía meses.

—Ay, Tag —dijo él desesperado.

—No he podido evitarlo —dijo ella entre lágrimas—. Haría lo que fuera. Te llevaría en coche. Cuidaría de tus hijos. Cocinaría, limpiaría tu casa, limpiaría los establos de tus caballos, quitaría las malas hierbas de tu jardín. Solo quiero estar cerca de ti. No lo aguanto más.

Al siguiente instante, el cartel se cayó al suelo y Rupert tomó la cara de Taggie entre las manos, sintiendo el contraste entre la suavidad de sus mejillas y la tensión frenética de su mandíbula. Y, solo para demostrarse a sí mismo que era real, la besó con admiración en los labios, en los ojos húmedos y salados y en la frente.

—Soy un pedazo de cabrón egoísta —murmuró contra su pelo.

—Estoy acostumbrada a las personas egoístas —dijo Taggie con un sollozo—. Sin ellas, estaría perdida.

—¿Y qué pasa con las memorias? —Había tanta incertidumbre y desesperación en el tono de su voz que Taggie se apartó un poco de él y, a continuación, soltó una carcajada a pesar de estar llorando.

—No he podido leerlas, es una de las ventajas de ser disléxica.

Rupert también comenzó a reírse, y luego, tomándola en brazos, le dio un beso que todo el mundo alrededor comentó después que podría haber entrado directo en el *Libro Guinness de los récords* debido a su duración y pasión.

—Te quiero —jadeó Rupert en cuanto se apartó para tomar aire—. Nunca he querido a nadie como te quiero a ti. —Entonces, consciente de que ella todavía estaba temblando, añadió—: Todo está bien, cariño. —Y, de repente, supo que sí que lo estaba y que nunca volvería a dejarla marchar.

—Señor ministro —dijo una voz—. Bueno, señor ministro en la sombra.

Al mirar a su alrededor, Rupert vio que estaban rodeados de la prensa. Apretando a Taggie contra él, le susurró:

—¿Dónde está el coche?

—Fuera, justo en la puerta.

—Vamos a salir corriendo.

En la autopista, Rupert consiguió despistar a los reporteros, cogió una salida hacia algún campo de Royal Berkshire y detuvo el coche de golpe en un área de descanso. Luego, quitando los dos

cinturones de seguridad, se volvió para estar cara a cara con Taggie y la agarró de las manos.

—Quiero que sepas… —ahora era él quien estaba tartamudeando — que solo me uní al puñetero consorcio por ti. De hecho, solo volví de Gstaad para el cumpleaños del despreciable de tu hermano porque quería intentarlo contigo. Me dejé entrevistar por tu padre solo porque creía que él pensaría que era un pelele si no lo hacía y que tal vez podría llegar a ganarme su confianza. Solo le compré ese puñetero bosque por ese precio tan ridículamente alto porque te quiero. El único motivo por el que no he dado el paso hace meses ha sido porque, en el único gesto desinteresado de mi vida (y, joder, el más difícil de todos), pensé que era injusto endosarte mi puñetera naturaleza obstinada. Nadie podría haber tenido un pasado más horrible.

Taggie le puso una mano en los labios para callarlo.

—No me importa tu pasado —dijo temblorosa—. Lo único que yo quiero es ser tu futuro.

El coche no tardó mucho tiempo en empañarse por completo, y Rupert paró de besarla y escribió en el parabrisas: «Te amo. ¿Te quieres casar conmigo?».

Y, debajo, Taggie escribió: «Sí, por favro».

Cuando volvieron a adentrarse en la autopista, ya había luz otra vez, y Taggie pudo ver lo ceniciento y delgado que estaba Rupert y lo marcadas que tenía las ojeras bajo los ojos.

—De verdad, estoy deseando darte de comer —soltó ella con un lamento.

Miró hacia delante y vio la pálida luna llena, que, como una amiga compasiva, había mirado por las distintas ventanas de su dormitorio

en el torreón en medio de la noche mientras ella andaba por los tablones del suelo, preguntándose si debería ir a ver a Rupert. Ahora que se moría de ganas por irse a la cama, la luna seguía meciéndose entre los árboles o sobre las colinas blancas y heladas, como si tan solo estuviera manteniéndose despierta para ver cómo terminaba la historia. En silencio, Taggie, agradecida, le hizo un alegre gesto de aprobación con el pulgar hacia arriba cuando la luna al fin desapareció de la vista.

—¿Cómo has tenido el valor de venir a verme? —preguntó Rupert, poniéndole una mano sobre el muslo mientras salían de la autopista.

—Fui a ver a los niños y les di tus regalos ayer por la tarde. Estaba muy desesperada y era lo más cerca que podía estar de ti. Fueron tan monos, y Malise y Helen fueron muy agradables. Me pidieron que me quedara a cenar, los niños se fueron a la cama y yo me quedé hablando con Malise. Me dijo que Helen y él habían reaccionado de forma muy exagerada a las memorias y que lo sentía, que Helen lo había hecho muy feliz y que era treinta años mayor que ella, y me animó a intentarlo.

—¿En serio? —soltó Rupert estupefacto—. Bien hecho, Malise.

—¿A dónde vamos? —le preguntó Taggie, acurrucándose a su lado.

—A pedirle permiso a tu padre. Si no nos lo otorga, tendremos que fugarnos, pero no quiero que eso se quede en el aire.

—Tendrás que ver a mi madre también.

—¡¿Ha vuelto?! —exclamó Rupert indignado—. Joder, ¿cuándo?

—Antes de ayer, la noche que conseguimos la franquicia.

—Eso lo explica todo —se limitó a contestar Rupert—. Se ha dado cuenta de que había apostado por el caballo equivocado.

—No —respondió Taggie—. Vio a mi padre llorando en televisión cuando salió de la IBA. Ya sabes lo sensible que es, y ella pensó que era de tristeza por haber perdido la franquicia y sintió tanta lástima por él que volvió corriendo y apareció en la casa de Freddie en medio de la celebración, justo después de que mi padre te llamara por teléfono, de hecho. Fue rarísimo. No te estoy aburriendo, ¿no? —añadió al instante.

—Tú jamás me aburres —respondió Rupert, acariciándole la mejilla.

—Pues ¿sabes lo que mi madre le dijo en cuanto lo vio? Fue un comentario tan extraño que me acuerdo de él. Dijo: «¡Oh, mi Oberón! ¡Qué visiones he tenido! Creía que estaba enamorada de un asno». Patrick dijo que era de *El sueño de una noche de verano*. Bueno, pues los dos se echaron a llorar, se fundieron en un abrazo y desaparecieron en la habitación de Freddie y Valerie.

—Típico de mamá y papá —soltó Rupert, sacudiendo la cabeza.

Taggie se rio.

—Me dio un poco de vergüenza. Apareció una horda de gente de la prensa y de la televisión para entrevistar a mi padre y hacerle fotos por haber conseguido la franquicia y él se encerró con mi madre. Así que Freddie y Cameron tuvieron que responder a todas las preguntas. Y lo que fue aún peor, llegó Valerie. Vino corriendo de Londres en cuanto se enteró de que Venturer había ganado para aprovecharse del momento y se encontró a todo el mundo ciego y a Freddie dándose el lote con Lizzie Vereker en el sofá. Así que se marchó a la cama echando humo por las orejas, pero no pudo acostarse porque se encontró a mis padres allí.

—Joder, nosotros nunca nos comportaremos de ese modo, ¿verdad? —dijo Rupert poniendo una mano encima de la suya—. Aun así, me alegro de que vuelvan a estar juntos.

A pesar de todo, fue sorprendente lo nervioso que se puso Rupert al enfrentarse a su futuro suegro, pero resultó que no tenía por qué haberse preocupado. Cuando entró en la biblioteca, Declan estaba leyendo con detenimiento todo tipo de folletos sobre equipo electrónico que tenía esparcidos por la mesa.

—Rupert, me alegro de verte, qué bien que hayas vuelto tan rápido. Ven a ver estas cosas. Ahora vamos a licitar por la televisión por satélite.

Rupert inspiró hondo.

—En realidad, he venido para pedirte la mano de tu hija, Declan.

—¿En serio? —Declan miró por encima de las gafas a Taggie—. Ya pensé que podrías hacerlo. Bueno, desde luego, ella parece mucho más feliz que en los últimos diecinueve años, así que será mejor que te dé mi beneplácito. Tengo un montón de cosas que hacer aquí. ¿Puedes empezar a trabajar antes de Navidad?

—No, ni de coña. Voy a estar en mi luna de miel en Navidad.

—Qué pronto. ¿Por qué no esperáis hasta primavera y vais a París? Maud y yo fuimos a París. Será mejor que la llame y nos tomemos una copa. Qué bien que no apareciste anoche, porque teníamos todos mucha resaca e igual no hubieras tenido una bienvenida tan agradable. ¡Maud! —gritó escaleras arriba.

Maud bajó con un aire bastante miserable después de su larga desaparición, pero con mucha de su antigua indiferencia, y abrazó a los dos.

—Está claro que está tan contenta de estar en casa que no le habría importado que te casaras con el gato —le dijo Rupert a Taggie más tarde.

Habían abierto una botella de champán cuando Patrick entró como un nubarrón.

—Hostia, aquí viene Frank Bruno —soltó Rupert, escondiéndose detrás de Taggie.

—Me he enterado de la noticia en Radio 1 —anunció Patrick con frialdad—. Supongo que ninguno de vosotros ha tenido la decencia de contárselo a Cameron.

—Ay, madre —dijo Declan—. Yo la llamaré.

—Es mi responsabilidad. Yo lo haré —alegó Rupert.

—Lo haré yo —recalcó Patrick.

Se llevó el teléfono al salón que había al lado y marcó el número de la casa de Cameron en Hamilton Terrace. Ella tardó bastante tiempo en contestar.

—Acabo de enterarme —dijo con voz monótona.

—Debe de ser duro. Lo siento mucho.

—No tienes por qué sentirlo —soltó Cameron—. ¿Por qué me debería importar que tu hermana al final haya conseguido estar con él cuando entre él y yo ya no hay nada?

—Aun así, debe de doler —añadió Patrick con sensatez—. No es plato de buen gusto ver a alguien conseguir una ronda sin penalizaciones en el caballo que te tiró a ti. Me pasaré luego.

—¿Para qué? —La voz de Cameron era estridente y estaba llena de hostilidad—. Voy a salir.

—Quédate donde estás.

Cameron se desplomó sobre la cama. De todas formas, no tenía ningún sitio al que ir. Suponía que su casa ahora pertenecía a Venturer. Fuera, la gente regresaba a la suya discutiendo bajo la lluvia tras un día de compras, agobiada por los regalos de Navidad. Entonces, como una tubería congelada que se revienta de pronto al descongelarse, Cameron, por primera vez desde que Rupert se marchó a Estados Unidos, dio rienda suelta a las lágrimas.

Sobre las cinco y media, cuando parecía que su cuerpo ya no podía llorar más, intentó recomponerse, llevó a Blue a dar un paseo rápido y desolador por la vega y se dio un baño. A las seis y media y a las siete en punto, la interrumpieron unas personas que fueron a cantarle villancicos. A las siete y cuarto, la molestaron dos hombres con una furgoneta, que decían que tenían algunas cosas que entregar.

—¿Qué cosas? —preguntó Cameron.

—Seis cajas de madera llenas de libros, discos y ropa.

—¡No seáis idiota! ¡Os habéis equivocado de casa! ¡Lleváoslo todo! —gritó.

En ese momento, Patrick entró resuelto por la puerta con dos raquetas de squash, una máquina de escribir portátil bajo un brazo y un enorme gato de color jengibre bajo el otro.

—No me gustan los gatos, y a Blue tampoco —espetó Cameron.

—Ya te gustarán —respondió Patrick con tranquilidad—. Dame cinco minutos —le pidió al conductor de la furgoneta mientras arrastraba a Cameron al salón y cerraba la puerta tras él.

—¿A qué cojones estás jugando? ¿Y qué es toda esa mierda que quieren entregarme?

—Me mudo —contestó Patrick mientras ponía al gato de color jengibre en el suelo. Blue dio un salto en dirección al minino al instante, aterrizando con gracia en sus patas delanteras y con la cabeza hacia un lado. El gato bufó, con la cola como un árbol de Navidad, y le dio un zarpazo a Blue en el hocico. Este soltó un grito y corrió hasta meterse entre las piernas de Cameron—. Ya se acostumbrarán el uno al otro —dijo—, como nosotros.

—De eso nada.

—Sí, sí que lo haremos. Te quiero.

—Es imposible que me sigas queriendo. He sido una pedazo de zorra —dijo Cameron, palideciendo—. De todas formas, quiero a Rupert.

—No, de eso nada, o no te habrías acostado con mi padre en Irlanda.

—No lo hice —tartamudeó Cameron.

—Sí, lo hiciste la última noche, y él se sintió tan culpable después que por eso no volvió para la obra de teatro de mi madre.

—¿Y no te importa? —preguntó Cameron, horrorizada—. Es prácticamente incesto.

—Qué va. Solo me interesas tú y, de todas formas —respondió Patrick con algo más de arrogancia que Declan—, yo soy mucho más joven, más guapo y estoy más centrado, y estoy a punto de ser una versión mucho más exitosa de mi padre. Se entiende a la perfección que te hayas enamorado de mí.

—Eres un yogurín —respondió Cameron mientras él la agarraba de la cintura.

—De eso nada. Soy un hombre hecho y derecho. La BBC acaba de comprar mi primera obra de teatro y me ha encargado otra. Voy a

escribir una para niños titulada *Noddy va al país de los yogurines*.

Cameron sonrió.

—Será mejor que canceles el contrato, yo produciré ambas.

—No —respondió Patrick con rotundidad—. Nunca mezclo los negocios con el placer, y tú, mi queridísima amada, eres solo placer.

—Quiero a Rupert —gimió Cameron.

—No seas tonta —le dijo Patrick acercándola más hacia él.

—Bueno, igual no —soltó Cameron desconcertada, y, unos minutos más tarde, los interrumpió un golpe fuerte en la puerta.

—¿Podemos descargar ya las cosas, señor? —preguntó el conductor.

Patrick le dirigió a Cameron una mirada inquisitiva.

—Bueno, vale, supongo que sí que puedes.

Mientras los hombres iban hacia la furgoneta, Patrick le sonrió:

—Me gustaría preguntarte por tu disponibilidad para los próximos cien años.

—Nunca había visto a Taggie tan cambiada —le dijo Caitlin a Archie a la mañana siguiente—. No para de reírse todo el tiempo y de sonreír de oreja a oreja, y de pronto se ha vuelto muy protectora. Rupert lleva durmiendo veinticuatro horas en la habitación de invitados, ha llamado gente superimportante y no les ha permitido a ninguno hablar con él.

—Qué bien —respondió Archie mientras le daba un beso—. Dicen que el amor te atraviesa como un rayo cuando eres mayor.

Cuando Rupert se despertó, el cielo estaba azul y los pájaros cantaban fuera, la chimenea estaba encendida y sintió un pánico total en su interior. No tenía ni idea de dónde se encontraba ni de

dónde estaba Taggie. Entonces, de pronto se percató de que había algo cálido y peludo junto a él, y vio que Gertrude estaba tumbada en la parte baja de su espalda. Poco a poco, volvió a recordar los acontecimientos del día anterior y se sintió tan feliz que casi volvió a dormirse. Al minuto, la puerta se abrió con mucha cautela.

—Estoy despierto —dijo Rupert.

—Pues sí que has dormido bien —respondió Taggie encantada mientras soltaba una bandeja de desayuno llena de zumo de naranja, café, cruasanes y mermelada de manzana casera.

—Porque es la primera vez en mi vida que me he sentido seguro. Ven aquí. —Rupert le dio unas palmaditas a la cama y, cuando la besó, ella olía tanto a pasta de dientes como al perfume de su madre.

Después de aquello, le acarició la cara con incredulidad.

—Todavía no me puedo creer que vaya a pasar el resto de mi vida contigo.

—Yo tampoco —susurró Taggie—. Iba a traerte beicon y —añadió, sacando con la cuchara una pepita del zumo de naranja—, pero he pensado que, si no has estado comiendo, sería demasiado pesado para ti. —Luego, se rio—. Acaba de llamar una chica del *Daily Mail*.

—¿Qué quería? —preguntó Rupert, pensando en lo bien que le sentaba a ella ser tan feliz.

—Ha dicho: «¿Cómo conociste a tu prometido y qué estaba haciendo él?». No he podido responderle que estabas jugando desnudo al tenis con Sarah Stratton, así que le he contado que Basil te trajo por aquí a tomar algo. Y la líder de la oposición te ha llamado dos veces. Es evidente que el Gobierno ha caído y se van a

convocar elecciones. Quiere que la llames urgentemente. Le he dicho que estabas dormido.

Los ojos de Rupert resplandecían.

—Tengo la sensación de que vas a ser más útil para mí de lo que jamás me hubiera imaginado. Será mejor que nos casemos ya. Soy alérgico a la palabra prometido, ni siquiera tú puedes ensalzarla.

—Sin duda, no la puedo escribir bien —contestó Taggie.

Más tarde, en la planta de abajo, discutieron los planes de boda.

—Supongo que tendrá que ser en el Registro Civil de Cotchester —comentó Maud, que ya estaba pensando en su modelito.

—La primera vez, me casé en un registro civil —contestó Rupert—. Como esta vez es algo verdadero —se llevó la mano de Taggie a los labios y le depositó un beso—, hemos pensado que podríamos casarnos por la iglesia. Estoy seguro de que encontraremos algún clérigo moderno en Londres al que no le importe que yo esté divorciado.

—Tengo una idea mejor —soltó Declan, agarrando su guía telefónica.

—Tabitha va a ser una de las damas de honor —le dijo Taggie a Caitlin—. ¿Quieres tú ser otra?

—Solo si puedo ir en vaqueros —respondió.

A Declan, que marcó el número correcto a la primera, lo pasaron directamente con el obispo de Cotchester. Se disculpó de inmediato con él por haber estado tan irascible al teléfono el otro día y le preguntó si iba a reconsiderar volver a la Junta de Venturer después de todo.

Tras quejarse y protestar sobre tener que pronunciarse en contra de las desagradables memorias de Rupert Campbell-Black, el obispo

dijo que le encantaría y anotó la fecha de la primera reunión de la junta.

—Solo una cosa más —dijo Declan—. Mi hija, Taggie, va a casarse y su único deseo es que tú la cases en la catedral de Cotchester.

Taggie se puso colorada.

—¡Eso es mentira! —gritó, mirando a Rupert, que había empezado a reírse a carcajadas.

Una vez más, el obispo le dijo a Declan que estaría encantado, que el año anterior le había cogido muchísimo cariño a Taggie.

—Será un servicio sencillo —añadió Declan—. Solo la familia, nuestros amigos más cercanos y, por supuesto, todos los partidarios de Venturer.

—Estupendo, maravilloso —respondió el obispo—. ¿Y quién es ese joven tan afortunado?

—Bueno, a eso iba ahora —contestó Declan.

FIN

El glamuroso y despiadado mundo de la televisión británica de los 80 nunca había sido tan cautivador: fiestas de lujo, aristócratas sedientes de poder y escándalos delante y fuera de cámaras.

La novela de la famosa serie de Disney+ llega a las librerías.



Lord Baddingham está decidido a conservar su franquicia de Corinium Television y, para ello, ha contratado a Declan O'Hara, una megaestrella irlandesa de los programas de entrevistas. Baddingham también ha convencido a Cameron Cook, una ejecutiva implacable y deslumbrante, para que produzca el programa de Declan. Sin

embargo, un terremoto mediático se avecina: Declan y Cameron se detestan.

Es entonces cuando entra en escena Rupert Campbell-Black, un exdeportista convertido en político tan guapo como descarado, que trae a todas las mujeres de la comarca de cabeza. Con la aparición de un grupo de televisión rival que compite por la franquicia, las reputaciones se forjarán y se destruirán, el amor verdadero florecerá y se consumirá, los matrimonios se harán y se desharán, y todos lucharán en la cama y en la sala de reuniones por llegar a lo más alto.

Jilly Cooper fue periodista, escritora y una superestrella mediática. Escribió numerosas novelas que han sido número uno en ventas, entre ellas la saga «Las crónicas de Rutshire», de la cual *Rivals* forma parte, y vivió gran parte de su vida en Gloucestershire. Recibió doctorados *honoris causa* por parte de las universidades de Gloucestershire y Anglia Ruskin y en 2019 ganó el premio inaugural de los Comedy Women in Print por su trayectoria. En 2018 fue nombrada Comendadora de la Orden del Imperio Británico por sus servicios a la literatura y la beneficencia.



Titulo original: *Rivals*

Primera edición: enero de 2026

© 1988, Jilly Cooper
Todos los derechos reservados
© 2025, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Adaptación del diseño original © 2025 Disney y sus entidades asociadas

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Ninguna parte de este libro puede ser utilizada o reproducida con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. PRHGE se reserva expresamente la reproducción, la extracción y el uso de esta obra y de cualquiera de sus elementos para fines de minería de textos y datos y el uso a medios de lectura mecánica u otros medios que resulten adecuados (art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
En caso de necesidad, contacte con: seguridadproductos@penguinrandomhouse.com

ISBN: 979-13-87972-02-8

Compuesto en: M.I. Maquetación, S.L.

Facebook: PenguinEbooks
Facebook: somosinfinitos
X: @somosinfinitos
Instagram: @somosinfinitoslibros
Youtube: penguinlibros
Spotify: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por leer este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

penguinlibros

Índice

Rivals

Agradecimientos

Personajes en orden alfabético (apellidos)

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Sobre este libro
Sobre Jilly Cooper
Créditos